

MARTINA COLE

SECRETOS DE UNA ASESINA



¿Se puede escapar del infierno cuando se ha **Lectulandia**

152 golpes de martillo, 152, ni uno más, le han servido para aplastarle el cráneo...

El peligro y la violencia forman parte del mundo en el que creció Sue Dalston. Rechazada por una madre maltratada y un padre que abusaba de ella, solo pudo sobrevivir gracias a su sentido de superación y a su pasión por Barry, el joven que la cautivó y la sacó del infierno familiar. Pero Barry no es menos violento que el entorno que los rodea y en su hogar se repetirá lo que vivió en su infancia: maltratos a la menor contrariedad y una hija amenazada de sufrir el mismo calvario paterno. Hasta que una noche, en un último acto de desesperación, Sue pierde los nervios y con toda la rabia del mundo agarra un martillo...

En la cárcel compartirá celda con la enigmática Matilda Enderby. Ambas tienen algo que ocultar en sus respectivos asesinatos, unos secretos no compartidos que entrelazarán sus destinos.

En esta magnífica e inquietante novela, de escritura impactante y sin concesiones, Martina Cole retrata los bajos fondos en los que se crio y las cárceles de mujeres en la época de Margaret Thatcher. Nos describe los mecanismos psicológicos que condicionan la violencia y desencadenan el crimen en ambientes de miseria y desempleo, narcotraficantes y matones, alcohol y violencia doméstica, prostitución y robos.

¿Cómo escapar al infierno cuando se ha crecido en él?

Lectulandia

Martina Cole

Secretos de una asesina

ePub r1.0

Karras 02.06.2018

Título original: *Two women*
Martina Cole, 1999
Traducción: Fernando González Corugedo

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Christopher, Freddy y Lewis, hija y nieto, dueños de mi corazón.
Y también para Sally Wilden, ¡con sus preciosos trajes y sus zapatos finos!
Para mí siempre serás Sally Wally. Compañera de juegos infantiles y
virtuosa de la botella de vino de madrugada. Amiga de toda la vida,
compañera para siempre.
(¿Te acuerdas del muro del insti de FP?)

Prólogo

En el furgón había mucha humedad. Las paredes de metal aumentaban el calor de aquel día de verano. Susan Dalston notó que le corría un chorrillo de sudor entre los pechos y se llevó las manos a la cara con un gesto de cansancio.

—¿Alguna posibilidad de tomar algo frío?

La funcionaria de prisiones meneó la cabeza.

—Ya casi hemos llegado, tendrás que esperar.

Susan miró a la mujer darle un buen trago a una lata de Pepsi y después chasquear los labios con premeditación. Se obligó a mirar al suelo para controlar el impulso de soltarle un buen tortazo a aquella zorra con aires de superioridad. Era lo que ella quería, tener una acusación precisa contra Susan Dalston, que se jodiera su apelación por un arrebató. Pero lo que hizo fue mirar a la celadora a los ojos y sonreír.

—¿Qué te parece tan divertido?

Susan movió la cabeza con tristeza.

—Estaba pensando que, pobrecita, tener que estar aquí encerrada un día como este. No es justo, ¿verdad que no? Y ahora encima tener que hacer todo el viaje de vuelta a Durham otra vez. Un día larguísimo, ¿eh?

La celadora asintió.

—Ay, sí. Pero esta noche me tumbaré en mi cama, tan agradable, a ver la tele, y jugar con el rabo de mi maridito. ¿Y qué harás tú? Por lo menos yo tengo algo con lo que ilusionarme.

El furgón se paró dando un salto. A Susan le dolían las muñecas esposadas. Sabía que la funcionaria podía habérselas quitado, pero también sabía que no iba a hacerlo. Esa Danby era una boqui de las duras, todas lo decían, y Susan no pensaba darle la oportunidad de decirle que no. Como asesina, con la perpetua, hacía mucho que se había resignado a ver lo difíciles que llegaban a ser las personas como Danby.

Era como si disfrutara siendo déspota con las reclusas. Susan, en cierto modo, eso lo entendía. Había escuchado que al maromo de Danby se le iban los ojos detrás de todas, que sus hijos siempre andaban con problemas en la escuela y que siempre estaban al borde del desahucio con su casa.

Las boquis eran tan cotillas como las internas.

Y comprendía que la mujer necesitase hacer de menos a cuantos tenía alrededor. La naturaleza humana, al fin y al cabo. La forma en que Danby se manejaba con su mierda de vida y su mierda de trabajo.

El furgón volvió a ponerse en movimiento y Susan soltó un suspiro de alivio. El tráfico de Londres era espantoso, sobre todo a primera hora de la tarde. Llevaba encajonada en aquella furgoneta desde las cinco y media de la mañana y solo se habían parado una vez para ir al lavabo y tomar un bocado de algo. Danby se había llevado una buena merienda y comió y bebió todo lo que quiso sabiendo que Susan, esposada y sin espacio, no podía impedirlo.

Se abrió la mirilla y resonó una voz de hombre:

—Ya casi estamos, chicas. En cosa de diez minutos todos podremos estirar las piernas.

Dejó la mirilla abierta y a Susan le llegaron retazos de David Bowie cantando *Life on Mars*. Cerró otra vez los ojos y suspiró profundamente.

Danby la observaba con una expresión cerrada en el rostro.

—¡Dalston! —exclamó con un susurro imperioso.

Susan abrió los ojos y pudo apartar la cara justo a tiempo de evitar el último resto de la Pepsi de Danby que volaba hacia ella. El líquido oscuro se esparció por encima de su uniforme blanco.

—No van a dejarla salir, señora mía, a poco que yo pueda hacer.

Era una amenaza hueca y ambas lo sabían.

Mantuvo la cabeza baja y miró al suelo otra vez. Siguieron en silencio hasta que la furgoneta cruzó la entrada principal de la cárcel de Holloway. Y por fin, quince minutos después de que llegaran, les abrieron la puerta y Danby sacó a Susan medio a rastras. Al verse allí de pie a plena luz del día, al notar una brisa fresquita, hizo que le invadiera una sensación de insignificancia.

La sombría fachada de la prisión fue un crudo recordatorio de lo que la vida le tenía reservado allí dentro; el cerrarse las puertas, el estruendo metálico de las verjas, el ruido de las llaves en las cerraduras, todo lo que le había esperar de allí en adelante.

A pesar de que llevaba dos años viviendo de ese modo lo que le hizo comprender de lleno el asunto fue presentar la apelación: aquel mínimo atisbo de libertad elevó su conciencia de lo que era vivir en una cárcel.

Susan sabía que si no cooperaba nunca más saldría de allí y, al mismo tiempo, que nunca soltaría todo lo que le había pasado, nunca podría contarle a nadie toda la verdad. Era algo demasiado tremendo, demasiado real todavía para poder hablar de ello. Hay cosas que una se guarda dentro.

Sonrió ante lo irónico del caso.

La cachearon e hicieron la entrega sin el menor problema. Danby no dejó de soltar invectivas ni por un momento, pero la celadora de Holloway ni se molestó en responderle. Ya tenía aquello muy oído de antes.

La interrumpió en mitad de una frase y le dijo con mucha calma:

—Vuelve a la recepción principal y te llevarán a la cantina con las demás. De aquí ya no puedes pasar.

Susan se permitió una ligera sonrisa cuando la puerta se cerró de golpe ante las narices de Danby, que la miró a través de los barrotes bien separados y le guiñó un ojo a la otra mujer.

—Nos veremos, Dalston.

—No si yo te veo antes.

La celadora le soltó las esposas y Susan la siguió por un corredor polvoriento frotándose las muñecas.

—¡Mamona del norte! Durham es lo que las vuelve así... Se creen que son mejores que todas las demás funcionarias porque allí trabajan en el trullo más jodido. Bueno, pues que se vengan a probar un poco este pozo de mierda. Veintitrés horas encerradas con preventivas... ¡Si hasta las descuideras acaban por sulfurarse, imagínate las reclusas de verdad!

La guardiana abrió otra puerta más.

—¿Has comido?

Susan meneó la cabeza.

—Nada, desde esta mañana. Un chorrito de Pepsi, eso sí.

Soltó una risita, pero la funcionaria no le devolvió la sonrisa. No había entendido el chiste.

—Aquí tómatelo con calma, Dalston, lo sabemos todo de ti y de tu número de los palos. He oído en radio patio que la otra lo andaba pidiendo a gritos, y eso me basta, pero aquí no me lo repitas. Ya tenemos bastante trabajo como para tener que hacerte de niñera a ti, ¿vale? Si quieres darle lo suyo a alguna, te lo montas en la comfortable intimidad de tu celda. Nada a la vista. ¿Me has entendido? ¿Eh?

Susan asintió, ya seria.

—Recuerda que aquí las lesbianas salen de debajo de las piedras y no solo son internas. Vete con cuidado. Si haces algo, que sea con discreción, es el único consejo que puedo darte. Tu fama ha llegado antes que tú, pero eso ya te lo imaginarías. La forma en que machacaste al consorte va en tu contra desde el principio. Así que sigue mi consejo, cariño, la cabeza baja y la nariz limpia y todas saldremos ganando.

Caminaron en silencio hasta llegar junto al pabellón. El ruido que hacían cientos de mujeres era ensordecedor y aumentaba más y más según se aproximaban.

Una vez en el pabellón Susan se vio asaltada por olores y sonidos. El tufo intenso a repollo cocido del almuerzo era omnipresente, y entre él se colaban olores más agudos como el del sudor, el jabón y los desodorantes baratos. Las radios estaban a todo volumen y, para compensar, las mujeres hablaban a gritos. Susan sabía que todas observaban a la recién llegada y procuró ponerse bien derecha mientras apretaba su fardo contra el pecho. Las reclusas constituían la mezcla habitual de las prisiones: prostitutas con pelos y maquillajes exagerados, tímidas pasadoras de cheques sin fondos, artistas de las tarjetas de crédito, yonquis curtidas de caras marcadas. La misma gente en una cárcel diferente.

Todo muy deprimente, sí.

Al subir los peldaños hacia el primer rellano oyó una risotada y se volvió para encontrarse con un par de ojos verdes preciosos abiertos de par en par. Perteneían a una chica pequeña, como una muñequita. Y sonreía abiertamente a Susan, que casi le devuelve la sonrisa.

La celadora apartó a la chica de un empujón.

—Es una de las asesinas de niños, Dalston. Cuidado con ella. Parece un ángel, pero tiene más peligro que un perro rabioso. Tiró a su bebé a la grava desde un piso

de protección oficial, en el piso dieciséis. Depresión posparto. La soltarán. Pero hasta entonces tenemos que aguantarla aquí.

Fue detrás de la funcionaria hasta llegar a una celda abierta. La celadora entró y Susan tras ella con la aprensión pintada en la cara. Nunca se sabe con quién te van a poner en la celda y hasta que la calas y lo averiguas y sabes que puedes estar tranquila es una cuestión delicada.

En la litera de arriba, con el pelo immaculado y un maquillaje perfecto, estaba tumbada Matilda Enderby. Ojos oscuros, abundante cabellera de color castaño. Se incorporó, dio un buen repaso visual a Susan y luego se volvió hacia la funcionaria y le preguntó muy correcta:

—¿Vas a poner a esta conmigo?

Era una voz grave, profunda, con acento de clase media.

Susan la miró a los ojos y probó con una ligera sonrisa.

La celadora no le hizo caso, se limitó a decir, seca:

—Escucha, Enderby, aquí no puedes ponerte a escoger, guapa. Renunciaste a ese derecho cuando te libraste de tu maridito. Así, como las dos estáis dentro por lo mismo, creo que vais a tener más cosas en común de lo que te piensas.

Salió de la celda y cerró la puerta tras ella.

Susan colocó el fardo en la litera de abajo y lo abrió. Lo primero que hizo fue sacar las fotos y las cartas de los niños. Luego desempaquetó las pocas cosas que llevaba y las metió en el cajón vacío de un escritorio pequeñito.

Matilda Enderby observaba todos sus movimientos.

Cuando Susan terminó se deslizó en su litera y tumbada allí contempló los rostros de sus hijos. Sobre todo el de la más pequeña.

Matilda salió de la celda y volvió con dos tazones grandes de té. Abrió un paquete de Digestas y puso unas cuantas en la litera, junto a Susan.

—¿De verdad que golpeaste a tu marido?

Susan la interrumpió.

—¿Ciento cincuenta veces con un martillo? —dijo en tono mordaz—. Pues sí, eso hice, y además fui contando los martillazos, así tenía en qué concentrarme.

Matilda asintió. Ahora hasta tenía cara de tranquilidad. Había desaparecido aquel movimiento constante de los ojos que delata a quienes observan escrupulosamente cuanto sucede a su alrededor. Ambas mujeres se quedaron un rato calladas.

—¿Y a ti qué te pasó, entonces?

Matilda puso una media sonrisa.

—¿No me has reconocido? En estos momentos soy el centro de atracción de los medios de comunicación. Voy a salir muy pronto de aquí. Lo mío fue una puñalada en el corazón, el cabrón se la tenía bien merecida después de lo que me hizo pasar.

Luego, con la voz llena de rencor, le preguntó:

—¿Tú por qué lo hiciste?

Susan se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —dijo.

—Bueno, seguro que tú sí lo sabes aunque no me lo digas.

Susan no respondió.

Lo que hizo fue tumbarse boca arriba en la litera e intentar dejar la mente en blanco. Jamás le había contado a nadie qué la había empujado al asesinato y no creía que llegara a contarlo alguna vez. Había demasiadas personas involucradas, demasiados secretos que preservar.

En realidad, así había sido toda su vida: una mentira encima de otra mentira, un secreto encima de otro secreto.

Ese día, más tarde, cuando se acallaron los ruidos de la prisión y echaron finalmente el cerrojo de la celda hasta la mañana siguiente, Susan se quedó a solas con sus pensamientos. Los mismos pensamientos que tenía noche tras noche. Solo en el interior de su cabeza se permitía pensar en lo que había hecho y, mucho más importante, en por qué lo había hecho.

Sabía que para entender sus propios actos tenía que volver sobre sus primeros años. Que allí estaba la clave de todo lo que le sucedió más adelante. Después de aquellos dos últimos años oyendo hablar a aquellos psiquiatras que insistían e insistían para descubrir las razones de su crimen, Susan había comprendido al fin por qué le había hecho a Barry lo que le había hecho.

Libro primero

1960

*Nada comienza, ni nada termina
Que no se pague con gemidos
Porque nacemos en el dolor de otro
Y perecemos en pura soledad.*

FRANCIS THOMPSON, 1859-1907 *Daisy* (1893).

*¡Oh! ¡Cuántos tormentos se guardan en el
pequeño círculo de un anillo de boda!*

COLLEY CIBBER, 1671-1757 *The Double Gallant* (1707).

Capítulo 1

La niña abrió los ojos. Los tenía pegados de sueño y se los limpió con la manita. Oyó la respiración regular de su hermana, unos ronquiditos medio ahogados que le recordaron a un cachorro. La cama estaba caliente, acogedora. Se acurrucó contra la espalda de su hermana, los dos cuerpecitos encajaban como un par de cucharas, y se volvió a sumir en el sueño.

El estruendo las despertó a las dos.

Susan comprendió que no llevaba mucho tiempo dormida porque todavía no tenía el brazo dormido, como solía pasarle siempre que dormía toda la noche abrazada al cuerpo de su hermana.

Los gritos de su padre continuaban aumentando.

Debbie soltó una risita.

—¡Ese viejo cabrón! Ojalá se durmiera.

Susan se rio también.

La pelea, que duraba ya dos días, era porque su madre había aceptado un trabajo en la taberna del barrio. Y el padre estaba convencido de que solo trabajaba allí porque había algún apaño raro entre ella y el patrón del bar.

Siempre estaba convencido de que su madre tenía algún lío y en general tenía razón.

Eso era lo que hacía sonreír a las niñas. A pesar de tener solo ocho y nueve años sabían de qué iba la cosa y les sorprendía que su padre no se diera cuenta del todo. Pero se les acabó la risa al oír una bofetada bien sonora y seguida inmediatamente por el ruido de los tacones de su madre en el linóleo del pasillo.

—¡Gordo cabrón! ¡Cualquier día de estos te clavo un jodido cuchillo!

—Me lo clavas, ¿eh? Tú siempre clavando, ¿eh? Tú solo sirves para que ese jodido chulo te la clave, tía.

Ahora sí que empezaba la paliza. Oyeron el trompazo sordo de la cabeza de su madre contra la pared y las dos crías apretaron los ojos.

—Te levantas tú, Sue. Yo fui la última vez.

Se sentó en la cama y meneó la cabeza.

—Ni hablar. A mí me odia, sabes que me odia.

Un fuerte ruido de algo aplastado indicó a las niñas que la pelea se había trasladado a la salita de estar.

—Adiós a la lámpara nueva... Ahora mami se pondrá como loca.

Debbie tenía razón. June McNamara se puso a chillar.

—¡Cabronazo! ¡Mamón de mierda! ¿Por qué siempre tienes que destrozarlo todo?

La pelea estaba en el punto culminante y las niñas notaron que la madre aguantaba firme. Oyeron a su padre decir:

—Para ya, cacho imbécil, ¡cojones!

Pero le daba la risa y aquella risa enfurecía más a su mujer. Y eso era exactamente

lo que quería.

Las niñas se sentaron en la cama con los ojos bien abiertos. Sabían que el paso siguiente era que Joey McNamara empezaría a pegar fuerte de verdad, a ponerle los ojos morados a su mujer y probablemente romperle algún hueso.

Debbie saltó de la cama. Era alta para sus nueve años, y muy bonita. Demasiado bonita para vivir la vida que vivía en un vecindario tan degradado. Abrió con cautela la puerta del dormitorio y salió al pasillo.

June estaba tirada en el suelo de la sala con la cara llena de sangre. El marido, inclinado sobre ella, le daba tirones de los pelos respirando a grandes bocanadas. Susan salió nerviosa detrás de su hermana. Las dos soltaron un profundo suspiro de alivio al oír que la policía llamaba a la puerta.

—Vamos, Joey. Abre la puerta, muchacho. Sabemos que estás ahí.

Susan cruzó corriendo el vestíbulo y abrió la puerta. El sargento Simpson apartó a la niña del paso y entró sin más con otros dos guardias. Los miró separar a su padre de su madre, y cómo él intentaba sin éxito darle una patada en la cabeza.

—Tranquilo, muchacho. Ya tienes embriaguez y alteración del orden público encima. ¿Quieres que añadamos desobediencia y resistencia a la autoridad?

—¡Es una puta... una puta vieja! Ahora se tira al puto patrón del Victory, por si no lo sabes. Un tío más negro que un saco de carbón. ¡Hijaputa!

Intentó atacar de nuevo a su mujer.

—Me está convirtiendo en el hazmerreír del barrio, todos lo saben.

June vomitó en la alfombra peluda verde y amarilla y a uno de los dos policías jóvenes le dio una arcada.

—Vamos, Joey, te toca pasar la noche. Por la mañana todo estará arreglado. Lo que tienes que hacer es dormirla, muchacho, vamos.

Joey asintió pero cuando lo sacaban de la habitación echó atrás el pie y aplastó con la bota la mano de su mujer.

June soltó un grito. Se levantó del suelo rápidamente y se fue otra vez contra él.

Las dos niñas los contemplaban con los ojos como platos.

El sargento Simpson miró a Susan y se encogió de hombros.

—Móved el culo, id a casa de la abuela. Contarle lo que hay y traerla aquí. Tu madre necesita que la lleven al hospital de Old London, la ha dejado inconsciente.

Asintió en silencio y se fue al dormitorio. Se puso las botas de agua y un abrigo viejo. Como era más corpulenta que Debbie y no tan guapa, le tocaban siempre los trabajos pesados. Y además todo el mundo daba por hecho que era la mayor.

Cuando salió de su cuarto su madre estaba sentada en el sofá, cuidándose la mano herida, y Debbie le había pasado un brazo por los hombros para procurar consolarla. Susan vio que su madre le apartaba el brazo con los hombros y suspiraba.

Debbie nunca aprendería a dejar las cosas asentarse en paz.

Se escurrió por la puerta principal para salir al frío de la noche de invierno y echó a andar por Commercial Road hacia casa de su abuela.

Eran las cuatro de la mañana y a Ivy McNamara no iba a gustarle mucho que la sacaran de la cama calentita. Francamente, Susan no se lo reprochaba.

Cuando llegó tenía los pies entumecidos de frío. Llamó con suavidad, por la puerta principal y esperó el inevitable chillido, saltando de un pie a otro.

—¿Quién demonios es a estas horas de la noche?

A Susan no le gustaba la abuela McNamara. Ni a nadie. Ivy era una arpía vengativa e impertinente (y eso era lo que decía de ella la gente cuando querían ser amables).

Se abrió la puerta de la calle y allí apareció ante su nieta con todo su esplendor. Con la cabeza llena de rulos amarillo brillantes en forma de casco y gotas de saliva en las comisuras de la boca sin dientes. Tenía abundantes arrugas por la edad y el sueño y unas manos como garras sucias, ya que la higiene nunca fue una de sus virtudes.

Solo tenía cincuenta y siete años.

—Pasa, niña. ¡Estás dejando escapar toda la calefacción!

Susan fue tras ella hasta el dormitorio, donde Ivy sacó del armario un abrigo de pieles viejo y se lo puso.

—Búscame los dientes, no puedo salir sin ellos.

Susan miró por el cuarto hasta que vio la dentadura en un vaso al lado de la cama.

—Aquí los tienes, yaya.

Ivy se encajó los dientes en la boca e inmediatamente se le borraron varios años de la cara.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—La policía se llevó al papa. Le estaba pegando a la mama.

Ivy soltó una carcajada y un pedo al mismo tiempo.

—Se enteró de lo de ella con el macarrón ese del Victory, ¿eh?

Susan asintió.

—¡Menudo putón está hecha! No sé por qué se casó con ella, pero claro, no iba a escucharme a mí, ¿o sí? ¡Oh, no! Tenía que ser para él y era la zorra más grande a este lado del río, te arrepentirás del día que te montaste a esa, le dije. Y se arrepintió.

Susan iba con el piloto automático. Su abuela siempre estaba despellejando a su madre, todo aquello ya lo tenía muy oído. Mientras la abuela despoticaba la cría la miraba desde la puerta del dormitorio.

Ivy se puso las medias y un par de calcetines encima y luego unas botas por el tobillo forradas de piel. Completó el conjunto con un gorro grande de punto. Cogió un bolso de cuero negro enorme y lleno de toda clase de cosas, desde cartillas de racionamiento antiguas a las partidas de nacimiento de sus hijos y cupones de ofertas especiales. Hizo un gesto de cabeza a su nieta para indicarle que estaba lista.

Y sin una taza de algo caliente, sin bufanda ni un jersey decente, Susan hizo todo el camino de vuelta a casa en medio del frío helador del glacial invierno de Londres.

En la casa, Debbie preparaba un té. La madre tenía la cara destrozada y las niñas procuraban no mirarla. La abuela McNamara tomó el mando al instante y eso las hizo

sentirse aún peor. Agarró con fuerza la cara de su nuera y se la movió para los lados.

—Vivirás. Aunque un puto día de estos acabará contigo y ¿quién se lo va a echar en cara? Todo el mundo anda hablando de ti y de ese fumeta negro del *pub*.

Las niñas se intercambiaron unos guiños. El señor Omomuru, que era como lo llamaban, era simpático. Les daba limonadas y patatas fritas y las hacía sonreír contándoles cosas de África y de su familia.

Una vez limpia de sangre, la cara de June no tenía tan mal aspecto, aunque seguía muy maltrecha. Se puso de pie con no mucha firmeza, se acercó al espejo que estaba apoyado en el alféizar de la ventana y lanzó un gemido.

—¡Maldito cabrón! Mira qué me ha hecho.

Ivy soltó una carcajada estentórea.

—Ese moreno tuyo no va a querer verte en una temporada, con semejante careto. De todas formas Joey acabará de arreglarte en cuanto vuelva.

Parecía saborear la idea, así que, repuesta gracias al té y al coñac, June se volvió de cara a ella y le gritó:

—¡Que te den por el saco, vieja pelleja!

Tenía la mano hinchada, hasta tres veces el tamaño normal. Susan vació el cuenco y lo llenó con agua helada. June metió la mano dentro y suspiró.

—Así me siento mejor. Es hora de que te largues, ¿no crees, Ivy? ¿O piensas quedarte aquí atravesada hasta que suelten a tu hijo querido y puedas ver el final del drama?

Ivy cerró la boca. Sabía cuándo llevaba las cosas demasiado lejos. June era perfectamente capaz de echarla a la calle a patadas, así que cerró el pico durante un rato. De ningún modo iba a perderse la vuelta de su hijo de la prisión; eso le daría un buen tema de conversación para el bingo.

—¿Estás en casa, Junie?

La voz de Maud Granger sonó fuerte mientras entraba esa mañana, algo más tarde, en el minúsculo piso. Se detuvo en la cocina y al ver a Ivy hizo un gesto de cabeza en dirección a ella.

—Vi a los de la poli que se lo llevaban... ese hombre te trata de un modo que es una puta desgracia. Mira cómo tienes la cara.

June puso otra vez la tetera en marcha e hizo una mueca por el tirón de la mano.

—Estará otra vez en casa pronto, suelen darle la patada sobre la hora del almuerzo, así que entonces volveremos a empezar. Está convencido de que tengo un lío. Como siempre.

—Y como siempre, lo tienes —metió baza Ivy.

June se volvió hacia ella y suspiró con fuerza para intentar conservar la calma.

—No tengo ningún lío, Ivy. Por si quieres saberlo, me paga, y sin ese dinero no podríamos sobrevivir, porque tu querido hijo se bebe todo lo que entra en esta casa.

Así que ahora ya lo sabes, joder, ¿vale?

De inmediato June deseó no haber hablado tan claro, porque a su amiga Maud se le había quedado la boca como el túnel de Blackwall, y a las dos ese comentario estaría en las lenguas de todo el polígono.

Con los ojos como platos, Maud musitó:

—¡Oh, June, eres tremenda!

Ivy la imitó burlona.

—Sí, y tremenda de verdad, ya que estamos, ¿eh, Junie? Mi chico te cocerá los ojos cuando se lo diga, cariño.

June se sentó a la mesa de la cocina y notó el picor de las lágrimas. Tenía la cara destrozada, negra e hinchada. Tardaría semanas en tener un aspecto medio parecido al habitual. El dolor de la mano la estaba matando y sentía la espalda como si se le fuera a partir. Todo el cuerpo estaba magullado, pero a eso ya estaba acostumbrada. Lo que de veras le preocupaba era que esta vez su marido no la dejaría en paz con el tema una buena temporada. Su nuevo hombre le gustaba. Era encantador, amable y cariñoso, la trataba con respeto. Y además era generoso.

June llevaba años prostituyéndose por libre, como la mayor parte de sus vecinas. Era parte de la carga de sus vidas. ¿Los críos necesitaban zapatos nuevos? Pues a salir a la calle, que nadie se iba a enterar.

Lo que no se hacía era ir contándolo por ahí, y desde luego que si Maud andaba por los alrededores, la boca ni abrirla. Era capaz de encontrar tema para el cotilleo en una junta de oración.

Susan y Debbie entraron en la cocina cuando su abuela empezaba otra vez con su cantinela. Según ella, June no servía para nada. Susan le preguntó a su madre si ellas dos podían salir a jugar fuera.

Antes de que June pudiera contestar, la puerta de la calle casi se sale de sus goznes de lo fuerte que la aporreaban.

Suspiró.

—Abre tú, ¿quieres?

Susan abrió la puerta y vio allí plantado al negro más grande que había tenido delante de los ojos en toda su vida.

El hombre le sonrió, amable.

—¿Está tu madre en casa?

Susan se quedó perpleja. Aquel hombre le caía bien, era agradable. Pero sabía que en lo referente a su abuela McNamara su presencia sería como sacar un trapo rojo delante de un toro.

Debbie entró corriendo en la cocina chillando:

—¡Es el hombre negro, mami, está en la puerta!

June alzó los ojos al cielo y sofocó el impulso de ponerse a gritar ante lo injusto que era todo aquello. Se incorporó del asiento y dijo, sarcástica:

—Cierra ya la boca, Maudie, no vayas a perderte algo jugoso.

Al salir de la cocina el corazón le latía con fuerza. Jacob Omomuru era fundamentalmente un hombre bueno, y ella lo sabía muy bien. Eso era lo que lo hacía todo mucho más difícil. Todas las probabilidades eran que su marido iba a matarla por culpa de Jacob, y en lo más hondo comprendía que si tuviera una pizca de sentido común lo mejor era fugarse con él. Pero también sabía que no iba a hacerlo. No podría enfrentarse a la vida real, no podría enfrentarse a tener a Joey siguiéndole los pasos de cerca, porque ese sería el resultado.

Jacob estaba de pie en el escalón de entrada delante de todo el vecindario con un elegante traje azul marino y camisa y corbata a tono. El espléndido pelo rizado que tanto le gustaba lo llevaba cortado al rape; los ojos oscuros almendrados le suplicaban. Jacob Omomuru la amaba y saber ese secreto hacía de June una mujer muy feliz. Pero su vida ya estaba fijada y nada podría cambiarla ya.

La estrechó entre los brazos, se asombró al verle la cara. Ella se estremeció al sentirse abrazada. Olía aquel aroma especial suyo a jabón de sándalo y a «cigarrillos». Lo apartó justo en el momento en que su suegra aparecía en la puerta con una cara como una máscara blanca y la boca formando una gran «O» bastante fea.

—¡Déjala en paz, negro cabrón! Mi chico te cortará el pescuezo cuando descubra este fregado.

Jacob siguió allí, una figura grande, impresionante entre las mujeres y las niñas. A Maud estaba a punto de escapársele la orina de los nervios y la excitación. Aquello era mejor que la tele, le diría más tarde a la gente cuando se encontrase o pasase a ver a cuantos se le ocurriera para tomar un té y fumarse un pitillo. Lo de «tener la boca bien cerrada» era algo que nunca había oído.

—Venga June. Vente conmigo, cariño. Déjame cuidar de ti y de las niñas.

June alzó la vista para mirar aquel hermoso rostro y meneó la cabeza.

—Es mejor que te marches, Jacob. Joey llegará enseguida y si estás por aquí se armará la gorda —dijo con voz baja y sin la menor emoción.

Pasó por delante otra vecina, una madre joven de veintitrés años con cuatro hijos, estrías suficientes para servir de horario de trenes y una boca más grande que una ubre de vaca.

—¡Eh, Junie! ¿Ahora te traes trabajo a casa o qué?

June no le hizo caso.

Jacob bajó la mirada para contemplar la cara que tanto amaba. Conocía la reputación de June McNamara, como todos. Era «de esas», como las llamaban en los barrios del East End. June utilizaba su único activo. «Estar sentada en una mina de oro» era como siempre había oído a otras mujeres referirse a sus cuerpos. Pero aun así a él le habían podido aquellos pechos suaves y grandes y la humedad acogedora entre sus piernas.

Estaba encoñado y lo sabía.

Sabía también que las probabilidades de que en 1960 una relación interracial

funcionase eran prácticamente nulas. Y sobre todo por aquellas barriadas.

Pero June le había dado algo que nunca esperó encontrar en medio de la frialdad de Londres. Le había dado un poco de felicidad. Tenía que aguantar tanta mierda en su trabajo en el Victory (aguantar sus insultos disfrazados de bromas, y aceptar su dinero), pero sabía que todos y cada uno de los días caminaba sobre una línea muy fina. Solo su tamaño y el miedo que inspiraba lo mantenían vivo y en forma en el East End de Londres.

En el *pub*, Jacob utilizaba su guapura morena e inquietante con buenos resultados y sabía que esa era su ventaja sobre los blancos. Les gustaba a las mujeres. En Londres, en especial en el este de Londres, los hombres fuertes estaban muy buscados. Eran un trofeo. «Mi tronco le puede partir la cara al tuyo». Algo casi tribal. Se permitió una sonrisita secreta al pensarlo.

June lo empujaba hacia los escalones mientras Ivy gritaba tanto como podía para asegurarse de atraer a todos a su puerta.

June se separó de Jacob y le gritó a su suegra:

—¡Cierra ya esa boca, vieja pelleja! ¿Quieres cerrar el pico e irte a tomar por el culo de una vez para variar?

Después volvió a mirar a Jacob y le rogó:

—¿Quieres irte? No haces más que empeorar las cosas. Me colgará en cuanto descubra que has estado por aquí. Márchate y déjame sola, nada más.

Tenía la voz ronca por la emoción y Jacob tuvo la sensación de hundimiento del que comprende que no solo ha perdido la batalla, sino también la guerra. Miró aquella cara maltratada.

—Eres tonta, June. Te estoy ofreciendo una salida. Te estoy ofreciendo una vida.

June se rio con risa malévol.

—Yo ya tengo una vida, Jacob, y así que al carajo contigo y con todos los de tu cuerda.

Comprendió que lo había herido y le susurró más amable:

—Déjalo ya, colega, déjalo y ya está.

Jacob trató de pasarle una mano por la cintura, pero ella se lo quitó de encima.

—Mírame, Jacob. Para mí, ya está. No puede ser de otra manera. Si mi maridito llega a casa y te encuentra aquí, uno de los dos va a pasarse una temporada a la sombra, ¿entiendes? Y para serte franca, yo no lo valgo. Así que, ¿quieres irte ya?

Antes de que respondiera cayó sobre ambos un cubo de agua fría.

Ivy estaba en su elemento. Todos los vecinos habían salido y su chico estaba a punto de volver a casa así que ahora podía soltarse el pelo. Si June la echaba a patadas alguna de las vecinas la acogería en su casa de modo que tenía garantizada una taza de té y una silla de pista para esperar el regreso de su hijo.

June se volvió contra su suegra como una gata trastornada.

—¡Vieja bruja malvada! ¿Por qué coño tenías que hacer eso?

La persiguió al interior del pisito mientras oía las risas de los vecinos sobre los

chillidos de miedo y excitación de Ivy. Si su madre política cayese muerta allí mismo su vida sería mucho más fácil. Susan y Debbie miraban con los ojos muy abiertos cómo su madre cargaba contra la abuela. Le arreó unas sonoras tortas junto a la boca y en la cabeza. Ivy agarró a la nuera del pelo.

—¡So puta! Joey te hará papilla y te arrastrará por todo el bloque en cuanto le cuente todo esto. Un negrazo, ¿eh? Así que ahora nos gustan morenitos, ¿eh? ¡Por Cristo bendito, has caído más bajo que las furcias de los muelles! ¡Tú te follas cualquier cosa, ellas lo de follarse a un negro se lo piensan dos veces!

Arrastró a su suegra por el pelo y la lanzó sobre una silla al lado de la tele.

—¡Es un buen hombre! —le bramó—. ¡Una persona decente! Demasiado bueno para una como yo. Si tuviera un poco más de cabeza me iría zumbando detrás de él, ya lo creo. Pero sé que entre tú y el chulo de mi marido no tendríamos ni un solo día de paz. Tu hijo me lo ha quitado todo, todo. Mira a tu alrededor, mira qué somos, y después date una palmadita en la espalda, Ivy. Hiciste un trabajo de puta madre con tus chicos. Un trabajo de primera, ya lo creo. No tenemos nada, todavía menos que tú.

Las dos mujeres quedaron al fin agotadas de la pelea y el griterío. La habitación quedó en silencio, con las dos protagonistas mirándose la una a la otra como lobas atrapadas.

—¿Preparo otra taza de té?

June se volvió hacia su vecina y amiga y vociferó:

—¡Oh, vete al carajo, Maudie! ¿Es que no has visto bastante por hoy? Vete a tu casa y ocúpate de tus hijos. Ya lo oirás todo a través de la pared, cariño, igual que haces siempre.

—Yo hago el té, mami —dijo Susan casi en voz baja. Su madre miró la cara de su hija con tristeza.

—Le pondré una gota de *whisky* dentro, ¿quieres? Te aclarará la cabeza.

Cerró la puerta de la calle en cuanto salió Maud y luego puso la pava al fuego. A los cinco minutos volvió con dos grandes tazones de té humeante para su madre y su abuela.

Las dos estaban acabadas, aunque ninguna de las dos lo admitiría. Ahora que Joey estaba a punto de llegar a casa hasta su madre se había callado. Nunca se podía saber de qué humor llegaría. Saltaba de la risa a la ira más feroz en un instante.

El piso estaba tan silencioso que se oía el tictac del temporizador del horno de la cocina.

Capítulo 2

Una hora más tarde Joey metía la llave en la puerta principal. Al oírlo tantear, Ivy miró a su nuera y le susurró:

—Ahora no me lo vuelvas loco, ¿de acuerdo? Tú dale la razón. Diga lo que diga, dale la razón.

June ni se molestó en contestarle.

Joey cruzó la puerta sin hacer ruido, la cara estrecha y oscura, opaca e impasible. Cogió a Debbie y le dio un beso en los labios.

—¿Cómo está la mejor de mis chicas?

Debbie se apretó contra él y le devolvió el beso. Susan miraba. El padre le guiñó un ojo y luego entró en la cocina. Miró a su madre y suspiró.

—Hola mama. Qué, aquí, echando un poco de agua turbulenta a la balsa de aceite, ¿eh?

Ivy mantuvo el cuerpo inmóvil, la boca bien cerrada. Joey volvió la mirada hacia June, fijándose en la cara y la mano magulladas. Parpadeó unas cuantas veces como si no estuviera seguro de ver lo que veía.

—Entonces, ¿qué te ha pasado, June? ¿Te peleaste con un autobús, mi amor? Tienes una pinta fatal, muchacha.

Nadie dijo ni una palabra.

Eso era lo normal con Joey. Podía salir con cualquier cosa y disfrutaba teniendo a las mujeres de su entorno esperando a ver lo que hacía. ¿Iba a darle una paliza a June o iba a perdonarla y olvidarlo todo y hacerle complicadas declaraciones de amor? Era un juego estupendo, un juego con el que gozaba.

A Ivy le brillaban los ojos de emoción y expectación. Aquello ya estaba mejor. Aquello era exactamente lo que se esperaba. De repente volvió a sentir que era una mujer joven y que Joey era su propio padre.

¡Qué hombre! Su hijo se llamaba como su marido, y era igual que él.

Susan puso otra vez agua a hervir, ahora en silencio. Cuando su padre estaba así cualquier ruido podía desencadenar problemas.

Joey le sonrió.

—Buena chica —le dijo—, prepara té para su viejo. Para mantenerlo tranquilo después de que tu madre lo metiera en chirona.

Todos continuaron sin decir palabra.

Joey las miró una por una para captar el miedo, la excitación y la tensión. Se sentó a la mesa de la cocina, encendió un cigarrillo y le dio una profunda calada.

—Seguro que con una taza de té y un sándwich de huevo me quedo como un obispo.

Las dos niñas lanzaron un suspiro de gusto ante el tono calmado de la voz. Se había conjurado el desastre, el papa lo dejaría estar todo y se podrían relajar.

—Luego, después del descanso, voy a ir a pegarle un tiro al moreno. Al venir a

casa paré donde Jonnie Braithwaite y me hice con una preciosa pistolita. Le pegaré un tiro en los huevos y estaré de vuelta en casa a la hora de almorzar.

Joey sacó del bolsillo de la chaqueta entallada un viejo revólver del ejército. Era grande, reluciente y amenazador.

Las niñas abrieron unos ojos como platos. Ivy se puso pálida y June se desplomó sobre el asiento.

—No seas un completo estúpido, Joey —dijo—. Te van a enchironar para siempre, y qué harás entonces, ¿eh?

Joey, que hasta ese momento no había considerado las posibles consecuencias, se quedó callado.

Sus ojillos de cerdo destellaron.

—De eso ya me preocuparé después. Ese negro está muerto, colega.

La cocina permaneció en silencio.

—Te he aguantado un montón de cosas, June, pero que te pongas a joder con negros es ir demasiado lejos. Un mono grande con el culo bien peludo, ¿ahora es eso? ¿Te has hartado de tanto chorbo blanco, eh? ¿Te apetecía un poco de tarta de chocolate?

Acarició el cañón del revólver y se lo puso a su mujer debajo de la barbilla. El metal estaba frío como el hielo. June cerró los ojos.

Se palpaba la tensión en la cocina.

Joey era muy capaz de pegarle un tiro y luego deshacerse en lágrimas de remordimiento. De hacer el papel de hombre engañado, de marido cornudo a manos de una esposa casquivana con debilidad por los negros.

Como de costumbre estaba metido en su propio mundo de fantasía.

En la cocina, todas esperaban conteniendo el aliento con la mirada fija en la pistola.

Susan fue junto a su padre y lo abrazó con suavidad.

—No le pegues un tiro a la mama, papi, que el miércoles tengo función en la escuela y yo hago del arcángel Gabriel.

Joey contempló la cara de su hija.

Pero ¿era su hija? ¿Alguna de las niñas era suya?

Eso era algo que de ningún modo quería perder.

Miró a su niñita de oro, a Deborah, la mayor, por la que siempre había sentido una especial simpatía. Más que nada porque tenía la misma vena egoísta que él, el mismo aire indolente. A todo el mundo le gusta verse reflejado en sus hijos, y cuantos más defectos suyos muestren, más los quieren.

Es la naturaleza humana.

Deborah era clavada a su padre, de la cabeza a los pies. Bonita de una manera petulante, asegurándose siempre de llevarse la parte del león en todo lo que por allí anduviese. Estiraba la mano para cogerlo todo, la vida, y ni una sola vez daba ella algo. A Deborah, como a su padre, le esperaba una existencia muy solitaria de adulta.

Incluso en ese momento estaba más preocupada por qué le sucedería a ella si su padre pegaba un tiro a su madre que porque June corriera peligro de muerte a manos de un hombre que no entendía que la vida humana es para disfrutar, para dar y para amar. No para que todo el mundo haga exactamente lo que tú deseas.

Como era una persona débil, Joey se dedicaba a amenazar, odiar y pelear porque creía que eso le hacía parecer fuerte. A veces odiaba a June y a Susan porque sabía que lo tenían calado. Que lo veían como realmente era: un bravucón con una boca muy grande.

Y por eso estaban todas tan preocupadas.

No iba a dispararle al negro. Si alguien se llevaba un tiro esa sería June, porque era un blanco fácil y lo sucedido hoy le daba puntos entre el vecindario, que era lo que él consideraba importante.

A Joey nunca se le ocurrió que más allá del mercado de Roman Road hubiese un ancho mundo y que a la gente que no era de esa zona le importaba poco si estaba vivo o muerto.

Él quería ser un pez gordo en un estanque chico.

La gente se mostraba cautelosa si aparecía por sus casas. En el *pub* se tomaba montones de copas. Las rameras viejas y las putillas del barrio le mostraban la adoración que anhelaba. Pero June, su June, seguía mirándolo con aquellos ojos vacíos y riéndose de él a sus espaldas. Porque sabía perfectamente lo que era: un cobarde, un cuentista, un mentiroso.

Joey, en el fondo, no era nada. Él lo sabía, y lo peor de todo: su mujer también. June era su talón de Aquiles porque en el fondo la quería, la quería de verdad y sabía que una vez también ella lo había querido a él. Adorado, incluso. Hasta que lo tuvo calado.

Amartilló el gatillo. El sonido sobresaltó el silencio de la cocina.

June tragó saliva ruidosamente y dijo con voz inexpresiva:

—¡Venga, Joey, dispara! Acaba de una vez con este puto rollo, ya he tenido bastante.

Él le miró la cara hecha estragos, vio los cardenales y las inflamaciones que a cualquier mujer normal la harían estar una semana en el Old London, y notó las punzadas de las lágrimas. Consideró reventarle aquella cara de una vez por todas. Volarle la cabeza. Pero el momento ya se había pasado.

Ahora la mujer estaba de pie y preparaba otro jodido té.

—Te prepararé el desayuno y luego podrás bañarte.

Se quedó mirándola, todavía apuntándola con la pistola, solo que ahora a la altura del pecho.

June sonrió con tristeza.

—Déjalo ya, Joey. Cualquier día lo harás. Y estaría bien ahora que me importa un puto carajo.

Susan le quitó suavemente el revólver mientras Debbie se acurrucaba entre los

brazos de la abuela, que tenía el rostro blanco como el papel. No porque su hijo fuera a matar a su esposa, sino porque lo meterían preso. Joey era la licencia que le permitía ser la bruja vieja y vengativa que era. Si la gente le permitía entrar en su casa y en su vida era porque les daba demasiado miedo decirle que no.

Susan se llevó el arma al cuarto de baño sin hacer ruido y lo tiró en la taza del retrete. Una vez había visto en una película que metían una pistola dentro del agua y luego no funcionaba.

Confiaba en que fuera verdad.

Al deslizarla en el retrete el gatillo se disparó. No hubo el menor ruido. Suspiró profundamente.

Ni siquiera estaba cargada.

Su padre las había hecho pasar por todo aquello por nada.

Después bajó la tapa del retrete y volvió a la cocina. Debbie estaba en el regazo de su padre y la abuela le servía un *whisky* abundante. Curarresacas, lo llamaban.

La caída de la tensión dejó en la cocina ambiente de camaradería y buen humor. Susan se puso el abrigo y las botas de goma y se escabulló fuera de la casa. Tenía que hacer del arcángel Gabriel en la función de esa semana y no tenía con qué vestirse, nada. La maestra le había hecho unas alas y ella prometió que se prepararía un traje de ángel ella sola.

Lo que le hacía falta era una sábana...

Al bajar los escalones de la calle vio las cuerdas con la colada tendida en aquella vigorizante mañana de invierno. Y allí, delante de ella, una sábana blanca y perfecta, inmaculada y reluciente.

Sonrió para sus adentros.

Se sentó fuera toda la tarde contemplando la sábana, asegurándose de que nadie la recogía. Y en cuanto se hizo de noche la descolgó a toda prisa y se la metió debajo del abrigo. Una última mirada para comprobar que nadie la había descubierto y salió corriendo para casa como un rayo.

Dentro todo seguía de color de rosa. Su madre estaba en el sofá sentada sobre las rodillas de su padre, la abuela se había marchado y Debbie estaba de mal humor porque tuvo que ocuparse de hacer té y preparar sándwiches toda la tarde.

—¿Qué llevas debajo del abrigo?

Lo dijo en voz bien alta. Trató de sacarle la sábana a Susan, que la apartó de un fuerte empujón.

—Vete a la mierda, Debbie, es mía.

Debbie fue corriendo a la sala proclamando a voz en grito:

—Mama, papa, Sue le ha robado la colada a alguien. La tiene debajo del abrigo. La he visto y no me deja cogerla.

Joey miró a sus hijas.

—¿Qué tienes ahí, Sue?

La voz tenía un tono de fastidio.

—He pillado una sábana, papa, es para hacerme el traje de ángel para la función de la escuela. Ya te lo dije, yo soy el arcángel Gabriel.

—Yo pensaba que los ángeles tenían que ser guapos. ¿Qué pasa, que se han quedado sin niños en la escuela?

La niña no contestó.

—¿De quién coño era la sábana?

Susan se encogió de hombros.

—No sé, pero nadie me vio cogerla ni nada.

June suspiró.

—Déjala en paz, se lo ha apañado en buena ley, es suya —luego se dirigió a su hija con una sonrisa—. Vete a tu cuarto, que luego iré yo y te haré una toga como las que llevaban los romanos. Será igual que un traje de ángel, amiga.

Susan sonrió.

—Gracias, mami.

Se tumbó en la cama y se dejó ir en el sueño de ser un ángel, aunque fuera feo. Pero claro, razonó Susan para sus adentros, no se puede tener todo.

Lo que tenía en ese momento le bastaba.

Capítulo 3

Susan McNamara reía, reía de veras, y la encargada de su curso, la señorita Castleton la observaba asombrada ante aquel cambio en la niña de trece años arisca y callada que era antes.

Era Navidad, y en la clase estaban viendo dibujos animados. Habían empezado con *Blancanieves* y ahora terminaban con Tom y Jerry. Todos los niños se reían, pero la cara de Susan, por una vez abierta y demostrando cuánto disfrutaba, llamó la atención de la profesora. Se la veía radiante, o al menos todo lo radiante que se puede ver a una persona como Susan.

Pese a ir bien vestida, la chiquilla tenía siempre un aire desamparado, como si todo el rato esperase algo. No estaba claro lo que esperaba, pero parecía que se hubiera vestido y peinado para luego dedicarse a la tarea importante del día: esperar.

¿Esperar qué? Karen Castleton se lo preguntaba una y otra vez.

Cada vez que se abría una puerta Susan se volvía con cara medio asustada, medio ansiosa.

Sobre todo en los últimos tiempos.

Durante las últimas dos o tres semanas Susan había estado más callada que de costumbre, y la niña ya era de por sí tan callada que vivía en el silencio. Solo hoy se mostraba ligeramente animada.

La señorita Castleton lo atribuyó a la cercanía de las vacaciones de Navidad y la ruptura de la rutina. Era una niña solitaria que solía andar sola, perderse en la biblioteca, en los libros y la música. La bibliotecaria, una mujer de aspecto bastante masculino que se llamaba Gloria Dangerfield, opinaba que estaba frustrada en lo académico porque sufría algún tipo de dislexia.

Todos los demás pensaban que le gustaba la biblioteca porque no había nadie más en la escuela que estuviera dispuesto a acercarse por allí salvo con amenazas o por castigo. Era simplemente otro sitio donde esconderse, para matar el tiempo hasta la hora de irse a casa.

Karen Castleton era una mujer de mediana edad, guapa en una línea de severidad, con la dificultad de sus orígenes privilegiados. Para ella la Escuela Secundaria de San Judas había sido todo un impacto. Un gran impacto. Hasta entonces no supo que los niños blasfeman y sueltan palabrotas en su lenguaje cotidiano, que reñir a un crío puede hacer que aparezca una mujerona de brazos fornidos y te amenace con rajarte los bofes, o que para la mayor parte de tus pupilos escribir correctamente una palabra sencilla sea como coronar la cumbre de una montaña.

En resumen, que también la señorita Castleton estaba educándose allí y eso le hacía la mar de bien. Cosa que se reconocía a sí misma. Ver todo aquello de primera mano le hizo mucho bien, sí. Algún día escribiría sobre todo ello puesto que se consideraba a sí misma novelista. Pero hasta entonces y hasta los dos hijos y medio de rigor, la casa y el perro grande de lanas, decidió observar y aprender todo lo de

aquel curioso entorno del East End donde a las chicas se les decía simplemente que matasen el tiempo hasta la hora del matrimonio o la maternidad (lo que llegara primero), y a los chicos se les enseñaba que su futuro estaba en factorías o almacenes.

Era todo tan deprimente...

La señorita Castleton miró su clase de alumnos de trece años y el instinto le dijo que la mayoría de las niñas ya tenía algún tipo de experiencia sexual. Se embadurnaban de maquillaje, fumaban y bebían cuando se podían permitir una botella de sidra, cosa que, según decían todos, podía la mayoría.

Mientras iban guardando sus escasas pertenencias en las carteras ya muy usadas, la maestra se fijó en Susan McNamara que sacaba sus tarjetas de Navidad del pupitre. Por cierto que ella no había mandado ninguna, ni se había fijado en la caja de cartón de su escritorio.

Sabía que el ambiente familiar de Susan estaba considerado como de bajos recursos, incluso para los niveles del East End. La madre vivía con un maleante conocido y el padre criaba a las dos hijas con ayuda de la abuela, ya mayor y una contribución monetaria del nuevo enamorado de la esposa.

Al vaciarse la clase la señorita Castleton vio a Susan fingiendo ordenar su cartera mientras deseaba feliz Navidad a todos.

Cuando el aula se quedó vacía, le dijo a la niña:

—Feliz Navidad, Susan.

—Feliz Navidad, señorita Castleton.

Tenía la voz grave y ronca.

—¿Estás deseando que llegue todo? ¿Las fiestas y el jolgorio?

Susan McNamara la miró como si acabara de aparecer entre una nube de humo verde.

—¿Y usted?

La devolución de la pregunta tal como se la lanzó la pilló sin respuesta. Después sonrió y dijo con toda sinceridad:

—No, la verdad es que no.

Aquello pareció animar a la muchacha. La señorita Castleton, sentada sobre el borde del escritorio, le dijo:

—Tengo que hacer todo un largo viaje hasta St. Ives, donde mis padres se retiraron hace unos pocos años. Los dos pintan, es una especie de paraíso para pintores. Ninguno de los dos lo hace muy bien, ya te imaginas, pero disfrutan con ello. A mí el lugar me resulta aburrido y lleno de vejesterios. ¿Y tú qué harás?

Susan se lo pensó unos instantes antes de contestar.

—En Nochebuena iré con la mamá y el tío Jimmy unas horitas, y luego me iré a la casa y tengo que ponerme a preparar todo lo del día de Navidad. Yo ahora hago toda la verdura y eso porque la abuela dice que está demasiado vieja para andar detrás de nosotras dos.

—¿Y cómo será tu día, el de Navidad?

—Bueno, iré a misa de gallo y al volver me aseguraré de que todo está como debe estar. Ya sabe: el pavo en el horno para que se ase toda la noche, los nabos a remojo en coñac para darlos un poco de gracia. Después el día de Navidad me levantaré por la mañana, abriré los regalos y me supongo que leeré. Espero que me traigan *El hobbit*. La mamá me prometió que me buscaría uno. Me encanta ese libro. No paro de cogerlo prestado de la biblioteca. ¿Y usted qué hará?

—La verdad es que los tendré a los dos a mi disposición. Mis padres me echan mucho de menos. Te contaré un secretito: no soportan la idea de que trabaje aquí. Siempre me vieron como una de las profesoras de los cuentos para niñas. Ya sabes, todo muy divertido a base de sticks de *hockey* y montones de *ginger-ale*.

Susan no sonrió como ella, sino que asintió muy solemne.

—No se los puede culpar, ¿no cree? Este sitio es un buen charco de mierda. Pero fue usted la que lo escogió, ¿no? Nosotros no pudimos escoger. A mí ya me gustaría vivir como las chicas de los cuentos. Eso a mí me iría perfecto. Felices Pascuas, señorita. Que tenga un buen viaje donde sus padres.

Karen Castleton comprendió que la acababan de despedir y aquello la desconcertó. Miró a aquella niña regordeta de pechos enormes salir del aula. El señor Reynaldo, que había estado observando la conversación desde la puerta, entró entre risas.

—Nunca podrás hacerte amiga de ninguna, amor, nos ven a todos como el enemigo. Llevo diez años embutiéndoles conocimientos a esos chavales y es perder el tiempo. Saben más de la vida de lo que nosotros llegaremos a saber nunca. No pueden evitarlo porque están rodeados por toda la existencia humana desde que nacieron. Cualquiera con autoridad es el enemigo, da igual la policía que nosotros que un tendero. Es su educación. Esa chica solo te ponía en tu lugar. Le has descrito el tipo de padres que daría los dos brazos por tener y tú los ridiculizaste. A sus ojos eres una yegua malcriada, como dicen por aquí. ¿Ves? Hasta me he contagiado del argot.

El pelo oscuro y los alegres ojos azules de Karen le atraían, igual que atraían a la mayor parte de los profesores varones, pero su carácter reservado y su incapacidad para distinguir una broma los había echado para atrás al final. Aquel hombre disfrutaba con su humillación y ella se dio cuenta.

Se sintió derrotada y más fuera de lugar que nunca. Se marchó de la clase sin decir adiós.

Abrió su pupitre y vio un sobre. Al abrirlo se encontró una felicitación de Navidad de las caras, llena de brillos y petirrojos. Era de Susan McNamara. Con su caligrafía redonda y esforzada proclamaba: «Los mejores deseos para Navidad y 1966, Susan McNamara y familia, xx».

Miró la tarjeta y sintió que un enorme bulto le comprimía el corazón. Reynaldo tenía razón, había puesto un poco en ridículo algo por lo que Susan McNamara hubiera dado un ojo de la cara: una familia normal.

Tuvo la impresión de que no iba a volver después de Año Nuevo. St. Ives le pareció de repente un lugar delicioso. Salvar el mundo con tu trabajo en un barrio humilde del centro de la ciudad había perdido todo su encanto. Cerró el pupitre, metió la felicitación en el bolso y salió del aula. No pensaba volver a entrar en ella nunca más.

¡Bruja perdonavidas! Susan no dejaba de darle vueltas en la cabeza a eso. La señorita Castleton le gustaba de veras, le gustaba su forma de guardar las distancias, su forma de vestir. La consideraba una aliada, una amiga.

En cambio era igual que los demás. Veía a Susan como una niña necesitada con tetas grandes y sin cerebro. Pues bueno, que le dieran, a ella y a todos.

La tarjeta le había costado dos con seis. Una maldita media corona. La mujer de la tienda había comprobado el dinero con meticulosidad, como si supiera que las personas como Susan solo compraban felicitaciones de ese calibre una vez en la vida.

Bueno, al carajo con la vieja zorra esa también.

Los tacos que se le venían a la cabeza iban a más y comprendió que tenía que parar, pero también le reducía la presión del cerebro, aliviaba un poco la rabia.

Sabía muy bien lo que era, pero la lectura le había mostrado otro mundo y Susan deseaba con todas sus fuerzas tener parte en ese otro mundo... aunque sabía que era un sueño imposible.

—¿Me dices en qué estás pensando?

Se volvió al oír el marcado acento escocés y vio a Barry Dalston. Era un chico nuevo en la ciudad. Su madre había llegado recientemente de Escocia con él y sus hermanos. Una banda de allí había asesinado al padre de Barry, así que eran el tema de conversación en el barrio desde hacía unas semanas. A todas las chicas les gustaba Barry porque era un tipo duro con fama de chalado. A Susan le gustaba porque siempre le sonreía. Y ahora estaba hablando con ella de verdad, de modo que casi se desmaya del susto, la vergüenza y el agradecimiento.

—Acabo de mandar al carajo a la vieja Castleton, estaba pensando en eso.

Barry sonrió, impresionado.

—A mí no me importaría darle algo a esa, pero primero tendría que meterle un trapo en la boca. Porque todas esas palabras raras que usa me echan para atrás.

Susan se echó a reír ante la imagen que Barry le evocó. ¿La señorita Castleton y él? Las personas como ella no juegan con sexo, hacen el amor. Susan no sabía muy bien cuál era la diferencia entre esas dos cosas, pero sabía que *existía* una diferencia.

Sabía que no era lo que su padre le hacía. Agarrarla sudoroso los pechos, mordérselos y susurrar: «Buena chica. La nena sabe lo que su papá quiere», algo que no encajaba con las faldas y los sueters de las señoritas. O con sus zapatos «prácticos» de mierda.

Susan apartó sus pensamientos de la profesora y de ella y caminó un rato en

silencio al lado de Barry.

—¿Te apetece una bolsa de patatas fritas? —le preguntó él.

Susan asintió muy contenta.

—Me encantaría una bolsa de patatas fritas, estoy muerta de hambre.

Barry sonrió con una sonrisita asilvestrada que subrayaba su guapura. Porque Barry Dalston era guapo, eso todo el mundo lo sabía. Levantó las cejas y dijo, amable:

—¿Tienes dinero?

Susan asintió. Siempre llevaba algo de dinero gracias a su madre.

Barry se rio.

—Bueno, pues guárdatelo, esto corre de mi cuenta. Y creo que puede que nos llegue para una salchicha también, ¿eh?

Susan asintió; la verdad es que aquella noche no podía pedir más. Mientras se dirigían a la calle principal charlaban de sus vidas. Se dio cuenta de que en realidad solo hablaba Barry, pero eso a ella le iba que ni pintado. De vez en cuando la mirada del chico se demoraba sobre sus pechos y ella se cerraba más el abrigo, como para protegerse. Y entonces él se reía.

—No tienes que esconderlas, amorcito. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

Susan le miró a la cara.

—Casi catorce.

No era verdad, apenas si había cumplido los trece hacía unas semanas, pero sabía que era una mentira que cualquier mujer diría para mantener el interés de alguien como Barry Dalston.

—Yo dieciocho, diecinueve en Año Nuevo. Siempre he pensado que es mejor que el hombre sea un poco mayor que la chica, ¿no crees?

Susan asintió. El corazón le golpeaba en el pecho como en una danza escocesa. El chico le hablaba como si fueran una pareja que cortejaba. Susan dio gracias a Dios, a la Virgen, a todos los otros santos que se le ocurrieron por haberle enviado a aquel chico.

Por su parte, Barry contemplaba aquella cara insulsa, a la que solo salvaban unos bonitos dientes. Se la veía limpia, se la veía a punto, aunque en realidad era una niña, y eso él lo sabía en lo más profundo. Pero le intrigaban sus aires de superioridad y aquello de que leyera libros. Había sabido por los otros chavales cuál era el montaje de su familia y ahí radicaba la verdadera razón de su interés. Su tío Jimmy y aquellos grandes pechos eran los faros que lo conducían hacia ella.

Estaba dentro del mundo de los maleantes auténticos y él andaba en busca de eso. De tener acceso a los gangsters de verdad.

Le sonrió y Susan le devolvió la sonrisa. Lo cierto es que la chica le gustaba de un modo raro. Ella lo miraba con adoración absoluta y ¿quién puede resistirse a eso?

June estaba como unas Pascuas porque veía a su hija reír y sonreír durante la Nochebuena. Aunque Debbie siempre era una niña más feliz, Susan, a su manera, tenía un sentido del humor más tranquilo y entendía enseguida cualquier chiste.

Pero en los últimos años parecía haber perdido esa cualidad y June le echaba la culpa a que hubiera dejado de estar al lado de su madre. Pero ahora parecía que estaba otra vez en forma.

June, por su parte, no estaba pasándolo como nunca en su vida, como había creído que lo pasaría. Jimmy, su rapaz escocés, últimamente había empezado a ponerse exigente, a criticarle la ropa, los peinados, todo. June estaba al borde de los treinta y tenía la clara impresión de que Jimmy había cazado algo más joven, alguien diferente.

Estaba a la espera de las malas noticias, pero hasta que llegasen seguiría aguantando.

Cuando atravesaba el mercado de East Ham camino de su paseo de los sábados con las chicas, vio a Bella Tambling, una vieja amiga. Bella era grandota, gritona y descarada, pero tenía una risa irresistible. Hoy llevaba un abrigo manta holgado y un gorro de lana. Aparentaba cincuenta, hablaba como un peón caminero y soltaba unas carcajadas que podrían cortar una maleza tupida.

—¡Hola, Junie, socia! ¡Cuánto tiempo sin verte!

June sonrió ante tan efusivo saludo.

—Venga, vamos a tomarnos un té ahí en la tasca. Los pies me están matando y tengo la boca como el papel de la jaula del periquito.

Las dos niñas se rieron y entraron detrás de su madre y de Bella en el local lleno de humo. Susan no soportaba tener que ver las anguilas vivas metidas en un cuenco que había sobre el mostrador, aunque luego se las comía. Se sentó, dejó que Debbie pidiera y escuchó a Bella y a su madre ir poniéndose al día.

—Ahora tengo siete críos, pero perdí otros dos. Por culpa de Su Señoría y sus putas botazas. Pero en cierta forma fue mejor, son todos una panda de cabroncetes. Esta mañana les di dinero a todos y los dejé en la calle de las patatas fritas. Espero que les pase por encima un autobús a todos antes de volver esta noche.

June se rio porque sabía que su amiga quería a sus hijos de verdad, que aquello no era más que un modo de hablar del East End. Al quitarse el chaquetón largo de cuero vio dos hombres que la miraban con admiración y eso le alegró el ánimo.

Sabía que tenía que arreglar las cosas con Jimmy, y pronto. Ya ni siquiera se molestaba en ir a casa por las noches.

Cuando les pusieron delante sus dos tazas de té humeante Bella empezó a hablar y durante unos instantes June no se dio cuenta de que hablaba de su Jimmy.

Se limpió la boca con un pañuelo de papel y le pidió con educación que repitiera lo que acababa de decir.

Bella miró a su amiga con tristeza.

—¿Es que no lo sabes, compañera? —se sonó la nariz con un pañuelito muy usado y reanudó la charla—. Se ha liado con una especie de tía elegante, todo el mundo lo comenta. Aunque que me follen si sé qué hay de elegante en un buen carro y unos cuantos trajes caros. Es la que lleva el Dynamo Club. Joder, Junie, perdona, oye. Di por hecho que lo sabías. Es moneda corriente por todo el barrio, es esta jodida bocaza que tengo... ¿Eh? Es abrir el pico y meter la pata con botas y todo. Te juro por Dios que si lo sé no te lo suelto de esta manera.

June sonrió.

—Tenía mis sospechas, Bella. Pero cuéntame lo que sabes, y te lo digo en serio, pero cuéntamelo a mí sola. No quiero que se entere todo el local.

—Es Maureen Carter, aquella que vivía detrás de nosotras cuando éramos pequeñas.

June abrió mucho los ojos.

—¡Pero si es mayor que yo! ¿Estás segura?

Bella soltó un sonoro bufido.

—Pues claro que estoy segura. Y para ser justa, está de buen ver, Junie. No creo que cumpla los cuarenta, pero en muchas cosas es como un hombre. Gana un buen pellizco y hace lo que quiere. Yo creo que ese debe ser su atractivo. A los hombres les gustan estas chorbas tan modernas, ¿verdad que sí? Si hasta Marie, la mayor de las mías, dijo el otro día que quería hacer una carrera. Le solté una buena torta en la cara a la putilla esa. Y lo primero le dije: «Lo que tienes que hacer, muchachita, es tener una vida». ¿Y sabes lo que me contestó tan deprisa como un rayo? Pues me dice: «Bueno, no pienso acabar como tú, mami, con más críos que una coneja y sin haber conducido un coche». «Sí que he conducido un coche», la digo yo, «uno que chorizó tu padre cuando éramos unos críos. Lo estampé al jodido y tu padre me prohibió volver a sentarme al volante nunca más, solo en la bici».

Bella soltó una gran carcajada y hasta June rompió a reír aunque estuviera temblando por dentro.

¡Ese puerco cabrón apestoso! ¡Maureen Carter!

Maureen, que por sí sola era una fuerza digna de tener en cuenta.

Maureen, que conocía a todo el mundo y vivía según su propio código de normas.

Maureen, que soltaba la caja de la ronda de las apuestas cada sábado para hacerle un favor a Jimmy.

Maureen, que venía a tomarse un café con June... que no tenía ni la más remota idea de que se estaban tirando a su hombre.

June cerró los ojos y sintió que una ola de devastación la arrollaba. Era verdad que la estaba abandonando.

Jimmy ya había tenido otros escarceos con anterioridad, y ella había hecho la vista gorda porque sabía que era natural que los hombres anduvieran detrás de cualquier cosa que respirase y pareciera remotamente follable. Pero también sabía

que Maureen era una competencia seria.

Maureen hablaría con él, tendrían conversaciones sobre los negocios y la vida. Eso era lo que alejaba a los hombres de sus mujeres, no el sexo.

El sexo era algo relativo. Los hombres jodían, se limpiaban y luego le compraban a la parienta un ramo de flores y le echaban uno a ella para compensar. Pero si era alguien como Maureen y el hombre se pasaba las noches fuera, la cosa iba en serio.

Jimmy consideraba que iba ascendiendo en su mundo y quería una pareja que pudiera llevar con él, que le mereciera un respeto. Una que le diera lo que se merecía. Maureen también servía para eso; sabía pelear como un jodido macho cuando tenía ganas. Ya pensaba como uno y hablaba como uno.

Apenas si hacía unos días les contó que acababa de comprarse otra casa y como una idiota June, la novia oficial de Jimmy, le dio la enhorabuena.

Debía haberse descojonado.

June se tomó el último trago de té y se levantó.

—Gracias por contármelo, Bell. Te lo agradezco, socia.

Bella la cogió de la mano.

—¿Qué piensas hacer, meterle un empujón? He oído que él ya está llevándose ropa y cosas a su barraca. Se lo oí a la buena de Cathy Davies, que va a limpiar a casa de Maureen, así que me imagino que ya se habrá corrido la voz por todas partes. La interesada siempre es la última en saberlo, ¿verdad, muchacha? Estoy contentísima de que mi maridito sea un puto feo, así nadie más lo quiere. Tiene un aliento que echaría para atrás a una puta de dos chelines, o sea que ¡dime tú a una persona normal!

Bella se rio otra vez a carcajadas y June, contemplando aquella boca abierta con los dientes que le faltaban y la lengua forrada de amarillo, sintió envidia de ella.

La vida de Bella eran sus hijos y nada más. ¿Por qué June no había sido feliz con eso mismo? ¿Por qué siempre quería alguna cosa más?

Debbie y Susan habían escuchado todo aquello en silencio. Al salir del calorcito del local Susan tomó de la mano a su madre. June se la apretó con fuerza y contuvo las lágrimas de frustración y rabia que le llenaban los ojos.

Llamó a un taxi, dio un beso a las niñas y les dijo que se fueran a casa, que los regalos se los daría al día siguiente. El taxi arrancó con ellas y las miró alejarse con el corazón encogido. Aquello había que arreglarlo y como era Navidad habría que arreglarlo con delicadeza.

Mientras estaba parada en la acera llegó Bella resoplando y jadeando, enfundándose en el abrigo y calándose el gorro.

—Si te sirve de consuelo, colega, en mi casa siempre hay una cama para ti si la necesitas.

Tanta amabilidad ya fue demasiado y las lágrimas empezaron a correr.

—¡Ese podrido cabrón, Bella! ¡Es un podrido mamón, un guarro piojoso!

Bella se puso a llorar con ella entre sus risas de costumbre.

Jimmy miró a June ponerle la comida en la mesa. Suspiró.

—Para mí no, paloma. Ya pillé unos mordiscos antes. Escucha, ¿por qué no sales esta noche, eh? Yo estoy muy ocupado, no sabes todo lo que...

June lo miró y sonrió.

—Eres un cabrón mentiroso. Estás muy ocupado desde luego, pero no por el trabajo, aunque supongo que tirarte a Maureen puede considerarse trabajos manuales. ¿Qué, qué te pasa, te ha comido la lengua el gato?

Jimmy tuvo la cortesía de fingir vergüenza.

—¿Quién te lo dijo?

June suspiró.

—¿Entonces no lo niegas?

—Ni siquiera yo puedo negar la verdad.

—¿Por qué no? Antes no te privabas.

—Venga, June, ya sabes cómo son las cosas. Nunca pensé que fuera a ir en serio. Pero ya ves... la quiero.

June se sentó a la mesa y meneó la cabeza.

—¿Y eso dónde me deja a mí, eh? La quieres a ella y vives conmigo o para decirlo mejor, yo vivo contigo. Dejé a mi marido y a mis hijas...

Jimmy agitó la mano ante ella.

—Con todos mis respetos, Junie, habrías dejado a tu marido por cualquiera... Y en cuanto a esas pobres pollitas... Por Cristo, seguro que las hubieras dejado en el refugio de perros de Battersea si te las hubieran aceptado, así que no te me pases de la raya con el tema.

—Quería a mis hijas.

Jimmy respiró hondo antes de continuar.

—¿Tú oyes lo que dices, June? Que las querías. ¿Y ahora ya no las quieres, es eso? Al principio me creía que tú eras el no va más, esa es la verdad, pero ahora ya no, corazón. Hoy mis gustos apuntan un poquito más alto que tú. Por Cristo bendito, pero si casi no limpias la casa, cocinas esta misma mierda constantemente y no tienes conversación. Por favor, June, no me hagas esto más difícil de lo que ya es y no me preguntes qué nos fue mal y todos esos rollos. Vamos a decir simplemente que tú y yo ya terminamos, palomita, y adiós muy buenas. Pensaba decírtelo después de Navidad, de todos modos.

—Un gran detalle por tu parte, pero hay una cosa que necesito saber: ¿por qué Maureen Carter? ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Jimmy se pasó una mano por la cara, irritado. Lo había puesto en un aprieto y eso no le gustaba nada. Contraatacó enfadado:

—Pues la puta inteligencia, Junie, tiene cacumen, piensa por su cuenta y no hace falta estarle detrás todo el rato. ¿Te parece bastante para empezar o quieres que siga adelante?

June se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el plexo solar.

—No, ya me hago una idea, gracias.

Recogió el plato con el filete con patatas fritas de Jimmy y lo vació en el cubo de la basura.

—Entonces, ¿cuándo me voy? O tendría que decir, ¿a dónde me voy?

Jimmy estaba dolido hasta el alma, pero sus sentimientos por Maureen eran como un cáncer que no dejaba de comerlo por dentro.

Quería estar con ella todo el tiempo, quería mirarla, ver lo que hacía. Sabía que les gustaba a los hombres, que los atraía, especialmente a los hombres acomodados con buenos negocios y carreras. Casi no se podía creer que lo hubiera elegido a él. Pero ahora que lo había elegido, tenía toda la intención que quedársela para él solo.

La admiraba, la respetaba, la amaba.

La amaba de verdad.

La pobre June no podía competir con eso.

—Me marcharé yo, cariñito. Puedes quedarte aquí hasta que arreglemos algo para ti, ¿vale?

June asintió en silencio con tristeza. Estaba tan alterada que no podía hablar. Al final dijo:

—Yo te quiero, Jimmy.

Las palabras consiguieron salir de su boca en contra de su voluntad.

—Ya lo sé, Junie, y créeme que me duele en el alma, nena. De veras.

—Puedo cambiar, intentar ser diferente...

Jimmy negó con la cabeza.

—Eres estupenda tal como eres, Junie, y seguro que hay alguien que te querrá así, ya lo verás.

—¿Cómo tú, quieres decir? —preguntó con una sonrisa triste—. ¡Qué idea tan emocionante!

Jimmy salió del cuarto. June oyó abrirse la puerta principal y fue corriendo mientras lo llamaba. Cuando él la miró, puso una sonrisa y le dijo:

—Feliz Navidad, Jimmy.

Él salió de la casa sin contestarle. June se derrumbó sobre el felpudo y lloró hasta que le dolió.

Lo trágico era que lo que decía era verdad. Lo amaba. Todavía.

Debbie había salido, la abuela había salido y su padre había salido. Susan saboreaba el tener el piso para ella sola.

El corazón se le paró en el pecho al oír a su madre abrir la puerta con su llave.

—Hola, mama. ¿Qué te trae por aquí?

En realidad ya lo sabía pero no lo confesaría nunca. Era cosa de su madre aclararlo todo y contarle a Susan lo que quería que supiera.

—Pensé que podía pasar a ver a mis chicas y darles unos mimos.

Susan se abrazó el muslo. Si todo lo que había dicho Bella era verdad igual podía irse a vivir con su madre en algún sitio. Esa idea le había animado el espíritu desde que se le vino a la cabeza. Estar lejos de su padre era una perspectiva tan maravillosa que se sintió como si viviera todas sus navidades y cumpleaños a la vez.

Mientras su madre iba dando traguitos a un *whisky*, Susan preparaba las verduras y se pusieron a charlar de nada en especial. Una hora más tarde entraba Joey.

Ver a su Junie sentada a la mesa de la cocina le sobresaltó. Miró a toda prisa a su alrededor, no fuera que hubiese llevado a Jimmy con ella y hubiera problemas.

June dio cinco libras a Susan y le dijo que fuera a comprarle unos cigarrillos. Susan se fue con el ánimo decaído. Sabía perfectamente lo que iba a hacer su madre y eso la acongojaba. La acongojaba y destruía cualquier esperanza de alejarse del hombre de la cocina. June iba a intentar entrar de nuevo en la vida de su marido y si lo conseguía eso sería el fin de todos sus sueños.

Cuando salía por la puerta oyó el timbre de voz peculiar que ponía su madre cuando andaba detrás de algo. No era exactamente un gemido, era más bien un gorjeo grave que sonaba adolescente, infantil incluso.

Susan cerró la puerta y volvió a suspirar. La vida nunca es lo que tú quieres, eso lo sabía perfectamente.

Joey miró a su mujer y sonrió. Su June estaba muy bien, tendría que haberla cuidado, era una mujer fuera de serie en muchos aspectos.

Parecía que aquellos días ya no lo quería ninguna otra mujer; la bebida, su mal carácter y su falta de dinero daban al traste con cualquier acercamiento. Aceptó que tendría que ser su June la que se interesaba por él como para aguantar todo aquello. Alimentada por el alcohol, era una conclusión tan lógica como romántica.

Desde la primera vez que puso los ojos en ella, le había impresionado como ninguna otra mujer. Sabía que era puta, y eso le fastidiaba pero también le excitaba. En cierta forma extraña eso era la mitad de su atractivo.

El cuerpo y la personalidad de June eran descaradamente sexuales y ahí estaba la esencia de sus problemas con los hombres. Eso había atraído a Jimmy hasta que se dio cuenta de cómo era de verdad. Ahora los malos ya no necesitaban llevar una golfa colgada del cuello. Eran los años sesenta y la gente como Johnny Binden y los de su calaña podían escoger la clase de mujer que quisieran. Y Jimmy Vincent también quería lo mismo.

June sabía que ahora ya no era más que una del montón, y que había que conformarse. Si eso significaba volver con su marido, pues tanto mejor, la verdad. Por lo menos se instalaría en un entorno conocido, con gente que la conocía y la aceptaba tal como era: June McNamara, fulana especial. Esposa maltratada, madre caótica y exquerida de Jimmy.

Joey preparó té y tostadas para los dos y se pusieron a charlar de las niñas y ella se sintió más relajada. Cuando su marido estaba así era encantador. Aquel era el hombre del que se había enamorado, el hombre al que una vez había querido más que

a nada.

Ahora sabía que si él volvía a admitirla se produciría un sutil cambio de posición. Después de todo ella había entrado realmente en el auténtico mundo del hampa, y su marido lo sabía.

Le dejaría pensar que era ella la que había dejado a Jimmy. Que ya no le gustaba. Joey la creería porque querría creerla.

Empezó a hablar con él, con voz melosa y ojos húmedos. Al ver que le respondía con sonrisillas tímidas y pequeños gestos como encenderle los cigarrillos, servirle un poco más de té, se tranquilizó.

Iba a ser más fácil de lo que pensaba. Pero echaría de menos a su Jimmy, lo echaría mucho de menos. Después de todo Jimmy le había hecho conocer otra forma de vida, y solo por eso le estaría agradecida siempre.

Jimmy salió de casa de su nueva amante hecho un hombre muy muy feliz. Estaba contento de que June se lo hubiera tomado tan bien. Le horrorizaba hacerle daño, pero ¿qué otra cosa podía hacer un hombre?

Era agua pasada como un periódico leído de cabo a rabo. ¿Para qué guardarlo?

La despediría con un par de los grandes y le prometería no olvidarse de ella. Y de vez en cuando, si le entraban ganas de algo diferente, iría a verla.

June era de esas.

Comprendió entonces que ella era tan mercenaria como él. No se consiguen mujeres respetables a partir de las Junes de este mundo. Te las tiras, las usas, te ríes un poco con ellas y las dejas de lado cuando la siguiente entre contoneándose por el *pub*.

Aunque la quiso, la quiso al menos durante una temporada, hasta que descubrió un estilo de vida diferente, un estilo de vida mejor. Descubrió que además de follar, las mujeres también sabían pensar.

Un bate de béisbol le golpeó detrás de las rodillas. Se quedó desconcertado unos segundos. Por un momento pensó que había tropezado. Cayó sobre la acera, notó que le clavaban una pistola en la nuca y comprendió que le habían tendido una trampa.

¿Y quién mejor para hacerle eso que su nueva mujer?

Su último pensamiento consciente fue que si sobrevivía agarraría un bate de béisbol y le pegaría a Maureen en la cabeza hasta hacérsela pedazos.

Maureen Carter observaba la conmoción desde su dormitorio y se sonrió para sus adentros. ¿Es que Jimmy se pensaba de veras que lo deseaba? ¡Qué ridículo!

Sonó el teléfono. Lo descolgó. El intenso esmalte de las uñas refulgió en la semipenumbra.

—Sí, ahora mismo. Se acabó.

Colgó el auricular. A continuación, se frotó los ojos para embadurnarlos de rímel y bajó con toda calma los escalones hasta la calle. Sus gritos y sus lamentos atrajeron a sus puertas a todo el vecindario. Era una calle respetable, y allí el asesinato de un maleante conocido era algo insólito. Maureen estaba histérica, la policía la dejó en paz y después su hijo le preparó una copa bien fuerte. Entre una cosa y otra, no había sido un mal día de faena.

La muerte de Jimmy le reportó treinta de los grandes.

Así que Maureen dio un sorbo a su bebida y se puso a planear unas bonitas vacaciones con el dinero que le habían prometido los hermanos Davidson por traicionar a su nuevo novio. Daba toda la impresión de que 1966 iba a ser su año.

Capítulo 4

June estaba en estado de *shock*, un *shock* absoluto y total. Aunque acababa de dejarla, seguía sin poder creer que su Jimmy estaba muerto de verdad.

Por dentro se sentía contenta, y eso la asustaba.

La policía llamó a la puerta justo nada más llegar de casa de Joey, llena de *whisky* y camaradería, alimentada por el conocimiento de que si las cosas se le ponían muy feas, con su marido tendría casa y refugio. Le había dejado pensar que tenía posibilidades pese a fingir que seguía siendo fiel a Jimmy.

Le había recordado que dejar plantado a un hampón importante no era algo que pudiera hacerse con facilidad, y hasta Joey tuvo que concedérselo. Al final le había insinuado que Jimmy andaba engañándola y que tal vez había cometido un gran error... Se despidió con una última frase sobre lo mucho que echaba de menos a las niñas.

Aunque sabía, y Joey también, que lo de las niñas era pura invención, mientras todavía mantenían una buena relación no era algo que él fuera a echarle en cara. En conjunto, June tuvo la impresión de que había sido una visita provechosa.

Pero ahora Jimmy estaba muerto, asesinado en plena calle. Y podía llevar la cabeza muy alta y contarle a todos que se había quitado de encima a Maureen y que seguía siendo su pareja. Cuando la policía se marchó June puso en marcha los negocios serios de la noche.

Buscar el dinero de Jimmy.

Jimmy siempre tenía en casa grandes cantidades y June sabía dónde guardaba la mayor parte. Había quedado en ir a identificar el cuerpo por la mañana diciendo que estaba demasiado afectada en aquel momento. Tenía la esperanza de juntar todos los efectos del difunto y al mismo tiempo hacerse con la llave de la caja fuerte donde Jimmy guardaba sus agendas y todo. Las agendas valdrían una buena pasta si daba con la persona adecuada.

June sonrió, se sirvió un *whisky* doble para templar los nervios y luego, tras darse un largo baño caliente empezó a poner la casa patas arriba. Por la mañana ya había encontrado más de dos mil libras en billetes empaquetados y escondidos en armarios, cajones y hasta el cuadro eléctrico. Lo puso todo encima de la cama y se quedó un buen rato mirándolo.

Era una pequeña fortuna.

Se estiró como un gato de patas largas y se miró en el espejo. Le iría bien un repaso completo, la verdad, pero eso tendría que esperar.

Fue hasta la caja fuerte y se quedó sorprendida y eufórica al ver que la llave que había encontrado en el cajón del dormitorio encajaba perfectamente. El susto la hizo ponerse a temblar como una hoja. Dentro había más dinero, unas cuantas joyas buenas que podría empeñar como siempre y agendas de direcciones, libros de contabilidad y una pistola. Se acomodó en la cama, tumbada en medio de tres mil

libras, y se puso a leer las agendas, que usaban un sistema sencillo tan fácil de entender que se dio cuenta de que hasta ella hubiera podido llevar el negocio si hubiera querido. Jimmy prestaba dinero y después lo recuperaba con métodos violentos de amenaza e intimidación. Llevaba al día un libro con la dirección, el teléfono y detalles de los miembros de la familia de todos sus deudores.

Al poner allí el dinero empezó a soñar en lo que haría con él. Y ahora Joey entraba en la ecuación, solo que no como a él le gustaría entrar. Eso era algo que tendría que arreglar con el tiempo.

Lo que realmente necesitaba ahora de Joey era su reputación de hombre violento. Al fin y al cabo, en circunstancias normales, nadie más que Jimmy se hubiera atrevido a llevársela con él.

Todo eso estaba muy claro y June lo sabía.

Si Joey hubiera tenido siquiera un poco de cerebro, hubiera podido ser también un Jimmy. Dios sabe que los otros atributos los tenía. Pero Joey tenía un fallo muy grande: su absoluta falta de ambición y capacidad mental. Era un matón, así de simple. La gente le pagaba para que les hiciera el trabajo sucio.

Como atracador había sido un desastre. Un verano, entró a robar en un local de apuestas cuando hacía un calor insoportable. Se había puesto un pasamontañas pero se olvidó de taparse los tatuajes de modo que todo el mundo supo que era él.

Vestido solo con unos pantalones y un chaleco exhibió aquellos tatuajes que decían «Junie y Joey» dentro de un gran corazón rojo y «TPSC», que significaba «todos los polis son unos cabrones», en las manos. Y encima también llevaba un dragón grande en la barriga al que le gustaba hacer bailar a base de mover el estómago para divertir a todos en las fiestas.

Todos lo identificaron al instante, y especialmente el corredor de apuestas que le dio quinientas libras y le dijo que se largase. Joey cogió el dinero pero esa noche recibió una visita de parte de los Davidson que cobraban por proteger aquella agencia en particular y tuvo que tragarse el marrón e ir a disculparse.

Hasta Davey Davidson se rio.

Durante las semanas posteriores, cada vez que Joey entraba allí para hacer una apuesta todo el mundo se partía de risa y se tiraba al suelo como si estuviera asaltándolos. Hasta Joey le vio el lado gracioso al asunto, y eso lo decía todo de él desde el punto de vista de June. Era tan útil como una tetera de chocolate.

Aun así, elegiría a Joey porque ahora tenía el dinero, estaba al mando, y si cuidaba de él luego él cuidaría de ella. Finalmente, escondió el dinero y se fue a dormir.

Susan comulgó en la misa de gallo y volvió a pedir a la Virgen que su padre estuviera dormido cuando volviera a casa. Y si era posible, suplicó, ¿podría por favor hacer que estuviera paralítico e inconsciente también?

No pedía que estuviera muerto porque eso sería excesivo incluso para Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Después de la misa se acercó a ver el nacimiento. Era precioso. Y mientras lo admiraba una mano se posó en su hombro y, al girarse, vio al padre Campbell que le sonreía.

—Eres una niña estupenda, ¿sabes? Nunca te pierdes la misa, ¿verdad?

Susan asintió con una sonrisa radiante.

—Solo si estoy muy mala. Me encanta venir.

—¿Y cómo está tu madre? Debe haber sido una noche terrible para ella, que Dios la ampare, con lo de ese asesinato...

Susan le miró a la cara perpleja. ¿Se había muerto su padre por fin? El corazón se le quedó en un puño. Notaba el martilleo de su pulso en los oídos.

—¿Qué asesinato?

Miró la cara del sacerdote que le informaba de que a su tío Jimmy le habían dado un tiro en la calle. Susan suspiró.

La vida era tan terriblemente injusta.

Pobre tío Jimmy. Siempre le había caído bien, era amable con ella y con Debs. Les hacía cinco minutos de caso, les preguntaba por la escuela, por sus vidas. Cosas que a June nunca se le hubiera ocurrido preguntar.

Ahora estaba muerto y era inevitable que su madre volviera a instalarse en casa. Y Susan no quería eso.

No lo quería en absoluto.

Pero inclinándose ante lo inevitable como de costumbre, sonrió con tristeza.

—Era un buen hombre, el tío Jimmy. Será mejor que me vaya a casa a ver si la mamá me necesita.

—Así me gusta, niña. Seguro que para tu madre eres una bendición, una bendición.

El sacerdote la miró salir de la iglesia dándose prisa sobre sus piernecitas regordetas y sonrió tristemente. Era una niña encantadora, insulsa como un palo pero con un corazón enorme que clamaba por un poco de afecto. Y ahora que aquel hombre había muerto, que Dios le dé el descanso de los difuntos, quizás la puta de su madre se decidiera a volver a casa y ocuparse de sus hijas como es lo natural.

Davey Davidson no podía ni creérselo. Su mayor rival estaba por fin fuera de juego y eso le gustaba.

Lo que no era tan agradable era saber que ahora un montón de gente iría a por él.

Pero ya arreglaría eso cuando llegara el momento.

Lo que ahora quería era las agendas y los libros de cuentas del hombre al que había matado. Para conseguirlos tenía que acceder a la casa y ahí es donde Joey entraba en escena. Después de todo, su mujercita era la que estaba más al loro, tal

como les había explicado cuando organizó todo aquello.

Ahí Joey estuvo listo, muy listo. Quería quitarse aquella mujer de encima y puso los cimientos para montar una noche de trabajo con los Davidson. Davey se preguntaba ocioso si Joey le contaría a su esposa que él era la razón por la que su nuevo novio yacía en la mesa de las autopsias.

Hubiera querido llevar a cabo él mismo el asesinato, pero fue lo bastante listo como para ver que sería el primer sospechoso. Así que arregló las cosas para estar en casa con sus niñas cuando se llevó a cabo.

En el sitio en el que estaría cualquier hombre decente la noche antes de Navidad.

También había pagado a una correveidile que se llamaba Bella para que abordara a su mujer en el mercado de Eastham donde sabía que ese sábado estaría su mujer con sus dos hijas. En efecto, había organizado el asesinato con los resultados que esperaba de él. Su esposa se quedaría sin el hombre de sus sueños y él recuperaría a una mujer a la que la mayor parte de los hombres hubieran colgado, arrastrado y descuartizado.

Davey meneó la cabeza con tristeza pensando en cómo vivían su vida algunas personas.

Maureen Carter se levantó y salió temprano la mañana de Navidad. Llevaba puesto un traje azul de Oscar de la Renta con bolso y zapatos a juego y el pelo peinado con sabiduría. Se la veía tranquila y concentrada al llamar a casa de Jimmy.

Cuando June abrió la puerta casi se muere del susto.

—¡Son las seis de la mañana, qué cojones quieres!

Maureen se abrió paso para entrar, sonriente.

—Lo sé perfectamente, pero necesito recoger unas cuantas cosas de Jimmy.

June, molesta y todavía medio dormida, le dijo despectiva:

—¿Y qué cosas son esas?

De repente, en su cabeza todo quedó tan claro como el agua. Supo exactamente qué buscaba aquella mujer y tuvo también una idea de por qué había muerto Jimmy.

Maureen la miró con tristeza. Cambió de canal y le dijo muy tranquila:

—Tengo unas cuantas cosas mías aquí. Cosas que Jimmy gestionaba para mí, ya sabes. Después de todo estábamos juntos en el negocio.

June se rio abiertamente al oírlo y luego dijo sarcástica:

—Os metíais juntos en la cama, eso sí que lo sé. Así que dime, ¿qué andas buscando? Si está en mis manos te daré lo que andas buscando, señora.

Había doble intención en sus palabras y Maureen lo sabía. Evaluó a June con la mirada calculando si en algún momento tendrían que pelearse. Maureen sabía pelear como un hombre. Era una de sus virtudes y lo sabía. También sabía que en aquel preciso momento June sabía de qué iba y que había muchas probabilidades de que estuviera lo bastante rabiosa como para sentarle las costuras.

Cambió otra vez de táctica. Allí de pie, en el salón, miró a su adversaria a los ojos y dijo sinceramente:

—Vamos, June, si era un gilipollas. Un gilipollas escocés y guapo que estuvo jugando con nosotras dos durante meses. Bueno, no sé tú, pero la pasma llegará muy pronto a husmear por aquí y yo no quiero verme metida en nada. Así que vamos a tomarnos una taza de Rosie Lee y luego empezaremos la faena de repasar todo esto.

June asintió sin decir palabra. Hizo el té. Cuando se sentaron a la mesa de la cocina Maureen encendió un cigarrillo con un mechero de oro. Tenía las uñas largas y pintadas de un delicado tono rosa a juego con los labios.

Tenía un aspecto magnífico.

June se fijó en su pelo y en sus vestidos y comprendió que Jimmy se sintiera atraído, pero eso no lo hacía menos doloroso. En realidad, acabó de deprimirla porque sabía que ella siempre sería la segunda en cualquier comparación con Maureen y comprendió que eso no hacía su vida más fácil.

Pero tenía un triunfo escondido y lo sabía aunque la señorita Maureen Carter, la del coche elegante, todavía no lo supiera. Encendió un Number Six y suspiró profundamente.

—¿Entonces qué buscas?

Maureen agitó una mano con manicura perfecta.

—Pues solo busco sus agendas y cosas de ese estilo. En realidad, las cosas con las que pudieran incriminarnos.

June asintió solemne, fumando con una expresión impenetrable.

—Su cuadernito negro, ¿eh? —sonrió—. Siempre he tenido ganas de decirle esto a alguien. Suena realmente como en una de aquellas películas antiguas, ¿verdad?

Maureen aplastó su cigarrillo con impaciencia.

—Seguro que sí. ¿Así que dónde lo guardaba?

—En el culo, que yo sepa. Esa libreta la llevaba siempre encima. Nunca la perdía de vista —June sonaba convincente y lo sabía.

Maureen lanzó un fuerte suspiro.

—No me jodas, June. Te advierto que hay una gente muy importante que quiere esa libreta y tengo la intención de conseguírsela. Me juego un montón de dinero en este asunto y ni tú ni nadie se interpondrá en mi camino. ¿Me explico con claridad?

—Alto y claro. Pero, sé justa, ¿qué puedo yo saber de esas cosas, eh? Yo no era como tú, solo servía para follar. Mientras que tú, según tengo entendido, también servías para hablar. Apuesto a que eso era muy emocionante después del sexo, ¿una buena charleta sobre cuestiones de negocios! Es mucho mejor que una descripción gráfica de lo que pensaba hacerme a mí la próxima vez que nos pusiéramos. Lo más cerca que he estado yo de sus negocios fue una vez que me pidió que le pasara el teléfono. Así que ya lo sabes. La libreta debe estar en el hospital con sus otros efectos, a no ser que la bofia o alguien le haya puesto las manos encima.

Maureen se quedó pálida como una muerta.

—Pues yo tengo entendido, porque me lo dijo Jimmy, que esa libreta estaba siempre aquí en la caja fuerte. En los negocios no hay costumbre de andar por ahí con todo encima.

June la interrumpió con una carcajada.

—Lo que Jimmy decía y lo que hacía eran dos cosas muy distintas, como ahora sabemos ambas. Así que todo lo que puedo decirte es que eches una mirada si quieres. La caja fuerte está cerrada a cal y canto y las llaves las tenía él. Al contrario que tú, yo no tenía ni idea de en qué andaba la mitad del tiempo.

Maureen estaba lívida y no intentaba ocultarlo.

—Los Davidson irán detrás de ti, Junie, te das cuenta ¿no? Y ellos no son como yo, ellos no se detendrán literalmente ante nada para descubrir lo que sabes. No te estoy amenazando, compañera, solo constato un hecho.

June la miró a los ojos.

—¿Así que eso es lo que había detrás, eh? Davey Davidson, el amigo de los pobres, el que iba a ser colega y socio de Jimmy, o eso tenía entendido. Tú le pusiste la trampa a Jimmy, ¿verdad? Nunca lo quisiste, te limitaste a destrozar mi vida por un capricho. Porque tú, la altamente poderosa y jodida Maureen Carter, querías algo que él no estaba dispuesto a darle a nadie. Querías su negocio. Pobre Jimmy. Se creía que eras lo mejor del mundo. ¿Y yo? Bueno, yo era simplemente la buena de June. Se usa y se abusa de ella, se le dan unos cuantos billetes y se olvida uno de que existió. Pues bien, chica, parece que esta vez estás jodida. Tendrías que haber metido la mano en su cajón antes de hacerlo apiolar.

Maureen tenía una expresión dura, con unos pómulos salientes que parecían balizas sobre la blancura de su piel.

—Parece que se te hubieran menguado tus famosos cojones, muchacha.

June disfrutaba viendo la turbación de la otra mujer.

—Apuesto a que a Davey Davidson le encantarás, ¿no crees? Muerto el muerto, la bofia por todas partes, y nadie al tanto de los contactos de Jimmy. Yo diría que esto ha sido una jodienda soberana. Bueno, ahí dentro tienes la caja fuerte y puedes ponerlo todo patas arriba si quieres, pero desde ahora te digo que no vas a encontrar nada.

—Te veo muy segura de eso, Junie. ¿Hay algo más que no me dices?

June se encogió de hombros.

—¿Qué más hay que decir? Lo único que sé es que por lo que oigo, Jimmy os ha jodido bien a todos. Y eso me encanta. Porque por mucho que me haya dejado tirada, Maureen, se merecía algo mejor que tú.

Quince minutos más tarde Maureen tenía la casa destrozada. June la había observado tomando té y fumando. Se permitió lucir una o dos sonrisitas al ver a Maureen cada vez más y más desesperada según pasaban los minutos.

—¿Has encontrado algo?

Maureen se pasó una mano sudorosa por el pelo ya despeinado.

—Nada. Nada de nada.

June sonrió.

—Bueno, he tratado de decírtelo. Jimmy siempre decía «puedes fiarte de cualquiera pero no puedes fiarte de nadie, June. Es la única manera de funcionar en este mundo». Y no supe lo que quería decir exactamente hasta este momento.

—Si me estás mintiendo, June, lo descubriré y entonces desearías que fueran los Davidson los que te anduvieran buscando, porque cuando yo me cabreo sé muy bien darle a cada uno lo que se merece. Deberías oír lo que dicen de mí y andarte con ojo, muchacha. Te arrancaré el corazón y me reiré a carcajadas mientras te lo arranco.

June se encogió de hombros con languidez.

—No puedo decirte algo de lo que no sé ni un carajo, ¿o sí?

Maureen se inclinó sobre la mesa y suspiró.

—Escúchame, June. Te creo solo a medias, pero te lo advierto, si me mientes, te arrepentirás. Y no son amenazas vanas. Ahí hay dinero que sacar y hay que sacarlo pronto, ¿vale? Los Davidson quieren su tajada y yo también. Las cosas de Jimmy no se subastarán porque nosotros ya hemos pagado un alto precio por ellas. Recuérdalo, tenlo bien presente en la cabeza. Si guardas información bien escondida, tendrás algo más que un cabrito infeliz buscándote, June. En esto no estamos metidos solo los Davidson y yo, también está la familia Bannerman. Mickey Bannerman quiere lo que Jimmy tenía y los Davidson también. Así que piénsatelo y cuando quieras tener una charla, ven a verme, ¿de acuerdo? Porque yo sé lo que está en juego y ando por esos círculos todos los días de mi vida. Los Bannerman me respetan, me comprenden y quieren trabajar conmigo tanto como Davey Davidson. Si le llevas algo a Mickey Bannerman, aunque solo sea de palabra, date por muerta, June. Así que piensa un poco, y si se te ocurre algo, ven a verme.

Maureen salió de la casa, cerró la puerta tras de ella con cuidado y con ganas de ponerse a llorar.

Aquello estaba poniéndose demasiado complicado, más que demasiado complicado.

Hasta ella se había asustado.

June miró el reloj. Acababan de dar las nueve de la mañana de Navidad. Pero eso no sería un estorbo para los Bannerman ni los Davidson. Para ellos era un día laborable normal y corriente. Fue al cuarto de baño, se subió al asiento del retrete y levantó la pesada tapa de la cisterna. Sacó una bolsa de plástico empapada, extrajo los documentos que había dentro y se los metió debajo de la faja pantalón.

Terminó de vestirse y se retocó la cara con maquillaje. Luego recogió el resto de los regalos para las niñas e inició el largo paseo a su antiguo hogar. Temblaba por dentro. Los Bannerman eran la familia más temida de Londres y ella tenía algo que ellos querían.

Dentro del bolso llevaba una cantidad enorme de dinero y comprendió que si tuviera un poco de sensatez se iría a la estación de tren y desaparecería.

Pero también sabía que esa no era una opción.

Fuera donde fuese la encontrarían.

Lo que tenía que hacer ahora era pensar con claridad y decidir qué hacer a continuación. Lo que ahora tenía en la cabeza era limitar los daños, no el dinero.

Mickey Bannerman había apaleado prácticamente hasta la muerte a un hombre que se había quejado de que su perro ladraba. Mickey vivía en una bonita calle del norte de Londres y el hombre al que había apaleado era banquero. Había salido por la puerta de los juzgados de Old Bailey absuelto del cargo de intento de asesinato porque la víctima no había querido presentar pruebas.

Si incluso un banquero ricachón había visto el error de su comportamiento, ¿en qué situación quedaba June McNamara? Decidió finalmente que o se espabilaba o podía darse por jodida, y comprendió que era la decisión correcta y que hablaría con Joey para ver qué sabía él. Trabajaba para los Davidson, así que tal vez pudiera arreglarlo.

Por todas las calles se veían árboles de Navidad en las ventanas con sus alegres luces de colores entre la oscuridad de la fría mañana de invierno. Los niños abrían regalos y las mujeres preparaban desayunos y comidas de Navidad.

June se sintió mal de pura preocupación, se sintió físicamente enferma porque comprendió que se había metido en algo de lo que no tenía esperanzas de salir.

No había escapatoria ni escondrijo en que ocultarse.

Susan se puso tan contenta de ver a su madre que casi se echó a llorar. Después de pasar dos horas con su padre se sentía a punto de gritar. Joey continuaba en la cama y el tufo a sudor rancio y a alcohol de su habitación casi la había hecho vomitar.

Cuando por fin se había dormido con un sueño ligero Susan intentó bajarse de la cama pero un brazo fuerte como una banda de acero la volvió a subir. Tumbada allí, a la luz de la mañana temprana, se preguntó qué le habría sucedido a ese hombre para hacerle esas cosas.

Centró su atención en Barry Dalston, en los deberes de clase y, finalmente, pudo dejar la mente del todo en blanco y así logró pasar la noche. En su cerebro no dejaba de representarse al pobre Jimmy tiroteado y aquella imagen la conmovía y le daba ganas de llorar. Jimmy siempre había sido bueno con ella. Siempre le había dado un poco de tiempo.

No quería sentarla en sus rodillas ni darle besos que ella no quería dar. La trataba como un hombre mayor debe tratar a una niña. Cuando por fin se escabulló de la cama a las cinco y media sintió una necesidad terrible de ir al baño, llenar la bañera y cortarse las muñecas yaciendo en el agua caliente. Entonces Debbie se despertó y empezó con sus gemidos matutinos habituales y Susan necesitó toda su fuerza de voluntad para no darle un puñetazo en la cara. Cuando vio llegar a su abuela fue como si el propio Dios le hubiera vuelto la espalda.

La vieja arpía la tuvo trabajando duro durante horas: preparando más verduras, haciendo un *trifle* y varias tazas de té. Era una espiral de trabajo que nunca se

acababa.

Como de costumbre, a Debbie no le pidieran que hiciera nada más que estar mona y charlotear sobre su vida. Cuando June llegó fue como si la infantería ligera hubiera aparecido en la puerta para salvar a Susan. Estuvo horas dando besos y abrazos a su madre hasta que June, entre risas, le dijo:

—Ya está bien, Susan. Relájate, cariño. Ya estoy aquí así que deja de enredar.

En el fondo de su interior a June le encantó toda aquella atención tras una noche de preocupaciones.

—Siento mucho lo de Jimmy, mami, lo siento de veras. Era un buen hombre.

Joey la oyó justo en el momento en que salía de su cuarto.

—¡Al carajo Jimmy! Por mí, adiós y que tenga buen viaje.

Fue a la cocina y gritó:

—Feliz Navidad a todo el mundo —besó a su madre y a sus hijas y luego cogió en brazos a su mujer y exclamó jovial—: ¿Entonces regresas a casa, muchacha?

La cocina se quedó en silencio porque sus otras tres ocupantes esperaban la respuesta de June conteniendo el aliento.

—Pues claro que sí, ya te lo dije anoche.

La abuela Mac exclamó despectivamente:

—¿Qué pasa, que te quedas los despojos de ese mamón escocés? Te lo quedas todo, ¿no es eso? No sé de dónde cojones te saqué, Joey. Cualquier otro hombre le saltaría los dientes de la cara a esa puta de un puñetazo después de lo que le ha hecho años y años.

June inclinó la cabeza. Tenía el pelo despeinado, el maquillaje corrido. Parecía un cuadro emborronado a punto de desvanecerse ante sus ojos. Se volvió hacia su suegra y bramó:

—¡Bueno, ya vale! ¡Fuera! Quiero que te largues, ¡ahora mismo!

Luego miró a Joey con cara seria y él se dio cuenta del cambio de su mujer. La June de antes había desaparecido. Ahora tenía delante un personaje mucho más fuerte.

—Quiero que esa se largue de mi cocina mientras no sepa comportarse y tener la lengua quieta en esa boca sin dientes.

Joey miró a su madre y contuvo una sonrisa. En su interior comprendió que era hora de que alguien pusiera a aquel vejstorio en su sitio y si quien lo hacía era June, entonces mucho mejor.

Sabía que si su mujer volvía a casa después de todo lo que había sucedido serían la comidilla constante de la calle y tendría que enfrentarse a eso. Pero la quería de vuelta porque de algún modo tenía a su Junie metida en la sangre. Hiciera lo que hiciese, seguía queriendo tenerla.

Contempló la cara descompuesta de Susan y sintió que la vergüenza lo invadía. Si June descubría lo de la niña allí habría un asesinato.

En su interior sabía que había hecho mal, pero su hija andaba por allí, estaba a

mano. Y podía dominarla.

Debbie hubiera hecho caer la casa a base de gritos. Estaba demasiado mimada, demasiado segura de sí misma, mientras que Susan había nacido para que la utilizaran y la utilizarían toda su vida. De eso estaba tan seguro como de que se llamaba Joey.

Con su cara y su presencia, la vida no le reservaba mucho más. Por lo menos no en esos barrios. Susan hacía lo que le decían. Nunca se le ocurría decir que no. Intentó dirigirle una sonrisa pero se puso rígida.

Ivy seguía muy tiesa en la silla con la cara pálida de rabia e incredulidad. Su hijo tomaba partido por su mujer y saber eso la hizo doblemente consciente de lo precaria que se había vuelto su posición en aquella familia.

Se cruzó de brazos, se subió el busto y les rugió:

—Después de todo lo que he hecho por vosotros, ¿me tratáis de este modo?

June se rio suavemente.

—Siéntate, vejestorio. Quédate si quieres. Pero mantén la boca cerrada y la cabeza baja, ¿me oyes? Una palabra fuera de lugar y sales por esa puerta zumbando, ¿entiendes de qué voy? Si yo vuelvo aquí, y digo si vuelvo, va a haber un montón de cambios. Y usted, señora, es uno de los primeros. Se acabó lo de venir por aquí a darle a esa lengua de víbora. Y se acabó meterse en mis asuntos o en los de las niñas, ¿vale?

Joey contemplaba encantado las expresiones cambiantes del rostro de su madre. Si su nueva Junie conseguía hacer callar a la suegra, estaba totalmente a favor.

Susan y Debbie también miraban todo de cerca, tan interesadas las dos como su padre por saber si la abuela se tragaría el chaparrón, sobre todo porque por una vez tenía razón.

La madre las había abandonado y había sido su abuela quien las cuidó lo mejor que pudo. O por lo menos lo mejor que alguien con su desagradable aspecto y su lengua viperina podía cuidar de alguien. Tenían ropa limpia y comida en el plato. Aunque era Susan quien había hecho la mayor parte del trabajo.

Los ojos de Debbie brillaban de interés por ver si su madre era la vencedora. Confiaba en que sí, la abuela le ponía de los nervios. Al contrario que Susan, cuando la abuela se metía con ella Debbie le decía bien a las claras que se fuera a la porra, y la cosa funcionaba. Susan era distinta, haría literalmente lo que fuera por tener una vida tranquila.

La vieja tenía un dilema. No quería volver a su piso. Todo lo que quería, lo tenía aquí. Compañía, comida y bebida, y por encima de todo, su adorado hijo. Aquel Joey al que amaba a su manera más que a la propia vida.

Hubiera querido quitarse a June de en medio para poder tomar ella el mando de nuevo, pero adivinó correctamente que su hijo la echaría por la puerta de la calle sin pensárselo un momento si June se lo mandaba.

Así que Ivy se tragó el orgullo y se sentó otra vez. Había desolación en sus ojos,

las comisuras de los labios se le iban para abajo, el cuerpo adoptaba la postura de un boxeador que acaba de descubrir que ha ganado el combate pero no le van a pagar.

Se tragó su agresividad natural, bajó la vista y se quedó callada.

Parecía que la casa entera hubiera entrado en una calma total, tan profundo era el silencio cuando todos comprendieron que se había producido un cambio de importancia y que por una vez el poder pasaba a manos de June. Era la vencedora final.

Como comprendió que tenía que aligerar la situación, y tras sentir un poquito de lástima por su madre política, dijo en voz bien alta:

—¿Has oído esto, Maud, o se ha caído el cristal de la pared con el susto?

Todos se echaron a reír, abuela incluida.

June puso la pava en marcha, se volvió hacia las niñas y les dijo, alegre:

—Estamos en Navidad y a pesar de lo que haya podido pasar, nos vamos a divertir, ¿de acuerdo?

Las niñas asintieron en silencio. La madre les dio las bolsas con sus regalos.

—Id al cuarto de estar y echad un vistazo a lo que os he traído, ¿eh? Yo me pondré manos a la obra y tendréis las mejores navidades de vuestra vida.

Las niñas asintieron. June vio las ojeras bajo los ojos de Susan y su sensación de culpa le hizo un nudo en la garganta.

Vio que algo iba espantosamente mal con su hija pero June no sabía qué podía ser. Más tarde hablaría con ella, de momento tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Media hora después estaba en el dormitorio con su marido. Joey parecía trastornado por sus revelaciones.

—¿Qué cojones has hecho, June? ¡Menuda imbécil, estúpida imbécil!

June controló el pánico que le iba creciendo en el pecho y dijo con calma:

—Tengo todo lo que ellos quieren. Podemos sacar algo de esto, Joey. Por una vez podemos salir de esta con un putito triunfo. ¿Es que no lo ves?

La voz sonaba ronca de exasperación y de enfado. Ese hombre era incapaz de ver las cosas grandes, era su mayor defecto. Joey estaba desconcertado, asustado y enfermo. Eso era lo que a June le asustaba más. Se dio cuenta de que tal vez hubiera hecho una cosa estúpida, pero no le contó lo del dinero. Tan estúpida no era.

—Los Bannerman y Davey Davidson te cortarán el cuello, Junie, cuando descubran lo que has hecho. A Jimmy lo apiolaron por lo que tú has cogido y eso que era un tipo bien duro de pelar. ¿Qué te hace pensar que a ti te van a tratar de otra forma? Seguro que se imaginan que has cogido el material y vendrán a buscarte. Eso significa que también vendrán a buscarme a mí. Después de todo soy tu marido, aunque de eso te olvides cuando te conviene, ¿eh?

June vio la lógica de lo que le decía, pero seguía pensando que estaba en una buena posición. Tenía derecho a alguna compensación. Ese era el término que se empleaba cuando liquidaban al marido o la pareja de alguna mujer. El que lo hacía siempre dejaba a la mujer bien colocada, era el código del hampa. Si quitabas de en

medio al que le ganaba el pan, a la viuda la compensabas. Era lo único decente que se podía hacer.

—Tengo derecho a una compensación, Joey, ya lo sabes.

Joey meneó la cabeza consternado.

—No tienes derecho a nada. Se ocuparán de ti solo si juegas el puto juego como te toca. ¿Qué te pasa, June, estás mal de la cabeza o qué? Estamos hablando de los Bannerman, no de los putos gemelos Kray. Los hermanos Bannerman son unos jodidos locos de remate. Ellos no se andan el rollo ese de ser legales a la antigua, como los demás. Son chorbos de lo más violento. A Maureen Carter le han dicho que ya le pidieron hora para la cirugía estética. ¿Por qué te crees si no que iba con Jimmy, para empezar? Porque la mandaron. De ese asunto lo sé todo. ¿Cómo no iba a saberlo? Davey tuvo que contármelo porque estás tú. Hizo lo que tenía que hacer. Si Bannerman supiera lo que hizo, le cortarían las orejas. ¿Dónde estamos metidos ahora por tu culpa, eh? Por si no teníamos bastantes problemas, vas y traes unos cuantos más.

—Pero yo creía que los Bannerman y los Davidson eran enemigos.

Joey suspiró.

—Y lo son, cariño. Le hicieron una encerrona a Jimmy y ahora Davey tiene que coger lo que querían. Maureen se metió en los asuntos de los Davidson porque los Bannerman la amenazaban. Y no va a dejar que queden así las cosas, es una mujer peligrosa. ¿Sabes quién es el padre de su hijo, verdad?

June negó con la cabeza. Que ella supiera, era algo que nadie sabía y no por falta de ganas de descubrirlo.

—El padre de su hijo es un hombre que se llama Willie Dixon.

June se quedó boquiabierta.

—¿Es broma?

Joey meneó la cabeza.

—Está a punto de salir, en cosa de dos semanas. Se ha tirado dieciséis años en la isla. Y ahora va a salir y quiere lo que es suyo. Eso significa que los Bannerman tienen enfrente no solo a los Davidson, que les importan un comino, sino también a los Dixon, aunque eso todavía no lo saben. Cuando lo descubran se retirarán corriendo de la pelea. Pero ahora resulta que tú tienes lo que quieren todos, Dixon incluido. Así que ahora igual entiendes por qué ando sobre ascuas en estos momentos.

June movió la cabeza asombrada.

—¿Y cómo es que nadie sabía lo de Maureen Carter y Dixon?

Joey se rio desdeñoso.

—Porque supo tener la puta boca cerrada, no como tú. Por eso puede codearse con los de arriba. Maureen tiene buena fama, sabe mantener el pico cerrado y los ojos bien abiertos. No como tú, que tienes una boca que no puedes dejar la lengua quieta, y que te abres de piernas a la menor excusa. ¿Ves ahora qué veía Jimmy en ella?

—¿Jimmy sabía lo de Dixon?

Joey negó con la cabeza.

—No tengo ni idea y la verdad es que no me importa. Lo único que me importa es ver cómo salimos de esta mierda en la que nos has metido, ¿vale? Así que será mejor que me vista y encuentre a Davey a ver si todavía puedo salvar algo.

Apoyó un dedo en la cara de su mujer.

—Te podría matar sin más, Junie, esa es la verdad. No tienes cabeza para los negocios. No tienes cabeza y punto. En el futuro, no te metas en los juegos de los de arriba, ¿vale?

June asintió.

Llamaron fuerte a la puerta y ambos se sobresaltaron, asustados.

—La cosa ha empezado, June, sea o no Navidad. Y ahora deja que hable yo, ¿de acuerdo?

La puerta del dormitorio se abrió de golpe y aparecieron dos hombres. Tanto June como Joey suspiraron de alivio al ver que no era una pareja de matones armados con bates de béisbol.

Hasta que los hombres abrieron la boca.

—Soy el inspector Harry Knapp y queda usted detenido como sospechoso del asesinato de James Vincent. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga será anotado y podrá usarse como prueba contra usted.

—¿De qué coño hablan?

La voz de Joey resonó con fuerza en el pequeño dormitorio.

Las dos niñas miraron cómo se llevaban a su padre de casa.

Capítulo 5

—Papá no mató a Jimmy, ¿verdad? —la voz de Debbie sonaba ronca de miedo.

June meneó la cabeza impaciente.

—Pues claro que no —dijo.

Observó cómo las dos niñas se miraban la una a la otra. Sabía que creían que era su padre el que había matado al novio de su madre. Y eso es lo que le parecería a todo el mundo.

Ivy permanecía en silencio desde que se llevaran a su hijo por la puerta.

—Tú has sido la causa de todo, June. Mi chico va a tener que cargar con una muy gorda y será por ti. Lo triste es que no te lo mereces. Todo lo que has hecho en la vida es coger el apellido del chico y arrastrarlo por el barro.

La amargura que sonaba en la voz de la abuela era como agitar un trapo rojo delante de un toro y June se le volvió.

—¿De qué apellido estás hablando? Del apellido de una familia que todo el barrio considera lo más bajo de lo más bajo, peor incluso que los Clancys, que están todos mezclados entre parientes. Tu hijo es un gilipollas, un estúpido ignorante, pero en algún momento lo quise justo por eso. Si nos hubieran dejado arreglarnos a nuestro aire hubiéramos estado divinamente. Pero ¡ah, no!, teníamos que tener a la condenada suegra metiendo las narices, abriendo la boca. Así que como ya te dije antes, cierra bien ese puto pico o vete a la mierda. No estoy de humor para aguantarte, ¿vale?

Todas se quedaron asombradas al ver caer dos gruesas lágrimas de los ojos de la anciana.

—¿Qué voy a hacer sin él, Junie? Es toda mi vida.

June le dio un abrazo, atemorizada también al haber visto miedo auténtico en la madre de su marido.

—No pueden colgarle nada a Joey, no hizo nada.

—Vale más que riegues un poco el pavo, mama, o si no se secará.

Susan habló con voz tranquila y June la miró agradecida. Cogió un paño, tiró de la bandeja del horno con la enorme ave y empezó a verter sobre él las cucharadas de grasa. Todas la miraron como si fuera la cosa más fascinante que habían visto en su vida.

—Id a jugar con vuestros regalos, tengo que pensar.

Las dos niñas salieron de la cocina y June miró a su suegra con angustia.

—Él no se cargó a Jimmy. Puede que lo amenazara, pero no habrá ido más lejos. Joey nunca se hubiera atrevido a cargarse a Jimmy, las dos lo sabemos. De todos modos, tendrán que demostrar que estuvo allí, ¿no?

Ivy se rio sombría.

—La bofia no tiene que demostrar nada. Tú tienes que demostrar que se equivocan, y lo sabes. Si van a por mi hijo, lo pillarán, June. Mira lo que le hicieron al pobre Krays, y luego háblame de justicia.

June no se molestó en contestar. Conocía todos los hechos, pero ¿qué podía hacer con ellos? Desde luego no hablar con su suegra. Si lo hiciera, la cosa circularía por toda la barriada en cosa de horas.

Joey estaba sentado en el calabozo. Lívido de rabia. Al abrirse la puerta se levantó y su rabia se convirtió en miedo al ver quién entraba.

El inspector Harold Hitchin era bajito, tenía justo la altura exigida para entrar en la policía. Era delgado, con un cuerpo como un alfiler y pelo como alambre fino. Los ojos de un extraño gris casi sin color. Siempre parecía algo distante, como si no estuviera allí del todo, su porte y su prestancia daban una pista sobre la astucia de su cerebro analítico y el carácter vengativo que había debajo.

Sonrió despacio dejando ver unos dientes descoloridos demasiado anchos. El mote que recibía entre colegas y maleantes era «el CF».

El Cabrón Feo.

Su esposa era una mujer muy atractiva a la que adoraba. Se decía que era una de las pindongas recogidas en su paso por la brigada de Vicio, y era la única compañera que se le conocía.

Había llegado a inspector a base de trabajar duro y de modos aún más duros. Si el CF iba a por ti, más te valía cantar de cualquiera del que te acordases, incluida tu madre, porque podías estar seguro de que no soltaría presa hasta obtener lo que quería. No es que estuviera en contra de aceptar algún que otro pavo bajo mano de vez en cuando para olvidarse de ciertas personas.

A menudo tomaba copas con Jimmy y al verlo allí plantado Joey comprendió que le esperaba una larga sesión, y además una dura sesión. CF se ocuparía personalmente de que así fuera.

—Qué hay, Joey, tiempo sin verte. ¿Cómo andan los muelles estos días?

Joey se mojó los labios nervioso.

—Yo no hice nada, señor Hitchin, todo es una equivocación. No sé nada de que mataran a Jimmy, lo juro.

—Por la vida de tu madre, ¿eh?

Hitchin tenía una voz aguda, femenina incluso, pero nunca nadie se había atrevido a reírse de ella.

—Por la vida de mi madre, por la vida de mis hijas, lo juro.

Hitchin se quedó mirándolo más de cinco minutos y a Joey le pareció que no había parpadeado ni una vez. Era una mirada que asustaba, unos ojos de párpados pesados que le recordaron a una serpiente a punto de atacar. Entonces, con un movimiento rápido, Hitchin dijo en tono cordial:

—Mi mujer está muy enfadada conmigo. He tenido que dejar una cena estupenda para venir aquí a verte, así que como puedes imaginar estoy bastante molesto. A mí me gusta la Navidad, ¿y a ti? Deseos de paz a todos los hombres y todo ese rollo de

siempre. Pero, ya ves, mis buenos deseos se han largado por la ventana. Por tu culpa ya no me quedan más sentimientos que la animosidad y el cabreo. ¿Sigues la onda?

Joey asintió.

Miró con verdadero pavor cómo el hombre que estaba ante él se sacaba del bolsillo un trozo de tubería metálica bastante largo, cubierto de cinta adhesiva. Hitchin se quedó allí de pie golpeando con el tubo contra la palma de la otra mano.

—Mira, Joey, tras una larga y sesuda deliberación, he decidido abrirte la cabeza. No es nada personal. A pesar de que nunca me has gustado, no soy hombre vengativo. Hoy podía ser cualquiera. Eso puedes entenderlo, ¿no?

Joey notó que las lágrimas le afloraban a los ojos. Lo que le faltaba, Hitchin con su caso. Y se había tomado el trabajo de jugar al ángel vengador. Le sacaba las confesiones a la gente a base de patadas y puñetazos. Pero de tanto en cuanto les pegaba con un arma, normalmente cuando alguna otra persona quería que le hicieran ese trabajo.

En el East End a eso se le llamaba dar apoyo.

Joey apostaría dinero a que los Davidson o los Bannerman daban apoyo a Hitchin con unos cuantos de los grandes para estar seguros de que Joey acabaría inconsciente y lisiado. Así que en la práctica eran dos avisos en uno.

La policía hacía su trabajo y al mismo tiempo le estaban diciendo que era un hombre marcado.

Las lágrimas empezaron a correr. Joey estaba aterrorizado de verdad.

—¿Tienes algo que decir antes de que empiece? Porque después de que termine contigo me habrá entrado el apetito, ¿sabes?, y querré irme a casa a cenar como todas las personas normales.

Joey miró la cara de reptil que tenía delante e inclinó la cabeza. Por muy chalado que estuviera, sabía cuándo lo habían derrotado.

Miró a Hitchin a los ojos durante una décima de segundo.

—¿Esto por quién lo hace, los Bannerman o los Davidson?

Ahí Hitchin se rio. Una risa grave y sentida.

—Es todo por ti, Joey, todo por ti.

Maureen Carter estaba preocupada. Su hijo estaba viendo la televisión y mientras colocaba el pavo trinchado en la bandeja el timbre de la puerta la devolvió a la tierra. Por puro instinto, miró el reloj de la pared de la cocina. Eran casi las cinco y media. Se quitó el mandil y fue a la puerta arreglándose el pelo. Se quedó más que sorprendida al ver a June allí.

—¿Qué puedo hacer por ti?

June sonrió con tristeza.

—Se trata más bien de qué puedo hacer yo por ti.

June entró tras ella en la cocina saludando al pasar con una sonrisa al hijo de

Maureen.

—Un chico guapo. ¿Como su padre?

Maureen se quedó mirándola unos segundos antes de decir cortante:

—Corta ese rollo, June, y di lo que sea. Tú y tu maridito habéis dado un montón de dolores de cabeza hoy, y créeme, la gente que os tiene atravesados no lo va a olvidar fácil.

June tomó aire y empezó a hablar.

—Han detenido a mi Joey.

Maureen se rio con amabilidad.

—¿*Tu* Joey? Vaya, por el asesinato de *tu* Jimmy, supongo.

Se pasó una mano de uñas cuidadas por los cabellos.

—Dios, es que eres una perra, June. Eres incluso más amoral que yo. ¿*Mi* Joey? ¿No te estarás pasando de rosca?

June se molestó.

—No es cosa de risa, Maureen. Joey es el padre de mis hijas...

Maureen la interrumpió.

—Mirémoslo como es, June, sobre eso solo tenemos tu palabra —dijo—. Ahora suelta lo que sea y lárgate. Si has aparecido por aquí para que nos contemos las penas, será mejor que te marches ya. No me interesa. Ni tampoco a Davey Davidson, que por cierto ya sabía que encerrarían a Joey antes que la policía. ¿Pillas la onda ahora?

June se tragó el impulso de empezar a pegar a la mujer que tenía delante. Por amoral que fuera, no era nada comparado con la conducta de Maureen. June se consoló pensando que hubiera hecho lo que hubiera hecho, nunca habría traicionado a Jimmy para que lo asesinaran, como aquella mujer. Había depositado su confianza en Maureen y pagado un alto precio por ello. Por mala que June pudiera ser a los ojos del mundo, jamás caería tan bajo.

—Supón que pudiera ayudaros en lo de buscar las agendas y todo lo de Jimmy...

Maureen se quedó mirándola con los ojos brillantes entornados.

—No vamos en busca del Santo Grial, cariño, solo queremos lo que es nuestro.

June se rio con una risa ronca y juguetona.

—¿Te refieres a que buscas lo que era de Jimmy? Vamos a dejarnos de rodeos, ¿vale? Quieres el jodido paquete o no, y si es que sí, ¿qué precio pagas?

—Creo que el precio te toca a ti ponerlo, y yo veré si a todos nos parece justo. Ahora siéntate que prepararé una copa para las dos y podemos hablar. Pero te advierto que no te pongas demasiado ambiciosa con lo que es mío, June. Puedo ser una adversaria muy dura.

June observó los fríos ojos que tenía delante y ni intentó discutir. En cambio sonrió y se sentó a la mesa de la cocina, la mirada sobre la bandeja de pavo succulento y el jamón bien horneado. En el fondo de su corazón sabía que tenía a tiro un colchón para toda la vida, pero era lo que tenía que hacer. A pesar de todos los defectos de

Joey, que eran legión, no podía permitir que se llevara los golpes de todos los demás. Porque Joey se los llevaría, no soltaría prenda. Le tocaría comerse el gran marrón, probablemente quince años, y cumplirlos con todos los agravantes posibles. Era su forma de ser. Los Davidson se ocuparían de compensarla a ella y luego se olvidarían. June lo sabía muy bien, sabía lo fácil que era que pasase eso.

Así que hoy tenía que hacer un buen negocio, el negocio de toda una vida.

La vida de su marido.

Ivy tenía una cara como para agriar la leche por decir poco. Hoy, a sus dos nietas les daba pena porque por una vez tenía una buena razón para estar preocupada.

Susan se puso a doblar el papel del envoltorio de sus regalos para guardarlo bien ordenado en el cajón de su cuarto. Era tan bonito que quería guardarlo solo para mirarlo de vez en cuando. Le encantaban las cosas bonitas, le encantaba tenerlas.

Debbie estuvo como una hora preocupada por su padre y luego se hartó. Como no pasaba nada decidió salir a ver a una amiga.

A solas con Ivy, Susan aseó la casa, preparó un ponche caliente de leche con Bushmill's para la abuela y luego se fue a su habitación a soñar.

Mientras despejaba el desorden que había dejado Debbie confió y rezó para que a su padre le cayesen veinte años. En un momento dado se imaginó que lo ahorcaban, pero como sabía que ya no se ahorcaba a nadie no logró centrarse en ello y volvió a imaginárselo años y años en una celda.

Aquello la hacía sentirse mucho mejor por dentro.

Nunca más tendría que tener las manos de aquel hombre encima, y para cuando lo soltaran ya sería mayor y capaz de decirle a dónde se podía ir.

Susan suspiró de felicidad.

Por favor, Dios, que la policía tenga bastante contra él. Por favor, Dios, que consigan que los cargos se sostengan. Unos golpes en la puerta interrumpieron su ensoñación y fue a abrir esperando ver a algún vecino. Pero se encontró frente a Barry Dalston.

Su corazón le latía tan fuerte que estaba convencida de que él se lo oía. Se notaba como si la cabeza se le estuviera llenando de aire caliente y sus brazos y piernas fueran de plomo, tan consciente de su cuerpo estaba ahora.

Pero se alegró de haberse puesto la ropa nueva y haberse arreglado. Sabía que estaba lo más bonita que podía llegar a estar.

Por su parte Barry venía vestido como de costumbre, desaliñado, y ostentando aquella sonrisa torcida de malo.

—Feliz Navidad, guapa. ¿Te parece quizás que yo puedo entrar o tú salir, lo que sea?

Susan abrió del todo la puerta y el chico entró en el piso. Le puso un paquetito en las manos y Susan sonrió de placer.

—¿Para mí?

Barry sonrió.

—No, es para tu hermana.

Vio cómo le cambiaba la expresión y la abrazó contra él.

—Natural que es para ti, ¿para quién si no?

Lo hizo pasar a la sala y se alegró de haber limpiado todo. La abuela estaba dormida en la silla de al lado de la estufa de gas con un Capstan colgándole del labio.

—Será mejor que vengas a la cocina, la abuela solo ronca a medias.

La siguió a la cocina con una sonrisa. Susan se acercó al hornillo de gas y puso el agua a hervir. Notó que le temblaban las manos. Y entonces se volvió hacia él y lo miró a la cara.

Para ella Barry era hermoso desde cualquier punto de vista. Le encantaba todo de él.

La mirada despectiva la percibía como expresión de un hombre de mundo. La boca cruel era para ella objeto de un deseo intenso. Le gustaría besarlo hasta dejarlo inconsciente. La mirada dura la veía como juguetona y soñadora.

Susan veía lo que quería ver, como la mayor parte de las mujeres enamoradas veía al hombre de sus sueños.

Barry la atrajo a sus brazos y la besó con fuerza en la boca. Susan le respondió, sabiendo que necesitaba notar sus abrazos para sentirse segura. Barry Dalston le daba seguridad. Seguridad frente a su padre. Frente a todo.

Cuando la lengua de él exploraba su boca, se apartó. El beso la asustó aunque la hiciera vibrar.

—¿Tienes algo de verdad para beber?

Susan todavía estaba medio mareada.

—¿Qué, cerveza, quieres decir?

Barry sonrió.

—No. *Whisky*. Yo soy escocés y nosotros bebemos *whisky* en los días especiales, aunque nuestra fiesta de verdad es Año Nuevo, no Navidad. Las navidades son para los críos.

Susan abrió la alacena de la cocina y sacó el Bushmill's. Sabía que si su abuela la pillaba le arrancaría la piel a tiras, pero ya no le importaba. Ya no le importaba nada que no fuera lo que veía ante ella. Barry Dalston estaba en su casa el día de Navidad y le había llevado un regalo, a su padre lo habían encerrado por sospechoso de asesinato y su madre volvía a casa. Estaba feliz como nunca en toda su vida. ¿Qué más podía querer una chica?

Después de que le sirviera una generosa medida, Barry cogió un vaso del escurridor y lo sirvió. Le echó limonada y se lo dio a Susan. Y luego, alzó su vaso y le dijo divertido:

—Bébetelo de un solo trago, este será nuestro brindis de Navidad, ¿eh?

Susan se bebió el vaso de golpe y casi se atraganta. Los ojos se le iban y el rímel

puesto con tanto cuidado le picaba. Barry se rio e intentó apretarla contra su pecho para que dejara de hacer ruido, no fuera a despertar a la vieja que dormía en la sala.

—Tranquila, Susan, o tendremos a la vieja encima.

Ahogó sus risitas y se apoyó contra él. La bebida le subió directamente a la cabeza. Una oleada de calor la embargaba y se sintió como si hubiera crecido cinco centímetros de golpe y en unos minutos fuera más atractiva.

Se quedó mirándolo.

Barry la miró a ella con la cabeza en otro sitio, no en lo que hacía. Contempló su cara. Era feíta, pero tenía unos ojos bonitos y el rubor de la bebida hacía que casi pareciera haberse vuelto bonita. Cuando vio la mirada de admiración absoluta en sus ojos decidió que aquello le gustaba.

Mientras que las chicas más guapas hacían juegucitos y le obligaban a perseguirlas, Susan era como una muñeca complaciente, solo esperaba que él la sacara de su casa y jugase con ella. Sus enormes tetas le daban ganas de ponerse a jugar con ellas aún más de lo que la chica se imaginaba. Era una parte crucial de su atractivo. Pero no tanto como su padre y la fama de su padre.

—He oído lo de tu padre, lo siento. Pero es lo que hubiera hecho cualquier hombre de verdad.

Susan sintió que aquella euforia de su cuerpo se desvanecía. Se apartó de él. Recogió el regalo, lo abrió y, otra vez con el humor cambiado, se volvió hacia él encantada.

—¡Oh, son preciosos! Maravillosos.

Eran unos pendientes, unos aros de oro, de los que los del East End llaman aros de gitana. La parte de abajo del aro era más gruesa que la de arriba y relucían tanto en su mano que la dejaban sin aliento. Barry debía ir en serio si le compraba regalos así.

El chico sonrió ante la evidencia de su felicidad y confió en que, contra todo pronóstico, resultarían una buena inversión. Los había robado unas noches antes, y cuando los desenvolvió decidió que estarían bien para Susan. Hasta había utilizado el mismo papel para volver a envolverlos. Barry no tenía escrúpulos en lo de llevarse las cosas de otras personas aunque fuera de sus árboles de Navidad. Sabía que valían unas cuantas libras y se consideró a sí mismo un tipo de lo más generoso por regalárselas a Susan y no sacar dinero de ellos.

La besó otra vez en la boca, con suavidad, y Susan se deslizó entre sus brazos. Él la empujó contra el escurridor y ella le dejó levantarle el jersey y cogerla de los pechos. Los sobó con aquellas manos ásperas, notó la suavidad de la piel y el peso que algún día haría que se le bajasen hasta el estómago.

Los juntó con las manos y los contempló. Estaba más excitado de lo que había estado en su vida y en ese momento comprendió que aquella chica iba a jugar un papel importante en su vida, si no por otras razones por aquellos pechos enormes que tenía entre las manos.

—Son maravillosas, Susan, fantásticas, joder.

Ella no le oía, iba con piloto automático. Sabía que para conservarlo tendría que dejarle que le hiciera aquello y que él, igual que antes su padre, solo iba buscando lo que quería. Ni siquiera intentaba hacérselo agradable a ella. A ninguno de los dos se les hubiera ocurrido nunca pensar que también ella pudiera querer tener parte en el acto sexual. Estaba allí para tomarla, y permitió que la tomara allí mismo, en la cocina de su madre, y con la abuela dormida en el cuarto de al lado.

Cuando Barry la penetró estaba seca. Pero forzó hasta entrar, la hizo llorar suavemente contra su pecho. Pensó que era el primero, lo pensó de verdad, y eso hizo a Susan sentirse extrañamente deprimida. Saber que su padre le había hecho aquello muchas veces era como una herida abierta dentro de su cabeza.

Se concentró en los pendientes y en lo que significaban. Eran como un anuncio que proclamaba que Barry se interesaba por ella. Le había comprado oro, y en su mundo aquello significaba mucho. El oro era un símbolo de compromiso, un precursor del anillo de boda. Los pendientes le decían que iba en serio con ella, que quería algo más que una mera amistad. Así que para su mentalidad resultaba completamente aceptable que le permitiera tomar su cuerpo. Después de todo, ahora era más o menos suya.

El hecho de que todavía fuera una niña no cabía en la cabeza de Susan y desde luego tampoco en la de Barry. Por lo que a él respectaba, con unas tetas como las suyas estaba más que preparada para todo lo que él iba a darle. Consideró que la madurez de aquel cuerpo era la vía a seguir, no la madurez del espíritu. Y al retirarse de encima de ella, con el semen mojándole el interior de las piernas, la oyó suspirar con fuerza.

Por lo menos con Barry tenía cierto poder sobre lo que hacía, y solo eso ya era una sensación embriagadora. Él la besó en la frente y le sonrió y con esa acción amable la ató a él para el resto de su vida.

Joey se despertó en el hospital Old London. Tenía la cara hecha un trapo, le faltaban unos cuantos dientes y le parecía que le hubieran amputado las piernas sin anestesia.

Pero se alegraba de sentir ese dolor, porque eso significaba que por lo menos seguía en el mundo de los vivos.

Una enfermera muy estirada lo miraba desde arriba y Joey casi grita del susto. Era todavía más fea que Hitchin, pensó. Pero el azul oscuro del uniforme le dijo que estaba en lugar seguro y eso lo hizo sentirse mejor.

Su mayor temor cuando vio descender sobre su frente la barra de metal fue no volver a ver otra Navidad.

Cerró los ojos y suspiró en silencio.

Estaba vivo y de momento no estaba en la cárcel, pero en vez de jugarse la carta con June y hacerla volver al redil yacía en una cama con un dolor de cabeza feroz y la seguridad de que ya podía prepararse para un marrón de quince o veinte años.

A veces la vida era injusta, la verdad.

Abrió los ojos de nuevo y vio a Davey Davidson al lado de la cama con una expresión cordial en la cara y una cesta de fruta.

Joey no supo si reír o llorar.

En vez de eso miró fijamente a su patrón y esperó que Davey le contase qué había decidido que le sucediera a Joey.

—Apuesto a que el coco te hace ruidos, ¿no es así, socio?

La voz de Davey sonaba grave y favorable. Joey lo miró y dijo lastimero:

—Bueno, Davey, he estado mejor que ahora, ¿sabes lo que te digo?

Mickey Bannerman sonreía.

Había tenido ocho hijos con su mujer Layla, una mujer de grandes pechos y hermosos dientes, abundante pelo rojo y una nariz que podría encajar fácilmente en cuatro caras en vez de en una. Era hija de un conocido delincuente del East End, de nombre Billy Tarmey. Mickey se había casado con ella para poner las manos sobre el territorio del viejo. Se había manejado con facilidad bajo el manto de los hombres más temidos de Londres y había prosperado gracias a las recomendaciones de su suegro en el norte y el sur de Londres, dejando el East End para los matones.

Ahora, sin embargo, quería el lote completo.

Miró a su esposa y a sus hijos y se alegró de haberse casado con ella. Layla era una madre excelente: las niñas aprendían *ballet* y todos los chicos tocaban instrumentos musicales. Hablaban correctamente y tenían unos modales ejemplares en la mesa.

Mickey también mantenía a una antigua *stripper* que se llamaba Monet a la que visitaba con urgencia y efusión hasta quince veces por semana. Layla lo sabía y lo aceptaba. Mickey Bannerman era conocido por ser el hombre más salido de Londres. Sus proezas eran legendarias y se sabía que en su juventud muchas jóvenes de alterne salían corriendo en cuanto lo veían cruzar las puertas de sus clubs. Las dejaba agotadas e inservibles para el trabajo durante varios días.

Un veterano de la trena ya curtido, al enterarse en cierta ocasión de que Bannerman lo buscaba, dijo:

—Que me jodan si no prefiero que me busque para darme una buena paliza. Prefiero eso a que me folle hasta matarme.

Cuando oyó eso Mickey pensó que era tan gracioso que dejó escapar a aquel hombre con unos simples golpes de castigo. Esa era la mentalidad de Michael Bannerman.

Hoy estaba feliz, hasta el delirio. Sentado en su gran salón con la pequeña de sus hijas en las rodillas sonreía amable a todos cuantos estaban en la habitación. Dentro de pocas horas tendría en su poder todo lo que necesitaba para sentirse El Rey de la Colina. Era lo que llevaba pretendiendo desde que se casase con aquella real yegua de los dientes bonitos, como siempre se refería a Layla antes de que se convirtiera en su

mujer.

Cuando sonó el timbre se levantó y dio la bienvenida a Maureen Carter y a June McNamara.

Le gustaba June. Siempre le había gustado. En las pocas ocasiones en que la había visto con Jimmy vio que tenía lo que una mujer ha de tener. Callada, complaciente, con sus domingas bien a la vista. La típica puta de hampón.

Le dio la sensación de que iba a ser fácil de manejar, al contrario que Maureen. Las instaló en su despacho y les preparó una copa a cada una, charlaron un rato de nimiedades y les presentó a sus hijos. La familia Trapp no le hubiera criticado por falta de cortesía.

Después hizo salir a los niños de la habitación, dio un sorbo a su copa y sonrió a June con mala cara.

—Me has dado un buen dolor de cabeza, ¿sabes? Pero lo pasaré por alto en honor a la amistad que tenía con Jimmy.

Ninguna de las dos contestó aunque ambas pensaron para sus adentros cómo podía declararse amigo de un hombre al que habría hecho pegar un tiro si Davidson no hubiera llegado antes.

June se quedó mirando la copa de oporto e intentó ahogar el miedo que sentía dentro.

—Lo siento mucho, señor Bannerman, pero es que tenía miedo. Sabía que Jimmy tiraba demasiado de la cuerda y traté de salvarme yo. Tengo dos hijas que criar y un marido que es tan inútil como una polla tiesa en el cumpleaños de la Reina Madre.

Mickey se rio como ella había previsto. Si conseguías que Mickey se riera habías hecho la mitad del camino.

—Ese maridito tuyo es un inútil, es verdad que sí. Pero gracias a ti ahora está en el hospital con la cabeza más hinchada que el chocho de una virgen. Pero me voy por las ramas. ¿Tienes tú los papeles que me importan, y si los tienes, cuál es el precio, mi amor? Es Navidad y estoy de buen humor. Hay que ver qué suerte tienes, ¿eh, muchacha? En cualquier otra época del año te hubiera arrancado las tetas y me partiría de risa. Pero me gustan las navidades, siempre me ponen feliz, de muy buen humor. Se acerca el año nuevo, hay nuevos negocios para hacer, gente nueva que aparece en algún momento. Una época para disfrutar, siempre lo he pensado.

Maureen vio que el color desaparecía de la cara de June y reprimió el impulso de echarse a reír. Mickey conocía bien a su público y jugaba bien su juego. Tosió para apartar el foco de June y dijo amable:

—Le he dicho que se quede unos billetes que se cogió para compensar la pérdida de Jimmy, pero que tiene que darnos los libros. Ya los tengo en mi bolso, así que realmente esto de hoy es solo una formalidad.

Mickey miró a la única mujer de la que podía decir que respetaba y le gustaba de verdad. Maureen era una joya en muchos aspectos. Mira lo que había hecho ahora por él. Había conseguido los papeles sin que le costaran un penique.

June pensó que había salido bien librada, y la verdad era que sí.

—Le he contado que retiramos a Hitchin puesto que ahora su marido está en el hospital. Dejaremos las cosas como están y nos olvidaremos del grave error de juicio que cometieron los dos.

Mickey no tenía ni idea de a qué se refería Maureen.

June tampoco se enteraba mucho más.

—¿De qué estás hablando ahora? —preguntó con miedo.

Maureen sonrió.

—Lo básico del asunto es, amor, que tú te quedas el dinero de Jimmy y nosotros el resto. Bien sencillo, la verdad.

June puso una amplia sonrisa.

—Gracias. Los dos habéis sido más que generosos.

Mickey se puso de pie, contento. Tenía lo que quería y podía permitirse ser magnánimo.

—¿Otra copa, señoras? Después tendrán que disculparme. Tengo a mi familia de visita y no puedo tenerles esperando el té demasiado tiempo. Mi Layla no lo sirve hasta que yo llego. Sabe que el sitio de un hombre es estar a la cabeza de la mesa.

Maureen sonrió.

—Yo personalmente pienso que la cabeza de un hombre debe estar sobre la mesa, pero supongo que te entiendo.

June miró a los otros dos burlarse mutuamente del otro y deseó que cerraran la boca y la dejaran marchar. Pero sabía que tenía que esperar sentada a que la dejaran marchar. Así se hacían las cosas en aquellos círculos y no iba ella a intentar cambiar aquello.

Ivy estaba impresionada con Barry Dalston. Había conseguido que apartara un rato sus pensamientos del hijo enfermo y se lo agradecía. Mientras Susan preparaba la tetera Ivy no dejaba de parlotear.

—Qué joven tan encantador, ¡y qué guapo! No sé cómo coño te las puedes haber arreglado para pillarlo, si hubiera sido Debbie la que lo trae a casa no me hubiera sorprendido, ¡pero tú! Bueno, solo puedo decir que sea lo que sea lo que ve en ti, no lo ve nadie más que él, mocita. Agárralo bien.

Susan no le hizo ni caso.

Estaba tan agradecida de que Barry se hubiera marchado para poder disfrutar poniéndose a pensar en su generoso regalo... El otro asunto lo guardó bien al fondo de su cabeza como hacía siempre con cualquier cosa inquietante o desagradable.

Ivy siguió otorgándole el honor de sus opiniones. Susan casi no le prestaba oído hasta que oyó algo que hizo que una nube roja de furia se le pusiera en la cabeza.

—Igual que tu padre a esa edad. La misma prestancia, la misma figura, la misma manera fácil de estar...

La anciana pegó un salto con el grito que Susan le lanzó desde el otro lado de la cocina.

—¡Barry no se parece nada a mi padre! No te atrevas a decir esas cosas, vieja bruja. ¿Por qué no te vas a tu casa? ¿Por qué tienes que estar siempre aquí, estropeándolo todo? No es como ese que llamamos mi padre. De hecho, tú misma señalas en cada oportunidad que tienes que Joey no es mi verdadero padre, y créeme, eso es lo mejor que me puedes decir.

Ivy se quedó sin habla, atónita, pero no por mucho tiempo. Se levantó de la silla, alzó la mano y le soltó un bofetón en la boca.

—¡No vuelvas a hablarme así! ¡Putá! ¡Después de todo lo que he hecho por vosotras, hablarme así!

Levantó otra vez la mano y Susan se la agarró y empujó a la vieja sin la menor delicadeza hasta el otro lado del cuarto.

—¡Oh, vete a la mierda, vieja zorra! Como vuelvas a decir que mi Barry es como el papa, te mato, ¿oyes lo que te digo? No se le parece nada. Es amable y encantador de verdad. No es como tu hijo para nada, así que deja de andar diciendo que lo es.

Ivy estaba ahora tan atónita que le costaba respirar. El corazón se le había disparado y tenía palpitaciones cuando miró a la joven que tenía delante. Susan nunca había desafiado jamás a nadie, siempre aceptaba lo que le tocara.

De repente, Ivy tuvo miedo de ella.

Susan, sin embargo, no había terminado.

—Vienes aquí un día tras otro y conviertes nuestra vida en un infierno. No paras de buscar problemas con mi madre y esperas que nos traguemos todo lo que nos sueltas. Bueno, pues ya estoy harta. No eres más que una vieja zorra vengativa, una lengua de víbora, y lo único que deseo es que tú y tu hijo os caigáis muertos los dos. Para mí no eres nada. Te llamo abuela porque tengo que hacerlo, pero no veo el día en que sea lo bastante mayor para cambiarme de apellido y ponerme Smith o Jones, ¡cualquier cosa que no sea ese maldito McNamara!

June se quedó parada ante la puerta de entrada porque no podía creer lo que oía. ¡Susan estaba gritando! Susan, la tranquila, la buena niña, la hija que sabía que era el pilar de su hogar. La limpiadora, la cocinera, la chica para todo.

Contuvo una sonrisa. Si ella estaba asombrada, le encantaría ver la cara de su suegra. Esperó unos instantes más antes de hacer ruido como si acabase de entrar por la puerta, luego se fue a la cocina con una gran sonrisa en la cara.

—¿Todo en orden?

Ivy estaba lívida de rabia y de terror.

—¡Me pegó! Espera a que le cuente esto a mi Joey. Me levantó la mano, ya lo creo, June, me soltó una torta y una patada.

A la vieja ni se le pasó por la cabeza decir la verdad. Pero Susan estaba

demasiado irritada para preocuparse.

—Te lo digo, mami, ya he aguantado todo lo que podía aguantar de ella estos años. Estoy mala de oírla. Mándala a casa. Por favor, mama, haz que se vaya o tendré que hacerle daño en serio, y esta vez de verdad.

Dio un paso hacia la abuela y June se interpuso entre ambas. Se había preocupado. Normalmente su hija no era una persona violenta y ese era su problema en muchos aspectos. Para vivir en una familia como aquella era mejor ser más agresiva, como Debbie, que se había hecho oír desde el día que nació, cosa que nunca había formado parte de la naturaleza de Susan. Fuera lo que fuese lo que hoy la había disparado tenía que haber sido algo serio y era más que probable que la niña tuviera razón.

June decidió en ese mismo momento que empezaría tal como tenía pensado seguir. Era la oportunidad perfecta para librarse de la vieja de una vez por todas.

—Me parece que será mejor que te cojas el abrigo y te vayas a casa, Ivy.

Ivy la miró como si nunca la hubiera visto antes.

Al ver que torcía la cara poniendo una expresión de enfado, June le dijo con calma:

—No es momento de peleas, Ivy. Joey está en el hospital con unas heridas terribles en la cabeza. He conseguido sacarlo del calabozo y acabar con toda la locura de estos últimos días. No estoy de humor para oírte a ti ni a nadie. Y en cuanto a Susan, probablemente esté preocupada por lo que sucede, y conociéndote, seguro que la enredaste. Pero esta es mi casa, y si quieres volver a entrar en ella otra vez te aconsejo que hagas lo que te dice la niña y te largues.

—Mi hijo nunca me rechazaría...

—Bueno —gritó Susan—, pero tu hijo no está aquí, ¿verdad? Y mi mama sí. Así que hasta que vuelva lárgate y que te den.

Hasta June se quedó atónita.

—Susan, por Dios santo, cariño, cálmate. ¿Qué demonios pasa aquí?

—Lo digo en serio, mami —lo dijo casi llorando de rabia y frustración—. O se marcha ella o me marchó yo. Estoy de ella hasta la coronilla. La mitad de los problemas del pasado han sido por su culpa. Azuzándolo cuando estaba borracho, yendo con cotilleos y convirtiendo la vida de todos en una desgracia. La odio casi tanto como lo odio a él. Así que ahora ya lo sabes, ¿vale?

Salió en tromba de la cocina y dejó a June y a Ivy solas. Ivy sabía en lo más profundo que la habían derrotado. Y también sabía que la chica tenía razón. Eso era lo que dolía más que cualquier otra cosa, saber que una niña sabía descubrir su juego con tanta facilidad.

—Después de todo lo que hice por esa niña...

June meneó la cabeza con expresión triste.

—Vete a casa, Ivy. Por el amor de Dios, ¿quieres largarte a tu casa de una puta vez? La chica tiene razón y tú lo sabes. La has estado pinchando desde el primer

momento. Bueno, ¿quieres que te diga una cosa? Será mejor que cambies de rollo cuando Joey vuelva a casa, señora mía, porque yo ya estoy tan harta de ti como Susan. Y una cosa de la que nunca has querido enterarte —continuó—, es que Joey no sabe funcionar sin mí. Haga lo que haga, siempre vuelve conmigo. Así que acuérdate de eso, ¿vale?, porque si ahora te echo a la calle él no moverá un dedo para impedirlo. Y si decido hacerlo, lo haré.

A los pocos minutos Ivy salió del piso como una anciana derrotada. Susan se quedó en su cuarto y June contó el dinero y se puso a hacer planes de lo que haría con él.

En conjunto, pensó, no había sido un mal día.

Capítulo 6

Joey se quedó encantado al ver a June junto a su cama. Llevaba un bonito traje rojo, un maquillaje no demasiado evidente, las uñas rosa pálido en vez de escarlata y un perfume no demasiado fuerte.

—Estás muy bien, June.

—Bueno —respondió June con una sonrisa amable—, me gustaría poder decir lo mismo de ti, socio, pero no puedo.

Joey sonrió.

—Esta mañana me eché un vistazo al careto y desde luego que eso no te lo puedo discutir.

June no contestó.

—Gracias por sacarme de la mierda, ya sé que no tenías por qué.

June se sentó en la cama y tomó su mano entre las suyas.

—Escucha, Joey, lo hice porque me importas, de verdad. Pero no puedo vivir como vivíamos antes. Se parece demasiado a los trabajos forzados. Si vamos a intentar probar otra vez, las cosas tendrán que cambiar. Jimmy sabía tratarme, me dio una nueva visión de la vida. Fuera lo que fuese, me dio más de lo que nadie me había dado. ¿Sabes qué quiero decir?

Joey asintió.

La cabeza le hacía horas extras. Davey Davidson le había dado el informe completo. Ya sabía que Jimmy acababa de dejar tirada a June, ahora estaba al tanto de todo. Por ejemplo, de que tenía tres mil libras apalancadas.

—Ya lo sé, amor, y te prometo que cambiaré. Incluso mantendré a mi madre lejos, ya sé que ha sido una cruz año tras año...

June soltó una carcajada.

—No lo adivinarías nunca. ¡Nuestra Susan le plantó cara en serio!

Joey se sintió intrigado.

—¿Qué? ¿Que tuvo una bronca con mi madre?

June asintió.

Una sombra del viejo Joey vengativo atravesó su cara unos instantes, pero luego sonrió.

—¿Quién lo iba a pensar, eh?

—Se ha echado un maromo, y como Ivy es Ivy tuvo que ir y ponerse a insultarla.

—¿Qué quieres decir con que se ha echado un maromo? Sue es demasiado joven para echarse un puto maromo.

Joey se incorporó en la cama y el movimiento lo hizo torcer el gesto. Le dolían las piernas y seguía estando delicado, o al menos todo lo delicado que Joey McNamara podía ser o estar.

—¡La echaré a la calle, a esa jodida puta!

June se quedó atónita.

—Eh, calma, es un chiquito estupendo. ¿Qué se te ha puesto en la azotea, Joey?
Aspiró profundamente y luego suspiró.

—Es demasiado joven, June, y no está lo bastante espabilada como para andar con un tío. Se lo prohíbo, y tú díselo de mi parte. Puedes decirle también que volveré pronto a casa y las cosas volverán a ser normales. Díselo, ¿vale?

June quedó sorprendida ante aquella reacción. Debbie llevaba hablando de chicos desde que tenía diez años y él simplemente se reía, le decía que les diera cuerda, que los hiciera sufrir, que les hiciera gastarse dinero en ella.

Y ahora que la pobre Susan se había echado un pretendiente, y además uno bien agradable —la propia June lo hubiera aceptado para ella solo unos años antes—, Joey se comportaba como un maridote engañado. Allí pasaba algo sospechoso.

—Parece que estás celoso, Joey, ¿pasa algo raro?

Joey sintió un impulso incontrolable de golpear a su mujer, pero comprendió que esa vez tenía que contenerse. La quería otra vez a su lado y no podía jugar con la suerte durante una buena temporada. De momento ella tenía todas las cartas. Así que suspiró otra vez y se colocó la máscara del padre preocupado.

—Escúchame, June, Debbie es una chica chica, ¿vale? Conoce el juego. En cambio la pobre Susan... Bueno, seamos justos, tiene una cara como el culo de un autobús y unos melones como para animar a un puto monje a dejar el celibato. Ya sabes de qué te hablo. Probablemente ese chavalete se le ha metido en la cabeza y es una chica vulnerable. Quiero decir, ¿cuándo fue la última vez que se quejó de que le pidieran salir todo el tiempo como a Debs? Te diré cuándo, ¿quieres? Pues nunca. Y estos últimos años la he visto mucho más de lo que la has visto tú. Ella y yo estamos muy unidos, por cierto, y sé lo ignorante que es en cuestiones de hombres y de sus trucos. Si ahora conoce al tío equivocado, antes de que nos demos cuenta la habrán llevado al huerto y estaremos listos. Tengo grandes esperanzas en esa niña, tiene una buena cabeza. Si hasta lee, me cago en la puta. ¿Cuánta gente conocemos que lo haga, eh? Libros de verdad y todo eso, no solo esa basurilla que suele leer Debbie, confesiones verdaderas y demás. Nuestra Susan lee libros de verdad, la he visto.

June estaba prácticamente desmayada de la impresión.

—Esto debe ser que el Hitchin debe haberte dado un verdadero trancazo en la cabeza, es que no puedo creer lo que me dices. Ese chaval es una buena pesca para Susan y parece que va bastante en serio. Le compró unos pendientes de oro por Navidad y viene por casa todo el tiempo.

Joey cerró los ojos e intentó mantener al genio con la tapa puesta.

—Escúchame, lo que quiero es que Susan tenga algunas oportunidades en la vida y nada más. Quiero que tenga estudios. Si tengo dinero la aconsejaré que vaya a la universidad o a donde sea que vaya la gente después de la secundaria. Su cara nunca será su fortuna, pero su cerebro puede que sí. Podría ser lo que quisiera, cualquier cosa. Abogada... Lo que sea.

—¡Me cago en la puta, Joey! ¿De verdad que estás en tus cabales, cariño? Si no

supiera que no, me pensaría que te han hecho un trasplante de cabeza en vez de una conmoción cerebral y dos piernas rotas.

Joey meneó la cabeza tristemente.

—He tenido tiempo para pensar, June, ahora soy otro hombre, te lo digo. Sé sincera, ¿no te gustaría que una de las dos pusiera el apellido McNamara en buen lugar, para variar? Ahora el mundo es distinto y las mujeres pueden hacer toda clase de cosas. Está aceptado que pueden trabajar hasta que se asienten y tengan unos cuantos chiquillos. Y algunas hasta trabajan después, aunque personalmente creo que eso es forzarlo un poco. Pero entiendes el meollo de lo que te digo, ¿no?

June seguía con cara de asombro.

—Lo entiendo y no lo entiendo. Nuestra Susan tiene una buena cabeza, eso lo admito. Pero solo en comparación con la gente que conocemos. O sea, quiero decir, que fuera de nuestro mundo probablemente sea un tanto lerda, por decirlo de un modo amable. Quiero a esa niña, siempre la he querido. Pero no quiero que ponga su corazón en algo que nunca conseguirá obtener. Un par de críos en dos o tres años y estará más contenta que unas pascuas. No creo que en el fondo esté hecha de verdad para todo ese rollo de la educación. Y si llegara a ir a la universidad, conocería a personas que no son como ella y empezaría a mirarnos por encima del hombro. Te lo aseguro, lo he visto en la tele. Los críos que llegan a alcanzar cosas mejores, se olvidan de todo el resto de su familia, colega. No tienen más remedio.

—Te equivocas, June.

June se picó y la verdad es que no sabía por qué. Que de repente estuviera tan interesado por Susan la molestaba y la hizo sentirse mal.

—Tráela esta noche —le dijo Joey.

—Eres un puto bromista, Joey —le dijo con una sonrisa amable—. Ahora pareces una cosa y al minuto siguiente cambias por completo.

—Eso es lo que me hace tan interesante.

June observó su cara. La tenía machacada y amoratada, pero todavía mostraba lo que hacía todos aquellos años la había atraído. Se preguntó por qué volvía con él. Ahora tenía unos cuantos billetes y si quería podía salir zumbando. Pero él era su vida en muchos aspectos. La aceptaba tal como era y ¿quién más podía hacer eso? Jimmy había sido una diversión agradable pero ahora se había acabado.

Con Joey, lo que veías era lo que tenías y había que ser tonto para pensar que podías tener algo distinto. Aunque había cantidad de mujeres de su cuerda que no lo echarían de la cama a patadas. En su mundo, la reputación de ser un hombre duro era algo muy respetado. Y ahora que pensaban que él había matado a Jimmy su cotización local aumentaría.

Se preguntó si ya lo sabría todo. Sabía que Davey había ido a visitarlo.

—¿Qué tenía que contarte Davey?

Joey se rio.

—Se creen que yo estoy detrás de la muerte de Jimmy. ¡Eso haría subir cantidad

mi reputación! Me pagarán extra por los allanamientos y demás debido al factor del miedo añadido. Te lo digo, June, ese Davey tiene un buen coco. Es lo que ha ganado andando con los Bannerman. No paró de aprender cosas y ahora yo subiré con él. Menudo toque, ¿eh?

June asintió mientras se preguntaba si Joey podía ser de verdad tan obtuso como aparentaba. No podía ser que creyera en serio que llevarse la fama de los actos de otra persona le reportara algún favor.

—¿Qué me dices de la bofia, qué tienen ellos que decir de eso?

Joey se encogió de hombros.

—Dicen lo que Davey y Bannerman quieren que digan, por supuesto. La investigación todavía está en marcha.

—¿Y qué pasa si hay una reacción de la familia de Jimmy o algo así?

Joey encogió otra vez los hombros aunque esta vez parecía estar menos seguro y June comprendió que la idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—Ya cruzaré ese puente cuando llegue a él, pero yo creo que ya está todo arreglado. Davey no es idiota, y Bannerman está en la movida, seguro. Aprovecharé mis oportunidades como hago siempre, muchacha. Pero el premio sorpresa solo puede ser para bien.

June se echó a reír.

—¿Para qué, para los gastos de universidad de nuestra Susan? Es que puedo ver su cara cuando le cuente lo que me has dicho, se morirá de risa.

June sí que se partía de risa y Joey sonrió mientras la observaba. No tenía la menor intención de dejar que Susan fuera a ninguna parte.

Susan era un manojo de nervios. Su padre iba a volver a casa desde el hospital y sabía que se esperaba que estuviera contenta de verlo.

Su madre había limpiado el piso de arriba abajo y preparado su plato favorito, un gran rosbif con pudines de Yorkshire que esperaban en el horno como pezones tiesos. Susan tenía que hacer el *trifle* y Debbie el pastel de «Bienvenido a casa». A Ivy volvía a permitírsele aparecer por la casa y por lo menos se estaba portando lo mejor que sabía para respiro de Susan. Pero Susan sabía que en cuanto Joey estuviera en casa todo volvería a la normalidad en cuestión de semanas. Lo único que deseaba es que su madre pudiera verlo con esa antelación.

La verdad es que últimamente June le atacaba los nervios. Se comportaba como si Joey y ella nunca se hubieran separado y cada vez que Susan sacaba a relucir el tema de Jimmy había pelea, con su madre diciéndole que más valía no remover las brasas. Era como si Jimmy no hubiera existido nunca y eso era lo que más molestaba a Susan. June también le había dicho que su padre no estaba nada contento con lo de que tuviera un novio fijo. Consideraba que era demasiado joven y cuando fue a visitarlo al hospital le había prohibido completamente ver a Barry.

Pero Susan seguía viéndolo, y seguiría viéndolo dijeran lo que dijese su padre o su madre. Maud, la de la puerta de al lado, entró en el piso con un ramo de flores y unas uvas.

—Para el inválido, June. Espero que se ponga mejor pronto.

June ahogó una sonrisa. Maud haría lo que fuera para poder colarse hoy en el piso. Quería saber con exactitud cómo estaba el tema entre June y Joey. El bloque llevaba dos semanas hecho un hervidero de rumores sobre si Joey mató a Jimmy y ahora recuperaba a su mujer. Lo habían detenido y le habían pegado en el calabozo, eso lo sabían todos. Daban por hecho que había aguantado la paliza sin claudicar, así que ahora era mucho más hombre a los ojos de todos. Jimmy era un tipo simpático pero al final la cosa es que le había quitado la mujer a su marido y a sus hijas. Todos decidieron olvidar por el momento el historial de June y se pusieron firmemente de parte de Joey.

Era una especie de héroe.

A June le encantaba. Debbie no cabía en sí de gozo. Ivy estaba en el séptimo cielo. Susan deseaba que se muriesen todos.

Maud se sentía como si le hubieran llegado todas las navidades de su vida juntas cuando vio a Joey entrar en el piso caminando de la mano de Davey Davidson que lo había recogido en el hospital, pero June la echó de allí rápidamente.

Davey estaba de buen humor y June iba vestida de muerte con un top bajo, falda corta y botas de cuero. Se agachó a recoger un taburete pequeño para que Joey apoyara el pie encima. Davey aceptó muy cortésmente tomar una taza de té.

Joey se reía por dentro. Sabía lo que June era en realidad y para ser completamente sinceros la había echado de menos. Estaban contentos de que hubiera vuelto, y le gustaba que lo vieran como el maníaco que había quitado de en medio a un gorila de Glasgow para recuperar a su esposa.

Ya le llegaban ofertas de trabajo de los cobradores de deudas del barrio, legales e ilegales. Su próximo paso importante sería pasar al oeste, a la zona de clubs. A ese ritmo se pondría en la línea de un grande por semana y estaba decidido a asegurarse que le daban lo que merecía.

Sonrió a las dos niñas y Debbie se arrojó en sus brazos. Disfrutaba de aquello tanto como el propio Joey, y conociéndola como la conocía, se alegró por ella. Su Debs sabía cómo jugar el juego. Era a la otra zorra miserable a la que tenía que bajarle los humos, y estaba decidido a bajárselos. Abrió los brazos y dijo jovialmente:

—Vamos, Sue. ¿No hay un beso para el viejo?

Susan se le acercó obediente y lo besó en la mejilla. June llegaba con la bandeja de té y observó la escena con interés. Susan se vio envuelta en un abrazo de oso y arrastrada al regazo de su padre. Soltó un chillido tan fuerte que Davie se echó a reír.

Luego, le dio la vuelta sobre sus rodillas y la cogió por los pechos. Los agarró bien fuerte y exclamó en voz alta:

—¿Las ves bien, Davey, muchacho? De estas no entran muchas en un kilo.

Hasta Davey se quedó perplejo, aunque no dijo nada. Sabía que si él hubiera intentado hacer una cosa así con una de las niñas su mujer lo hubiera abierto en canal. No es que fuera a hacerlo, se aseguró a sí mismo, no tenía esa clase de inclinaciones.

June le dio una bofetada no demasiado amable a Joey en un lado de la cara y le quitó a Susan de encima. La niña se marchó corriendo del cuarto con la cara encendida de vergüenza.

—Eres un cabrón, Joey. Sabes muy bien que es muy sensible con lo de su delantera. Así que en adelante déjala en paz.

En aquellas palabras había una clara advertencia y todos se dieron cuenta, incluso Joey. La salita se quedó en silencio e Ivy decidió que era el momento de hablar.

—Es una potranca bien rara esta, no se parece nada a Debbie. Pero ya asomará la sangre, supongo.

Joey miró a su madre y le soltó:

—Abróchate esa puta boca, madre, que tenemos invitados.

La cara de Ivy era el retrato de la indignación.

—Pero hijo yo solo decía que...

Joey se giró en el asiento para mirar a la vieja a los ojos:

—Bueno, pues no lo digas. No me interesa tu opinión ni tampoco a ninguno de los demás, ¿vale?

June sirvió el té y luego se fue al cuarto de su hija. Susan estaba tumbada en la cama encogida como una pelota. June se sentó a su lado y le acarició el pelo.

—No iba en serio, amorcito, ya sabes cómo es. No tiene otra forma de ser cariñoso.

Susan miró a su madre a la cara.

—Lo odio, mami. Lo odio a él y todo lo que representa.

Dijo aquellas palabras en voz baja, pero el sentimiento que encerraban era evidente. June sonrió con tristeza.

—Es cosa de la edad, Susan —dijo—, a tu edad se odia al mundo entero...

Susan la interrumpió.

—Yo no odio al mundo entero, mami, lo odio a él y solo a él.

June no supo por qué pero la verdad es que no deseaba meterse en una conversación sobre Joey con su hija. De algún modo sabía que hacerlo acarrearía problemas para todos.

—No hables así de él, Susan. Es tu padre.

Susan soltó un bufido de desprecio.

—¿Ah, sí? Pues no es lo que llevo oyendo toda mi vida. Creo que será mejor que hables un poco con su madre. Según ella me tendría que apellidar Heinz, cincuenta y siete sabores distintos y todo eso. Según ella soy una mil leches, y hasta según él también, cuando está bebido. Hasta tú has cuestionado su paternidad todos estos años. Estás intentando acordarte de a quién te tiraste que se pareciera a mí, ¿no es eso? Ponerle cara a un nombre, ¿eh?

El tortazo que aterrizó en su cara sonó como un tiro en el silencio de la habitación.

—¡Calla, putilla! Siempre tienes que montar bronca, ¿verdad, Susan? Siempre tienes que tener la última palabra. Eso es de tanto leer, que te ha trastornado esa puñetera cabeza. Pues bueno, escúchame, y escúchame bien: hoy no estoy de humor para aguantarte a ti y a tu puta histeria. Si dices una palabra más te parto la cabeza, ¿te lo he dicho bien claro?

—Como el cristal. Me parece que eso lo entendemos las dos, ¿no crees, mama? Si no hablas de las cosas no han sucedido, ¿verdad?

—¿De qué hablas ahora?

Susan meneó la cabeza tristemente. La marca roja de la mejilla le escocía.

—Piénsalo, mami, tú piénsalo y nada más.

June miró desde arriba la cara de su hija. Ya se había arrepentido de pegarle pero eso era preferible a la alternativa. Eso era algo que ni quería contemplar.

Joey miró la cena que estaba sobre la mesa y suspiró de felicidad; sonrió a sus dos hijas, trincó una patata asada y se la embutió entera en la boca. Estaba demasiado caliente e hizo toda una pantomima mientras intentaba que se enfriara. Todas se rieron menos Susan, pero nadie lo mencionó.

Ivy estaba en su elemento. La niña de sus ojos había vuelto a casa y estaba bien. Eso la satisfacía más que cualquier otra cosa. Joey era todo lo que tenía en el mundo, y sentía terror de perderlo.

Miró la boca abierta de June que se reía de algo que había dicho Joey y decidió de mala gana que la verdad es que su nuera no era tan mala. Ivy era lo suficientemente intuitiva como para saber que si Joey se hubiera casado con una mujer de un tipo diferente, hace años que la hubiera puesto en la calle. June no era como la mayoría de las mujeres del East End, tenía una actitud despreocupada y relajada ante todo lo referente a la casa y las hijas, mientras que la mayoría de las mujeres que Ivy conocía gobernaban a sus maridos y sus familias con mano de hierro.

Oh, puede que los hombres fueran casos difíciles y las mujeres tener aspecto de oprimidas, pero la verdad casi siempre era muy distinta. Aquellas mujeres utilizaban su posición como madres y esposas para tener a sus maridos a raya.

June nunca se preocupaba. La sociedad que formaban ella y Joey era una mezcla extraña. June hacía lo que casi todos los hombres: dormía aquí o allá, se fundía todo el dinero y se pasaba el tiempo en y en torno a los *pubs*. Joey hacía lo mismo pero a escala más pequeña.

Ivy sonrió feliz de saber que una vez se terminara aquel período de luna de miel volvería a poder meter las narices en todo porque todo volvería a la normalidad.

Miró a Susan y se le borró la sonrisa.

Aquella potranca ni se enteraría de lo que se le vendría encima en cuanto Ivy la

pillara entre sus garras. ¿Levantarle la mano a su abuela, nada menos, y esperar irse de rositas? Bien, Dios es bueno, como siempre decía su madre. Esperaba a que fuera el momento para asegurarse de que la gente pagaba por sus pecados.

Ivy se ocuparía de que aquella brujilla pagase su arrebató y lo pagase muy caro.

—¿En qué piensas, mama? Tienes una cara como un fin de semana de lluvia en Brighton.

Ivy miró los ojos pícaros de su hijo y sonrió.

—Estaba pensando en lo maravilloso que es tenerte otra vez en casa, hijo. Te eché de menos.

Entonces le corrieron por las mejillas dos gruesos lagrimones y empezó a berrear.

Joey alzó los ojos al cielo sin poder creérselo. El disgusto de Ivy era auténtico y hasta Susan sintió pena por ella. Se notaba que la vieja estaba muy afectada por las desgracias de su hijo y eso les aguaba el buen ambiente de la fiesta. Susan alargó la mano instintivamente por encima de la mesa y cogió la de su abuela.

—Venga, abuela, cántanos una de tus canciones.

Estaba lo bastante conmovida como para intentar hacer que Ivy se sintiera mejor. Pero Ivy tenía otras ideas.

—Ahora no me vengas haciéndote la colega conmigo, potrilla asquerosa. Si tu padre supiera lo que he tenido que aguantar de ti le herviría la sangre.

June cerró los ojos. Aspiró aire con fuerza y exclamó:

—¡Oh, qué cojones! ¿Es que no podemos tener una sola comida sin que empiece una guerra completa? Si montas algún lío, Ivy, te pongo en la calle, y lo digo en serio —apuntó a Susan con el tenedor—. Y en cuanto a ti, señorita, cambia esa miserable cara que tienes puesta antes de que te la quite yo de un tortazo, ¿de acuerdo?

Joey miró a Debbie que miró al techo.

—Para vivir aquí hay que estar siempre enfadado. No hay más que peleas y discusiones, mañana, tarde y noche. ¿No estás más que harta de eso, mama?

June hizo una mueca.

—Pues sí, ya lo creo, Debbie, así es. De modo que voy a decirte una cosa: si empezamos otra vez con todo el rollo saldré por esa puerta y no vuelvo nunca más, eso lo juro por mis muertos. Que no se te olvide, Ivy, ni a ti, Susan. Estas últimas semanas he aguantado todo lo que podía aguantar, y ya no lo resisto más. Por una vez quiero un poco de paz en mi puñetera vida, una comida en paz, estar sentada en paz en mi propia casa. Hablar con mi puto marido en paz sin que vosotras dos os lancéis al cuello. ¿Os enteráis de qué puñetas quiero decir, verdad? ¿Creéis que vais a poder con eso?

Ivy inclinó la cabeza. Sabía que en ese momento estaba en terreno claramente movedizo. Susan se tragó el nudo que tenía en la garganta y se concentró en la comida del plato. Nadie dijo una palabra durante cinco minutos, el aire de la habitación estaba cargado de mal ambiente. Ivy no dejaba de mirar a Susan como si quisiera decir algo pero no se atrevió. Susan miraba su plato. A cualquier sitio menos

a su madre, padre o hermana. A Ivy ni siquiera lo pensaba.

Joey las observó a todas mientras comía.

La verdad es que su madre era un caso. Cualquiera otro hombre le habría echado un buen rapapolvo antes de llegar a aquello, pero sabía que para ella él era toda su vida y algunas veces hasta lo agradecía. Al final, tu mamá es tu mamá.

—¿A qué hora tienes que tomar los calmantes, Joey?

Joey se encogió de hombros, contento de que alguien hubiera roto el silencio.

—No sé. De todos modos, Georgie Dixon, el tronco de Davey, me consiguió unos más fuertes. Dicen que son de cojón de mico para lo de quitar el dolor, y que te colocan y todo. Mejores que la mierda que me soltaban en el hospital seguro que son. Aquellos no quitaban el dolor ni de una picadura de mosca.

June sonrió.

—Bueno, socio, bájate un par de las de Gregory por el gaznate que cuando estés listo iré yo a arrebujarte en la cama, ¿vale?

Debbie volvió a alzar los ojos al techo. Aquel jugueteo sexual permanente de sus padres la ponía enferma. Se los oía a cualquier hora del día, y eso la hacía sentirse inquieta. Pero le encantaba contárselo a sus amigas porque las hacía reír.

—Asegúrate bien de que te las tomas, hijo. Los calmantes son una cosa maravillosa. El mejor invento después del alcohol, si quieres mi opinión. Hace años eso era el consuelo del pobre ¿sabes? Una botella de *whisky* y te cortaban la pierna derecha con un serrucho, te tapaban el muñón con alquitrán y así no sangrabas. Y hablo de sangrar en serio. La sangre saltaba a chorros por el aire...

En ese punto Debbie casi bramó:

—Vale, yaya, ya nos lo imaginamos.

Joey se rio y tomó un buen trago de vino.

—Solo tú puedes sacar un tema como ese cuando estamos comiendo esta carne tan poco hecha, madre. Escucha, ¿te acuerdas cómo se llamaba? Aquel torturador de los Daley. Le rebanaba a la gente los dedos de los pies con unas tijeras de podar.

Apuntó a su mujer con el cuchillo.

—Era un fanático de las rosas, tenía un jardín cojonudo. En fin, ahora está en la cárcel de Broadmoor y tengo entendido que allí se ocupa de los jardines. Bueno, pues una vez me explicó que le cortaba los dedos gordos de los pies a la gente para que no tuvieran equilibrio, ¿entiendes? Si pierdes el dedo gordo te caes todo el rato, algo así. Pero me dijo que lo de los dedos lo hacía sobre todo porque pensar en eso daba tanto miedo que cuando se presentaba en la puerta de sus casas le daban literalmente lo que fuera para quitárselo de encima. Es psicológico. Pensar en algo es mucho peor que qué te pase de verdad. O algo así. De todos modos la verdad es que era un buen punto.

Ivy sonrió. Le encantaban conversaciones como aquella, la excitaban.

—Mientras no lo cabrearas.

Ahora hasta June se rio, y Debbie.

—Por supuesto, también le cortó las orejas a Alfie Archer con un vaso roto porque se había chivado de lo de Harry Petersen. ¿Te acuerdas de él, mama? ¿Harry el escandinavo grande, el estibador?

—Es cierto, su esposa era una buena mujer, lo sentí mucho por ella, ya lo creo. Aquel Harry era un tipo como se debe, guapo y demás, con el pelo banco y unos ojos azul hielo. Una gran facha, claro que sí. Acabó con dieciocho encima por atraco a mano armada después que Archie diera el soplo. Así que le cortaron las orejas. Eso entonces era un aviso, o sea, en los cuarenta y los cincuenta, nada de soltar lo que habías oído. Era como un aviso para los demás lo de ver a uno sin orejas circulando por allí. Me acuerdo de su nombre, Jacob Daniels. Era eso, ¿verdad que sí, hijo?

Joey asintió con expresión soñadora.

—Sí... Jacob Daniels. Jesús, mama, menuda memoria que tienes.

Ivy se esponjó toda con el cumplido.

—Bueno, qué buenos tiempos aquellos, ¿verdad que sí? Ahora el mundo es distinto. El hampa ya no tiene la clase de antes. Quiero decir que ni siquiera los Davidson o los Bannerman están en los escalones más altos, no están como los patrones de los territorios al viejo estilo. Ellos se ocupaban de los suyos, ya lo creo. Me acuerdo que durante la guerra se aseguraron de que todos tuviéramos un poco de lo que había, ¿sabes? Beicon, algunos huevos, lo que fuera. Por consiguiente ninguno soltaba prenda, los respetaban. No como hoy en día que tienes por ahí a todos esos chavales vendiendo drogas y demás. Como ese Barry. He oído que vende droga.

Miró con intención a Susan que le respondió apretando los dientes.

—Seguro que quieres tener todos los datos correctos, Ivy: pues no vende drogas. Eso lo deja para los que son como ese Georgie Dixon del que papa sacó las suyas.

Joey se rio de las dos mujeres que intentaban marcar puntos la una ante la otra. Pero Ivy no se impresionó.

—Eso es distinto. Son por razones médicas, ¿a que sí, hijo?

Joey asintió.

—Pero la niña ya no va a salir más con Barry, ¿verdad, cariño? Has seguido el consejo de tu papaito, ¿verdad, Susan? Y si mi madre tiene razón, lo dejaste justo a tiempo. Esos traficantes de drogas caerán en picado. Davey los tiene en el punto de mira. Y Bannerman.

Susan miró a su padre a la cara.

—¿De qué hablas? ¿Andan buscando tajada?

Joey miró de frente a su hija. En voz baja y enfadado le soltó:

—Exacto, cariño, buscan tajada, y esa tajada es lo que en el futuro traerá la comida a esta mesa, así que tenlo bien presente.

La repugnancia absoluta que vio en sus ojos hizo que se enfadara aún más y sintió que la rabia le recorría todo el cuerpo hasta la cabeza. Pero hoy no iba a perderla. Hoy se portaría como nunca.

—Bueno, no puedo seguir aquí sentado oyéndoos cotorrear a todos, tengo una

cita importante.

Todos los ojos se volvieron hacia Debbie que trataba de facilitar las cosas a Susan todo lo que podía.

—¿Con quién vas a salir entonces?

Ahora la voz de Joey sonó dulcificada.

—Micky Shand. El hijo, por cierto, no el padre.

Todos rieron.

—Buena cosa, nena, son una familia estupenda. ¿Entonces, su padre está fuera ya?

Debbie asintió feliz.

—Sí, salió hace como diez días. Le hicieron una fiesta preciosa, con una reina de las perlas y de todo. Se rieron mucho.

June se rio.

—He oído algo. Ojalá me hubierais hecho una a mí también, pero con todo lo que ha pasado... —dejó la frase en el aire.

Joey la tomó de la mano y se la apretó.

—Bueno, ahora ya está todo bien, mi amor. Ahora todo nos irá de perlas, muchacha. Vamos para arriba. Lo próximo que quiero hacer es comprar una casa.

La cara de Ivy parecía el vivo retrato de la dicha.

—¡Imagínate! ¡Mi hijo dueño de su propia chabola!

Susan sonrió y dijo con mala leche:

—¿Y cómo la llamaremos, «El castillo de No me robes»?

Joey la miró una décima de segundo antes de disparar el puño y alcanzarla en un lado de la cara. June y Debbie saltaron de sus sillas y se la llevaron de la mesa.

—¡Déjala, Joey! Déjala, socio. Ha estado fuera de lugar y se ha llevado el castigo, no la dejes que nos estropee el día.

June sacó a Susan a empujones de la habitación y la arrastró hasta su dormitorio. Una vez dentro cerró la puerta y la empujó sobre la cama sin ningún miramiento.

—Estoy harta de ti, Susan. Hoy estoy tan harta de ti que ni te lo creerías.

Susan se frotó la cara y notó el chichón que ya empezaba a hincharse después del golpe.

—Tú te lo buscaste, por provocarlo. Sabes muy bien cómo coño es.

—Sí, sí que lo sé, igual que tú, así que ¿por qué has vuelto a casa con él? Esto te pasará a ti muy pronto. Un puñetazo por aquí, una patada por allá. Lo sabes tan bien como yo.

—Él no quería hacer ni la mitad, tú le provocaste deliberadamente, pero te diré una cosa, si le llevas demasiado lejos, acabará partiéndote el cuello.

Susan cerró los ojos, los latidos de la mandíbula golpeada se le metían en el cerebro.

—En cuanto tenga quince años me marchó de aquí.

June se rio.

—Me parece que eso podemos darlo por hecho sin problemas, Sue, pero mientras tanto vale más que aprendas a tener el pico cerrado. Y hoy no quiero volver a verte más si no piensas sujetar la lengua y portarte con educación.

Hizo girar la cara redonda de su hija con rudeza y se la miró.

—No te morirás. Pero te lo advierto, no lo provoques y no me provoques a mí tampoco. Ya tengo bastante encima con lo que tengo para que tú vengas a traerme más líos.

June salió del cuarto y Susan dejó correr las lágrimas. Odiaba a Joey McNamara, lo odiaba con ansia de venganza. Y su madre estaba empezando a no gustarle. Sabía ya que cualquier respeto que hubiera podido tener por ella ya no lo tenía.

Hoy había sido el principio del final para madre e hija. Iba a ser el comienzo de una larga batalla entre ellas, una batalla que duraría casi el resto de su vida. El torpe amor que June había repartido cuando y como le apetecía a ella se gastaría del todo en los próximos años hasta que literalmente se odiasen la una a la otra.

Capítulo 7

Barry Dalston tenía los ojos bonitos y lo sabía. Siempre miraba fijamente a la cara de las mujeres y les sonreía y siempre se sorprendía con la reacción, especialmente de las mayores.

Sabía que no era exactamente guapo en el sentido convencional, pero sí que tenía algo. Algo que les gustaba a las mujeres. Suponía acertadamente que era su actitud y su físico de al diablo con todo.

La noche anterior había estado en una taberna de Bethnal Green con sus colegas y allí había conocido a una mujer que se llamaba Sophie. Tenía treinta y cinco años, un bonito coche, un bonito apartamento y tetas grandes. Estaba casada con un agente de seguros que se llamaba Alfie y era un pelmazo. Según Sophie si aburrir a la gente hasta la muerte fuera un deporte olímpico Alfie ganaría el oro.

Tenía un poco de sobrepeso, pero aquella carnosidad la hacía más *sexy*, y aunque el pelo resultaba una pizca demasiado brillante para ser real, y sus vestidos una pizca demasiado ajustados para ser cómodos, Jesús, era bien divertida.

Se subió al asiento de atrás de su coche como si no hiciera otra cosa todos los días de su vida, y enseguida exhibió un par de bragas de encaje negro y cantidad de carne entre las bragas y lo alto de las medias.

Barry tuvo una erección como la porra de un policía en cinco segundos exactos, y cuando ella se puso a acariciarlo entre risitas casi se corre sin más.

Para él era una experiencia nueva. Sophie esperaba disfrutar ella también. El hecho de que algunas mujeres disfrutaran de verdad del sexo era algo que hasta entonces ni se le había ocurrido.

La mujer le miró a los ojos y exclamó feliz:

—Bueno, chico, me alegro de no haber traído las gafas. Me hubiera puesto a gritar de miedo.

A Barry le encantó, hasta el último segundo. Desde los pechos que se le desbordaban del vestido a lo de ponerse a horcajadas, el manoseo y sujetarle los brazos a la espalda mientras se esforzaba en correrse. Se sintió como si se hubiera muerto y hubiera despertado en el paraíso de los folladores. Era como si todos los sueños de colegial cobrasen vida ante sus ojos.

Después Sophie se fumó un cigarrillo y luego empezó otra vez, algo que asustó a Barry tanto como le entusiasmó. Nunca hubiera creído que una mujer quisiera hacerlo de esa manera, igual que los hombres. Cuando hizo culebrear la lengua en torno a su pene erecto por segunda vez, tuvo que ir recorriendo en la cabeza la alineación completa del West Ham para no ponerse a gritar.

A Sophie le encantó el efecto que le había producido y se lo dijo. Barry estaba sentado en el asiento de atrás del coche, mareado y hecho polvo, pero dispuesto a lo que ella quisiera hacer a continuación. Quedaron en que se verían dos veces por semana y él esperaba el día con más ansias que con las que había esperado nada en

toda su vida.

Subía por Mile End Road silbando al encuentro de Susan. Ni se le ocurrió pensar que estaba poniéndole los cuernos, porque Susan, su Susan como él pensaba en ella, no se enteraba de muchas cuestiones. Se lo tenía bastante creído porque leía libros, pero en lo que respecta al mundo real le preocupaba no tener ni una pista. Aunque eso a Barry le venía de perillas. Su razonamiento era que ¿quién va a querer una jai con más caletre que tú?

Si Susan llegaba a descubrir lo de Sophie la convencería de lo que fuera porque en el fondo de su corazón sabía que Susan lo necesitaba a él cantidad más que él a ella. Ya hacía seis meses que Joey había salido del hospital y con casi quince años pronto empezaría a saber quién le gustaba y su padre podía darse por jodido. Barry la quería con un bombo. De ese modo habría entrado, y hasta Joey McNamara iba a tener que tragar con él, cualquier cosa mejor que la vergüenza de que llevara un pequeño bastardo.

Barry sonrió al pensarlo.

Joey era ahora el Número Uno, un capo con conexiones de verdad, y Barry quería un poco del pastel: un poco de la gloria, estar bajo los focos. Y si era el yerno de Joey lo tendría.

Además Susan le gustaba de una manera bastante curiosa. Lo miraba a los ojos constantemente y era como tener un perro totalmente entregado pero que charlaba contigo y te contaba lo mucho que te quería y lo grande que pensaba que eras. Y también le daba lo que quería y cuando lo quería, y para un chico de barrio como Barry, con una libido que subía y bajaba como las cortinas de las putas, eso era un valor añadido.

Así que, en resumidas cuentas, su vida era feliz. Con que consiguiera meter un pie en la familia de Susan todo sería perfecto.

Ya había empezado con la abuela. Si se la encontraba por las tiendas o por el mercado siempre le hacía mucho caso y a la vieja zorra tonta le encantaba. Incluso dejaba que Susan y él se quedasen en su casa cuando se iba al bingo, y teniendo en cuenta que antes Susan y ella se odiaban, Barry lo atribuía a sus encantos naturales.

En realidad, Susan e Ivy se habían hecho bastante colegas en los últimos meses ahora que tenían un enemigo común: June, la madre de Susan.

Susan la aborrecía y a Barry eso le parecía raro porque en otro tiempo la había querido mucho. Le había advertido un par de veces de que no discutiese con su madre por cualquier cosa. Ya era bastante malo que odiase a su padre sin montar lío con su madre y demás. Las pocas veces que Barry había visto a June se esforzó por hacerle saber que a él le parecía que la actitud de Susan respecto a ella dejaba mucho que desear algunas veces.

Estaba decidido a lograr poner un pie dentro.

Una vez casado con Susan le daría una paliza para enderezarla de una vez por todas, decidió. Se metió en el Londoner a tomar una copa rápida y vio a Joey

McNamara sentado en la barra. Barry sonrió, se acercó a él y le hizo un gesto con la cabeza.

Joey lo ignoró y continuó hablando con la mujer que tenía al lado, una mestiza de pelo oscuro con ojos como trozos de carbón y tetas inexistentes. Barry no le hubiera dado ni la hora.

Pidió cerveza —Light & Bitter, mezcladas— y sonrió para su coleteo al oír la conversación de al lado. Eso estaba mucho mejor, eso era en lo que él quería tener parte.

—Te lo aseguro, Joey, ese cabrito está forrado. Es un cliente fijo y siempre lleva encima como cinco de los grandes. Todo lo que tienes que hacer es asegurarte de que lo ves antes que yo, ¿vale? Yo no puedo limpiarlo, lleva demasiado tiempo yendo conmigo y es el tipo de chorbo que no tiene miedo de que la bofia sepa que va de putas. Pero si tú lo pillas mientras viene a verme, tú tendrás la tela y yo una gran coartada. Verás, el cabrito que viene antes que él es uno que llaman Josh Gold, ese judío pequeñito del mercado. Él será mi testigo, ¿entiendes? ¿Qué me dices?

Joey suspiró. Se giró ligeramente en el taburete y meneó la cabeza.

—¿Cinco de los grandes? No me jodas, Babs, y búscate otro que se trague esa mierda. Yo no tengo ganas.

La mujer se encogió de hombros.

—Vale, Joey, no era más que una idea.

Cuando se marchaba Joey le tiró de la espalda con brusquedad.

—Pero si lo limpias, quiero mi veinticinco por ciento. Es lo que me llevo estos días.

La chica asintió en silencio resignada al hecho de que abrir la boca le hubiera costado dinero.

—Desde luego. Te avisaré si se hace, ¿vale?

Joey sonrió enseñando sus dientes no demasiado blancos.

—Oh, Babs, me enteraré seguro si se hace. En esta pista ya no pasa nada sin que yo le dé el okey, no lo olvides.

Barry salió del *pub* detrás de ella. Intentaba caminar deprisa con aquellos tacones altos imposibles y él la agarró del brazo. Se dio la vuelta para mirarlo y sonrió mostrando unos grandes dientes blancos.

—Hola y qué puedo hacer por ti.

Era muy evidente el deje caribeño a pesar de que era más *cockney* que muchos de los que la rodeaban porque había nacido en plena Bow Road.

Barry se sintió molesto y halagado a la vez de verse tomado por un cliente.

—Por mí no puedes hacer nada, guapa. A mí nunca me ha gustado mucho el pastel de chocolate.

—Entonces no sabes lo que te pierdes, muchacho.

Barry sonrió.

—Tengo bastante idea. Escúchame, Babs, oí tu conversacioncita con Joey Mac

allí dentro. Igual yo puedo echarle una mano.

La chica lo miró de arriba abajo. Puso una voz despectiva y dijo insolente:

—Quiero un hombre, no un chiquillo.

—Soy suficiente hombre para lo que usted quiere, señora.

Entonces Babs se rio. Le gustaron sus huevos y su confianza.

—Mi chulo es Jonah. ¿Para eso estás preparado, chaval?

—Ya arreglaré yo al puto Jonah si hace falta. Así que ahora, ¿quieres que charlemos un poco o no? Te puedo garantizar unas bonitas ganancias por diez minutos de trabajo. ¿Qué me dices?

—Oye, tú eres escocés. Quiero decir, que tu acento no te va a hacer muchos favores, me parece, por lo menos en plan chaperero.

Barry se rio.

—Tú eres negra y eso no te ha hecho ningún mal, chica. Escucha. Lo que yo voy a hacer es darle un buen porrazo a ese cabrón y quitarle la tela, no a tener una conversación con él. Así que ¿quieres que hablemos o no?

Babs lo miró de arriba abajo otra vez.

—Yo me tomo algo en el Crown and Two Chairmen, en el West End. Así que, si sigues interesado, esta noche estaré allí a las ocho. Piénsatelo bien antes de comprometerte, y piensa también en Jonah. Puede tragarse que yo me encame con un cabrito, pero no con uno por libre.

Barry volvió a sonreír y la chica le devolvió la sonrisa. Le gustaba.

—¡Joder con Jonah!

Babs soltó una carcajada.

—Oh, ya lo hago, muchacho, y muchas veces.

Se alejó contoneándose sobre sus tacones altos y Barry sintió que le invadía la felicidad. El primero que iba a liquidar de verdad y se lo había buscado él solo. Sintió que los huevos le tintineaban ante la idea de lo que iba a hacer y salió a toda prisa en busca de Susan. Se escabulliría de la yaya, le echaría uno y tendría tiempo de estar a las ocho en el oeste.

En resumidas cuentas, que la vida era buena cosa.

—Lo único que te digo es que si tu padre lo descubre tendremos un asesinato.

—No me importa nada, mama, no es asunto suyo. Así que trágate esta y vete haciéndote a la idea.

June suspiró profundamente luchando contra el impulso de aplastarle la cabeza a su hija con el cenicero grande que estaba al lado de la bolsa de maquillaje. Maquillarse mientras discutía con Susan se estaba convirtiendo en poco menos que una costumbre.

—¿No irás a salir así, verdad?

Susan se miró el jersey nuevo. Rosa hielo, abrochado a la espalda con unos

botoncitos de perla y debajo una falda negro grafito. Todo subrayaba su pecho ya considerable. El atuendo se completaba con tacones altos. Con los ojos maquillados y un corte de pelo nuevo, Susan creía que estaba guapa.

—¡Pareces una puta vieja!

Susan se echó a reír.

—Bueno, de eso debes saber tú mucho, mama, es un *look* que prácticamente inventaste tú.

—¡Los cojones!

Susan se miró en el espejo.

—Cojones no, mama, tetas.

Se cogió los pechos por debajo y los sacudió.

June tuvo ganas de echarse a reír pero no se rio. A aquella nueva Susan había que echarle de comer aparte. Discutía y se peleaba por cualquier nimiedad. Era la primera vez que habían hablado siquiera de un modo remotamente correcto desde hacía semanas.

—Tienen un buen tamaño, muchacha, ¿no es cierto?

—A mí me gustan, me hacen especial. Y créeme si te digo que Barry las adora, mama.

June sorbió por la nariz.

—Estoy segura que sí, pero si tu padre te ve vestida así, Barry va a tener que ponerse a buscar los huevos por todo el East End.

—Solo me visto así cuando voy a verlo, mama, y con el abrigo manta encima nadie ve nada que no tenga que ver. Si hasta con la ropa ancha que llevo siempre se ven mejor que unos faros, así que deja de preocuparte.

June miró la cara de su hija. Resplandecía. Le tuvo envidia en cierto modo. Ser joven y estar enamorada con toda una vida por delante. También se dio cuenta de que tendría que ayudarla un poco más con Joey, pero no podía. Joey tenía algo raro con Susan y June suponía lo que era en lo más profundo de ella. Las mismas dos cosas que atraían a Barry Dalston.

—Lo único que te digo es que vayas con cuidado. En la vida hay más cosas que un par de tetas y un maromo.

Entonces se rio Susan, una risa perversa.

—Y de eso tú te lo sabes todo, ¿a que sí? ¡La ramera de Londres me da consejos! Cierra el pico, mami. ¿Qué pasa? ¿Estás celosa de un poco de competencia?

Ahí June perdió la calma y le soltó una buena bofetada en la cara recién maquillada.

El puño de Susan salió disparado y se plantó con firmeza entre los ojos de su madre antes de que se diera cuenta de lo que había hecho.

June se tambaleó hacia atrás e intentó sujetarse al tocador. Pero acabó cayendo hecha un ovillo sobre la cama. Susan corrió a su lado y trató de ayudarla a levantarse mientras le pedía disculpas una y otra vez.

—¡Mama! ¡Dios santo, mama, lo siento muchísimo! Déjame que te mire, mama.

—¡Zorra de mierda! ¿Te atreves a pegarme, verdad, puta?

Entonces empezaron a pelear de verdad. Madre e hija se arañaban como gatas salvajes. Susan empezó defendiéndose y acabó ganando.

La pelea la trastornó. Mientras daba golpes a su madre toda la frustración acumulada en los últimos años salió a la superficie. Todo lo que June había hecho, había fingido no ver o había favorecido, pareció acudir a la cabeza de Susan.

Dejarla con su padre para enrollarse con otros tíos; pretendiendo siempre saberlo todo cuando no sabía nada; no haciendo nunca nada para ayudar a cualquiera de sus hijas. Sabiéndolo todo siempre, tratando a todos siempre con superioridad.

Susan oyó los gritos de Debbie como si sonaran muy lejos. Mientras la apartaba de su madre a Debbie se la veía atónita e incrédula ante lo ocurrido.

—¿Te falta un tornillo, Susan? Mira lo que le has hecho.

Susan miró la cara de su madre llena de sangre y no sintió nada. Aquello la sorprendió más que todo lo que había hecho. No sintió nada que no fuese alivio.

Susan ayudó a su madre a levantarse y luego se marchó del cuarto.

En el vestíbulo se arregló el maquillaje lo mejor que pudo y se estiró la ropa. Se puso el abrigo manta, cogió el bolso y salió de la casa.

Barry observaba a Susan a hurtadillas viéndola avanzar por la calle. Llevaba el abrigo abierto y se ganó como cinco silbidos en el espacio de veinticinco segundos. Se puso serio. Miró por los coches a ver si reconocía a algunos de los hombres que se atrevían a silbarle a su cheli.

Dio un paso al frente y al abrir la boca para increparla, titubeó. Susan no parecía estar como siempre. Cuando encendió un cigarrillo vio que le temblaban las manos.

—¿Qué anda mal, Sue?

Susan suspiró y le respondió cortante:

—¿Qué cojones anda bien, quieres decir?

La cogió del brazo y la llevó hasta la casa de la abuela. Susan daba chupadas nerviosas al cigarrillo y Barry andaba en silencio, sabiendo que se lo contaría cuando tuviera ganas.

Al acercarse a la puerta vieron la cara de Ivy en la ventana de la cocina.

—¡Menuda putilla! —saludó a su nieta.

Susan suspiró.

—Al tam-tam de la jungla le han metido la directa.

—¿Qué es lo...?

La puerta se abrió de golpe y alguien arrastró a Susan desde el escalón.

—¿Es verdad que le diste a tu madre, Susan? Debbie está que ni te cuento. Acabo de tenerla al aparato. Le diste un buen estacazo a Junie, ¿es verdad?

Susan asintió.

—Sí, le di porque se lo buscó.

Ivy estaba atrapada entre el deseo de enterarse de todo lo sucedido y su impulso habitual de meter baza y causar más líos. Pero incluso ella comprendió que esta vez su hijo se pondría hecho un basilisco. Él podía atizar a June hasta dejarla inconsciente pero a nadie más se le concedía ese privilegio. Y además había algo entre Susan y él, algo que Ivy no podía deducir del todo.

Barry miró la cara roja de Susan.

—¿Le pegaste a tu madre?

—Ya lo creo que sí. Ella me atizó y yo se la devolví.

La cara de Ivy era la pura imagen del regocijo.

—Eso no es lo que me contaron. Según Debbie te dio una torta por contestarle mal y tú le zurraste la badana a modo de respuesta. Llamaron a tu padre a la taberna y no te digo lo que le va a encantar el asunto, compañera. Zurrarle a tu madre es una cosa, pero obstaculizar la vida social de Joey es completamente distinto. Así que estás lista.

Susan se mordió el labio.

Ivy tenía razón en una cosa: Joey la machacarían y disfrutaría haciéndolo. Ahora tenía una razón justificada para darle una buena paliza y todos los diversos insultos que ella le había lanzado durante los últimos meses saldrían a colación y se contabilizarían contra ella.

—No pienso volver a casa, no quiero vivir allí más.

Ivy alzó los ojos al cielo.

—Tienes catorce años. ¿Dónde coño vas a ir, Susan? ¿Qué quieres, coger un piso? ¿Cómo vas a pagar la renta y lo demás? Entérate, mocita. Estás atrapada hasta que el paso del tiempo diga otra cosa. Así que ahora entra ahí en el cuarto de estar, voy a hacer té. Tu padre llegará dentro de un minuto así que, Dios te ayude.

Barry miró a la vieja.

—¿Qué quiere decir? ¿Que Joey va a venir aquí?

Ivy soltó un bufido desdeñoso.

—Pues claro que sí. Le dije a Debbie que veníais aquí como siempre.

Enarboló una sonrisa y Barry la vio como la veía Susan: una vieja arpía mala y vengativa.

—A ti también te va a machacar, hijo, así que si yo fuera tú me largaría zumbando. Que se quede ella, hijo, que se merece todo lo que se lleve.

Ivy chasqueó la lengua con fuerza.

—Y encima ahora voy a perderme el bingo. Eres una pobre imbécil, Susan, mira que montar todos estos problemas.

Susan miró a Barry aturdida.

—Es mejor que te marches, Bal, mejor que no te vea.

Barry estaba en un dilema. No quería marcharse como un crío que tiene miedo de su padre, pero tampoco quería encontrarse con aquel hombre. Después de todo, Joey

era la razón por la que Susan y él andaban juntos.

Y ahora ella había causado todo aquel problema y de buena gana le hubiera dado él mismo una bofetada. Empezaron a sonar golpes en la puerta de la calle y se oyó la voz de Joey bien fuerte gritando a través del buzón.

—¡Abre, madre! ¡Estoy aquí y quiero pillar a esa zorra ya!

—Deprisa, hijo, métete en el cuarto de baño. Joey te matará bien muerto si te ve aquí.

—Los cojones. No voy a esconderme de él...

Susan se olvidó de su miedo y lo empujó sin miramientos hacia la puerta del dormitorio.

—Está lo bastante cabreado como para matarnos a los dos. Así que ahora por una vez haz lo que te digo, Bal, por favor.

El miedo de su voz se le contagió a él que entró en el dormitorio. Cerró la puerta firmemente tras él, esperó y escuchó con todo el cuerpo tenso de miedo.

Ivy abrió la puerta de la calle y su hijo la apartó de su camino de un empujón. Joey parecía lo bastante enfadado para matar a alguien, desde luego. Tenía un cerco rojo en los ojos y todo su cuerpo irradiaba amenaza.

Miró a su hija durante unos instantes.

—Te partiré la cabeza, cacho zorra. Te voy a partir esa puta cabeza.

Susan le miró a los ojos y no se arrugó.

—Pues pártemela, papa. No puedes hacerme nada que me duela más de lo que ya me has hecho hasta ahora.

Las palabras llevaban mucha carga e Ivy las atrapó al vuelo.

—¿De qué hablas, rapaza? Dale una buena, Joey. No la dejes hablarte así. No me extraña que se haya ido por el mal camino...

Joey se volvió hacia su madre y bramó:

—¡Calla la boca, cojones! ¡Y ahora lárgate y déjame solo con ella! —se le escapaban escupitajos, de lo fuerte que era su enfado.

Ivy descolgó el abrigo del perchero y giró sobre sus talones. Cuando cerraba la puerta a sus espaldas sintió una inmensa lástima de sí misma. Obligada a marcharse de su propia casa como si no fuera nadie por el hijo al que adoraba con veneración. Se quedó de pie en medio del frío esperando a oír lo que sucedía dentro.

Susan seguía plantada frente a su padre en el estrecho pasillo.

—Te voy a partir la cara en dos, muchacha, y lo voy a disfrutar.

La niña seguía ante él, dueña de sí, tranquila, mirándolo como si en vez de ser la víctima fuera simple testigo de todo.

—Por supuesto que disfrutarás, papa, eres un maldito abusón.

Al oír esas palabras desde el dormitorio, Barry cerró los ojos. Tenía que estar loca de remate, fue todo lo que pudo decirse. Hombres crecidos con toda una reputación no se atreverían a decirle aquello a Joey McNamara. Susan se quitó el abrigo y quedó plantada delante de su padre con todas sus nuevas galas.

—¡Mírate, vestida como una puta fulana! ¡Haciendo la calle como una jodida puta!

La primera bofetada le atravesó la cara y la mandó contra la pared. Barry oyó el golpetazo del puño y se pasó una mano sudorosa para enjugarse la cara.

Joey le pegó ocho veces hasta tirarla al suelo. Entonces la agarró por el pelo y la arrastró a la sala. Cuando Susan intentó levantarse y escapar de él la agarró por el jersey de color rosa y se lo desgarró por la espalda con lo que volaron por toda la habitación los botoncitos de perla que saltaron de la tela.

Joey se lo arrancó del todo, se lo sostuvo delante de la cara mientras la niña intentaba taparse el cuerpo de su mirada indiscreta. Brazos y cara empezaban a amarotarsele, tenía un ojo cerrado y la nariz goteando sangre.

—Así es como te exhibes por ahí, ¿no? ¡Mi hija vestida como una puta fulana de los muelles sin trabajo! He visto furcias con más ropa que tú. Pero tú sí que tienes boca para andar así, ¿verdad que sí, Susan? Esa boca que abres todo el día sin pensártelo dos veces. Bueno, pues a partir de hoy, señorita, sin mi permiso no irás ni a cagar, ¿me oyes? Te estaré vigilando mañana, tarde y noche.

—Yo no soy hija tuya.

En cuanto sonaron esas palabras volvieron a llover sobre ella golpes de los puños de Joey.

Joey se quedó mirándola, jadeante. Le parecía que el pecho le iba a explotar de rabia. La tenía allí debajo, con las piernas abiertas y los pechos desnudos. Lo miraba desde abajo y comprendió qué estaba pensando, qué esperaba, y decidió que no iba a decepcionarla.

Se desabrochó el cinturón de los pantalones y le dijo riendo:

—¿Qué andas buscando pues, Susan? Lo de siempre, ¿eh?

—Vete al carajo.

Todo su odio y el conocimiento de sus secretos estaban contenidos en esas palabras. Su intensidad alcanzó a Barry incluso al otro lado de la puerta del dormitorio. Susan se había olvidado de que estaba en el dormitorio de la abuela, se había olvidado de todo excepto de que odiaba a aquel hombre con toda su alma.

Barry, en cambio, nunca más olvidaría lo que estaba oyendo.

—Ojalá te mueras de cáncer gritando de dolor, ojalá nunca tengas un día de paz, cabrón...

Joey le dio un golpe cruel en la barriga y la dejó sin habla. Buscando desesperadamente aire, Susan sintió pánico por el dolor que le cruzaba el abdomen. Cuando él la penetró por la fuerza ni siquiera pudo hacer un intento de defenderse.

Joey apretaba la boca contra la de ella y la tocaba por todo el cuerpo. Lo sentía encima, sentía hasta la última parte de él, y el vómito saltó de su boca y los regó a ambos pero él había ido ya demasiado lejos como para saber lo que sucedía. La cabalgó con fuerza, se introdujo en ella, y cuando ella le clavó las uñas en la cara le dio otro puñetazo en el pecho y la hizo girar de nuevo.

Luego se derrumbó sobre ella y, entre risas, le susurró al oído:

—Yo puedo hacer lo que quiero, Susan, no lo olvides. Le pegaste a tu madre y te ganaste un enemigo de por vida. Me diste licencia para hacer lo que quiera, y lo haré, jovencita, claro que lo haré. Te voy a encerrar hasta que esté más que harto de ti. Acuérdate de esto, muchacha. Te romperé el alma y el espíritu y cuando lo haga me reiré.

Se arrodilló junto a ella y sintió necesidad de orinar. Susan le leyó el pensamiento y se apartó a arrollones justo cuando el chorro iba a caerle sobre la cara. Joey la agarró por el pelo, le levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Vístete, te vienes a casa conmigo.

Se puso de pie, se ajustó los pantalones y se miró en el espejo cagado de moscas que había sobre la chimenea enladrillada y se arregló un poco. Miró a Susan que trataba de ponerse a cuatro patas.

—Eres una puta gorda y fea, ¿a que sí? ¿Quién más iba a querer montarte? Mira qué cacho de culo tienes. Mírate. Eres una perra, y te has vuelto contra tu amo como una perra. Bueno, pues esta es la última vez que te me enfrentas, muchacha. De ahora en adelante te ganarás tus privilegios y no hay premio por adivinar cómo te los podrás ganar, ¿vale?

Se quitó el cinturón y se puso a pegarle otra vez. La hebilla golpeó sobre la piel desnuda y se puso a gritar pero a él siguió sin importarle. No había nadie para que llamase a la pasma y se lo contase, por lo menos no en aquel barrio.

En el cuarto de al lado, Barry estaba sentado en la cama en estado de *shock*. Sabía exactamente lo que acababa de ocurrir y todavía trataba de digerirlo. Joey McNamara era una bestia, una bestia de la peor clase. Culpable de incesto, el peor delito en las comunidades de clase obrera después de la violación y la pedofilia.

Y él, Barry Dalston, lo sabía. Deseó no saberlo. Pero su mentalidad negociante le decía que saber aquello podía resultarle útil.

Oyó a Susan levantarse, oyó sus gemidos cuando intentaba vestirse. A una pequeña parte de él la chica le daba pena, pero otra parte estaba enfadado porque le hubiera ocultado todo aquello.

Había creído que era el primero, el primer hombre que tocaba aquellas grandes tetas, pero no era así. Cuando él apareció, el padre ya llevaba tiempo liado con ella. ¿Quién más la habría tocado?, se preguntó. ¿Y cómo cojones iba a descubrirlo si no volvían a dejarla salir más de casa?

Echó una mirada al pequeño despertador que había junto a la cama. Eran las ocho menos veinte y todavía tenía que irse al West End. Deseó que se largasen de una vez para poder salir de allí y aclararse la cabeza. Decidir lo que iba a hacer. Cómo utilizar aquella información para sus propios fines, porque tenía la sensación de que de algún modo, algún día, algo útil saldría de allí.

Muy útil, ya lo creo.

Susan estaba conmocionada por lo que le había hecho a su madre.

Aunque ella se había llevado una paliza mucho peor, sabía que mentalmente su madre no podría digerir la humillación sufrida. June la había mirado con odio y ella le había devuelto el odio de inmediato. Se supone que tu madre tiene que cuidar de ti, impedir que te pasen cosas, pero su madre no lo hacía. Había cerrado los ojos sin querer ver nada y Susan nunca se lo perdonaría.

Cuando Susan entró en su cuarto Debbie la estaba esperando con una sonrisa maligna en la cara:

—Menuda cara tienes, Susan, hacerle eso a la mamá. Te hubiera dado una paliza yo misma.

Susan la miró y le contestó con una vocecita cortante.

—Pues yo no lo haría si fuera tú, Debbie. Podría decidir devolvértela el doble de gorda y entonces, ¿qué ibas a hacer, eh? Si yo me hago con el viejo, pienso seguir teniendo la última palabra.

La respuesta dejó a Debbie atónita. ¿Dónde estaba Susan McNamara? Su hermana no era violenta, si acaso era demasiado fácil de llevar. Pero al parecer ya no era así. Susan seguía agresiva aunque la hubieran destrozado a golpes.

Cuando se desvistió Debbie pudo ver los cortes y las marcas que tenía por todo el cuerpo y a su pesar sintió lástima por su hermana. Fue a la cocina y volvió con un cuenco de agua caliente con sal y Dettol, y se puso a ayudarla a limpiarse.

—Esto sí que es una paliza, Susan. Me extraña que no estés en el hospital. Te quedarán cicatrices para toda la vida.

Susan no le contestó.

Lo único que sabía era que Barry había oído lo que pasó y no la había ayudado. Por una parte aquello le gustaba pero por otra consideraba que tendría que haberse inmiscuido, haber intentado ayudarla.

La vergüenza por todo aquello le rondaba dentro como un cáncer aciago, la reconcomía bien dentro.

Joey lo tenía todo como quería. A ella y a su madre. A las dos. A ella la trataba con desprecio y disfrutaba. Barry había oído cómo violaban a su novia y no había hecho nada.

¿Realmente su padre disponía de tanto poder?

Al parecer sí, al parecer podía salirse con la suya en lo que fuera y nadie trataría de impedirlo. Ni siquiera Barry iba a ayudarla ahora.

Y sin embargo había creído que con él estaría a salvo. Un nuevo error. Saber que conocía su secreto era casi lo peor de todo lo que le había pasado y sabía mucho de las cosas malas que podían pasar. Se dio cuenta de que ahora ya no la querría. Era material usado, material desgastado por su padre y sus acciones. Probablemente Barry estaría contento de no tener que abandonarla él. Comprender esto hizo que las lágrimas fluyeran de sus ojos, unas lágrimas gruesas y saladas que corrían deprisa hasta la boca. Los hombros empezaron a estremecerse ante la conciencia del *shock*.

Todo iba mal, todo se había acabado.

Ahora Barry ya no la tocaría ni con la pértiga de una barcaza, ni soñarlo sabiendo que su padre, su propio padre, la utilizaba sexualmente.

Debbie, apenada por su hermana y por su evidente dolor, intentó abrazarla, pero los cardenales y los cortes lo hacían imposible. Así que echó una manta sobre el cuerpo desnudo de Susan y la cogió de la mano mientras su hermana lloraba como si tuviera el corazón partido.

Entonces, June entró en la habitación. A un gesto de cabeza de su madre, Debbie se marchó. June miró a su hija y no sintió nada. Ni pena, ni vergüenza, nada. Lo único que vio fue una niña que toda su vida había hecho a June sentirse culpable de algo.

Susan era una hija nacida del dolor, hasta su misma concepción había sido con dolor, y ahora era la causante de todavía más dolor.

La miró desde arriba y vio la mandíbula cuadrada de Joey, el mismo rostro redondo y los mismos ojos azules penetrantes. El cuerpo de grandes huesos carente de cualquier gracia, sin el menor estilo. Sí, desde luego que Susan era hija de su padre. Incluso llevaba en su interior aquella veta de maldad. Lo había demostrado con la paliza que le había dado a su propia madre.

Pero June había decidido que ahora la haría cambiar. O dejaría que Joey la cambiase. Él tenía razón, Susan había hecho lo que quería demasiado tiempo. Tiró de la manta y contempló las marcas que llenaban el cuerpo de su hija y sonrió. Tuvo la esperanza de que aquella zorrilla estuviera sufriendo tanto como sufría ella.

No se le pasó por la cabeza que la razón del cambio de su hija era el modo en que la había tratado, el hecho de que hasta entonces su vida había transcurrido en un hogar desprovisto de amor o de simple consuelo. Que el modo de vida de June había afectado a sus hijas, las había hecho incompatibles con la gente decente. Que su padre la tomase a ella en lugar de a su esposa había vuelto a la chica complicada y agresiva, e incapaz de ver las cosas desde el punto de vista correcto.

Como de costumbre, June solo se preocupaba de sí misma y de lo que le había pasado a ella.

—Confío en que te des cuenta de lo que hiciste hoy, Susan, porque es algo que vas a llevar auestas el resto de tu vida.

Susan no contestó a su madre. No había nada que quisiera decirle. Barry, su Barry, se había ido de su lado y todo era por culpa de aquella mujer.

—Tú tendrías que haberme cuidado, mama. Y lo sabes muy bien.

Las palabras acabaron por salir y June sintió el impulso de arrancar la cara de su hija del cuerpo porque para su vergüenza sabía que aquello era verdad.

Pero lo que hizo fue darse la vuelta y salir de la habitación.

Capítulo 8

Babs tenía un aspecto diferente y Barry descubrió que le gustaba mucho. En vez del grueso maquillaje y los vestidos ajustados de siempre se sorprendió al descubrir que en su casa y sin la perspectiva de tener clientes tenía el aspecto de una persona normal. Y de hecho parecía joven y además muy atractiva.

Babs tenía diecisiete años y llevaba cuatro en la calle. Era ya una puta resabiada y lo sabía, pero aun así le gustaba ir a la iglesia de vez en cuando y gastarse todo su dinero en su hermana pequeña, Bianca, que estaba al cuidado de su abuela materna Ruth.

Le sirvió un *whisky* a Barry y él le dio un sorbo.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces, tronco? Es que el tipo ese está muy bien, es un buen cliente. Pero necesito rápido unos cuantos billetes grandes y me pareció como que era el único camino de pillarlos.

Barry sonrió y a Babs empezó a gustarle. Tenía un curioso encanto al que no podía resistirse, un poquito como un Jonah blanco.

—¿A qué hora viene por aquí normalmente?

Babs dio un trago a su bebida. Barry observó sus labios gruesos acariciar el cristal. De pronto le parecieron muy interesantes con aquella pintura rojo oscuro. En Babs todo era interesante. Desde sus pechos pequeños puntiagudos a su culo alto y duro, de repente, la encontró muy interesante.

—A las nueve clavadas. La verdad es que es un tipo gracioso, un hombrecito agradable en muchos aspectos. Hay cabritos que son directamente una patada en el culo. Van de gallos, ¿sabes? Se piensan que porque pagan son tus amos. Te fuerzan a todo, quieren cosas extras que no han pagado.

Levantó un dedo mientras hablaba. Tenía una uña larga y roja que a Barry lo hipnotizaba.

—Ayer me hice uno, tendría sus buenos sesenta el jodido... Más feo que el pecado y además olía un montón. Hay cantidad que huelen. Es gracioso, ¿eh? Pues bueno, el caso es que viene todo meloso y ligero y entonces quiere que me ponga unos zapatos. Así que me los pongo y me paseo un ratito. Y entonces, sin más, quiere que se la chupe en la ventana, ¡en la ventana, qué te parece, y el tío con un pasamontañas puesto!

Y se rio a grandes carcajadas.

Barry miró el reloj. Eran las siete y diez.

—Escucha, Babs, estaré de vuelta a las nueve, ¿vale? Me lo haré antes de que pueda llegar hasta aquí, no te preocupes.

La chica asintió.

—Bueno —dijo—, antes pensé que no querías saber nada, como no apareciste... Qué pasó, Barry, porque desde entonces te he visto todos los días.

Barry suspiró con fuerza.

—Ya te lo dije, me surgió una cosa, cariño.

Babs se inclinó para servirse otra copa y Barry vio marcas de aguja en los brazos.

—Tendrías que dejar esa mierda, cualquier día te va a matar.

Babs soltó otra vez una sonora carcajada.

—Barry, no seas tonto, yo ya estoy muerta, tronco, del cuello para abajo —se tiró del top para abajo y le enseñó los pechos—. ¿Ves estos, muchacho? Se ocupan de una media de siete tíos al día, seis días a la semana. Así que en cuatro años eso suma...

Giró los ojos hacia arriba intentando calcular la cantidad exacta.

Barry contestó por ella.

—Eso son ciento sesenta y ocho al mes. Multiplica por doce y luego por cuatro.

Babs volvió a subirse el top.

—No te molestes. Los dos pillamos la cosa, ¿no es cierto?

Barry se quedó impresionado al pensarlo.

—La puta leche, Babs, eso es un montón de tíos.

Babs se rio de nuevo.

—Pues no solo me hago hombres, también tengo un par de mujeres clientes. Las putas lo llamamos hacerse un poco de lo dulce. Al final eso te acaba ablandando. Los hombres ya no tienen ningún misterio para ti, ¿sabes?, así que tiendes a gravitar hacia otras mujeres.

A Barry aquello le impresionó todavía más.

—¿Pero entonces nunca sientes ganas de hacértelo? —preguntó.

—Siempre estoy haciéndomelo, Barry, eso es lo jodido del asunto.

Los dos se rieron y el ambiente se distendió.

—Será mejor que te vayas, dentro de diez minutos me llega un cabrito. Un buen hombre, con la polla arrugada y los huevos arrugados, pero tranquilo, y en diez minutos habremos acabado. A mí dame los viejos todos los días que quieras, esos no pretenden demostrar nada.

Barry se terminó la copa. Estaba deseoso de asaltar al cabrito. Ahora los consideraba a todos unos perversos. ¿Cómo podía un hombre acostarse con una desconocida que llevaba todo el día acostándose con desconocidos?

Pensarlo le deprimió, y después de marcharse se encontró caminando y caminando y pensando sobre cómo Babs y las chicas como ella habían llegado a ser lo que eran. Como siempre, se encontró caminando hacia los pisos de Susan. Se quedó de pie frente a ellos y miró las ventanas.

Había vuelto a enfadarse. Estaba enfadado consigo mismo, enfadado con Susan por invitarlo y enfadado con Joey McNamara porque se la tiraba y encima se iba de rositas. Barry se preguntó qué pensarían los duros del barrio si se enteraban de que Joey era una bestia y además una bestia de la peor clase. Se jodía a su propia hija. ¿Y cuánto tiempo llevaría haciéndolo? Barry pensaba averiguarlo.

Pero Susan estaba castigada y parecía que para siempre. Nadie la había visto. Ni en la escuela ni en ninguna parte.

Vio a Debbie subir por la calle. Era como una puta en formación, con todo aquel maquillaje, el pitillo y la ropa provocativa. La observó a hurtadillas oculto tras los pisos de enfrente.

Cuando la chica llegaba a la puerta de su casa, la llamó:

—¡Eh, Debbie, aquí!

Miró entre la penumbra y al verle sonrió radiante.

—Hola, Barry, ¿cómo estás? —preguntó acercándosele.

Tan coqueta como de costumbre. Hizo un mohín ensayado con la boca de labios muy pintados y echó los pechos hacia delante para exhibirlos. Barry sabía que le gustaba y sabía que le haría una jugada sucia a su hermana con solo que él chasqueara los dedos.

Pero a él le daba asco. Prefería a Babs las veces que hiciera falta. Por lo menos ella no pretendía ser algo distinto de lo que era. Pero sonrió a Debbie.

—¿Cómo está Susan?

A Debbie se le cambió la cara.

—Susan está tan metida en la mierda que harían falta diez chorbos con palas para sacarla de ahí.

Se echó a reír de sus propias palabras.

Barry no se rio y su expresión le dijo a Debbie que tenía que ir con cuidado.

—Sigue castigada, sigue en la cama. Y nadie puede entrar a verla más que el papa. Él le lleva la comida y todo eso. Es terrible. ¿Te imaginas lo que es para mí?

Barry sonrió un momento. Puedes estar seguro de que Debbie nunca verá más que sus problemas y no los de los demás.

—Siempre ha odiado a mi papa, pero ahora ella y la mama están todavía peor. La mama se porta como si Susan ni estuviera en el piso. Es terrible, te lo digo. Yo no puedo entrar a verla a no ser que hayan salido los dos, y eso no pasa mucho. Pero siempre pregunta si te he visto, así que ahora puedo decirle que sí y eso la animará, te lo aseguro. ¿Quieres que le dé algún recado?

Barry no estaba seguro de si quería o no ahora que tenía la oportunidad.

—Dile que le mando un saludo.

Eso no tenía por qué significar nada. Ya decidiría lo que quería hacer cuando Susan volviera a salir a la calle.

—¿Así que tu papa es el único que puede entrar a verla? ¿Y qué pasa con el médico?

Debbie entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, casi la hace picadillo, ¿verdad? Le dio una paliza de muerte.

Debbie comprendió que estaba en terreno peligroso. Todo el mundo sabía que había habido problemas pero nadie sabía de qué magnitud, su padre se había asegurado de que así fuera.

—Le dio una buena tunda, sí, pero ella se la buscó.

Barry sonrió.

—¿Una tunda? —dijo—. Bueno, entonces no es tan malo. Lo que yo oí es que casi la mata a hostias.

—¿Y dónde oíste eso?

—La verdad es que yo estaba en la alcoba de tu yaya. Y que lo oí todo, Debbie, todo.

Aquellas palabras estaban cargadas, y Debbie lo comprendió, pero ¿cargadas de qué?

—Procura que mi papa no se entere de eso, Barry, porque si se entera tú serás el próximo al que hará picadillo, como tú dices.

Comprendió que le había dicho más de la cuenta así que dio media vuelta y él que se quedó mirándola cruzar la calle tambaleándose sobre los tacones. Se fijó en que aquel contoneo confiado había desaparecido, y se alegró. Era una furcia.

Barry inició el largo paseo de vuelta a casa de Babs. Tenía un trabajo que hacer y aquello no podía interferir. Ya tenía un plan en marcha en la cabeza y quería asegurarse de perfeccionarlo justo antes de ponerlo en práctica.

Susan tenía los ojos enrojecidos y parecía que los kilos se le quitaban de encima a toda prisa. Habían pasado tres semanas ya desde el número en casa de su abuela y continuaba prisionera en su dormitorio. Su padre y su madre parecían decididos a tenerla allí el resto de su vida y aquello era lo que más miedo le daba. En la escuela habían dicho que había tenido un accidente y le mandaban los deberes a casa. Susan casi se echó a reír ante la ironía cuando su padre le dio los cuadernos y le dijo que se ocupara de todo aquello.

Todavía no le permitían vestirse, ni siquiera peinarse. Sabía que tenía un aspecto espantoso, incluso peor de lo habitual. Sabía también que era una cuestión psicológica. Joey quería derrotarla, y ella fingía que lo había logrado. Sabía que era el único modo de salir de su situación.

En su mundo se mantenía a raya a las autoridades mediante abusos y agresividad. Eso siempre había funcionado y seguiría funcionando. Lo sabía con tanta claridad como su nombre y dirección. Y esa era la razón por la que su padre andaba por la calle en vez de estar encerrado y su madre vivía su propio estilo de vida.

Eran la escoria de la tierra a los ojos de todos de modo que nadie esperaba de ellos algo distinto. El «lumpenproletariado» lo llamaban los sociólogos. Susan sabía todo aquello y sabía también que nada lo cambiaría nunca. Era algo innato en ellos, un modo de vida tan propio que no podía ser cambiado por nada. Cualquier gobierno que pensase que podía cambiar las cosas debería leer a los clásicos. Siempre había habido familias como los McNamara y siempre las habría. Eran una ley por sí mismas.

Debbie se metió en la habitación y Susan se alegró de verla. Aunque en realidad

no se llevaban del todo bien, había acabado por confiar en las visitas de su hermana para mantener la cordura. Hasta el parloteo de Debbie era mejor que nada.

—Acabo de ver a tu chorbo, a Barry Dalston.

Lo dijo con una voz grave y Susan notó que el corazón se le disparaba al oírlo.

—¿Y qué te dijo?

Debbie soltó un bufido despectivo.

—Me dijo que te diera saludos. No es un gran conversador, ¿eh? Hasta los chorbos de delante del *pub* dirían algo más.

Pero para Susan aquello era más que suficiente en su actual aislamiento, era como una carta de diez páginas. No la había abandonado, sabía lo peor que se podía saber de ella y aun así seguía queriendo verla. Notó que los latidos del corazón se aceleraban. Tenía que salir de allí, tenía que volver a alguna forma de normalidad.

—Es un gilipollas, y si vuelves a tener algo que ver con él te arrepentirás, Sue. Si el papa se entera habrá un crimen, y tú lo sabes. Déjalo marchar.

Susan miró la cara pintarrajeada de su hermana. Todo barra de maquillaje y rímel barato, parecía mucho mayor de su edad, y sonaba mucho mayor también. Suspiró ante la inanidad de sus vidas.

—¿Qué pinta tenía?

Debbie arrugó un labio pintado de rosa en un gesto de desdén.

—Bueno, digamos que no parecía estar suspirando por verte, si es a eso a lo que vas.

Susan sabía que había molestado a Debbie y lo lamentaba. Hubiera podido hacerle de mensajera pero ahora la cosa era imposible y aquello la deprimió todavía más.

—¿Lo has pasado bien?

Debbie negó con la cabeza.

—No, la verdad es que no. El puto *pub* estaba vacío y Dave estaba con esa furcia de Lynda, la de los bloques. No sé qué puede ver en ella. No es más que faldas ajustadas y maquillaje.

Al decir eso Debbie se miró en el espejo y Susan se preguntó cómo era posible que no viera que ella era exactamente eso.

En realidad todavía andaba más pintada que la pobre Lynda, una chica guapa pero que tenía que convivir con el hecho de que su familia era todavía peor que la suya. Por lo menos ellas dos tenían cierto prestigio como hijas del matón del vecindario. No es que fuera presumir de una gran cosa, comprendía Susan, pero en su mundo eso les confería un poco de respeto.

El padre de Lynda era un borracho irlandés que le pegaba a la madre por la calle y cuyas dos hijas mayores se habían quedado preñadas antes de los trece años. Pero en fin, todo el mundo sabía quién era. Lástima que no lo supieran de Joey. Eso pondría un punto final a su carrera en más de un aspecto. Hasta los Bannerman y los Davidson se mostrarían reacios a la hora de darle trabajo.

En el East End se podían hacer un montón de cosas: asesinar, robar algo, ejercer la violencia. Pero si tocabas a los niños, sobre todo los de tu familia, o violabas a alguien, estabas listo. Era una ley no escrita.

—¿Entonces tenía buen aspecto? ¿Barry?

A Debbie le dio pena su hermana y sonrió.

—Sí, estaba estupendo. Pero escúchame, Sue, me dijo que estaba en casa de la tía cuando pasó todo, y si eso es verdad habrá muertos. O sea, si estaba allí dentro, ¿por qué Ivy no dijo nada?

Susan volvió los ojos al techo.

—¿A ti qué te parece? Porque Barry le cae bien. Piensa que es estupendo. Si el papa lo supiera, imagínate lo que le haría a esa vieja bruja.

Se rieron las dos al imaginarse a Ivy llevándose una buena de ese hijo que declaraba adorar.

—De todos modos, Sue, el papa no se pondría muy contento si se entera.

—Que se joda. Estoy harta de pensar en él.

Las palabras tenían un significado oculto y Debbie se quedó callada un momento. Las dos hermanas se miraron a los ojos.

—De todos modos puede que no sea tu padre. Por lo menos siempre puedes consolarte con eso.

Era la primera vez que Debbie insinuaba una cosa así y Susan se lo agradeció.

—Y si él no es mi padre, ¿entonces quién lo es?

Debbie se rio con suavidad.

—Bueno, no es por hacerme la graciosa, colega, pero con el historial de madre esa pregunta igual nunca se puede responder.

Se rieron juntas las dos, encontrando el lado humorístico de aquellos secretos y circunstancias tan sombrías.

Susan se incorporó en la cama y se la veía más bonita que antes. Estaba mucho más delgada y las piernas gruesas se le habían afinado.

—Estás más guapa que antes, Sue. Mira a ver si puedes mantener ese peso y en nada de tiempo estarás estupenda.

Susan negó con la cabeza.

—La verdad es que no me importa mi aspecto, ahora ya no. Con mi cara y con mi tipo, ¿qué posibilidades tengo de todas formas? A Barry le gustaba tal como era, o por lo menos eso me decía, no con palabras, desde luego, más bien con actos. Ya sabes.

Debbie asintió. Sabía que lo que Susan decía es que él quería acostarse con ella y por tanto tenía que gustarle. Pero pensaba que Susan, a pesar de tanto leer libros, no sabía nada de los tíos. A la edad de Barry se acostaban con lo que fuera, esa era la ley de la juventud y las hormonas.

—Mejor me voy. La mamá está asomando el jerez del almuerzo, y el viejo llegará enseguida. Intentaré aparecer más tarde, ¿vale?

El teléfono empezó a sonar y Debbie salió corriendo del cuarto. Estaba segura que era para ella.

Ahora que su padre ya era gangster tenían teléfono. Lo usaban todos los vecinos que le daban el número a los parientes para que les llamasen si había algún problema como una muerte o un nacimiento.

Susan lo encontraba de risa.

A Debbie le encantaba, se sentía como si ahora fuera la reina de la calle gracias a él y le daba el número a todos y a cualquiera arqueando las cejas y colocando el culo con descaro y habilidad para adoptar la imagen de propietaria de teléfono sofisticada.

Susan oyó abrirse la puerta de la calle y lanzó un suspiro. Joey estaba en casa. Ahora su vida ya solo podía ser más difícil.

Joey estaba cabreadísimo. Se le notaba en el modo de andar, en la manera de cerrar la puerta y en la cara que puso en cuanto vio a su hija mayor acurrucada en el asiento de la nueva mesa-pupitre de dralón para el teléfono.

Era más que evidente que había bebido, pero también había perdido un montón de dinero en los caballos. Pero eso no se haría evidente hasta más avanzado el día. Basta con decir que una mirada a su padre le dijo a Debbie que cortase la llamada de inmediato. La parte sensitiva de su cerebro le indicaba eso pero la parte idiota deseaba seguir hablando con Dave que al parecer había dejado a Lynda la de los edificios y ahora la llamaba a ella.

Trataba de convencerla de que volviera a ir hasta el *pub*. Y la chica iba a volver al *pub* pero su instinto femenino le dijo que primero tenía que hacerse de rogar. Si su padre estaba de mal humor eso era cuestión suya, no de ella.

—Deja ese puto teléfono, espero una llamada importante.

Debbie puso la mano sobre el micrófono y susurró:

—Dos minutos, papa, nada más.

Volvió a ponerse el teléfono en la oreja y siguió hablando con Dave.

Joey la miró y en su estado de embriaguez su cerebro tomó nota de la cara súpermaquillada y la ropa ajustada de su hija.

La que estaba allí sentada podría haber sido June veinte años antes. Por algún motivo eso le molestó. Debbie le molestó solo por parecerse a su madre. Esa noche todo el mundo le molestaba.

—Deja el puto teléfono, Debs, o lo arranco de la pared.

Mientras hablaba le arrebató el teléfono y lo colgó de un fuerte golpe.

Debbie se levantó de un salto del canapé imitación Tudor y bramó:

—¡Pero qué cojones te crees que haces! ¡Estaba hablando con alguien!

No le tenía ningún miedo a su padre, siempre la había dejado hacer lo que quería. Cogió otra vez el teléfono y empezó a marcar un número. Joey le arrancó el teléfono de las manos y lo lanzó contra la pared. Cayó al suelo hecho pedazos.

Debbie miró a su padre con unos ojos como platos.

—Bueno, mira qué listo, ¿eh? Ahora ya no tenemos el puto teléfono ni tú, ni yo ni nadie.

Descolgó el abrigo de la percha de al lado de la puerta de entrada y empezó a ponérselo.

—¿A dónde va usted, señora?

La voz de su padre sonó peligrosamente grave pero Debbie estaba demasiado enfadada para preocuparse.

—Fuera. ¿A ti qué te parece?

Joey dio un paso hacia ella.

—Tú no vas a ninguna parte, señorita, ¿me oyes? Y a ver si me hablas con más respeto. Soy tu padre, no cualquier chaval de la calle.

—Vete a la mierda, papa, estás borracho.

Aquellas palabras de rechazo fueron como si le clavara un cuchillo en el cerebro. June se había alertado con el ruido y apareció en el recibidor.

—¿Y ahora qué pasa?

Joey la miró. Tenía una pinta horrible con el maquillaje corrido y la ropa arrugada.

—¿Que qué pasa, June? Yo te diré lo que pasa. Que tu hija me está hablando como si fuera una puta mierda. Y me pregunto de dónde cojones ha podido sacar eso, ¿eh? ¿No será de ti y de esa otra burra gorda del cuarto, por casualidad?

Arrastró con brusquedad a Debbie hacia su madre y empujó a las dos al interior de la sala.

—Tú —apuntó a Debbie con el dedo—, no vas a ningún sitio. Y tú, señora mía —apuntó a su mujer—, tampoco vas a ninguna parte. ¿Quién cojones soy yo en esta casa, eh? Yo gano la pasta, traigo la comida a la mesa y os visto a todas, mi madre incluida. Y vosotras dos me tratáis como si fuera el jodido tonto del barrio. Muy bien, pues se acabó.

Ahora lo decía a voz en grito, y tenía la cara roja de ira y los puños apretados y dispuestos para golpear.

Las miró sin poder creerlo, con una rabia tan feroz que se sentía capaz de enfrentarse a toda la Fuerza de Policía Metropolitana y ganar la batalla si la había. Había tenido un día que a cualquiera le pondría de mal humor y aquella familia por la que se esforzaba, se preocupaba y de la que cuidaba, se mofaba de él.

Hoy no solo había perdido su dinero, sino también el de una deuda que le habían pagado por recaudar. En consecuencia, estaba en números rojos por tres de los grandes y no tenía manera de conseguirlos antes de esa noche cuando se suponía que tenía que darle el dinero a Davey Davidson.

Y lo peor de todo era que no se trataba de una deuda que pudiera ir y cobrar otra vez, como había hecho numerosas veces durante los últimos años. Cuando a la gente la asustas lo suficiente paga dos veces. Davey conocía al deudor y era serio. Joey

sabía que no podía darle de palos, porque Davey no lo permitiría.

June hizo sonar la voz de la razón, como siempre, y abrió la boca sin pensárselo dos veces.

—¿Quién te ha sacado de quicio esta vez? ¿En qué te has metido para que estés así?

Joey la miró durante un minuto completo y después respondió:

—He perdido tres de los grandes por tu culpa, eso es lo que hice.

June se quedó atónita.

—¿Por mi culpa? ¿Cómo puedes haberlos perdido por mi culpa?

Joey meneó la cabeza como si no pudiera creerse lo que le había oído.

—Era una yegua que se llamaba Sorpresa de June. Aposté por ella porque me dijeron que es un buen ganador, pero igual que mi querida esposa lo dejaron atrás desde el puto cajón de salida. No servía para nada, un puto diablo. He visto hámsteres que tienen más marcha que esa jodida.

June se quedó mirándolo. Después, con una voz tan incrédula como la de su marido antes, le gritó:

—Y eso es por culpa mía, ¿verdad? El caballo perdió y es culpa mía. Eres un caso perdido, Joey. Ahora lárgate de aquí otra vez y déjanos en paz.

Debbie empezó a abrocharse el abrigo.

—Yo voy a salir, no estoy dispuesta a quedarme para oír este rollo.

Joey miró a su mujer y a su hija con ojos entrecerrados.

—Haz que se quite ese abrigo, June, o juro que se lo arrancaré de sus putos lomos y de paso le arrancaré todo lo demás que lleva puesto la putilla esa.

Meneó otra vez la cabeza como para aclarársela.

—¿Qué coño haces dejándolas andar por ahí como putas? Mírala, tal la madre, tal la puta hija. Un par de furcias, las dos juntas.

Señaló a June con el dedo.

—Vete y saca a la otra del cuarto para que pueda ver a las tres putas que tengo en casa juntas.

—Yo no soy una puta, papa, no te atrevas a llamarme eso.

Ahora Debbie se había irritado al darse cuenta de que su padre no iba a dejarla salir de casa y que Dave se encontraría solo en el *pub*.

—Hasta mi pobre madre hubiera hecho un trabajo mejor que el tuyo para educar a esas chicas, June. Debo haber estado fuera de mis cabales para dejarte volver después de tirarte a aquel chulo escocés.

—No me dejaste volver tú, socio, volví yo por...

Joey la interrumpió levantando el puño para callarla.

—Te dejé volver, falsa hipócrita. Te dejé volver después de que te tirases a aquel cabrón y a todos sus colegas, estoy seguro. ¿Cambiar las costumbres de toda una vida? ¿Eh? No será la vieja June, la de las piernas de margarina del puto Bethnal Green quien lo haga. Fácil de untar para que entre y salga bien, ¿eh, June? Tu madre

tendría que haberte puesto Marga.

Normalmente, Debbie se hubiera reído al oír las palabras de su padre, pero esa noche no era la guerra de siempre, era algo más serio. Y tanto ella como su madre se lo figuraron y fueron con cuidado con él.

—Por favor, papa, déjame salir, tengo que ver a alguien.

Joey la imitó:

—Déjame salir, papa, tengo que ver a alguien. ¿A quién cojones vas a ver? No eres más que una cría. Tendrías que estar aquí haciendo lo que hacen los críos, no salir a un puto *pub*. Ese es el trabajo de tu madre, querida, no el tuyo.

—Déjala salir. Tu madre va a ir por allí, ya le echará un ojo si hace falta.

Joey miró con amargura a su mujer y a su hija.

—Mira qué bien, aprovecharse de mi pobre madre anciana. Por lo menos de ella puedo fiarme, aunque muchas veces sea una vieja tonta. Por lo menos es leal conmigo y con los míos. No como vosotras, que sois unas zorras aprovechadas.

Mientras hablaba Debbie trataba otra vez de abrocharse el abrigo. Para una noche ya bastaba lo de su padre, así que iba a salir le gustase o no.

—Hablando de tu madre, papa, ¿sabías que la noche que fuiste a buscar a Susan a su casa Barry su novio estaba en el cuarto de la yaya y oyó todo lo que pasó? Lo sé porque me lo dijo él. Esta misma noche, de hecho. Así que tu madre no es tan leal como te piensas, ¿eh?

La mano de Joey la agarró por la garganta y Debbie supo lo que era auténtico miedo por primera vez en su vida.

—¿Qué has dicho, jodida? ¿Qué acabas de decir? ¿Quién estaba... me estás diciendo que esa noche Barry Dalston estaba en el piso de mi madre? ¿Me estás diciendo eso?

Aullaba de rabia.

—¡Cago en la puta! Es que, ¡me cago en la puta!, ¿me estás diciendo que lo oyó todo?

June intentaba apartarlo de su hija porque estaba asustada. Estaba asustada porque en el fondo sabía qué era lo que le daba tanto miedo a Joey: que lo habían descubierto.

June no sabía qué iba a hacer.

—Suéltala, Joey. Suéltala por lo que más quieras. Vas a matarla.

Joey soltó a su hija que se cayó de espaldas contra su madre y las dos sobre el sofá. Debbie trataba de coger aire.

Joey, que ya había tenido bastantes problemas en una noche, estaba ahora literalmente aterrado. Barry Dalston sabía lo suyo, sabía lo que era. Si había algo a lo que temiese por encima de todo era a quedar en evidencia, y lo que quería era matar a aquel chico bien muerto.

—¡Mataré a ese hijoputa! Lo mataré, mataré a ese cabrón.

Debbie lloraba de susto y de miedo. Sabía que había destapado el nido de víboras

y que nunca más lo podría cerrar. A partir de aquel momento reptarían por todas partes y emponzoñarían todo lo que tocasen.

—¡Ese cabrón! ¡Ese hijoputa! Le arrancaré la puta cabeza de los hombros y la enterraré en mierda.

June se puso de pie. Cogió las manos de Joey entre las suyas y lo llevó hasta una silla.

—Siéntate, Joey, siéntate. Piénsalo bien. ¿Quién va a escuchar a ese?

Debbie escuchó a su madre calmar al padre y resistió las ganas de vomitar. June volvía a arreglarlo todo una vez más, pero lo que hacía estaba mal y hasta Debbie lo sabía.

—¿Quién es él, de todos modos? Un crío, un mequetrefe encoñado de nuestra Susan. Aunque no sé qué coño ha podido ver en esa zorra. Déjalo en paz, Joey. Después de todo, ¿tú qué hiciste, eh? Hiciste lo que cualquier padre hubiera hecho. Le diste lo suyo después de que pegara a su madre, a la mujer que le había dado la vida. Nada más. ¿Qué más puede haber, eh?

La voz de la razón iba penetrando entre el alcohol y Joey empezó a tranquilizarse. Nadie lo acusaría de nada. Simplemente tenía que asegurarse de que el chico aquel cerrase bien el pico, nada más. Y en realidad no había visto nada, gracias a Dios.

—Y en cuanto al dinero, yo tengo. Tengo suficiente para darle a Davey, así que deja de preocuparte.

Joey la miró a la cara.

—No, no lo tienes, June. No tienes ningún dinero, nada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó June achicando los ojos.

Joey se pasó la mano para enjugarse el sudor de la cara. Un gesto que era como admitir su derrota ante June.

—Lo puse yo aparte —dijo—. Sabía qué habías hecho con él y la apuesta de hoy la hice para ver si recuperaba las pérdidas. Tienes que creerme, June, esa puta yegua era un ganador seguro...

June estaba petrificada.

—¿Me estás tomando el pelo, Joey? Dime que estás de broma, por favor...

Mientras hablaba comprendió que el dinero ya no estaba. Desaparecido para siempre.

—¡Eres un imbécil, imbécil del todo! ¡Te llevas los ahorros, te llevas la poca seguridad que teníamos y la quemas en un puto caballo de los cojones! Y ahora tendrás a Davey Davidson reclamándote una deuda que no tienes. Se pondrá hecho un puto basilisco, tres de los grandes son tres de los grandes, Joey. ¿En qué cojones pensabas?

Pero sabía que no tendría respuesta, que no podía decir nada.

—Así que ahora la menda tendrá que ir al baranda, pasaré a ver al tío a ver qué puedo salvar. Puede que de todos modos nos preste lo que nos falte, estos días tenemos mucho crédito ahora que trabajas fijo. Davey tiene que tener lo suyo como

sea. Si piensa que no eres de fiar entonces sí que podemos darnos por jodidos. Sin tenerlo contento, tú no eres nada, Joey, y cuanto antes te enteres de eso mejor nos irá a todos.

Apuntó con el dedo a Debbie.

—Tú, ponte ese puto abrigo y vente conmigo, ¿vale? Necesito que me eches una mano con esto, no pienso andar por la calle sola con tres de los grandes en el bolso.

Y luego señaló a Joey.

—Y tú, date un baño frío y despéjate bien antes de que Davey venga a buscar la tela. Dile lo que quieras pero tenlo aquí hasta que volvamos con la pasta, ¿okey? ¿Me oyes?

Joey asintió sin decir nada.

June fue a buscar a Susan hecha una furia.

—Levántate, vístete y que tu padre se despeje. Hazle café y algo de comer, lo que te diga. Oblígalo a comer algo aunque sea solo una tostada, ¿vale? Ya has oído lo suficiente para saber en qué mierda estamos, así que te aconsejo que salgas ahí y puede que, solo puede que, puedas salir de tu cuarto en un día o dos si ayudas.

Susan asintió. Había oído hasta la última palabra y en ese momento haría lo que fuera para olvidar lo sucedido esa noche. Ahora necesitaba salir más que nunca. Había que avisar a Barry, y advertirle como se debe. Su padre era más capaz de asesinar a alguien que de dejarse descubrir. Y Barry necesitaba meterse eso bien metido en la cabeza lo antes posible.

Empezó a vestirse.

Marcus Stein era un buen hombre. Era bajito pero cuadrado, con una sonrisa amable y los mismos ojos castaños tristes de sus antepasados.

Las noches de los martes le gustaba ir a visitar a su niñita, que así es como consideraba a Babs, y luego tomarse una copa en la taberna con sus amigos antes de entregar los trastos a su sobrino Jacob. Jacob era el hijo que nunca había tenido, el hijo de su hermana, que era exactamente tal y como debe ser un muchacho. Fuerte, guapo, trabajador. Marcus pensaba dejarle un día su negocio feliz de saber que lo dejaba en buenas manos. Rita, su mujer, estaba confinada en la cama y llevaba allí la mayor parte de su vida matrimonial.

El mercado era un buen sacacuartos pero lo rentable de verdad era hacer de prestamista en negro de la comunidad judía. Prestaba dinero, al principio cantidades pequeñas. Pero ahora se sacaba entre tres y cinco de los grandes a la semana. Todo era bueno en su vida.

Cerca ya de la casa de Babs, Marcus se arregló la corbata y se alisó el ralo pelo gris. Para él era importante estar presentable incluso para una chica a la que pagaba.

Cuando el tubo de hierro le golpeó en la nuca solo sintió una primera punzada de dolor. Barry le pegó cinco veces en la cabeza: quería estar seguro de que el viejo no

se levantaba y pedía auxilio hasta que él estuviera bien lejos. Fue tan fácil que se quedó asombrado.

Marcus Stein no iba a pedir auxilio a nadie. El corazón había cedido al momento: estaba muerto antes de llegar al suelo.

Barry ni siquiera se molestó en ver cómo había quedado. Lo que hizo fue registrar los bolsillos del buen hombre, llevarse todo lo que tenía incluidos el reloj y un anillo con un brillante, luego empujarlo bajo una pila de basura que esperaba ser recogida sobre la acera y cubrir al viejo con cajas vacías y comida pasada. Después se fue silbando calle abajo hacia su casa.

Mientras planeaba qué hacer con aquel botín mal adquirido, Marcus estaba ya tan lejos de sus pensamientos como la trompa de un elefante. Decidió ir a casa y pensar cuál sería el nuevo paso a dar en la vida. Tenía que ser uno que lo introdujese en el mundo de los Davidson y luego ojalá que en el de los Bannerman.

La vida era cosa buena, en efecto, si no dejabas de procurar que fuese a mejor. Estaba dispuesto para lo que viniese, y dispuesto a conseguir todo lo que quería.

Se cruzó con June y Debbie. Cambió de acera y las ignoró premeditadamente. Ya habría tiempo de sobra para ocuparse de ese par más adelante, el tiempo era algo que tenía en abundancia. Sonrió al pensarlo y siguió andando hacia casa.

Marcus Stein estaba muerto y liquidado pero Barry Dalston seguía vivo y coleando. Coleando era la palabra adecuada en el caso de Barry.

Capítulo 9

June se dio cuenta de que su marido estaba muy preocupado y eso le molestó. Joey siempre estaba metiéndose en problemas de los que luego esperaba salir sin hacer nada por lograrlo en realidad.

Como el dinero. Se había llevado su dinero, el de ella, y lo había utilizado, un dinero del que ni siquiera se había dado cuenta de que él supiera que lo tenía. Y ahora había tenido que empeñar sus joyas de oro para intentar rescatar la supuesta carrera de ese marido.

La suerte quiso que Davey no llegase al piso hasta después de que ella volviese con el dinero, y fue increíble lo difícil que le resultó conseguirlo. El prestamista insistió en hacerle firmar un impreso de crédito que le garantizaba la devolución en veintiún días, y si no pediría a Davey Davidson que gestionase el cobro. Era de risa, la verdad, porque lo normal sería que Davey encargase a Joey que lo cobrase y eso sería el colmo del desconcierto. No porque él fuera a desconcertarse, después de un par de copas lo encontraría graciosísimo, y luego decidiría matar a cualquiera que se atreviera a intentar cobrarle la deuda.

Ni se le ocurría pensar que alguien como Davey pudiera no encontrarlo tan divertido como él. Que Davey pudiera ver la cosa como una pura tomadura de pelo y por consiguiente decidiera que había que darle una lección a su Número Uno, una lección que tendría que ser muy violenta como correspondía a la reputación de alguien como Joey.

Además, al contrario que todos, Davey Davidson sabía que Joey no había matado a Jimmy. El propio Joey creía ahora que sí que lo había matado, tal era su mentalidad. Se creía de verdad que había matado de un tiro a Jimmy y en consecuencia les contaba a todos así como con circunloquios y sin decirlo claro cómo lo había planeado y ejecutado sin llegar a decir claramente en realidad que lo había hecho él. Pero sabía que todos pensaban que había sido él, sabía lo que había hecho al respecto.

Ahora, como siempre, le tocaba a June arreglar las cosas, hacer que todo funcionase. ¿Qué demonio se había apoderado de ella para hacerla volver con él? Pero en el fondo de su corazón conocía bien la respuesta. Era lo más fácil y era lo que conocía.

June sabía que los problemas constantes, el empeoramiento de las cosas, la excitación, la animaban. Era algo que llevaba inculcado desde niña y que ahora ya era puro hábito. Solo cuando estaba destrozada por dentro June se sentía viva de verdad. Si no, no se sentía real. Cuanto peor era su vida, más justificada se sentía, como si se mereciese todos los problemas que se le acumulaban encima a lo largo de un día cualquiera. Había veces en que buscaba a conciencia problemas con Joey, que lo incomodaba para producir la explosión de violencia que necesitaba para mantener alto su nivel de adrenalina.

En realidad Joey era todo lo que quería. Era un criminal tan vil, tortuoso y

violento que hiciera lo que hiciese ella se lo tragaría porque no estaba seguro de que ninguna otra lo aceptaría. Exprimían a la gente. Se exprimían entre ellos. Ese era el secreto que compartían, lo que les mantenía juntos.

Si June pensaba demasiado en eso se asustaba.

Barry miró a Babs y sonrió. Babs le devolvió la sonrisa, feliz con las dos mil libras que le había dado y encantada de que nadie hubiera hecho reclamaciones. No sabía entonces que Marcus estaba muerto, solo sabía que Barry Dalston le había dado el dinero para pagar sus multas y un poco más para disfrutarlo y llevarle algunas cositas a su hija.

Mientras contaba los billetes otra vez Barry se maravilló del desprendimiento de las prostitutas por el dinero que ganaban. Para ellas era un dinero fácil, había un pozo sin fondo de hombres dispuestos a pagar por usar sus cuerpos. No podría entenderlo ni en un millón de años.

—Oye, Babs —dijo— yo podría conseguir unos buenos beneficios para los dos si tú quieres.

La chica frunció el ceño.

—¿Haciendo qué, exactamente?

Barry sonrió y le guiñó un ojo.

—Haciendo nada, Babs. Eso es lo bonito de verdad. Yo espero mientras tú me traes los cabritos y yo los desplumo.

Babs empezó a menear la cabeza antes de que él hubiera terminado siquiera de hablar.

—Lo siento, Barry, pero ni hablar. No pienso meterme en esas cosas. Además, Jonah me quitaría la piel a tiras si supiera lo de anoche. Gracias, tronco, pero no, gracias.

En su voz sonaba una determinación final que a él le molestó.

—¿Qué quieres decir con que no? Podrías sacar una fortuna...

La chica le interrumpió.

—Anoche fue una excepción. Hubiera pedido a Jonah que lo hiciera pero sé que se hubiera guardado todo el dinero para él o me habría mentido y me habría dicho que no había tanto como de costumbre.

El dardo dio en el blanco y Barry casi se ruborizó.

—Por lo menos contigo me llevo un porcentaje, Bal. Aparte de que no estoy dispuesta a más chanchullos. Yo hago lo mío, me llevo mis cuartos y ya está. La verdad. No soy ambiciosa, si lo fuera no sería puta. Ni siquiera quiero trabajar en los clubs como la mayoría de las chicas, no quiero molestarme con tanto vestirse y tanta competencia. Pero te agradezco la oferta, gracias.

Sonrió para rebajar el aguijonazo de su rechazo y Barry comprendió que tenía que tragárselo.

—Y no solo eso, Jonah nos despellejaría vivos a los dos, y te juro que a los dos. No te confundas con sus modos amables y el teatro que monta. Es un cabrón con mala leche, como todos los chulos. No tiene más remedio.

Barry se encogió de hombros.

—Tú te lo pierdes, Babs. Hay mogollón de tías que se dejarían partir un brazo por tener una oportunidad como esta.

—Seguro que sí, Barry, y ojalá te vaya bien. Una última cosa: ¿al final cuánto pillaste?

—Olvídate —dijo con una sonrisa—. Suficiente para lo que quería.

Cuando se marchó unos minutos después se sentía extrañamente deprimido. No solo porque sabía que Babs lo había calado y sabía que la estaba engañando, sino también porque la chica esperaba de él que lo hiciera.

En resumidas cuentas, se había hecho con cuatro de los grandes, cuatro mil preciosos soberanos para gastar. Ya le había dado una cantidad a su madre, y las cien libras la habían alegrado infinito. No le preguntó de dónde las había sacado, ni se lo iba a preguntar.

Había llegado la hora de poner en marcha su plan y estaba nervioso. La noche anterior no había podido dormir. No porque hubiera atracado al viejo, eso no era nada, un simple trabajo, sino porque hoy sus acciones le pondrían en posesión del sueño que anhelaba o le cerrarían de una vez para siempre la puerta en las narices y le asegurarían en un enemigo para toda la vida.

Pero, razonó, el enemigo lo tendría de todas formas. Se trataba solo de no perder de vista al enemigo si todo funcionaba como él quería que funcionase. Se fue hasta el Victory, un pequeño club de copas en Bethnal Green donde sabía que Joey McNamara estaba hasta la hora del almuerzo. Al llamar a la puerta de gruesa madera, sudaba. Notaba que el sudor le empapaba los sobacos e hizo un esfuerzo consciente para componerse. La parte alta de la puerta se abrió y dejó a la vista una rejilla.

—¿Qué quieres? —dijo una voz cortante.

Barry respiró hondo antes de contestar. Por lo menos la voz no le sonó temblorosa y eso le gustó.

—Necesito ver a Joey McNamara. Dígale que es importante.

—¿Quién pregunta por él?

Barry suspiró.

—No importa, es cosa privada. Usted dígale solo que lo llaman aquí, ¿vale?

La rejilla desapareció cuando cerraron de nuevo el postigo y ahora que todo había empezado Barry sintió que de nuevo le invadía la inquietud. Joey podía decidir matarlo directamente. Después de todo no podía decirse que fuera la persona favorita de Joey. Incluso podía atracarle, ojalá que no. De pronto Barry se alegró de no llevar la pasta encima.

Lo tuvieron esperando cinco minutos que le parecieron horas. Ahora sí que el sudor se había apoderado de él y estaba convencido de que lo olía hasta él mismo.

El miedo le aceleraba el corazón y le ponía las piernas blandas. Ya se arrepentía de todo y se preguntaba si no podría salir zumbando y olvidarse de todo el asunto. Pero entonces abrieron la puerta y se encontró con Joey delante de él.

Parpadeó desde la oscuridad y luego se le puso cara de cabreo.

—¿Qué cojones quieres tú?

El portero se echó a reír.

—¿Quieres que te lo quite de encima, Joey? —dijo.

Echó a andar hacia él y Barry vio por qué la gente se andaba con cautela ante Joey McNamara. Era su manera de estar, sus mismos movimientos los que intimidaban.

—Nada, Colin, a este mamón me lo quito de encima yo mismo.

Barry alzó los brazos como para defenderse aunque todavía no hubiera pasado nada.

—Tranquilo, Joey, tengo algo que te puede interesar. Solo vengo a presentarte mis respetos, nada más. He realizado un atraco y vengo a traerte lo que te adeudo. Ni más ni menos.

Los ojos de Joey dieron vueltas y le preguntó, incrédulo:

—¿Pero tú qué eres, un puto libro? Que me traes lo que me adeudas... ¿Estás seguro?

Se volvió hacia el portero y se rio.

—¿Oíste eso, Colin? Me ha venido a ver un puto diccionario.

El hombretón soltó una carcajada.

—Bueno, pues entonces arráncale el índice.

Barry los oía temeroso.

Joey empezó a empujarlo hacia la puerta no muy amablemente. La calle y la gente. La gente iba a ver cómo le machacaban hasta dejarlo al borde de la muerte si no se andaba con cuidado.

—Escucha, Joey, como te dije, he sacado un asunto y vengo a traerte tu veinticinco por ciento, nada más. Me dijeron que es lo que tenía que hacer. Que todo el mundo lo tenía que hacer. Ya sé que no te gusto, pero esto son negocios.

Joey se paró en seco.

—¿Cuánto sacaste?

Con Joey el enfoque bueno era siempre el dinero y Barry apostó por eso.

—Cuatro de los grandes. Anoche desplumé a uno.

No estaba muy seguro de si tenía que decir la verdad, pero decidió que era lo mejor por si Joey sabía más de lo que aparentaba.

Joey se quedó impresionado.

—¿Cuatro de los grandes? ¿Y cómo te las arreglaste, muchachito? ¿Qué pasa, que mi hija te ha estado enseñando los trucos del oficio de su padre? Junto con todo lo demás. Ya sé todo lo de que andas colándote en casa de mi madre, muchacho, lo sé todo. Debbie me lo sopló, hijito. Así que ahora pienso que te va a costar esos cuatro

grandes tenerme de dulce.

Barry comprendió que era el momento del todo o nada.

—Sí que estaba allí, Joey, lo admito...

El puño de Joey impactó en la mandíbula pero como estaba preparado se aguantó de pie.

—El pequeño escocés aguanta mecha, ¿eh que sí, Joey?

Joey se dio la vuelta y bramó:

—Tú métete dentro, Colin. Esto es un asunto privado. Cosas de familia.

Colin desapareció.

—Y entonces, ¿qué fue lo que oíste, eh? Un padre dándole una paliza a su hija, enseñándole la lección.

Barry asintió.

—Pues claro. ¿Qué más?

Frunció el ceño como si estuviera pensando de qué podía hablar Joey. Ambos sabían que era teatro, pero en aquel momento eso no importaba.

Barry sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció a Joey. Cogió uno y ambos los encendieron en silencio. Porque era un acto de reconciliación, los dos lo sabían. Cada uno a su manera comprendió que estaban iniciando una negociación inusual y ninguno sabía a dónde podía llevarles.

—Entonces, ¿dónde están mis grandes, chaval?

—Los tengo para usted cuando los quiera.

Joey asintió.

—Mejor que sea más pronto que tarde, socio. ¿De dónde los sacaste? Confío en que de nadie que me importe.

Barry negó con la cabeza.

—Me hice un baranda, un prestamista del mercado negro, anoche a última hora. Marcus no sé qué. Un judío de primera. Lo pillé según venía a casa de una puta, fue todo suave como un guante. En total saqué seis de los grandes, dos para la tía, tres para mí y uno para usted. Pretendo hacerlo de un modo regular, ahora tengo contactos.

Era guasa y los dos lo sabían.

Joey dio una buena chupada al cigarrillo.

—¿Y qué hay del dinero de la lumi? Me debe quinientos papeles.

Barry se quedó parado un momento hasta que vio la sonrisa de Joey.

—A la lumi que la jodan. Uno de los grandes es uno de los grandes, como decía siempre mi viejo.

Joey estaba en el séptimo cielo. Había recuperado mil libras de las tres mil que le debía al prestamista.

—En realidad, si estás interesado yo también tengo un asuntillo para ti.

Barry asintió tan fuerte con la cabeza que casi se la arranca de los hombros.

—Si te gusta quitar barandas de en medio tengo el chorbo perfecto para ti. Ven

adentro y tomamos algo y hablamos del asunto, ¿eh?

Barry se sintió como si el propio Dios hubiera comprendido al fin que estaba vivo y hubiera decidido concederle en un día todo lo que siempre había deseado. Cuando Joey le pasó el brazo por los hombros y se lo llevó al interior del Victory, un local que nunca hubiera creído que se abriría para él, Barry reventaba de orgullo.

Ahora lo único que necesitaba para que todo quedara bien cuajado era encontrar un truco para poder ver de nuevo a Susan.

Matar era algo que no le molestaba en absoluto: a su propio padre lo habían asesinado. En su mundo eso no era más que un accidente laboral, un riesgo que corrías, una posibilidad que utilizabas si era preciso.

Joey quería que le quitaran de en medio a otro prestamista y lo quería por razones totalmente egoístas. Si el hombre al que le debía tres de los grandes moría sus deudas morían con él. Otra ley no escrita del hampa de lo más conveniente.

En general, empezaba a pensar que su Susan tenía mejor gusto para los hombres de lo que se pensaba al principio. Aquel chico iba a gustarle, aunque no fuera más que porque era un cordero camino del matadero. Incapaz de ver más allá de sus propias narices, e impresionado por todas las razones equivocadas, a Barry se le podría moldear para ser cualquier cosa, Joey podría usarlo para sus propios fines y después que pagara él los platos rotos.

Joey prepararía a quien fuera y Barry llevaría a cabo los actos de violencia y de robo, dejando a Joey con la gloria y la responsabilidad de ser el alguacil número uno de la comunidad del hampa al mismo tiempo que le quitaba de en medio a todos los que eran lo bastante imbéciles como para no contratarle a él la protección.

Un producto que pensaba ofrecerles después del primer ataque.

Davey Davidson se quedaría encantado con él, y todo gracias a aquel jovencito. La vida tenía un modo muy curioso de hacerte rico. Su padre siempre decía eso y Joey comprendió qué quería decir.

June miró a Susan y soltó un suspiro. Su hija estaba mucho más guapa que nunca. Se le habían quitado los moretones y con la pérdida de peso resultaba de lo más atractiva. Pero la cercanía que una vez tuvieron se había ido para siempre.

June estaba celosa de su hija y en su interior sabía que no había sabido protegerla como una auténtica madre. ¿Pero cómo iba a poder? En su propia infancia no había ningún precedente y los instintos maternos de June hacía mucho que se habían marchitado y muerto.

No era como si Joey le hubiera hecho daño o algo así. Señor, la chica era lo bastante rápida para abalanzarse sobre ese tal Barry, así que ¿qué diferencia había en realidad? De todos modos, Joey le había jurado que en realidad no habían hecho nada y June prefirió creerle fuera la que fuese la verdad. Como él le dijo, si la tenía a ella, ¿para qué iba a querer a esa zorra de Susan de todos modos, tan fea como era? Con su

historial y su reputación podía elegir a cualquier mujer del barrio.

Desde que era muy pequeña Susan había causado problemas y ahora que iba creciendo tenía que enfrentarse a las consecuencias de sus propios actos. Atacar a su propia madre era una vergüenza y tenían que enseñarle la lección.

—¿Terminaste ya con esas patatas?

Susan asintió y empezó a quitar las peladuras del fregadero.

—¿Ya las tienes cortadas?

Asintió de nuevo y empezó a limpiar el fregadero y a lavar el escurridor. La inclinación de los hombros de la chica ponía de mal humor a June y al mismo tiempo sentía un impulso de lástima por su hija. Se sirvió otra copa y se la tomó de un trago.

Ivy se presentó en la puerta y June soltó un taco en voz baja al oír la voz chillona de su suegra.

—Soy yo, pensé que podía venir a ver a la familia.

Al entrar en la cocina Susan la saludó con un gesto de cabeza y June le dijo agresiva:

—¿Qué quieres?

Ivy no le hizo caso y puso la tetera al fuego para tomar algo caliente. Nada más entrar vio la botella de *whisky* y otra vez andaba acatarrada.

Ivy llevaba acatarrada toda su vida.

Nadie dijo nada. Cuando hirvió el agua Ivy echó un poco en un tazón. Se sentó a la mesa de la cocina y dejó revolotear la mano sobre la botella hasta que June la autorizó a servirse un chorro generoso.

—Estuve en el mercado, ¿y sabes qué? Anoche encontraron muerto a Marcus Stein. Algún bruto lo mató a palos. ¿A dónde iremos a parar? Era un hombre encantador para ser judío. Me acuerdo que durante la guerra siempre se aseguraba de que todas tuviéramos algunos chelines en el bolsillo si el marido estaba lejos. Él no tenía hijos, ¿sabes?, así que le gustaban los de los demás. El chico de su hermana era la niña de sus ojos. Hoy en día tenía el riñón bien forrado. Creo que Marcus debía valer un montón. Los barandas esos siempre lo valen.

June la escuchaba triste. También ella había acudido a él unas cuantas veces a lo largo de los años. Y la razón por la que no había ido la noche anterior fue porque todavía tenía deudas antiguas. Solo la fama de Joey había impedido a Marcus reclamar la deuda. Él no estaba bajo la protección de los Davidson como los demás prestamistas y en consecuencia lo atracaban de vez en cuando.

—Pobre hombre. Siempre fue muy amable, Ivy. Nunca quería hacerte pagar en especie como tantos pretenden. ¿Te acuerdas del viejo Isaac? Menudo marrano cabrón.

Ivy asintió con los ojos brillantes de *whisky* y malicia.

—¿Sabes quién fue una de sus mejores clientes? Mary Hanson. Jesús, cuando los niños eran pequeños siempre nos tenía muertas de risa porque nos contaba todo lo que aquel hombre quería que le hiciera y demás. El marido lo sabía y hasta la

animaba. Cuando murió Isaac le debía una pequeña fortuna. Todas hacíamos bromas con que la dejaría algo en el testamento. Y lo hizo. La dejó una pulsera que su madre había empeñado hacía años. ¡Esta sí que es buena!

June se rio a carcajadas.

—Me acuerdo de él, sí.

Ivy paró de reír.

—¡Vaya, vaya, June!

Chocaron los vasos y June dijo en tono de broma:

—Bueno, nunca se sabe, Ivy, ¿no es cierto? Eso te da algo en qué pensar en las largas noches de invierno sola en tu casa.

Susan levantó los ojos al cielo al oír su charla y miró por la ventana de la cocina a los jardines del polígono. Al mirar fuera se llevó el susto más grande de su vida.

—¡Mama! ¡Mama! Será mejor que vengas a ver esto.

June fue junto a su hija.

—¿Qué pasa ahora, Susan? Estás volviéndote una jodida meticona, igual que tu abuela.

Ivy se unió a ellas ante la ventana.

—¡Oh, pero qué cojones! ¿Qué hacen ahí juntos los dos?

Se quedó asombrada al ver a su hijo y al novio de Susan cruzando juntos el prado.

June se echó a reír.

—Ah, por cierto, Joey sabe que tenías a Barry en tu piso la noche que le dio a Susan su merecido así que hoy vete con cuidado con tu amado soldadito. Está dispuesto a colgarte de las vigas.

Ivy se quedó aterrada.

Los dos hombres desaparecieron de su vista y los oyeron subir las escaleras. A las tres mujeres se les cortó el aliento exactamente al mismo tiempo. Y entonces lo oyeron. Fue un ruido ensordecedor y se miraron entre ellas asustadas. Los dos hombres cantaban. Cantaban a voz en cuello. Atronaban a todo el bloque cantando *Ain't Forever Blowing Bubbles* como si apostaran a quién gritaba más.

Se acercaron por la terraza hasta la puerta de entrada y oyeron a Maud que chillaba desde la puerta de al lado:

—Danos más serenata, Joe.

Joey y Barry hicieron lo que les pedían y se plantaron delante de la ventana sonriendo como idiotas y cantando a todo pulmón.

—Ahora ya lo he visto todo en la vida —dijo June con voz de asombro.

Susan salió corriendo de la cocina y fue corriendo a su dormitorio para arreglarse el maquillaje e intentar estar guapa. No sabía qué había pasado ni le importaba. Barry venía a casa y estaba sorprendida, excitada y jubilosa.

Se abrió la puerta de la calle y los dos hombres aterrizaron en el vestíbulo.

—Junie, danos a mí y aquí a mi amigo algo de beber y de papeo, en este orden, por favor.

June miró a su marido como si nunca lo hubiera visto hasta entonces y Joey sonrió. Se sacó las mil libras del bolsillo y se las lanzó a June con lo que el dinero voló por todas partes.

—Aquí tienes uno de los grandes y hay mucho más en el mismo sitio. Guárdalo en tus cajones, muchacha, mantenlo a salvo de manos largas.

—Entonces ese es el último sitio en que habría que ponerlo.

La voz de Ivy sonó alegre pero desagradable.

Joey se volvió hacia ella.

—Tú cierra el pico. Todavía te tengo en la lista negra —luego le dio un abrazo—. ¿Conoces a mi madre, Barry?, sucia, huele mal, está llena de telarañas pero es buena con las niñas.

Barry soltó una risa estentórea igual que todos. A Ivy le encantó, insulto incluido. Era señal de que estaba perdonada.

—Huevos, patatas fritas y tomates y una copichuela, June, pronto. Para mí y para mi nuevo socio —Joey miró a su alrededor—. ¿Y dónde anda nuestra Susan?

—Poniéndose presentable.

—¡No me jodas! —dijo sonriente—. No tenemos tanto tiempo, tenemos que salir otra vez a las siete.

Otra vez se rieron todos. Sobre todo Ivy y June. Barry se rio, pero con risa hueca.

—Vete a su cuarto, hijo, y sácala de ahí. En cuanto te casas con ellas, por las mañanas meten más miedo que una puta película de horror de la Hammer. Lo sé muy bien. Mira a June. Una vez me preguntó uno si quería alquilársela para ponerla de espantapájaros durante el verano.

Ivy soltó una gran risotada pero a June no le hizo ni la menor gracia y lo demostró frunciendo los labios.

—Muy gracioso, Joey. Y cuál es tu numerito siguiente, ¿caerte muerto?

Joey miró al techo fingiendo estar asustado.

—Ya he molestado a la jefa. Y ahora nos hará los putos huevos con patatas justo al borde del desastre.

June sonrió.

—Id a la sala que os prepararemos algo para empapar la bebida, ¿de acuerdo?

—Dios sabe que lo necesitan, June. Te echaré una mano —se ofreció Ivy.

Entonces Susan salió del cuarto y Barry le sonrió. Joey sintió un golpe de celos pero se lo aguantó. Ya se comería su pastelito si andaba listo, y lo andaría. Nadie sabía bien lo muy listo que era. El alcohol le hacía sentirse inestable y decidió que necesitaba sentarse. Se arrastró hasta la sala y se dejó caer en el sofá.

Susan tenía mejor aspecto de lo que Barry se esperaba. Estaba más delgada y eso subrayaba sus dos grandes atractivos. Barry estaba encantado de dejar que Joey se burlase, sabía que él reiría el último.

Susan miró a su madre y al verlos a los dos hacerse amigos después de tanto tiempo esperó contra toda esperanza que Barry no hiciera ni dijera nada que pudiera

causar otra discusión. Porque de momento todavía no entendía las veleidades de la familia McNamara. Joey podía cambiar de humor en una décima de segundo y entonces podría echar a Barry del piso sin ninguna ceremonia. Cosas así ya habían pasado antes y Susan confiaba de corazón que hoy no pasasen.

—¿No es un chaval estupendo, June?

La voz de Ivy sonaba melancólica y June soltó un bufido despectivo.

—Es igual que Joey, pero esa putilla idiota ni se entera.

Entró en la cocina. A su pesar, estaba molesta con su hija. Susan se había marcado un buen punto, como decían los del barrio, y la propia June deseó ser lo bastante joven para embarcarse en la vida de nuevo. Deseó al menos ser más joven pero sabiendo exactamente lo que ahora sabía. Los ojos brillantes y la expresión de felicidad de Susan la hacían sentirse vieja y cansada.

—Me gusta ese joven Barry, me parece un buen chico. Demasiado bueno para esa señorona. Todavía si fuera Debbie lo entendería.

—Debbie, pobrecita, le faltan esas dos cosas que hacen interesante a Susan para los hombres. Y no hace falta que diga más claro lo que son, ¿verdad?

Ivy asintió sabiamente.

—De rodillas después del primer crío, y con las bragas bajadas después del segundo. Recuerda mis palabras.

Aquello animó a June y se rio.

—¡Más vale que les saque lo que pueda, muchacha, antes de que tenga que espantar a los que rondan su cama!

A ninguna de las dos se le ocurrió pensar que Susan tenía catorce años y que no tendría ni que oír hablar de sexo, hijos ni ninguna otra cosa.

Las dos conocían el juego. Así era como todos lo vivían y así sería siempre por lo que podían ver. El sexo movía su mundo, las mantenía interesadas y las divertía. Era gratuito, daba gusto y a veces otorgaba un gran poder a las mujeres.

Como Susan parecía mayor la trataban como a una adulta. Lo que había visto y presenciado toda su vida la hacía parecer una persona mayor en comparación con la mayor parte de sus iguales. Ninguna mujer veía nada equivocado en la manera en que se comportaban con las chicas o con su entorno. Y por lo que a ellas respectaba, Susan y Debbie ya eran mujeres. Se esperaba de Susan que aprendiera antes por lo muy desarrollada que estaba. A ninguna de las dos se les ocurrió pensar que estar tan desarrollada a una edad tan joven era una buena razón para protegerla de los hombres. Veían aquello como una progresión natural. Crecías, tenías un cuerpo y lo utilizabas, que era exactamente lo que ellas dos habían hecho. No pensaban en términos de desarrollo emocional, eso estaba más allá de su comprensión.

La chica hablaba como ellas, sabía lo que sabían ellas, porque hablaban de eso y le dejaban ver cosas que la mayoría de la gente ocultaría a sus hijos. Por lo tanto

daban por hecho que Susan tenía que entenderlo todo, cosa que no era así. Permitted a Barry hacer lo que hizo porque era el modo de conservarlo. Eso es lo que le habían enseñado toda su vida.

Ni siquiera esperaba que le fuera fiel, eso tampoco era lo esperado.

Mientras las mujeres preparaban la comida iban charlando del tiempo pasado y recordando cosas de sus respectivas juventudes. Susan no era más que otra víctima que no les importaba. Porque vivían despreocupadamente.

En el dormitorio de Susan, Barry intentaba besarla pero ella estaba nerviosa por culpa de su padre.

—Venga, Susan, no he pasado por todo esto para nada, muchacha.

A Susan el acento escocés le sonaba *sexy* igual que todo lo que le decía.

—El papa está al otro lado de la puerta, y si entra se enfadará cantidad.

Barry sonrió.

—No va a entrar aquí, rapaza. Venga, ahora sácate el top por debajo de la falda antes de que me ponga a buscar a otra más dispuesta.

Lo dijo en tono de broma pero la amenaza no dejaba de estar allí. Le pellizcó los pechos con fuerza.

—Echaba de menos a estas, Susan. Las otras chicas no son nada en comparación.

A Susan la halagó el cumplido.

Barry la besó con fuerza en los labios.

—Tengo a tu padre comiendo de mi mano, así que deja de preocuparte, muchacha.

Susan le devolvió el beso con todo el sentimiento de una jovencita enamorada por primera vez.

Barry sabía que la excitaba aun cuando supiera que ella no obtenía nada con el sexo. Sabía que Susan nunca jamás lo disfrutaría. Era algo que no estaba en su naturaleza. Esperaba que él llevara las riendas mientras ella se concentraba en hacerlo feliz.

—De aquí en adelante eres mía, ¿oyes lo que te digo? Que nadie más se acerque a ti, ¿vale?

La miró a los ojos y ella comprendió que se refería a su padre y asintió en silencio solemnemente.

—Nadie más, Barry, te lo prometo. Yo no soy de esas, de veras.

Pedía disculpas como haría durante toda su vida con él. Diciéndole que su padre abusaba de ella quisiera o no y que en el futuro le opondría resistencia, le haría pelear por ello.

Pero eso significaba que acabaría medio muerta. De modo que decidió aquí y ahora que seguiría con los dos y los tendría a los dos contentos para así poder tener ella lo que de verdad quería.

Barry Dalston.

Para ella él era como una luz brillante, un faro que la guiaba. No sabía lo que pasaba porque ella no se lo iba a contar. Pero seguro que su padre nunca pararía. Porque no quería parar y ella lo sabía.

Estaba dispuesta a hacer lo que fuera por Barry Dalston. Para tener a Barry Dalston. Y pensó que lo valía. Y aún más que eso. Porque lo amaba. Lo quería de veras, de verdad. Y todo porque era amable con ella, era presentable y era alguien al que respetaban todos los de su edad.

Era un chulito de barrio, un maleante, un granuja encantador. Era de esos que todas las chicas de su entorno quieren enganchar, un hombre antes de tener que ser un hombre. Un tipo que cuidaba de ti solo con estar contigo. Te daba reputación y respeto.

Susan no lo veía como una versión joven de Joey, un delincuente juvenil con tendencias egoístas y carácter cruel. En realidad un cobarde que engañaba a la gente e intentaba controlarla mediante el miedo y la intimidación.

Solo veía a un chico guapo que se preocupaba por ella a su manera. Y para Susan McNamara eso era más que suficiente.

Barry la levantó contra la pared intentando penetrarla y ella cerró los ojos e imaginó que estaban en un pisito precioso con muebles preciosos y niños preciosos.

Él empujó para introducirse dentro de ella, que hizo una mueca de dolor y le acarició la nuca con una caricia que pareció espolearlo porque se corrió casi inmediatamente. Se cayó encima de ella. Y ella notó el calor de su semen escurrírsele por las piernas.

Barry la miró y sonrió. Al besarla en los labios la mordió y la hizo torcer el gesto porque sabía que le estaba dejando una marca para que la viera su padre, un pequeño recordatorio de a quién quería ella. Eso la deprimió por un instante hasta que él vio su expresión y le sujetó con fuerza la cabeza contra su pecho y le musitó:

—Te quiero, Sue.

Desbordante de felicidad, casi se pone a gritar de alegría.

—Yo también te quiero, Barry, más que a nada en el mundo.

Él le apretó suavemente un dedo contra la mejilla.

—Procura que sea así, muchacha, o si no te vas a enterar, colega.

Se apartó de ella para arreglarse la ropa mientras ella lo miraba. Era como su dios y le pareció que tenía aspecto de dios. Desde los anchos hombros hasta sus espléndidos ojos, Barry era todo lo que una jovencita podía desear.

Y sobre todo una jovencita con su entorno y familia. Cuando salieron del cuarto Susan iba radiante. Hasta su cara era casi bonita y la piel irradiaba salud y vitalidad. June y Ivy se dieron cuenta. Joey vio inmediatamente el cambio y decidió que hasta que fuera el momento adecuado les seguiría dando cuerda a los dos.

Aquel joven le sería útil, cargaría con la presión y haría el trabajo duro. Joey sabía que oportunidades como Barry Dalston no te salían más de una o dos veces en la

vida. Si las cosas se iban a tomar viento sería el joven Barry el que se iría a la sombra. Y entonces Joey se pondría a adiestrar a otro.

Sonrió a los tortolitos, se fijó en los labios hinchados de Susan y la sonrisa desapareció. Pero había mucho tiempo para meter mano en ese tema; de momento lo único que Joey quería era dinero.

Cantidad de dinero.

Y el joven Barry parecía pensar que él podía proporcionarlo.

June sonrió a su hija por primera vez desde hacía semanas y Susan se lo agradeció. Pero solo porque no quería que Barry supiese demasiado de los asuntos de la familia. Lo sabría a su tiempo, por supuesto, si es que no lo había adivinado todo ya.

Ivy le puso otro huevo frito en el plato y Barry alzó la vista y le sonrió. Luego empezó a contar una historia sobre su padre muerto y todos se rieron cuando había que reírse. Susan creyó que el corazón le iba a explotar de orgullo mientras lo escuchaba.

Por Barry merecía la pena haber experimentado todo el dolor que había experimentado las últimas semanas. De eso estaba completamente segura.

Después de todo, Susan McNamara estaba enamorada.

Capítulo 10

—Oh, mama, estás preciosa, realmente preciosa.

June se envaneció con los halagos de su hija. Ahora se alegraba de haber escuchado a Susan y no a Debbie. El vestido ajustado azul pálido hacía maravillas con su silueta y le ponía color en los ojos. Era la clase de vestido que llevaría una auténtica señora, de las que aparecen en las páginas de las revistas. En la cabeza llevaba un casquete del mismo tono con medio velo que le daba un aire misterioso e interesante.

Por primera vez en su vida se sentía como un millón de dólares.

Debbie suspiró.

—Bueno, yo prefería el traje pantalón pero estás muy bien, mama. Aunque para ser sincera te veo demasiado elegante para nosotros.

June no hizo caso de la pulla. Debbie se estaba volviendo un bicho sarcástico y empezaba a atacarle los nervios.

—Tú no pensarás ir con eso, Debs, ¿verdad?

Susan lo dijo con voz aguda.

Debbie dio una vuelta delante del espejo y se encogió de hombros.

—¿Qué tiene de malo?

Susan meneó tristemente la cabeza.

—¿Qué tiene de bueno? Pareces una puta total. Ponte el traje que te compré. Quiero que este día salga estupendo en todas las fotos. Por favor, Debs, hazlo por mí.

—Vete al carajo, Susan. Cualquiera diría que antes de hoy no se había casado nadie. No pienso andar por ahí con un vestido de algodón de manga corta color limón ni aunque me maten. No lo sobreviviría. Todos los troncos se reirían de mí.

—Pues sí, o te lo pones o no vas, Debbie.

Nadie se quedó más sorprendido que Debbie ante las palabras de su madre.

—Susan tiene razón, ese vestido tiene clase, y te lo vas a poner, señorita. Y además te quitas ese maquillaje. Es una boda en la iglesia, no en una puta discoteca.

Debbie suspiró profundamente.

Se miró en el espejo. Llevaba un vestido vaquero que se marcaba donde debía y unos zapatos de plataforma alta. Llevaba las piernas cortas y regordetas al aire hasta donde podía y tenía un aspecto ridículo.

Llevaba un maquillaje tan espeso como siempre y aplicado con mano inexperta, porque lo excesivo era lo que se llevaba. Para Debbie la moda era muy importante, le sentase bien o no la del momento.

—No te lo diré otra vez. Vete a cambiar y date un baño, putilla barata.

Debbie echaba chispas.

—¿Cómo iba a poder bañarme si la gorda se ha pasado allí toda la mañana y luego tú hasta ahora?

Susan y June se rieron.

—Vamos, Debs, lo de lavarse nunca ha sido una de tus ocupaciones favoritas, ¿verdad? —la pinchó Susan.

—¿Es que no puedes hablar el puto inglés como todo el mundo?

Debbie salió de la habitación hecha una furia.

June suspiró.

—Es un buen coñazo esta chica, siempre discutiendo. No sé de dónde lo habrá sacado, la verdad es que no lo sé.

Susan alzó las cejas pero no dijo nada. No quería que nada empañara el día de su boda.

—Tienes el pelo precioso, Susan. La verdad es que siempre lo tuviste precioso, hasta de niña.

Con sus dieciséis años, la hija de June se giró torpemente en la silla a causa de su avanzado embarazo y sonrió.

—Me alegro de que tuviera algo a mi favor, mama. El careto siempre dejó bastante que desear.

La cara de Susan la había maquillado una «esteticien», y el pelo se lo había arreglado una profesional. Lo llevaba recogido encima de la cabeza con unos bucles que caían por los lados. En el pelo habían entrelazado una diadema de flores de papel para sujetarle el velo, y con la piel reluciente del embarazo estaba casi guapa. June se la quedó mirando.

—Lástima que Barry no saliera antes de la cárcel. Estás enorme, nena. No hay modo de esconder ese bombo.

Susan le dio unas palmaditas feliz.

—La verdad es que no quiero esconderlo, mama. A Barry le encanta. Le da besos todos los días.

Entonces entró Ivy. Iba vestida con traje y abrigo verde pálido, un sombrero de paja y guantes y zapatos claros, y toda ella tenía el aspecto de la madre del padre de la novia.

—¡Ahí afuera es un jodido horno, chicas! Qué día tan fantástico para una boda. Tienes el pelo precioso, Susan, estás realmente especial.

Susan le sonrió.

—Tú también.

Sabía que su abuela solo estaba buscando halagos.

—Ponte los putos dientes, Ivy, que traes una cara que parece un estanque de patos.

—Que te den, June, me los pondré cuando esté lista. Son nuevos y me están matando. Me hacen sangrar las encías.

Los dientes de Ivy siempre eran una fuente de disputas y si podían, todos evitaban hablar del tema.

—¿Dónde están los hombres? ¿Alguien los ha localizado ya?

June hizo un gesto despectivo.

—Se marcharon de aquí ayer a las nueve de la mañana, quién coño sabe dónde andan ahora. Será mejor que estén listos y será mejor que Barry se encuentre en buen estado para hacer sus putas promesas porque él y su madre fueron los que forzaron lo de que la boda fuera por la iglesia. ¡Cristo bendito, católicos escoceses en la familia! Y él, que es el ladrón más grande de este lado del río. Ya me dirás, si por eso les gusta a los Bannerman, todos son unos fanáticos religiosos.

Susan suspiró.

—La que lo quería de verdad era la mamá de Barry, pero yo me puse de su parte. Me parece que encaja bien hacer estas cosas ante los ojos de Dios.

June meneó la cabeza sabiamente.

—Pero casarse y que te enjareten un maromo de por vida es hacer una tontería, muchacha, acuérdate de mis palabras. Ya te ha sido infiel, te trata como una mierda, y lo más importante, que no te da demasiado dinero. Así que, ¿qué sacas tú de aquí más que un apellido nuevo?

Ivy estaba molesta y se le notaba.

—Sacará lo que sacaste tú, June: un hombre. Alguien que se ocupe de ella y cuide de ella y sus hijos. Así que ¿quieres cerrar esa puta boca dos minutos y parar de querer dar al traste con todo? Yo digo que lo que estás es celosa.

—¿Celosa de qué? ¿De ella? No me hagas reír. Puedo ver perfectamente cómo va a ser su vida y tú también.

June salió enfadada de la habitación y Susan descansó la cabeza en su pecho.

—Ha estado muy rara toda la mañana, Ivy, no le hagas caso.

La abuela asintió.

—Porque se acuerda del día de su boda y se da cuenta de que ahora ya está para el arrastre y eso la reconcome.

—Puede que sí, pero hoy no te pelees con ella, quiero que todo salga realmente bien.

—Te llevas un buen hombre, confío en que te des cuenta de eso, Sue. Apuesto a que es bueno en el catre, ¿eh?

Susan se rio a su pesar.

—Eres terrible.

Ivy se rio.

—Con estas pintas puede que hasta yo saque algo en limpio, ¿quién sabe, eh? — empezó a reírse a carcajadas y Susan rio con ella—. ¿Cómo va lo de la casa, cariño?

Ivy estaba impresionada de que ya les hubieran concedido una casa municipal. Era porque Barry le había soltado unas cuantas libras al funcionario de vivienda y él se lo había arreglado todo. La casa era estupenda, estaba justo un poco más abajo de su misma calle. Así que por lo que a Ivy respectaba, un doble placer.

—La hemos decorado y ya están los muebles dentro. Está preciosa. Barry se ha agenciado incluso a alguien que nos arregle el jardín. ¡Ah! ¿Y sabes qué? Me compró una aspiradora y una lavadora.

La abuela suspiró de felicidad.

—Eres una chica con suerte, ¿sabes? El chico llegará lejos. Recuerda mis palabras.

—Le quiero.

Ivy soltó un gruñido de conformidad.

—Pues claro que le quieres. Qué tiene ese chico para no quererlo, ¿eh? Es todo un paquete de hombría. Ojalá fuera tú esta noche, llevo en ayunas desde que se murió el viejo Rey.

Volvió a partirse de risa.

June volvió a entrar en el dormitorio con una botella de champán y unos vasos.

—Venga, vamos, tomaos esto. Barry la dejó aquí ayer y dijo que te medio emborrachara para que se te viera de buen humor.

Todas cogieron un vaso e Ivy alzó el suyo para brindar.

—Por Susan y Barry.

Chocaron los vasos y bebieron el vino frío y espumoso. Susan terminó el suyo y se echó a reír. Aquel estaba siendo de verdad el día más feliz de su vida. Dentro de pocas horas iba a ser la señora de Barry Dalston y ya no podía esperar.

Barry abrió los ojos y tuvo que hacer un guiño. Tenía la boca seca y parecía que le hubieran pegado los ojos con pegamento. Oía su propio olor, una mezcla de alcohol y sudor tan fuerte que le hizo saltar las lágrimas y le ayudó a abrirlos adecuadamente.

Estaba en la casa nueva, eso lo supo por el empapelado. En su dormitorio, en el que compartiría con Susan.

Un movimiento a su lado le hizo girarse. A ambos lados tenía una mujer durmiendo y Joey roncaba a los pies de la cama.

Los recuerdos asaltaron a Barry al intentar acordarse de lo sucedido la noche antes. Vio imágenes atropelladas de clubs de *striptease*, un garito de juego y un burdel en Paddington. Notó que la bilis le subía a la garganta y tragó con fuerza.

Le dolía la cabeza y la cara era un guiñapo. Eso le hizo recordar la pelea. Se incorporó en la cama y se palpó la cara y suspiró fastidiado. Como mínimo tenía un ojo morado y los labios hinchados. Su madre iba a matarlo si no estaba en perfecto estado de revista ante el cura.

Joey se revolvió y se sentó lentamente. Tenía los ojos enrojecidos pero la cara sin marcas.

—¿Todo bien?

Era su manera habitual de saludar.

—¿A ti qué cojones te parece, Joey? Van a matarme. Mi madre, Susan, June. Todas juntas.

Joey se encogió de hombros y le frotó la pierna a una de las mujeres para despertarla.

—Venga, tú, levántate y quítate de ahí. Ya te has llevado lo tuyo, ahora deja un poco para el resto.

—¿De dónde cojones sacamos a este par de lagartas viejas? —dijo Barry de mal humor.

Se abrió un ojo verde y una voz capaz de quebrar el hormigón dijo estridente:

—Pues anoche no te quejabas, hijito.

La echó de la cama de una patada y la hizo caer al suelo.

—Porque anoche estaba como una cuba, guapa, por eso no me quejaba. ¿Es que alguien en sus cabales te echaría un polvo a ti estando sobrio?

La mujer se puso de pie y con tanta dignidad como pudo reunir dijo de mala leche:

—Lo mismo que a ti, socio, lo mismo que a ti.

—Venga, a tomar por el culo, y llévate a tu gemela contigo. Supongo que sois parientes porque no puede haber dos tías así de feas por casualidad.

Joey y Barry se rieron al ver la expresión ofendida de la mujer.

—Todavía nos debéis dinero.

Barry se bajó de la cama, lo que hizo encogerse a la mujer.

—¿Me estás diciendo que esperas que os paguemos? —el susto le había hecho elevar el tono de voz como cinco octavas.

La otra mujer empezó a despertarse. Estiró los brazos y bostezó, tenía un aliento tan agrio como el cuerpo.

—¿De dónde os sacamos a vosotras, si no os importa que os lo pregunte? —intervino Joey.

Las mujeres empezaron a vestirse sin hacerle caso. Pero no dejó de mirarlas. Andaban por los treinta años, tenían piernas robustas y pechos planos, pero la más alta de las dos tenía un pelo y unos ojos bonitos.

—Venga, chicas, de dónde os sacamos, ¿eh?

La más alta fue la que contestó.

—Pues del Valbon, si quieres saberlo, y no somos travestis. Teníamos la noche libre y vosotros nos dijisteis de trabajar una noche. Así que a pagar.

—¡Los cojones! Vístete y a tomar por el culo.

Barry salió del cuarto. Le estallaba la cabeza.

—Sácalas de aquí, Joey, y prepararé una taza de té para los dos. Mi madre nos trajo provisiones ayer —luego, volvió corriendo al dormitorio y echó una ojeada al despertador de la mesilla de noche—. ¡La hostia! Llegará aquí en cualquier momento con mis primas para preparar la comida de la recepción. Si ve a este par me las hace pedazos.

—Tranquilízate, muchacho, estamos casi vestidas. Tú danos nuestra pasta y nos largaremos tan silenciosas como un ratoncito.

Aquello era una amenaza y Barry lo sabía. Agarró a la más alta del pelo y empezó a arrastrarla fuera del dormitorio. Y en lo alto de las escaleras le gritó:

—¡Quieres bajar andando, cabrona, o te bajo yo a patadas! Tú escoges, cariño.

La prostituta rubia salió del cuarto como una bala. Con los zapatos y los bolsos y los abrigos en la mano empujó a su amiga escaleras abajo. Al llegar a la puerta de la calle miró a Barry y le gritó:

—Teníamos libre por la gonorrea, así que, que tengas un feliz día de boda, gilipollas.

Había bajado ya la mitad de los escalones persiguiéndolas cuando se dio cuenta de que estaba desnudo. Se tapó la polla con las manos y gimió.

—La tengo toda roja, Joey.

Joey se rio con ganas.

—No me sorprende. Casi acabaste con las dos, hijo. Eso es un truco de furcia vieja. Venga, haz un té, cojones. Tengo la boca que ni el piso de una jaula de canarios.

Joey se puso a arreglar el dormitorio. Las sábanas estaban manchadas con toda clase de cosas, de semen a lápiz de labios, pero aun así hizo la cama. Al cabo de un par de minutos las ganas de mear se hacían tan grandes que salió zumbando hacia el retrete. Y mientras meaba tuvo una sensación punzante y soltó un juramento entre dientes.

Era todo lo que les hacía falta ahora, una gonorrea. La última vez que la había tenido June se puso demente. Cuando terminó de mear metió la cabeza debajo del grifo del agua fría para despejarse. Al acabar de vestirse oyó a Kate, la madre de Barry, que entraba con la comida.

—¿Te encuentras mal, hijo?

Tenía un acento puramente cockney. Se había casado con un escocés y después de que lo asesinaran volvió a sus raíces. Adoraba a su hijo igual que Ivy adoraba a Joey. Le gustaba de veras.

Kate era leal, decente, y tenía los oídos y la boca cerrados. Era todo lo que debe ser una mujer por lo que a él concernía. Barry estaba seguro de que ni antes ni después de la muerte de su padre había habido otros hombres para ella.

Kate era de misa diaria y rezaba por él y por su padre, y ahí se acababa todo. No veía nada malo en su hijo y se ponía de su parte frente a cualquiera con una opinión distinta de la suya. Así que en conjunto era una cockney de pura cepa, una de la vieja escuela.

Tenía la casa como una patena, cocinaba de maravilla y siempre te daba una cálida bienvenida. Joey deseó que fuera ella su mujercita, le hubiera encantado casarse con alguien así. Todavía era guapa. Para su edad, por supuesto. Pero no la echaría a patadas de la cama si tenía la oportunidad, y Dios sabía que lo había intentado bastantes veces. Kate siempre se comportaba como si no supiera lo que él pretendía.

Se encogió de hombros y se atusó el pelo antes de bajar a verla. Tal vez no. No todas las mujeres eran como June, a la caza de lo que saliera.

Al pensar en su mujer, suspiró. Ahora se lo hacía con un jodido indio que tenía un puesto en la calle. Tenía un gran Jaguar, un turbante y un juego de dientes blancos relucientes que le habían costado una pequeña fortuna.

Joey sonrió. Bueno, que los aprovechara ahora que podía porque Joey iba a saltárselos muy pronto. Todo lo que quería hacer antes era averiguar si ese tipo tenía algo que mereciera la pena sacarle y luego encontrar la oportunidad de limpiarle lo que pudiera y al mismo tiempo darle a ese mamón de asiático una lección que no se olvidaría ni queriendo.

¡Qué jodida June! No dejaba de poner su granito de arena a favor de las relaciones raciales.

Kate le sonrió al verlo entrar en la cocina.

—Estoy preparando huevos con beicon, ¿quieres?

Joey sonrió feliz y se frotó las manos.

—Sí, por favor. Nos vendría bien cualquier cosa para volver a la normalidad.

Se fijó en que a Barry se le veía convenientemente avergonzado delante de su madre y eso le alegró. El chico se había ido ganando su propia familia últimamente y aunque Joey seguía siendo el pilar de las operaciones, Barry podría ir teniendo en la cabeza la idea de trabajar solo. Por eso este matrimonio era un regalo de Dios en más de un sentido.

Cuando Joey estuviera demasiado borracho o colocado para culminar un negocio, Barry lo sustituiría automáticamente. A él ya lo habían encerrado, se había comido su marrón y todo sin sacar mucho pecho ni soltar la lengua. Se había pasado tres meses a la sombra y eso le había hecho bastante bien. No quería volver a entrar y eso era una señal alentadora.

Ahora haría lo que hiciera falta para seguir lejos del talego, y lo que hiciera falta era una gran amenaza para el mundo.

La iglesia estaba atestada, el olor a cera se imponía en el calor de julio. Susan ya estaba sudando como un cerdo y el pelo se le pegaba a la frente en mechones empapados.

—Ojalá llegue de una maldita vez. Se supone que soy yo la que llega tarde, no él.

—Es un gilipollas como tu padre. Ese cojonazos llegó tarde a nuestra boda —dijo June con acidez.

Susan le dijo en tono agudo:

—¿Quieres dejar de soltar tacos en la iglesia?

Su madre alzó los ojos al cielo.

—¡Como si viniéramos aquí sin parar! Esto es una maldita pérdida de tiempo y de energía. Si Dios existe, cariño, hace mucho tiempo que se olvidó de nosotros.

Susan ignoró el comentario y se concentró en intentar mirar por la ventanita que había junto a las puertas de la iglesia para ver si Barry y Joey habían llegado.

—Voy a despellejar a ese cabrón si se ha dejado trincar hoy, te lo juro.

June puso un tono duro en su voz y la barriga de Susan se removió. La criatura le pesaba allí dentro. Dio una patada, un movimiento fuerte que casi la hizo doblarse.

—Eh, cariñito, ¿estás bien?

Susan asintió e inspiró profundamente mientras se frotaba el vientre hinchado.

—Sí, estoy perfectamente. Me parece que el bebé está tan harto como nosotras, eso es todo.

Ivy encendió un cigarrillo y le dio una profunda calada.

—Toma cariño, dale una calada, esto te calmará un poco.

Susan tomó el cigarrillo agradecida y dio una buena calada.

—¿Pero dónde están?

—Pueden estar en cualquier parte. En las quimbambas o a la vuelta de la esquina por lo que sabemos —dijo Ivy con tono de resignación.

A Susan empezó a entrarle el pánico. Barry llevaba casi media hora de retraso.

—Pero va a venir, mama, ¿verdad que sí?

El miedo a ser abandonada ante el altar penetró entonces en su cabeza y sintió que el estómago se le revolvía con una náusea al darse cuenta de que con el bombo Barry era muy capaz de «olvidarse» deliberadamente de comparecer.

June miró la cara blanca y tensa de su hija y por un momento se apiadó de ella.

—Acostúmbrate a esto, cariño. Es igual que tu padre aunque tú no quieras verlo todavía. Toda su vida va a ser lo que le dé la gana, mi amor, y no puedes hacer ni una puta cosa por arreglarlo. En cierto modo ojalá que no venga. Te haría un favor, aunque tú no lo verás de ese modo por lo menos en mucho tiempo.

Susan notó que las lágrimas le picaban en los ojos e intentó detenerlas antes de empezar a llorar a gritos. Si Barry la avergonzaba delante de todos, lo mataría, lo mataría en el acto.

¿Dónde estaba?

—¡Eh, para a aquel coche de la pasma!

Las dos mujeres que contemplaban la pelea estaban hipnotizadas. Una de las dos corrió hasta el bordillo y alzó la bolsa de la compra para hacer señales al coche patrulla de que se parara.

—¿Qué sucede, señora?

Los dos jóvenes guardias veían la pelea con sus propios ojos, pero como les pareció un tanto salvaje prefirieron pedir refuerzos.

Betty Tomlinson frunció los labios.

—Por lo que he podido deducir el coche negro se le atravesó al azul y ahora los cuatro ocupantes se están peleando. Pero por la pinta de los dos que van ganando, yo diría que hay una novia en algún sitio que está tirándose de los pelos. Miren las cintas del coche. Menuda desgracia, ¿eh?, pelearse en la calle el día de tu boda. En mis

tiempos eso no pasaba, se lo digo yo.

Los policías no la escuchaban. Ya habían visto a Joey y Barry pegando a dos hombres de mediana edad por toda la calle. Cinco minutos después llegaron otros dos coches patrulla y los guardias jóvenes decidieron que ya era el momento adecuado para salir de su vehículo.

—Míralos, ya estaban peleando cuando nosotros llegamos aquí.

Un policía más viejo suspiró.

—Venga, vamos a pararlos. Ese es Joey McNamara, su hija se casa hoy. Nos avisaron de la fiesta hace dos semanas. La mitad del hampa de Londres estará allí.

Entre los seis policías separaron a Joey y a Barry de los otros dos hombres que pensaban que les habían cortado el paso. De hecho, Joey les había cortado el paso a ellos, pero después decidió que se querían pasar de listos y necesitaban que les dieran una lección.

Los dos hombres estaban machacados pero no inconscientes. Uno, un tipo grueso medio calvo y una gran barriga cervecera, estaba sentado en el bordillo cuando el policía mayor le preguntó si quería presentar cargos. Dijo que no, igual que su acompañante, un comerciante del mercado de Covent Garden.

No eran idiotas. Sabían que el hecho de haberles preguntado significaba que la policía no quería hacer nada. Era la ley del asfalto y la aceptaban.

Cinco minutos después Barry y Joey iban en el Panda de la policía camino de la iglesia. El coche iba regateando entre el tráfico y ellos disfrutándolo en cada momento. El alarde de llegar a la iglesia en un coche de la policía era demasiado para que lo pudieran resistir.

La botella de *whisky* escocés que se cepillaron mientras se vestían les había puesto a tono para la ceremonia. También a tono para soliviantarse por nada. Dos imbéciles ostentosos en un precioso Daimler nuevo les habían dado justo el empujón que necesitaban para completar las emociones del día.

Se pararon con un buen frenazo delante de St. Vincent y al ver la expresión atónita y maravillada en todas las caras se hincharon como pavos.

Pero el sacerdote no quedó nada impresionado.

El padre Stuart Munro era todo un mito por casar a la fraternidad delincuente sin hacer nunca preguntas torpes. Pero no iba a tolerar ninguna clase de complicaciones. Con más de un metro noventa y cinco kilos, era un hombre al que muchos escuchaban. Hablaba con buen sentido, pero también tenía unos puños que podían dejar fuera de combate a cualquiera, ¿y quién iba a alzar la mano a un sacerdote? El padre Munro tenía otra boda cinco minutos después y estaba enfadado. Seriamente enfadado. Solo había aceptado casar a aquellos dos por Kate Dalston, una buena mujer y una católica devota, y mira cómo se lo pagaban. Estaba medio tentado de cancelar la ceremonia.

Pero al mirar a su alrededor y ver a los Davidson y los Bannerman, delincuentes que abarcaban todo el Gran Londres, y al ver el semblante de la novia embarazada, el

padre Munro accedió.

Pero sería una ceremonia rápida. Tendría que serlo.

Barry estaba de pie esperando a la novia, salpicado de sangre que no era suya, con la chaqueta desgarrada y barro en los pantalones. Estaba pletórico con sus travesuras y suponía que todos opinaban lo mismo. Los oía susurrar y reírse en la iglesia y comprendió que había hecho de aquel día uno que nadie olvidaría.

Y la que menos Susan Dalston.

Le encantaba la idea de que fuera a llamarse con su apellido. Era como si se la hubiera robado a Joey y ahora fuera propiedad suya. Después de hoy Joey ya no tendría nada que decir en la vida de Susan. Ante eso Barry sintió un estremecimiento de placer.

Le sonrió al verla torpemente de pie a su lado, pronunció los votos con voz alta y firme y consiguió que todos se riesen otra vez.

Al escucharlo, Susan se lo perdonó todo. Lo tenía allí, estaban casados y ahora era su esposa. ¿Qué más podía querer cualquier muchacha?

Le llegaba el olor de la cera, de las flores y el aroma de Medianoche en París, el perfume que llevaba la mayoría de las mujeres que había en la iglesia. Sintió la emoción que sienten todas las novias, al saber que se embarcaba en la aventura de toda una vida.

A pesar de que la extraña aparición de Barry la había incomodado estaba decidida a disfrutar de su día, a recordarlo como una ocasión feliz, a reírse de lo que él le había hecho aun cuando en su interior sabía que debería condenarlo. Odiarlo por haberla humillado delante de todo el mundo.

Cuando Barry le puso el anillo en el dedo vio la sangre seca en las manos y un pequeño escalofrío le recorrió el cuerpo. El bebé se le removió otra vez en su interior y se sintió ligeramente mareada.

El local entero parecía retirarse ante sus ojos y lo único que permanecía era el crucifijo sobre el altar. El Cristo la miraba desde arriba y Susan supo que lo necesitaba, necesitaba a ese Dios, lo iba a necesitar toda su vida a partir de entonces.

El sudor le pegaba el vestido al cuerpo y tenía la cabeza como sin peso y como si fuera a estallar.

Pero amaba tanto a Barry... Por todo lo que era, por todo lo que hacía, lo amaba. Y decidió que ese amor tendría que ser suficiente para ambos.

Barry notó el temblor de sus manos y la atrajo hacia él, un abrazo brusco que volvió a hacer reír a todos los presentes y al padre Munro resoplar exasperado.

Por lo menos se preocupa por ella, fue lo único que pensó. Aunque fuera un tipo de amor tan brusco, era algo.

Porque si alguna vez alguien necesitó de sus oraciones, era esa pobre niña que tenía delante, con sus ojos tristes y su vientre lleno de esperanza. De golpe, el cura se

deprimió.

El padre le haría muchas carantoñas a la criatura durante unas pocas semanas y luego perdería completamente el interés. Stuart Munro lo sabía igual que se sabía el catecismo, igual que sabía las parábolas. Llevaba muchos años viviendo en el East End y había visto ir y venir muchos Barry Dalston. Los había bautizado, los había casado y los había enterrado.

Barry, por su parte, se encontraba a sí mismo una maravilla. Se había asegurado de que nadie olvidaría aquel día. Miró a su Susan, como ahora la llamaba en su interior, y se la imaginó desnuda más tarde, con la enorme barriga colgando mientras él la poseía por detrás. Se le estaba poniendo dura solo de pensarlo y trató de controlar sus pensamientos.

Su Susan era una buena chica. Había puesto la casa estupendamente y cocinaba bien. Comprendió que podía haber elegido mucho peor. A su madre le gustaba la chica y eso era lo principal.

Notó que su interior se rebelaba contra el alcohol y sintió un momento de mareo al tragarse un vómito listo para ser arrojado. Comprendió que estaba francamente borracho y contuvo el aliento para controlar el mareo y mantener el equilibrio. Deseó que el sacerdote se diera prisa y cerrara ya el pico porque estaba empezando a aburrirse. Quería beber algo, comer algo, estar con su flamante esposa.

Su esposa.

Su Susan Dalston.

En cuanto se terminó la ceremonia Barry se dio la vuelta e hizo una reverencia a los congregados en un gesto burlón de bravuconería. Por desgracia, tropezó y lanzó a su esposa por los aires.

Susan aterrizó de culo en el más bajo de los escalones del altar. Barry se reía de tal manera que ni siquiera lograba ayudarla a levantarse. Susan Dalston aguantó la indignidad de tener al novio borracho en la iglesia, tan borracho que había tirado de un empujón a su propia esposa embarazada y encima se reía de ello. Pero Barry creía de verdad que era de risa.

Algunos de los que estaban en la iglesia se rieron también, pero nerviosos, porque veían la expresión de la cara de Joey McNamara. Incluso Davey Davidson, célebre por su gran sentido del humor, encontraba difícil sonreír.

Miró a su amada esposa y le susurró:

—Escoria, querida, puta escoria. Vamos rápido a la recepción y nos largamos a casa pronto. Ya he tenido bastante.

—¿Qué haces, cacho mierda? Esa a la que andas tirando por ahí es mi hija.

Joey lo dijo en voz bien alta y June e Ivy fueron a su lado inmediatamente para impedir la bronca que sabían que iba a empezar en cualquier momento.

—Déjalo, Joey. Fue un accidente y Susan no se queja. Olvídalo.

Joey apartó de un empujón a su mujer.

—Joey, por favor, no, aquí delante de todo el mundo no.

—¿Olvidarlo? ¿Ese gilipollas tira al suelo a mi hija de un golpe y se supone que tengo que olvidarlo? ¡Le voy a partir la cabeza!

June lanzó un hondo suspiro.

—Vámonos, Ivy, que se arreglen ellos. Ya he tenido bastante.

Joey se volvió a su esposa.

—¿Tú has tenido bastante? ¿Que tú has tenido bastante? ¿Estás de cachondeo, June? Si alguien ha tenido bastante soy yo, socia.

Empujó a Kate Dalston y a su hijo sin ningún miramiento para apartarlos de su camino y levantó a Susan del suelo.

—Se acabó, te vienes conmigo a casa ahora mismo.

Susan liberó la mano que su padre le apretaba. Con voz espesa por las lágrimas y la humillación dijo entre llantos:

—Déjalo, papa, fue un accidente. Por favor, no me lo estropees todo, no lo hagas todavía peor de lo que es.

Joey la agarró del brazo sin suavidad alguna.

—Tú te vienes a casa conmigo y con tu madre. Tengo que haber estado loco de atar para consentir en toda esta puta mierda. Ese es un gilipollas y cuanto antes te des cuenta mejor para ti.

Barry escuchaba todo aquello en un silencio incrédulo. El padre Munro lo escuchaba enfadado, no se lo podía creer.

Airado, Barry apartó a Joey de Susan de un empujón y Joey le lanzó un puñetazo. Antes de que impactase en la mandíbula de Barry el padre Munro lo había hecho caer por los escalones del altar de un tremendo directo.

—¿Queréis quitaros todos de mi vista? Y que Dios os perdone porque desde luego yo no.

Kate pasó un brazo por los hombros de la llorosa Susan mientras Barry corría a vaciar el estómago sobre la gravilla de fuera. Sus arcadas se oían por toda la iglesia como amplificadas. Los invitados a la boda presentes lo miraban todo horrorizados.

En el interior, la gente empezó a coger los regalos, mirándose los unos a los otros y preguntándose cuál era el protocolo para un desastre de aquella magnitud en un día de boda. ¿Seguirían adelante con la recepción de todos modos?

Susan lloraba como una criatura en brazos de su madre política y el maquillaje le llenaba la cara de churretones rojos. Kate intentaba calmarla mientras June meneaba la cabeza consternada y su marido yacía inconsciente en el suelo de la iglesia.

—Voy a matar a ese jodido, eso lo juro. ¡Cabrón de mierda!

Ivy se arrodilló al lado de su hijo y le movió la cabeza. Hasta ella comprendía que esa vez las cosas habían ido demasiado lejos. La esperanza y la felicidad que anunciaba la boda se veían ahora sustituidas por una desesperanza callada por intentar salvar alguna cosa del día.

Dos de las más viejas amigas de Ivy se le acercaron y la cogieron por los brazos.
—Vámonos, querida, vamos a casa.
Ivy asintió, sin palabras por una vez.

Joey abrió los ojos y lo primero que vio fue la cara de Bannerman. Dejó un paquete de colores alegres al lado de Susan y dijo con tristeza:

—Tenemos que marcharnos, cariño, pero os deseamos todo lo mejor —sonrió y luego añadió irónico—: Estoy seguro de que lo vais a necesitar.

Le dio un beso amable en la mejilla y se marchó con su mujer muy tiesa de indignación por el escándalo que había presenciado.

En ese momento Joey se vio a sí mismo como lo veían todos. Un animal malhablado que ni siquiera podía controlar su mala lengua y su violencia en una iglesia sacrosanta.

Era una percepción de tan absoluta claridad que se puso a llorar. Sollozaba y ni siquiera su madre le hizo caso. Al parecer nadie quería consolarlo, nadie quería excusarle por lo que había hecho.

Se puso de pie vacilante, casi cayéndose, e imploró a su hija con los ojos y con palabras.

—Sue, perdóname, amorcito. Fue la bebida...

Susan meneó la cabeza y se alejó de él. Tenía el ramo destrozado. Debbie se lo cogió e intentó arreglarlo.

Ahora Joey lloraba en voz alta, ya sin ninguna inhibición. No soportaba cuando la gente lo rehuía, cuando él sabía que había ido demasiado lejos y lo había estropeado todo y los demás le hacían ser consciente de sus actos.

Necesitaba sentirse valorado, necesitaba sentir que estaba por encima de los demás.

—¡SUSAN!

Había una súplica en su voz.

Pero Susan y Debbie siguieron su camino para salir de la iglesia y los invitados fueron tras ellas como ovejas. A Joey nadie le habló ni le ofreció una palabra de consuelo.

Kate Dalston esperó hasta que todos los demás se hubieran marchado y entonces lo miró con ojos llenos de odio y le susurró en voz baja:

—¡Eres un sucio cabrón, maldito! Si mi marido estuviera consciente te sacaría ahí fuera y te haría pedazos por lo que has hecho aquí dentro. Emborrachar a mi Barry y meterte en una pelea antes de su boda, luego insultarlo e insultar a tu propia sangre ante los ojos de Dios.

Lo miró de arriba abajo. Meneó la cabeza y dijo en voz baja:

—Me das asco.

Por fin vio a June. Estaba de pie al fondo de la iglesia. Incluso desde aquella

distancia su mirada lo condenaba y comprendió que hiciera lo que hiciese o dijera lo que dijese toda su vida le echarían en cara lo de aquel día.

Se pasó la mano por los ojos y se dio cuenta de que seguía llorando. June le volvió la espalda y salió de la iglesia. Joey McNamara no se había sentido tan solo en toda su vida.

Capítulo 11

Barry estaba borracho pero contrito. Eso lo veía todo el mundo. Kate Dalston se había ocupado de que todos tuvieran algo de beber y de comer e hizo cuanto pudo para que el día fuera un éxito. Nadie habló de la ceremonia y eso vino bien a todos los implicados.

June y Ivy estaban en el dormitorio de la casa nueva cambiando las sábanas y arreglándolo todo. Por primera vez en su vida Ivy dijo algo malo de su hijo.

—¿Qué quieres que te diga, June, tan malo fue el uno como el otro.

June asintió.

—Todo ese dinero, todo ese tiempo y esfuerzo. Pobre Susan, la verdad es que se esforzó cantidad.

Ivy se encogió de hombros.

—Bueno, por lo menos ahora ya sabe dónde se ha metido. Nunca creí que diría esto, June, pero ese Barry es tan malo como Joey en muchos aspectos —se estremeció—. Cada vez que me acuerdo de esa escena en la iglesia me pongo mala.

June movió la cabeza consternada.

—¿Cómo crees que se debe sentir Susan? A veces es como un grano en el culo, pero hasta yo tengo que admitir que las payasadas de hoy estaban completamente fuera de lugar. ¿Viste la cara de Bannerman que es tan religioso y tal?

Ivy olfateó las sábanas con sospecha y suspiró.

—Y encima han tenido una sesión de folleteo en esta cama, menudo par de guarros cabrones. Mira el color de esta barra de labios, no se va a ir nunca de esta sábana. Son unas manchas muy jodidas.

June alzó los ojos al cielo. Había oído la voz de Susan en el jardín y se acercó a la ventana a ver qué pasaba. Joey había llegado a la verja de atrás y levantó la ventana haciendo el menor ruido posible para oír lo que estaban diciendo.

Joey intentaba pasar el brazo por la cintura de Susan que lo apartaba intentando amablemente que la dejara libre.

—Por favor, papa, ¿no ha habido bastantes complicaciones por hoy?

Era evidente que Joey había almacenado más bebida para armarse de valor. June observó desde arriba a su marido y a su hija como si fuera una extraña, los miraba como una espectadora imparcial. Notaba en el aire el calor del día, el aroma familiar de los humos de escape, la comida cocinada y la mugre que señalaban al East End durante el verano. Vio que su marido ponía una mano sobre el vientre de su hija y trataba de acariciárselo.

—Venga, Susan, tú sabes que no lo decía en serio. Estaba borracho, borracho y nada más.

Susan lo empujó, ahora con más fuerza, como si su contacto le hubiera accionado un interruptor dentro.

—¡Aparta esas putas manos de mí! Ahora no soy nada tuyo. Soy una Dalston y

no una McNamara, ¿vale? No puedes tocarme nunca más.

June se dio cuenta de que tenía a Ivy de pie en silencio junto a ella. Ninguna de las dos dijo palabra.

—Solo trataba de defenderte, cariño. Te tiró al suelo delante de todos.

Susan se apartó otra vez de él aunque en los estrechos confines de las paredes del jardín resultaba difícil.

—Tú estropeaste mi boda. Lo hiciste emborracharse y meterse en una pelea. Tú lo estropeaste todo. Ya sé a lo que juegas. Eres un puto celoso. Y lo necesitas a él porque eres un inútil de los cojones y ni siquiera puedes conservar ese trabajo de matón a sueldo. Bueno, pues aquí se acabó todo, papa. Estoy hasta la coronilla. Barry es mi marido y yo soy su esposa. Ahora ya no puedes tocarme, nunca más, porque si lo haces se lo digo a él. Sabe lo que me hiciste en casa de la tía, y sabe lo que eres de verdad. Un perverso, un animal, como quieras llamarlo.

June y Ivy vieron con silencioso asombro que Joey volvía a echarse a llorar.

—Susan, por favor, solo lo hice porque te quiero. Tú eres mi niña favorita, siempre lo has sido.

En su voz había una nota de súplica que pudo con June, que la hizo comprender con exactitud lo que era Joey.

—¿Pero qué pasa? ¿De qué va todo esto? —la voz de Ivy sonó lastimera.

June miró a su suegra y se encogió de hombros.

—¿Pero de qué crees que va todo, Ivy? —dijo—. Tu chico de oro se ha estado tirando a su hija. Y me parece que lleva años haciéndolo.

Ivy meneaba la cabeza para negarlo.

—No, ni hablar. Joey no es así. Puede que tenga unas cuantas costumbres raras, pero eso no. Probablemente Susan lo interpretó mal, ya sabes cómo es. Tanto leer, tanto hacerse la jodida reina mártir...

June la interrumpió.

—¿Sabes qué, Ivy? Es igual que tú en muchísimas cosas. Egoísta, testarudo y completamente desagradable. La primera vez que se lo hizo tenía doce años, y desde entonces no ha parado. Hace siglos que lo sé.

Ivy miró a su nuera atónita, en silencio.

—¿Que lo sabías? ¿Lo sabías y no hiciste nada?

Hasta a ella le pareció difícil de creer.

June sonrió levemente.

—¿No te parece que ya tuvimos bastantes problemas todos sin pregonar eso? Imagínate que Davey Davidson o los Bannerman lo descubrieran, ¿eh? Nos hubieran corrido a patadas del East End, lo sabes tan bien como yo.

A Ivy le impidió responder un grito que sonó abajo en el jardín. La madre de Barry apartaba a su hijo de Joey y Susan intentaba empujar al padre al callejón por la cancela.

—Vete ya, papa. ¿Quieres irte ya? Por favor.

Se lo dijo con voz suplicante. Ya había tenido suficiente por un día, suficiente calor y compañía. Lo único que quería era tumbarse e intentar olvidar que todo aquello había sucedido alguna vez.

Joey salió del jardín y Susan suspiró aliviada.

—¿Qué quería?

La voz de Barry sonó con tono duro.

—¿Qué te piensas que quería, Bal? Quería venir a la, digamos, recepción.

Kate Dalston los dejó a su aire. Pensó que lo mejor para ellos sería quitarse de en medio. Ivy y June los miraban desde el dormitorio calladas las dos para escuchar lo que decían.

Barry empujó a Susan contra la verja y trató de rodearla con los brazos. Susan aspiró el olor a vómito, *whisky* y vino tinto de su aliento y apartó la cabeza asqueada. Él notó lo que estaba pensando y la empujó con más fuerza contra la cancela.

Susan notó que un clavo de la puerta se le hundía en la espalda e intentó apartarse del abrazo con un giro.

—Déjame, Barry, estoy harta de que todos me obliguen a hacer lo que quieren ellos.

Barry sonrió.

—Ah, estás harta de hacer lo que te dicen, ¿verdad? Bueno, pues déjame que te lo diga con todas las letras. Hoy, al casarme contigo, te he hecho una persona respetable, colega. Te he sacado de las manos de ese par de sacos de escoria que te criaron y te he convertido en mi esposa. Así que te lo ruego, hazme el favor de recordarlo todo el tiempo. Si te digo que saltes, saltas, Susan Dalston, y salte usted tan alto como pueda, señora, y espero que lo haga siempre bien. A ver, ¿lo he dicho bastante claro?

Le tenía la cara agarrada con la mano y le retorció la mandíbula hasta que hizo una mueca de dolor.

—No te oigo, Susan, ¿decías que sí?

La chica asintió dolorida y él soltó la presa.

—Te estás volviendo igual que tu madre. ¿Te piensas que voy a aguantar toda esa mierda que ha aguantado tu padre, eh? Pues mira, escúchame. Tú eres mía y de nadie más. Así que entiéndelo bien, Susan. Y eso incluye al cabrón de tu padre. Como me entere de que anda rondando a tu alrededor, lo mato.

Susan volvió a asentir pero ya atemorizada.

—Y luego te mato a ti. Como ese hijo salga aunque sea remotamente parecido a ese mamón, te hago pedazos. ¿Oyes lo que te digo, mujer?

Susan se pasó la lengua por los labios agrietados y doloridos.

—Por favor, Barry, hoy no, ¿vale? El día ya ha sido bastante desastroso tal y como ha sido.

Barry no la escuchaba. La estaba arrastrando hacia el callejón y lanzándola contra la pared de enfrente. Levantándole el vestido de novia mientras le mordía el cuello con mordisquitos crueles que hacían daño y la angustiaban.

—Déjalo, Barry, aquí no. No delante de todo el mundo.

Ahora le arrancaba la ropa interior. Susan notó cómo la tela barata se desgarraba entre sus manos y cerró los ojos ante el resplandor del sol veraniego.

—Eres mi esposa, Susan. Y puedo hacer esto cuando quiera, cariño. Es para lo que se casa la gente, ¿sabes? Te voy a montar aquí, y tú me dejas. Pero si quiero también puedo montarme a otras y tendrás que dejarme hacerlo. Esa es la diferencia entre hombres y mujeres, ¿sabes?

La levantaba del suelo con la fuerza de sus empujones; era un dolor insoportable. Pero Barry ya había pillado el ritmo y golpeaba contra ella como si su vida dependiera de eso.

Susan levantó la vista y vio a su padre mirándolos desde el jardín de al lado. Estaba medio oculto tras una valla caída cubierta de yerbajos y basura acumulada. Vio la cara tensa. Los ojos oscurecidos por la emoción y el pelo aplastado contra la cabeza por el sudor.

Alrededor zumbaba una avispa. La oía sonar fuerte en su cabeza. Aquello resultaba absurdo ante lo que le estaba pasando en ese momento. El rumor lejano del tráfico y el temblor del suelo cada vez que un camión grande pasaba de vez en cuando eran cosas normales, aunque nada era normal en aquel momento y lugar. Se dio cuenta de que Barry era Joey, aun cuando su mente retrocedía ante semejante idea.

Barry la quería, de eso estaba segura.

A los dieciséis años, con un embarazo avanzado y después de una infancia que la mayoría de la gente no se podría creer tenía que creer que Barry la amaba. Quería que la amase.

Quería que alguien la amase.

Todos sus sueños de niña se sumaron al relajarse deseando solo el castigo de aquel asalto a su cuerpo cuando lo sintió eyacular. Se le tensó todo el cuerpo y luego se derrumbó y se agarró a sus nalgas como si le fuera la vida. Y luego, cuando la lascivia desapareció y comprendió lo muy preñada que estaba, la atrajo al suelo y hundió la cabeza en su pecho atrayéndola hacia sí y musitando lo que para él eran ternuras.

—Ha sido el mejor, Sue, mejor que nunca. Ahora eres mía, mi amor, toda mía y de nadie más.

Susan le acarició la cabeza y asintió deseando que se acabase aquello. Quería que se acabase del todo, quería olvidar que había sucedido. Quería apartarse de la mirada de su padre.

Si Barry se daba cuenta de que Joey los estaba mirando se encendería, se pondría furibundo.

Pero cuando se apartó de ella vio allí al padre y mientras se subía la cremallera de los pantalones le gritó:

—¿Lo has visto bien, Joey? Has visto lo que tiene ahora tu querida hija, ¿eh? ¡Un

hombre de verdad!

Susan cerró los ojos angustiada.

—Oh, Dios mío, por favor, haz que se acabe este puto día.

Joey salió dando tumbos del jardín y empezó a bajar por el callejón detrás de las casas baratas. Se le veía derrotado, y por un momento Susan sintió pena de él.

Luego Barry echó a andar tras él, le hizo dar la vuelta y Susan notó que le faltaba el aire de los pulmones al oír las palabras de su marido.

—Venga, Joey, vamos a beber algo en honor del día, socio. Ahora todos sabemos cuál es nuestro sitio, ¿no es cierto?

Joey miró a su hija y ella asintió imperceptiblemente con la cabeza. No podía hacer otra cosa. Barry Dalston había hablado y ella ahora tenía que hacer lo que él quisiera.

Su vida no había cambiado ni un ápice. Lo único distinto era el apellido de la persona que la controlaba. Lo que hacía, lo que pensaba, lo que decía.

Mientras los dos hombres entraban juntos en el jardín y hacían las paces delante de todos, ella los observaba con el corazón destrozado por dentro ante la injusticia de una vida que sustituía a Joey por Barry.

En aquellos quince minutos Susan se hizo mayor, pero era demasiado tarde. Ahora Barry Dalston era ya su dueño absoluto, con todo incluido.

La fiesta de la boda estaba en pleno auge. Eran ya las once y media de la noche y el tiempo cálido de verano la hacía aún más agradable. Las estrellas titilaban en el cielo y una brisa fresca silbaba entre los invitados que desbordaban la cocina y llenaban el jardín y el callejón de detrás de la casa. Sonaba la música y la gente bailaba dentro y fuera.

Susan estaba absolutamente destrozada. Sentía que la barriga le colgaba hasta las rodillas y le retumbaba la cabeza con todo aquel ruido y la tensión del día. Miraba a Debbie bailar y flirtear con todos los hombres. Vio a su madre y a Ivy hablar entre ellas, vio amigos y parientes borrachos y desinhibidos, bailando, besándose y desapareciendo con parejas con las que no habían llegado.

Debbie llegó hasta ella bailando.

—¿Todo bien, Sue? Al final ha salido bomba, ¿eh?

—¿Me estás tomando el pelo, Debbie? ¡Si todo ha sido una puta pesadilla!

La hermana se encogió de hombros.

—De acuerdo que lo de la iglesia fue gordo, pero yo creo que, en resumidas cuentas, todo ha ido de lo mejor. Eso solo fue cuando el papa se metió con Barry. La mama ya le ha echado un broncón con ese asunto, y ya ves que está todo lo avergonzado que tiene que estar. Lo ha dejado como una malva a base de gritos, te lo juro, yo la oí.

—Tanto tiempo y tanto dinero, Debbie, prepararlo todo para hoy como se debe y nos lo estropearon. Y ahora soy el hazmerreír de todos. Oí a la tía Violet decirle a Grace que todo fue porque yo lo único que quería era fardar. Que fuéramos todos

muy bien vestidos y tirar la casa por la ventana con una gran boda de blanco. Sus palabras exactas fueron, por supuesto: «Todo salió mal porque a Dios no le gusta que nadie viva por encima de sus posibilidades. ¿Quién se ha creído que es? ¿La puta reina?».

Debbie se echó a reír.

—Es que puedo oírsele decir. Antes me preguntó si yo iba a ser la siguiente. Le dije que se fuera al carajo. Yo no pienso atarme, colega, hay demasiados hombres y muy poco tiempo. No aprendí muchas cosas de la vieja, pero eso sí. Eso de tomar al primero que se presenta no es para mí. Yo quiero ver lo que hay por ahí, saber lo que quiero de la vida antes de comprometerme.

Sus palabras todavía deprimieron más a Susan.

—¿Eso es lo que piensas que he hecho yo, coger al primero que se presentó?

Debbie miró a su hermana y Susan comprendió que era sincera.

—¿Y no fue eso lo que pasó entonces? Jesús, Sue, lo querías pillar tanto que a veces era un dolor verte. El último par de años has estado como una mujer que lleva años casada. No salías nunca, nunca hacías nada, solo esperar a que tu amo y señor te dijera lo que tenías permiso para hacer y lo que no. Dime un solo sitio al que hayas ido sin él. Venga. Un club, un *pub*, hasta un cine. ¿No puedes, a que no?

Susan movió tristemente la cabeza.

—Bueno, pues ahí lo tienes. Tienes lo que querías, Susan, lo tienes a él. Así que, ¿por qué no eres feliz, eh? Muy bien, admito que la boda en sí fue un puto desastre, pero ya tienes lo que fuiste a buscar a la iglesia. Tienes a Barry. ¿Qué más te esperabas? ¿Felicidad instantánea o qué?

Susan miró a su hermana a los ojos. Vio en ellos tristeza auténtica además de un destellito del placer que Debbie sacaba de aquel día. En cierto modo, Susan lo entendía. Llevaban meses hablando y dando vueltas a su boda. Había hecho sombra a todo y a todos los demás.

Volvió dentro de la casa a buscar algo de beber del bar improvisado en la sala y vio a Barry sentado en las escaleras al lado de su prima Frances y tratando de agarrarla de un pecho. Se dio cuenta de que si Frances lo apartaba era solo porque había visto que Debbie y ella se les acercaban.

Lo peor de todo fue que sabía que a Frances le molestaba más que la hubiera visto Debbie que Susan. Debbie era la que tenía la lengua larga, la agresiva. No la buena de Susan que hacía la vista gorda o pretendía no entender lo que pasaba porque así la vida era más fácil.

Dio un buen trago a su *gin-tonic*, sintió el alcohol golpearle el cerebro y saboreó la sensación de libre abandono que le proporcionaba.

Pero estaba casada, ¿no?

Como Debbie había señalado era todo lo que ella había querido siempre. Y ahora por fin, Susan Dalston tenía lo que quería.

¿Cómo era el viejo dicho? «Ten cuidado con lo que pides, que puede que te lo

den».

Esas palabras giraban a toda prisa por su cabeza y trató de apartarlas. Ahora era una mujer casada, la señora Susan Dalston. Y tenía toda la vida por delante.

Podía hacer que su matrimonio funcionara, podía procurar cambiar a Barry, hacer de él un hombre más de familia. El hijo lo arreglaría todo, de eso estaba convencida. Él estaba loco de entusiasmo, convencido de que sería un chico, igual que él.

¡Dios nos libre!

Si era un chico Susan lo criaría en el respeto a sí mismo y a quienes le rodeaban, y sobre todo a las mujeres. Se preguntó qué le reservaría la vida a continuación, luego se sirvió otra buena copa y muy pronto estaba bailando y cantando como si fuera una auténtica recepción nupcial. Y lo era.

Y si Barry estaba bailando con su prima en vez de con su mujer, Susan sabía que tenía que permitirlo al menos esta vez. Hoy ya no quería ninguna complicación más. Ya había habido demasiadas.

—¡Me cago en la puta, Susan! ¡Es como estar en la cama con un elefante! ¡Muévete, puta gorda!

Barry se reía mientras intentaba moverla sobre la cama para ponerla en el que había de ser su lado en el futuro. Ella rodó un poco para ayudarlo y lo oyó reír de nuevo.

Después mirándola a la luz de la luna se le suavizó el rostro.

—Perdóname por lo de hoy, amor, lo siento de verdad. Fueron los nervios. Bebí *whisky* para calmarme los nervios, ¿sabes? Ojalá hubiera escuchado a mi madre y lo hubiera dejado hasta la recepción.

Mientras hablaba le iba quitando el vestido.

—Levanta el culo de la cama, Susan, ya está bastante difícil así.

Ella le dejó que la desnudase del todo. Se arrodilló ante ella y le frotó el vientre con ternura.

—Mi hijito está aquí dentro, nadando para tener sesos y todo lo demás, preparado para dar la cara ante el mundo. Bendito sea, quiero darle en la vida todo lo que un chaval pueda tener.

—Igual es una niña, Bal, en el mundo hay dos sexos.

Barry se rio.

—Quia, nada de rajas en el culo. Es un chico, yo ya me aseguré.

Susan sonrió. Adoraba a Barry cuando estaba así. Ese era el hombre al que quería, no el otro Barry, ese del que le daba vergüenza, incluso miedo.

—Me lo llevaré a Upton Park, a que vea fútbol del mejor. Y me lo llevaré al parque para jugar con él, lo haré un hombre. Le enseñaré a pelear, a defenderse, a ser una persona. Le enseñaré a no tragar mierda de nadie sin metérsela de vuelta en sus putos gaznates. Voy a hacer todo eso por mi hijo, Susan, porque lo querré mucho y sé

cómo es el mundo de verdad.

—Espero que sea una persona educada, Bal, que le gusten los libros. Quiero que tenga estudios y sea alguien. No como nosotros. Ya sabes, agarrando lo que podamos para sobrevivir. Quiero que él o ella pueda elegir en la vida. Ser una persona amable, mejor que nosotros y de donde venimos.

Barry se quedó callado un momento pensando lo que le había dicho. Aquello a Susan le gustó. Quería que él quisiera lo que ella quería para su hijo.

Finalmente, habló:

—Escucha, *señora Dalston*, si te piensas que vas a convertir a mi hijo en un puto maricón más vale que te lo pienses otra vez. Ahora te libras de que haya una muerte aquí porque sé que te debo una después de joder todo el rollo en la iglesia y tal. Pero si veo alguna vez a mi hijo con un libro o con algo que se le parezca remotamente, te arrancaré esa puta cabeza de los hombros. ¿Me has entendido? ¡Qué educado de los cojones! Me lo tendrás jugando al puto tenis antes de que se entere de lo que pasa.

La hizo girar sobre el cuerpo y luego la forzó a cuatro patas a pesar de que ella intentaba permanecer sobre la espalda. Al final la arrastró a los lados con rudeza. Le clavó los dedos en los hombros y le susurró:

—No vayas a sacarlo esta noche, Susan, ¿vale? No estoy de humor.

Para cuando la penetró Susan ya había puesto el piloto automático y a los diez minutos había terminado. A Susan le dolían las piernas, tenía los hombros irritados de su áspero trato y el vientre tenso e incómodo.

Dos minutos después de salir de ella se quedó dormido. Tenía un brazo sobre ella y a ella le parecía como una cinta de acero que la clavase a la cama.

Allí tumbada, blanca, agotada y exhausta, Susan volvió a llorar, solo que esta vez lloraba por su hijo no nacido y por una vida que comprendía que había tirado a la basura. Aquella casita la veía ahora con unos ojos no enturbiados por el amor y le parecía la chabola destartalada de mala muerte que en realidad era, aunque estuviera un escalón por encima de la de su madre.

Ante Susan se alzaba lo que sería el resto de su vida y el miedo que le produjo hizo que la criatura diese vueltas en el interior de su vientre como si también se rebelase contra el destino que le habían deparado aquellas dos personas en aquel dormitorio diminuto.

Susan lo acarició dulcemente e intentó tranquilizar a ella y al niño. Estaba atrapada y se había atrapado ella sola, eso era lo peor. Susan Dalston se había sentenciado a cadena perpetua tal como estaba ahora.

—Lo digo en serio, Joey, ¿qué está pasando contigo y con Susan?

Estaba borracho, pero no tan borracho que no se diera cuenta de que andaba por terreno resbaladizo, muy resbaladizo.

Decidió que se enfrentaría al asunto como de costumbre.

—¿En qué cojones andas ahora? Susan y yo, ¿qué pasa con Susan y yo?

June cruzó el dormitorio y le metió un dedo en la cara.

—Lo que has oído. ¿Es que andas tras ella? Te advierto que hoy te he estado escuchando desde la ventana con tu madre, así que recuérdalo antes de que digas una puta palabra.

Joey sintió el miedo en el pecho. Intentó recordar lo que había hecho y dicho pero el alcohol lo tenía bien trincado y no recordaba gran cosa.

—¿Y qué coño oíste? Un padre que habla con su hija el día de la boda. Pues qué bien.

—Nosotras, es decir, tu madre y yo, te oímos pedirle perdón e intentar volver a meter un pie allí, eso fue lo que oímos. Así que ya sabes que lo sé, Joey. Vamos a dejar de andarnos con tantos disimulos. Lo que quiero de ti es que me des tu palabra de que en adelante la dejarás en paz. Ni más ni menos.

Joey seguía callado y June se puso a imitarlo.

—«Te quiero, Susan. Tú eres mi niña favorita, siempre lo has sido».

Joey se sentó en la cama y metió la cabeza entre las manos.

—Frotarle la barriga... ¿qué anda mal, Joey? ¿Consideras que es tuya, verdad? Supongo que podría serlo, y entonces sería tu hijo y tu nieto. Y así entrabas en el libro de récords, ¿eh?

Joey levantó la vista y miró a su mujer a los ojos.

—Estás celosa, ¿eh, June? Porque a ti no te quiero así y tú lo sabes. Pero si Susan es mía, eso es lo que tenemos que arreglar de una vez por todas, ¿no es eso? ¿Susan McNamara es hija mía? O sea, porque podía ser fácilmente de otro, ¿no es así, June?

June meneó la cabeza y sonrió enseñando unos dientes amarillos.

—Siempre has pensado eso, ¿verdad?, desde el primer día.

Cogió el vaso que tenía sobre el tocador y se lo bebió de un trago.

—Es tuya seguro, Joey, por eso no te preocupes. Por la que podrías preguntarte es por Debbie, no Susan.

Entonces Joey se encogió de hombros y el gesto la irritó tanto que sintió ganas de matarlo.

—¿Entonces tendría que empezar a tirármela a ella?

—Debbie tiene demasiado sentido común para que la lées con eso, tronco. ¿Susan aceptó de buena gana o la forzaste tú? Solo por lo que la oí decir hoy, me parece que fuiste tú, Joey, me parece que disfrutaste haciéndola hacerlo para tomarte la revancha de que yo te dejara por Jimmy.

—Vete al carajo, June, eres peor que un grano en el culo. Para tu información, a ella le encantaba, y fue ella la que vino a buscarme. Cambió conmigo cuando apareció en escena Barry Dalston. Y la que lo empezó todo fue ella realmente. Te echaba de menos a ti así que me buscó a mí, nos buscamos mutuamente.

June empezó a desvestirse.

—Si hablaras de otra persona igual me lo creía. Sé muy bien lo que es estar triste,

que no te quieran ni te deseen. Y sé que eso puede hacer que pasen cosas. Recuerdo que alguien dijo que eso pasa muchas veces después de que se muera la madre. El marido y la hija se juntan para darse consuelo y la cosa se les va de las manos. Pero tú no eres lo bastante noble como para hacerlo por esas razones, Joey. Las personas así se dan cuenta de lo que hicieron y dejan de hacerlo. Tú habrás disfrutado de hacérselo precisamente porque era tu hija. Pretendes creer que no lo es porque así te sientes mejor. Bueno, pues es tuya, solo tuya. Es totalmente tuya. Solo que a partir de hoy es de Barry Dalston, por supuesto —continuó—. Y ahora mismo se la está montando, como bien sabes. Hoy los estuviste mirando hacerlo. Yo y tu madre te miramos mirarles, por así decir. Has destrozado a Ivy. Solo espero que puedas reparar el daño que la has hecho porque podías haberla asesinado y ella seguiría defendiéndote. Pero por esto no. Estaba en un estado terrible, espantada de que la gente pudiera enterarse, descubrirlo y que a todos nos pusieran la etiqueta de degenerados.

Joey se quedó mirando a su mujer. Se había quedado solo con el sostén y las bragas puestos y encendía un cigarrillo.

—Hazme un favor, June, por favor.

Lo dijo con una vocecilla tranquila.

—¿Qué quieres, Joey? Dejarlo todo como está, ¿eh? Callarse y meter toda la porquería debajo de la alfombra, ¿no?

Joey se rio con grosería.

—Que nos llamen sobre las once de la mañana. Hay algunos que tenemos que ir a trabajar, ¿vale?

Se metió en la cama y se volvió de su lado.

—Tú cuéntaselo a quien quieras, June, a mí me importa un puto carajo. Es tu palabra contra la mía y vamos a tenerlo claro, si me quedo con el culo al aire no habrá muchos que vayan a decírmelo a la cara, ¿no crees?

June se sentó en su lado de la cama y lo miró despectiva.

—Solo los Davidson y los Bannerman.

Joey se rio de nuevo.

—Pero tú no se lo dirás, June, sabes que eso sería tirar piedras contra tu tejado, amor. Venga, ¿te vienes a la cama? Si no, apaga la luz y date el piro, estoy cansado.

June apagó la luz y salió del dormitorio. Cogió un jersey y fue a sentarse al cuarto de estar. Estaba oscuro pero no se molestó en encender la luz. Iba dando vueltas en la cabeza a todo porque sabía que en realidad todo era culpa suya.

Lo había sospechado durante un tiempo y no había hecho nada. Lo había descubierto y siguió sin hacer nada.

A decir verdad, eso le hacía la vida mucho más fácil. Aparte de que Susan la ponía celosa aunque no pudiera saber por qué. No era guapa de ninguna manera evidente, en realidad no era nada. Lo que le irritaba era aquel querer ser mucho mejor que su madre. Cada vez que cogía un libro o se perdía por otros mundos había

conseguido hacer que de alguna forma la vida de June perdiera toda importancia.

Y aunque sabía que su hija tenía razón, le dolía. O tal vez por eso le dolía. Porque tenía razón.

Ni una sola vez se preocupó de si Joey le hacía a Susan cosas que un padre no tiene que hacerle a su propia hija. Bueno, admitió para sus adentros, se había preocupado por las razones equivocadas, siempre por razones equivocadas.

Estaba celosa por si Susan conseguía afectar esa parte de él que la propia June nunca había conseguido afectar: su corazón.

Le daba miedo que amase a Susan como se debe. Que se preocupase por ella más de lo que se preocupaba por su propia esposa, la madre de sus hijas. La hija a la que se llevaba a la cama y que ella había dado a luz para él.

¿Por qué no se había preocupado de lo que aquel hombre le hacía a aquella niña, a su hija? ¿Qué faltaba en su interior para que todavía no le afectase de verdad, para que se alegrase de que Susan hubiera salido de su casa, de que no estuviera ya bajo su techo? Ninguna de las otras mujeres habían sido nada, eso lo sabía, siempre lo había sabido. Hasta lo de Susan, siempre estuvo segura de que ella era la única persona a la que Joey McNamara le había interesado o necesitado alguna vez.

Ahora no estaba tan segura.

Susan no tenía nada de extraña, como él se refería a sus otras aventuras. Susan era su hija, su niña. Carne de su propia carne. ¿Estaría ahí la atracción? June se arrebujó en el sofá y encendió otro cigarrillo, y su chispa roja era la única luz de la habitación salvo el resplandor apagado y sombrío de la farola de fuera.

Había refrescado, ese frío traidor que trae el verano cuando empieza un día despejado. Oyó el coro del amanecer, los pajaritos que gorjeaban. Muy pronto su ruido quedaría ahogado por el del tráfico.

Era domingo, el día de descanso. Todos dormirían sus resacas, irían al *pub* o prepararían comidas gigantescas que realmente nadie quería comer.

Oyó el clac-clac de los zapatos de su otra hija cuando llegaba por la terraza a la puerta de entrada. Oyó la llave en la cerradura y las pisadas que tropezaban en el umbral. Se levantó, ayudó a Debbie que estaba borracha y prácticamente incapaz de llegar a su habitación. La desnudó y Debbie se durmió.

Miró el perfil de su hija dormida. Era bonita en un estilo curioso, barato, pero de cuerpo macizo y pesado como el de su padre. Solo parecía guapa porque todo el mundo la miraba a ella y luego a Susan y las comparaban.

Mientras June la miraba se dio cuenta de que su marido había entrado en el cuarto. Lo miró y le susurró:

—¿Qué pasa, que ahora te apetece un poco de Debbie? ¿O es que hay algo más que yo no sé?

Joey la arrastró fuera del cuarto. Cerró la puerta sin ninguna delicadeza y le bramó:

—Pon el culo en esa cama, mujer, y cierra la puta boca.

June hizo lo que le decía.

No porque quisiera hacerlo, sino porque tenía frío y estaba cansada. Cuando él alargó la mano para abrazarla se quedó asombrada de cómo le respondía. Era como si llevaran años separados y acabasen de juntarse después de todo aquel tiempo. Después de echarse de menos el uno al otro, de necesitarse y desearse el uno al otro. Hicieron el amor hasta que el sol estuvo alto y sus cuerpos les resbalaban con el sudor. Pero ninguno de los dos emitió palabra ni una sola vez.

Después se durmieron abrazados, algo que no habían hecho hacía años. June estaba en paz consigo misma y no sabía por qué. Solo sabía que estaba contenta. De alguna forma era como si Susan hubiera perdido y ella hubiera ganado.

Aunque no estuviera segura de qué.

Capítulo 12

Susan se sentía cansada e irritable, había sido un día muy largo. Apenas llevaba un mes de casada y ocho de embarazada y empezaba a darse cuenta del volumen de trabajo que implicaba mantener la casa agradable, cocinar para su marido y arrastrar a todas partes aquella pesada carga desde que se despertaba hasta que volvía a meterse en la cama.

Pero aun así, lo estaba disfrutando.

Su boda formaba ya parte del folclore del East End. Se había hablado de ella durante días, entre risas y chistes y comentarios diversos. Susan se lo había tragado todo y se hizo querer tanto por los vecinos como por los amigos. Tenía la casa como una patena, hacía la colada con regularidad y su entrada y sus ventanas brillaban como espejos ante las mujeres que pasaban.

Al contrario que su vecina de al lado, Doreen Cashman, que vivía como los cerdos, dejaba a sus hijos correr por la calle y se pasaba los días fumando pitillos y cotilleando, Susan era aceptada por las mujeres de más edad que la tenían en gran aprecio.

A Susan, sin embargo, le gustaba su nueva vecina.

Doreen era una fulana con el pelo largo amarillo decolorado, un cigarrillo colgando permanentemente de los labios y una boca como el túnel de Blackwall.

Pero era divertida, incluso descacharrante, y Susan la encontraba una gran tipa.

En cambio Barry no podía soportarla, y no lo ocultaba. A Doreen le importaba un rábano. Soltaba las cosas según le venían, lo que a él no le hacía apreciarla nada. Era la clase de mujer a la que se refería como una furcia, cosa que en realidad era en el sentido de que hacía de prostituta por libre de vez en cuando y luego le contaba a todo el mundo lo que había hecho. Hasta las mujeres mayores se reían de sus payasadas cuando estaban de humor. Susan la consideraba todo un personaje, alguien con personalidad que rebosaba de vida.

Después de solamente un mes Susan había llegado a confiar en Doreen. Su ingenio, su visión de la vida y su disparatada forma de vivir le daban envidia algunas veces.

Pero en conjunto estaba bastante feliz con su matrimonio. Después del desastre del día de la boda se habían instalado en su nuevo hogar y lo habían convertido en un pequeño paraíso para los dos. Kate Dalston estaba de lo más entusiasmada con las aptitudes de Susan para la casa y la cocina, que eran equiparables incluso a su propio nivel de exigencia. En consecuencia, pasaba por la casa todos los días con lo que iban haciéndose muy amigas. A Susan le encantaba tener en su vida una auténtica figura materna y si alguna vez Barry no volvía a casa, no se lo reprochaba. Cuando por fin llegaba se limitaba a hacerle algo de comer, le preguntaba cómo iba todo y se comportaba como si todo fuera normal.

Barry se dio cuenta de que era una joya y le proporcionaba paz, tranquilidad y

afecto. Mientras Doreen no estuviera en la casa todo iba perfecto.

Doreen, por su parte, se aseguraba de desaparecer en cuanto oía la llave de Barry en la puerta.

Esa mañana había salido el sol, el calor iba aumentando y el ayuntamiento había puesto camiones cuba en la calle por la escasez de agua. Eso era corriente durante el verano en el East End y Susan estaba agradecida de que los dos hijos mayores de Doreen le hubieran ahorrado el trabajo de ir llenando cubos y luego trasportarlos hasta la casa. Estaba preparando un té para ambas cuando llegó sin avisar su prima Frances con una expresión en la cara que les dijo a las dos mujeres que algo malo había pasado.

—¿Dónde está Barry? —preguntó Frances muy seca.

Susan se encogió de hombros. El sudor le iba goteando por el cuello y la espalda, lo que la tenía incómoda y con picores.

—¿Qué sé yo, Fran? Estará en cualquier sitio.

Frances tenía una pinta estupenda y Susan le sirvió una taza de té mientras admiraba el vestido y los zapatos.

—Se te ve tan fresca como una manzana, ¿no crees, Doreen? Siempre has tenido muy buen tipo, chica. Le has sacado mucho partido, diría yo.

Frances pareció avergonzarse. Salió al minúsculo jardín sin decir palabra. Parecía afectada, según pensó Doreen para sus adentros, y pensó también que debía ser algo de Barry Dalston.

—¿Para qué querías verlo, Fran? Es que normalmente viene allá hacia las seis, si quieres volver entonces...

Frances seguía fingiendo interés por el jardín.

—¿Todavía va a beber al Londoner?

—No lo sé —dijo Susan encogiéndose de hombros—, estos días anda por todas partes con mi padre. ¿Quieres que le dé algún recado?

Doreen notó ansiedad en la voz de Susan, se apoyó en la pared junto a la puerta de atrás y le preguntó en voz alta:

—¿Y para qué quieres verlo, de todos modos?

El tono de voz hizo volver a Frances a la cocina. Susan acababa de sentarse en una silla y tiraba del cuello del vestido para airearse la piel e intentar refrescarse.

Tenía la barriga enorme. Frances miró a su prima y sintió los primeros impulsos de arrepentimiento por lo que había hecho y lo que tenía que contar.

—¿Has ido últimamente por el hospital? ¿Qué te han dicho?

Susan se rio.

—No he ido mucho. Ahora tengo que esperar porque las últimas semanas siempre son las más difíciles, o eso me dice todo el mundo. Seguro que me toca entrar en el puto club cuando más calor haga de todo el verano, ya verás. Menuda suerte.

Se dio unas palmaditas en el vientre y suspiró feliz.

Frances sonrió con tristeza.

—Debe de ser duro, colega. De todas formas, por lo menos Barry no te molestará, ¿no es cierto? O sea, quiero decir, que quiera que te abras de piernas y todo eso. Lo dejasteis a los seis meses, ¿no?

Doreen y Susan soltaron grandes carcajadas.

—Eso será un chiste, ¿no? Sigue atacándome como si nada. Y para serte sincera, agradecería un poco de descanso.

Frances puso cara de disgusto y aquello hizo que las otras dos mujeres se rieran aún más.

—Escucha, Fran, cuando estás preñada estás más cachonda no sé por qué razón, y Barry dice que además es bueno para la criatura. Que lo leyó en el periódico.

—¡Seguro que sí! Ni siquiera sabía que supiera leer, para serte sincera.

Doreen y Susan se rieron dando por hecho que se trataba de un chiste.

Frances cogió a Susan de las manos y suspiró profundamente.

—Escucha, Susan, tengo que hablar contigo, colega. Con eso del bebé y lo demás... —se volvió hacia Doreen—. ¿No te importaría dejarnos solas, por favor?

Susan sacó las manos de entre las de su prima y meneó la cabeza.

—Lo que vayas a decir puedes decirlo delante de Doreen, de todas formas seguro que yo se lo cuento.

No quería oír lo que fuera, tenía el presentimiento de que iba a traerle problemas.

—Escucha, Susan —Frances se arrodilló delante de ella y cruzó las manos, un movimiento que por alguna razón irritó realmente a Susan.

—No sé cómo decirte esto, pero tengo que decírtelo...

—¿Que te acostaste con Barry el día de mi boda? Eso ya lo sabía.

Susan habló con voz grave, preñada de amenazas, y Doreen suspiró incómoda. Sabía que su amiga no andaba muy bien y que algo así no conducía a un descanso apacible. Al ver el dolor en los ojos de Susan tuvo ganas de darle un puñetazo a Frances en la cara.

La prima miró al suelo y se puso de pie sin seguridad.

—Pero eso no es lo peor de todo, Susan.

Susan se quedó perpleja por un momento. Luego, se dio cuenta de golpe de lo que le iba a decir su prima; se alzó de la silla y sintió que sus manos entraban en contacto con el cabello de Frances. Al minuto siguiente Susan la iba arrastrando por la cocina intentando arrojarla fuera por la puerta de atrás.

—¡Maldita zorra! ¿Tú también estás en el club, no es eso?

Notaba que el bebé se debatía en su vientre con el esfuerzo agotador de sacar a rastras de su hogar a aquella invitada indeseada. De su hogar, del que compartía con Barry. Con Barry Dalston, ese cabrón mentiroso, tramposo, con dos caras.

Doreen intentaba apartarla de Frances empleando toda su fuerza considerable para separarlas.

—Te voy a matar, Frances, lo juro.

Frances se había puesto a llorar. Estaba de pie en el jardín y lloraba como una

criatura, los lagrimones le corrían por las mejillas y arrastraban el maquillaje. Y sin embargo, seguía allí plantada incapaz de marcharse hasta haber comunicado todas las noticias que quería dar a la mujer que tenía delante.

—No estoy preñada, ojalá lo estuviera. Cualquier cosa sería mejor que lo que hay, cualquier cosa, Sue.

Susan notó el tono suplicante de su voz y se tranquilizó, hizo que su cuerpo se calmase y esperara a oír algo aún peor de lo imaginado.

—Bueno, ¿entonces qué es? ¿Que me va a abandonar, es eso, que no tiene huevos para decírmelo él mismo?

Su mundo se había partido en dos. Se sentía como si alguien hubiera cogido un machete de carnicero y le hubiera partido en dos el esternón hasta llegar al corazón. El dolor no podía ser peor que el odio que sentía dentro, aquel sentimiento de ineptitud, de no ser nada otra vez.

Doreen la abrazó como una madre abrazaría a su hija, con un abrazo de cariño y preocupación. Como conocía mejor la calle, el mundo, ya había supuesto lo peor.

Frances miró a su prima a los ojos. Y le susurró meneando la cabeza:

—Me ha pegado una guarrada, Susan, la gonorrea.

Al principio pensó que no había oído a Frances correctamente, que de alguna forma no había entendido aquella declaración tan simple.

—¿Que qué? ¿Que te pegó qué?

Se dio cuenta de que ahora las palabras le salían a gritos. Que si no tenía más cuidado todos los vecinos la oirían. Ya sabía que les caía bien a todos, que pensaban que era una chica respetable aunque pensasen otra cosa de su marido. Sí, era una buena chica, una chica limpia, una persona decente.

Y ahora su prima Frances estaba plantada en su jardincito, en el jardín que no hacía ni dos horas que había barrido con todo cuidado y le decía que la habían contagiado, que tenía una enfermedad venérea. Que estaba manchada, contaminada, invadida por una temible enfermedad.

—Eres una furcia traidora. ¿Cómo puedes hacerme esto, Fran? ¿Cómo puedes hacerte esto a ti misma?

Frances sollozaba sin parar.

—Lo siento mucho, Sue. Te juro por Dios que si pudiera volver el reloj atrás... Estaba borracha y ya sabes cómo es Barry. Sería capaz de vender hielo a los esquimales. Por favor, trata de entenderlo...

Doreen se echó a reír con una risa estentórea que parecía amplificarse en aquella cocina tan pequeña.

—¡Eres increíble! Estás ahí diciéndole a una mujer súperpreñada que su marido te ha pegado una gonorrea ¿y esperas compasión? Jesús, muchacha, ¿pero tú qué eres? ¿Una chiflada de cojones?

Frances seguía llorando.

Doreen cogió su bolso, lo lanzó al jardín y le cerró la puerta sin dejar de gritarle

que se largara, en un lenguaje que no dejaba ni la menor duda de lo que podía pasar si la desobedecía.

Cogió a Susan por los brazos y la miró a la cara.

—Escúchame, Susan. Tranquilízate, cariño. Te voy a llevar al hospital, ¿vale? Esto no lo sabrá nadie, te lo juro. Sé guardar un secreto, cariño, ya lo sabes. Pero ahora escúchame, en la clínica de venéreas todo es confidencial, nunca lo sabrá nadie, ¿vale? Pero tenemos que ver lo que dicen a causa de la criatura.

Susan asentía con la cabeza como una niña, agradecida de que Doreen tomase el mando.

—¿Y nacerá ciego? Sé que eso puede volverte ciego...

Doreen atrajo una vez más a Susan hacia ella. Trató de calmarla de nuevo susurrándole amablemente:

—Escucha, esto solo hace un mes que pasó. No ha habido mucho tiempo para que afecte al bebé. Aparte de que por lo que sabemos la putilla esa puede haberla pillado en cualquier parte y Barry igual no la tiene. Y eso significa que tú igual no la tienes, así que empecemos a preocuparnos solo cuando sepamos bien lo que hay, ¿de acuerdo?

Susan asintió agradecida de tener algo a lo que agarrarse.

—Sí, tienes razón, es probable que solo quiera causar problemas.

La esperanza que sonó en la voz de Susan hizo que a Doreen le entraran ganas de llorar.

—Barry siempre le gustó. Les gusta a todas las chicas, ¿sabes? Siento mucho que...

Doreen asintió y siguió su propio consejo sabiamente.

—Pues venga, compañera, vámonos al hospital de Whitechapel a ver qué nos dicen, ¿eh?

Susan estaba conmocionada según supuso Doreen. La ayudó a ponerse un jersey y cerró la casa por ella. Después, advirtió a sus hijos de que si la montaban los mataría a sangre fría en sus camas y condujo a Susan a la parada del autobús.

Su mente no dejaba de dar vueltas y vueltas tratando de recordar lo que sucedía cuando pillabas una enfermedad venérea estando con un embarazo avanzado. Pero era algo de lo que nadie sabía nada hasta que se sufría en primera persona.

Barry y Joey volvían a ser los mejores amigos, trabajaban juntos cobrando deudas y amedrentando a cualquiera que necesitase un «toque», la expresión para designar las amenazas para pagar a tocateja. Había veces que una deuda se debía a algún amigo que abusando de esa amistad le decía al prestamista que si podía esperar un poco, etc, etc. Entonces el baranda se ponía nervioso viendo que su dinero se podía ir por el desagüe y contrataba a tipos como Joey y Barry para asegurarse de que el deudor se hacía cargo del procedimiento correcto para devolver los dineros prestados de buena

fe.

La aparición de Joey también protegía al prestamista, porque al cobrar se llevaba un porcentaje y ese porcentaje garantizaba que si la persona que lo pagaba se molestaba, el prestamista tenía la protección añadida de que Joey volvería a dejar las cosas arregladas otra vez.

En conjunto era un negocio de lo más lucrativo e interesante, según estaba descubriendo Barry. Aquella tarde soleada de agosto iban a cobrar una deuda para una mujer de Barking. Le había prestado dos mil libras a un marido del que se separaba y que se las había dejado colgadas como herencia. Cuando ella le dio el dinero para abrir un nuevo café en Barking Road, se creía que estaban felizmente casados y que el café les iba a dar una fortuna.

Dos años después el hombre estaba viviendo con una amiga de ella, así que no solo se había quedado sin marido, también sin el par de billetes de los grandes que le había prestado. Necesitaba recuperar el dinero porque el marido fugitivo también se estaba poniendo difícil a la hora de darle la paga para sus seis hijos. Por consiguiente, a través de Ivy le presentaron a Joey y Barry, quienes le aseguraron que no habría más comedias por parte de su marido porque de entrada ellos se asegurarían de que se enterase bien de cómo estaban las cosas.

El marido era un hombre grandote de origen griego bien conocido en Barking por su tamaño y su mal genio. Era justo el tipo de individuo al que Joey le encantaba humillar. Además, le hacían un buen servicio a una familia abandonada, ¡seis críos sin comida y sin ropa!

La hipocresía de Joey y Barry no conocía límites.

Stefano Skarpelis estaba cocinando sus desayunos ingleses para todo el día y no sintió el menor miedo al ver a aquellos dos hampones bien conocidos entrar en su café. Eran las dos de la tarde y hacía un día espléndido. En el café hacía calor y las puertas estaban abiertas de par en par. Dos ventiladores eléctricos grandes funcionaban a todo meter. El local estaba casi lleno, como Joey sabía que estaría. Los dos se colaron en el local y buscaron un asiento.

Stefano se acercó a su mesa. Sabía que no estarían dispuestos a hacer cola como todos los demás y quería demostrar el respeto que se les debía.

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

Tenía una voz jovial. Estaba contento de verlos. Todos los miraban como ya sabían que pasaría.

—Tienes un bonito local, Skarpelis, me gusta la decoración.

Stefano se sintió a punto de estallar porque su mayor orgullo y alegría eran los murales de un pueblo griego pintados en las paredes.

—Gracias, señor McNamara, es un placer tenerlo en mi café. Hoy el tiempo es igual que en mi patria, caliente y excitante.

Soltó una carcajada y Joey y Barry se rieron con él.

—¿De dónde sacaste el dinero para abrir este local?

En la voz de Barry sonaba una mínima pincelada de amenaza y el hombrón no supo muy bien cómo contestar.

—Lo pedí prestado, naturalmente, como hace todo el mundo.

—Pues debe haberte costado por lo menos un par de billetes de los grandes, ¿eh?

Stefano asintió, nada seguro de pronto de a dónde iba aquella conversación y comprendiendo que allí había una agenda oculta en la que más valía no pensar.

—¿Y cómo está esa mujer tuya tan encantadora? Es la gran favorita de mi mama, ¿sabes? —intervino Joey—. ¿Y tus críos? Imagina, seis jodidos críos y todos de la misma parienta. No quiero ni pensarlo. Mi mama opina que no has dejado de dar en el blanco ni una vez en tu vida, socio.

La conversación la escuchaban ahora todos los presentes y la nueva mujer de Stefano, una rubia de treinta años con mucho maquillaje y todavía mucho más pecho, los miraba recelosa desde detrás de la barra.

Joey empezó a hablar con un sonsonete como si les contase un cuento a una piña de niños pequeños.

—Lo más gracioso, Stefano, es que la otra semana mi mama tuvo que darle a tu antigua costilla un poco de pasta para que pudiera pagar la renta y hacerse con un poco de teca para esa panda de hijos e hijas tuyos. «Qué gracioso», le digo yo a mi mama, «¿no acaba de abrir un café en Barking? Y tengo oído que se está forrando». Pero ella me informó de que tú habías tomado las de Villadiego y que habías dejado a tu costilla, a tus niños y hasta a tu madre en la puta estacada. «Así que», va y me dice mi mama, «vete a verlo y mira a ver qué anda haciendo, porque la pobre Angela está hecha un trapo». Y eso es debido al hecho de que tú le has robado a tu mujercita de antes aquellos dos de los grandes que le había dejado su abuelo.

Barry meneó la cabeza con mucha solemnidad.

—Menudo maricón, ¿eh? No puedo ni creerme lo que acabo de oír, ¿y tú?

Miró a los cinco obreros que estaban en la mesa de al lado en busca de confirmación.

—¿No creéis que es de maricones dejar a sus hijos en la puta estacada, dejar a su mujer sin un chavo mientras él se chupa los beneficios del dinero de ella?

Los hombres asintieron vigorosamente. Sabían qué se esperaba exactamente de ellos. Si el griego iba a llevarse una tunda querían estar bien seguros de que se ponían de la parte ganadora. Puede que hiciera unos sándwiches de embutido de rechupete, pero su lealtad no iba más allá de eso.

—Terrible de cojones, ¿verdad? Increíble. Me quedé de piedra, asombrado y horrorizado con aquel cuento de miedo de mi madre. «Mueve el culo y vete hasta allí», me dijo mi mama, «y arréglale las cuentas a ese maricón de extranjero».

Joey alzó las manos abiertas como invitando a una ovación general.

—Así que, en fin, Stefano, aquí estoy, y quiero la tela de tu costilla, además de mis gastos y de tu palabra de que le pagarás a tu costilla una cantidad fija.

Stefano miró a Joey a los ojos y vio lo mucho que disfrutaba con aquello.

—Comprendo lo que dice, señor McNamara, pero le aseguro a usted...

Barry le interrumpió.

—Cierra el pico y trae la comida. Cuando hayamos comido te lo explicaremos todo en términos sencillos allá arriba en tu piso de encima de este precioso café. A no ser, por supuesto, que prefieras discutirlo ahora mismo aquí. En cuyo caso no sabes lo muy de perillas que nos viene.

Stefano Skarpelis comprendió lo que se preparaba y sabía que estaba derrotado. La noticia de esta visita se conocería por todas partes al acabar la tarde. Y le preocupaba que eso afectara a su negocio.

La gente del East End era muy rara. Podían esconder a un asesino y sin embargo despellejar al mismo individuo por abandonar a su mujer y a sus hijos sin recursos. Sí, eran raros, y sabía que lo tenían acorralado.

—Os prepararé un desayuno inglés completo a cada uno y luego arreglaremos la cuestión.

Se alejó con tanta dignidad como pudo reunir, la cara pálida y una sonrisa que no aparecía del todo en sus ojos.

—¿Ves, Barry? A veces no hace falta ni levantar una mano. Un buen rapapolvo en público hace el trabajo mejor que una pipa o una cachiporra.

Barry se rio.

Tenía los ojos centelleantes porque en una esquina estaban sentadas dos chelis que les venían talmente como anillo al dedo. Le sonreían y le ponían caras.

Una era bajita con piernas gordas y grandes pechos, pero la otra estaba mejor: pelirroja, de labios carnosos y piernas bien formadas que cruzaba y descruzaba a un ritmo alarmante.

—¿No les estarás guiñando el ojo a esas dos perritas de allí, eh, tú? Me cago en la puta, por Navidad te voy a comprar una correita para que pasees con ellas por la calle.

Hasta Barry se rio. Una cosa buena de Joey era que tenía mucho sentido del humor. Cinco minutos después todavía no había llegado la comida a la mesa así que Joey se inclinó hacia atrás en la silla y le gritó a un obrero y a su amigo que estaban junto a la puerta al otro lado del café.

—¡Eh tú, socio! ¿Cuánto quieres por un mordisco de tu sándwich? Aquí me tienen muerto de hambre, cojones. ¡Hitler tardó menos tiempo en invadir Polonia que el marica griego este en preparar un desayuno!

Todos se echaron a reír a carcajadas y Stefano Skarpelis cerró los ojos y preguntó a Dios qué coño habría hecho él para merecer aquello.

El doctor ya había examinado a Susan y ahora la ayudaba a bajarse de la mesa de exploración. Estaba tan torpe que no podía levantarse sin ayuda. El doctor era un joven de grandes ojos castaños y nariz ancha al que salvaba de la fealdad un pelo

negro rizado y el brillo alegre de sus ojos.

—¿Sabía que ya está usted de parto, señora Dalston?

Susan negó con la cabeza asombrada.

—No. He tenido un poquito de dolor de espalda estos últimos dos días, pero todos me decían que eso era por el peso. Joder, mejor será que me vaya a casa deprisa.

Intentó permanecer de pie pero el médico la hizo seguir sentada con un movimiento de la mano.

—No va a ir usted a ninguna parte, señora Dalston, salvo al paritorio. Creo que si ha contraído una gonorrea estará bien, pero tenemos que tenerla en observación a usted y al niño por cuestiones de seguridad. Dice usted que la contrajo hará cosa de un mes, ¿sí?

Susan asintió, humillada.

—Puede que haya sido antes, pero seguro que él se la pegó a mi prima el día de la boda. Qué le parece, esa Frances es tan perra que hasta puede que se la pegara ella a él.

Daniel Cole miró a la mujer que tenía delante con tristeza y resignación. En el tiempo que llevaba en el Whitechapel se había encontrado con muchas mujeres en su posición y siempre le asombraba lo resistentes que eran. Cómo aguantaban todo lo que la vida les echaba encima y se las arreglaban para superarlo.

—¿Cree que el niño nacerá ciego y deforme, doctor? Eso es lo que más me preocupa.

El doctor Cole sonrió.

—Estoy seguro de que todo irá perfectamente. Es probable que lo que haya provocado el parto sean las preocupaciones de hoy, los miedos y los sustos pueden producirlo. Así que vamos a concentrarnos en traer a su criatura a este mundo, ¿le parece? Y luego ya nos preocuparemos de todo lo demás si resulta necesario. ¿De acuerdo?

Susan asintió, no muy segura de lo que le decía exactamente.

—Pero es un mes de adelanto. O sea, ¿que es por culpa de la enfermedad? ¿La gonorrea le ha hecho salir demasiado deprisa porque algo va mal?

El doctor Cole suspiró profundamente y forzó una sonrisa.

—Como ya le he dicho, señora Dalston, vamos a esperar a ver. Por el momento nadie sabe nada excepto que usted está de parto y el niño nacerá en las próximas veinticuatro horas. No tiene sentido que se preocupe y corra el riesgo de empeorar las cosas. Así que ahora déjeme llamar a una enfermera para que la lleve a la planta y podamos proceder a partir de ahí.

Susan asintió en silencio.

La voz del médico era grave y tranquilizadora, exactamente lo que necesitaba en ese momento. Alguien que se ocupase de todo, la serenase, le quitase la tensión.

Doreen la acompañó a la planta con la enfermera. Susan se agarraba a la mano de su amiga como a una tabla de salvación. Tenía la sensación de que si la soltaba se

caería en algún abismo profundo y ese sería el final de su cordura, de su vida y de la de su hijo.

La pelirroja se llamaba Sonia. Tenía un piso en Dagenham, cerca de Heathway, y un niño pequeño que se llamaba Luke. Vivía con la madre de ella porque al parecer a Sonia le resultaba difícil manejarlo. Luke resultó tener cinco años. Había dado a luz a los catorce. No es que eso molestara a Barry Dalston, no quería vírgenes, quería pasárselo bien.

La amiga de Sonia se llamaba Abigail pero le gustaba que la llamasen Abby. Después de destrozar el piso de Stefano y darle una buena tunda, los dos matones se llevaron a las chicas al Bul a tomar una copa y unas cortezas.

—Si hemos de ser justos hace unos desayunos de puta madre —observó Joey.

Las dos mozas se rieron.

—Pero no los hará durante una buena temporada, por los ruidos que venían del piso —dijo una—. Todos lo oíamos, fue genial.

Resultó que a Sonia le gustaban los hombres con buena fachada. Como la mayor parte de las de su pelaje nunca se le había pasado por la cabeza que si tenía los problemas que tenía era por su gusto en cuestión de hombres. Un hijo y tres abortos por el camino no le habían enseñado nada. Sonia era un completo desastre.

Al principio no estaba muy segura de si le apetecía el joven Barry, porque lo había oído reírse con el chiste brutal de su amigo sobre ellas, pero como era una chica que nunca se ofendía, decidió ir con ellos al *pub* y ver qué pasaba.

El modo en que la mano de Barry se deslizaba por su muslo le indicó que las cosas iban por muy buen camino.

—¿Otro cubalibre, chicas?

Joey lo dijo en voz bien alta al borde del jardín de la taberna.

Las chicas asintieron.

—Que me jodan, Bal, del modo que estas dos lo hacen desaparecer más vale que vayamos a repostar a la puta oficina de correos del barrio por si acaso también quieren algo de comer.

Sonrió a Abby.

—A ti no te iría mal perder un par de comidas, cariño. No he visto muslos como esos desde que pillé a mi mujercita en la cama con el limpia cristales.

Abigail se rio encantada, feliz de que le prestaran atención.

Joey entró en el *pub* y fue hasta la barra.

—Dos cubalibres triples y un par de pintas, tronco.

El barman se rio.

—¿Entonces a qué hora vuelve la Cenicienta? Ya veo que os han endilgado a las dos hermanastras feas. Vete con cuidado, socio, que la gordita pequeña vive con un negrazo del mercado que tiene buenos puños —se dio un golpecito en la nariz—. O

sea, esto no es más que para que estés al tanto. No te ofendas, es que no quiero que me destrocéis el bar.

Joey le agradeció el guiño.

—Entonces qué son, ¿un par de negreras?

El barman asintió.

—Pues sí, en una palabra. Siempre y cuando tengan unos cuantos chelines, desde luego. Son unas perras, socio, aunque si eso es lo que quieres para pasar la tarde, que tengas suerte. Pero andaos con ojo, esas tías no valen una pelea.

—¡Ya lo creo, cojones! Ponme un par de coñacs bien servidos con la cerveza, y tómate tú uno. Necesito algo fuerte después de una noticia como esa. Pensaba darle un buen revolcón pero ahora me parece que me lo tendré que pensar dos veces.

El barman se rio con Joey.

—¡Putas hijas! ¿Quién las quiere, eh? Me acuerdo de mi vieja madre que siempre me decía: «Ten cuidado de dónde la clavas, muchacho. Recuerda siempre que las perras más grandes del mundo son hijas, madres o hermanas de alguien».

Joey se rio del comentario. No se le había ocurrido hasta entonces y le gustó cómo sonaba en boca de aquel hombre. Se aprendería aquella pequeña homilía y la predicaría también.

En el jardín, Sonia permitía ya a Barry tomarse plenas libertades, como las mujeres más liberales del East End llamaban a que las magrearan en público.

Toda ella despedía mucho olor, el calor era tan grande. Era una mezcla de sudor, perfume, desodorante y por debajo de todo eso el olor del sexo femenino.

Sabía que se la podía tirar en el banco de madera si forzaba un poco y la idea lo excitó.

Joey regresaba con la bandeja de bebidas.

—¿Me he puesto un poco moreno, chicas, con todo este sol que tenemos? ¿Tengo ya un poco de pinta de macarrón?

Barry vio que las dos miraban a Joey sin reírse.

—¿Qué pasa? No me diréis que dos chicas jóvenes como vosotras tienen prejuicios contra nuestros hermanos del Caribe, ¿eh? O sea, a ver, ¿cómo íbamos a hacer funcionar los trenes y los autobuses sin ellos, eh?

Abigail encendió un cigarrillo y chupó con fuerza.

—O el Servicio de Salud, puestos a decir.

Barry se dio cuenta de que la chica estaba defendiendo a los negros y trató de no reírse.

Pero Joey ya se estaba calentando con el tema.

—¿A que a ti te gusta tomarte un poco de pudín de chocolate, eh, Abigail? Y ahora que lo pienso, el camarero me ha contado que vives con un lima limón del mercado. Entonces, ¿es verdad lo que dicen de los negros, que les cuelga como a los caballos y pueden durar toda la noche?

Abigail asintió.

—Pues sí, es verdad, sí, y además tienen la piel más suave y son más corteses que los blancos. Y sobre todo que los blancos viejos reviejos. Es gracioso, ¿a que sí?

Recogió el bolso y los cigarrillos y se puso de pie para marcharse. Joey la agarró del brazo y la chica torció la cara.

—Tú no vas a ninguna parte, señorita, te acabo de pagar un buen taco de cosas así que tú te estás conmigo. Si tu moreno aparece por aquí ya le diré lo que le tenga que decir, ¿okey?

Sonia estaba borracha, pero no tan curda que no se diera cuenta de que las dos tenían un problema. Un problema gordo. Aquellos dos hombres se habían vuelto una amenaza, daban miedo. Las habían descubierto y eso las asustó.

Sabían de qué iba la cosa. Con hombres como Joey y Barry o seguías su juego o tenías que pagar prenda.

Joey obligó a Abigail a volver a su asiento. Le sonrió muy amable y continuó:

—Así que, díganme, señoritas, ¿a casa de quién iremos después de estas copichuelas?

Sonia sonrió, seria.

—Parece que tendrá que ser a la mía, ¿no es cierto?

Joey volvió a reírse enseñando todos los dientes y una buena parte de las encías también. Hacía bailar la lengua cubierta de nicotina en el gran hueco abierto de su boca.

Sonia envalentonada y borracha, miró a Abigail y trino:

—A mí el tuyo no me parece gran cosa, chica.

Abigail miró a su amiga y le contestó, sarcástica:

—¿De veras? Bueno, pues tengo la sensación de que vas a tener que verlo de cerca, Sonia. Me parece que a estos dos les gustan los números dobles.

Barry sonrió. Ahora disfrutaba de verdad. Era mucho más fácil si las aguantabas en el suelo con un pie metafórico justo en el pescuezo. Daba más atractivo al juego, la excitación y el jolgorio.

—Ya lo creo que sí. Lo que es suyo es mío y lo que es mío es suyo.

En cuanto lo hubo dicho cambió de expresión y las otras tres personas en torno a la mesa comprendieron que había dicho algo profundo.

Pero solo Joey entendió de verdad lo que había dicho. Alzó la copa y sonrió a su yerno.

—En más de un sentido. Salud.

Susan empujaba con todas sus fuerzas. Tenía los cabellos adheridos a la cabeza y le parecía que le estaban dividiendo el cuerpo en dos partes.

—Venga, cariño, otro buen empujón y luego ya podrás descansar.

Asintió en silencio. Aspiró hondo y volvió a empujar, esta vez aún más fuerte, pero tuvo la sensación de que no había conseguido nada.

La enfermera sonrió y volvió a escuchar los latidos del corazón del bebé.

—Está saliendo estupendamente, pero me parece que vas a necesitar un poco de ayuda. Relájate y déjame que hable con el doctor.

Susan se tumbó otra vez agradecida y apoyó la cabeza en las almohadas tratando de abanicarse con un número atrasado de *Woman's Realm*. Nunca se hubiera imaginado que eso era así, aquel dolor constante y aquella sensación de arrastrar en la espalda. Lo único que había hecho era imaginarse al bebé muy bien vestido en un moisés y todos admirándolo. Incluso las historias que contaba Ivy de los partos terribles que había presenciado a lo largo de los años le parecían estar a kilómetros de la vida real.

Ahora, sin embargo, se lo creía.

Volvió a rezar, no para que cediese el dolor sino para que el niño estuviera bien. Que no fuera ciego ni mudo ni contrahecho. Pensar en lo que podía tener en su interior era terrorífico.

Una parte de ella deseaba con fuerza que el bebé apareciera, pero había otra parte que quería que se quedara donde estaba, a salvo del mundo, a salvo de Barry y de su enfermedad.

La enfermedad que le había contagiado y a través de ella a su hijo inocente.

Se tragó las lágrimas y se abanicó más fuerte. Y entonces lo sintió, sintió un dolor absoluto que la partía como una espada caliente y le hizo sentir que el cuerpo se le abría en dos.

El aullido que soltó hizo venir a las dos enfermeras y al médico.

—¡Jesús! ¡Ya asoma la cabeza!

Mientras Susan dio a luz en el hospital de Whitechapel a las once treinta y cinco de la noche del veintidós de agosto de mil novecientos sesenta y ocho, Barry estaba en la cama con Sonia y Abigail. Joey dormía en el sofá de la sala después de beber demasiado y atiborrarse de pescado y patatas fritas.

Las discusiones anteriores ya estaban olvidadas. Las dos chicas habían resultado ser muy divertidas y muy agradecidas. Especialmente Abigail, a la que parecía que le gustaba todo lo que le supusiese un cambio. La mayoría de las mujeres con las que ligaban lo hacían solo porque se lo pedían. Nunca se les había ocurrido que pudieran tener la opción de decir que no de vez en cuando.

Su actitud era que si un hombre les pagaba unas cuantas copas y una comida, había que pagárselo en especie, les apeteciera o no. Con una bendita ignorancia de lo que estaba sucediendo mientras andaban de juerga, Joey y Barry bebieron y comieron hasta reventar. Ni por una vez se le ocurrió a cualquier de los dos informar a alguien de dónde estaban o lo que hacían. Mientras su mujer gemía y gruñía, otro tanto hacía Barry Dalston. Mientras su mujer yacía bañada en sudor, lo mismo hacía Barry.

La única diferencia era que mientras ella estaba pensando en él, preguntándose

dónde andaría, qué estaría haciendo y con quién demonios lo hacía, Susan era lo último en lo que él pensaba.

Cuando finalmente nació el niño, Susan se volvió a tumbar con alivio. Lo único que quería ahora era verlo, tocarlo, abrazarlo y asegurarse de que estaba perfectamente. Por primera vez en aquel día Barry era lo último en lo que pensaba. Su hijo iba primero.

Y eso ya era un alivio de por sí.

No pensar en él era algo maravilloso, aunque en ese momento no se diera cuenta. Ni se daría cuenta hasta más tarde cuando Susan rememoró el día y comprendió claramente la verdad de Barry y ella.

El dolor, la rabia y la humillación sufridas seguirían estando en su interior durante muchos años, ocultos en su subconsciente, en espera de la erupción.

De momento, sin embargo, solo pensaba en su hijo.

Capítulo 13

Ivy miró el bebé y notó que se le saltaban las lágrimas. Era precioso, la viva imagen de Joey cuando nació. Las mismas pestañas increíblemente largas, la boquita de piñón y los ojos azul oscuro. El robusto cuerpecito encajaba perfectamente en sus brazos como si su destino fuera estar allí.

Con lágrimas en los ojos miró a Susan compadeciéndose de ella. En aquel momento odiaba a los hombres, a todos los hombres, pero en especial a su hijo y al marido de su nieta.

Volvió a poner al niño en el moisés y tomó a Susan entre sus brazos por primera vez desde que era niña y la abrazó, estrechando a la pobre muchacha contra su pecho en un intento de aliviar el espanto y el dolor de la situación.

Susan sollozaba y su cuerpo se sacudía como una ola gigante y lloraba para expulsar todo el daño que tenía dentro.

—¡Ese cabrón! ¡Ese cabrón de mierda!

No podía hablar bien porque los sollozos e hipidos volvían sus palabras incomprensibles y solo el tono tenía verdadero sentido.

Ivy le acarició la espalda y le fue susurrando palabras cariñosas, intentó consolar a aquella niña a la que siempre se había complacido en mortificar. Los remordimientos la ahogaban cuando contemplaba a su biznieto. Al darse cuenta de lo que había hecho, de lo que había permitido que se hiciera.

—Habrá otros, cariño. Estas cosas pasan en la vida.

Las palabras quedaban cojas incluso a oídos de la propia Ivy. ¿Cómo podía tratar nadie de hacer mejor un desastre de aquella magnitud? Era imposible. Así que apelaban a todos los clichés, a todos los viejos dichos, a todos los lugares comunes a los que sus lenguas podían recurrir.

Pero Susan no se calmaba. Echaba la culpa de todo a su padre. No a Barry, su marido, que de hecho había podido hacer otra cosa que la que había hecho. Prefirió verlo como víctima de los excesos de su padre. Sabía que Barry quería ser como Joey. Tener el respeto del que su padre gozaba en el área en la que vivían y más allá. Que su objetivo en la vida era ser un hampón de pura cepa, un hombre al que la gente acudía cuando necesitaban ayuda de naturaleza violenta.

Barry copiaba a Joey en todo, de la manera de andar a la forma de vivir, y la forma de vivir incluía tirarse a cualquier mujer que «lo anduviera buscando». ¿Quién hubiera pensado que una de esas aventuras de una noche podía ser la causa de la muerte de su hijo?

Susan miró a su madre, sentada en silencio a un lado de la sala con la cabeza entre las manos. Las tres mujeres parecían a gusto las unas con las otras por primera vez en la vida. June miró la cara agotada de su hija.

—Era precioso, Susan, un chico precioso. Hubiera sido un hombre de verdad.

Sus palabras hicieron sonar una nota en el interior de su hija. Se enjugó la cara

con la mano, mezclando lágrimas y mocos.

—Así que es un buen trabajo que se haya muerto, ¿no? Ya no quiero traer ningún hombre más a este mundo. No quiero que nadie pase por lo que yo he tenido que pasar en manos de esos que se dicen hombres.

Sus palabras eran tan crudas, tan evidentemente sentidas, que ninguna de las otras dos intentó callarla. Ambas sabían que la muchacha estaba en estado de *shock*, que no era ella misma. Que iba a necesitar tiempo para curarse física y mentalmente.

Doreen apareció con cuatro tazas de té.

—Vienen a llevarse al bebé, Susan...

Sus palabras quedaron cortadas por un bramido de la joven que fue como el grito de un charlatán.

—¡Cuando lo haya visto su padre, cuando Barry haya visto lo que ha hecho! Luego se lo pueden llevar y lavarlo y vestirlo con algo bonito y dárnoslo. Para que todos podamos sentirnos mejor. Pero hasta entonces no, joder.

Doreen no discutió con ella. Lo que hizo fue colocar al niño en su moisés a un lado de la habitación y poner una taza de té dulce y caliente en las manos de Susan.

—Bébeteste esto, compañera, que te sentirás mejor.

Susan logró reír, se rio divertida con un sonido profundo que resultó tan ajeno a ella que las otras se asustaron.

—Tómame una taza de té, Susan, luego enterraremos a la criatura en el jardín de atrás y nos iremos todos a dormir.

Se echó a reír de nuevo solo que esta vez no podía parar.

El té lo salpicaba todo: a Susan, la ropa de cama, el suelo. Ivy salió de la habitación y dos minutos después tres enfermeras sujetaban a Susan sobre la cama mientras le inyectaban un tranquilizante.

Susan sintió que los ojos le pesaban, el cuerpo se le quedaba flojo, y trató de luchar contra los efectos de las drogas con todas sus fuerzas. Pero ganaron las drogas. Cuando las otras tres mujeres la vieron relajarse y entrar en un mundo de pesadilla lleno de bebés y de ataúdes soltaron un suspiro de alivio.

—Eso le sentará bien, el sueño es la mejor medicina.

Las palabras de Ivy sonaron huecas incluso a sus propios oídos.

Nada iba a curar el sufrimiento de Susan Dalston.

Barry estaba fastidiado y Joey furioso.

La casa estaba fría, no había comida a la vista y la leche se había acabado. La resaca de una noche de alcohol y drogas los había dejado a ambos con un sabor rancio en la boca y un olor aún más rancio en los calzoncillos.

A ninguno de los dos se les había ocurrido lavarse.

De momento su prioridad era comer y tomarse una taza de té. Llevaban dos días perdidos y ninguno de los dos se preguntó dónde estaba la embarazada.

Joey echó una mirada en torno al pulcro cuarto de estar y dijo admirado:

—La verdad es que la buena de Susan tiene el chamizo bien cuidado, caramba, eso hay que admitirlo.

Barry levantó un puño cerrado.

—Pues yo le daré con esto a esa furcia en cuanto la tenga a mano. Parece mentira, cojones, ¿eh Joey? Un mes casada y ya se ha largado por ahí, por ahí y por cualquier parte, sin pensar un puto momento en mí. Llego a casa y qué cojones hay en casa. Ni una gota de leche para una taza de té.

Se abrió la puerta de atrás.

—Apuesto a que ahí está, toda dulzura y contento. ¡Espera a que le ponga estas putas manos encima!

Barry salió en tromba del cuarto de estar seguido de cerca por un Joey sonriente. Estaba deseando ver a Susan llevarse lo suyo, ver cómo el matrimonio perfecto caía al nivel de todos los demás. Y en especial del suyo.

Barry se quedó sorprendido al ver a su madre allí.

—Hola, hijo.

Unas palabras breves pero cargadas de significado. Ninguno de los dos supo qué decirle a Kate. Barry se fijó en que su madre tenía los ojos un poco rojos y parecía que no quería mirarle a la cara, pasaba la mirada hacia detrás de él como si no pudiera soportar verle la cara.

—Hola, mama. Un poco pronto para ti, ¿no?

Utilizó un tono de voz de forzada naturalidad pero su lenguaje corporal expresaba que sabía lo que su madre había ido a decirle antes de que lo dijera.

—Susan dio a luz anoche. Un chico.

A Barry le resplandeció la cara.

—¿Un chico? Qué detalle. Así que entonces Susan lo hizo bien, ¿eh?

Joey y él estaban pletóricos. Joey se precipitó al cuarto de estar y volvió con media botella de *whisky* que siempre llevaba en la chaqueta para ocasiones así.

—Al carajo el té, saca los vasos. ¡Vamos a celebrarlo! Un chico por fin. Pensé que ninguna de ellas sabía parir más que culos rajados.

Pensaba, igual que Barry, que el aire sombrío de Kate se debía a que llevasen varios días en la lista de desaparecidos mientras Susan estaba a punto de parir.

—Se murió, Barry. El pequeño murió, hijo.

Barry y Joey se quedaron mirándola fijamente y entonces descubrieron las marcas del llanto y la falta de sueño.

—¿Qué quieres decir con que se murió? Qué ha hecho esta vez, caerse o algo...

Barry parecía destrozado. Había disfrutado con la espera de ver lo que había engendrado. La idea de que una vida nueva existiera gracias a él le había dado una sensación de poder.

—Susan no hizo nada. El niño murió de gonorrea, una enfermedad venérea que le contagiaste tú, Barry. Y también se la pegaste a la prima de Susan en la boda. Aunque

nadie sabe seguro si fue el susto y el miedo de Susan al descubrir la enfermedad lo que mató a la criatura, pero está muerta. Un niño fuerte y precioso está muerto y tú eres el culpable. Dios sabe que me gustaría cerrar el puño y machacarte los sesos por el suelo de esta cocina, un suelo que vi cómo tu pobre esposa lo fregaba no hace más de dos días puesta a cuatro patas con esa enorme barriga hinchada colgándole debajo.

Kate se puso a llorar de nuevo con lágrimas auténticas de desolación y sentimiento de pérdida.

—Eres un animal, un animal sucio, indecente, y no quiero saber más de ti, muchacho. No quiero tener nada más que ver contigo. Nada más. Y si esa chica tiene algún sentido común, ella tampoco lo querrá.

Se fue hasta la puerta de atrás y su figura pequeña y encorvada parecía que hubiera envejecido en una noche.

Joey y Barry se miraron el uno al otro petrificados.

—¡Mama! Vuelve aquí, mama, escúchame.

Barry había bajado al jardín y tiraba del brazo de Kate.

—¡No me toques! No te atrevas a tocarme más. No estaba dispuesta a dejarles llevarse al niño hasta que tú lo hubieras visto. Sé un hombre por una vez, un hombre de verdad. Tómate tus responsabilidades en serio y vete a ese hospital. Intenta reparar el daño que has hecho a esa pobre chica y a su pobre bebé. Devuélvele la paz si es que puedes.

Se alejó y lo dejó plantado en el jardincito que Susan barría tan meticulosamente cada día. Lo dejó llorando.

Joey se quedó mirando desde la cocina con la cara pálida y remordimientos de conciencia. Llevó un vaso de *whisky* al jardín y se lo dio a Barry que continuaba conmocionado por la impresión.

—Bébeteste esto, socio, que se te pase el susto. Luego lo mejor es que vayas al hospital y zanjes el asunto.

Susan contempló el pequeño ataúd. Era blanco con una bonita cruz de oro encima y el nombre del niño en una placa de latón. A Barry le había costado una pequeña fortuna, como una manera de mitigar un tanto su culpa.

Susan volvió a mirar el nombre inscrito en ella y tuvo ganas de gritar.

JASON BARRY DALSTON.

No había querido que el nombre de Barry figurara allí, pero la pena que mostró, tan real que casi daba dolor presenciarla, la había hecho transigir. Si alguna vez hubo un hombre arrepentido, ese era Barry Dalston. Aquello entristecía a Susan, pero también estaba feliz de verlo. Quería que él sufriera como ella, sufriera tanto como ella. Quería que sintiera el vacío que sentía en sus brazos y su cuerpo. Todo aquel tiempo en que había vivido con el niño en su interior, en que lo había sentido dar patadas, moverse y flotar.

Echaba de menos el bulto. Echaba de menos el sentimiento de esperanza que le daba, el sentimiento de estar en posesión de un secreto verdaderamente emocionante,

ese que solo las mujeres experimentan. Aquello la había hecho sentirse una persona completa por primera vez en su vida.

Y ahora enterraba a Jason, se lo entregaba a Dios y a la Virgen María. Confió en que alguien lo cuidase bien en su lugar allá arriba en el cielo.

Miró alrededor de la tumba. A su lado estaban su madre, Ivy y Kate. Debbie permanecía alejada de los demás, con su cara de niña anegada en lágrimas. Pero Susan sabía que lo de Debs era puro teatro. Era demasiado egoísta para comprender el dolor de otro. Y de hecho, oyéndola, pensarías que era ella quien había perdido un hijo, no Susan. Para Debbie, todo lo de hoy era una excusa para ser parte del drama, de un drama enorme y emocionante que la convertía en el centro de atención de los amigos y sus familias. Que hacía que la gente la escuchara por una vez, en vez de estar deseando que se largara y los dejara en paz.

Susan se conocía el guión, siempre lo había conocido. Eso era parte del problema.

Al mirar a su flamante marido sintió un primer impulso de simpatía por él. Aquello le molestó, le molestó un montón. Estaba realmente destrozado por la tragedia pero Susan sabía, y Barry no porque era demasiado obtuso, que lo que sentía era más culpa que dolor. Barry era como su padre, y como Debbie, y como su madre y como Ivy. Solo sentían las cosas por el modo en que les afectaban personalmente, no porque entendieran todas sus implicaciones. Y ella les daba pena porque era la que había tenido el hijo, la que lo había parido. Pero su verdadera compasión era hacia sí mismos.

La mayor tristeza de Barry era que hubiera estado follando mientras aquel hijo «suyo» se moría. Hablaba constantemente de aquel niño suyo, decía lo guapo que hubiera sido, que hubiera sido un «hombre de verdad». Que hubiera roto muchos corazones si se le hubiera permitido crecer. Hasta el pene del niño muerto se introducía en la ecuación. Según parece era grande y no hubiera tenido ningún problema en ese terreno.

Susan sabía que aquella era la única manera que conocía de expresar su pena. Su manera de lidiar con ella.

Pero eso no hacía que lo odiara menos.

Todavía no le había dirigido la palabra. Incluso en la funeraria, donde habían escogido aquel féretro tan caro con la cruz de oro auténtico se había limitado a asentir con la cabeza a su sugerencia.

Susan notó que alguien la tomaba de la mano y supo que era Doreen. ¿Qué hubiera hecho sin esa amiga? Era la única persona con la que Susan hablaba y aun así únicamente cuando estaban solas. Entonces las palabras brotaban de ella en grandes torrentes que no tenían sentido para nadie más que para ella y, quería pensar Susan, para Doreen.

Porque Doreen parecía tener todo el mismo sentimiento de Susan, parecía comprender la enormidad de lo que había ocurrido de una forma que ni su madre ni la pobre Ivy podían. El niño no llevaba más que tres días muerto cuando Ivy aconsejó a

Susan que «se repusiese» y le dijo que «esas cosas pasaban» y que tenía que «seguir adelante con su vida».

Lo gracioso era que no sentía resentimiento alguno por las palabras de Ivy. En realidad aquello le había hecho encariñarse con la pobre vieja. Por lo menos Kate y ella reconocían que había sucedido algo realmente atroz. Ambas negaban a sus hijos compasión y consuelo. Ambas se habían puesto de parte de Susan, si ese era el modo correcto de expresarlo. Se lo estuvo preguntando un buen rato, intentando tapar la ceremonia con otros pensamientos.

Los pantalones pata de elefante último grito de Debbie tapando aquellas piernas gordas suyas le daban ganas de reír. Parecía una bailarina del Top of the Pops con las piernas serradas. Susan notó que se le insinuaba una sonrisa en los labios y se los mordió con fuerza para recordarse que estaba en el funeral de su hijo.

Susan estudió a su padre. Por lo menos él iba vestido de oscuro. El traje planchado, el pelo recién cortado y la cara bien afeitada. Joey la vio mirarle y le sonrió con tristeza. Susan se dio cuenta de que seguía sonriendo y se tapó la boca con la mano.

¿Qué era lo que no funcionaba bien dentro de ella?

¿Cómo podía encontrar algo gracioso en aquella situación terrible?

¿Y dónde coño estaba el chiste, de todos modos?

En que Jason se había escapado de todo aquello, comprendió de pronto. Según iban pasando los días pensaba eso más y más cada vez. Jason había escapado de Barry y de Joey y de que lo hicieran un hombre porque sabía que si hubiera vivido lo hubieran contaminado con sus ideas.

Barry ya había hablado de hacer de él un boxeador, un jodido tipo duro de roer. Pero Jason, su hijo amado, había tenido el buen sentido de escapar de eso, ahora lo comprendía. Les había echado una mirada a todos y había hecho mutis por el foro.

Aquel pensamiento le gustó incluso en medio de su dolor.

En la iglesia se había sentido sucia, porque sabía que aún sufría aquella enfermedad indecente, que solo la gente indecente tenía. Allí de pie, bajo la mirada de Nuestro Señor, había notado el veneno que le corría por las venas como antes había hecho metiéndose en el cuerpo de su niño.

Por gentileza de Barry Dalston, extraordinario gilipollas y padre de la criatura muerta.

Volvió a tener ganas de reír.

Cuatro de los presentes en el funeral de su hijo estaban en tratamiento en la clínica de enfermedades venéreas. Y en ese momento deseó que Frances hubiera acudido porque así serían cinco.

Los cinco famosos.

Tenía ganas de reírse bien fuerte cuando pensaba en ello.

El ataúd se veía tan pequeño y tan solo que Susan sintió el impulso de decirle a gritos al cura que Jason no iba a irse allá al fondo de la oscuridad solo. Que

necesitaba a su madre con él por si tenía miedo. Que necesitaba a alguien que se ocupara debidamente de él, que lo quisiera y se asegurase de que no se quedaba llorando sin nadie que lo cuidase.

¿Por qué no se había ido ella con él? Seguro que Dios se la hubiera podido llevar también, le hubiera dado algo en lo que esperar, la eternidad con Jason y nadie más.

Nada más que quererlo, cuidarlo y mantenerlo a salvo.

Su padre le dijo que tendrían que vigilar la tumba una temporadita porque él había ido proclamando a los cuatro vientos que en el féretro de su nieto había una cruz de oro auténtico.

—Habrás algún maricón que lo desentierre y se lo guinde. Ya sabéis cómo es la gente por aquí.

Hasta su madre lo hizo callar cuando soltó semejante perla. Aunque Susan se dio cuenta de que lo hacía para consolarla. Era el modo que tenía Joey de decir lo bien que habían hecho las cosas con el bebé. Se habían gastado el dinero y le habían dado lo que Ivy llamó «una buena despedida». ¿Pero a dónde? ¿A dónde cojones lo habían mandado? Completamente solo y sin su madre.

¿Qué clase de Dios hacía cosas como esta? Se le suavizó la cara.

Pero ¿no era el mismo Dios el que le había dado a Barry Dalston? Y al que tanto había rezado para tenerlo, tonta de ella.

Ahora todo se había acabado, lo comprendió al ver las expresiones de alivio en todas las caras. Barry se puso a su lado y le pasó el brazo por los hombros. Estaba llorando. Y Susan veía cómo todos los vecinos los miraban, Maud la de la puerta de al lado y todas sus comadres apiñándose como ratas en torno a un cadáver.

—Vete al carajo, Barry.

Susan dijo esas palabras en voz baja pero claramente audible debido a su intensidad. Y entonces le empezaron a caer lágrimas auténticas, todo por culpa del olor de Barry. Aquel olor que tanto había amado una vez: olor a Old Spice y a cigarrillos mezclado con brillantina y pescado con patatas fritas.

Hubo un tiempo en que su proximidad lo era todo para ella, le hacía sentirse segura, le hacía amarlo y quererlo. Ahora lloraba por su hijo y por la juventud perdida que nunca más recordaría con felicidad. Barry había sido la única cosa buena que había tenido tras una vida con Joey y June. Hasta entonces había sido para ella un verdadero faro, algo que deseaba alcanzar con todas sus fuerzas, pero ahora sabía que lo que tanto tiempo había estado anhelando no era más que un oro de pacotilla.

Pero dejó que la estrechase contra él. El funeral de su hijo no era el momento ni el lugar para la histeria, por mucho que se sintiera tentada de avergonzarse. Después de todo los vecinos les miraban y no tenían por qué saber de sus asuntos.

Aun desolada y llena de angustia como estaba, Susan Dalston seguía igual: las viejas costumbres nunca mueren.

Se despertó en mitad de la noche. La farola de la calle bañaba el dormitorio de un resplandor cálido y reparador pero ella solo sentía dentro de sus pechos un verdadero horno. La leche seguía brotando de ellos y la hacía sentir mareada y acalorada.

Barry estaba arrodillado sobre la cama y Susan comprendió que era él quien le había despertado, la había sacado de sus benditos sueños que hacían que el dolor desapareciera por un rato. Las pastillas para dormir eran un invento maravilloso.

—¿Seguro que no andas buscando un poco de la otra?

La voz sonó inexpresiva pero potente en la quietud de la casa.

—Te quiero, Susan Dalston, te quiero más que a nada.

La voz de Barry sonaba llena de su propia pena. Pero a Susan eso le importaba un pimiento. Ni le contestó.

—Lo siento mucho, Susan, de verdad que lo siento. Ya sé que todo fue por mi culpa, pero fue por ese cabrón de Joey, ¿sabes? Me sacó a la calle y me emborrachó. A la mañana siguiente me desperté en esta cama con él y con dos lumis viejas.

Barry se había puesto a llorar de verdad.

Susan se sentía extrañamente alejada de él.

—¿Estuvieron aquí en mi cama? ¿Me estás diciendo eso?

Notó que Barry asentía, supo que trataba de mejorar las cosas intentando ser sincero.

—Eran unas pindongas, putas viejas, no significaban nada para mí. No era como tú y yo, cariño, lo nuestro es de verdad. Yo te quiero. Aquellas me importan un carajo.

Susan notó el punto de humor en su propia voz al contestarle:

—Me alegro de oírlo. ¿Y ahora puedo volver a dormir?

Barry colocó la cabeza contra su vientre, el gran vientre suave y redondo con sus estrías rojas y la piel floja.

—Por favor, Sue, no me rechaces. Deja de echarme fuera... Yo también sufro.

Susan continuó inmóvil con los ojos abiertos en la oscuridad, controlando el impulso de engancharle la cabeza entre las rodillas y aplastársela hasta arrancarle la vida.

Cómo podía haberle encantado sentirlo allá abajo alguna vez, cómo podía haber disfrutado de la sensación de su lengua dentro de ella. Entonces casi se dejaba ir del todo, dejaba que las buenas sensaciones la invadiesen de una vez por todas. Y ahora se alegraba de no haber sucumbido. Hubiera sido una traición a su hijo muerto.

Barry casi había logrado hacerla disfrutar del sexo: una o dos veces estuvo a punto de llegar al orgasmo. Pero ella había rechazado la sensación porque no quería saber qué era lo que volvía loca a la gente, les hacía hacer cosas con absolutos desconocidos para satisfacer un instinto tan básico.

Fóllatela y olvídala. Era una de las expresiones favoritas de Barry. Bueno, pues se

había follado a una y la había dejado, pero algo más de lo que se esperaba. Susan Dalston ya estaba más que harta del sexo y todo lo que el sexo acarrearba.

—Déjame dormir, Bal, por favor.

Entonces él la agarró con manos que se aferraban con desesperación.

—Susan... por favor, Susan. Yo te quiero, cariño. Te quiero de verdad. Podemos intentarlo. Cambiaré, te lo prometo. Volveré a hacer que te sientas orgullosa de mí. Te prometo que no voy a tocar a ninguna mujer más mientras viva. Lo juro sobre la tumba de Jason.

Susan se había incorporado y estaba sentada con cara severa e impasible.

—No jures sobre la tumba de ese niño, Barry Dalston. Estás queriendo hacer una promesa que nunca podrás cumplir. Eres igual que mi padre, lo único que sabéis es joder. Joder en todas sus formas, sexual y emocionalmente.

—Los dos me habéis jodido y los dos me habéis jodido bien —continuó—, los dos, sí. Así que deja a ese niño fuera de esto. No me lo salpiques más de lo que ya lo has hecho. Tú lo mataste. Enfréntate al hecho, enfréntate a eso y déjame dormir, cojones. Lo único que quiero es dormir.

Volvió a tumbarse y Barry se tumbó a su lado con la cabeza una vez más sobre la blandura del vientre. Necesitaba aquel aroma limpio que le hacía sentirse colmado de nuevo.

Se dio cuenta de que Susan era verdaderamente una joya. Era limpia en su cuerpo y en su casa. Era amorosa, era buena. Era una buena persona y lo tenía todo bien fregado. Comprendió que podía haberle ido mucho peor, haberse llevado una Frances o una Debbie que se hubieran casado con él y luego se ligarían a todo el que viniese a partir del primer aniversario, como June. Porque eran mujeres que necesitaban que las deseasen, que necesitaban sentirse deseadas sexualmente. Porque no tenían cerebro para ver la diferencia entre amor y jodienda.

Se veían a sí mismas solo como objetos sexuales, y eso producía mujeres infelices porque una vez instaladas en la vida real tenían que buscar más y más allá para lograr el triunfo que anhelaban. Hombres desconocidos, que las usaban un rato y les decían todas las estupideces que quisieran escuchar.

Menos Susan, su Susan, la de la cara fea y el cuerpo pesado y voluminoso y que le daba tantísimo más porque se lo daba sin esperar nada a cambio. No tenía que pagarle bebidas ni decirle un montón de estupideces, simplemente estaba en su sitio. Allí, esperándolo a él y solo a él.

Por primera vez en su vida comprendió exactamente lo que significaba lealtad.

Barry Dalston, un tipo duro, un hampón cruel y un padre afligido, se aferró a su joven esposa como si fuera lo único que podía impedir que se ahogara.

Diez días más tarde Susan se vestía para asistir a otro funeral. Esta vez enterraban a su prima Frances. Nadie fuera de la familia sabía exactamente por qué se había

quitado de en medio.

Frances se había ido sola a Essex y se había colgado de un árbol en Belhus Park en Avely. Era un sitio al que iban todos de niños a visitar a una vieja pariente muerta y olvidada hacía mucho tiempo.

Susan estaba demasiado preocupada con el funeral y con sus propias emociones encontradas para fijarse en una noticia que apareció ese día en el *Daily Mirror*. Dos días antes a una prostituta del Valbon Club del Soho la habían apaleado hasta matarla y habían arrojado su cuerpo a la basura en la calle Gerrard.

Pero Barry lo leyó una y otra vez. Era un firme creyente en lo de pagar deudas sin que el dinero cambiase de manos.

Bien, Frances se había suicidado por culpa del bebé y de todo el dolor que había causado. Había tenido que ayudar a la otra mujer a morir, pero mereció la pena.

Le había devuelto lo de la muerte de su hijo. Agarrar al culpable y castigarlo. Eso lo hizo sentirse mucho mejor por dentro. Alguien tenía que pagar y como siempre no iba a ser él.

Después del funeral cogió a Susan de la mano y ella lo miró un instante a los ojos.

—Se te ve casi feliz, Barry.

Barry meneó la cabeza y su cara recuperó la expresión de duelo.

—Estoy feliz porque vuelvo a tenerte conmigo, amorcito, nada más.

La tomó entre sus brazos y sonrió. Lo más triste de todo era que creía de veras lo que decía. Esa era la mentalidad del marido de Susan Dalston. Pero cuando se marchaban del cementerio Susan, que aún sufría del dolor y del golpe, sintió un débil rayo de esperanza en su futuro.

Por lo menos, pensó, le importo. No deja de ser un principio.

El sol estaba alto de nuevo, era un día dorado. La vida nueva bullía por todas partes. Niños que jugaban, flores que se abrían y personas atareadas en sus asuntos.

Por lo menos, pensó Susan mientras su marido la ayudaba amablemente a entrar en el coche, las cosas no pueden ir a peor. Cuando encendió el motor Barry se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Por primera vez desde hacía mucho, Susan le sonrió de verdad.

Estaba perdonado.

Por el rabillo del ojo vio que Doreen les estaba mirando. Al alejarse del bordillo puso una mano detrás de la cabeza de Susan y levantó dos dedos bien tiesos.

—¿Quieres que ponga la radio, chica, para alegrarnos un poco?

Susan asintió ausente con la cabeza ocupada con Frances y el funeral. No vio a Doreen hacer muecas como una loca y haciendo gestos de pajillero.

Pero Barry sí que la vio, y lo archivó mentalmente para futuras referencias.

Libro segundo

1969

No hay paz para los malvados, dice Yavé

ISAÍAS 48:22

Capítulo 14

—¡Quieres hacer que se calle esa puta cría de los cojones! —la voz de Barry era todavía más fuerte que la de la criatura. Susan estaba en la habitación adyacente paseándose con ella y dándole golpecitos en la espalda tratando de calmarla.

A Wendy empezaban a asomarle los dientes y aquello no le gustaba nada. La verdad era que aquella niña parecía haber aterrizado en un mundo que no le gustaba y desde ese mismo momento había dejado abundantemente clara su posición.

Wendy lloraba desde que nació.

El médico decía que era el cólico del lactante, y Susan pensaba que eran cólicos pero Barry estaba convencido de que aquella niña se la había traído el mismo demonio y no estaba nada contento. Para empeorar aún más las cosas, si Wendy llegaba a tranquilizarse lo único que necesitaba era ver asomarse a su cuna la cara de Barry para volver a iniciar la tercera guerra mundial.

A Wendy Kathryn Dalston no le gustaba su padre. Susan consideraba que no era mala juez.

Pero Barry iba estando cada vez más irritado con aquellos brotes de llanto nocturno de su hija y parecía tener a gala hacérselo saber a todos. Susan se preguntaba muchas veces quién armaba más escándalo, si Wendy o él. En cualquier caso lo único que oía era los gritos de los dos.

Al contrario que para Barry, para Susan, Wendy era la alegría de su vida. Solo tenía que mirar aquellos grandes ojos azules para derretirse. Estaba convencida de que el destino de aquella niña era ser una gran belleza y adorada sin reservas. En resumen, que para ella Wendy era el mundo entero. Barry lo suponía y desde el momento en que nació la niña sintió unos celos que comprendió que debería suprimir. Pero no podía evitarlo.

Wendy ocupaba todo el tiempo de Susan, toda su paciencia y su amor.

Se levantó de la cama, fue al cuarto de al lado y prácticamente arrancó al bebé de los brazos de Susan.

—Pon a esta jodida malcriada en la cuna. Que lllore. Me cago en la puta, Sue, tengamos una jodida noche en paz.

Sus gritos pusieron a Wendy aún más incómoda y empezó a aullar de verdad, notando la tensión en el aire y el miedo en el cuerpo de su madre.

Susan abrazó todavía más fuerte al bebé apretándola contra sus pechos.

—Tengo que darle de comer de todos modos, Bal. Dale un respiro a la cría. Solo tiene cuatro meses, no sabe la hora que es.

Susan se aferraba al bebé con todas sus fuerzas porque Barry intentaba de nuevo arrancarla de brazos de su madre.

—Te lo advierto, Barry, le harás daño si sigues así, y entonces te vas a enterar de todo, muchacho.

Cuando oyó sus propias palabras Susan se dio cuenta de lo que había dicho. Las

dijo por instinto, era el modo en que una madre defendía a su bebé. Barry la miró un buen rato y Susan notó la garra helada del miedo en el corazón.

—Bal, escúchame... Barry, por favor...

Cuando el puño la golpeó fue algo tan inesperado que se fue para atrás tambaleándose, chocó con la cuna y casi suelta al bebé y la deja caer al suelo.

Sintió que se le abría la ceja, notó el flujo de sangre y el picor de las lágrimas. Barry la miraba como a cámara lenta. En cuanto su puño hizo contacto con ella supo que la había golpeado fuerte, como si hubiera pegado a otro hombre. Y desde el mismo segundo en que alzó el brazo sabía que lo que hacía estaba mal.

Wendy se quedó callada, mortalmente callada, y tanto Susan como Barry la miraron. La sangre de Susan goteaba sobre la cara del bebé y ambos pensaron que estaba herida.

—¡Eres un cabrón hijo de puta, Bal!, ¡mira lo que has hecho!

Lo que asustó a Susan fue el silencio, el silencio nada natural de la criatura. Pero entonces Wendy sonrió con una gran sonrisa beatífica y Susan notó que la garra que le estrujaba el corazón soltaba presa.

Barry miró a su hija y vio que no había ninguna duda de que era suya. Se parecía tanto a él que era desconcertante. Vio la sonrisa, la sangre y los mocos en su nariz, y sintió ese alivio que solo una persona culpable puede sentir. Había pensado por un momento que le había hecho daño y eso para Barry era lo peor que podía hacer. No tanto porque estuviera mal sino porque en su mundo cualquiera que hiciera daño a una criatura era marginado, insultado, sometido al desprecio público. Cuando tenían edad suficiente para empezar la escuela y convertirse en verdaderas personas podías llenarlos de morados a palos, pero a un bebé... Bueno, un bebé era un motivo de alegría para todo el mundo. Excepto, muchas de las veces, para sus padres.

Barry estaba harto de que la gente le ensalzara a Susan y sus dotes para la maternidad. Hasta Davey Davidson le había subrayado la joya que era, le había dicho que hasta su mujer estaba siempre hablando de su encantadora hijita y su casa impecable. Al parecer Susan había nacido y crecido para ser madre, aunque nadie parecía entender y considerar el historial de June. Parecía que fuera un don innato.

Hasta Kate, su madre, quería a Susan. La consideraba el no va más, de puro cojón de mico. Al verla ahora, con la cara lavada y la barrigota metida en el camisón viejo, no sentía más que repugnancia. Todavía tenía los pechos llenos de leche y siempre andaba dejando rastros por todas partes con aquella criatura allí agarrada mañana, tarde y noche. «Comida a la carta», lo llamaba Susan. Él lo llamaba malcriar a la jodida cría desde el principio, pero ¿acaso lo escuchaba?

Lo que Wendy Dalston quería, Wendy Dalston lo tenía. Ya fueran mimos, comida, atención y hasta si quería un pitillo lo tendría.

Por lo que a él respectaba Susan tiraba piedras contra su propio tejado, pero él seguía con el susto en el cuerpo. Cogió el bebé de brazos de la madre y lo acunó en los suyos. Por una vez Wendy se mostró dócil, como si el susto y el ruido de antes la

hubieran dejado sin fuelle. Se quedó mirando al padre y sonrió de nuevo con una gran sonrisa sin dientes que hacía imposible no quererla.

Barry la meció arriba y abajo unos minutos, maravillado de la sensación que aquel cuerpecito creaba al acunarlo en los brazos. En ese momento la quería. La adoraba. Cuando ella lo quería, cuando estaba pegada a él, la adoraba.

Susan los observaba sintiendo el grumo de sangre encima del ojo y diciéndose que no importaba. Los recién nacidos ponen a prueba a la mayoría de las relaciones. Y una relación ya tensa estaba condenada a reventar por las costuras.

Al salir de la habitación ahora que estaba segura de que Barry lo haría bien, se fue al cuarto de baño y se lavó la cara. Tenía sangre por todas partes pero estaba demasiado cansada para que le importase. La herida parecía peor de lo que era, un corte sobre la ceja. Se preguntó por un instante si no debería ir al hospital para que le dieran un par de puntos, pero estaba completamente agotada.

Lo que hizo fue poner un esparadrapo encima y lavarse bien. Con eso bastaría hasta por la mañana cuando tuviera que explicárselo a la madre de Barry.

No sabía qué hubiera hecho sin Kate. Aquella mujer se había convertido en su más firme aliada. Desde la muerte de Jason, Kate había sido como una madre para Susan. En lo que respecta a Barry, estaba menos convencida. No le había hablado durante más de un año, hasta que nació Wendy. Entonces Susan la persuadió de que enterrara el hacha de guerra. Pero supo que aquella cara marcada solo empeoraría las cosas otra vez entre madre e hijo.

Resultó que Kate tenía una lengua que en algunos aspectos era peor que la de June. No soltaba tacos ni daba voces, pero hablaba con tal convicción que cada una de sus palabras arrastraba el peso de su disgusto. Barry era tan a menudo el destinatario de ese vilipendio que en cierta forma Susan llegaba a desear que Kate no se acercara tanto a ellos. Eso sin duda les haría la vida más fácil.

Guardó de nuevo el botiquín y regresó al dormitorio. Barry estaba dormido en la cama con Wendy tumbada sobre su pecho y dormida también. Susan sonrió levemente ante aquella imagen de padre e hija y se instaló en una silla de mimbre pintada de blanco. Dormitaría allí hasta que Wendy despertase para tomarla en brazos y darle de mamar. Estaba cansada, tan cansada...

Doreen entró en la cocina trayendo una tarta de manzana grande. Eran las ocho y media de la mañana y estaba ya perfectamente maquillada y con el pelo recién arreglado. De lo que no se iba a preocupar era de cambiar la bata de estar por casa a no ser que fuera a salir a alguna parte.

—¿Entonces cómo está mi angelito?

La voz sonaba alegre hasta que Susan se volvió desde el fregadero y le vio la cara.

—¿Qué te ha hecho esta vez? —dijo su amiga en voz baja—. Lo oí despotricar y reñir, Sue. Pero no le oí soltarte una porque si lo oigo hubiera venido. Si pensara que te tocó a ti o a esa niña llamo a los polis, compañera.

Susan suspiró.

—Perdió los nervios, no pudo evitarlo. Wendy no paraba quieta, estábamos los dos cansados y yo le solté una...

Los ojos de Doreen se abrieron como platos.

—¿Qué le dijiste?

Susan se ruborizó.

—Olvídalo, pero fue suficiente para llevarme esto —se señaló el ojo hinchado con su esparadrapo—. De todos modos, esta mañana estaba arrepentido de cojones —continuó—. Y no te lo creerías nunca, Dor, ¡durmió con Wendy encima del pecho toda la noche, te lo digo de veras! Tendrías que haberlos visto a los dos. Y esta mañana, cuando se despertó y se la encontró allí, sonrió, le sonrió de verdad a la niña por primera vez. Y la cría estuvo tan a gusto que no se despertó en toda la noche ni para la toma.

Doreen sonrió tristonamente.

—Así que por fin se ha dado cuenta de que es responsable de la cría y todo eso. De que es una persona de verdad, no una muñequita.

Ambas oyeron que Barry bajaba las escaleras.

—Acaba de darla un biberón —Susan se llevó un dedo a los labios y sonrió.

Barry entró en la cocina con Wendy en los brazos. Miró a Doreen como si fuera una cucaracha que acabara de encontrar en la ensalada y exclamó:

—Se ha tomado ciento cincuenta gramos, bendita sea. Y eso es porque le he dado yo de comer y no ha tenido que esforzarse por agarrar esas tetas gordas tuyas con su pobre boquita. En el futuro quítate la leche y dale biberón.

Era una orden.

Susan asintió como ausente:

—Toma suficiente con el pecho, lo único es que no se puede saber cuánto toma porque ahí no hay medidas.

Se mostraba deliberadamente jovial, intentando con todas sus fuerzas sacar el lado bueno de cada cosa.

—Con todas esas putas estrías que tienes, si hubiera medidas de los cojones tampoco las verías. Haz lo que te digo y yo le daré la comida por la noche, para que esté a gusto. Tú la malcrías.

Colocó con mucho cuidado a la niña en el moisés que estaba en la cocina. Wendy dio unas patadas de placer y sonrió de nuevo. Barry le sonrió a ella y sintió de nuevo aquella sensación de poder que la niña le producía. Hacer que le quisiera le pareció la cosa más excitante del mundo, mejor que una aventura amorosa.

Estaba seguro de que la niña acabaría prefiriéndolo a él que a su madre. Salió de casa sin decir una palabra más. Y en cuanto cerró la cancela de atrás Doreen sintió que la tensión desaparecía.

—Es un mamonzazo, Sue, ojalá tú pudieras verlo como lo ve todo el mundo.

Se rio y sirvió un poco de té para las dos.

—Ya lo veo, Doreen, solo que yo sé cómo manejarlo.

Las palabras la hicieron sonar mucho más convencida de lo que en realidad estaba. Pero Barry ya se había ido para todo el día y con suerte también la noche, y ahora tendría a Wendy para ella sola que era exactamente lo que quería.

En el *pub*, Barry contaba su historia del «biberón nocturno» para diversión de todos. Sentir que todos le escuchaban mientras pontificaba sobre la mejor manera de criar a los niños, le hacía sentirse todopoderoso. Susan se pensaba que era la única de la casa que podía hacer feliz a la criatura. Pues bueno, él le había demostrado que estaba equivocada, muy equivocada. Barry estaba en su elemento y les decía a todos que tendrían que tener hijos para ser más conscientes de lo fácil que era la vida que llevaban sus mujeres.

La mayoría de los hombres se rieron y se mostraron de acuerdo, un par de ellos se rio sin convicción y hubo uno, un duro estibador que se llamaba Freddie McPherson que no lo encontró nada divertido.

—Te equivocas, Barry, las mujeres lo tienen difícil. Mi Janette tuvo nueve y eso la mató. Cuarenta y uno tenía cuando le dio un jodido ataque de corazón. Estás hablando con el culo, muchacho. Solo porque le has dado el biberón a la cría una vez te crees el doctor Spock de los cojones. Yo tuve que cuidar de nueve hasta que mi Lee-Anne fue lo bastante mayor para quitarme el trabajo. No denigres a las mujeres, muchacho, hacen un trabajo muy bueno.

Barry se molestó pero tuvo que tragarse el sapo porque allí todos sabían que Freddie era una maravilla, el rey sin disputa de los niños.

Como ahora se sintió tonto, se lo tomó a la ligera.

—Con nueve debe haber sido jodido. Pero bueno, Freddie, es que tú nunca fallaste un tiro en la vida, como dicen. ¡Probablemente mataste a polvos a la pobre mujer!

Esta vez todos se rieron, incluido Freddie, el que había descubierto por el camino difícil el trabajo que suponía criar a nueve hijos sin tener dinero.

—Pues claro que me la follaba. Y la echo de menos. Una extraña de vez en cuando no compensa el consuelo que una mujer de verdad sabe darte, una que te quiere a pesar de conocer todos tus secretos. Del mal olor de los piños a los sobacos sudados.

En su voz sonaba la nostalgia por su mujer y el consuelo que le daba. En ese momento Joey entró en la taberna y en cuanto Barry lo vio supo que tenían problemas.

Saludó a todos con un gesto de cabeza, pidió un *whisky* doble y empujó a Barry a un rincón tranquilo donde obligó a levantarse de sus sillas a dos hombres para poder tener intimidad total.

—¿Qué pasa, Joey?

Joey meneó la cabeza cabreado.

—Es ese jodido maricón de Derby. La verdad es que está pidiendo una buena hostia y yo soy el que se la va a dar.

Barry se pasó la mano por el pelo en un gesto nervioso.

—¿Qué ha hecho ahora?

Joey se tragó la bebida y suspiró.

—No quiere pagar, me tocó los cojones. Me dijo que no me tenía miedo, y a Davey y a Bannerman tampoco. Al parecer ahora trabaja para una empresa pequeña del otro lado del río, en Bermondsey. ¿Te imaginas de quién es?

Barry notó que se le helaba la boca del estómago.

—¿No será de los hermanos Winter?

—Los mismos. Le han dado trabajo de cobrador de morosos así que de repente se cree que él es el importante —Joey lo dijo apretando los dientes y casi forzando las palabras a salir de la boca de tan grande como era su rabia.

Ahora estaban en un buen dilema.

Los hermanos Winter eran muy conocidos y habían establecido una precaria alianza con Bannerman. Eso era de dominio público y nadie deseaba otra guerra. Desde que los Kray habían partido para disfrutar de sus treinta años de estancia en habitaciones pagadas por cortesía de Su Majestad, firmas de todo Londres se habían aposentado en sus territorios particulares y los defendían de todas las maneras posibles. De momento habían dejado a un lado las pistolas pero un acontecimiento de esa magnitud podía hacer que volvieran a ladrar.

—Tendré que hablar con Bannerman a ver qué dice.

Barry asintió como distraído. Luego se inclinó hacia delante con una sonrisa.

—Por qué no le damos una puta lección y a ver qué pasa, joder. Apuesto a que los hermanos Winter no dirían ni pío si se piensan que se lo tiene ganado. Después de todo es probable que ellos hagan lo mismo o esperen que lo haga él.

Joey meneó la cabeza.

—Esto es demasiado gordo, Bal, no queremos empezar ninguna guerra. O por lo menos sin que Bannerman lo diga.

Le pareció incómodo y aquello molestó a Barry. No era corriente ver a Joey así de preocupado.

—Pues venga, vamos a tomar unas copas y a olvidarlo, ¿eh? Mañana lo pensamos.

Joey cogió el vaso vacío con expresión enfadada y vencida.

—Me jode que ese mamón me haya puesto en esta situación. Tenías que verlo, Bal, con un gorila gigante al lado y otro más en el coche... Me sentí como un puto panoli. Pero algún día le ajustaré las cuentas, ya verás como sí.

Barry comprendió que tenía que decir algo para calmar a Joey.

—Y mientras estaba allí plantado, se reía, se reía de verdad, y yo no podía hacer nada. Te lo digo, Bal, es un buen trabajo y no tenía herramienta. Le hubiera pegado

un tiro en mitad de la cabeza a ese mamón.

Barry entendía su punto de vista. Que siendo de la profesión te atraquen, es como si a la reina le preguntan si puede hacerte una mamada rápida.

Y era especialmente indignante con alguien como Georgie Derby, un tipo grande y agresivo con una lengua que cortaba el acero y unas maneras vengativas a juego. Era un tipo al que costaba sacarle el dinero en cualquier situación, pero con un trabajo en el oficio de las deudas lo convertiría en un grano en el culo más grande de lo que ya era.

Joey se puso de pie, cogió el vaso vacío y soltó un profundo suspiro.

—Vamos a tomar otra copa. Dios sabe que me hace falta.

Mientras se dirigían al mostrador Barry trataba de pensar algo que decir para que Joey se sintiera mejor.

—Y por cierto, Bal, ¿cómo está la niña? ¿Sigue echando la casa abajo de tanto chillar?

Todo el mundo se rio y Freddie exclamó:

—¿Todavía no lo sabes? El cabrón del chico tiene manos de santo.

Ahí sí que todos se partieron de risa. Aunque Barry se alegró del ligero alivio tras aquello, no dejó de sentir ganas de soltarle un buen golpe a Freddie. Después de todo, se burlaba de él. Pero lo dejó pasar. Empezó a contarle a Joey lo de Wendy y cómo había dejado de llorar en cuanto él la cogió. Cómo le había dicho a Susan que no malcriase a la cría con tanto cogerla en brazos.

—Al final de todo, Joey, los críos son como las mujeres. Tienen que saber quién manda, igual que las titis. Como que así se sienten seguros. O sea, quiero decir, no se puede dejar a la parienta que haga lo que quiere, ¿no es cierto?

Joey se rio débilmente y se volvió a sus colegas del bar antes de contestar:

—Dile eso a June. La última vez que hizo lo que le mandaban fue cuando se lo dijo el médico de venéreas en el Old London.

Todos se rieron con el chiste y Barry, al darse cuenta de que había dado un paso en falso, soltó una risita ovejuna.

—Bueno, a June hay que echarle de comer aparte, ¿eh?

Joey asintió muy serio.

—Es una manera de decirlo.

—Vamos a pedir algo de comer y a tomar una copa en serio, ¿eh? Todavía son solo la una y media y tenemos todo el día por delante.

Joey asintió pero seguía preocupado y todos se dieron cuenta. A las tres en punto ya estaba beligerante y a las cuatro y media con un cabreo criminal. Georgie Derby le había molestado más de lo que le había parecido, pero Barry se sabía el guión y animaba a Joey siguiéndolo. Por lo que a él respectaba, si quitaban a Derby de en medio se marcarían un tanto públicamente.

El tanto era que cualquiera que estuviera lo bastante loco como para meterse con ellos acabaría borrado del mapa, daba igual quién fuera o para quién trabajase.

Susan tenía el ojo en carne viva y comprendió que tendrían que haberle dado puntos. Se miró en el espejo y se deprimió. Desnuda estaba espantosa. La cara, que nunca había sido lo mejor que tenía, se veía grotesca, el ojo y la ceja hinchados eran casi cómicos. Los moretones que le salían por todas partes le daban un aspecto menos atractivo incluso de lo habitual.

—Vete al carajo, Barry Dalston —dijo en medio de la habitación vacía.

Era un dormitorio encantador. Había pasado mucho tiempo arreglándolo, imaginándose a Barry y a ella envueltos el uno en los brazos del otro en la cama o jugando con los niños allí encima los domingos por la mañana.

—Lees demasiados libros y no piensas bien las cosas.

Últimamente le daba por hablar sola. Le aliviaba la poca felicidad interior. Wendy estaba sobre la cama gorgoteando feliz.

—¿Tú también hablas sola, nena?

Observó a la niña que le contestó con un gorgoteo de placer. Susan adoraba a su hija, la adoraba absolutamente.

Como siempre que se acercaba a Wendy notó que se le subía la leche. Barry y sus biberones... Sonrió al pensarlo.

Levantó a Wendy y se la puso dulcemente junto al pecho, notó la suavidad de sus labios al buscar el alimento y luego el cierre de las encías sobre el pezón irritado. Susan la sujetaba con dulzura, la dejaba alimentarse a su ritmo, le acariciaba con los dedos la cabeza y le besaba los deditos y los pies.

Satisfecha con el tratamiento, Wendy se relajó entre la mullida suavidad de su madre, sosegada por los olores y sabores familiares, aquel envoltorio de amor que acompañaba sus comidas formaba parte de todo el proceso.

Susan le cantó dulcemente, tarareando bajito mientras la niña mamaba y se relajaba poco a poco sobre el cuerpo de su madre.

Mientras la estaba besando y debatiendo interiormente si cambiarle el pañal o dejarla dormir, oyó que Barry entraba en tromba. Dio un portazo a la puerta de la cocina, subió a saltos las escaleras y antes de que ella pudiera moverse ya estaba en la puerta del cuarto.

Se quedó mirándolas unos segundos. Tenía los ojos como dos rayitas cerradas de rabia.

—Te estuve esperando, Bal, pero he tenido que darle de comer, estaba hambrienta.

Barry siguió mirando sin decir palabra.

Susan se levantó y colocó al bebé en el moisés al lado de la cama. Se enderezó y se volvió hacia su marido.

—Lo has hecho aposta, ¿verdad? Te digo que hagas algo y tú ni me escuchas, joder.

La voz sonó furiosa pero resignada, como si ya supiera exactamente lo que iba a

encontrarse al llegar a casa.

—Dejé el trabajo para venir a darle de comer a mi hija, pero tú tenías que hacerlo antes, joder, ¿eh? No podías esperar ni un segundo...

—Barry, joder, son las dos de la mañana. Llevas fuera desde ayer a las ocho y media. ¿Qué se supone que tengo que hacer, dejar que se muera de hambre?

Pronunció las palabras pero las dijo en tono de disculpa.

Barry la contempló de arriba abajo.

—Mírate, Sue, estás igual que una puta vaca gorda, toda ubres y estrías. ¿Te piensas que quiero venir a casa para encontrar esto? Una gorda enorme, una arpía maloliente como tú. ¿Te piensas que estoy esperando el momento de volver a casa? Pues mira, no. Pensar en ti me hace vomitar.

Susan cerró los ojos deprimida. Wendy lloraba otra vez, lloraba cada vez más fuerte hasta llegar al máximo *crescendo*. Automáticamente, Susan se inclinó hacia el moisés.

—Deja a la cría en paz. Ya está bastante malcriada como está, cojones.

Susan se enderezó y le suplicó con los ojos.

—No empieces, Bal, por favor. Esta noche no, colega.

Barry la miró y su mirada se detuvo en la barriga y los pechos. Aquellos pechos que tanto le gustaban. Susan notó que la leche se le agitaba otra vez de estar tan cerca de su hija, sintió que volvía a subir, sintió el calor y la incómoda sensación de saber que eso le iba a traer más problemas.

—¡Jesús, Sue, mira que eres una zorra fea! ¡Vaya que sí!

Susan miró al bebé que lloraba y Barry le cruzó la cara de una sonora bofetada, un bofetón con la mano abierta que sonó más fuerte incluso que el llanto de la niña. Se puso junto a ella y le hundió la cara en la cama. Le encajó una almohada debajo de la barriga y se arrodilló detrás de ella.

—No puedo mirar esa jeta tuya porque se me va la calentura —se sacó el pene, ya henchido y rígido. Lo empujó dentro de ella y la oyó gruñir.

—Venga, vale, guarra de los cojones. Gruñe, gruñe, cabrona.

Ahora la cabalgaba con dureza. Susan sentía los dedos que se le hundían en las nalgas y aquellos empujones que parecían heridas de cuchillo. Giró la cara a un lado y vio su reflejo en el espejo del tocador, Barry con los pantalones y la camisa puestos, la cara como una pelota roja de concentración en el bombeo. Los pechos de ella colgaban sobre la almohada, todavía cargados de leche. Notaba cómo le goteaban.

Barry hablaba y hablaba y sus palabras se aceleraban al acercarse al orgasmo. Susan notó el cambio de ritmo y suspiró de alivio. La niña había llegado a un volumen de grito tan potente que te dejaba sordo. Susan hubiera querido matarlo para poder consolar a su bebé en paz.

Pero ahora Barry gritaba por encima del ruido general con voz cargada de emoción y de odio.

—Eres una puta gorda y fea y tendrías que saber la suerte que tienes de que me

casara contigo, tía. ¿Quién más lo iba a hacer, eh? ¿Quién más iba a darte a ti hijos?

Ahora le tiraba del pelo, le hacía echar la cabeza para atrás y le hacía cada vez más daño.

—Eres igual que mi madre. Os pensáis que vuestra mierda no huele, ¿eh? Bueno, pues ya lo creo que huele, apesta, sois unas jodidas...

Iba a correrse, Susan lo notó en el estremecimiento del cuerpo, en que aflojaba el tirón del pelo y dio gracias a Dios de que aquello acabara.

Se apartó de él girando sobre la cama con el cuerpo dolorido y cansado. Wendy seguía gritando y ella se dirigió automáticamente en su busca pensando que ahora que él ya había tenido lo que quería la dejaría tranquila.

Estaba equivocada.

Al principio los golpes fueron grandes pero no algo que Susan no pudiera aguantar. Estaba sentada al borde de la cama con las manos sobre la cara intentando desviar los peores. Barry apretaba los puños hasta que se le ponían los nudillos blancos, apretaba los dientes y la guapura de su cara retorcida hasta ser como una espantosa careta de asco. Aquello fue lo que más asustó a Susan.

Había llegado al punto en el que ya nada le importaba. Ahora le haría daño a quien fuera, incluso a la niña.

Fue corriendo al dormitorio pequeño y se acurrucó detrás de la cuna de Wendy cubriéndose lo que podía con los brazos. Él le dio patadas y puñetazos y la insultó hasta cansarse y hasta que Susan era un pingajo arrugado y sanguinolento. Finalmente, la ira se le pasó y el llanto de Wendy se coló entre su rabia. Oyó un ruido de golpes en la puerta y por una décima de segundo pensó que era Susan quien lo hacía, que daba patadas con los pies en el suelo.

Entonces se dio cuenta de que venía de la puerta de atrás. Su cerebro registró ese dato y se relajó. Si fuera la bofia vendrían por la puerta de delante.

Miró a su esposa allí en el suelo. Se dio cuenta de que estaba machacada. Fue a la ventana del dormitorio y miró fuera y maldijo en voz baja entre los dientes. Era Doreen, en camisón y con una sartén grande en la mano.

—Sé que estás ahí dentro, so cabrón. Deja a esa chica en paz y sal aquí ahora mismo. ¡Que te voy a dar lo tuyo, mamón sin entrañas!

El llanto de Wendy le resonaba en la cabeza y al pasar al lado del moisés sintió el impulso de darle una patada, de lanzarlo a patadas por todo el cuarto y tirarlo por las escaleras a ver si al final se callaba de una puta vez.

En vez de eso empujó fuerte con el pie y lo hizo patinar medio metro. Wendy no se impresionó gran cosa. Lloró más alto y más fuerte.

También Doreen estaba chillando a voz en grito.

—Dame a esa criatura, so cabrón. Que la oigo. ¿Dónde está Susan? ¿Qué la has hecho? Ya he llamado a la pasma, colega, estarán aquí en un minuto.

Barry volvió junto a Susan. Seguía en el suelo y vio por primera vez que no se movía. Y de pronto le entró el miedo. Por un momento pensó que la había matado.

Bajó las escaleras y abrió la puerta de atrás. Apartó a Doreen de su camino y se fue corriendo en medio de la noche con la voz de Doreen sonando tras él mientras corría por el callejón de detrás de las casas. El miedo prestaba alas a sus pies.

Notó que en todas las casas estaban las luces encendidas y maldijo a Doreen por haberlos despertado a todos. Ni se le pasó por la cabeza que pudiera haber sido él quien los había despertado. Sus gritos, los llantos del bebé y demás era todo culpa de Susan.

Doreen se precipitó en el dormitorio y recogió a Wendy. Examinó con cuidado al bebé de arriba abajo e intentó tranquilizarla. El dormitorio de Susan estaba pegado al suyo de modo que lo había oído todo con tanta claridad como si estuviera en el cuarto. Sabía lo que había pasado y estaba asustada por su amiga. Una vez que arregló y tranquilizó un poco a la niña fue en busca de Susan.

Cuando Doreen la vio en el suelo, con la cara irreconocible y la cuna de la niña y las paredes todas salpicadas de sangre, sintió un ataque de odio tan intenso que se alegró de que Barry hubiera huido. No sabía lo que hubiera sido capaz de hacerle en aquel momento.

Susan estaba consciente pero muy conmocionada. Intentaba arrastrarse hasta la pared para apoyarse y ponerse de pie. Estaba cubierta de sangre, una parte de color óxido donde estaba seca y otras heridas todavía sangrando.

—Oh, Susan, Susan, cariño. ¿Qué te ha hecho esta vez?

La voz de Doreen sonaba espantada.

Colocó al bebé en el suelo junto a la puerta y trató de levantar a Susan y ayudarla a llegar al dormitorio, que se tumbase sobre algo blando. Le llevó lo que le parecieron horas. Susan era incapaz de coordinar sus movimientos, caminaba como si llevase botas de astronauta, forradas de plomo y pesadas como un coche.

Luego Doreen recogió a Wendy, ya callada. La puso en el moisés de al lado de la cama y luego volvió a mirar con miedo a su amiga. El cuerpo de Susan era todo un gran moretón, desde la cara hasta los pies. Doreen comprendió que hacía falta un médico, que necesitaba tratamiento hospitalario. Y entonces deseó haber telefonado a la policía. Hubieran podido ayudar, tal vez incluso impedir lo peor de la paliza con su llegada.

Pero la regla que los del East End tiene grabada dentro se lo impidió. No se llama a la policía para nada. Absolutamente nada. No se hace, no se llama y ya está. Cada cual arregla las cosas por sí mismo. Aunque no tenía ni idea de cómo Susan iba a arreglar aquello.

Doreen se dirigió al teléfono, lo descolgó y llamó a Kate y después a June, aunque no supo muy bien por qué molestarse con esta última. Pero tuvo la impresión de que si June veía a su hija así tal vez se apiadara lo suficiente como para hacer que Joey llamase al orden a Barry. Aunque Doreen no tenía muchas esperanzas.

Después telefoneó a un médico que conocía de sus tiempos en el oficio. Llegó en menos de una hora.

Barry había robado un coche. Era de lo más llamativo, un Ford Zephyr azul claro con radio y cassette de ocho pistas. Anduvo un rato dando vueltas y oyendo a Elvis cantar *Are You Lonesome Tonight?* y compadeciéndose de sí mismo.

Entonces tuvo una idea. Se paró en una cabina de teléfono y llamó a Joey. Descolgó el teléfono inmediatamente.

—¿Y ahora qué le hiciste a mi Susan?

La voz de Joey sonaba pastosa y amenazadora.

—June acaba de irse en un taxi a tu puta covacha. Esa mema de Doreen la avisó por teléfono.

—Tuve que darle una buena tunda. Escucha, he tenido una idea cojonuda para devolvérsela a ese mamón de Georgie Derby. ¿Te apuntas? ¿Quieres que le demos algo o no?

Había una amenaza detrás de sus palabras. Hablaba como si Joey no estuviera dispuesto a la revancha pero como sabía la cantidad de bebida que su suegro había trajinado antes, sabía también que mordería el anzuelo.

—¿De qué estás hablando? ¡Pues claro que quiero darle...!

Barry le interrumpió.

—Entonces prepárate que paso a buscarte. Esto te va a gustar de veras, socio, te va a gustar de cojones.

Colgó el teléfono y se dirigió al piso de Joey. A partir de esa noche, cuando hubieran terminado, nunca más nadie volvería a tomarlos por primos. Esa noche iba a crearse una verdadera reputación, la reputación de Barry. Iba a convertirse en una leyenda.

Con ayuda de Joey, por supuesto. Su suegro estaba a punto de concertar esa noche una alianza nada sagrada que los mantendría a ambos unidos desde ahora en adelante.

Barry estaba seguro de eso.

Georgie Derby era un buen padre y marido que quería de verdad a su esposa y a sus hijos. Se había casado bastante mayor así que tanto sus hijos como su mujer eran doblemente preciosos para él. Georgie estaba en la cama durmiendo con su mujer acurrucada a su lado. Sus tres hijos —Maxine, de siete años; el pequeño Georgie, de cinco; y la última, Caroline, de dos— dormían también profundamente.

Georgie estaba soñando con un perrazo negro que trataba de atacarle a él y a su familia. El perro del sueño era un perro fiero con unos colmillos tan enormes que hubiera podido aplastarles la cabeza a sus hijos. Y entonces, de pronto, el perro empezó a lanzar llamas. Notaba el olor a quemado, oía los fuertes crujidos mientras lo consumían y el perro lanzaba más y más fuego por la boca.

Se despertó cuando los gritos de su mujer se hacían cada vez más fuertes y vio por qué gritaba. La casa ardía, su hogar estaba ardiendo. Era una pesadilla hecha

realidad.

Saltó de la cama, agarró a su mujer y tiró de ella para intentar cruzar la puerta del dormitorio. Pero estaba petrificada, incapaz de moverse, gritándole que fuera a buscar a sus hijos, que salvara a los niños. Georgie salió corriendo de la habitación tapándose la cara con una mano. El rellano estaba invadido de humo negro pero tanteando el camino se las arregló para llegar junto a sus hijos que lloraban y pudo conducirlos al dormitorio principal. Natalie, su mujer, había abierto la ventana y afuera todos los vecinos habían salido y les gritaban para tranquilizarles diciéndoles que habían telefonado para pedir socorro. No podían hacer otra cosa que esperar. La niña pequeña, que sufría de asma, tosía muchísimo y la caja torácica se le agitaba en su lucha por tomar aire.

Al mirar por la ventana deseando que los bomberos y la ambulancia se diesen prisa, Georgie vio a Joey y a Barry de pie junto a un coche azul grande, y vio que le saludaban con la mano con toda tranquilidad.

Comprendió lo que había pasado y sintió que el miedo le apretaba el pecho como una duela de hierro. Hubieran podido matar a sus hijos. Se hubieran llevado unas vidas inocentes por dinero. Por duro que fuera, y era un hombre duro, jamás de los jamases hubiera hecho una cosa así.

Pero sabía que aquello, por fuerte que fuera, no lo era lo bastante para buscar revancha, porque eso pondría a su mujer y a sus hijos en un peligro todavía mayor.

No había duda de que Joey McNamara era una fuerza que había que aceptar. Georgie ya lo sabía, pero pensó que su asociación con los Winter convertía esa cuestión en algo que podía quedar para más adelante. Y al parecer ahora buscaban guerra, y no estaba seguro de si era una guerra que alguno de los bandos pudiera ganar.

Vio a su hija pequeña derrumbarse en brazos de su madre y corrió a ayudarlas pero comprendió de inmediato que Caroline había muerto. Fue el instinto, fue algo que supo sin necesitar que tuvieran que decírselo.

Caroline era una niña delicada, lo había sido desde que nació. Y ahora había muerto, la habían matado dos hombres que no tenían ni idea del mucho amor que sentía por esa niña, del mucho amor que guardaba en su interior para su familia y su vida en común.

Así que ahora supo que los iba a matar. Los mataría a los dos, y bien muertos. Tenía que hacerlo. Habían matado a su hija y eso no podía dejarlo pasar.

Su casa había ardido entera, su mujer nunca volvería a ser la misma, y él había perdido su gusto por la vida y todo en menos de una hora y a manos de dos individuos que se creían que podían dictar las leyes.

Pero esperaría, vigilaría y les pagaría con la misma moneda, de eso estaba seguro. Tanto como lo estaba de llamarse George Derby y de que grabaría aquello en la tumba de su hija.

Su esposa se lamentaba a gritos, histérica. De momento tendría que archivar el

odio y dedicarse a consolarla. Pero su memoria era larga y tenía a su favor una cosa muy importante: el tiempo.

Susan se despertó en el hospital Whitechapel con Doreen a su lado y una Wendy sonriente en brazos de su amiga. Susan no podía moverse. Tenía el cuerpo destrozado de dolor y la cabeza le daba vueltas de saber que Barry le había hecho aquello.

Barry Dalston, su marido, el hombre al que había amado con todo su corazón.

—¿Qué tal todo, compañera?

La voz de Doreen sonó contenida, preocupada.

Susan probó a sonreír.

—Supongo que viviré —era un chiste. Un chiste malo pero un chiste de todos modos.

—¿Cómo está la mejor de mis chicas? —intentó coger las manos del bebé entre las suyas pero era demasiado esfuerzo.

—Me siento jodidamente espantosa. ¿Ha estado aquí Barry?

Doreen no contestó pero las flores que llenaban la habitación hablaban por sí solas.

—Sabe que odio los crisantemos, el muy mamón. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Doreen sonrió amablemente.

—Cuatro días, Sue. No te preocupes, he tenido yo a la niña. Le dije a tu madre que habías insistido antes de perder el conocimiento. Supuse que no querrías que se la llevaran ellos. Pero Kate me ha ayudado mucho.

—¡Cuatro días! ¿He estado aquí todo ese tiempo?

—Barry les dijo que te habías caído por las escaleras. Creo que se lo tragaron, pero no estoy segura. En realidad nadie ha dicho nada.

Susan asintió. Mujer prevenida valía por dos.

—Seguiré mi instinto. No me acuerdo de todo pero me acuerdo de lo suficiente —la voz sonaba triste—. Espero que venga más tarde, todo alegre y cariñoso.

Doreen negó con la cabeza.

—Esa es la cosa, ayer lo detuvieron por incendio y asesinato. Y también han detenido a tu padre.

Susan abrió mucho los ojos y la sorpresa de la revelación de Doreen le hizo olvidar el dolor.

—¿Y a quién han matado entonces?

—A la hija pequeña de un tal Derby. Murió en el incendio por inhalar humo.

—¿Cuántos años tenía?

Doreen no pudo evitar un temblor en la voz.

—Solo tenía dos años, Sue, en realidad todavía era un bebé.

Susan asintió entonces en un gesto triste y solitario. Ninguna de las dos dijo nada más. No había nada que decir. Ambas quedaron sumidas en sus pensamientos, llenas

de asco e inundadas de compasión por la familia afligida. Finalmente, Wendy se puso a llorar y Susan la miró como si fuera la primera vez. Consiguió incorporarse en la cama, tomó a la niña en brazos y la abrazó tan fuerte que la criatura lloró aún más.

En medio de su dolor Susan se dio cuenta de que estaba librando una guerra, una que no podía ganar pero en la que tal vez pudiera vencer unas pocas batallas a favor de su hija. Ahora sabía ya que Barry era capaz de cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, para conseguir sus propios fines. Eso incluía sacrificar a una criatura inocente.

Dos días después lo pusieron en libertad sin cargos y pocos días más tarde encontraron a Georgie Derby con un tajo en la garganta. Al parecer, Joey, y ahora también Barry, se habían salido una vez más con la suya en un asesinato.

Por su parte Susan se veía ahora tratada como una reina por su arrepentido marido, pero cuando se dio cuenta de que volvía a estar embarazada tuvo ganas de matarse. Él estaba exultante, veía aquello como una señal de que debían permanecer juntos, ser una familia. Susan lo veía como un clavo más en la tapa del ataúd en el que se había metido.

Porque ahora sabía que Barry era capaz de cualquier cosa, y con Barry cualquier cosa significaba exactamente eso.

Capítulo 15

A Susan le dolía todo, absolutamente todo. Era como si le gritase todo el cuerpo, hasta los terminales nerviosos. Acarició la cabeza del pequeño Barry y por millonésima vez deseó que Barry senior se muriese.

Cuando lo miraba deambulando por la casita, con la cara roja de ira, el cuerpo tenso como un muelle sujeto para impedir la agresión y la boca vomitando obscenidades sin parar, se lo imaginaba en su ataúd. Esa imagen se había convertido en rutina. A veces, mientras pasaba la aspiradora o cocinaba o cuidaba de los tres niños y se pasaba un bonito día sin él, se permitía ese agradable sueño despierta.

La policía llamaría a la puerta y en vez de preguntarle dónde estaba Barry y llevárselo para interrogarlo se quedaban en el escalón con las gorras en la mano y la cara solemne para informarle que su marido, el padre de sus tres hijos, había muerto. Algunas veces había muerto en circunstancias espantosas, dependiendo de cuánto lo odiara en ese momento. Le habían clavado el dardo de una ballesta en el corazón o pegado un tiro en la cabeza. Una vez fantaseó incluso que lo habían quemado vivo, y esa vez se asustó, pero generalmente imaginaba que venía la policía y le decía que había muerto en un accidente. Sin más coches involucrados, desde luego, había chocado contra un árbol.

Si estaba realmente de buen humor se imaginaba entonces que Barry había contratado un seguro y ella se encontraba con una gran cantidad de dinero. El sueño adquiriría entonces las proporciones de una estrella de película, que era ella misma, milagrosamente bella y delgada, y los niños talmente como fotos de moda. Viajando por todo el mundo y charlando con David Bowie y Mick Jagger.

En ese momento, sin embargo, la ensoñación se vino abajo al darse cuenta de que Barry le estaba hablando. Bueno, gritándole, para ser más precisos.

—Mira, Bal, no es culpa nuestra que estés metido en apuros. A los niños no puedes echarles mucho la culpa, ¿verdad? Deja que te haga una buena taza de té y un bocadillo de beicon, ¿vale? Te dará la oportunidad de calmarte un poco, de pensar con un poco más de claridad. Y en el peor de los casos puedes ir a empeñar mi chatarra, ¿vale?

La miró con desprecio.

—Cierra esa puta boca, Sue. Y no empieces a volverme loco, te lo advierto.

Susan cerró los ojos angustiada. La verdad es que podía pasarse muy bien sin aquello. Wendy cumplía nueve años al día siguiente y quería celebrarlo. Si Barry se lanzaba contra ella esa noche en cualquier momento, a Susan le quedarían marcas y mañana tendría que sufrir la compasión de todas las otras madres.

Además sabía qué problema tenía. Volvía a estar sin blanca y le debía dinero a todo el mundo. Desde la muerte de Davey Davidson, Barry y su padre se habían quedado en el limbo. Bannerman se retiraba y se iba a vivir al extranjero. Les pagó lo que les debía a sus dos cobradores principales y ellos se fundieron rápidamente el

dinero porque esperaban que todo el mundo les hiciera ofertas de trabajo. Pero eso no había sucedido, evidentemente. A lo largo de los años habían caído en desgracia con todos los que hubieran podido estar interesados en darles un empleo. Ni siquiera de matones los querían, porque su fama les precedía y nadie quería el marrón, aunque a Barry sí le habían ofrecido trabajar en la puerta de un club de alterne. Bajar de categoría, en su opinión.

Susan también sabía que desde la muerte de la hija de Derby y de su propia estancia en el hospital hacía ocho años, la gente del barrio se mantenía a distancia de Joey y de él. Les toleraban pero ya no gustaban. Y sabía que eso a Barry le molestaba un montón y le echaba la culpa a ella. Lo extraño era que fue la paliza de aquel día lo que hizo que la gente lo odiara antes incluso de saber lo de la niña. A Joey y a él los habían atacado una noche, ya tarde, unos hombres armados con bates de béisbol. Los dos quedaron malheridos y nunca supieron quién lo había ordenado aunque Susan pensaba que había sido Bannerman, que esa era su manera de ganar la revancha sobre ellos y también de aplacar a los hermanos Winter. Susan sabía mucho más de lo que su marido sospechaba. Se aseguraba de que June la mantuviera al día de todo. Quería saber lo que podía esperarse, y si era posible cuándo. Tenía que defenderse a sí misma y a los niños lo mejor que pudiera.

Mientras hacía el té y el bocadillo de beicon confió en que Barry se tranquilizara. Ya había puesto nerviosos a los niños y atacado a Doreen diciéndole que tenía prohibida la entrada en su casa. Doreen se marchó sin discutir pero el simple hecho de que hubiera estado allí molestaba a Barry. La odiaba porque para ella era como un libro abierto.

Doreen era la experta en hombres. Tenía que serlo, porque Dios sabía la cantidad que había tenido. Esa idea hizo sonreír a Susan. El capricho del momento de su amiga era al parecer un joven camarero griego del West End. Doreen le contaba a Susan su vida amorosa con gráficos detalles y la hacía partirse de risa. Hasta a June le había caído mejor Doreen cuando vio lo graciosa que era. Doreen sabía hacer un chiste con cualquier cosa o cualquier persona. Y sobre todo con los hombres.

Volvía a estar en marcha porque ahora que sus hijos se hacían mayores y por las deudas, necesitaba dinero. Susan se sentía tentada a veces de vivir como ella: cobrar de la seguridad social, irse a trabajar por libre en la Gran Ciudad y hacer lo que quería cuando quería. Aquello le sonaba de puta madre.

—¿Vas a estar toda la jodida noche para preparar eso o qué?

Tenía a Barry detrás de ella. De fondo se oía en la tele la canción de *Blue Peter* y confió en que los niños estuvieran viendo el programa infantil tan tranquilos.

Al olor de la comida Wendy llegó corriendo a la cocina.

—Tengo hambre, mama.

Se paró en seco al ver la expresión en la cara de su padre. Susan intentó aligerar la situación.

—Muy bien, nena, enseguida te hago algo. Vete a ver la tele.

Barry bloqueó la salida a la niña.

—¿Entonces no has comido en la escuela?

Wendy, toda pelo castaño y grandes ojos azules, negó con la cabeza.

—No me gustaba, era horrible —hizo una mueca para mostrar lo malísimo que era.

—¿Y qué era? —dijo Barry en tono cordial, de conversación, pero a la niña no la engañó.

—Era pescado con patatas, que es viernes. Pero estaba todo aceitoso y lleno de grasa, no pude comérmelo. La abuelita Kate dice que es porque mi curso llega demasiado tarde y para entonces ya lleva mucho tiempo cocinado.

Metió a su abuela en la conversación porque era la única persona a la que su padre escuchaba o trataba con una mínima cortesía.

—¿Entonces lo que me estás diciendo es que te suministraron una comida, una comida en perfecto estado y no te la comiste?

Wendy asintió solemnemente.

—Era horrible.

Entonces llegó corriendo a la cocina Alana. Alana tenía siete años, el pelo negro y era muy guapa, era la que más se parecía a su padre de todos.

—Era una mierda, papa, yo tampoco me comí lo mío —lo miró a la cara y le sonrió y Barry le devolvió la sonrisa.

—Tan malo era, ¿eh, princesa? Bueno, mami te hará algo enseguida, ¿de acuerdo?

La niña asintió, cogió a Wendy de la mano y se la llevó de la cocina. Alana se aprovechaba de la debilidad de su padre por ella y trataba de hacerle la vida más fácil a la pobre Wendy que no hacía nada a derechas por lo que a su padre respectaba. Susan suponía que era debido a que la niña se parecía tanto a ella, aunque fuera una versión físicamente mejorada.

—Pronto será Navidad, Bal, la verdad es que la espero con ganas.

Se odió por simular aquella jovialidad forzada en la voz, por la manera en que pretendía que todo estaba perfecto cuando todo estaba mal, pero que muy mal.

—¡Pues vaya mierda de los cojones! Lo que tendrías es que mover ese puto culo y buscarte un trabajo si a mí no se me arregla todo pronto. Eso ayudaría a quitarte un poco de esa grasa de encima.

Susan se quedó mirando al hombre al que estaba atada. Nunca la abandonaría, eso lo sabía. Porque ella le proporcionaba un hogar, un consuelo. Tenía su anillo y sus hijos, tal como él le recordaba constantemente. Mi casa, mi coche, mi mujer. Ni siquiera ocupaba el primer lugar de la ecuación.

Barry era su dueño igual que lo era de su reloj o su jersey. No era más que otra posesión suya por lo que a él respectaba.

Cuando Susan le puso el plato en la mesa la arrastró hasta el fregadero tirándole del vestido.

—¿Esto qué es?

Susan miró al fregadero y suspiró. Había vaciado la tetera un poco antes y se había olvidado de hacer desaparecer las hojas de té.

—Son hojas de té, Bal.

Iba alzando la voz, ya había tenido bastante por hoy. Él acercó su cara a la de ella. Notó el aliento sobre la piel, la maldad en sus ojos. Cerró los suyos con angustia. A él le encantaría que le contestase mal, que le diera la excusa que buscaba para darle una buena paliza.

—Justo iba a limpiarlo ahora, todavía no he hecho el fregadero.

Notó el tono de súplica en su voz y se odió por ponerlo. A veces deseaba tener agallas para largarse, dejar aquello para siempre. Barry le colocó el puño cerrado bajo la barbilla y le echó la cabeza para atrás hasta forzarle todos los tendones del cuerpo.

Justo en ese momento y sin previo aviso, Kate entró por la puerta de atrás. Barry se dio la vuelta con cara de culpable y palideció al ver a su madre.

—Nuestro gran hombre está en casa, ¿verdad, Susan? Ya veo que te está dando el saludo de costumbre.

Barry dejó caer el puño y salió de la habitación. Pocos segundos después sonó el portazo de la puerta de delante y la casa y todos sus ocupantes parecieron exhalar un gran suspiro de alivio.

Kate meneó la cabeza.

—Que yo haya criado a eso, ¿eh? Nunca me lo hubiera creído. Su padre era un maleante, Dios lo sabe, pero nunca me hubiera hecho daño. Descanse en paz.

—A veces desearía que Barry descansara también.

Las palabras de Susan surgieron tan deprisa que las dos mujeres se echaron a reír juntas.

—Ah, estás ahí, Wend, pasa y cómete este bocadillo de beicon, cariño —miró a su suegra—. Es una pena que se pierda —en ese momento el bebé empezó a llorar y Susan suspiró—. Ya estamos otra vez. El pequeño Barry empieza como si supiera que tiene que tomar el relevo de su padre.

Se rio de nuevo y Kate miró cómo la voluminosa madre iba a consolar a su hijo. Sintió entonces la absoluta desesperanza de la situación de su nuera y lo peor de todo era que el causante era Barry. Si se pudieran escoger los hijos como se escogía cualquier otra cosa le pediría a Dios que Susan fuera su hija y se sentiría bendecida si su plegaria era atendida.

Aquella chica era maravillosa. La casa resplandecía. Los niños estaban bien sanos y limpios, tenían buenos modales y un vocabulario impresionante. Hasta Alana, aunque soltaba tacos como un carretero.

Kate no tenía ni idea de cómo Susan se las arreglaba para hacerlo bajo la férula del mal carácter y el humor impredecible de Barry. Pero era evidente que la chica peleaba por ello en silencio y a su manera. Nunca mencionaba sus moretones, tenía protegidos a los niños, y se las arreglaba también incluso cuando la había pegado en

serio, para sacar adelante el día a día y las cosas que más significan para los niños pequeños.

Mantén la rutina de dejar las comidas preparadas y asegurarse de que se bañaban antes de irse a acostar. Les leía siempre que podía, escuchaba sus pequeños dramas y los quería con todas las fibras de su ser. A pesar de que fueran los hijos de Barry. De Barry, que la había quemado con un cigarrillo cuando estaba preñada de Luke. El pequeño Luke que se había muerto a los dos días de nacer, un niño en miniatura que nació con dos meses de adelanto gracias a que su marido regaló a Susan una rotura de pelvis.

Cuánto le había dolido a Kate como madre saber que había traído al mundo a un hombre tan perverso y depravado. Era una cosa terrible eso de odiar a tu propio hijo, pero no podía soportar tenerlo cerca. A pesar de que pasaba mucho tiempo en su casa, con la esperanza de prevenir mayores males a aquella pobre chica que se había casado con él.

Wendy se sentó en el regazo de la abuela. Kate la apretó contra su amplio seno.

—¿Todo bien, gusanito mío?

Wendy sonrió feliz. Y entonces Alana se rio. Abrió la nevera, sacó un poco de jamón y empezó a prepararse un sándwich. Miró a su abuela y sonrió mientras ponía mantequilla en el pan con su torpeza habitual, rompiéndolo porque la mantequilla dura se negaba a extenderse.

—¿Qué es un coño gordo, yaya?

Aquella carita guapa parecía realmente interesada. En sus ojos había curiosidad y un poco de miedo porque había oído aquella expresión usada con maldad contra su madre. Kate se lo imaginó y cuando contestó a su nieta de siete años tuvo que esforzarse para no llorar.

—Es una expresión muy fea que usa la gente ignorante como tu padre. Que no te la oiga decir nunca más, ¿de acuerdo?

Alana asintió arrepentida de haber preguntado.

Wendy, toda ojos grandes e inocencia, dijo en voz alta:

—Habla así porque es un gilipollas, Alana.

Kate cerró los ojos disgustada.

—Esa es otra expresión que no tenéis que usar, niñas.

Wendy se volvió sobre su regazo y miró a Kate a los ojos.

—Pero eso es lo que le llama Doreen. Dice que es el nombre adecuado para las personas como él.

A Kate le entraron ganas de reír, estaba viendo a Doreen decirlo. Pero lo que hizo fue morderse el labio con fuerza y suspirar.

—Eso es un chiste, pero que no lo oiga tu padre, ¿de acuerdo?

Las dos niñas se rieron, felices de tomar parte en una conspiración de mayores que no entendían. Kate reunió a las niñas a su lado y las estrechó con fuerza. Se vengaba queriéndolas mucho, y quería igual a su madre. Desearía tener una varita

mágica para hacer desaparecer a Barry, pero sabía que eso no era posible. Lo único posible era intentar limitar los daños que les causaba.

En ese momento Barry estaba en el Hiltone Club de la calle Old Compton. Una mujer joven de pelo teñido de negro y pechos bamboleantes lo miraba con ciertas expectativas.

—¿Puedo hacer algo por ti? —soltó las palabras imitando mal un acento elegante.

—¿Dónde está el propietario, Iván? Dile que está aquí Barry Dalston.

La chica descolgó el teléfono y marcó un número. Barry aprovechó la oportunidad para mirar a su alrededor. Decidió que era un agujero de mierda. Nada más que alfombras viejas y cortinas baratas. Conocía el sitio sin mirarlo siquiera. Era como todos los demás. La iluminación, matizada y con un tinte rosa, ocultaba multitud de pecados, y el menor no era la fealdad de alguna de las chicas. Hablando del rey de Roma, dos coimas huesudas salieron del bar principal y lo repasaron de arriba abajo. Se dio cuenta de que no las había impresionado y maldijo a su madre por aparecer cuando había aparecido. No había tenido tiempo de cambiarse. De arreglarse bien. Hasta aquellas dos jacas feas le miraban por encima del hombro cuando pasaron camino de los servicios.

La chica de la recepción le dedicó una sonrisa franca.

—Iván bajará en un momento, siéntate. ¿Quieres que te traiga una copa?

Barry se calmó. Por fin un poco de respeto.

—Un *whisky* doble, y quiero decir doble.

La chica asintió y se fue hasta la barra para volver momentos después con un Chivas Regal bien servido. Barry se lo tomó en dos tragos pero no aceptó la oferta de otro más. Siguió allí torpemente plantado con el vaso en la mano cuando apareció Iván.

Iván Rechinovich era un solitario pero eso no lo hacía menos peligroso. Era un forastero, el nombre cockney para cualquiera nacido del lado sur del río. En el caso de Iván, en Bermondsey. Era hijo de unos judíos rusos obligados a marcharse de su patria y tenía ahora setenta años. Una cara arrugada, una nariz roja y gruesa y unos ojos de párpados gruesos que le daban un aspecto como de payaso.

Pero no era ningún tonto. Era un tipo violento y peligroso y cualquiera que no cumpliera con él como es debido se enteraba rápidamente. Al contrario que a sus iguales, le gustaba tomar parte activa en cada uno de sus negocios, ya fuera gobernando a las chicas o robando un furgón blindado. Su única vanidad era que seguía tiñéndose de negro aquel pelo abundante de un color tremendo que parecía fuera de lugar sobre aquella cara arrugada.

Quería a Barry Dalston porque su club había sido amenazado por una nueva compañía del norte de Londres, un par de tipos jóvenes con pistolas en el bolsillo y fusiles Kalashnikov en la maleta del coche. Iván no era idiota. Sabía muy bien que no

podía mantener a raya a los jóvenes para siempre. Muchos de sus coetáneos ya se habían jubilado. Pero él no quería hacerlo aún.

Se decía que todavía trabajaba el timo, pero como todo lo que tenía que ver con Iván no era algo que él dejara ver. Cuando estaba preparado para moverse informaba a todo el mundo y eso era todo lo que llegaban a saber. Si montaba un trabajo, solo se enteraban los interesados. Y él estaba muy interesado en conocer a Barry Dalston, un duro.

—Pasa, pasa, hijo —le saludó Iván efusivo—. Échale una mirada al establecimiento, dime qué te parece.

Estaba jugando al anfitrión cordial, pero a Barry no lo engañó. Sabía que todo aquello formaba parte del juego. Iván se presentaba como un viejo decrepito. Pero en realidad era tan astuto como un zorro y el doble de peligroso. Años antes, hubo alguien que lo llamó «chico judío» y le arrancó la nariz en persona. En consecuencia, cuando exigía respeto lo obtenía.

—Las chicas están ansiosas por verte. Se creen que si te gustan las enchufarás con los cabritos. Pero tú sigue mi consejo, hijo, tú sigue con tu mujer. Estas son jodedoras profesionales y lo de los hombres lo dan por hecho. Que no te enreden. Fóllatelas si quieres, eso es un plus, pero vete con cuidado. No toleraré peleas entre mis chicas, ¿entendido? Se acusan, dicen mentiras y hacen trampas, y no pueden evitarlo, es su inclinación natural. Una puta nace y no se hace, ya sabes. He acabado por darme cuenta de eso.

Barry asintió impresionado de la listeza del viejo y contento de que le diera luz verde para una sesión maratónica de folleto. Miró bien miradas a las mujeres.

—Muy bien, chicas, este es el señor Dalston que se dedicará a investigar las carteras en vuestro beneficio. Sed amables con él, ¿eh?

Las mujeres asintieron respetuosamente y a Barry aquello le gustó. Cuando iban andando hacia la pista de baile, Iván susurró bastante alto:

—Empleo la palabra «chicas» libremente, entiendes. Nunca las llamo mujeres. Las mujeres de verdad no tendrían estómago para hacer lo que hacen ellas. A mí las putas me deprimen, ¿y a ti? Aborrecen lo que hacen y acaban por aborrecer a los hombres, echarles la culpa de algo que ellas hacen voluntariamente para ganar dinero. Un montón terminan de bolleras, aunque naturalmente, no se lo puedes decir. Se creen que lo saben todo como todas las mujeres.

Barry se rio con él. Le gustaba el viejo.

Iván lo llevó a donde estaban cambiándose las bailarinas de *striptease* y a las salas privadas de juego.

—Cuando haya jugadores, lo que quiero es que te quedes aquí y mantengas el orden. Que registres a los cabritos por si llevan cuchillos, pistolas, lo que sea. Una vez tuve uno que se vino con un vial de ácido sulfúrico para arrojárselo a un oponente que se había llevado su dinero unos días antes. La gente que juega aquí es gente seria y esperan jugar seguros. Tu trabajo es asegurarnos de que así es. A las mujeres no se

les permite entrar aquí nunca, y especialmente cuando se está jugando. Porque lo único que intentan es ligarse a los cabritos y que dejen de pensar en el juego.

Barry asintió. Cada vez le gustaba más cómo sonaba aquel trabajo.

—Y por cierto, Dalston, espero que lleves las herramientas encima en todo momento. Te harán falta un pulverizador de amoníaco y una porra. Y también espero que lleves tu pipa. Puede que solo la uses una vez al año, pero la necesitas. Y también espero de ti que les pongas la mano encima a los clientes que se niegan a pagar. Eso es lo tuyo. Debajo del mostrador de recepción hay una carabina recortada para emergencias. De la policía no te preocupes, tengo avisos seguros si hay redada. En lo que a ellos concierne estamos limpios como patenas. También tienes que avisar a los taxis de las chicas que las lleven a los hoteles de los cabritos o a donde sea. Y nunca jamás dejes que una chica espere en la acera. Eso ni hablar. Se las pueden llevar por prostitución y eso sí que no lo queremos. Junto al teléfono tienes una lista de establecimientos de la zona. Asegúrate de que llamas a uno de esos hoteles, digan lo que digan las chicas. Nos hacen tarifa reducida.

Ahí sonrió al ver la expresión divertida de Barry.

—Si discuten con un cliente les das una torta, pero no en la cara. No vamos a arruinar su mayor activo. Dales en los riñones o en la barriga, es lo que más miedo les da. También les vendo gomas a precio reducido. Están en un armario de mi despacho. Y esto es la sustancia del asunto. ¿Crees que podrás con ello?

Barry asintió y luego dijo:

—¿Y de tela, Iván, cuánto?

Sonrió.

—Un billete por noche y las propinas que les saques a los cabritos. Sabes cómo aliñar una cartera, ¿verdad?

Barry negó con la cabeza.

—Pues es fácil, hijo. Cuando pagan la entrada, o si los enrollas para que se hagan socios, miras lo que llevan en la cartera. Y luego, en un papelito, apuntas los detalles de las tarjetas de crédito y cuánto dinero llevan en efectivo. Eso aprenderás a calcularlo con la práctica. Después los acompañas hasta el bar y le das el papelito a Roselle. Y entonces ella tendrá una idea de con quién está tratando y les atiende en consonancia. Te sorprendería saber la cantidad de primos que entran aquí con uno de cien y esperan con eso comprarse el mundo —continuó—. A mí me gustan los extranjeros, se gastan la tela y ya está. Los británicos son los que te dan dolores de cabeza. Los británicos y los árabes. Pueden ser unos hijos de puta. Y algunos, unos jodidos maricones descarados. Estoy convencido de que se piensan que esto es un local de calidad. Ah, y antes de que se me olvide, ojo con los bichos raros. El año pasado el mismo puto cabrón me rajó a dos chicas. Por eso Tom Hanley habla todavía con alambres en la mandíbula. No hacía bien su trabajo y me sacaba la pasta. Y eso no lo tolero. Mis chicas tienen que estar bien protegidas. Bueno, o tan protegidas como podamos, yo ya me protejo a mí. Bien, ¿otra copa?

Barry asintió sorprendido de lo complejo que parecía el trabajo. El viejo le gustaba, sin embargo, y agradecía la oportunidad.

—No te arrepentirás de elegirme, Iván.

El viejo le miró a la cara y dijo sin expresión:

—Si me arrepiento, hijo, serás el primero en saberlo.

Las crías estaban en la cama y tenía al bebé en el sofá junto a ella mientras veía la televisión. Disfrutaba de unas pocas horas de paz y tranquilidad. Confiaba en que Barry no viniera a casa esa noche y lo estropeará todo. Todavía tenía que hacer un poco de jalea y un *trifle* para la fiesta de cumpleaños de Wendy del día siguiente. El dinero se lo había dado Kate, porque Barry alegó estar pobre, como siempre.

Susan besó los deditos de su hijo pequeño y lo contempló encantada. Era precioso. Lo estrechó contra su pecho y acarició el robusto cuerpecito viendo sonriente a Starsky, a Hutch y a Huggy Bear hacer payasadas juntos en la pantalla.

Veinte minutos más tarde estaba dormida, el cansancio había envuelto su cuerpo como una mortaja. Barry llegó a casa justo pasada la medianoche y se quedó mirándola a ella y a su hijo desde la puerta.

Barry *junior* se había hecho pis y el olor acre flotaba por la habitación. Susan roncaba suavemente y su rostro en reposo estaba casi bello. Barry los observó. Vio que su hijo se movía tratando de ponerse cómodo y lo oyó resoplar. Vio que Susan lo sujetaba más fuerte por instinto moviendo su cuerpo dormido para acomodar al niño.

Barry sonrió y deseó no haberle pegado.

Sobre la mesa de la cocina había un sándwich de jamón y otro de queso envueltos en papel transparente. Ver aquella muestrita de cuidados caseros lo hizo sentirse culpable. La verdad es que Susan era un buen ejemplar. Una persona bondadosa.

Abrió los sándwiches y se abrió la botella de *whisky* que se había comprado y la oyó agitarse en la sala. Después de poner al bebé en su cuna en la habitación Susan volvió a bajar y entró en la cocina.

—Me había parecido oírte. ¿Quieres que te haga unos huevos con beicon?

—No, está bien así. Vete a la cama, colega, yo iré dentro de un minuto.

Estaba amable con ella que sintió ganas de llorar ante aquel cambio. Podía ser tan bueno a veces, tan amable como era antes.

—Mañana es el cumpleaños de Wendy y tengo que ponerme en marcha y empezar a hacer la jalea y lo demás. Me quedé dormida viendo a esos jodidos Starsky y Hutch.

Puso el agua a hervir y empezó a sacar cuencos de las alacenas.

—Hazlo por la mañana.

Susan negó con la cabeza.

—No tendré tiempo. Mañana tengo que hacer todos los sándwiches y los pasteles. Vendrá tu madre a echarme una mano, y Doreen.

Barry asintió, resignado.

—Tengo un trabajo.

Susan se volvió hacia él resplandeciente.

—¿De verdad? ¿Qué vas a hacer?

Barry se encogió de hombros con aire indiferente.

—Tienes delante al nuevo portero del Hiltone Club. Un billete por noche —arrojó cincuenta libras sobre la mesa; Susan las miró contentísima—. Le saqué un anticipo a ese viejo cabrón de Iván. Prácticamente tuve que arrancárselo con una puta palanqueta.

Se le puso una expresión sombría al recordar la advertencia de Iván: «No intentes jugármela, Barry. Sé todo lo que hay que saber de ti y me entero de todo, no lo olvides».

Había tragado saliva, no tuvo más remedio. Debía dinero por todas partes, y sobre todo a los corredores. Iba a tener que arreglar algún golpe en algún momento para limpiar la pizarra.

—Bueno, por lo menos es un comienzo. ¿Qué clase de club es?

Barry dio un mordisco al sándwich haciendo ruido.

—Es un club de alterne, nada menos. Pero el dinero y el horario están bien. Aunque con un montón de responsabilidades, un puñetero montón.

Dijo esto dándose una gran importancia.

—Lo que me gustaría saber es si vas a acabar en chirona.

Barry chasqueó la lengua sonoramente.

—¿Por qué lo haces, Sue, eh? ¿Por qué tienes que burlarte de todo lo mío? Intento ganarme la puta vida y tú me tocas los huevos.

Escupía con ira al hablar y Susan sintió que su rabia aumentaba y se le cayó el alma al suelo.

—Está bien, Bal, no te sulfures. Me preocupaba por ti, nada más.

Barry se puso de pie y le golpeó fuerte en el pecho con un dedo.

—Bueno, pues no te preocupes por mí, cojones, ¿vale? Preocúpate de ti y de sacar algo de ese puto culo gordo que tienes. Tienes la misma pinta de cerda que siempre.

Agarró el plato y lo estampó contra la pared. Susan lo contemplaba pálida y en silencio, esperando a que pasase, confiando en que pasase.

—¡Pero si hasta has vuelto a la jodida de mi madre contra mí! Cualquier cosa que haga me la jodes de un modo u otro. Gafe de los cojones.

La rabia lo volvía incoherente. Sin poder hacer nada, Susan lo miraba desbarrar y tirarlo todo por el suelo. Vio cómo las gelatinas que acababa de empezar a hacer caían sobre el linóleo y suspiró en silencio.

Luego Barry volvió a darle golpes sobre el blando pecho con el dedo huesudo estirado. Impactaba contra los senos hinchados de leche con tanta fuerza como podía y la hacía encogerse, la convertía en nada. Intentaba desaparecer dentro de sí misma, refugiarse en su mundo interior, pero Barry no estaba dispuesto. Por alguna razón, esa

noche quería que le contestase.

Pero ella no podía.

La empujó con la mano abierta y la hizo patinar pesadamente sobre el suelo empapado y cayó de cara golpeándose fuerte contra el linóleo al intentar escapar. La miró desde arriba y meneó la cabeza con asco antes de darle una patada.

—¡Por favor, Bal, por favor! Esta noche, no, mañana es la fiesta de Wendy. Déjalo, socio, por favor.

Él se puso a imitarla.

—Por favor, Bal, déjame en paz. Tú me provocas primero de cojones y luego esperas que se me pase sin más, ¿es eso?

Su incredulidad era auténtica.

Susan pudo ponerse de rodillas. Oyó que las niñas se levantaban y rezó para que tuvieran suficiente sentido como para quedarse arriba hasta que todo acabase. Barry la golpeó entonces en la sien y la mandó volando al otro lado de la cocina.

Wendy y Alana aparecieron allí.

—¡Tú deja en paz a la mama, matón asqueroso!

El miedo ponía una nota aguda en la voz de Alana.

Wendy permanecía plantada en la puerta como una estatua. A Susan le sangraba una ceja y ya notaba que en la sien se le iba formando un grumo de sangre. Le había abierto la ceja al darle con el grueso anillo de oro que ella le había regalado unas navidades.

—Volved arriba, cariño, mami está bien. Vosotras volved a la cama que dentro de un minuto subo a arroparos.

Pero Wendy entró en la cocina y fue a ayudar a levantarse a su madre. La mano de Barry golpeó a la niña cuando pasaba y la mandó por el aire. Fue un golpe fuerte y Wendy gritó de dolor y de susto.

Al instante Susan estaba de pie. Utilizó el peso de su cuerpo para apartar a Barry del camino hacia su hija, y entonces, cuando llegaba junto a Wendy, él la agarró del brazo para detenerla. La niña estaba en el suelo con el camisón empapado en la gelatina líquida y la cara roja del golpe.

Seguía llorando.

La siguiente cosa de la que Susan tuvo conciencia fue sentir que las dos niñas tiraban de ella para apartarla de Barry al que tenía delante puesto de rodillas y ella le tenía puesto un cuchillo en el cuello. El cuchillo grande de sierra que utilizaba para cortar el pan de sus hijos.

—¡Mama, para, para!

La voz de Alana era ahora un chillido agudísimo, el terror sonaba en cada una de sus palabras.

Susan se sacudió a las niñas de encima.

—¡Id arriba ahora mismo!

La voz sonó fuerte y no admitía discusión. Las niñas salieron corriendo de la

cocina y Susan miró a Barry a los ojos.

—Si vuelves a tocar otra vez a mis hijas te juro que te hago picadillo, ¿me has oído, muchacho?

Por primera vez en su vida Barry Dalston tuvo miedo de su mujer.

—Suéltame, Susan, lo digo en serio. Si no me sueltas te partiré el puto cuello.

Susan se rio con una risita amarga que hubiera jurado que no podía llevar dentro.

—Como toques a las niñas otra vez será mejor que me partas el cuello, socio, porque si yo te pongo las manos encima te mato. Lo digo en serio, Barry, te mato.

Barry comprendió que lo decía en serio y tragó saliva. Vio la verdad en sus ojos y la oyó en su voz.

Susan apartó lentamente el cuchillo del cuello de Barry y el cuerpo le temblaba al tratar de tomar aliento.

Ahora todo resultaba diferente. Hasta los dientes de la boca los sentía raros y fuera de su sitio. Notaba un gusto a tanino en la lengua que supuso que era sangre e imaginó la escena que debían haber visto sus hijas.

Dejó caer el brazo a un costado con el cuchillo de sierra todavía en la mano.

—Sal de aquí, Barry. Lárgate ahora mismo.

Barry esperó hasta verla relajada para abalanzarse contra ella y quitarle el cuchillo de los dedos. Luego se rio.

—Lo decías en serio, ¿verdad, Sue? La gallina clueca que cuida de los pollitos, ¿eh?

Se le oía orgulloso de ella, hasta cordial. Pero no la engañó. Susan tomó una servilleta y se la llevó a la ceja. Ahora ya era inmune al dolor. Lo había experimentado tantas veces que para ella era como un cortecito con el borde de un papel. Lo miró a los ojos.

—No estoy para bromas, Bal. A mis hijos no los toca nadie, ni siquiera tú. Ahora lárgate y quédate en cualquier sitio esta noche, vete a dar una vuelta a ver a cualquiera de tus antiguas pelanduscas o lo que sea, pero márchate de esta casa.

Salió de la cocina y se fue al piso de arriba para tratar de tranquilizar a las niñas. Wendy había llenado la bañera y trataba de calmar al pequeño Barry que se había despertado con todo aquel ruido.

—¿Estás bien, mama? —Wendy también tenía la cara hinchada y Susan se dio cuenta de que le saldría un cardenal.

—¿Y tú estás bien, socia? Deja que mami te mire la cara, corazón, déjame que te dé un beso para que se te cure. El papa no está bien, cariño. No sabe lo que hace.

Barry estaba al pie de las escaleras y la oyó hablar con la niña.

—Venga, vamos a ponerte un poco de pomada ahí para quitar el morado, ¿eh? Y luego prepararé leche caliente y galletas para todas.

Alana seguía llorando y sus sollozos partían el corazón.

Susan metió a las dos niñas en la bañera cosa de diez minutos después y les dijo que las dos podían no ir a la escuela el lunes.

—Ahora jugad un poco mientras arreglo la cocina y os preparo algo bueno, ¿eh?
Asintieron, obedientes.

—¿Todavía podré hacer mi fiesta, mama?

Susan sonrió.

—Pues claro que sí, corazoncito, no dejes que esto te la estropee.

Bajó despacio las escaleras y todo su cuerpo le pedía a gritos sueño y descanso. Recogió al pequeño Barry del dormitorio y lo acunó hasta que volvió a dormirse. Lo dejó sobre el sofá entre dos cojines para que no se cayera rodando y se fue a la cocina.

Barry tenía todas sus toallas limpias por el suelo para tratar de empapar el desastre. Susan cerró los ojos desesperanzada. Más para lavar. Como si no tuviera bastante ya.

Barry se la quedó mirando: llevaba puesto un camisón viejo y tenía una pinta espantosa, con la cara hecha un mapamundi de golpes y churretones de sangre. Se le había secado en el pelo y se lo teñía de color óxido aquí y allá.

—Tú sabes que no lo quería hacer, Sue.

Fue lo más próximo a una disculpa que dijo en su vida.

—No quiero oír nada más, ¿vale? Todavía tengo que hacer lo de la niña, pase lo que pase. Le he dicho que tendrá su fiesta y tendrá su fiesta, da igual lo que tú hagas.

Entonces Susan rompió a llorar con largos sollozos desgarrados que parecían rebotar por las paredes de la cocina.

—Mira lo que me has hecho, Barry, y mañana tiene que venir todo el mundo. Parece que haya tenido un puto accidente de coche. Y la carita de Wendy también se le está amoratando. ¿Por qué lo haces, Bal? ¿Por qué cojones lo haces?

Barry se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos un momento y le acarició la espalda y los hombros. La besó en el pelo y en la cara.

—Coge esas cincuenta y gástatelas en el judío de abajo de la calle, ¿de acuerdo? Cómprale lo que necesite y algo especial para los demás. Champán o cualquier cosa.

Susan no contestó, seguía llorando.

—Estaba rabioso, socia, y lo pagué contigo. Pero esta noche me has enseñado un par de cosas sobre las mujeres, Susan, que no puedes fiarte de ellas cuando los críos andan por medio.

Trató de hacerla reír pero ella no estaba por la labor.

—No puedes pegarle a las niñas, Bal. Se las llevarán y yo me volveré loca.

Él le cogió la cara entre las manos y le acarició los pómulos con los pulgares.

—Eres una madre fantástica, Sue, una puta joya, y yo a veces soy un tonto del culo. Pero esta noche me pillaste, muchacha, creí que ya me había tocado el número.

Alzó la cabeza y se rio.

—Mira el corte que tengo debajo de la barbilla, socia, todavía sangra.

—Tuve miedo, Bal, porque quería clavarte el cuchillo de verdad y eso me asustó.

Barry se rio de nuevo, todo estaba olvidado hasta la próxima vez. Susan supo que

habría una próxima vez.

—Deja de tomártelo tan a la tremenda. Todos los matrimonios se pelean, para eso te casas. Para joder y para pelear, tía. Y me temo que los dos somos eso.

Susan se enjugó los ojos con los dedos.

—He prometido a las niñas leche caliente con galletas. Las metí en el baño.

Barry asintió.

—Yo lo limpio todo, tú vete y métete con ellas, remójate bien. Y prepararé algo bueno para todos, ¿vale?

Susan asintió resignada a aquel regreso al Barry que hubiera podido amar. Que una vez amó. Era inútil discutir con él.

Veinte minutos más tarde estaba metida en la bañera caliente y oía a Barry hacer reír a las niñas con sus tonterías de payaso. Pidió a Dios que aquel trabajo nuevo funcionase y que le gustase.

Pero conociéndolo como lo conocía, sabía lo que iba a pasar.

Lo que pasaba siempre.

De todos modos, razonó, era trabajo nocturno así que por lo menos lo tendría lejos de casa y la dejaría un poco en paz por fin.

Se tumbó en la bañera y dejó que el agua caliente hiciera su efecto. Entonces Barry apareció para traerle una taza de té y un cigarrillo, todo un lujo para Susan.

Se le pasó por la cabeza que debería amenazar con matarlo más a menudo.

La fiesta de Wendy fue un éxito hasta que Barry y Joey riñeron. Entonces, todo el mundo se marchó corriendo y un vecino llamó a la policía. A los dos los encerraron por embriaguez y alteración del orden.

Susan se sentía en el séptimo cielo. Por fin había dormido bien una noche. La primera desde hacía meses.

Doreen se quedó hasta tarde y entre las dos se bebieron la botella de champán que Barry había traído a casa. Susan, achispada por el alcohol, le contó a su amiga que había amenazado a Barry con un cuchillo. Las dos se partieron de risa. Así que en definitiva el cumpleaños de Wendy fue un éxito.

Susan se sentía poderosa, como si por fin estuviera al mando. Había respondido a la violencia por una vez y la cosa funcionó. La había escuchado, respetado.

Una semana después de la fiesta del cumpleaños de Wendy se la llevaron al hospital después de que Barry la atacara borracho y rabioso.

Al parecer, después de todo no era tan indulgente.

Capítulo 16

Roselle Digby era diminuta. No simplemente pequeña, que lo era, sino diminuta. Sus manos eran como de niña, con dedos regordetes que terminaban en uñas como garras muy pintadas. Tenía los pies pequeños, la nariz respingona y unos pechos breves y puntiagudos. Ojos separados, que le daban un aire de vulnerabilidad a pesar de que estaba muy lejos de eso. Lo más grande que tenía Roselle era el corazón. Tenía un gran corazón y a todo el mundo le caía bien.

Era una gran lectora, lo que le parecía interesante a Barry porque la encontraba muy bien informada. Decidió olvidarse de que también Susan leía hasta que él la conoció, y que él le había prohibido ese entretenimiento porque consideraba que le daba ideas sobre su condición social.

Con Roselle era distinto, era una persona por sí misma.

Era la jefa de las chicas del Hiltone Club y en su pequeño mundo la respetaban porque no tenía que vender el culo, como decían las otras chicas. Y aquello a Roselle le venía que ni pintado.

Llevaba en el negocio desde los catorce años, en Chapeltown, Leeds. Y ahora en la Gran Ciudad era respetada, alguien que ya no tenía que ejercer el oficio para vivir. Se había enrollado con Barry Dalston y disfrutaba de él hasta el último segundo. Él la llevaba en palmitas: le compraba flores, se la llevaba a comer a sitios románticos y la trataba como se trata a cualquier mujer normal. Era cabezota, inteligente y lista, todo lo que normalmente Barry aborrecía en sus mujeres, pero Roselle tenía algo que ninguna de las otras tenía. Era una de las pocas fulanas que había invertido su dinero con sabiduría.

Solitaria por naturaleza, aunque muy cordial con todos, había colocado su dinero comprándose un piso pequeño pero bien situado y llenándolo de muebles y detalles caros. Barry se quedó atónito pero impresionado cuando vio cómo vivía. Incluso ponía servilletas en la mesa solo para tomar un sándwich. Tenía un hijo en un colegio de pago y conducía un coche de gama alta.

Roselle ganaba dinero y lo cuidaba con sabiduría. Por una vez en su vida Barry admiraba abiertamente a alguien. Hasta entonces si tenía dinero se lo gastaba en cosas como bebidas o, últimamente, drogas. Las chicas de alterne lo habían introducido en los placeres de las anfetaminas y el cannabis. También le gustaba la ropa, los aparatos eléctricos y las chucherías a la última.

Y ahora pudo entrever cómo era la vida cuando la vivía alguien que tenía conocimientos para cuidar de sí mismo. Es verdad que Roselle fumaba droga, pero se mantenía al margen de todas las demás, cosa que en su ambiente era difícil.

Barry la contemplaba circular por el club, hablar con los clientes y asegurarse de que todo funcionaba con fluidez, y sintió que la amaba.

Se sonó la nariz con su mano de fuertes nudillos. Llevaba un ciego monumental. Hacía más de una semana que no iba por casa y sabía que Susan estaría que se subía

por las paredes. No de preocupación, sabía perfectamente que él sabía cuidar de sí mismo, pero estaría sin blanca y ese sería su auténtico quebradero de cabeza.

Wendy y Alana querían ir a un viaje del colegio a Lourdes y se suponía que él les llevaría el dinero. Eso le molestaba porque con las anfetaminas y la bebida empezaba a ponerse paranoico. Tenía la sensación de que Susan y las niñas esperaban demasiado de él. Ni se le pasó por la cabeza que con el dinero que se estaba gastando en Roselle y en drogas hubiera podido pagar el viaje dos veces. Había trabajado para ganarse esa pasta, tenía derecho a gastársela.

Se metió el último trago que le quedaba y se fue de la barra al vestíbulo. Era miércoles por la noche, un día flojo para los trabajadores del Soho. Cuando estaba junto al mostrador de recepción se le acercó una chica negra alta.

La Toyah Fielding, una lumi de veinte años de Brixton, estaba en la recepción mientras la chica de siempre tenía permiso por un aborto.

—Te ha llamado una mujer. Dijo que era tu esposa, Susan. Preguntó si estarías y si podías que la llamas.

Lo dijo sonriente. Las cuestiones domésticas de Barry siempre habían sido un secreto en los seis meses que llevaba trabajando en el club. Sobre todo por Roselle, con quien había iniciado su aventura casi inmediatamente. Ahora lo era todo para Barry. Vivía para las noches que pasaban juntos y encontraba cada vez más difícil dejarla e irse a su casa. Nunca supo realmente qué hacía ella cuando no estaba con él. A veces se iba a otros clubs con las otras prostitutas, pasaban lo que llamaban una noche ciega, y se suponía que él no tenía que cuestionar su derecho a hacerlo. Después de todo, no eran una pareja propiamente dicha. Ella era independiente, según le subrayaba sin cesar. Después de todo, estaban a finales de los setenta.

Si Susan hubiera intentado plantearle un rollo así, Barry le habría puesto los ojos como faroles, pero con Roselle sabía que por ese camino no iba a ninguna parte. Era demasiado independiente, era demasiado ella misma para darle siquiera la oportunidad de cortarle las alas. En el fondo sabía que se acostaba con otros hombres, lo sabía seguro. Y sabía también que por lo que a ella respectaba no era asunto de él.

Al mirar la bonita cara de la chica negra asintió con la cabeza enfadado ya por la intrusión de Susan en su otra vida. Atreverse a llamar por teléfono al club y avergonzarlo de aquella manera. Decidió romperle la crisma en cuanto llegase a casa, porque ahora tenía que ir quisiera o no.

Al pequeño Barry le estaban saliendo los dientes y estaba más pesado que un pecado. Nada de lo que Susan hacía parecía calmarlo. Tenía las mejillas coloradas, las orejas rojas y un berrinche de dimensiones olímpicas. Atrapada entre las demandas constantes de dinero para el viaje a Francia de las niñas y que pese a haber pedido prestado a todo el mundo no le quedaba nada en el monedero, ni siquiera para la aspirina infantil del niño, Susan estaba al límite de sus fuerzas.

Su madre también andaba a dos velas porque su padre se negaba por completo a coger un trabajo de modo que ya no podía ayudarla más y Susan no quería seguir pidiéndole a Kate porque eso tensaba aún más las relaciones entre ella y su hijo. Doreen necesitaba el dinero para ella, aunque Susan sabía que si se lo pedía Doreen le dejaría otro par de libras. Pero no quería volver a pedírselas a Doreen, quería saber dónde estaba Barry y qué hacía.

Con cuatro meses de embarazo ya estaba más que hasta la coronilla de todo. Los niños sobrevivían a base de sándwiches de mermelada y huevos con tostadas y debía los recibos del alquiler, el gas y la electricidad. El contador se pararía en cualquier momento y se quedarían a oscuras para acabar de rematarlo.

Doreen llegó con las dos niñas. Susan les sonrió débilmente.

—Se te ve acabada, compañera. Siéntate que te preparo un té, ¿eh?

Doreen se lo dijo en tono amable y Susan se rio con amargura.

—No hay señales tuyas, Dor. Estoy segura de que tiene una tía, ¿no crees?

Doreen, parroquiana también de los clubs, sabía que la tenía y también quién era esa tía.

—Conociéndolo, probablemente, Sue. Él es así, ya lo sabes. No quiere decir nada.

Quería evitarle más disgustos a su amiga y confiaba también en que si lo que había oído era verdad, Barry la dejase por Roselle y así Susan podría tener un poco de vida propia.

—La electricidad está casi cortada, no queda casi comida y debo atrasos de la renta y de todo. Tengo que encontrar a ese cabrón. Ya sé que se pondrá como loco, pero tengo que hablar con él, tengo que sacarle algo. No parece que esté sin nada de dinero, ¿eh?

Doreen no respondió, sabía que no se esperaba que lo hiciera. Susan solo le hablaba por hablar, para desahogarse.

—Les he dado a las niñas unas hamburguesas con patatas con los míos. ¿Vale?

Susan sonrió agradecida.

—De puta madre, ¿eh? El tío anda por ahí hecho un pincel como una estrella de *rock* y sus hijos no tienen en casa ni un puto mendrugo. Menudo gilipollas egoísta.

Doreen se rio.

—Como todos. Nunca he conocido a un hombre con un cerebro dentro de la cabeza. La mayoría lo tienen en la polla.

Antes de que Susan pudiera contestar se marchó la luz.

—Lo que me faltaba ahora, mira tú, con el niño rabioso con los dientes. Gracias a que la puta cocina es de gas.

Las dos niñas entraron corriendo en la cocina.

—Se ha ido la luz, mama, y la tele no funciona.

Susan soltó una carcajada.

—Ni me hubiera enterado si no me lo decís vosotras dos.

Las dos niñas soltaron unas risas con gran regocijo.

—Pues qué bien que te lo hemos dicho, mama, si no, no te habrías dado cuenta.

—Id a mi cocina y traedme el bolso, cariñitos. Tengo un poco de calderilla. A ver si podemos poneros otra vez la tele —dijo Doreen.

Salieron corriendo por la puerta de atrás y Susan tuvo que contener las lágrimas.

—Eres demasiado buena conmigo, Dor. No sé qué haría sin ti.

Doreen la abrazó e intentó aliviar la situación.

—Para eso están las amigas, compañera.

Como si ese fuera el pie para su entrada, el pequeño Barry empezó a llorar a grandes voces que hicieron acudir corriendo a Susan desde la cocina. Para cuando lo hubo sacado de la cuna y había empezado a mecerlo, ya había vuelto la luz. Bajó los escalones considerando su situación. Tenía que ver a Barry y aclarar algunas cosas. Se preguntó por un instante si es que la habría abandonado, pero decidió que su suerte no llegaría a tanto. Si la dejase... si la dejase estaría en condiciones de apuntarse en la lista del subsidio y arreglárselas a partir de ahí. Por lo menos con la paga tendría un presupuesto, sabría lo que le esperaba cada semana y podría gastar de acuerdo a ello. En aquel momento nunca sabía dónde estaba a pesar de que en realidad Barry ganaba un buen salario. Aunque Dios sabe qué hacía con él, siempre alegaba pobreza.

Todo lo de oro lo había empeñado igual que todas las otras cosas por las que pudo sacar una o dos libras. Esta vez no creía que pudiera llegar a rescatar nada del usurero.

Metió a Barry en su parque y les dijo a las niñas que lo vigilasen y se volvió a la cocina. Doreen había hecho té y fumaba un cigarrillo sentada a la mesa.

Susan tuvo la sensación de haber aguantado todo lo que podía. A cualquier sitio que se volviera extendía la mano pidiéndole dinero y acababa por desesperarse. Hasta las pocas libras ahorradas se le habían ido. Estaba en las últimas, literalmente. Hasta sus zapatos habían rendido el alma. No tenía más remedio que andar siempre en zapatillas con aquellos pies hinchados.

Y ahora había otro niño más de camino y Barry en la lista de desaparecidos sin que supiera qué hacer. En la casa no tenía nada que dar a los niños a la mañana siguiente. Entonces Wendy entró en la cocina.

—Todavía tengo tres billetes de una libra del dinero de mi cumpleaños, mama, puedes quedártelos si quieres.

Susan la miró con gratitud.

—No te preocupes, cariño, mami arreglará las cosas.

La niña le tendía los billetes sin decir palabra. Cuando vio que Susan no los cogía los puso encima de la mesa junto a la taza de té. Después se volvió a la sala y se sentó junto al parque de Barry. Se puso a hacerlo reír fingiendo que desaparecía detrás de sus manos y luego apareciendo de nuevo y haciéndole «buuu». El niño lanzaba gritos de placer mientras se cogía de la oreja al mismo tiempo.

Susan miró el dinero. Se levantó de un salto y le dijo a Doreen:

—¿Quieres vigilarme a esta panda unas horas?

—¿A dónde vas?

Susan sonrió.

—Después te lo digo.

Se pasó un peine por el pelo, agarró el abrigo viejo y se marchó de casa con las tres libras bien guardadas en el bolsillo.

Roselle se había vestido de tiros largos con un traje de lentejuelas que había comprado esa tarde en Regent Street. Se sentía bien y tenía un aspecto aún mejor. Había quedado con Barry en que la llevaría a un chino de la calle Greek que servía a la gente de la noche y donde hacían una gran cena-desayuno a las tres de la mañana. También tenía una pequeña sala de juego y le apetecía probar suerte.

Sin embargo ahora él le estaba diciendo que tenía que irse a casa a arreglar unas cuantas cosas. Se pasaba la vida quejándose de su mujer. Diciendo que solo seguían juntos por los niños, y que ella era una derrochona que se fundía todo su dinero, etc. Y seguía y seguía. Y ahora tenía que irse a casa justo cuando Roselle quería salir.

—No importa, Bal, iré con las chicas. Van a ir al Stage de todas maneras, yo me apuntaré.

El Stage era un «blues» en Brixton, justo saliendo de Railton Road, o de la Línea de Frente, como lo llamaban. Un «blues» era una casa desocupada convertida en *night club* de veinticuatro horas. Alguna persona emprendedora tapaba las ventanas con tableros, ponía una barra y un sistema de sonido improvisados y cobraba dinero por la entrada. Era perfecto. Allí podías fumar droga o tomar anfetis o pegarte un viaje de un día y una noche enteros si querías.

Roselle sabía que Barry no soportaba que fuera allí, y por eso le dijo que iba a ir. Psicología femenina elemental.

Una bailarina salió al escenario y empezó a girar con un *single* de Slade. El ruido era ensordecedor y Roselle se alejó de Barry y se fue a la barra. Él miró desnudarse a la chica, una morena llamativamente fea con nariz de gancho y granos y el par de tetas más grandes de este lado del río. Cuando se acercó a la barra, Roselle se había ido. Sonrió para sus adentros, salió al vestíbulo y luego se encontró con la peor de las pesadillas posibles para un hombre como Barry Dalston.

Susan estaba allí plantada, tan gorda como un mundo metida en su viejo abrigo manta, con los pelos que parecían sacados de un libro de nidos de pájaro y el cuerpo encorvado mostrando a todos bien a las claras su último bombo.

Para añadir insultos a las injurias, Roselle estaba junto a ella y parecía la ilustración de una revista aunque en realidad escuchaba lo que Susan tenía que decirle. Y entonces su esposa lo descubrió, sonrió francamente y le hizo un saludito cordial con la mano.

—Ahí está, cariño, gracias por echarme una mano.

Susan sonreía a Roselle y Roselle le sonreía a ella. Solo que su sonrisa estaba teñida de tristeza y de un punto de incredulidad. Las dos miraron a Barry que deseó que la tierra se abriera para tragárselo.

El aspecto de Susan era justo el que tenía, y a Barry le hería que se mostrara así en público. La vio desde el punto de vista de Roselle: pelo mal cortado que necesitaba peluquería, un cuerpo grandote sin una faja que lo recogiera ni remotamente; la cara sin siquiera el más básico maquillaje y una barriga gigante que denotaba el hecho de que una vez más estaba encinta. Vio sus uñas mordidas con la piel alrededor irritada y enrojecida. Manchadas con la mugre de los cigarrillos y el trabajo doméstico. Vio aquellos pechos enormes que por esos días le llegaban hasta el ombligo y necesitaban un sostén con metal suficiente para blindar un tanque. Le vio los dientes romos y amarillentos. Y las piernas, sin medias, con pelos de un mes y unas varices ya evidentes.

También vio cómo Susan se dirigía automáticamente a Roselle asumiendo que se trataba de alguien importante en el trabajo de Barry. Nunca se le hubiera ocurrido sentir rencor o celos de otra mujer, era demasiado buena para eso. También se dio cuenta de que Roselle habría esperado encontrarse una perra rabiosa con una boca tan grande como el túnel de Dartford y una actitud de dignidad ofendida. Al fin y al cabo así le había descrito él siempre a su mujer. Se dirigió hacia las dos mujeres sintiéndose como si se moviese por en medio de un torbellino de agua.

Roselle le sonrió con sarcasmo.

—Barry, tu esposa acaba de venir a verte.

Se volvió a Susan y le sonrió una vez más, esta vez de verdad.

—Encantada de conocerla por fin, señora Dalston. Quédese a tomar una copa. Estaré en el bar para presentarle a todo el mundo.

Susan sonrió a aquella atractiva mujer y asintió.

—Gracias. Muchas gracias. No sabe cuánto siento molestarle así en el trabajo, pero es que...

Roselle la interrumpió.

—No sea tonta. Enseguida nos vemos.

Se marchó meneando el culito prieto de una manera exagerada. Barry miró a su esposa, aquella mujer estropeada y cutre, y sintió que el odio le hervía dentro al ver lo que le había hecho.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí?

Susan reaccionó como si le hubiera dado un puñetazo.

—Tuve que venir, Bal, la cuerda no da más de sí. No tengo ni un chavo, y tú no vienes por casa. Ni siquiera tengo electricidad.

Barry se giró y vio que la recepcionista los estaba mirando con una expresión de interés en la cara. Y a continuación, pareció que todas las chicas querían irse a la vez al cuarto de baño. Todas ellas pasando a su lado pavoneándose entre nubes de perfume, los ojos alerta. Mirando a ver si era la legal y encontrando que dejaba

mucho que desear. Barry sabía que se pensaban que tenía una mujer, como tenían los otros porteros. Mujeres de aspecto agradable con su coche y su casa y sus vacaciones. Lo que veían en Susan era a ellas mismas si no se andaban con cuidado.

Una máquina de criar con aspecto derrotado.

Todas conocían la vida de Susan porque habían seguido el rumbo que habían seguido, la prostitución, para impedir que a ellas les pasase lo mismo. Barry la asió del brazo y la obligó a salir a la calle.

—Vete a casa, Susan, ¡qué cojones tienes que venir aquí a ponerme en evidencia! Mira qué putas pintas traes.

Ella lo miró y resopló por la nariz de puro asco.

—¿Eso es lo que te molesta, que tenga esta pinta horrible en comparación con ese montón de viejas pindongas?

No le contestó.

—Escúchame, tío, puede que yo no sea la jodida Joan Collins. ¡Es que aunque quisiera no hubiera podido! Tengo tres críos y otro de camino, deudas suficientes para hacer funcionar una república bananera pequeña y encima de todo tengo un maridito para el que valen más sus compañeros de trabajo que sus propios hijos. No tenemos comida, ni luz ni ayuda. Así que si parezco un saco de patatas, lo siento mucho, Bal, pero con lo que me das no tengo ni para ir a la puta compra ni llevarme otra cosa que no sean trozos de carne barata y ropa de saldo.

Estaba llorando y fastidiada por haber dejado que la afectase tanto.

Barry sacó un billete de diez del bolsillo y se lo dio. Si le soltara ya, todavía podría salir con Roselle. Después de aquella inoportuna aparición de Sue necesitaba ver a Roselle lo antes posible para contarle su versión de la historia.

Susan se quedó mirando el dinero sin poder creérselo.

—¿Esto es todo? ¿Diez libras de mierda?

Barry no le contestó. Necesitaba lo otro para salir esa noche con Roselle. Susan ya había sido derrotada. Lo miró y meneó la cabeza con incredulidad.

—Eres un cabrón egoísta, Barry. No tengo dinero ni para comprar aspirina infantil para el crío y tú ni te molestas en venir a casa y ver si estamos bien. Yo vivo con lo justo y mírate, joder: ropa nueva, pelo recién cortado y con mechas.

Le golpeó con el dedo extendido en el pecho.

—Tus hijas esperan noche tras noche a que les dé las putas veinte libras del depósito que necesitan para ir a Francia, ¿y qué haces tú? Apuntarte a la lista de desaparecidos. ¿Y qué pasa con el crío que estoy esperando, Barry? ¿Qué vamos a hacer con este, eh? Otra puta boca que alimentar y tú ni siquiera alimentas a las tres que ya tienes.

Barry siguió sin contestar, se limitaba a mirarla. Deseando que se fuera. Susan parecía tan perpleja, tan indignada con su actitud que sintió ganas de llorar. Seguro que ella se daba cuenta de lo que significaba para él enseñar a una esposa con aspecto de vagabunda que se presentaba en su lugar de trabajo evidentemente en busca de

dinero. Le estaba dando mala imagen. Dándole mala imagen a propósito. Trataba de hacerle chantaje.

En ese momento salió Roselle y le dijo que lo necesitaban en una de las mesas para controlar a un cliente difícil.

Entró otra vez en el club empujando a Roselle por la puerta delante de él. Y entonces, se volvió a Susan y le bramó:

—Vete a casa, zorra imbécil. Te veré por la mañana.

Susan se quedó delante del club. Ahora llovía y hacía un frío tremendo. Se embutió las diez libras en el bolsillo y dio media vuelta. La calle estaba oscura, había trájín. La gente iba y venía a su lado, sin hacerle caso.

Se giró de nuevo y miró a través del cristal de las puertas dobles del club y vio a Barry hablando muy interesado con Roselle. Se le veía elegante. Llevaba un traje nuevo, el pelo immaculado y pudo ver que también se había hecho la manicura. Había notado que la mano de él era más suave que la de ella cuando le arrojó el dinero.

Al mirarlo, con la cabeza inclinada hacia aquella mujercita del vestido rojo de lentejuelas, con aquel modo de hablar con ella, con aquella cara guapa tan seria, Susan se dio cuenta de la razón de tanto vestirse elegante y arreglarse.

No es que tuviera una de sus aventuras habituales.

Estaba enamorado.

Mientras ella estaba en casa sentada muerta de preocupación, él andaba gastándose todo el dinero en aquella mujercita de ropa estupenda. Susan, entonces, abrió la puerta del club y volvió a entrar. El calor le golpeó como una manta. Sus mejillas agrietadas reaccionaron. Barry y Roselle se giraron hacia la bocanada de aire frío y la vieron allí plantada una vez más.

Barry la miró como si no existiera, como si ni la viera. Pero se dirigió hacia ella, la cogió con rudeza por el brazo y la empujó de nuevo a la calle. Y allí empezó a arrastrarla por la acera. La gente se paraba para mirarlos, sorprendidos.

Susan lo obligó a soltarla.

—¡Eres un cabrón de mierda! No me extraña que no te hayamos visto el pelo. Todas nosotras pensando que andabas por ahí corriendo detrás de las faldas como siempre y de repente descubrimos que has subido de categoría.

Barry la miró otra vez y ella vio que había llevado las cosas todo lo lejos que podía. En el mejor de los casos Barry tenía el genio muy corto y esa noche estaba prácticamente a punto de estallar. La golpeó con fuerza en el pecho, alzó las manos con brutalidad contra el blando cuerpo.

—Lárgate, Sue. Te lo aviso, mujer, no me hagas cabrearme más.

Volvió a empujarla y esta vez Susan perdió el equilibrio y cayó a la calzada. Un taxi negro pegó un frenazo y uno que pasaba ayudó a Susan a levantarse. Estaba llorando. El taxista se inclinó para asomarse desde su asiento y le gritó por la ventanilla: «¡Vete a dormir la mona, tía!», antes de marcharse soltando un torrente de obscenidades tras él.

Susan se quedó desolada en medio del trajín de la calle. El intento de sacarle un poco de dinero a Barry había resultado un error espantoso. Lo único que quería era unas pocas libras para salir del paso, nada más. Y en vez de eso, la había humillado y maltratado por hacer lo que tenía todo el derecho a hacer. Sabía que lo había puesto nervioso pero ¿es que nunca pensaba en ella? ¿Es que ella y sus hijos ni siquiera entraban en sus cálculos?

Lo vio encogerse de hombros y sintió un instante de odio absoluto por él. Tan intenso que prácticamente pudo notar su sensación y su sabor. Crecía en su interior como una gran nube negra filtrándosele por los poros e inundando el aire mismo que la rodeaba.

—Lo único que quería era dinero para el viaje del colegio de las niñas, Bal, no sacarte los últimos dos peniques que te quedaran. Vine aquí en metro con las tres libras que le quité a la pobre Wendy. Si no te hubiera encontrado en el trabajo hubiera tenido que volver andando a casa para tener algo con que comprar comida. Y tú me tratas como a una jodida leprosa, como si hubiera hecho algo malo.

—Vete a casa, Susan, antes de que te arrepientas. Esta noche no estoy de humor para estas cosas.

Volvió a empujarla fuerte en el pecho y casi vuelve a perder el equilibrio. Por el rabillo del ojo vio que la gente de los edificios de alrededor los miraban.

Una chica muy bonita con una peluca de pelo negro largo y tacones altos los miraba desde la entrada del Peep Show con una sonrisa en la cara. Era evidente que pensaba que Susan intentaba entrar en el Hiltone y que el portero la echaba. Eso sería una historia divertida, un ligero alivio.

—Eres un cabrón, Barry. Bueno, pues no pienso marcharme hasta que me des un poco más de dinero.

El puñetazo siguiente le dio en la mandíbula y Susan notó que se le iban las piernas. Se tambaleó como un boxeador intentando mantenerse de pie con un destello de dolor total en la cabeza al notar que la mandíbula volvía a su sitio.

Se la sujetó y le gritó:

—Esta es tu respuesta a cualquier cosa, ¿eh, Barry? Una patada. Bueno, pues que te jodan, ya no me importa.

Se había puesto a llorar y en la cara se le mezclaban los mocos con las lágrimas.

—Simplemente no me importa. Mis hijos necesitan dinero y si hace falta me meto ahí y trabajo toda la noche para conseguirlo, cojones. Tú no eres el único que puede trabajar en el Soho, socio.

Roselle oía a la mujer a través de las puertas de cristal. Estaba viendo una nueva faceta de Barry Dalston y no le gustaba nada de nada. Abrió la puerta y se acercó a Susan. La cogió del brazo y la condujo suavemente al interior del club y la hizo subir a la oficina de arriba.

Las chicas se habían levantado de las mesas y de la barra para contemplar el pequeño drama doméstico que tenía lugar en la calle. Una de ellas, una rubia

grandota con un vestido negro apretado de lentejuelas le pasó a Susan un trozo de papel higiénico para que se limpiara la cara.

—¿Te encuentras bien, cariño?

Susan asintió. Ahora eran todas mujeres unidas. Cuidando de una de las suyas que estaba evidentemente en una situación desesperada.

—Ven, sube a mi despacho, te pediré un taxi para volver a casa.

Roselle miró a Barry como si hubiera encontrado algo desagradable en sus zapatos.

—Iván te arrancará la piel por esto, muchacho.

Se llevó a Susan tomándola suavemente por el brazo de nuevo y la ayudó a subir la desvencijada escalera. Era tan voluminosa que parecía no caber en aquel espacio reducido y aún tenía las piernas poco firmes. Se sintió derrotada, humillada y con frío.

En la oficina, Roselle le preparó un café en el que puso un buen chorro de *brandy*.

—Te mandaré un porcentaje del salario de Barry cada semana, ¿okey? Lo arreglaré con Iván, en cuanto se lo explique no pondrá pegas. Lo hacemos con un montón de los tíos, amor.

Era mentira y Susan lo sabía pero agradecía que se lo pusiera tan fácil.

—Me matará por hacerle esto. Nunca quise venir a uno de estos sitios, ni siquiera por curiosidad. Sé que a Barry le encanta, le encanta la idea de todo esto, pero a mí nunca me ha atraído.

Roselle le sonrió.

—Es un gusto que se adquiere, tengo que admitirlo, y para serte sincera a veces desearía no haberlo adquirido. Pero es un modo de vivir y me conviene bastante. Aunque a veces me pregunto cómo será lo de ser una mujer casada y dormir siempre con el mismo hombre.

Susan meneó la cabeza.

—Seguro que esto es preferible.

Roselle le ofreció un cigarrillo y Susan lo tomó agradecida. Decidió que le gustaba aquella mujer y se preguntó qué demonios hacía una buena chica de la calle como ella con aquel trozo de mierda con el que Susan se había casado.

Roselle abrió un cajón y sacó cien libras que contó de un rollo que Susan contempló con envidia.

—Toma esto como adelanto del salario. Ya se lo explicaré yo, no te preocupes.

Susan tomó el dinero y se lo metió en el bolsillo con las otras diez libras.

—Me partirá el cuello por haber venido, pero tenía que venir. Estoy más pobre que una rata.

Se pasó la mano por la barriga.

—Esta pobre criatura también se ha llevado su castigo esta tarde.

Roselle sintió unas repentinas ganas de llorar. Veía en Susan Dalston a su propia madre. Veía la cara con moretones en el desayuno, la lucha constante por tener

alimentados y vestidos a sus hijos privándose de todo. Nunca era nada para ella. Vieja antes de hora, había muerto a los cincuenta años recibiendo con un abrazo a la muerte, feliz de marcharse. De verse liberada del yugo diario de la mera existencia.

Barry trataba a su esposa como lo hacía porque podía. Porque ella se lo permitía. Porque era demasiado débil para enfrentarse a él y tomar el control de su propia vida. Roselle sabía todo lo que hay que saber de los Barrys de este mundo y de qué eran capaces, y en ese momento se le ocurrió que era como si prácticamente estuviera durmiendo con su padre. Era igual que Barry: un matón violento que veía a las personas más débiles como piezas de caza, incluyendo a su propia esposa y a sus propios hijos.

—¿Te encuentras lo bastante bien como para irte a casa? —le preguntó con dulzura.

El rostro de Susan era como una máscara blanca de dolor. Roselle cogió un abrigo de pieles de un armario y le sonrió.

—Venga, yo te llevaré. De ese modo me aseguro de que llegas bien a casa. Si no estaría toda la noche preocupada por ti.

Susan movió la cabeza con vehemencia.

—Oh, no, Barry se pondría como loco...

Roselle la interrumpió.

—A Barry que le den, amor. Él trabaja aquí, para mí y para Iván, hará lo que se le diga.

Susan estaba aterrorizada y se le notaba.

—Ahí hay un cuarto de baño. Vete a lavarte la cara y arréglate un poco, tengo que hacer una llamada y luego te llevaré a tu casa. Y no admito discusiones, ¿vale?

Susan hizo lo que le decía. Siempre hacía lo que le decía cualquiera con autoridad.

Soltó una larga meada dolorosa que la hizo sentir como si el vientre intentara escapar por la vagina. Notó una fuerte sensación opresiva en la pelvis, casi como los dolores del parto, y confió en no estar a punto de tener otro aborto.

Se relajó durante unos momentos en el asiento frío del retrete, con la frente inundada de sangre y angustia en la boca del estómago. Parecía subir desde allí por todo el cuerpo. El miedo se apoderaba de ella.

Barry iba a ponerse rabioso con todo aquello y ahora desearía haberse quedado en casa y dejar que las cosas se arreglasen por sí solas.

Susan se lavó las manos en el lavabo y se echó agua por la cara. Se vio en el espejito encima de la pila. Tenía círculos negros debajo de los ojos y la mandíbula ya empezaba a amoratarse. Y olía. La vieja tela mojada del abrigo tenía ese olor a perro lanudo empapado por la lluvia. Tenía las manos ásperas. Las uñas mordidas y los dedos regordetes le parecieron obscenos cuando se los secó con la toalla rosa que colgaba de un gancho junto al lavabo.

No le extrañaba que Barry ya no quisiera volver a casa; que prefiriera pasar el

tiempo con la mujer que estaba en el despacho. Susan quería que Barry estuviera con la mujer del despacho, aunque se imaginaba que Roselle era demasiado astuta como para quedarse con él de un modo permanente.

Pero Susan necesitaba el dinero, tenía que cuidar de los niños. Salió al despacho con una sonrisa trémula. Roselle estaba deslumbrante con el abrigo de pieles, con el maquillaje perfecto y aquel pelo inmaculadamente peinado. Susan envidió su confianza y seguridad en sí misma.

—Venga, pues, vámonos.

Abajo, Barry parecía un demente. Susan vio que la miraba con algo que solo puede llamarse odio.

—¿Dónde vais?

Roselle se encogió de hombros.

—Voy a llevar a tu mujer embarazada a casa.

Barry negó con la cabeza.

—Oh, no, no irás.

En las palabras había un tono definitivo que Susan reconoció.

—Cogeré un taxi, cariño. Gracias por ofrecerte.

—Yo te llevaré a casa, Susan —dijo Barry con las llaves del coche preparadas.

Roselle meneó la cabeza como dudando.

—Ya lo he arreglado todo con Iván.

Barry la miró con frialdad.

—Pues entonces ya puedes ir desarreglándolo, ¿vale?

Cogió a Susan por el brazo y la arrastró fuera del club. Roselle fue tras ellos. Barry la ignoró y se llevó a su mujer al coche, un bonito Mercedes negro que Susan nunca había visto antes. La metió dentro sin ceremonias, de un empujón y arrancó sin decir ni una palabra a Roselle que se quedó mirando cómo el coche desaparecía por la esquina.

Barry y Susan fueron en silencio hasta llegar al East End. Allí, él paró el coche junto a la Roman Road, en el aparcamiento de un bloque alto de pisos.

Se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—Eres una imbécil, Susan, ya lo sabes, ¿no? Hoy has firmado tu propia condena a muerte. ¿Cómo cojones puedes dejarme así en evidencia? No puedo ni creerme lo que me has hecho. No puedo creerme que fueras tan idiota como para pensar que podrías salirte con la tuya.

En su voz sonaba el frío distanciamiento que Susan había aprendido a detectar; era el aviso de una paliza verdaderamente importante.

—Yo no quería ir allí, Bal. Pero tuve que ir, no podía elegir.

Notó la súplica en su propia voz, el miedo, y se odió a sí misma. Pero tenía una criatura que proteger y Barry ya le había hecho perder una a golpes con anterioridad.

—Tengo que cuidar de los niños, Bal. No soy como tú, yo no puedo elegir qué hago y qué no hago. No puedo largarme por ahí y olvidarme de ellos días y días

porque tengo que hacerles la comida, limpiar, llevarlos a la escuela. Todos los días.

Deseaba poder callarse, dejar de enfrentarse a él, pero las palabras le brotaban como un torrente.

—Tengo que escuchar sus congojas, vigilar que vayan limpios, bien vestidos, cuidados. Tengo que hablarles y hacer que las cosas les vayan mejor cuando han tenido un día de mierda. Tengo al pequeño Barry en cama con dolor de oídos por culpa de los dientes —continuó—, y no tengo ni unos pocos peniques para comprar Disprin infantil porque tú no te dignas venir a casa a traerme algo. He pedido prestado a todo el mundo, incluida tu madre, mientras esperaba a que te dignases aparecer y darme la paga. Así que no me hables de dejarte en evidencia. Tengo deudas en dos tiendas y no fían ni un penique más hasta que les pague los atrasos. Tu reputación no nos sirve de nada hoy en día, muchacho. Tú y mi padre ya sois viejas glorias. Bannerman se ocupó de eso. Así que, aparte de buscar un pluriempleo en el mercado de Shepherd's, ¿qué se supone que puedo hacer? ¿Esperar a Papá Noel? Muy bien, ahora haz tu papel, pégame en la cabeza. Ya no me importa ni un puto carajo.

Le miró aquella cara bonita y volvió a sentir su atractivo. Vio qué veían en él las Roselles del mundo. Era guapo y era peligroso. ¿Por qué no se había dado cuenta de eso cuando era jovencita? Se hubiera evitado mucho sufrimiento.

Barry se quedó mirándola cinco minutos enteros, notando lo nerviosa que estaba. Olía el miedo que emitía su cuerpo. Pero no veía a Susan, la madre de sus hijos, aquella mujer decente, fiel y respetable a su manera.

La estaba viendo desde el punto de vista de Roselle.

Desastrada, derrotada y maloliente.

Nunca en su vida se había sentido tan avergonzado como esa tarde. Y todo por culpa de ella.

Había dejado al descubierto lo que era realmente y eso nunca se lo perdonaría. Le dio un puñetazo en la cara, un revés fuerte que resonó sorprendentemente en el interior de aquel bonito coche nuevo.

Un coche que había comprado para impresionar a Roselle y a las otras chicas del club. Había querido impresionar a un ramillete de putas a costa de su propia familia.

—Te crees que ya me lo has jodido todo allí, eso crees, ¿eh?

Le dio otro puñetazo, esta vez más fuerte. Disfrutaba viéndola tratar de cubrirse la cara y el cuerpo de los golpes que le llovían mientras no dejaba de hablar con aquella voz tranquila y cantarina. Finalmente, abrió la puerta del lado de Susan y la empujó sobre el pavimento mojado. El voluminoso cuerpo aterrizó en el suelo como un saco de patatas.

Saltó del asiento, corrió al otro lado del coche y empezó a darle patadas. Al principio patadas pequeñas que fueron creciendo poco a poco hasta culminar en un golpe tremendo que la hizo moverse un palmo sobre el asfalto.

Las luces de un coche los iluminaron como si estuvieran en un escenario. Dos

policías se bajaron del coche y corrieron hasta ellos.

—Ahí la tiene, agente, llévesela. Llévase a esa jodida zorra fea. Llévesela porque yo ya no la quiero más.

Barry los dejó inclinados sobre el cuerpo inconsciente de su esposa, confiando en que como era habitual, la policía no quisiera involucrarse en guerras domésticas. Susan les contaría lo que necesitaban saber y él estaría tan a salvo como en la proverbial casa propia.

Se subió al coche, dio marcha atrás por el aparcamiento como un maníaco y se volvió hacia el West End y Roselle. La mujer cuya cólera tendría que aplacar si quería seguir a su lado.

Los dos policías miraron aquel bulto encogido del suelo y suspiraron.

—¿Ese no era Barry Dalston?

El mayor de los dos asintió.

—Ya lo creo. Vamos a llevarla al hospital, que se ocupen ellos. Esta noche no estoy de humor para malos tratos.

Susan perdió el hijo en el asiento de atrás del coche de policía, cosa que incomodó al agente Hutchinson a más no poder.

—Toda esa sangre y esa porquería... ¿Es que estas mujeres no aprenden nunca? Es increíble la cantidad de veces que me habrán llamado a su casa. Pero volverá con él, lo hace siempre.

Ni se le pasó por la cabeza que Susan no tuviera otra elección.

Capítulo 17

Susan se reía, hablaba con voz fuerte y borracha. El humo de los parroquianos de la taberna era denso y allí dentro había mucho ruido, demasiado ruido en realidad para que nadie pudiera oír lo que se decía. Pero eso no impedía las conversaciones de borrachos que llenaban el local.

June soltó un grito cuando un bailarín de *striptease* apareció en el pequeño escenario improvisado. Era guapísimo, con pelo rubio corto y músculos tensos.

—¡Quítate eso, hijo!

Como siempre la voz de June sonaba más alto que la de los demás.

—He visto cosas más grandes salir de una manzana.

Ivy estaba en su elemento. Aquello era lo que le encantaba esos días. Finalmente, tras años de ser demasiado buena para ir a esas tabernas tiradas del barrio se había aficionado a salir de noche con un fervor que dejó sorprendidos a todos. Y sobre todo a su hijo Joey, que no podía creerse aquel cambio.

Susan era la chica favorita de Ivy en esos días. Se veía a sí misma de joven en su nieta. En la lucha de Susan por mantener sanos el cuerpo y el alma. Hasta Joey sentía lástima de su hija algunas veces. De la última trifulca con Barry le había quedado una cojera permanente. Le había destrozado el hueso del tobillo pero nadie se dio cuenta por culpa de la pérdida del feto. Hasta Joey se había asustado de aquello y animado por June y por su madre había cogido a Barry aparte y le había dejado suave como un guante a base de molerlo a palos. Barry aguantó la tunda sin abrir la boca como si la estuviera esperando. Sabía que finalmente había ido demasiado lejos.

Pero allá en el fondo, Joey sabía que en realidad le había pegado porque de ese modo se había conseguido una pequeña revancha. Joey le había pedido una y otra vez que le hablara en su favor a Iván, pero sabía que no lo haría. Por esos días Barry se consideraba por encima de Joey, y eso dolía. Dolía muchísimo.

Así que ahora subyacía entre ellos una animosidad que no había antes, y en esos días Joey cuidaba mucho más de su hija por ese motivo. Era la única manera que tenía de devolvérsela a Barry y disfrutaba con ello.

Además, los niños eran un placer. Susan, pese a sus defectos, era una madre fabulosa y todos alababan sus esfuerzos por criar aquellos niños en las difíciles circunstancias en que vivía. Pero esta noche, sin embargo, estaba en su elemento. Estaba borracha y gritona y lo estaba disfrutando. Joey se rio al verla tropezar cuando pretendía levantarse de la silla.

El bailarín de *striptease* giraba delante de su público, hacía estremecerse el cuerpo pegado a la cara de las mujeres instando a una de ellas a que le quitara el *slip* con los dientes.

—Ven aquí, que me quitaré los dientes para ti, hijo.

Ivy hizo que todos volvieran a partirse de risa.

—Cierra la boca, madre, deja de asustar al chico.

La música terminó y el pequeño escenario se quedó a oscuras otra vez. Susan consiguió finalmente levantarse de su asiento y se fue caminando con poca firmeza hacia los lavabos. Doreen fue tras ella.

—El pequeño Barry es un caso, ¿verdad? ¿Sabes qué me dijo hoy, Sue? Me preguntó por qué el mundo tenía nubes. Le dije que para que el cielo se viera más bonito cuando queríamos ver algo bonito. ¿Y sabes lo que me contestó entonces? Me dijo: «¿Por qué Dios no hace el cielo bonito todo el tiempo como mi mamá?».

Susan soltó una carcajada.

—Solo tiene tres años, bendito sea, todavía no me ha visto como soy de verdad.

Doreen se sentó en el retrete, con la puerta abierta de par en par, a plena vista del bar repleto si entraba otra mujer. Pero eso no le importaba, a ninguna de ellas. No sería más que otro pequeño estímulo añadido, unas cuantas risas.

—Es un buen niño. ¿Cómo van las cosas con Su Señoría?

—Igual que siempre —dijo Susan suspirando—. No cambiará nunca mientras tenga un agujero en el culo.

Doreen se encogió de hombros. La verdad es que no esperaba nada distinto.

Susan sacó un lápiz de labios rosa con mano ebria y se rio de sí misma al ver que no conseguía dar con la línea del labio.

—Estoy borrachísima, Dor. Hace años que no estaba tan borracha.

Doreen se limpió y se subió las bragas y los pantalones con escasa firmeza.

—Bueno, no te hace ningún daño soltarte el pelo de vez en cuando.

Susan se acercó dando tumbos al retrete y se bajó los pantalones apoyándose en la pared para sujetarse. Sintió una primera oleada de náuseas y respiró hondo. Estaba más borracha de lo que pensaba.

—Estoy borracha como una cuba.

Se lavó las manos y volvió con Doreen hacia la mesa. Entonces vio que estaba Barry y el corazón se le paró de golpe. Intentó poner una sonrisa en la cara.

—Hola, Bal, cuánto tiempo sin verte.

Con él las ironías eran inútiles, lo sabía, pero a ella le producía un cierto placer. Barry estaba bebiendo un *whisky* doble y a Susan le preocupó que quisiera quedarse. Pero pronto se disiparon sus temores.

—¿Dónde está mi pasaporte, Sue? No he podido encontrarlo.

Susan sonrió.

—Entonces, ¿has estado en casa?

Él asintió.

—He visto a los niños, me he reído un poco con ellos y les he soltado unas pocas libras.

Prácticamente estaba disculpándose por no haberse quedado con ellos. Esta era nueva.

—¿Y para qué necesitas el pasaporte?

Barry sonrió con timidez.

—Tengo que ir a España a cobrar una deuda de Iván.

—Fantástico para ti, Bal, será un cambio de Birmingham o Liverpool, ¿eh? Un poco de sexo ¿eh?, y un poco de sol. Suena estupendo. Roselle también irá, supongo.

Barry asintió.

Desde la tarde en que se presentó en su trabajo, la vida de Susan había cambiado en más de una manera. Roselle se había hecho amiga suya. Ella se aseguraba de que Barry cumpliera con sus obligaciones familiares y Susan permitía que su relación con Roselle floreciera. No es que pudiera hacer algo muy distinto de todos modos. Si él decidía tener una aventura, la tenía. Pero por lo menos Roselle le garantizaba el pago de una asignación regular y que la dejara en una paz relativa. Lo que a Susan le venía que ni pintado.

Se veía con Roselle cosa de una vez al mes y se iban a almorzar juntas. Después, siempre le hacía algún regalo a Susan: una sesión de peluquería, un vestido o un bolso. Cosas pequeñas, cosas que hacían que Susan se encontrase mejor, que la hicieran sentirse mejor consigo misma. Roselle regalaba a Susan un mínimo de autoestima.

Además las dos mujeres se llevaban extraordinariamente bien, veían la una en la otra cosas que nunca habían visto antes. Les encantaba el cine y la literatura, por ejemplo. Susan tenía mejor aspecto del que había tenido en años y eso aumentaba su felicidad personal. Unido a la gradual deserción de Barry camino del piso de Roselle, el conjunto de su vida le iba bastante bien. Ahora apenas si venía a casa cosa de una vez a la semana a ver a los niños y a dejarse ver por el vecindario.

—Tu pasaporte está en el armarito de la electricidad de la entrada, lo escondí entre todas las cartas, por seguridad.

Barry asintió, contento ahora que sabía dónde estaba. Se puso de pie y la miró desde arriba:

—Te veo muy bien. Te invito a una copa antes de marcharme, ¿eh?

Susan asintió asombrada del modo en que eran capaces de hablarse el uno al otro esos días. ¡La trataba con respeto!

—No importa, Bal, me parece que ya he tomado bastantes.

Barry sonrió y se fue hasta la barra donde destacaba por su ropa y su aspecto. Susan lo miró bien: la verdad es que era un hombre guapo. Vio que las otras mujeres lo miraban, vio cómo las miraba él al pasar calificándolas de uno a diez.

Esa idea la hizo sonreír. Si Roselle pudiera verlo ahora, guiñando el ojo a las más jóvenes, sonriendo a las mayores. Haciéndoles pensar a todas que tenían una oportunidad. Se preguntó si también jugaría lejos de casa con Roselle y apartó el pensamiento de su cabeza.

Si lo hacía, es que era tonto. Mujeres como Roselle no crecen en los árboles y si alguien tenía que ser consciente de ese hecho era Barry. Mientras lo estaba mirando una voz familiar la saludó bien fuerte.

—Hola, Susan, cariño, ¿cómo estás?

Era Peter White, un chico de la escuela.

—Hola, Peter, ¿cómo estás tú? Tienes buen aspecto.

Él la sonrió mostrando unos dientes blancos en la cara tostada. Actualmente era marino mercante. Se había marchado de casa a los quince años para hacer cabotaje en cargueros pequeños y ahora trabajaba en los más grandes, en los barcos de la ACT y la Blue Star Line.

Peter tenía unos alegres ojos azules y el pelo castaño claro. Era corpulento, un hombre ancho con un comienzo de barriga cervecera pero guapo en un sentido digamos rudo.

—Acabo de volver de Sudamérica. Pensé que iba a meter la nariz por aquí a ver en qué anda todo el mundo. Tu madre está estupenda, ¿verdad? Siempre me atrajo mucho cuando estábamos en la escuela.

Susan se rio con fuerza.

—La verdad es que nunca tuviste muy buen gusto para las mujeres. ¿Casado?

Peter negó con la cabeza.

—Una mujer en cada puerto, supongo.

—Si se las puede llamar mujeres. Las putas extranjeras son de lo más chungo, ¿no crees? —la voz de Barry sonó fuerte y todos interrumpieron sus conversaciones para escucharle.

Peter respiró hondo y dijo amable:

—Ya nos veremos, Sue, cuídate.

Asintió incomodada por la interferencia de Barry.

—Lo hacía solo por educación, Bal. Cristo bendito, si lo conozco desde hace más tiempo que a ti.

Barry torció el labio con desprecio.

—Es un puto gilipollas y no quiero enterarme de que te han visto con él, ¿vale?

Había vuelto el viejo Barry, el Barry posesivo, el que era su dueño. El que podía dictar su vida, con quién hablaba y con quién no. Susan sintió que la depresión le caía encima como plomo.

—Es un vecino, Bal, nada más. Deja de echar a todo el mundo abajo por una vez y acéptalo. De todos modos, ¿de qué puedes estar celoso? Si no me miraría dos veces, socio.

Terminó con una broma para intentar aligerar la situación pero Barry no cambió aquella expresión de cerrazón.

—Será mejor que te vayas, probablemente Roselle te esté esperando.

Barry puso una sonrisa desagradable.

—¿Ahora intentas librarte de mí para poder seguir de conversación con ese jodido Popeye?

Susan encendió un cigarrillo y dio una calada bien larga. Salió al escenario una bailarina de *striptease*, una chica grande con muslos poderosos y barriga bamboleante. Los hombres la machacaron. La insultaban e intentaban alcanzarla y

meterle mano. A Barry aquello le dio asco. Ahora él era mejor que esa gente. La idea le alegró y cuando vio a Peter White hablando con otra mujer se levantó para marcharse.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera entonces?

Miró a Susan. Últimamente estaba bastante razonable. Nada espectacular pero por lo menos ya no le daba miedo a nadie.

—¿Cómo está tu tobillo?

La pregunta la cogió con la guardia baja. Barry nunca hablaba de su cojera.

—Está muy bien. Con la humedad se nota. Dicen que tengo artritis ahí, porque al parecer fue una mala rotura. Pero aparte de eso, no hay nada que no pueda manejar. ¿Por qué?

Barry miró con intención a Peter White y Susan alzó los ojos al cielo.

—No hace falta que me amenaces, Barry. Yo no quiero hombres, muchas gracias. Dios sabe bien que no tuve mucha suerte con el que me tocó, ¿verdad?

Barry alargó la mano con rapidez y Susan se encogió pero él le acarició la barbilla en vez de golpearla.

—No vuelvas a preguntarme cuándo volveré, ¿vale? Ya te digo todo lo que necesitas saber, eso tendría que bastarte.

Salió de la taberna sin decir una palabra más. Nadie le dijo adiós. Ni siquiera Joey. Doreen vino a sentarse con Susan.

—No puedo creer la cara que tiene, Sue.

—Yo sí —sonrió Susan—. Barry es como el perro del hortelano. A mí no me quiere, pero le sigue dando miedo que haya otro que sí. Bueno, no tiene que preocuparse. Yo no quiero hombres, muchas gracias. Es un trabajo demasiado duro.

Pero en su interior una pequeña parte de ella se sentía halagada por esa reacción y eso le molestó porque no quería seguir queriéndolo, ¿o sí?

No contestó a su propia pregunta, le daba demasiado miedo. Pero se le quitó la borrachera de golpe.

De vuelta en su piso, June y Joey seguían de guateque. Con discos bien fuerte y la bebida corriendo como agua. Era la típica noche de sábado. Debbie estaba allí con su marido Jamesie Phillips, un chico grandote de Canning Town que era como una versión aguada de Barry.

Debbie estaba embarazada y hacía nada que había sido aceptada de nuevo en el redil. Había caído en desgracia con todos cuando se mudó a una casita adosada en Rainham, Essex. Durante un tiempo parecía pensar, como muy certeramente decía su madre, que «su mierda no apesta como la de los demás».

Pero pronto se había sentido sola porque Jamesie estaba todo el día en el trabajo y toda la noche bebiendo por la calle. Le pegaba y todo eso, cosa que no sorprendió a nadie más que a la propia Debbie. Ya había perdido dos niños, parecía que le costaba

sacar el embarazo adelante.

En privado Susan imaginaba que era por culpa de todos los abortos que su hermana había ido haciéndose a lo largo de los años. Debbie empleaba el aborto como una forma de control de natalidad y al parecer ahora estaba pagando el precio. Pero a Susan le daba pena, porque sabía el gran gozo que te proporcionan los niños por dura que te hagan la vida. Ella se moriría sin los suyos, eso lo sabía tan bien como que se llamaba Susan.

Su vida podía parecer extraña para los de fuera pero para ella era como una olla de oro en el sentido de que por fin tenía lo que siempre quiso: unas pocas libras, unos hijos que adoraba y ningún Barry en el que pensar. Sabía que Roselle le hacía todo lo que necesitaba en esos días, hasta lavarle la ropa, y después de años a los pies de aquel gilipollas la situación le venía como anillo al dedo.

Fue hasta la cocina y se sirvió más ginebra con tónica. No había hielo así que se la bebió templada, regodeándose en la cálida ebriedad que la envolvía. Se echó a reír con ganas al pensar en los celos de Barry. Desde luego seguía siendo un crío.

De repente se sintió muy sola y deseó estar metida en la cama abrazada al pequeño Barry. El niño dormía con ella porque para eso era el bebé de la familia, aunque algunas mañanas se despertaba y se encontraba con que también las dos niñas se le habían metido en la cama durante la noche.

Al pensar en sus hijos Susan sintió que le subían las lágrimas con la nostalgia de cuando eran pequeños.

Y entonces su mente voló hasta los niños que había perdido. Jason y el pequeño Luke, tan precioso, y la criatura que había sentido que se le escapaba dentro de un coche de la policía.

Barry Dalston era un demonio, un demonio violento. Le había arrebatado todos esos niños con la misma despreocupación con que se los había dado. Sin pensárselo ni una vez. Se sirvió otra copa. Esta vez se la bebió de un trago y se estremeció.

Notó un brazo posársele en los hombros y se volvió a toda prisa.

Era su padre.

—¿Qué te pasa, muchacha? ¿Qué haces aquí sola?

Le vio las lágrimas.

—¿Te ha molestado otra vez ese gilipollas? —preguntó Joey con voz áspera—. Ya lo vi esta noche soltándote su diarrea verbal al oído.

Susan se encogió de hombros.

—Solo estoy borracha, papa. Pensando en los críos. En cuando eran pequeños. Tengo nostalgia, nada más.

Se rio para contrarrestar la tristeza de su voz.

—Ven aquí y dale un abrazo a tu viejo padre.

Después Susan echó la culpa a la bebida. Sin ella hubiera estado más alerta. Hubiera oído el significado oculto en la voz de Joey. Pero era joven, y se sentía sola y estaba triste. Cuando él la abrazó notó la sensación que sabía que sus propios hijos

debían sentir cuando los padres los acariciaban. Y ella necesitaba sentir que por una vez alguien se preocupaba de ella, que le importaba a alguien.

Al principio, cuando Joey le puso la mano en el pecho no se dio cuenta de lo que iba a hacer. Pensó que iba a posarle la mano en la mejilla.

Pero cuando la agarró con fuerza ella lanzó la rodilla hacia arriba y le golpeó en la ingle con un ruido sordo que dolía. Había puesto todas sus fuerzas en ese golpe.

Joey se derrumbó llevándose las manos a los testículos doloridos, gimiendo. Cuando se estaba cayendo, June entró en la cocina. Al percatarse de la escena empezó a gritar contra él y contra Susan.

—¿Qué coño le dejas hacerte, zorra cochina? No puedes retener a tu marido en casa así que empiezas con tu padre, ¿eh?

La gente que estaba en la sala se puso a escuchar regocijándose ante la excitación de ver que June y Joey estaban a punto de pelearse.

No quedaron defraudados.

En cuanto Joey pudo moverse se levantó apoyándose en el fregadero y se volvió hacia su mujer:

—¿De qué coño hablas, puta tonta? Es mi jodida hija...

June estaba en mitad de un grito y se negó a que gritaran más que ella. Estaba empezando a disfrutar también del drama que había creado.

—Sé muy bien lo que pasaba, colega, no creas que me harás callar. Y no creo que fuera la primera vez, ¿o sí?

Entonces Joey se lanzó contra ella moviendo puños y pies. Arrastró entre gritos a su mujer por el pelo, le sacó medio cuerpo al balcón y empezó a pegarle con todas sus fuerzas.

Debbie gritaba, Ivy gritaba. Susan confió en que alguien llamara a la poli y a una ambulancia. Recogió el abrigo y el bolso y salió del piso. Pasó al lado de su padre y de su madre y echó a andar camino de casa.

Siempre era igual. Hicieran lo que hiciesen, por feliz que fuese el día, tenían que arruinarlo. Tenían que arruinarlo siempre de alguna forma.

Notó las lágrimas que se iban formando en el pecho y casi le impedían tragar saliva. Tenía los ojos rojos, le ardían, le parecía que se los hubieran rociado con arena. Se sintió abrumada al darse cuenta de que jamás podría salir nada bueno de sus relaciones con la familia. Las personas que debieran ser las más importantes de su vida después de sus hijos, eran mentirosas, ladronas, depredadores sexuales. Toda su vida giraba en torno a ellos mismos y a sus propias necesidades, a sus deseos. Barry incluido. Había salido para España con Roselle, sin siquiera haber dejado una dirección en caso de que alguno de sus hijos tuviera un accidente o se pusiera enfermo. Si le hubiera pedido una dirección donde contactarle él lo hubiera considerado una broma de mal gusto, un modo de intentar controlarlo.

Pero Roselle diría algo, mandaría una postal o llamaría por teléfono, siempre lo hacía.

Esa noche todo había sido estupendo, ¿por qué su padre había tenido que hacerle aquello? Con él todo era sexo. Era lo único de lo que hablaba, lo único en lo que pensaba, lo único que quería. Ya casi estaba en casa. Respiró hondo, se arregló un poco la cara para que el *babysitter* no pudiera suponer nada de lo que había pasado.

Al rodear la parte de atrás de la terracita suspiró profundamente. De la oscuridad salió una mano que la sujetó. Trató de gritar en vano. Pero entonces le llegó el aroma peculiar de la loción de afeitar de Paco Rabanne y comprendió que era Barry.

—¿Qué haces, Bal? Casi me da un ataque al corazón.

Él le sonrió y dijo:

—Estaba aquí esperando a ver con quién venías a casa. Pensé que igual Popeye te había acompañado hasta aquí, te había cantado unas cuantas melopeas de marinero y te había clavado el ancla en la línea de flotación.

Susan se sintió tan degradada por sus palabras que se le volvió.

—Pero ¿qué te pasa, Bal? Estás viviendo con otra mujer, siempre has vivido tu propia vida, incluso me pegaste una puta enfermedad venérea, ¿y tienes los cojones de venir a espiarme por si me ligo a un maromo? Bueno, pues déjame que te tranquilice. Yo no quiero sexo ni contigo ni con nadie. ¿Puedes meterte esto en el coco? Odio el sexo, me da asco el sexo. Lo único que trae son putos problemas porque en toda mi vida nadie me ha hecho el amor como debe hacerse con otra persona ni querido a nadie de ninguna forma. Así que lárgate con tus malos modos y con tu cochazo y vuélvete a casita con tu mujercita. Porque tú ya no tienes nada que hacer en mi vida, Bal. Te fuiste a buscar cosas mejores y francamente no te lo reprocho.

Trató de apartarse de él pero la agarró del brazo.

—¿Con quién te crees que hablas? Estamos muy dicharacheros de repente, ¿verdad?

Se soltó el brazo y exclamó exasperada:

—Ya he tenido bastante, Barry. He tenido bastante de todo esto. ¿Sabes lo que me ha pasado esta noche?

Él contempló su cara en tensión. Entre la oscuridad la encontró casi bonita.

—Mi padre ha intentado hacérselo conmigo en la cocina de mi madre.

Cuando decía esas palabras la parte de su cerebro libre de alcohol le gritaba que mantuviera la boca bien cerrada, que no dejase que Barry se enterara de lo ocurrido.

—Mi propio padre. ¿Qué clase de vida es esa, eh? Tengo veintisiete años y mi padre todavía se piensa que tiene derecho a usarme.

Volvió a llorar con un llanto profundo, estremecedor, que la volvía incoherente. Que le impedía explicar lo que sentía, intentar hacer saber a su marido errante lo mal que se sentía por dentro. Lo sucia, lo asqueada, lo que los odiaba a todos ellos. Su madre y Barry incluidos.

Él la cogió del brazo y la llevó dentro de la casita. Le pagó cinco libras al chico mayor de Doreen que estaba haciendo de *babysitter* y se quedó encantado. Y también

preparó una taza de té para Susan.

Sentada en el sofá nuevo, gracias a Roselle y a sus pagas regulares, Susan miró la casa limpia como una patena, el hogar que había creado para ella y para sus hijos y comprendió la inanidad de su vida. Todo el mundo la trataba como si fuera un objeto, algo de su propiedad y que por tanto les daba derecho al uso y al abuso. Sin preocuparse en lo más mínimo de si herían sus sentimientos o iban en contra de sus deseos.

Dio un sorbo al té caliente y dulce y torció la cara.

—Estoy a régimen, lo creas o no. Hace más de un año que no tomo azúcar.

Pero se lo tomó de todas maneras, agradeciendo el calorcito.

—¿Entonces qué es lo que pasó con Joey?

—Lo de siempre, Barry —dijo meneando la cabeza.

Él se enfadó en serio y Susan también se lo agradeció. Para ella era muy importante que él se preocupara. En realidad, que cualquiera se preocupara.

—¿Qué? ¿Intentó tirársete encima otra vez?

Susan asintió.

—Fue por la bebida. Por lo menos eso fue lo que dijo. Los dejé a él y a mi madre en el balcón enzarzados como unos putos marineros. Espero que a los dos les hayan encerrado por embriaguez y desórdenes públicos.

—Lo mataré. Y tú procura quitarte de en medio, ¿entendido? Roselle y yo nos cuidamos de que andes bien de pasta así que no tienes ninguna razón para tratar con ellos, ¿está claro?

Susan sonrió.

—Es más fácil de decir que de hacer. Mi mama aparecerá por aquí cualquiera de estos días como si no hubiera pasado nada, echándole la culpa a la bebida como siempre, y entonces todos volveremos a disimular hasta que vuelva a pasar. No dejaré que se acerque a las niñas. Eso él lo sabe y le fastidia. Pero si pienso que las ha tocado cojo un cuchillo y le corto el pescuezo al cabrón, te lo juro.

—Ya sé que lo harías, Sue. Eres una buena madre, ¿sabes? Una buena esposa. Nunca he sabido apreciarte de verdad hasta que conocí a Roselle. Piensa que no hay otra mejor que tú en todo el mundo.

Sonrió y Susan también, encantada de que la estuviera alabando, encantada de gustarle a Roselle tanto como Roselle le gustaba a ella.

—Será mejor que la cuides bien, Bal, es una joya.

Barry se rio con fuerza.

—No puedo creerme que estemos hablando de esto, ¿y tú?

Susan se rio con él.

—¿Por qué no? Esta noche todo ha sido muy extraño. Y lo más extraño de todo es que tú me hagas un cumplido. Pensaba que era una puta gorda, una gandula que tenía que mover el culo y ponerse a perder kilos.

Barry se quedó callado.

—Le diré algo a Joey —dijo finalmente—. Te arreglaré las cosas. Me aseguraré de que te deja en paz.

Susan agitó una mano para quitarle importancia.

—Es una pérdida de tiempo. Se le olvidará una temporada, antes de volver a empezar. Déjalo, trae más problemas de los que resuelve. Además, esta noche mi madre lo destapó todo. Gritaba por aquella boca que parecía una puta sirena de barco. Bueno, tú ya los conoces. Que no se sepa, que se quede todo en familia. ¡En todos los sentidos!

Barry lanzó una mirada furtiva a su reloj.

Susan lo vio y suspiró.

—Más vale que te pongas en marcha. ¿A qué hora tenéis el vuelo?

Barry pareció medio avergonzarse.

—A las nueve de la mañana. Sí, mejor que me vaya. Roselle se estará preguntando si me ha pasado algo.

Susan asintió, inexplicablemente entristecida por sus palabras.

—Naturalmente. Te acompaño a la puerta.

Él le dio con suavidad un beso en la mejilla.

—Agradecido, socia. Cuídate.

Susan sonrió trémula.

—Tú también. Que os lo paséis bien. Dale recuerdos a Roselle.

Lo miró mientras bajaba por el camino y suspiró. Si ella hubiera podido sacar lo mejor que había en él como había hecho Roselle. Entonces hubieran sido felices. Al cerrar la puerta notó el silencio de la casa resonarle en los oídos. Echó el cerrojo, subió las escaleras con cuidado y se metió en el baño para desvestirse. Al llegar al dormitorio vio tres caritas en las almohadas. Todos amodorrados, ajenos al mundo.

Sonrió. Se deslizó en medio de ellos, colocó al pequeño Barry en el ángulo de su brazo mientras abrazaba a las dos niñas al mismo tiempo.

Sintió la felicidad del momento, del amor por sus hijos. Le pasase lo que le pasase, tenía aquellos tres y siempre se sentiría agradecida por ello. Pero la soledad que llevaba dentro, el deseo de que hubiera otro adulto que la amase y se preocupase por ella, permaneció vivo hasta que por fin se durmió.

Cuando Susan bajó a desayunar Kate ya estaba en la puerta de atrás. Susan le abrió la puerta y le sonrió.

—Qué madrugadora.

Kate tenía la cara seria.

—¿No lo has oído? ¿No ha venido nadie?

Susan negó con la cabeza. Le dolía por culpa de la bebida de la noche anterior y los acontecimientos subsiguientes.

—¿Qué ha pasado ahora? —dijo en tono resignado.

—Tu padre tiró a tu madre por las escaleras de los pisos. Está en cuidados intensivos.

Susan parpadeó. Le pareció que le temblaba el cuerpo entero.

—¿Que qué?

—Que la tiró por las escaleras, las escaleras de cemento, y la pobre aterrizó mal. Está en un estado terrible, nena.

Susan se pasó una mano por la cara.

—¿Y dónde está el papa? ¿Lo han encerrado?

Kate negó con la cabeza.

—Todos dijeron que se cayó porque estaba borracha y los creyeron. Él está en el hospital con ella.

—Será mejor que vaya allí también. ¿Me cuidarás los niños?

Kate asintió.

—Será un placer. Tráemelos y empezaré a preparar el desayuno.

Abrió una bolsa de compra del Co-op y sacó beicon, huevos y pan.

—Ya sabes que no tienes por qué seguir haciendo eso, Kate, Barry se ocupa de que tengamos lo suficiente.

La suegra le respondió en tono amable:

—Yo no pienso comer comida que haya pagado él, ya lo sabes, nena. Ahora arréglate y vete a ver a tu pobre madre. Aunque, que Dios me perdone, me imagino que se buscó lo que se llevó.

El pequeño Barry entró corriendo en la cocina y al ver a su abuela soltó un grito de placer.

Kate lo cogió y lo abrazó y olió el sudor de la noche de sueño y el aroma preciso de los ositos de gominola de la tarde anterior.

Susan subió a lavarse y vestirse y prepararse para ir al hospital.

Debbie hacía el numerito de la hermana preocupada. Pero a Susan no la engañó. Sabía que su hermana disfrutaba con los dramas.

Mientras se dirigía al pabellón del hospital Whitechapel sabía exactamente qué terreno pisaba.

—No sé cómo puedes venir aquí tan fresca después de la que organizaste, Susan —le dijo Debbie embargada de santa indignación y las lágrimas histriónicas de costumbre.

—Me cago en la puta, Debbie, cierra el pico y cuéntame qué pasó.

Se puso las manos sobre el vientre lleno como para protegerlo y dijo con mucho teatro:

—La tiró escaleras abajo, la empujó con todas sus fuerzas. Fue horrible, Susan. Nunca los había visto atacarse así.

Una enfermera entró en la salita adyacente a la sala y Debbie pasó a la versión

oficial.

—Salió volando. Creo que se enganchó el tacón y con tanta bebida no pudo hacer gran cosa para evitarlo —sonrió a la enfermera, una chica irlandesa con unas caderas como un trasatlántico y unos alegres ojos azules—. Esta es mi hermana Susan.

La enfermera les sonrió también.

—El doctor vendrá enseguida. Tu madre parece que está mejor. Las constantes son estables y no tiene heridas. Huesos rotos, eso sí. Cuando se despierte estará toda dolorida, fue una caída tremenda.

Susan asintió sin saber qué decir.

—¿Queréis que os traiga una tacita de té?

Las dos asintieron y sonrieron de nuevo y la enfermera se fue. Debbie alzó los ojos al cielo.

—Me siento como uno de esos perros que llevan en la bandeja de atrás de los coches. Todo el tiempo moviendo la cabeza y sonriendo. Ojalá todos se largaran de una puta vez y nos dejaran solas. No tengo ganas de trabar conversación.

—Lo hacen con buena intención, Debs. ¿Dónde está el papa?

Debbie se encogió de hombros.

—Se fue con Barry justo después de marcharse la policía y que se llevaran a la mami en la ambulancia. Di por hecho que venían para aquí, pero conociendo al viejo seguro que ya anda pedo. Jamesie está que trina. Dice que lo que tengo que hacer es irme a casa y que se las arreglen ellos. A tomar por el culo, dijo, y me dejó a mí todo el embolado.

Susan la compadeció. Con la criatura dentro, no necesitaba que se lo pusieran aún peor. Entonces sintió como si una garra helada se le aferrase a las entrañas.

—¿Barry dijo que iban a venir aquí?

Intentó hablar en un tono despreocupado.

—No lo sé. Llamó a gritos desde abajo por el balcón y el papa bajó. Luego se metieron en el coche y no he vuelto a saber de ellos —se echó a llorar—. Llevo toda la noche aquí sola.

Susan sintió crecer el miedo en su interior.

La noche anterior Barry estaba raro. Se mostró amable, considerado. Cuando se marchó lo echó de menos y teniendo en cuenta todo lo que la había hecho pasar a lo largo de los años eso ya era raro de por sí. Y aun así, por primera vez en mucho tiempo sintió que ella le importaba, que le importaba en lo más hondo. No sabía si sería simplemente porque era la madre de sus hijos, y supuso que era eso. Pero fuera cual fuese la razón le había sentado bien. La había hecho sentirse mejor. Como si de alguna forma eso la hubiera convertido en una persona más auténtica, la hubiera hecho real. Hubiera demostrado que existía.

No tendría que haberle contado nunca lo que le había hecho su padre. Ahora no solo tendría a su madre sobre su conciencia, sino también a su padre, porque Barry, ofendido y lleno de santa indignación, muy bien podría matarlo o dejarlo medio

muerto en cualquier parte.

Violencia, violencia, siempre violencia. ¿Nunca iba a poder librarse de ella? ¿Sus hijos tendrían que convivir con la violencia igual que ella?

Debbie observó el cambio de expresión en el rostro de su hermana y suspiró.

—¿Barry supo lo que había pasado?

Susan asintió en silencio.

—Se lo dijiste tú, supongo.

Lo dijo con su habitual tono agresivo y Susan perdió los estribos. Se olvidó de que su madre estaba detrás de las cortinas de la cama y bramó:

—Y por qué no iba a decírselo, ¿eh? Yo no soy como tú, a mí no me parece ni remotamente normal que mi padre quiera acostarse conmigo. Ya sé que esto te chocará muchísimo, Debs, pero así soy yo, ¿sabes? Soy así de rara y opino que solo hay que tener relaciones sexuales con personas que no son parientes tuyos, no sé si me entiendes, joder.

Debbie dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿No vas a ver a la mami?

Susan negó con la cabeza.

—Todavía no, todavía no puedo con todo esto.

Debbie soltó un resoplido.

—Por supuesto que no, claro. La señorita Gran Cerebro no puede. La señorita Yo lo Analizo Todo.

Susan no le respondió, sabía que Debbie estaba dolida. Solo deseó que su hermana se diera cuenta de una vez por todas que su infelicidad era producto de su educación. Ninguna de ellas había aprendido a amar como es debido. El amor se expresaba siempre mediante el sexo, el acto sexual, la insinuación sexual.

Se acordó de cómo su padre le manoseaba los pechos, y los de Debbie, y decía lo grandes que se les iban poniendo, que ya no eran sus niñitas pequeñas. Y a nadie le parecía que estuviera mal aquello de hablar de ellos como si fuera su propietario. Un verdadero padre no comentaría nunca los atributos de sus hijas.

Debbie estaba ahora atrapada, igual que Susan, en manos de un hombre que era igual que Joey en todo. Un hombre que la usaba y se la beneficiaba cuando y como quería. Le daba un bofetón cuando consideraba que se merecía uno, le hablaba y la trataba como si fuera una china encontrada en un zapato viejo.

No había que ser Einstein para percatarse de que eran gente rota que vivía vidas rotas. Lidiando con ellas a su manera, dando la impresión al mundo exterior de que tenían el control. Después de todo se relacionaban con personas a las que su conducta no les parecía extraña, con personas como ellos. Con otras personas de vidas rotas que se reían de lo que la vida les echaba encima, que descubrían un lado humorístico en las circunstancias más difíciles. Y cuando se terminaba una crisis se daban de narices con otra sin poderlo evitar.

—Debbie, creo que deberíamos preguntar en el hospital si anoche trajeron a

alguien herido. Barry no estaba nada contento con lo que había pasado, te lo aseguro. Y a pesar de todo y de cómo es él encuentra que esa obsesión del padre por acostarse conmigo no se puede tolerar. Le cabrea un montón. Y cuando Barry Dalston está cabreado puede pasar de todo.

A Debbie se le desorbitaban los ojos. La enormidad de lo que Susan le decía iba penetrando en su cerebro.

—Pero ¿crees que...? ¿Crees que Barry...?

Susan meneó la cabeza.

—La verdad es que no lo sé, tía. No sé qué pensar.

Debbie saltó de la silla y le gritó:

—¿Por qué tuviste que decírselo, Susan? Tenías que saber lo que podía pasar.

La enfermera entró con la bandeja del té y les sonrió. Con su marcado acento de Dublín les informó muy contenta:

—Vino vuestro padre, está hablando con el médico. Enseguida estará aquí.

—¿Está bien?

La enfermera meneó la cabeza.

—Bueno, claro, está muy preocupado por vuestra madre, pero ahora está aquí. Le dije que vosotras dos también estabais y eso le gustó.

Descorrió las cortinas de la cama y por fin Susan vio a June. Tenía un aspecto espantoso, con la piel amoratada, la respiración superficial y difícil. Joey entró en la sala, muy aseado, recién afeitado y con ropa limpia. Casi parecía respetable.

La enfermera decidió dejar sola a la familia. Pero antes miró a las dos mujeres y les dijo con amabilidad:

—Ya sé que son momentos de mucha tensión, pero si pudieran discutir en voz baja... Aquí hay otros pacientes y todos muy enfermos. Y puede que también os escuche vuestra madre, ¿sabéis?

Joey miró a su esposa y suspiró.

—Se la ve mal, ¿verdad?

—¿Dónde has estado? ¿Qué has andado haciendo con Barry?

Susan lo dijo en voz baja porque se le habían ido las ganas de pelea.

—Quería que le echara una mano para cobrar una deuda antes de marcharse. Me soltó un machacante por hacerlo.

Susan asintió. No pudo evitar ver la expresión de placer que cruzó por la cara de Debbie.

Susan se tomó el té y se quedó callada. Quince minutos más tarde salía del hospital. Aquel marido y aquella hija tan preocupados le revolvían el estómago.

En su interior, y aunque se alegraba de que Barry no le hubiera hecho nada a su padre, se sentía extrañamente decepcionada.

—Te estás volviendo tan mala como todos esos.

Pronunció la frase en voz alta y la gente de la cola del autobús se la quedó mirando de un modo raro. Pero Susan estaba demasiado cansada y demasiado

disgustada para que le importara.

Capítulo 18

Roselle echó una mirada al club. Satisfecha de lo bien que funcionaba todo, decidió subir a hablar con Iván. Una conversación aplazada desde hacía tiempo. Al salir del vestíbulo vio a Barry riendo con una de las nuevas camareras, una chica delgada del norte con ojos de almendra y piel cetrina. No había duda de que en algún momento su estirpe familiar había recibido una pincelada de brea. Roselle se quedó observándolos y vio que Barry le pasaba un brazo por el hombro a la chica y la estrechaba contra él.

Era el acto de un hombre que conocía íntimamente a la mujer que tenía delante y Roselle sintió la rabia que solo una mujer traicionada siente. En especial porque se suponía que la chica acababa de pasar una gripe y había estado una semana sin trabajar para recuperarse.

Roselle se preguntó qué forma habría tomado esa recuperación. Barry y ella parecían muy próximos.

La chica se llamaba Marianne. Las camareras casi nunca tenían apellido, y los nombres que daban solían ser inventados. Una de las chicas se había puesto Starlight, Luz de Estrella, y otra, por razones que se explicaban por sí mismas, se había puesto Señorita Lovelace, Lazo de Amor. Pero parecía que Marianne atraía el interés de todos los hombres y Roselle se preguntaba por qué. Era bonita, cierto, de una manera como de adolescente con granos, pero nada especial. Roselle supuso que ofrecía lo más extremo y generalmente eso era una buena razón para vigilar a la chica de cerca.

El sadomaso causaba problemas en los clubs. El menú corriente era una mamada y un polvo. En cuanto una chica se apartaba de ahí, el dinero entraba más deprisa, pero también la vida parecía correr más deprisa. Roselle miró a Marianne y se preguntó si aceptaría la violencia contra ella misma. Pedía muchos días libres y Roselle pensaba que probablemente estuviera llevándose clientes fuera de sus turnos.

Para ella era un misterio que alguien pudiera dejarse pegar o maltratar por dinero. A lo largo de los años también ella había dado unos cuantos buenos azotes por dinero, en efecto, y aún tenía un par de clientes fijos a los que veía de vez en cuando, pero ser uno mismo el objeto del odio de otro le parecía cosa de idiotas.

Tenía que ser la puta quien explotase al otro, no al revés. O al menos, si usaba la cabeza. Barry vio que los miraba y se apartó de Marianne. La chica pasó junto a ella y sonrió con aires de suficiencia.

Roselle conocía muy bien el personaje, llevaba años viéndolas ir y venir. No duraría mucho porque Roselle le daría pronto la mala noticia y le diría que no era lo que el club buscaba. Eso quitaría un poco de ritmo a los andares de aquella zorra.

En la recepción estaba Catriona, una africana de huesos anchos. Sonrió con complicidad a Roselle y señaló la puerta con la cabeza. Iván se marchaba y Roselle se sintió fastidiada porque quería hablar con él. Cuando Iván se ponía el abrigo se oyó una conmoción en el interior del club, un grito y luego un golpe sordo fuerte. Roselle se dio media vuelta y entró seguida de cerca por Barry.

Marianne estaba de rodillas intentando desengancharse el pelo de los altos tacones rojos de una camarera negra que se llamaba Lucille. Era la tía dura oficial entre las chicas, famosa por haber dejado fuera de combate a un gorila de la calle Dean de un puñetazo considerable. Tenía una cara bonita pero cruzada de cicatrices de peleas. Tenía una novia que se llamaba Lizzy y que hacía lo que le decían, le daba el dinero a Lucille y le liaba los petardos.

Lizzy miraba la pelea con los ojos brillantes. También las otras chicas miraban, pero como desganadas.

Roselle vio que Barry se metía en medio para intervenir entre las dos mujeres. Agarró del pelo a Lucille y medio la arrastró y la empujó para apartarla de Marianne y sus gritos. Pero en el proceso la chica iba perdiendo mechones de pelo.

—Muy bien, muy bien, tranquilas, señoras.

Barry lo dijo con voz jovial. Pero tenía que esforzarse para sujetar a la negra grandota.

—No me sigas jodiendo, tía, que te saco allí afuera y te mato. ¿Oyes lo que te estoy diciendo?

Mientras Lucille gritaba esas palabras no dejaba de dar patadas a la mujer del suelo. Los altos tacones alcanzaban su objetivo a cada golpe y Marianne, llena de sangre, yacía allí con los brazos sobre la cabeza para protegerla de más golpes.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Roselle miró a las doce mujeres que estaban de pie alrededor de la barra.

—¿Qué se supone que ha hecho?

Mientras hablaba vio que dos clientes pedían la cuenta y suspiró.

—Quienquiera que sea la que esté con esos dos tipos que mueva el culo y vuelva allí o esta noche todavía veréis otra puta pelea en el club. Y el resto, más vale que os pongáis en marcha y volváis al tajo por si tenemos más clientes. Porque para eso es para lo que estáis aquí todas, ¿no es cierto?

El tono no admitía discusiones. Hasta Lucille se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Le gustaba Roselle porque le daba a todo el mundo un reparto justo de los cabritos y no tenía favoritas. Mientras las chicas iban volviendo a sus taburetes y trataban de tranquilizar a los enfadados cabritos Lucille consiguió librarse de la presa de Barry.

—Ha estado trapicheando aquí dentro. Cosas duras, hache, jaco, como quieras llamarlo. El tío se lo daba para venderlo. Así que Barry, muchacho, no intentes negarlo porque la putilla esa me lo dijo ella misma. Y para trapicheos este territorio es mío, y solo valen anfetaminas o barbies. Estimulantes. Y un poco de humo de vez en cuando para rebajarlos —miró a Roselle con los ojos desorbitados por el enfado—. Y ahora andan con *highballs*, heroína y anfetaminas mezcladas. Y ese rollo es peligroso. Así que dime si quieres esto aquí, Roselle.

Barry estaba callado y eso le dijo todo lo que necesitaba saber. Empujó con el pie a Marianne, que sangraba.

—Coge tus cosas y desaparece. Y tú también, Barry. Estáis los dos en la calle.

Barry pensó que no había oído bien. Roselle ya sabía que él trapicheaba con maría. ¿Cuál era el problema?

Entonces Lucille se rio, con un sonido grave como de hombre al ver la expresión de la cara de Barry. Marianne se iba incorporando del suelo. Se la veía muy joven y muy ensangrentada.

—Si oigo que andas por cualquier club del Soho, me veré obligada a decirles por qué te despedí —Roselle le dijo dulcemente—. Así que si yo fuera tú, querida, me buscaría otra ciudad y una nueva identidad.

Lo dijo con voz segura de sí misma. Sabía que podía meter a la chica en la lista negra. Los clubs no querían caballo en sus locales. Ninguno. La heroína era para las mujeres de la calle y se suponía que las camareras de un club estaban un escalón por encima. Porque una vez que habían probado la hache solían acabar en la calle. Era veneno. Destruía a las chicas e incluso a los mismos clubs. Quienes tomaban heroína se convertían en usuarios, ladrones y mentirosos. Para empezar, aquellas chicas ya no eran ángeles. No podían permitírselo para trabajar en aquello. Pero la adicción a la heroína les daba una faceta añadida porque la necesidad se iba haciendo muy fuerte. Se vendían por diez libras y hasta menos, y sus vidas se convertían en una ronda interminable de buscar y joder. Roselle ya lo había visto muchas veces antes.

Así que tenía la razón de su parte además de una cierta alegría vengativa por haberse quitado de delante a dos personas que se habían pensado que se la podían dar a ella. Pues bueno, por lo que a ella respectaba todavía estaba por nacer el hombre o la mujer que pudiera dársela con queso a Roselle Digby.

Subió a su despacho. Cuando justo acababa de servirse un buen *brandy* Barry irrumpió por la puerta. Lo estaba esperando. Como le daba la espalda se permitió una media sonrisa antes de darse la vuelta.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Era una expresión en broma que usaban entre ellos, una expresión de chica de alterne que normalmente les hacía reír a los dos. Pero Barry estaba francamente molesto. Roselle lo veía intentar presentarle una explicación de lo que había hecho. Intentar justificarse a él y a sus acciones.

Sintió lástima de él. Ni siquiera había tenido tiempo de encontrar una excusa antes de irrumpir en su despacho. Sabía que ella le importaba profundamente y que las personas como Barry entendían eso como un derecho de propiedad. Sabía también que necesitaba reafirmar constantemente su poder sobre las mujeres. Su poder para joderlas y usarlas. Que eso era una parte de él, una parte intrínseca.

Roselle se sentó ante el escritorio y dio un sorbo a su copa con aspecto total de observadora desapasionada. Sabía que eso era lo que más podía molestarle a él.

—No significaba nada para mí...

Roselle le interrumpió.

—Diría que no, Barry. Si fuera que sí, sería muy significativo, ¿no? Pero ya ves,

lo que no has sabido entender es que yo no tolero devaneos. Y no me importa con quién sean. Acepto que le echés uno a tu mujer de vez en cuando, pero aparte de eso se da por hecho que eres mío. Yo ya no me acuesto con Iván, aunque tenga a su hijo.

Vio que el color desaparecía de la cara de Barry.

—¿De qué estás hablando?

Roselle se rio disfrutando del poder que tenía sobre aquel matón sin cerebro y violento pero, oh, tan guapo. Se humedeció los labios con la lengua rosa.

—Iván es el padre de mi hijo. Él y yo tuvimos un rollo durante mucho tiempo. ¿Cómo te crees que tengo la posición que tengo en este club? Di por hecho que eras lo bastante listo como para deducir eso por tu cuenta.

Pero Barry se había quedado estupefacto.

—Quieres decir que Iván y tú...

Roselle asintió con una sonrisa feliz.

—Yo era prostituta, Barry, recuérdalo. Era mi trabajo. Iván me ofreció una alternativa y yo la agarré con ambas manos. En más de un sentido.

Se rio con una risilla pícara.

—Hoy en día no se le levanta ni la sonrisa, bendito sea, pero seguimos teniendo en común un hijo e intereses comerciales. Ya ves, al contrario que Susan, a mí me gusta tener el control de mi vida y de mi trabajo. Incluso cuando era puta. Siempre me empeñé en tener el control. Guardaba siempre algo reservado y eso es lo que me hizo salir adelante. Era simplemente un medio para un fin y desde luego acostarme con Iván, que era un hombre estupendo y rico, era preferible a dejarme montar por desconocidos un día sí y otro también. Estoy segura de que entiendes la lógica del asunto, ¿verdad?

Barry la contemplaba con una mezcla de asco y respeto involuntario. No entendía nada de lo que le decía, pero eso no significaba que tuviera que gustarle.

—Yo te he sido fiel, Barry. Y esperaba que tú lo fueras conmigo.

Recogió unos papeles de la mesa e hizo un gesto de despedida. Los fue revisando como si fueran las cosas más interesantes que hubiera visto en su vida. Barry seguía plantado delante de ella con cara de perro ahorcado y sin la menor idea de cómo conseguir volver a conquistarla.

Roselle levantó la mirada y puso una expresión de desconcierto.

—¿Sigues ahí?

Barry miró aquella cara sonriente y sintió los primeros estremecimientos de furia. Dio media vuelta y se marchó del despacho.

—Si quieres puedes terminar la semana —le dijo desde atrás muy amable—, tengo que encontrarte sustituto y discutirlo con Iván.

El lado de macho de Barry deseó mandarla a la mierda. La parte de él que la amaba, y amaba lo que ella podía darle, esperó que aquel aplazamiento le diera la oportunidad de arreglar las cosas. Unos días más para metérsela otra vez en el bote. No podía volver a casa con Sue, simplemente no podía. Se daría cuenta de lo que

había pasado en cuanto entrara por la puerta.

Cerró la puerta con cuidado detrás de él y Roselle se permitió unas risitas. Lo haría bailar en la cuerda floja y disfrutaría de hacerlo. Lo que hiciera si ella no lo veía era asunto de él, pero hacerlo con una de sus camareras era tomarle el pelo descaradamente. No podía dejarlo impune. Si lo hacía, era como darle licencia para volver a hacerlo, una banderita roja que le indicaba que todo lo que hiciera sería aceptable.

Y como le había dicho, ella no era Susan, sin la menor duda.

Esa noche, Barry regresó todo avergonzado a casa junto a su mujer. En cuanto Susan oyó la llave en la puerta de la calle supo que era él. Dos minutos después lo tenía plantado en la puerta del dormitorio mirándola a ella y a los tres niños, todos juntos en la cama.

El bebé nuevo estaba a punto de llegar y Susan se encontraba muy pesada. Tenía el cuerpo, ya maduro, aún más abotargado de lo habitual y la cara y las manos como hinchadas.

—¿Todo en orden, Bal?

Barry meneó la cabeza sintiendo pena de sí mismo. El pequeño Barry abrió un ojo, vio a su padre y se apretó más contra su madre, sin interesarse por el visitante.

—No iré a meterse aquí, ¿eh?

Susan se rio.

—No cabría, hijo. Ya me extraña que quepamos todos.

Hasta Barry se rio.

—Pon la tetera al fuego, Bal. Ahora bajo.

Barry se fue a la cocina y Susan apartó con suavidad a todos los críos y salió de la cama. Metió los pies hinchados en un par de zapatillas viejas, tiró de una bata manchada y se deslizó en silencio fuera de la habitación. Desde la puerta miró de nuevo a los niños para ver si estaban bien tapados y se fue abajo.

Entró en la cocina bostezando, con el pelo hecho una maraña de enredos y la barriga prácticamente por las rodillas.

—Que me jodan, muchacha, estás fatal —dijo Barry con voz amable.

Susan se dio unas palmaditas en la barriga, feliz.

—En cuanto aparezca este, todo irá bien. Pero la verdad es que este crío me está matando, Bal. Me está dejando seca. Me tiene jodidamente cansada todo el tiempo.

Barry asintió con simpatía. Sirvió el té mientras Susan encendía un cigarrillo y le daba una calada profunda. Barry siempre le producía ansias de nicotina, era su modo de afectarla.

—¿Y qué te trae por casa a estas horas de la noche? No te esperaba.

Había cogido un cepillo de la mesa y se lo iba pasando por el pelo con el pitillo precariamente colgado de la comisura de los labios. Tenía los ojos clavados en el

humo, las mejillas rojas y ásperas por el mal tiempo del final del invierno.

Barry se acordó de Roselle con su batín de seda y encajes rojos que había comprado en Portugal. En su estilo graciosamente femenino. Tan distinta de Susan que era más del tipo de la señora Rooper que de Ursula Andress, su fantasía erótica de siempre.

Susan sorbió su té agradecida y ruidosa.

—Es lo que necesitaba. Venga, Bal, contéstame. ¿Qué te trae a casa entonces?

Barry se puso a liar un canuto sobre la mesa.

—¿Te has enfadado con Roselle?

Susan lo dijo con voz áspera pero él no le contestó y eso le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Ay, Bal, ¿eres idiota o qué? Nunca en tu vida vas a tener otra chica como ella.

Barry estaba concentrado en meter el filtro en su sitio y bien apretado. Terminó lo que hacía y encendió el canuto y le dio una chupada bien profunda.

—Lo he jodido todo, Sue. Ya sabes cómo soy.

Susan respiró hondo, molesta con él. Se suponía que ahora tenía que acogerlo de nuevo y no quería.

—¿Quieres que hable yo con ella, a ver qué puedo hacer?

Él la miró con una expresión extraña, de asco.

—¿Es que me estás diciendo que quieres librarte de mí? ¿Es eso? Pensé que estarías contenta si volvía.

Susan se olvidó de sí misma y le espetó:

—Bueno, entonces a ti te parecía mal, ¿verdad?

Barry meneó la cabeza asombrado.

—Parece mentira, joder, ¿eh? Aquí mi parienta no me quiere en casa. Y yo pago las facturas, os doy de comer y de vestir, y me aseguro de que todo os vaya sobre ruedas y ahora tienes la caradura de decirme que os estorbo.

Susan movió la cabeza angustiada ante el cambio que veía. Cuando estaba así era peligroso.

—Yo nunca dije nada de eso y tú sabes que no lo dije. Te veía feliz con Roselle, eso es todo, hacéis buena pareja los dos. Me gustaba verte feliz, Bal. Por difícil que te resulte creerlo me parecía que te convertía en una persona mejor. Ella supo darte lo que yo no hubiera podido en un millón de años.

—¿Y qué coño me daba entonces, tía lista? Aparte de buena conversación, una cara bonita que mirar y el mejor sexo que he disfrutado nunca.

Susan se sujetó el vientre para estar más cómoda y se tomó un momento para pensar.

—Te daba paz de espíritu y un motivo para trabajar. Los niños y yo nunca te dimos eso. Siempre nos has visto como una piedra de molino colgada de tu cuello. Con Roselle estabas contento, feliz, y si lo has mandado todo a la mierda no es por culpa mía, ¿sabes? No me echas a mí las culpas. Roselle me parece fantástica.

Entonces Barry se echó a reír.

—Eres un puto caso, pero a mí no me engañas, Susan Dalston. Tú te pegas la gran vida. Todo lo que pides a la vida son unas pocas libras y tus hijos, ¿verdad? Eso te lo he dado todo yo: niños, dinero, una bonita chabola. ¿Y qué he recibido yo a cambio?

Susan lo miró a la cara sintiéndose angustiada. Ella le había dado todo lo mejor que tenía, y aunque a él no le pareciera gran cosa era todo lo que podía dar. Se había dado ella, su respeto por sí misma, los mejores años de su vida. Había alumbrado a sus hijos, los había criado decentemente contra todo pronóstico y mantenía un hogar para cuando él se dignase volver por allí.

Ahora estaba a punto de tener de otra criatura más, una criatura a la que ya amaba a pesar de que como las otras le había llegado impuesta. Había ahorrado y escatimado en todo para asegurarse de que los niños tenían cuanto tenían que tener y un poco más de suplemento. Y él tenía los huevos de sentarse allí y compararla con Roselle que tenía una vida como las que Susan soñaba a menudo. Sobre la que fantaseaba. Le pegaba a su antojo, le arrebatava cualquier felicidad que tuviera ridiculizando cuanto hacía, se reía de sus intentos de mejorarse ella y los niños, ¿y ahora esperaba que lo recibiera con los brazos abiertos?

Sin embargo sabía que no tenía elección.

Si Barry quería volver a casa, volvería a casa y ya está. La vida era una mierda. Por lo menos su vida.

Roselle tenía un aspecto estupendo y Susan se lo dijo. Roselle se quedó encantada con el placer de un cumplido auténtico.

—Estás estupenda, chica, parece que sales de una revista.

Roselle sonrió.

—Acabo de hacerme una limpieza facial, hay un mariquita en el Soho que te hace el maquillaje. La próxima vez te llevaré conmigo, le encantan los desafíos.

Se rieron las dos.

—Bueno, desde luego que conmigo tendrá uno de cojones, ¿eh?

Roselle se rio cariñosa. Lo que veías es lo que obtenías. Ese era el secreto de Susan aunque ella nunca se diera cuenta.

—¿Qué tal el feliz Harold? —lo preguntó con voz neutral y Susan pensó un momento antes de contestar.

—¿Sinceramente?

Roselle asintió.

—Si sabe que te lo dije me matará, pero que se joda. Sinceramente, puedo decir que nunca en mi vida lo había visto en semejante estado. Ni siquiera cuando lo detuvieron por GBH y asesinato frustrado. Está como un niño pequeño que ha perdido su pistola. Si está sobrio parece metido en un puto sueño la mitad del tiempo. Y la otra mitad dándonos una verdadera lata a mí y a los niños.

Roselle pareció apenada.

—Lo siento, Sue, tendría que haberme dado cuenta de que seríais vosotros los que os cargaríais el mochuelo.

Susan suspiró.

—Él te quiere, Roselle. Y además le venías muy bien. Hacías de él una persona mejor.

Se encogió ligeramente de hombros con cara impasible.

—Tendría que haberlo pensado cuando empezó a jugar con aquella putita.

Susan agitó una mano delante de ella y movió la cabeza comprensiva.

—Eso no era nada, cariño. Para Barry no significa nada. Un poco de alimento para el ego, nada más, y como tiene el cerebro de un mosquito hay que permitirselo. Pero ahora se arrepiente una enormidad.

Llegó el camarero para tomarles la comanda y las dos mujeres sonrieron a aquel joven de buen ver. Susan lo miró inclinarse hacia atrás para servir a Roselle y se maravilló del poder de una cara bonita.

Porque ni siquiera se dio cuenta de que ella existía.

Recorrió con la vista el restaurante. Era un italiano agradable de la calle Dean y aquí se sentía a gusto, había venido muy a menudo. Se acordó de la primera vez. Los nervios cuando se preguntaba si llevaría la ropa suficientemente buena y el maquillaje bien aplicado. Si Roselle lamentaría haberla invitado a almorzar allí. Pero se habían reído mucho y Susan se había sentido como en casa. Eso formaba parte de ese mundo real en el que la gente iba a almorzar y tenía conversaciones y se divertía.

Desde que Margaret Thatcher había llegado a primera ministra hasta las Susan Dalston de este mundo se habían dado cuenta de que las mujeres podían hacer lo que querían si lo intentaban. Siempre y cuando, por supuesto, no tuvieran zumbando alrededor a un Barry que se lo impidiera.

Barry odiaba a la primera ministra, odiaba todo cuanto representaba y creía que Denis Thatcher debería darle «una buena hostia» para «sentarle las costuras a esa mula». A Susan le gustaba y la admiraba. Y aún más porque Barry la odiaba y hablaba tan mal de ella.

Margaret Thatcher daba esperanzas a Susan, esperanzas de que sus hijas pudieran dar un buen golpe de látigo algún día e imponerse en el trabajo y en sus vidas privadas. Los profesores decían que Wendy podía llegar a la universidad. Absorbía los conocimientos como una esponja y estaba muy por encima de la inteligencia media. Tenía también un buen carácter y era cariñosa, cuidaba del pequeño y ayudaba a su madre cuando podía.

Susan se removió incómoda en su asiento. Aquel bebé era enorme y no dejaba de presionarle la vejiga.

Roselle terminó de pedir y se volvió hacia ella.

—Te he pedido un buen lenguado de Dover, hecho con mantequilla y limón, unas verduras y una ensalada de pasta grande. Nos tomaremos un buen vino tinto, fresco y

ligero para dar al crío un poco de hierro. Un vaso no te hará daño, por lo menos no tanto como lo que fumas.

Se rieron juntas otra vez.

—Tendría que dejarlo, pero desde que ha vuelto Barry tengo los nervios al límite. Me gustaba estar sola. Nada de olor a pies, nada de broncas ni esos berrinches de los huevos. Era agradable. Silencioso pero agradable.

Otra vez se rieron las dos y luego Roselle puso cara seria.

—Me dolió aquello, Sue, que lo hiciera con una putilla como aquella. Y encima en mi trabajo. Quiero decir, que las chicas tienen que respetarme y si se piensan que trago con eso me tomarán a cachondeo.

Susan asintió con simpatía.

—Entiendo tu postura, pero eso es puro Barry, ¿no crees? Probablemente es la única razón por la que lo hizo. Ver cómo reaccionabas. Él es así.

Llegaron los primeros platos y Susan sonrió.

—Seguro que tú me has pedido esto, mala bruja.

Delante de ella habían puesto una gran fuente de espaguetis a la boloñesa colmados de salsa.

—Tómalo todo, el bebé necesita alimento.

No hizo falta decírselo dos veces, Susan empezó a comer.

—¿Cómo están los niños?

—Como siempre. Wendy y Barry siguen a la greña. Ahora tiene doce años y se cree que lo sabe todo. Aunque claro, comparado con Barry sí que lo sabe. Pero eso le fastidia. Le digo que está justo en la edad en que tienen opiniones fuertes y él me dice que no tiene por qué tener ninguna hasta que él le diga cuáles tener —Susan se metió más comida en la boca soltando una risita entre cada bocado—. La verdad es que es un caso, ¿a que sí? Porque lo decía totalmente en serio.

Roselle mordisqueó delicadamente un *crostino*.

—¿Y no te molesta tener otro hijo?

Susan se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Confieso que es lo único para lo que soy buena. Tener hijos, cuidarlos y quererlos. La verdad es que soy un muermo. Aunque, de todos modos, ¿qué más puedo hacer? Un crío más no será una gran diferencia, ¿no crees? Solo quisiera que él los viera como yo los veo, pero Barry considera que son de mi exclusiva responsabilidad. Si son buenos, son suyos, pero si son unos cabrones, son míos todos.

—Mi chico, Joseph... Bueno, la verdad es que no lo veo gran cosa. Estudia fuera, como sabes, y vive gran parte del tiempo con otra familia. Lo quiero pero mi modo de vida no se puede decir que sea conveniente para criar chicos adecuadamente.

Susan asintió con simpatía pero en el fondo aquello era algo que nunca había podido comprender. Lo de que Roselle casi nunca viera a su hijo. Solo de vez en cuando en el colegio o en alguna visita aislada a los Granger, la familia con la que

vivía.

Pero Susan no insistió en el tema. Sabía que su amiga tenía sus propias razones y siendo Roselle seguro que eran buenas.

Iván los dejaría bien provistos y eso permitiría que Roselle malcriara al muchacho todo lo que quisiera. Ya estaba planeando enviarlo al extranjero a los once años para educarlo en Suiza. Ese era su sueño, un hijo que llegase a ser alguien. Y aunque nunca pudiera contárselo a nadie de cuantos la rodeaban, ella lo sabría y eso le bastaba.

—Tengo unos regalitos para las niñas en el coche, y algo para el pequeño Barry también. No pude resistirme.

Susan se rio:

—Los vas a malcriar —dijo.

—Ya lo sé, pero se lo merecen. ¿Y cómo va todo lo demás?

Susan pellizcó el mantel con gesto nervioso y dijo en voz baja:

—Me gustaría que lo sacaras de la amargura en que está. La verdad es que está fatal. Ya hace más de una semana y cada vez está más abatido.

Roselle soltó una carcajada que llamó la atención de los circunstantes.

—Bien. Eso le hará un montón de bien. Tal vez el viernes me ponga en contacto, le diré que lo necesitamos unas pocas semanas más hasta que encontremos a otro.

Eso permitió relajarse a Susan.

—¡Joder! ¡Muchas gracias, Roselle! La verdad es que pensé que le habías dado el pasaporte para siempre.

Roselle se rio de nuevo.

—La verdad es que no sé por qué me importa. Supongo que es por tener poder sobre él. Tiene mucho que ver con eso. Cuando te veo y oigo lo que te ha hecho, lo odio. Pero conmigo no es así.

—No se atrevería a serlo, chica, y esa es la clave. A ti te respeta y te quiere, por eso te trata tan bien. Aparte de ese pequeño lapso, desde luego, y creo que podemos decir sin peligro que no volverá a intentarlo.

Susan se sentía como si todos sus cumpleaños y navidades le hubieran llegado juntos. Volvería a tener en la cama con ella al pequeño Barry, las niñas disfrutarían de paz y tranquilidad y ella podría relajarse por las noches delante de la tele viendo toda aquella «puta basura» como decía Barry, y simplemente vivir en paz y tranquilidad.

Qué suerte.

Se frotó la barriga e hizo una mueca.

—Me parece que me he comido esos espaguetis un poco demasiado deprisa —eructó ruidosamente y se llevó la mano a la boca con una sonrisa—. Siempre tengo que ponerte en evidencia —se disculpó.

Pero entonces se le puso la cara blanca, se le fue la sangre al sentir el calor de las aguas que rompían y anegaban la silla y el suelo de debajo.

—¡Ay, joder, Roselle, he roto aguas!

Roselle se echó a reír pensando que era una broma, pero luego saltó de la silla chillando:

—¡Vamos, chica, vámonos al hospital!

Diez minutos más tarde Susan estaba sentada sobre la tapicería de cuero del Aston Martin de Roselle aferrándose con las uñas al salpicadero de nogal.

—¿Has visto la cara de esa gente? Apuesto a que unos cuantos se arrepintieron de haber pedido hígado, te lo aseguro.

Roselle y Susan volvieron a echarse a reír.

—¿Podrás aguantarte hasta que llegemos al hospital?

Susan asintió.

—Creo que sí, pero me cago en la puta, muchacha, arranca de una vez. Este bichejo ya está saliendo, noto cómo empuja por el canal del parto.

Barry y Roselle contemplaban a la recién nacida. Era hermosa. Hasta Barry estaba asombrado de la preciosidad que era aquella niña. Parecía que tuviera ya unas semanas. No estaba roja ni tenía arrugas, era una belleza con piel de melocotón.

—Nunca me explicaré cómo esa vaca fea se las arregla para sacar unos críos tan guapos —dijo Barry con voz jovial.

Tenía a su Roselle al lado y eso le animaba una barbaridad. Susan abrió un ojo todavía grogui.

—Te he oído, cabrón sinvergüenza.

Roselle la cogió de la mano con fuerza.

—Es una ricura, Sue, deslumbrante de verdad. ¡Me hace sentir envidia!

Barry frunció el ceño al oírla pero lo dejó pasar. Aunque a veces deseaba que estuviera siempre en el club para que nadie más pudiera tenerla.

Susan se incorporó en la cama y dijo muy seria:

—No le digas eso. Es un firme creyente en aquel viejo dicho: «Bien jodida y mal calzada». También conocido como descalza y preñada.

—Bueno, si alguien sabe de eso eres tú.

Barry vio a su mujer y a su amante reírse juntas y se sintió ofendido. El saber que eran buenas amigas le hacía sentirse como si lo hubieran manipulado de algún modo, aunque era algo que le venía bien.

Con su Roselle de vuelta todo volvía a ir sobre ruedas.

Y ahora tenía delante aquella amistad verdadera y se maravillaba de cómo eran las mujeres. Lo normal es que se odiasen a muerte. Y pensó que probablemente lo prefiriera.

—Quiero ponerle tu nombre —decía Susan—. Porque, o sea, tú has estado conmigo en todo, Roselle.

Barry se quedó mirando a su mujer como si acabara de decirle que era la amante de Henry Kissinger.

—No seas tan idiota, Susan...

Susan lo interrumpió:

—Voy a ponerle Rose, que es abreviatura de Roselle. ¿De acuerdo?

Roselle sonrió de placer.

—Lo consideraré un gran cumplido, Susan, de verdad.

Miró aquella niña perfecta con cierta pena.

—Será mejor que me vaya. No puedo dejar que el local se dirija solo, e Iván debe andar como loco preguntándose dónde me he metido. Se va haciendo viejo, bendito sea, y el club va siendo demasiado para él, la verdad. Aunque creo que nunca lo admitirá.

Barry se sintió torpe.

—Te acompaño hasta tu coche, ¿vale?

Roselle asintió. Dio un beso a Susan y a la pequeña Rose y se marchó prometiendo volver al día siguiente.

Ya fuera de la habitación se pararon y se miraron el uno al otro y Barry dijo muy serio:

—Perdóname, Roselle, te echo mucho de menos.

Ella movió la cabeza ligeramente.

—Susan me dijo hoy que a ver si podía darte otra oportunidad. ¿No es extraño?

Barry negó con la cabeza.

—No del todo, Roselle. Ella sabe lo que hay y es lo bastante sensata como para vivir con ello.

Roselle miró aquella cara bonita. Llevaba el pelo con mechas, según la moda, y parecía un futbolista o un cantante de pop. Aquellos ojos azules eran de morir y tenía unos huesos fantásticos. Y eso aparecía en todos sus hijos.

—Eres un tonto, Barry, ¿sabes? Susan es una excelente persona. Mejor de lo que tú o yo llegaremos a ser nunca. Hay hombres por ahí que darían lo que fuera por una esposa como ella. Es lo mejor que me he encontrado nunca ¿sabes? Por primera vez en la vida he tenido una amiga de la que me puedo fiar, con la que puedo hablar y estar sin tener que preocuparme de cómo me gano la vida, ni sentirme juzgada ni teniendo que fingir cosas para que mi vida parezca más respetable y más válida. Puedo hablar con ella de Joseph y entiende por qué quiero más cosas para él aunque si ella tuviera que dejar marcharse a cualquiera de sus hijos preferiría morir.

Notó que las lágrimas le picaban en los ojos y Barry la tomó entre sus brazos y la estrechó.

—Sé bueno con ella, Bal, por favor. No la trates como siempre lo haces. Cómprale unas flores o algo, hazla sentirse especial por una vez.

—De acuerdo, socia —dijo asintiendo—. ¿Te veré esta noche?

Roselle se apartó de él y asintió.

—¿Entonces volverás a venir a trabajar?

Barry sonrió con aquella sonrisilla que le fundía el corazón y le recordaba el

poder de la belleza. Era un hombre guapo y peligroso. Ese era su atractivo. Se puso de puntillas para besarlo en la boca ante el escándalo de dos enfermeras y una comadrona que habían ayudado a alumbrar su hijo.

—Te veo después.

Barry sonrió.

—Eso seguro, cariño, intenta impedirlo.

Volvió a la habitación de su esposa con una gran sonrisa en los labios.

—¿Todo en orden, muchacha? Hoy has hecho un buen trabajo, todo en una hora y media. Reconozco que empiezas a ser demasiado buena en el tema. Pronto podrás dar clases.

Susan lo vio feliz y se relajó por dentro. Entonces entró una enfermera con más té y una tostada para ella y la mirada que le echó a Barry se lo aclaró todo a Susan. Contuvo una sonrisa. Mientras lo veía hacerle mimos a su nueva hija esperaba las visitas de su padre y de su madre, de Kate y de Doreen.

Estaba deseando ver a Kate y a Doreen. De su padre y de su madre podía pasar perfectamente. Pero sabía que se esperaba de ella que los viera, que les presentara a su nueva nieta de una vez y luego se fueran a casa y se emborracharan cuanto pudieran para celebrar al nuevo miembro de la familia.

Y Susan, como de costumbre, hizo lo que se esperaba de ella.

En eso era muy buena.

Capítulo 19

Roselle observaba a Barry atentamente. En el año transcurrido desde que naciera su última hija, se había encariñado con Rose más de lo que nunca se había acercado a sus otros hijos. Era su hijita adorada, la niña de sus ojos. Incluso Alana, la favorita anterior, tuvo que cambiarse al asiento de atrás.

Viéndolo cambiarla y besarle la barriguita, Roselle sintió una punzada un instante, casi una sensación de celos, pero se la quitó de encima tan deprisa como le había surgido. De hecho, tendría que estar contenta de que Barry tuviera esos sentimientos, se dijo, demostraba que después de todo era un ser humano.

Pero su amor por Rose era casi una obsesión.

Era realmente él, un Barry vuelto a nacer. Desde los llamativos ojos hasta los pómulos bien marcados. Tenía su mismo pelo negro y espeso, y su gracia de movimientos. A donde fuera con la niña todo el mundo se deshacía en elogios, admiraba su belleza y su encanto. La verdad es que era preciosa.

Barry se quedaba con ella siempre que podía, una tarde o una mañana. Roselle había sido testigo de cómo iba dominando la paternidad para que Sue no pudiera poner barreras entre él y lo que quería.

—¿Quién es la niñita de su papaíto, eh?

Rose le lanzó un beso y él se rio con ganas.

—¿Has visto eso? Le ha dado un beso a su padre, qué amor. Ya sabe quién es el importante, ¿a que sí, cariñito, eh?

Rose agarró su grueso piececito y soltó una ventosidad bien sonora mientras se reía todo el tiempo.

—Bueno, ni tú puedes contestar a eso, Barry. Me parece que te ha dicho exactamente lo que pensaba de ti, socio.

La voz de Roselle sonaba tensa y trató de encubrirela con una sonrisa. Pero tener un bebé por allí, aunque fuera tan encantador como Rose, ponía un tono distinto en las cosas.

Barry como papá no formaba parte de su ecuación y se sentía muy mal por tener esos sentimientos. Pero se lo justificaba pensando que tampoco a Susan le gustaba aquella obsesión con su hijita. Porque eso es lo que era, una obsesión. Solo hablaba de Rose y la cosa empezaba a cansar.

—¿No crees que deberías devolverla, Bal? Abrimos dentro de dos horas.

Barry asintió aunque seguía concentrado en su hija.

—Susan se preguntará a dónde has ido.

—Déjala que se pregunte, joder. Rose es tan mía como suya.

—Igual que los otros tres, Bal. Tan tuyos como de Sue, quiero decir.

No contestó, siguió a lo suyo, pero Roselle se dio cuenta de que se había molestado. Al ver su propia imagen en aquel espejo Barry había comprendido finalmente el amor de padre. Sus otros tres hijos eran más bien cruces que arrastrar la

mayor parte del tiempo. Eran niños de lo más buenos, y a regañadientes admitía que Sue era una buena madre. Pero Rose, su pequeña Rosie, era algo completamente distinto.

Era realmente suya por completo.

Le respondía de una manera que los demás no le habían respondido.

Ni se le pasó por la cabeza que a los otros no les había dado nunca la oportunidad de ser algo más que una molestia. Se veía a sí mismo como el padre del año. Un hombre al que nadie entendía.

Sobre todo las mujeres de su vida.

Pensar en las mujeres de su vida le hizo apresurarse con el cambio de pañal y el vestido.

Tenía una pájara en marcha cerca de donde vivía Sue y le quedaba justo el tiempo de tomarse un café rápido y echar un polvete justo antes de ir a trabajar. Se despidió de Roselle con un beso y le prometió estar de vuelta a las siete sintiendo un cosquilleo de miedo recorrerle la espina. Si esta vez lo descubría lo iba a matar. Pero no lo descubriría. Todo lo que había aprendido de la última vez era que no le pillara.

Después de dejar a Rose en casa se dirigió al piso protegido de Maggie Brittan.

Maggie tenía veinticinco años y un hijo que se llamaba Duane. Era lo que Susan llamaría un putón. Tenía la casa sucia, el chico corriendo por la calle y bebía y fumaba todo el día hasta hartarse. Follaba por la patria con cualquiera que le llamase la atención y se ponía demasiada poca ropa y demasiado maquillaje. En conjunto, exactamente lo que Barry necesitaba. Nada de conversaciones de verdad, apenas si unos pocos de sus tacos floridos, un polvo que duraba exactamente lo que él quería y nada de llantos cuando se marchaba al cabo de una hora.

Al aparcar el Aston Martin de Roselle delante del edificio de Maggie se sentía un hombre feliz. Cuando entró en el piso, Maggie dormía en el sofá. Se dio cuenta de que había llorado. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo y la piel sin empolvar estaba roja y con manchas. La nariz irritada de llorar y la boca con el mohín descontento habitual.

Olió a basura y supuso correctamente que el cubo desbordaba. El cuerpo de ella soltaba un ligero olor a leche agria y al mirarla sonrió.

La verdad es que era una perra.

Maggie abrió los ojos y sorbió por la nariz.

—Oh. Eres tú, Barry.

Se sentó e intentó arreglarse un poco.

Él la miró con lascivia.

—Solo tengo una hora.

Maggie sonrió.

—Pues es tiempo de sobra para lo que tú quieres, ¿no? —dijo.

Barry se desabrochó los pantalones y se sacó el miembro ya erecto. La cogió por la cabeza y se la acercó y se lo metió en la boca. La observó mientras se daba un

auténtico festín con él y sonrió. Era una perra, pero para el asunto, una pieza de primera.

Paseó la vista por la habitación desaseada, vio el polvo por todas partes y olió el olor de aquel cuerpo que era mezcla de cigarrillos y perfume barato combinado con frituras y galletas de maíz. Notaba la lengua que daba vueltas sobre la punta de su pene y sintió la agitación dentro de su vientre al mover las caderas para que ella pudiera acomodarlo mejor.

Cabalgaba en la boca empujando hasta el fondo de la garganta, oyéndola gorgotear y riéndose. Disfrutando del poder que tenía sobre ella. Estaba dispuesta a aceptar cualquier maltrato siempre que tuviera un rostro, un nombre. De alguien con un cierto prestigio en el hampa.

En su pequeño mundo eso la hacía sentirse alguien, le hacía sentir que contaba. Les contaría a todas sus colegas que Barry Dalston, aquel matón del barrio y chalado, se la tiraba. Era su maromo. ¡Como si estuviera dispuesto a dejar que los vieran en público!

Pero terminó el trabajo que se esperaba de ella y después se subió la cremallera y esperó que le hiciera un café.

—Este sitio es un puto basurero. ¿Quieres que traiga un contenedor para que puedas limpiar en serio?

Maggie se rio, era demasiado tonta para darse cuenta del insulto. Escupió en el fregadero, sin mirar las tazas y los platos que quedaban del desayuno.

—Me has dejado toda la garganta ardiendo.

Barry se rio.

—Lo necesitaba, Bal, necesitaba verte. Hoy he tenido un día terrible. ¿Sabes que me estaba viendo con ese Peter Groves?

Barry asintió. Peter era un menda legal, muy parecido a él aunque por supuesto no jugaba en una liga tan importante.

—¿Qué pasa? ¿Te está fastidiando? —había adoptado la postura del macho y la miró mirarlo encantado de su reacción.

—Sí, fastidiar es una buena palabra —dijo asintiendo con la cabeza—. Pretende que le he pegado una cosa que se llama herpes.

Barry sintió como si una mano de hielo le sujetase los testículos y se los fuera apretando gradualmente.

—¿Qué has dicho? —tenía que estar oyendo cosas raras.

Maggie lo miró y suspiró, molesta de que no la escuchase.

—Te he dicho que piensa que le he pegado esa enfermedad que se llama herpes. Dice que viene de América, así que ¿cómo coño voy a poder pegársela? Tonto cabrón, ¿dónde voy a conocer yo a un yanqui?

Alzó los brazos en un gesto de exasperación.

Barry parecía que se hubiera ido llenando de aire caliente. Echó una mirada por aquel pisito sórdido y sintió que la enfermedad le crecía en el vientre.

—Bueno, ¿entonces no tienes nada que decir?

Barry se había llevado la mano a la polla, y se la palpaba a través de los pantalones como si pudiera haber desaparecido sin que se diera cuenta.

Herpes, la comidilla de las chicas de alterne, la nueva plaga. ¡Joder, Jesús! Si hasta las más antiguas usaban Durex en estos tiempos. Las putas siempre eran las primeras en pillar enfermedades, y en propagarlas. Hablaban del tema e intentaban evitarlas. Bueno, al menos las más sensatas. Notó que el sudor empezaba a brotarle en la frente.

Si Roselle se enteraba de algo de aquello le cortarían los huevos al instante. Por poco que fuera.

—¿Entonces qué le hace pensar que se lo pegaste tú?

Maggie se rio. De pronto, le vio los dientes amarillos y comprendió lo que era. Un putón asqueroso. ¿Cómo no lo había visto antes? Era como para darse con la cabeza contra la pared.

—Dice que él se lo pasó a su mujer, y que por eso descubrió que lo tenía. En cualquier caso, se fue a mirar al Old London y le dieron la mala noticia. ¿Pero cómo sabe que fui yo? Dice que piensa que solo folló conmigo. Sí, ya, bueno... ¡Si se follaría a su propia hermana si se descuida!

Se mordió una uña con la cara encendida de injusticia al ir llegando al clímax de su historia.

—Me dio un tortazo, Bal. Le dije que tú no lo tolerarías y me dijo: «Pues díselo, cojones. Díselo y dile que venga a verme a mí».

Esperaba que Barry cumpliera su papel, le asegurase que «le ajustaría las cuentas a ese mamón», y entonces tendría una historia con la que presumir con todo el mundo. Pero él la miró y al ver su mirada sintió que el miedo se apoderaba de ella.

—¿Vas a contestarme?

Barry asintió y fijó unos ojos helados en los suyos.

—Si descubro que tienes herpes, Maggie, te cogeré yo personalmente y te machacaré. ¿Entiendes lo que te digo?

La chica se rascó una costra del brazo y Barry miró aquellos tatuajes y aquella piel gris y sintió una náusea. No sabía cómo se le habría podido ocurrir tirarse aquella cosa. Se acordó de su noche de bodas y lo que le había hecho a su mujer toda preñada y sintió que le volvía a invadir la misma náusea.

Roselle no sería tan confiada ni tan magnánima como Susan.

—Bueno, si tú también lo tienes, de quién es la culpa, ¿eh? Mía no, Barry. Yo solo me lo pasaba bien y nada más. Cuidarte de ti mismo es cosa tuya, colega.

Barry pensó en la prostituta a la que había pateado hasta matarla y se preguntó si podría volver a irse de rositas. Aunque todos sabían que visitaba aquella casa. El Aston Martin que había aparcado delante tan contento lo delataba. Le encantaba pensar en que todos comentarían que se andaba follando a una furcia. Era parte de su imagen de duro. Pero en fin, ya no.

Soltó un golpe que lanzó a Maggie por toda la cocina hasta el vestíbulo. Barry le pegó una buena paliza asegurándose de que la hacía pagar por lo que le había hecho. Cuando terminó las paredes estaban llenas de sangre. Por lo menos había obtenido cierta satisfacción.

La chica tenía la cara hinchada y amoratada y estaba irreconocible y se dio cuenta de que le había roto un brazo. Pero no le importó. Se había buscado todos y cada uno de los golpes.

Cuando hubo terminado se marchó del piso. Otros inquilinos habían salido a los balcones al oír el follón de casa de Maggie. Las mujeres mayores se hacían gestos con la cabeza unas a otras pero ninguna telefoneó a la policía. Observaron a Barry bajar las escaleras y meterse en su vistoso coche. Y después, cuando lo consideraron seguro, entraron en el piso e intentaron ayudar a la chica que estaba histérica.

Barry fue directamente a casa de Susan y le contó toda aquella lamentable historia.

—Bueno, ¿y entonces qué es un herpes? —en la voz de Susan resonaba la perplejidad. No estaba muy segura de qué decir.

—Es como una venérea. Bueno, es una venérea, la verdad. Pero no es como la gonorrea, esto nunca se va. Se te queda para toda la vida como una jodida mancha de nacimiento. Se te pone en tus partes. Te duelen y supuran y te sientes enfermo.

—¿Y puede matarte, Bal?

—Joder si te mata, te mata si me lo pegas a mí, socia —bramó con un rugido de desesperación.

—Pero bueno, ¿y de dónde lo has sacado? Seguro que de Roselle no. Eso no me lo creería.

—Desde luego que no lo he sacado de ella, zorra estúpida. Me lo pegó una puta zorra de los cojones, ¿sabes?

—¿Y estás seguro de que lo tienes? Quiero decir, ¿te has hecho análisis?

—La misma persona se lo contagió a Chopper Groves, y él se lo pegó a su mujer. La cara de Susan era la viva imagen de la estupefacción.

—¿Quieres decir que ese cabrón se lo pegó a la pobre Brenda?

Barry asintió.

—Ese golfo de mierda. Espero que se le caiga a trozos.

Barry alzó los ojos al cielo.

—Yo también espero que se le caiga el nabo, pero el que me preocupa por el momento es el mío, Sue.

—Pobre Brenda, y hace muy poco que ha tenido un crío, ¿verdad? Unos pocos meses después que yo tuvo un crío, la he visto por la clínica. Menudo cabrón.

—Me parece que los dos estamos de acuerdo en que es un cabrón. Y ahora, ¿podemos dejar el tema del cabrón y la puta Brenda? Estoy muerto de miedo, Sue. Si Roselle descubre este rollo me lanzará al espacio como un cohete.

Susan se lo quedó mirando. No sabía muy bien qué pretendía que le dijera.

—Bueno, lo que necesitas es un análisis, Bal. Estar seguro.

Barry asintió con cara asustada. Sentía que le temblaba todo el cuerpo y no podía dejar de mover las manos. Era como un tigre enjaulado y a Susan le dio pena en cierto modo. Nunca pensaba en las consecuencias de sus propios actos. Se pasaba la vida entera haciendo lo que le daba la gana y sin preocuparse de nada hasta que pasaba algo terrible.

Y entonces, cuando sucedía, la culpa era de todos los demás.

—¿Quién te lo contagió?

Él no pudo mirarla a la cara.

—Vamos, Bal, ¿quién es la culpable?

—Maggie Brittan.

Lo dijo en voz tan baja que Susan creyó que oía cosas raras.

—¿No será Maggie la de los tatuajes? —dijo con voz incrédula.

Todos conocían a Maggie, era toda una leyenda local. Se iba con cualquiera y eso quería decir con quien fuera. Los escogía a bulto después de unas cuantas copas y luego se reía contándolo.

En la cadena alimentaria los Brittan estaban todavía más abajo que los McNamara, y eso ya lo decía todo.

—Ay, Barry, ¿qué has hecho? Si esa ha tenido todo lo que se puede tener, de ladillas para arriba. ¿Cómo se te ocurrió acostarte con ella?

Barry meneó la cabeza, desconcertado. Es verdad que no sabía por qué.

—Estaba por allí, nada más.

Susan le respondió sarcástica:

—¿Como el Everest, no? Jesús, Barry, la verdad es que hay veces que me pones enferma. Suponte que yo salgo esta noche y veo a un tío guapo. Que me gusta y que yo le gusto y entonces me lo traigo a casa y le doy un buen repaso. ¿Qué pensarías de mí? Porque hay hombres que se irían a la cama conmigo, Bal, tú acabas de demostrarlo acostándote con Maggie Brittan. Si ella puede ligar, seguro que yo también, joder.

Barry se metió un buen trago de *whisky* y ni siquiera intentó responderle.

—¿No te das cuenta de cómo juzgará ahora la gente tu conducta a pesar de que seas un hombre, Bal? ¿Sabes cómo me sentí el día que perdí a Jason? Imagínate que perdiéramos a la pequeña Rose justo así, solo porque tú no puedes quedarte con los pantalones abrochados. Ponte en mi lugar, Bal, piensa en lo que me hiciste sabiendo que me la estabas metiendo dentro solo unas horas después de habérsela clavado a otra...

Las palabras de Susan le hicieron recordar que había tenido la polla bien metida en la boca de Maggie no hacía tanto y sintió un deseo urgente de ir a lavarse de nuevo. Susan apenas si logró disuadirlo de hacerlo con lejía como quería para quedar realmente limpio.

Al mirar a su marido sintió que le invadía un odio total. Ya sabía que sus palabras

no significaban nada para él, nunca habían significado nada. Siempre estaba interesado solo en sí mismo.

En lo que él quería y lo que él necesitaba.

Ni un pensamiento para alguien más.

—Roselle me matará, Susan.

No se molestó en contestarle.

—Como te he dicho, tienes que hacerte un análisis. Es lo único que te puede servir, ¿sabes?

Él tampoco contestó.

—Escucha, ¿estás seguro de que a Chopper se lo contagió ella? Puede haberlo pillado en otro sitio.

—Si le dio un buen tortazo, es porque localizó la fuente de su infección. De todas maneras iré a verlo. Tengo que ir, ¿no crees?

Susan asintió.

—Supongo que este no es el momento de pedirlo, pero quiero comprar un tresillo nuevo, este está acabado.

Barry asintió distraídamente.

—¿Ya? Muy bien, lo que quieras, yo te lo pago. Decora la casa si quieres. Pero prométeme que me ayudarás en esto, Sue. Que vendrás a la clínica conmigo, ¿vale?

Susan asintió con tristeza.

Por mucho que la irritase, que la hiciera llenarse de odio y de rabia muchas veces, la verdad es que nunca podía resistir su atractivo cuando estaba así. Cuando era el Barry auténtico que ella creía.

—No te preocupes, Bal, lo arreglaremos, socio. Ahora será mejor que te vayas a trabajar o Roselle se preguntará a dónde has ido.

Roselle estaba preocupada. Barry se comportaba de un modo extraño. Al parecer tenía un testículo inflamado, por un forúnculo según él, así que no podía tener relaciones sexuales con ella. Pero de eso hacía ya más de una semana y lo había espiado por el espejo del cuarto de baño poco antes y le había parecido que estaba en perfectas condiciones de funcionamiento. Pero entonces, cuando se puso a acariciarlo, casi se la había quitado de encima de un empujón.

—¿Pasa alguna cosa, Barry? ¿Algo que yo debiera saber?

Bajó la vista mientras se abotonaba la camisa para no tener que mirarla a la cara. Levantó la voz como si estuviera enfadado porque no creía que pudiera preguntarle aquello.

—Por el amor de Dios, Roselle, lo he estado pasando fatal. Esto pasa. Pero estaré bien en un par de días. Y no empieces a atosigarme, por favor. Deja que yo arregle las cosas.

Roselle se quedó mirándolo.

—¿Qué está pasando, Barry? —su tono no admitía argumentos así que finalmente tuvo que mirarla a la cara.

—¿A qué te refieres? —seguía tratando de esquivarla con una finta.

—Mira, Barry, te lo digo, tengo que saber cuál es el problema. Si me lo dices, podremos arreglarlo. Si no me lo dices e intentas seguir con esta comedia de que todo va como la seda, entonces me temo que voy a estar dándote una murga que ni te digo hasta llegar al fondo del asunto. Así que vamos a hablar ahora y ver qué podemos hacer, ¿eh?

Barry miró aquella cara hermosa pero tensa. Lo era todo para él y lo sabía. Pero también sabía que ella nunca comprendería su necesidad de otras mujeres. Susan sí. Porque se sentía tan agradecida de tenerlo que se tragaría lo que fuera. Pero Roselle era harina de otro costal.

Sabía también que lo perseguiría hasta conocer la verdad. No era tonta. Si le apetecía podía fastidiar a todo el país y estaba viendo que empezaba a apetecerle según iban hablando.

Así que probó una táctica diferente.

—Déjame que vaya a ver a los críos, a la pequeña Rosie. Le prometí a Susan que los llevaría a la clínica. Cuando vuelva podemos hablar lo que sea, ¿vale?

Roselle lo miró fijo durante veinte segundos enteros antes de contestar:

—Te quiero aquí de vuelta a las doce y quiero respuestas a mis preguntas. Si no es así, Barry, te largas. Te largas de aquí y te largas de mi vida. ¿Entendido?

Barry vio en sus ojos tristeza y determinación y sintió una sensación agobiante de estar atrapado. Hoy mismo le darían los resultados, así que a esa hora ya conocería el percal. De momento tendría que tocar de oído.

Sonrió con una gran sonrisa luminosa que hubiera jurado que no llevaba dentro.

—Déjame que vaya a ver a mi niña y luego hablamos, ¿de acuerdo?

Roselle asintió de un modo casi imperceptible y Barry notó que se le relajaban todos los músculos del cuerpo. Tenía unas cuantas horas. Si no estaba infectado, lo arreglaría todo. Aunque no le hubiera molestado gran cosa contagiar a otra persona, le aterrorizaba la idea de pasárselo a Roselle y le aterraba aún más que ya lo hubiera cogido.

Esa idea le hacía ponerse a sudar cada vez que se le presentaba en la cabeza. Que la enfermedad pudiera estar corriendo ya por sus venas, fluyendo a través de su cuerpo y esperando para desencadenar su primer ataque le aterrorizaba más que ninguna otra cosa.

Tampoco estaba seguro de si podría conseguir volver a tocarla. Imagínate que ella estuviera infectada y lo infectara a él de vuelta. Eso podía hacer que lo que tenía se pusiera aún peor. ¿Quién sabe? Nadie parecía saber demasiado de esa enfermedad.

En la clínica de venéreas de Whitechapel parecían saber tan poco del tema como él. Pero Barry había hablado con Chopper y Chopper le había dicho que no había duda que se lo había contagiado Maggie.

Chopper era como él, utilizaba a las mujeres cuándo y cómo le venía en gana.

Y lo mismo que él, Chopper tenía la patata caliente en la mano y no sabía cómo deshacerse de ella. Todavía tenía que explicarle a su mujer todas las implicaciones de la enfermedad.

Barry dio un ligero beso a Roselle en los labios y salió del piso preguntándose si sería la última vez que salía de allí. Si continuaría siendo su hogar unas horas más tarde. Utilizó el coche de ella por si no volvía a tener la oportunidad de hacerlo. Porque era portador de la Gran Hache, como lo llamaba Chopper, así que estaba bien jodido de verdad, y en más de una manera.

Susan preparó una taza de té para cada uno y le puso a Barry la suya sobre la mesa. Había mandado a todos los niños a casa de Doreen para poder ir a la clínica en paz. Y no los había llamado a la vuelta porque el susto y el disgusto de Barry eran tremendos.

Había dado positivo.

Lo más curioso era que todavía sentía pena por él. Como lo conocía tan bien, sabía que nunca pensaba nada hasta que era demasiado tarde.

Bueno, pues ahora era demasiado tarde. Roselle no lo tocaría ni con una pértiga, ¿y quién se lo iba a reprochar?

—Voy a matar a esa Maggie Brittan. Lo juro por Dios, acabaré con esa furcia.

Estaba enfadado, pero Susan se dio cuenta de que en su voz no había convencimiento. Sabía además que lo que tenía no se le iría nunca. Ni siquiera matar a Maggie haría que se le quitase. Le había contagiado la enfermedad pero él sabía en lo más hondo de su ser que la causa real era él mismo. Se lo había contagiado a sí mismo.

Eso era lo que encontraba tan difícil de aceptar.

—Tienes que decírselo a Roselle, Bal. Tiene derecho a saberlo.

Barry apartó la taza de delante con un violento empujón y la mandó por encima de la mesa hasta que cayó al suelo.

—¿Y cómo se lo digo, Susan? Tú ya sabes cómo es. Esto no se lo tragaré, se pondrá fuera de sí.

Susan recogió el tazón del suelo y automáticamente empezó a limpiar las manchas de té con un trapo.

—¿Fuera de sí? Se pondrá como una loca total. Pero aun así, tiene derecho a saberlo, Bal. Esto es demasiado serio para esconderlo debajo de la alfombra. Demasiado serio para olvidarse de ello y confiar en que desaparezca. Ya has oído lo que te dijo el hombre de la clínica. El primer ataque puede ser suave o causar grandes daños. Puede hasta matarla. Tienes que decírselo.

Estaba aclarando el trapo debajo del grifo cuando el puño de Barry le golpeó en plena sien.

—¡Deja de decirme lo que tengo que hacer, cojones! Llevaré este asunto a mi manera.

A Susan los oídos le resonaban con el golpe. Apoyó la mano en el fregadero para recuperarse.

—¿Por qué la tomas conmigo, Bal? ¿Qué he hecho?

Sonaban lágrimas en su voz.

—Soy tu esposa, socio. ¿He estado a tu lado en todo y me haces esto? ¿Me pegas a mí cuando lo único que intento es ayudarte?

Barry se quedó mirándola pero ella sabía de siempre que no la veía. Pensaba, como siempre, en cómo podía salir del problema.

—Esto no es como lo que pasó conmigo, Bal, unas pocas inyecciones y una dosis de antibióticos no bastará. Tiene que hacerse los análisis enseguida. Lo antes posible.

Barry asintió.

—Siempre puedo decir que me lo pegaste tú, Sue.

Susan abrió los ojos y la boca de par en par pero las palabras no le salían. Él la cogió por los brazos y exclamó:

—Es lo único que puedo hacer, ¿no crees, zorra estúpida? No puede echarme en cara que lo haga contigo, ¿verdad? ¡Tú eres mi puta esposa!

Susan meneó la cabeza desanimada.

—Eres un cabrón. ¿Dejarías que pensara que yo lo tengo solo para que lo acepte un poco mejor? ¿Y de quién se supone que lo cogí yo, Bal? ¿Del contagiador de herpes fantasma del este de Londres? ¿A quién vas a echarle la culpa?

Barry se mordía el labio de abajo. Wendy también lo hacía cuando estaba preocupada por algo. En cualquier momento se pondría a morderse la punta de la uña del pulgar.

Lo conocía tan bien...

—Lo siento, Bal, pero no hay modo de que Roselle se trague esto. Me conoce mejor que tú. Sabe que yo no lo haría. Ojalá pudiéramos decir lo mismo de ti, socio.

Ahora él la miraba fijando sus ojos en los de ella.

—Pero es lo único que puedo decir. No puedo regresar aquí, Sue. No puedo —su voz era un puro lamento—. Ya estoy acostumbrado a cosas mejores. No podría soportar vivir otra vez aquí. Y si pierdo el trabajo, ¿a dónde iríais vosotros, eh? No llegará más dinero para que te lo gastes en tresillos y en los críos.

Susan sabía que estaba intentando convencerla de cargar con la culpa, que le facilitara las cosas con Roselle. Convertirla a ella en ese sucio individuo causante de la epidemia.

Meneó la cabeza tristemente.

—Lo siento, Bal, pero no pienso cargar con el mochuelo de ningún modo. De ningún modo.

Vio cerrarse el puño y se encogió instintivamente, pero él no lo disparó. En vez de eso, salió en tromba de la casita dando un gran portazo tras él.

Roselle tenía la cara tan blanca que parecía una enferma terminal.

—¿Que Susan te ha pegado qué, Bal?

Barry bajó los ojos hacia la alfombra y contestó en voz baja:

—Un jodido herpes, la muy puta. Al parecer lo agarró de algún gilipollas de la taberna.

Abrió los brazos como si estuviera prisionero y no supiera bien qué más decirle, cosa que por cierto era verdad. De momento Barry tocaba de oído. Con la esperanza de que Roselle se lo tragase todo y lo perdonase. Al fin y al cabo, Susan era su amiga.

Pero Roselle, en cambio, intentaba aún entender qué le había dicho. ¿Herpes? ¿Que había cogido un herpes? De Susan. Su mujer.

Dejó que la información se asentase en su cerebro durante cinco minutos enteros. Los cinco minutos más largos de la vida de Barry Dalston.

Luego, se echó a reír. Sonó como un plañido agudo, próximo al llanto. Tenía esa calidad submarina de la risa que se tiñe de tristeza y dolor de corazón.

—¡Eres un cabrón de mierda! ¿Vas a echarle la culpa de algo así a la pobre Susan? ¿Vas a echarle la culpa de algo que has hecho tú? ¿Dónde lo pillaste realmente, Bal? ¿Con Marianne? ¿Ha sido esa putilla que sacaste de aquí o fue otra que tienes guardada no sé por dónde?

Que hubiera dado en el clavo con tanta precisión lo dejó atónito. Lo conocía mejor de lo que se pensaba. No estaba dispuesta a tragarse esa historia de que se lo había contagiado Susan. Su mujer se respetaba demasiado a sí misma para andar ligando por ahí. En el fondo de sí mismo lo sabía perfectamente igual que lo sabía Roselle.

Roselle se puso de pie rebotante de justa indignación y orgullo herido.

—Coge tus cosas ahora mismo y márchate, por favor. No voy a hablar de esto ni una palabra más. Quiero que te vayas. Y no me hagas meter a Iván en todo esto, Barry. Porque como me disgustes más se lo diré a él, lo juro por la vida de mi hijo.

Barry miró cómo se ponía una chaqueta manteniendo aún en la cara aquella expresión de incredulidad y sorpresa.

—Volveré dentro de una hora y espero que para entonces no quede aquí ni el menor rastro de tu presencia.

Él se acercó a ella e intentó cogerla entre sus brazos.

—Por favor, Roselle, haré lo que sea...

Ella lo interrumpió con una media sonrisa en la cara llena de odio y de asco.

—¿No crees que ya has hecho bastante? Si yo tengo ese herpes, te odiaré hasta el puto día que me muera, ¡pedazo de mierda!

Y con eso se apartó de él y salió del piso cogiendo las llaves del coche de la mesa del vestíbulo al salir.

—¡Haz callar a esos putos críos, Susan! Estoy tratando de dormir.

Barry lo gritó bien fuerte. Agresivo. Andaba rabioso por dentro y por fuera. El ruido de los niños le impedía concentrarse. Lo único que quería era estar tumbado en la cama para deprimirse en paz. Los gritos y peleas de los niños, sus risas y sus voces, eran justo la gota que colmaba el vaso por lo que a él respectaba.

Susan entró en la habitación y le gritó:

—No puedo hacer que cuatro críos se estén callados, Bal, es imposible. Levántate y arréglatelas. Vuelve a entrar en el mundo y sé un hombre por una vez.

A continuación entró en el cuarto de baño y dio un buen azote a Rosie y al pequeño Barry en sus gordos culos, los críos aullaron.

—Ahora estad tranquilos, pareja, o si no os saco de ahí y os meto en la cama.

Los aullidos cesaron de inmediato. Les encantaba el baño. Era su hora favorita del día. Y además terminaba de agotarlos y los dejaba listos para la cama.

Eran las cinco y media de una tarde de lunes en Bethnal Green. Barry estaba deprimido porque ya no tenía vida propia. A pesar de que Iván le había hablado de otro trabajo en el Soho en un club menos importante, pero aún con un buen dinero, se había quedado sin ánimos y tenía por decidir qué hacer con su vida en adelante. Estaba pensando en volver a los morosos, solo que esta vez hacerlo como se debe. Comprar deudas y luego recuperar el dinero él mismo. Sacando una pequeña comisión por las molestias.

Estaba convencido de que si podía demostrarle a Roselle lo que valía, todo iría divinamente. Sin embargo, ella no quería saber nada de nada de él.

Por Susan había sabido que el análisis le había dado negativo, y eso le había decepcionado. Si ella también hubiera tenido herpes les hubiera puesto a un nivel de igualdad, les hubiera servido de lazo para estar aún más cerca.

Barry era lo bastante imbécil como para creérselo.

Wendy puso un disco en su cuarto. Era *Wherever I Lay My Hat*, de Paul Young. La letra era tan incisiva que tuvo ganas de llorar. Así era él antes del herpes, antes de ver arruinarse su vida.

Wendy disfrutaba con la música y la puso más fuerte y entonces Barry saltó de la cama y cruzó a toda prisa el rellano para entrar en el cuarto que albergaba a tres niñas y a su hijo.

—¡Apaga esa puta basura ahora mismo, Wendy, apaga ese puto chisme!

Wendy hizo lo que le decían pero su cara mostraba algo muy distinto.

—No me mires con aires de superioridad, niña, ¡soy tu padre!

Estaba lleno de justa ira y con la cara roja de rabia.

—Sois una pila de pequeños cabrones. No sé por qué molestarse por ninguno.

Eso incluía a la pequeña Rose que desde que su padre había vuelto a casa se escapaba de él todas las noches. Barry contempló el cuarto, los carteles de cantantes

pop en las paredes y el tocadiscos en la mesa del tocadiscador.

—Y tú, limpia este puto agujero de mierda y déjalo bien limpio. Eres igual que tu madre. ¡Una zorra y una inútil!

Susan le gritó desde el cuarto de baño:

—¡Encantador, hay que decirlo! Porque tú lo sabes todo sobre las zorras y las inútiles, ¿verdad, Bal?

Salió al rellano y Barry, que ya había tenido suficiente de todo, le dio de puñetazos hasta que se cayó al suelo. Todos los niños lo veían. Rosie gritaba de miedo, el pequeño Barry también gritaba y Alana se fue corriendo por las escaleras a la sala. Wendy salió de su cuarto y como se sintió responsable de las dificultades de su madre agarró al padre del pelo y trató de apartarlo de ella.

Aquello era un pandemónium.

Barry le dio una torta en la boca a su hija mayor y le partió el labio.

Solo cuando apareció Doreen se tranquilizó lo suficiente para marcharse de casa. Doreen se llevó a Susan al dormitorio y la tumbó sobre la cama. Tenía la cara machacada. Sacó a los pequeños de la bañera y con ayuda de Wendy los vistió y los mandó a su casa con Alana. Entonces mandó a Wendy a buscar a Kate para que le dijera que cuando viniera trajera al médico.

Doreen lavó la cara a su amiga llena de compasión.

—Tienes que librarte de él, Sue. Como sea, chica, tienes que hacer algo, amorcito.

Susan no le contestó.

Eso ya lo sabía.

Pero ¿cómo?

¿Cómo te libras de alguien como Barry? ¿De alguien que no piensa marcharse, de alguien que no quiere dejar a nadie en paz? ¿Que no ve nada malo en lo que hace?

Había arruinado tantas vidas, la suya incluida. La de los niños, la de Roselle, la de su propia madre. Vidas de desconocidos incluso, gracias a su violencia. Le habían comentado lo que le hizo a Maggie Brittan, que había sido otra de sus maravillas.

Barry Dalston era una ley por sí mismo y hasta que encontrara un acomodo alternativo, digamos con otra pajarita, ella era la base y ahí residía su fuerza. Lo único que deseaba es que les diera un respiro a los niños de vez en cuando. Para ellos era más duro. Ella, después de todo, estaba acostumbrada a sus arrebatos de cólera.

No vino el médico pero vieron que Barry le había roto el pómulo y las costillas e hicieron cuanto pudieron por ella como de costumbre. La vida había vuelto a ajustarse a los viejos modelos y Susan tenía que sentarse y esperar los nuevos acontecimientos.

Era algo que le destrozaba el corazón, pero era todo lo que podía hacer. Barry era el que mandaba como siempre había sido.

Cuando por fin llegó la policía hacía mucho que él se había ido. Al mirar a Susan suspiraron, se tomaron el té que les trajo Doreen, bromearon un poco sobre que ahora

que empezaban a estar acostumbrados a no tener que ir siempre por allí, Barry reaparecía en escena y les jodía el turno de noche.

Pero hacer, no hicieron nada. No podían hacer nada.

Barry llegó a casa a las doce y media, borracho y colocado. Había salido con su suegro y habían agarrado una como las de los viejos tiempos. Susan todavía estaba en la cama y Wendy se había quedado dormida en el sofá mirando la televisión. Al entrar en la sala la vio allí tumbada, con aquella cara bonita vulnerable y el pelo abundante enmarcándole la cabeza.

Los pechos recién crecidos se marcaban contra un camisón y un batín demasiado estrechos. Se arrodilló junto a ella y contempló su cara. Iba a ser un bellezón. Con casi catorce años ya atraía todas las miradas. Mucha gente se lo había dicho.

Borracho como estaba, decidió que era demasiado bonita para los chavales de la calle, demasiado buena para el mierdoso que se acabaría encontrando. Él no prestaba oídos a toda esa mierda de ir a la universidad o al colegio y tener unos buenos estudios. Todo eso eran chorradas.

Lo que su hija necesitaba era un hombre, un hombre de verdad que le enseñase qué hacer con su cuerpo. Cómo conseguir con él lo que quería. Eso es lo que hacían las mujeres de verdad en su opinión. Estar sentadas sobre una mina de oro.

La expresión le hizo reír y eso despertó a Wendy. Barry vio pintarse el miedo en su cara y el modo instintivo en que se cubrió los senos de su mirada cruzando los brazos sobre el pecho como un muerto. Como si estuviera en un ataúd.

Él se los apartó suavemente y suspiró. Se inclinó hacia delante y colocó la mejilla sobre los senos y le acarició las nalgas ligeramente con la mano sujetándole las manos encima de la cabeza mientras lo hacía.

Wendy trató de hacer fuerza para levantarse de aquella posición recostada pero él la echó para abajo con el cuerpo. A la niña le llegaba el olor a cerveza y a *whisky*, a tabaco y a patatas fritas.

Ahora le plantó los labios sobre los suyos. Notó el sabor de aquella boca y lo empujó con asco apartando la cabeza de él. Intentando conseguir que la dejara en paz sin molestar a su madre.

Sabía que si su madre se enteraba de aquello se pondría hecha una furia.

Pero estaba arriba, en la cama, con la cara hinchada y magullada, y sus tres hijos pequeños todavía en casa de Doreen. Su madre podía dormir en paz sabiendo que estaban bien cuidados y Barry no podría hacerles daño.

Entonces, ¿por qué Wendy decidió volver a casa? ¿Por qué no se quedó con la tía Doreen? Sintió que todo aquello pasaba por su culpa, que ella era la responsable de todo. La pelea había empezado por sus discos, y esto otro lo había causado su presencia tumbada en el sofá medio desnuda.

—¡Por favor, papa, déjame! ¡Por favor, papa! ¡Para ya!

El aroma a cerveza se hizo más fuerte cuando intentó separarle las piernas. Wendy oía aquellos gruñidos animales y notaba el sabor salado de sus lágrimas silenciosas. Finalmente, reunió todas sus fuerzas y lo empujó tan fuerte como pudo.

Borracho como estaba, Barry se cayó a un lado y la niña salió corriendo como un rayo de la sala.

A mitad de las escaleras se cayó e hizo ruido. Se recuperó enseguida y al llegar a lo alto oyó que su madre la llamaba casi sin fuerza. Entró en el cuarto para calmar los miedos de su madre y le dijo que su padre había llegado borracho y se había caído. Barry subió las escaleras y cuando entró en el cuarto de su mujer, Wendy se fue al suyo y empujó la cómoda contra la puerta. Después se metió en la cama y por primera vez desde hacía años deseó que su hermano y sus hermanas estuvieran allí. Barry se derrumbó sobre la cama con su mujer y se quedó dormido inmediatamente. Solo algún farfalleo interrumpía sus fuertes ronquidos.

Wendy se quedó tumbada en la cama aterrada del hombre al que siempre había odiado. Todavía sentía aquellas manos en su cuerpo, notaba aquel aliento espantoso y la lengua que trataba de deslizarse en su boca. Tuvo una náusea y sintió que el vientre entero se le alzaba en protesta por la mera idea de lo que su padre había querido hacerle.

A su propia hija.

Capítulo 20

Wendy llevó a su madre una taza de té y unas tostadas. El padre había salido más temprano y estuvo esperando hasta que se marchara de casa antes de vestirse y volver a poner los muebles en su sitio.

Apenas había dormido en toda la noche. Cada ruido o cada movimiento la sacaba de su duermevela. Era como si su cuerpo entero estuviera en alerta roja. A la espera de que algo pasase.

Al mirar la cara de su madre, suspiró. Si le confesaba aquello, habría problemas, y mirando aquella cara y aquel cuerpo amoratados, decidió que su madre ya había tenido ración suficiente.

—¿Te encuentras mal, nena? —preguntó Susan con voz preocupada.

Wendy le replicó triste, con los grandes ojos azules marcados de dolor.

—Estoy bien, mami. De quien hay que preocuparse es de ti, es para echarse a llorar. Mira lo que te ha hecho otra vez. ¿No podríamos conseguir que se marchase para siempre?

Susan miró a su preciosa hija y sintió la inutilidad de su propia vida. Podía cocinar para sus hijos, y tenerlos limpios y protegerlos del mundo exterior. Pero en lo concerniente a Barry, no podía hacer nada. Asió la mano delgada de su hija con el anillo de oro infantil en forma de corazón apuntando a la mujer que se iba formando bajo sus ojos.

—Escucha, corazón, ese hombre te quiere mucho a su manera. Quisiera que las cosas fueran distintas, ya lo sabes, pero yo no soy capaz de obligarle a hacer nada que no quiera. Si los deseos fueran besos te ahogaría con todo mi amor, cariño, ya lo sabes. Lo único que puedo hacer es confiar en que todo salga lo mejor posible. Es lo que nos queda hacer a todos. Después se sentirá realmente fatal y todo volverá a ir bien una temporada, ya lo verás.

Susan sabía que sus palabras no tenían sentido, eran solo palabras. Pero deseaba desesperadamente hacer que su hija se sintiera mejor.

Cada respiración le costaba un triunfo, las costillas le hacían gritar de dolor. Pero tenía que fingir que no estaba demasiado mal. Que solo se encontraba algo indispueta. Que aquello, que te pegaran una paliza así, no era nada en realidad, solo otro día de júbilo en la vida de Susan Dalston.

—Échalo de casa, mama. Líbrate de él, por favor.

La voz de Wendy sonaba grave, preñada de significado y rota por las ansias de llorar.

Susan le apretó más la mano.

—No puedo, cariño. Ya sabes cómo es, mi amor. A la poli no le interesa, a nadie le interesa la gente como nosotras. Por eso quiero que tú tengas unos buenos estudios, que salgas de todo esto. Que tengas una vida como debe ser, entre gente civilizada y que hablan unos con otros y no emplean los puños como única opción.

Wendy se sintió tan invadida de amor por su madre que se lanzó sobre ella para abrazarla. La estrechó como si nunca más fuera a soltarla. Susan sintió aquel amor pero sintió también un insoportable dolor en las costillas con el abrazo de su hija.

La apartó con suavidad y le dio un tierno beso en la frente.

—Algún día se largará para siempre, te lo prometo. Pronto estará hasta los huevos de nosotras. Siempre pasa. Pero hasta que se digne marcharse, estamos jodidas, compañera.

Wendy sabía que las palabras de su madre eran ciertas pero con la exuberancia juvenil de cualquier chica joven creía que tenía que existir alguna manera de librarse de aquel hombre de una vez por todas. Siempre había una respuesta a cualquier problema, solo tenía que encontrarla.

—Quédate en la cama y descansa, mami. Yo cuidaré de los niños, hoy no iré a clase. Tengo que repasar, de todos modos.

Susan asintió sintiéndose mejor después de aquella pequeña charla. Cuando Wendy se incorporó Susan vio el cuerpo emergente, los pechos altos tan propios de esa edad, aquella hermosa cara que no podía creer que perteneciera a una hija suya.

Wendy tenía inteligencia, una buena inteligencia, y la utilizaría para mejorar su vida.

Susan estaba decidida a que así fuera.

Roselle oyó los golpes y chasquidos en su puerta y suspiró. Sabía quién era así que caminando indecisa por el pasillo dijo en voz alta:

—Márchate, Barry, antes de que llame a Iván y te quiten de en medio de una vez por todas.

—Déjame entrar, Roselle, tenemos que hablar.

Apoyada en la fría pared pintada de blanco del pasillo, Roselle tuvo ganas de llorar. La verdad es que Barry era un pedazo de mierda, un maltratador de mujeres, un matón violento, pero con ella no. Con ella nunca. Con ella había sido el hombre que tendría que haber sido siempre si las circunstancias hubieran sido distintas.

Pero una vez fuera de su órbita, había vuelto a convertirse en el Gran Macho. Era ridículo.

Cogió el teléfono y marcó rápidamente porque en el fondo sabía que tenía que hacer esa última ruptura.

A los cinco minutos llegaban dos hombres del garito de juego de Iván en la calle Dean. Miró por la ventana cómo amenazaban a Barry con unos bates de béisbol y le golpeaban duramente en una calle concurrida de Londres a primera hora de la tarde.

Nadie se interpuso, nadie llamó a la policía, a nadie le importó. Excepto a ella y quizás a Susan. Porque Susan se comería el marrón. Sería ella la que sufriera la revancha de su rabia y su furia. Roselle supo que sería así y esa idea la conmocionó, pero tenía que apartar del todo a Barry Dalston de su vida.

Él era su capricho, su debilidad por coger lo que deseaba cualesquiera que fueran las consecuencias.

¿Cómo era posible que la belleza de un hombre te hiciese olvidar tanto todo lo demás? Sabía que si volvía a mirarlo a los ojos tendría tremendas tentaciones de perdonarlo. Algo que sabía que nunca jamás tenía que hacer.

Al contrario que Susan ella tenía apoyos, gente que «arreglara las cosas» para ella de la única manera que las personas como Barry Dalston respetaban. Con violencia. Con buenos puñetazos, con bates de béisbol, y si era necesario puede que hasta con pistolas.

No obstante, telefoneó a la ambulancia cuando llevaba ya diez minutos tirado en el suelo. Después de todo, no había perdido su delicada sensibilidad.

June entró en la casa y sin decir palabra puso agua al fuego y miró en las alacenas de Susan.

—Parece que estás bien surtida, cariño.

Susan asintió. Estaba sentada ante la mesa de la cocina. Todavía se le veían morados en la cara pero a los cinco días de la última paliza por lo menos ya podía moverse. La pequeña Rose ya andaba torpemente por allí alrededor, abriendo armarios y jugando con las tapas de las cazuelas.

June la miró y sonrió.

—Es toda una princesita, ¿a que sí? ¡Mira qué ojos! ¿Quién es el cariñito de su abuela, eh?

Rose sonrió con una gran sonrisa sin dientes que derretía el corazón de cualquiera.

—Yo. Yo.

Su vocecita sonó como una codorniz y las palabras se le convirtieron en un sonido ronco que hizo reír a las dos con ganas.

—Bueno, Susan, ¿cómo está todo?

June sirvió el té. La falda negra ajustada y los tacones altos la hacían parecer mucho más joven de lo que era en realidad.

—Muy bien. Lo de siempre. Lleva casi una semana desaparecido así que hemos tenido un poco de paz y tranquilidad. ¿Por qué?

Conocía a su madre lo bastante bien como para darse cuenta de que si June jugaba a la abuela cariñosa solo podía ser por una razón. Estaba sin blanca.

—Si andas buscando dinero, estoy más seca que un corcho, madre, no tengo dinero ni para un helado.

Entonces June se giró hacia ella.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan jodidamente miserable, eh? Resulta que pensaba ofrecerte unas cuantas libras. Tu padre tuvo potra el fin de semana. Se fue a ver a los de las apuestas de Green Lanes en Ilford.

Se echó a reír al ver la expresión atónita de Susan.

—Sacó un buen ganador. De todos modos, pensé repartirlo un poco porque ya tenemos la Navidad a la vuelta de la esquina.

Puso cincuenta libras sobre la mesa de la cocina.

—Me las puedes devolver para Año Nuevo, entonces las necesitaré.

Volvió a reírse y Susan asintió con cansancio.

—Veremos qué tiene que decir Barry antes de que me las gaste. Para serte sincera, está otra vez sin trabajo. Pero confío en que encuentre algo pronto. Sigo cobrando el subsidio. No tengo más remedio, mama, ya sabes cómo es. Nunca sé dónde estaremos de hoy para mañana.

June asintió comprensiva.

—Igual que tu padre. Ya sé lo que dices. De todas formas, por lo menos ahora lo tienes otra vez aquí. Eso es un detalle.

Susan alzó los ojos al cielo.

—¡Oh, sí, es maravilloso, echaba de menos las palizas, las broncas, los cambios violentos de humor! Los críos se quedaron hundidos cuando se marchó, no podían acostumbrarse a la paz y la tranquilidad. Estuve a punto de mandarlos a las putas Malvinas para que pudieran seguir viviendo en una guerra constante.

June sonrió.

—Eres demasiado sarcástica, Susan.

—Bueno, si te digo la verdad, mama, desearía que él y el papa se cayeran muertos ahora mismo.

June dio un sorbito a su té y una calada a su Rothman's.

—Y que lo digas, joder. A mí también me gustaría que tu padre estirara la pata. ¡Viejo mamón! —se echó a reír—. Me acuerdo de una vez cuando eras pequeña que me hizo ver las estrellas en el mercado de Romford. Dijo que estaba mirando a un chorvo. Y claro que lo miraba, siendo como soy —dio una larga calada al cigarrillo antes de continuar—. Y era bien guapo, por cierto. Demasiado guapo en realidad, el jodido.

La voz de Susan sonó incrédula.

—¿Quién, mi papa?

Entonces June rio más fuerte.

—¡No, el otro maromo! Era turco o algo así, un cabrón moreno y muy guapo de ojos grandes —dejó perder la mirada en la distancia como viendo otros tiempos, otro lugar—. Me lo tiré, desde luego. Tu padre no se enteró, pero yo volví allí y me lo ligué. Era espectacular, el jodido. Todo músculos y piel color chocolate. A mí siempre me gustaron los morenos. Qué gracioso, ¿no? Me provocan algo, me hacen hervir la sangre. ¿Entiendes lo que te digo?

June se había puesto seria y Susan sintió la incómoda compasión que siempre acababa sintiendo por su madre y su búsqueda interminable de hombres.

—Saben tratar a una mujer como hay que tratarla, y agradecen que quieras estar

con ellos.

—Puede que entonces sí, mamá, cuando todo era nuevo para ellos, pero ya no. Te tratan igual que te tratan todos los hombres, supongo. No como Barry y el papa, pero sí como la gente normal trata a sus mujeres.

June asintió.

—Supongo que sí, pero en aquellos días me encantaban. Me encantaba ir de caza, ¿sabes? Me encantaba la sensación de ser alguien, de ir a alguna parte, de sentirme con una vida que vivir. Que era importante para alguien.

—Eras importante para Debbie y para mí, mamá.

June meneó la cabeza y agitó el cigarrillo diciendo que no.

—Quia. No eres querida a no ser que un hombre te quiera, nena, recuerda eso. Hacerse vieja es difícil, ¿sabes? Los hombres dejan de mirarte, no te hacen ni caso. Te ven demasiado vieja para ocuparse de ti. Y es duro cuando una vez fuiste una mujer atractiva. Que llamaba la atención.

Susan sonrió dulcemente.

—Bueno, mami, todavía estás mejor que yo, muchacha, siempre lo has estado y yo todavía soy una mujer joven. Pero nunca hice volver la cabeza a nadie. Nunca.

June se encogió de hombros.

—Siempre fuiste una niña fea, amorcito. Mala suerte en el sorteo, la verdad. Si Debs hubiera tenido tu cabeza habría podido llegar lejos. Era resultona, realmente no tenía un buen cuerpo que digamos, pero el suficiente para llegar a donde quisiera. Y mírala ahora, empantanada allí en Reinham y sin niños ni nada. Se ha quedado en una jodida mula desgraciada. ¿Has sabido algo de ella?

Susan meneó la cabeza.

—Jamesie está en ello, lo he oído decir por ahí. Ya sabes que su novia ha tenido un crío. A Debs debe haberle dolido. Para serte sincera, mamá, ser estéril debe ser terrible.

—¡Sobre todo cuando has decidido cargar con un imbécil como él! Nunca me gustaron los irlandeses. Mira lo que han causado, todos esos malditos católicos de allí. Bombas y demás... No sé a dónde vamos a ir a parar.

Susan tuvo ganas de reír ante la ignorancia de su madre, pero se contuvo. June era June y no había nada más que decir.

—¿Vendrás al *pub* esta noche?

Susan meneó la cabeza.

—No lo creo, mamá. La verdad es que no puedo permitírmelo y los críos me necesitan aquí.

—Déjalos con el chico de Doreen o que esa jodida de Wendy se quede con ellos. Le sentará bien echarte una mano de vez en cuando.

June le tenía una tirria a Wendy que a Susan le sentaba mal.

—Se está convirtiendo en una belleza, mami. ¡Tendrías que ver el cuerpo que tiene!

June se encogió de hombros.

—No le servirá de nada si no lo usa, nena.

Susan miró a su madre a los ojos.

—¿Cómo tú, quieres decir, mami? ¿O deberíamos decir si no se lo usan? Hay dos maneras de verte y de ver tu vida.

June se encogió de hombros.

—Como tú quieras, pero acabará mirándonos por encima del hombro a todos, recuerda mis palabras.

Susan se rio entonces con una risa fuerte y vengativa.

—Ojalá lo haga, joder. Quiero que ella y los otros tengan algo mejor que lo que tuvimos nosotros.

De pronto June pareció ofenderse.

—Contigo y con Debs lo hice lo mejor que supe.

Susan se rio otra vez.

—Eso quería decir, mama, eso es exactamente lo que quería decir.

Finalmente fue Doreen quien convenció a Susan de que fuera al *pub* aquella noche. Tenían una gran fiesta con música en vivo. Susan se arregló la cara a base de maquillaje y se puso su ropa buena, un vestido y una chaqueta de Mark's & Spencer. Doreen y ella dejaron a Wendy al cargo.

A Susan las costillas seguían molestandole, pero quería salir, ver gente, pasárselo bien. Y Doreen la convenció de que el mejor modo de hacerlo era ir a la taberna con toda su familia y amigos.

Se alegró de haber ido. Hasta Debbie había aparecido. Gorda y triste, llevando a remolque a un Jamesie con aspecto deprimido y luciendo los restos de un ojo morado bien visibles en su cara de pan. Las dos hermanas se sentaron juntas y Susan tuvo que escuchar a Debbie despellejar sistemáticamente a todo el mundo. Sobre todo a las que sabía que Jamesie les había ido detrás a lo largo de los años.

El *pub* bullía con gente de todas las edades, la música era buena, fuerte y para bailar. La bebida corría con rapidez.

En conjunto, la típica noche fuera del East End.

Las mujeres se sentaban juntas, los hombres se quedaban en la barra. Fuera, sobre el murete, se sentaban los más jóvenes que bebían coca-cola y comían patatas fritas, y se jugaban besos a las prendas y se peleaban.

Aquello no había cambiado mucho desde que Susan era pequeña.

Era donde se sentía segura.

Después de unos cuba-libres se sintió relajada. Sintió que la tensión abandonaba su cuerpo y la preocupación se le iba poco a poco de la mente. Doreen hacía el payaso como siempre y todo el mundo se reía. Hasta Debs se relajó y empezó a disfrutar. Cuando la banda se arrancó con otro viejo número de los Beatles, Susan

deseó encontrarse lo bastante bien como para unirse al baile. Pero se conformó con tocar las palmas e ir cantando la canción. Luego June y su padre empezaron a bailar el *twist* y todos los miraban animándolos y azuzándolos.

Riendo como si no tuviera preocupación alguna en el mundo, Susan se unió a las palmas y los gritos. El diez de octubre de 1983 era una noche que iba a recordar por más de una razón. Por primera vez desde que Barry había vuelto a casa se sintió ligera, sin preocupaciones, casi infantil.

Entonces se fijó en Peter White y lo saludó con la mano al otro lado de la barra. Él le devolvió el saludo y vio cómo iniciaba el camino entre el tumulto para ir a hablar con ella.

—Le gustas, Sue.

Susan hizo un gesto con la mano ante su hermana.

—No seas boba. Nos conocemos de años atrás, cuando todos éramos unos críos. Saluda por educación.

Debs se rio con una risa grave y picante.

—Quiere ser un poco más que educado, muchacha, recuerda mis palabras. Siempre está preguntando por ti.

Sue alzó los ojos al cielo.

—Solo quiere ser amable, Debs, nada más. Y ahora cambia de tema, joder.

Peter sonrió a las dos y saludó con la cabeza a las otras mujeres de la mesa. A Susan le encantó el detalle. Todo el mundo la miraba hablar con aquel marinero tan presentable que estaba libre y de aspecto agradable, bien vestido y que solo parecía tener ojos para ella.

—Cuánto tiempo sin verte, Susan, ¿cómo te va la vida?

A Peter le brillaban los ojos verdes y Susan se rio como una adolescente.

—Igual que siempre, colega, ¿y a ti? ¿Ya has encontrado una buena chica?

Peter, con unas cuantas copas en el estómago, se sintió lo bastante audaz como para decirle a la esposa de Barry Dalston:

—Todas las mejores están ocupadas, incluida tú, chica.

Susan se ruborizó. La cara se le puso de un tono rosa subido y la madre gritó para que lo oyera todo el *pub*:

—¡Eh, mirad! ¡Mi Susan ha conquistado a uno! ¿Qué te ha preguntado, muchacha, la talla del sostén?

Todos se echaron a reír, Peter incluido.

Susan meneó la cabeza y gritó para sobreponerse al barullo:

—No le hagas caso, Peter, es una burra.

Pero ahora el ruido era demasiado fuerte y ya no podían oírse unos a otros. Le dijo por señas que iba a buscar una copa y se alejó de ella. Ruborizada y feliz, Susan miró a su hermana y sonrió.

—Dios mío, creo que tienes razón. ¡Le gusto!

Debbie dio un trago a su Pernod con grosellas y dijo punzante:

—Bueno, debe gustarle tu personalidad, es lo más que puedo decir.

Susan sintió que le desaparecía la euforia y respondió a su hermana de modo semejante:

—Bueno, no hay miedo de que tú le gustes a alguien por esa razón, ¿no es cierto, zorra desagradable?

Debbie se puso de pie titubeante.

—En eso tienes razón, Susan, pero a mí no me gustaría gustarle a nadie por eso. Porque eso quiere decir que eres demasiado fea para gustarles de otra forma, ¿a que sí?

Se alejó hacia la barra y Susan la vio acercarse a Peter y pasarle el brazo alrededor de los hombros. Le dio un beso y un apretón. Ver aquello la deprimió.

Doreen se sentó en el asiento que ocupaba Debbie y le dijo a Susan al oído:

—Mírala, esa zorrita gorda. ¡Como si a alguien pudiera gustarle eso si no se ha tomado drogas alucinógenas!

Las dos se echaron a reír tan fuerte que todos se volvieron a mirarlas. Debbie también las miró. Supuso que las risas eran por ella y se apretó más contra Peter y le sacó la lengua a su hermana.

Susan le hizo el gesto de la masturbación y Doreen y ella volvieron a partirse de risa.

—Apuesto a que de eso en el barco se hace un montón; de pajas, quiero decir.

—Cállate, Dor, es un hombre realmente encantador.

Doreen asintió.

—Ya lo sé, compañera, ¿por qué no será él tu hombre, eh? Piensa en la vida que hubieras tenido con él. Siempre embarcado, y viéndolo solo de vez en cuando. Dinero fijo, y viviendo tu propia vida mientras él no está. Que me jodan si no salgo yo también detrás de él.

Susan sonrió.

—Yo no le gusto. Simplemente le caigo simpática. Como amiga, nada más.

Había un tono nostálgico ahora en su voz y se quedaron un rato sin hablar, embebidas ambas en sus propios pensamientos. Preguntándose ambas cómo sería vivir con alguien al que le gustabas de verdad.

Entonces vieron que apartaba a Debbie de un empujón en la barra y la risa de ella cuando casi se cae, sus piernas gordas y cortas como palos de *cricket* sobre aquellos tacones de altura imposible.

—¿Sabes qué? La veo allí y es igual que mi madre, ¿no lo crees, Doreen?

Doreen asintió convencida.

—Es que es tu madre, compañera —dijo—. Solo que una versión más bajita, más joven y más vengativa. No quisiera ser como ellas ni por todo el té de la China. No son mujeres, son parásitos.

Susan asintió para mostrar su acuerdo pero volvió a sentirse deprimida.

—Quiero irme a casa ya, me ha agitado la noche.

Doreen alzó el vaso vacío y reprendió a Susan.

—No dejes que note que te ha molestado, es que está celoso. Tú eres una persona estupenda, Susan, y eso nunca te lo podrán quitar. No te olvides, socia. Tenlo siempre presente. Y ahora cierra la boca y siéntate ahí y espera que voy a buscar otro par de dobles más.

Como de costumbre, Susan hizo lo que le decían.

Barry estaba de mal humor y estaba colocado. Había pasado por casa de una pajarita de Manor Park. Christine Carvel, treinta años, madre de cinco hijos. Todavía le quedaban restos de su antigua belleza, un cuerpo rollizo pero el mejor carácter que ninguna mujer tuvo nunca.

Chrissy lo veía todo en términos de glorioso disfrute.

Los seis días que habían pasado desde su ataque a Susan, Barry los había pasado allí, tratado a cuerpo de rey, un visitante a mesa y mantel hasta que volvió a sentirse como de costumbre.

Chrissy le había dado la cocaína y las anfetaminas que tenía y le lio unos pocos canutos para hacerle bajar. Cuando por fin volvió a tener la cabeza en su sitio se marchó prometiéndole que volvería pronto y le compensaría su buen trato.

Chrissy estaba acostumbrada a ser usada por hombres como Barry. Sabía que en algún momento le darían unas pocas libras y unas cuantas drogas en compensación. La gente acudía a ella cuando necesitaban disponer de una cama para una noche o una semana si andaban ocultándose de la bofia o de esposas o novias cabreadas. Disfrutaba de la compañía y la aceptaba tal como era. Y por tanto eso nunca implicaba sufrimiento y tampoco nunca lo causaba.

Sus hijos eran de todos los colores del arcoíris y los adoraba a todos. Pero no podía resistir las caras guapas, especialmente una tan guapa como la de Barry Dalston. Lo había metido en su cama y se habían pasado unos cuantos días de los buenos. Y ahora que él se iba corriendo lo dejaba ir con una sonrisa y un billete de cinco.

Así es como era ella.

Barry la dejó con una gran sonrisa y un herpes bastante grave. Pero eso ella tardaría un tiempo en saberlo.

Cuando se metió en su casa ya andaba irritado. El sulfato y el driminal lo hacían sentirse paranoico, estaba convencido de que Roselle y Susan habían estado conspirando contra él. En el piso de Chrissy vivía en un mundo de fantasía, de cortinas cerradas, buena música y camaradería. Pero fuera, en el mundo real, ya no sentía tantas buenas vibraciones de aquella mujer encantadora. Barry Dalston sufría ahora de la Puta Paranoia, como los drogadictos llamaban a una mala bajada.

Wendy, tumbada en el sofá después de meter a los pequeños en la cama, oyó su llave en la cerradura y se quedó helada. Cuando Barry entró en la sala ya estaba de

pie junto a la puerta de la cocina. Barry la miró, vio el miedo en su rostro y se sintió aplacado. Por lo menos su hija comprendía con quién se las tenía.

—¿Dónde está tu madre?

Wendy se encogió de hombros.

—Ha salido, pero volverá pronto.

Sabía que era mejor no decir que Susan había ido a la taberna hasta ver de qué humor estaba su padre.

Barry imitó sus gestos y su voz pero ella no le contestó.

—¿Qué quieres decir con que ha salido? No creo haber dicho nunca que podía salir, ¿o sí?

Wendy se dio cuenta de que estaba descontrolado e intentó aplacarlo.

—¿Te hago un poco de té, papa? —le preguntó—. ¿Quieres algo de comer?

Barry no le hizo caso. Se sentó en el diván y sacó un paquetito de papel de plata.

Lo dejó en la mesa y le dijo a Wendy que le trajera el espejo de la cocina. Hizo lo que le mandaba y Barry empezó a cortar el sulfato sobre el espejo. Usaba una hoja de afeitar para picarlo hábilmente hasta hacer un polvo fino. Cuando quedó satisfecho lo dividió en cuatro líneas gruesas, les dio buena forma. Cada uno de los sonidos se amplificaba en el silencio de la habitación.

Luego, enrolló un billete de cinco y aspiró dos de las rayas, una después de la otra. Mantuvo la cabeza hacia atrás y carraspeó al sentir la primera quemazón en la garganta.

Después miró a Wendy.

—¿Quieres probar un poco? Tómate tu primera raya con tu papi, ¿eh? —parecía casi cordial.

Wendy movió la cabeza violentamente.

—Yo no toco las drogas —dijo con voz de condena que lo enfadó.

—Yo no toco las drogas —la imitó una vez más—. Eres una pequeña zorra estirada.

Wendy se preguntó qué podía hacer. No se atrevía a dejar a los pequeños con él. En su estado de ánimo, si cualquiera de ellos se despertaba era muy capaz de darle una gran paliza. Y entonces su madre la mataría. Estaba pillada entre la espada y la pared, como de costumbre.

—¿Qué veías en la tele?

—Nada. Estaba repasando.

Barry movió la cabeza lentamente como si estuviera demasiado espeso como para entender de qué le hablaba.

—Ah, ya entiendo. Estaba repasando. Como es tan lista estaba repasando —hablaba como si hubiera alguien más en la habitación; cogió el libro que leía Wendy—. ¿Las uvas de qué?

—La ira. *Las uvas de la ira*. Es una novela de John Steinbeck.

—A ese no le conocen ni en su casa, cojones.

Tiró el libro al suelo.

—Ven aquí a sentarte con tu papa y dale un abrazo.

Wendy siguió junto a la puerta. Él se quedó mirándola por unos momentos.

—Te he dicho que vengas aquí —señaló el suelo entre sus piernas—. Así que ven aquí. ¡Ahora mismo!

La voz era casi un rugido. Wendy se acordó de sus hermanos y fue hacia él. Él la puso entre sus rodillas y la observó.

—Ahí. No era demasiado difícil, ¿verdad?

La había cogido de las manos y ella quería soltarse de él y marcharse corriendo de la casa, pero no podía.

—Estás creciendo mucho, nena, mira qué tetas tienes ya. Tu madre era así, a punto y preparada para la acción. Apuesto a que todos los chicos quieren salir contigo, ¿a que sí?

Wendy asintió.

—Pero yo no quiero salir con ellos —dijo—. Yo quiero ir primero a la universidad. Y quiero viajar por el mundo algún día.

Para ella era importante que él supiera cómo era de verdad. Que la entendiera y que entendiera sus necesidades y deseos. Pero Barry se echó a reír.

—¡Eso ni lo sueñes, joder! Acabarás igual que todas las demás. La barriga llena de críos y casada con cualquier gandul de mierda. Tu madre ya tenía esas fantasías hace años. Bueno, pues yo se las quité rápidamente de la cabeza y te las quitaré a ti.

Wendy se mordió el labio.

Barry contempló la cara de su hija. La verdad es que era una chica muy guapa. Era igual que Susan si Susan hubiera tenido estrella. Un pelo precioso, espeso y oscuro, como una aureola castaña en torno a la cabeza. Y parecía ya mayor de lo que era. De dieciocho, quizás. Tenía el cuerpo de una mujer, desde luego, con pechos grandes y piernas largas. Era como una Joan Collins en joven. Toda pómulos marcados y ojos lánguidos.

Entonces notó su tirón, el atractivo de su juventud.

Supo de inmediato que se la iba a llevar algún jovencuelo de manos ásperas y sucias y aliento a nicotina. Algún mierdecilla que la liaría a base de labia para que se tumbase boca arriba para él. Barry sabía exactamente lo que iba a pasar. Dios sabe que lo mismo había hecho él bastantes veces.

Se la sentó sobre las rodillas.

—Dale un beso a tu padre.

Wendy trató de levantarse otra vez y él se rio mientras peleaba con ella.

Al principio solo iba de broma. Pero la sensación de su cuerpo añadió un estímulo a la broma. La agarró de los pechos y entonces ella empezó a pelear de verdad. Notaba las manos de él por todo el cuerpo, lo sentía reírse de ella y de sus intentos por escapar de sus garras. Le metió un codazo en el estómago, un golpe violento que tuvo bastante fuerza para derribarlo sobre el suelo.

Barry aterrizó pesadamente sobre el codo haciendo volar por el aire la mesita de centro. Tazas de café vacías y pequeños adornos baratos quedaron aplastados. El mayor orgullo de Susan, un gran cuenco de cristal donde ponía las frutas y los dulces en Navidad, quedó hecho añicos.

Wendy se puso de pie y echó a correr, pero como tenía que pasar por encima de su padre él la agarró del tobillo al pasar y la hizo caer de bruces en el suelo. Aterrizó con fuerza sobre los cristales rotos y lanzó un chillido al notar que un trozo se le clavaba en la rodilla.

Para entonces su padre ya estaba encima de ella, sentado con todo su peso sobre su barriga mientras le daba tres cachetes en la cara.

—Estate tranquila, joder, no seas tonta, zorrита.

Alzó las caderas en un intento por quitárselo de encima otra vez.

—Déjame en paz, papa, deja que me levante.

Hablaba con los dientes apretados y al mirar a su hija Barry se dio cuenta de que en realidad no le daba miedo. Estaba asustada de lo que creía que iba a hacerle, no de él como persona.

En su furia inducida por las anfetaminas, le pareció que aquello estaba mal. Que por lo menos le debía un respeto.

—Eres como tu madre, Wendy, te crees que eres mejor que yo. Todas os creéis que sois mejores que yo. Tú, Roselle, la jodida de tu madre. Todas os pensáis que sois algo especial solo por ser mujeres. Todo porque tenéis esa jodida raja entre las piernas.

Acercó la cara a la de ella.

—Pues bueno, no lo sois. Alguien me dijo una vez que cómo se puede confiar en alguien que se pasa una semana al mes sangrando y no se muere. Pues bueno, tenía razón. Sois todas unas jodidas zorras, perversas. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Qué, lo entiendes?

Se lo decía dando voces y la niña empezó a llorar al oír sus palabras.

—Por favor, papa, por favor... deja que me levante. Me haces daño. Me estás haciendo daño.

Se quedó mirándole la cara, aquella hermosa cara, tensa y blanca. Era su hija, carne de su carne, su propia sangre. ¿Pero lo era de verdad? ¿No sería tal vez producto de Joey y de su propia hija? En su paranoia esa idea se impuso de tal modo que le permitía justificar lo que quería hacerle. El acto sexual era el sistema de Barry para castigar mujeres. Podía plantar su semilla, dar rienda suelta a su lujuria, hacer que las mujeres se sintieran degradadas. Hacerlo bueno o malo para ellas dependiendo de cómo se sintiera.

Pensó en cuando nació la niña, en los problemas que le causaba con tanto llanto y tanta rabieta. A partir de ella Susan ya no tuvo tiempo para dedicarle a él ni a nadie más que no fueran sus jodidos hijos.

Les iba a dar a todos una buena lección. A Wendy, a su madre, a su mujer, hasta a

Roselle. En su mente ofuscada pensó que con lo que iba a hacer ahora incluso a su amante se la daría.

Puso las manos sobre los pechos de su hija y se puso a masajearse los, un movimiento brutal que la hizo retorcerse ante sus ojos.

—Eres una guarra, justo igual que tu madre...

Wendy sollozaba histérica y exclamó desesperada:

—¡Papa, por favor! Deja que me levante. Estoy sangrando, me he hecho daño...

Barry se rio.

—Yo no soy tu padre, tu padre es Joey, cariño, que es el padre de todos vosotros. Tu madre estuvo años tirándose a su propio padre. Así que él no es tu abuelo. Es tu padre. Y no yo. Rosie es mía, pero solo ella. Todos los demás me dais asco.

Wendy se quedó callada al escucharlo. Estaba segura de que Barry se creía lo que le decía. Wendy sabía lo de la tortuosa relación entre su madre y su abuelo. Había visto a June mostrarse celosa algunas veces si los dejaban a solas juntos. El abuelo también era bueno a la hora de dejar sueltas las manos con sus nietas.

—Sois todos una mala mezcla, muchacha. Sois todos de la misma sangre, como los putos duelos de banjos.

Alana y el pequeño Barry estaban en la puerta y lo miraban. Sus ojos se cruzaron con los de los dos niños clavados en el marco de la puerta. Barry llevaba un osito de peluche en los brazos, un juguete cochambroso cubierto de migas de galleta pegadas. Susan tenía que quitárselo de vez en cuando mientras dormía para lavarlo.

Barry, en algún lugar de su confusión mental, comprendió que esa vez había ido demasiado lejos. Pero las drogas le habían dado una sensación de omnipotencia que podía con todo.

La expresión abrumada de su hija le daba la seguridad de que lo que hacía estaba bien.

—Vosotros dos volved a la cama, o si no os vais a enterar.

Fingió que se levantaba y los críos salieron corriendo escaleras arriba donde Rosie lloraba acostada en su cuna preguntándose qué era todo aquel ruido y por qué no estaba con los demás metida en el ajo como de costumbre.

Wendy vio la cara de su padre acercarse a la suya e instintivamente le dio un mordisco. Le clavó los dientes hasta el pómulo, el mismo pómulo bien tallado que había heredado de él. Le mordió tan fuerte como pudo y al hacerlo notó el sabor de la sangre de él y de su propio miedo.

Entonces, Barry le pegó. El dolor y la ira se habían entremezclado para enloquecerlo. Los gritos aterrorizados de Wendy se oían por toda la casa. Rosie estaba sentada en la cama con Barry y Alana y todos escuchaban el estruendo que se oía abajo.

Como los gritos animales de dolor y de susto de su hermana iban *in crescendo*, el pequeño Barry se tumbó en la cama y se tapó la cara con el osito hecho trizas. Todos estaban llorando menos Rosie, que había descubierto en el suelo una galleta a medio

comer y la señalaba con el dedo intentando que Alana entendiera exactamente lo que quería. Por primera vez en su corta vida no le hicieron caso porque Alana estaba sentada, muda, llorando en silencio al imaginar con precisión lo que sucedía abajo en la sala.

—¿La has visto? Dios mío, creí que me moría de risa.

Susan y Doreen volvían a casa andando desde el *pub*.

—No puedo creer lo que hizo, ¿y tú? O sea, quiero decir, imagínate a ti exhibiéndote de ese modo. Y encima por un mierdecilla como él.

Doreen y Susan volvieron a desternillarse de risa.

—De todos modos, es su marido. La verdad es que el punto de vista de Debbie se entiende. ¡Jesús, menudo puñetazo le dio a esa tía! Lo sentí yo, y eso que estaba al otro lado del bar.

Susan asintió.

—Pobre Debbie —dijo—. Es el tipo de hazaña que se montaría Barry, invitar a su amante una noche que sale con su mujer. La verdad es que la chica me da pena. Ya sé que a veces es una mula, pero oye, Dor, quiero decir, qué cabronada hacerle eso.

Estaban ya en el camino de la parte de atrás de sus casas.

—Voy a ver qué han hecho mi cuadrilla y luego te doy un toque por si te apetece tomarte un té.

—De acuerdo, Doreen. Danos diez minutos para arreglarnos y luego vienes.

Susan entró por la puerta trasera y se quedó sorprendida al ver a sus cuatro hijos sentados ante la mesa de la cocina. Una mirada a la cara de Wendy le dijo todo lo que necesitaba saber.

—¿Dónde está? —preguntó con voz grave y tensa.

Cogió dulcemente la cara de su hija entre las manos y observó las marcas y los cardenales que tenía.

—¿Qué ha pasado? ¿Estaba borracho?

Wendy asintió y luego habló en tono triste, con voz ronca como si no la hubiese utilizado desde hacía años.

—Y había tomado drogas, mama. Estaba como loco. Me hizo... me hizo...

No pudo terminar la frase y Susan, al ver la sangre en la bata de la niña supo exactamente lo que le había hecho.

—Me dijo que estaba bien porque él no era mi papa. Dijo que el abuelo era mi papa —Wendy ahora sollozaba y los hombros se le estremecían a cada palabra.

Los otros niños estaban callados, como si supieran que había sucedido algo extraordinario. Hasta la pequeña Rosie estaba sentada en silencio en el suelo, comiéndose una galleta, sin expresión en la cara y los ojos clavados en la cara de su hermana.

Susan sintió que su cuerpo se quedaba sin aire al comprender qué le había

sucedido exactamente a su adorada hija.

Ella había pasado por lo mismo, conocía el asco de sí misma que su hija sentía en lo más profundo, conocía el dolor de saber que el hombre que debía protegerte te utilizaba como ningún hombre debería utilizar a una mujer, ni siquiera a una prostituta pagada. Conocía la rabia y la sensación de inutilidad que había en el corazón de su hija al intentar comprender de algún modo lo que le había sucedido. Sabía que eso la acosaría toda su vida, estropearía cada uno de sus días buenos al venirle el recuerdo de lo que le había pasado.

Sabía que eso la haría sentirse sucia por dentro. Que nunca más volvería a ser la niña que había sido porque esa niña se había esfumado. Y nunca regresaría. Ni volvería a tener confianza. Después de todo, en quién ibas a tener confianza si no podías tenerla en quien era de tu propia carne y de tu propia sangre.

Entonces llegó Doreen con una gran sonrisa en la cara hasta que vio la escena que tenía delante. Su pelo rubio teñido y la gruesa sombra de ojos azul se veían falsas en la cocina tan iluminada; el top ajustado y los tacones altos la hacían parecer otra cosa. Un *look* de muñeca Barbie que se le adecuaba de un modo fingido, plástico. Los labios rojo brillante estaban abiertos del susto y el horror de ver cómo estaba la niña que tenía delante.

—Oh, Sue, ¿qué ha hecho ahora?

Susan sintió que empezaban los temblores. Ese choque terrible que la hacía sentirse como si se moviera dentro del agua. Se volvió hacia su amiga.

—Llévatelos tú a todos, por favor, ¿quieres? Llévatelos a tu casa e instálamelos allí. Yo ahora tengo que ocuparme de él. De una vez por todas, tengo que ocuparme de ese cabronazo.

Lo dijo en voz tan baja que parecía que tuviera miedo de que él la oyera.

Doreen meneó la cabeza.

—Llama a la poli, que se lo lleven...

Susan la interrumpió.

—Cómo, ¿cómo siempre lo hacen, Dor? ¿Encerrarlo a pasar una noche y luego mandarlo a casa por la mañana? No, llévate a los tres pequeños, yo quiero hablar con Wendy a solas —miró a su amiga y Doreen asintió con cara ausente.

—Lo que tú digas, Sue —cogió en brazos a Rosie y los otros dos la siguieron sin abrir la boca como si supieran que iba a pasar algo que no debían ver.

Cuando se hubieron ido, Susan tomó a su hija entre los brazos y le dio todo el cariño de que fue capaz. Le acariciaba el pelo y le susurraba cariños al oído. Recordaba la reacción de su madre cuando aquello le había sucedido a ella. La brutal falta de cariño de June. Las palabras no dichas con las que le había dicho claramente que todo era por su culpa. Que ella lo había propiciado.

—Es un cerdo, Wendy. Un jodido cerdo, un cochino apestoso, y tú no tienes ninguna culpa de lo que te hizo, amorcito. Pase lo que pase, no te olvides de esto, ¿de acuerdo?

Wendy asintió con una cara tan triste que Susan sintió una rabia tan feroz que casi notaba su sabor en la boca.

—¿Es verdad eso que dijo, mami? ¿El abuelo es mi papa?

Susan la apretó más contra ella pero no le respondió.

—¿Dónde está?

—Arriba. Está arriba. En la cama.

Susan salió corriendo de la habitación y subió las escaleras. Barry estaba atravesado en la cama, traspuesto. Vio a su lado la botella de licor de cerezas que debía haber encontrado en la alacena del cuarto de estar. Estaba vacía.

Volvió a bajar las escaleras y miró a su hija. Las dos se miraron a los ojos y luego Wendy rompió a llorar. Susan la tomó entre sus brazos y la consoló de nuevo.

—No importa, no lo olvides. Nada de todo esto importa. Yo lo sé bien, amorcito. He pasado por donde tú estás pasando, cariño, y no importa. Eso no cambia lo que de verdad eres. Mi Wendy, mi angelito. Solo puede cambiarte si tú lo permites.

Diez minutos más tarde, después de que las dos terminaran de llorar, Susan la acompañó a casa de Doreen. Le dijo a su amiga que le mirara las heridas y luego la llevase a casa de la abuela Kate y le explicara la situación. Que Barry había pegado una gran paliza a su hija y Susan quería que no anduviera por allí esa noche.

Doreen asintió, preguntándose cuál sería el resultado final de todo aquello. No era idiota y sabía que Barry había hecho algo mucho peor que pegarle a la niña.

Luego, de vuelta a su casa, Susan se puso un abrigo y fue andando a la cabina de teléfono de la esquina. Llamó a Roselle al club y le preguntó si Wendy podía estar allí unos días porque había habido problemas con Barry. Al oír su tono de voz, Roselle accedió.

Era como si todas las mujeres de la vida de Barry hubieran decidido conspirar contra él. Y así era, por supuesto.

Luego, cuando estuvo otra vez en casa, Susan puso agua a calentar y se preparó una taza de café. Mientras esperaba a que hirviera salió al vestíbulo. Después de mirar cuidadosamente el armario de debajo de la escalera encontró un martillo grande. Lo puso sobre la mesa, se bebió el café y se fumó un cigarrillo.

Echó una mirada a su hogar, aquel lugar que tanto amaba cuando Barry no estaba en él.

Amaba las puertas rascadas por las bicicletas, los juguetes y las motos de cuatro niños. Amaba el empapelado de las paredes de la cocina con sus imágenes de cuencos de fruta y verduras. Amaba la vieja mesa de formica con sus marcas de años de cortar rebanadas de pan para los sándwiches de los niños. Amaba el linóleo azul gastado del suelo y los tazones descascarillados del mercado.

Era su hogar, no el de Barry. El refugio que había tratado de crear en medio del completo caos que era su vida con un hombre que era incapaz de ver nada que no fuera lo que él quería y necesitaba.

Cogió el martillo, cruzó lentamente la casa guardando en su mente todas las

imágenes y los olores hasta que por fin entró en el dormitorio en busca de su marido. Su pareja legal que estaba tumbado en la cama con la cara mordida y arañada por su propia hija. Esa niña de la que había abusado como un animal. Oh, sabía bien lo que tenía que haber sido para Wendy porque ella lo había experimentado por sí misma en muchas ocasiones.

Miró a su marido allí tumbado y sintió un odio tan intenso que tuvo la sensación de que podría asesinar al mundo entero si tuviera que hacerlo para así proteger a sus hijos.

—¿Sabes qué has hecho esta vez, Bal? La has poseído con tu cuerpo enfermo, como si no valiera nada, nada en absoluto. Espero que te mereciera la pena, te lo digo, estés donde estés. Espero que tuvieras la sensación de que merecía la pena. Lo único que desearía es que ahora pudieras sentir esto de verdad, borracho cabrón. Que pudieras mirarme a la cara y sentir el miedo que sintió tu hija.

Susan alzó el martillo por encima de su cabeza y lo hizo caer sobre el cráneo de Barry con toda la fuerza de que fue capaz.

Repitió el movimiento más de cien veces hasta que no quedó nada de él. Por lo menos nada reconocible.

Barry Dalston había desaparecido para siempre.

Susan estaba toda salpicada de sangre, huesos y sesos. Salió andando con calma de la habitación y fue a prepararse otro café, y después se fumó otro cigarrillo. Entonces, cogió el abrigo viejo, caminó hasta la cabina de teléfono y llamó a la policía.

Doreen la miraba desde la ventana de su dormitorio y sintió que una lágrima le caía de los ojos al comprender lo que había hecho su amiga. Pero al contrario que el resto del mundo ella sabía por qué lo había hecho.

Nunca nadie sabría la auténtica razón. Por lo menos no la sabría por ella. Susan solo había querido proteger a sus hijos, como haría cualquier madre decente.

Cuando llegó la policía ya los tenía a todos metidos en la cama y durmiendo. Salvo Wendy, que esperaba pacientemente en casa de su abuela a que Roselle la recogiera y se la llevase hasta que le desaparecieran las señales y pudiera enfrentarse al mundo sin revelar exactamente lo que le habían hecho.

Libro tercero 1985

No hay tiempo como el presente

SEÑORA MANGLEY, 1663-1724 *El amante perdido (The Lost Lover)*, (1696).

*De casarse con prisas y arrepentirse a placer;
De no gustar la persona pero gustar su tesoro*

ELIZABETH THOMAS, 1675-1731

Lo que está hecho no se puede deshacer

WILLIAM SHAKESPEARE, 1564-1616 *Macbeth*, (1606).

Capítulo 21

Susan se despertó con el ruido de la prisión. Fue un despertar extraño, un golpe en una puerta, un grito y luego una escandalera. Al abrir los ojos vio a su nueva compañera de celda mirándola. Matty Enderby, con el pelo immaculado, la cara limpia y las cejas muy depiladas, le sonreía amable.

—¿Nos encontramos mejor esta mañana?

Tenía una voz ronca, el tipo de voz que se espera de una reina del porno. Grave, sexy y apuntando un atisbo de promesa.

—Que te den —la voz de Susan sonó aguardentosa por el sueño y el tabaco. Tosió con aspereza haciendo que Matty se echara atrás asqueada.

—¿Quieres que te traiga una taza de té?

Susan asintió.

—Tengo la boca como la bragueta de un viejo verde.

Matty volvió a echarse atrás y Susan se rio.

—Ya veo que eres una presa muy elegante, así que tendré que moderar mi lenguaje. En otras palabras, date el piro y tráeme té.

Matty salió de la celda y Susan se sentó en su litera.

Tenía un aspecto horrible y se sentía horrible.

Se bajó de la cama, cogió una toalla y una pastilla de Camay. Luego, se miró en el espejito sujeto en la pared encima de la pila y se sacó la lengua. Tenía una pinta feísima y así se sentía. Por dentro y por fuera.

El pelo, que nunca había sido su mayor atractivo, le colgaba sin vida sobre los hombros. Parecía que se le había esfumado el color por falta de sol. Tenía la piel enrojecida de dormir y la barbilla como un refugio de espinillas y la nariz llena de escamas.

Solo los ojos parecían estar vivos y eran los ojos de una extraña. Alertas, brillantes, repletos de sabiduría y problemas.

Matty volvió con las tazas de té y puso la de Susan sobre la mesa de al lado de la puerta.

—Aquí dentro huele fatal.

Susan asintió.

—Disculpa, pero esta noche he sudado como una cerda.

—Soñabas, murmurabas y resoplabas.

Susan sonrió.

—Y conociéndome, probablemente me tiraba pedos también. Las judías nunca han sido mi comida favorita.

Sabía que hacía que las otras mujeres se sintieran incómodas y no le importaba. Después de la estancia en Durham, lo último que necesitaba era que la encerraran en una celda con una zorra finolis como aquella Matilda Enderby. ¿En qué estarían pensando?

En vez de carteles de hombres desnudos con aparatos del tamaño de bates de béisbol, estaba en una celda con carteles de cuencos de fruta y mujeres vestidas a la antigua merendando sobre la verde hierba de la orilla.

Todo demasiado raro para ella.

Estaba acostumbrada a los altibajos de la vida en la prisión. En ella había un sentido. Vencer al sistema. Formar parte de la hermandad femenina. Hacer chistes sobre los hombres y sus atributos, pretender que echaban de menos que alguien les echara un buen polvo cuando en realidad era lo último que tenían en la cabeza.

Con aquella compañera nueva estaba encerrada en una especie de universo alternativo en el que la gente comían sándwiches de pepino y jugaban siguiendo las reglas.

Y era una mala sensación. Susan dio unos sorbos al té y volvió a mirar los carteles.

—Son cuadros de Monet.

Se encogió de hombros, sin el menor interés.

—¿De veras? Creí que eran carteles.

Se bebió el té rápidamente saboreando su dulzor. Después, se quitó el atuendo de la noche, se envolvió en una toalla y salió de la celda. En el camino de las duchas se encontró con mujeres de todo tipo, color y credo. Algunas le sonrieron. Otras la miraban precavidas, porque su fama la había precedido.

Sabía que estaban esperando a ver cómo era antes de ofrecerle algo, y no digamos su amistad. Pero Susan lo comprendía, se sentía segura en el entorno de la cárcel. Con Matty tenía la sensación de que la habían atrapado en alguna clase de juego.

En las duchas se quedó bajo el agua tibia y empezó a temblar mientras esperaba a que el cuerpo se le aclimatase. Después se enjabonó de arriba abajo, se lavó el pelo y empezó a aclarárselo.

Una joven negra con marcas de tribu en la cara le ofreció un tubo de champú H&S.

—Ese jabón te estropeará el pelo, tía. Usa esto.

Susan le dio las gracias con la cabeza y aceptó la oferta.

Disfrutó envolviéndose en la espuma cremosa, sintiendo placer ante aquel simple acto de lavarse aquel pelo grasiento y sucio que llevaba.

En la ducha de al lado había dos mujeres besándose, pero Susan no les hizo caso, no le importó. Sabía que la intimidad era algo del pasado y salió de las duchas sin volver a echarles ni una mirada. La intimidad que les concedía era el no mirar, el no darse por enterada. En dejarlas ser. Era una regla no escrita de la prisión.

Mientras regresaba a la celda se iba secando con la áspera toalla. Una funcionaria de aspecto severo y un sorprendente pelo rojo la abordó.

—¿Nombre? —fue una orden breve y cortante.

—Dalston, Susan, PX4414.

La mujer asintió.

—Visita a la una y cuarto —dijo.

Susan asintió y siguió su camino.

Tuvo la esperanza de que fueran los niños, pero tampoco quería hacerse ilusiones. Los servicios sociales volvían a ponerse pesados. Intentaban convencerla de toda clase de cosas. Apartó el pensamiento de la cabeza porque sabía que en su situación actual era inútil pensar en ciertas cosas. Era un truco que aprendías para evitar volverte loca.

Veinte minutos después estaba leyendo el correo, la carta diaria habitual de los niños. Barry garabateaba «te quiero» y Alana ponía una notita hablando de su escuela nueva y sus nuevos amigos. Susan apretó las dos cartas contra el pecho como si pudiera absorber las palabras con el cuerpo.

Luego abrió la carta de Wendy, con el corazón en la boca. Su hija mayor era ya una mujer a los quince años. No había tenido elección. Sus cartas eran cartas de adulta, de contenido adulto.

Eso era lo que más preocupaba a su madre.

Mientras Alana le hablaba de maquillaje y de grupos de música, de moda y de televisión, las cartas de Wendy comentaban lo que hacían los otros niños. Cómo le iba a Rosie, reconocida por todos como la niña perfecta, en su lugar de acogida con los Simpson. Lo amables que eran pero que seguían sin ser sus verdaderos padres y que nunca podrían serlo mientras viviera su madre.

Esas cartas asustaban a Susan por más de una razón. Wendy se echaba la culpa de todo, y no debía, no tenía razones para ello. Susan tenía que recordárselo constantemente.

En Durham la cosa había sido dura, con un viaje tan largo y complicado. Susan no veía mucho a los niños, y cuando los veía era una decepción. Cuando por fin la veían estaban sobreexcitados y en consecuencia exageraban todo, peleaban por conseguir toda su atención. Y luego estaba la pequeña Rosie que la verdad es que ya no la reconocía y se echaba a llorar cuando Susan la tomaba en brazos.

Apartó todo eso de su mente. Ahora que estaba más cerca de ellos todo volvería a cambiar. Rosie empezaría a verla con más frecuencia y por fin podría establecer una relación con ella.

Se cepilló el pelo con más cuidado por si la visita era de los niños. Quería que la vieran guapa.

Matty volvió a la celda y le sonrió satisfecha al ver que estaba limpia y se cepillaba.

—He oído que tienes una visita.

—Aquí las noticias vuelan.

—¿Quieres que te arregle el pelo yo? ¿Que te ponga un poco más presentable?

Estaba ansiosa por agradar y Susan sintió de pronto que la invadía el cansancio. No aguantaría mucho con aquella mujer, estaba segura. Acabaría con otra inculpación de asesinato.

Pero diez minutos después llevaba un bonito moño e incluso le habían convencido de que se pusiera un poco de maquillaje. Cuando se miró en el espejo Susan quedó sorprendida al ver la diferencia. Matty se rio, satisfecha.

—Estás casi guapa. Ahora lo que necesitas es un buen cuidado de piel cotidiano y unos pocos vestidos bonitos y estarás despampanante.

Susan soltó un bufido, malhumorada.

—Escucha, cariño, aunque ganase las putas quinielas y fuera a un cirujano estético seguiría sin estar de muerte. Con mi cuerpo, ni hablar. Aunque creo que hubiera podido tener un poco más de suerte en el reparto de jetas.

Volvió a mirar la diferencia en el espejo y confió en que quienes venían fueran los niños. Tenía una sola visita disponible en recepción y quería utilizarla con cabeza.

—Si te lo propusieras, te quitarías peso. Deja de comer grasota y límitate a las verduras.

—¿Pero tú de qué vas, Enderby? ¿Es que te has propuesto ser mi asistente particular de los cojones o algo así?

Matty sonrió con fastidio.

—Es una forma de decirlo. Tienes una reputación tremenda. Hasta Rhianna te tiene respeto, y a ella no le preocupa nadie.

Susan no le contestó.

Matty no insistió. Lo que hizo fue sacar pintura de uñas e informar a Susan muy sonriente de que iba a entretenerse pintándose las uñas.

Susan meneó la cabeza sin poder creerse la frívola existencia de aquella mujer. Incluso en la trena.

Matty se detuvo ante la puerta de la celda y le dijo muy seria:

—En realidad, yo era secretaria legal. Y me monto aquí todos los días una asesoría para las otras chicas. Les doy consejos y demás. Deberías verlo, puede que a ti también te viniese bien. Tal vez parezca una muñequita, pero debajo tengo un cerebro que es como una computadora.

Le lanzó un beso a Susan y salió de la celda. Susan le sacó la lengua junto a la puerta y suspiró. Aquella tipa era un caso perdido, estaba convencida.

Sabía que su estancia en Durham le había dado una notable reputación.

Una lesbiana se había encaprichado con ella y Susan le explicó que le gustaba como amiga pero que eso era lo más lejos que iba a llegar. A la mujer, una amazona alta y rubia, aquello no le gustó. Poco acostumbrada a que la rechazasen, se había sentido seriamente ultrajada, y dejó a Susan en una buena encrucijada. Julia Stone le hacía la vida imposible a Susan. Dondequiera que fuera, a las duchas, al retrete, a hacer ejercicio, Julia estaba allí con cara de mal humor e intentando intimidarla. Susan había oído por radio macuto que pretendía hacerle una encerrona en las duchas. No quería que la violasen y sabía que Julia, teniendo el tipo de personalidad que tenía, no se atendería a razones. Así que Susan iba a por ella. Metió una bola de billar en un calcetín y se fue dando un paseo hasta las duchas y luego mandó a Julia

Stone al hospital dos meses. Con esa acción logró dos cosas: Julia Stone perdió su estatus y Susan lo adquirió. Esta era la razón por la que ahora Rhianna estaba preocupada, la razón por la que casi todas estaban preocupadas.

Hasta las celadoras estaban impresionadas.

Pero Susan no quería ser como Rhianna más de lo que había querido ser como Julia.

Era cuestión de supervivencia, ni más ni menos.

La sala de visitas particulares estaba pintada de un verde apagado. Se suponía que para tranquilizar a los usuarios. A Susan le pareció igual que un vómito. Color verde bilis. Se sentó ante la mesa y se mordió las uñas, los trocitos de uña que le quedaban en todo caso. Cuando se abrió la puerta se sentó muy derecha, con el corazón en la boca esperando ver entrar a uno o a todos sus hijos.

Pero lo que apareció fue un joven de unos treinta años vestido informalmente. Demasiado informalmente para ser un letrado, pero a Susan eso no le preocupaba demasiado. Tenía un pelo castaño que parecía que le hubieran cortado con cuchillo y tenedor, ojos verde oscuro chispeantes y joviales y una boca carnosa.

—Hola, Susan, encantado de conocerte por fin.

Se fijó en los bonitos dientes iguales y rectos. Supuso que era cliente habitual de alguna clínica dental. Cantidad de fundas, coronas y empastes. Lástima que no se preocupara tanto de su pelo.

—¿Colin? —el joven oyó la decepción que sonaba en la voz y sonrió para ocultar su nerviosismo.

—Colin Jackson, hablamos por teléfono.

Susan asintió fijándose en sus vaqueros raídos y el jersey bien limpio.

—¿Así que usted es ese abogado importante que se va a ocupar de mi apelación?

El tono de la voz lo decía todo, y Colin tuvo la delicadeza de ruborizarse.

—Ya sé que hoy tengo un aspecto muy poco serio, pero he tenido un montón de cosas que hacer. He visto a sus niños esta mañana.

Vio que se le iluminaba la cara y suspiró para sus adentros.

—Se los traerán el viernes. El viernes por la tarde.

Vio que le cambiaba la cara.

—Para eso faltan días —dijo con voz apagada, como muerta.

El hombre intentó animarla. Abrió la cartera y sacó una carpeta. Tenía como diez centímetros de grosor.

—Tengo todos sus papeles aquí, todo lo relacionado con su caso.

—Qué emocionante. Bueno, pues argumente usted lo que quiera, yo no tengo más que añadir. Cogí el martillo y lo maté. Así de simple.

—Sin embargo no es así de simple, ¿eh, Susan? —dijo Colin sonriendo sin mucho entusiasmo—. Algo provocó ese acto violento. Sabemos que le pegaba con

regularidad, sabemos que era un delincuente violento. Y yo sé que le pegó una buena paliza pocos días antes de que lo matara. ¿Por qué no lo mató entonces?

Susan enarboló una sonrisa desagradable.

—En aquel momento no me apeteció mucho matarlo. Estaba machacada, dolorida, me había roto las costillas y parecía que me había estado saltando encima de la cara. Pero el último juicio ya demostró que nada de eso cuenta. El mío fue un asesinato con premeditación, me sorprende que me permitan apelar siquiera.

—Bueno, pero desde entonces las cosas han cambiado, ¿no es cierto? Usted nunca hizo más que una declaración, la noche del incidente. En esa declaración proclamó usted que ya había tenido bastante y que había llegado la hora de que muriera. Esas fueron sus palabras exactas. Y desde luego, ahora podemos alegar causa justa. Tenemos que probar que pensaba hacerle daño de nuevo, y que la tenía aterrorizada. Si podemos convencer al tribunal de eso, creo que podemos conseguir que le reduzcan la sentencia a simple homicidio y que luego la suelten en base a la condena ya cumplida.

Sonrió, contento consigo mismo. Y esperando verla tan contenta como él.

—Tendré que pretender que estaba chiflada en aquel momento, ¿verdad?

Colin se mostró adecuadamente ofendido.

—No quiero que piense que le pido que mienta...

Susan se encogió de hombros.

—Escuche, Colin —dijo—, lo de atizarle a aquel gilipollas con el martillo fue la cosa más sensata que he hecho en mi vida. Ya sé que eso puede sonarle extraño, pero es eso tal cual. Tendría que haberlo hecho años antes.

Colin reconoció la verdad de aquella declaración. En su voz. En sus ojos. Hoy, con los cabellos bien peinados para arriba, la cara limpia y exfoliada, parecía una persona distinta de la que había salido en la prensa dos años antes.

Entonces estaba gorda y daba miedo. Sus facciones eran de una gran dureza. Tan desprovista de cualquier cosa remotamente parecida al remordimiento, incluso la preocupación, y desde luego nada parecido al miedo. Había permanecido con cara impassible durante todo el juicio; su letrado, al darse cuenta de lo que tenía entre manos, prefirió no hacerla subir al estrado de los testigos. Todos y cada uno de los psiquiatras habían redactado el mismo informe. Inseguros sobre su estado mental. Se niega a comentar la noche en cuestión. Se niega a reconocer que lo que hizo está mal. Las mismas palabras una y otra vez. Simplemente reitera que ya era hora de que su marido muriera.

Al final, el juez la había condenado a cadena perpetua por asesinato añadiendo que no tenía más opciones puesto que la señora Dalston se negaba a contarle a nadie lo que había sucedido aquella noche y aún más, se negaba a reconocer su participación en ello en cualquier otra forma que no fuera el crimen. En la declaración que firmó ante la policía admitía que hubiera vuelto a hacerlo si «hubiera tenido la oportunidad». La policía se había dado palmadas satisfechas en la espalda,

los tabloides hicieron su agosto y Susan desapareció en la cárcel y de la atención de todo el mundo y por tanto de sus pensamientos.

Pero sus cuatro hijos la adoraban y era evidente que ella los quería.

En resumen, que Susan había hecho todo lo posible para que la metieran en prisión. Era como si quisiera que la separaran de sus hijos. Como si quisiera ser clasificada entre las asesinas. Se negó a utilizar la intimidación y las amenazas de su marido muerto como excusa. Aparecía siempre como una mujer decidida a matar, y por consiguiente el juez tuvo que condenarla de acuerdo con eso.

Pero la jefa de Colin estaba decidida a sacarla de la cárcel y había hecho campaña para que le concedieran la apelación. Llevaban solo unos pocos meses preparando de nuevo el caso. Todos habían pensado que ahora contaría por fin la verdad sobre aquella noche. Pero al parecer estaban equivocados.

—Escuche, Susan, si fuera usted razonable quizás pudiéramos sacarla de aquí. Hacerla volver a casa con sus hijos, a su vida.

Susan lo miró inexpresiva.

—Sabemos todo lo que le hizo a usted, hemos repasado todo su historial médico, hasta el último detalle. No es ninguna vergüenza que te hayan hecho muchísimo daño y te tomes revancha. Es algo que todos podemos hacer.

Estuvo un minuto sin contestar. Finalmente, se dirigió a él como a un niño.

—Pero yo no tomé ninguna revancha, ¿o sí? Ha olvidado eso. Cuando lo maté habían pasado cinco días desde la última vez que me pegó. Y en aquel momento estaba borracho e inconsciente. Una presa fácil. Pero le diré una cosa, Colin, y puede apuntarlo en su libretita: cuando lancé aquel martillo contra su cráneo tuve la mejor sensación del mundo. Y por eso le golpeé tantas veces. Era mejor que la bebida, las drogas o el sexo. Me tienen aquí encerrada pero libré a mis hijos de él y de lo que era. Y no ando poniendo excusas por lo que hice porque me alegro de haberlo hecho y volvería a hacerlo si tuviera la oportunidad. Pero no soy como Barry, yo pagaré mis deudas. Aunque al final acabó pagando demasiado —sonrió—. Oh, pagó, ya lo creo. Yo me aseguré bien de eso.

Colin se quedó mirándola. Estaba sorprendido por lo que le había dicho aunque en su interior comprendía que tenía razón. Susan había aplicado literalmente el ojo por ojo. Comprendió eso y después de leer el historial médico entendió también cómo alguien puede llegar a ese punto en el que ya no se aguanta ni una más.

Si simplemente pudiera darse cuenta de eso, podían componer una apelación con la que sacarla en base al tiempo ya cumplido. Pero era casi como si se regodease en estar allí encerrada, como si disfrutase con el castigo.

Cuando el juez dictó su sentencia, Susan Dalston se había echado a reír. Fue la única vez durante todo el procedimiento que mostró alguna emoción. Había rechazado el consejo de su abogado para introducir entre las pruebas su historial médico anterior. De hecho se había negado a hacer cualquier cosa que pudiera servirle de ayuda en el juicio.

En resumen: se había encerrado ella sola y había tirado la llave.

—¿Y qué pasa con mis críos? —preguntó a Colin.

—Están bien —dijo sonriente—. De hecho van a venir esta semana como le he dicho. Pero todos ellos van estupendamente. Rosie, ¿se llama así, la pequeña? Se ha adaptado bien con sus padres de acogida y ellos la adoran. Por cierto, ¿no sabe usted de nadie que pudiera acoger a los otros? Tengo entendido que la mayor vive parte del tiempo con una amiga suya, con Roselle Digby. ¿No podría quizás ocuparse también de los otros?

Susan negó con la cabeza.

—No, imposible. Ojalá dejaran a mi amiga Doreen ocuparse de ellos, estaría bien dispuesta.

Colin meneó la cabeza.

—Me temo que los servicios sociales no le permitirán que los tenga ella de ninguna de las maneras.

Susan sonrió.

—Puede que sea una buscona teñida de rubio con cinco hijos de padres distintos, pero le diré una cosa, socio, es una madre maravillosa y una persona maravillosa. Todo es muy relativo, ¿verdad? ¿Qué pasará con los niños al final de todos modos? —continuó—. La verdad es que nadie parece tener nada que decirme del tema.

Colin tampoco pudo contestarle porque no tenía respuesta. Tenía que verse con los trabajadores sociales que se ocupaban de los niños un día de esa semana.

—Sabré algo más cuando haya hablado con la señorita Beacham, la asistente social.

Susan asintió de nuevo y encendió otro cigarrillo.

—¿Entonces qué van a hacer?

Colin se encogió de hombros.

—No me parece que pueda hacer muchas cosas, ¿no cree?

—Pues bueno, cumpliré el tiempo tranquilamente. Saldré en cuatro años, puede que un poquito antes. No sé por qué siguen molestándose por mí de todos modos. No tengo nada que añadir a lo que dije antes.

—Yo tampoco, para serle sincero. Aunque me gustaría decirle una cosa, Sue. Piense en sus cuatro hijos y en lo que debe ser para ellos crecer sin tener a su madre. La quieren muchísimo y como madre no recibe usted más que alabanzas. Aunque no sé si alguna vez le enseñó alguien a serlo.

Ahora Susan se rio con ganas.

—¡Eso es que ha conocido usted a mi madre! La vieja zorra. Le vendió la historia a los periódicos y sacó un buen pellizco —se encogió de hombros—. Bueno, que tenga buena suerte, no esperaba menos. Pero respondiendo a su pregunta, hice justo lo contrario de lo que hacía la mía y me aseguré bien de que así fuera.

—Bueno, no puedo imaginarme a ninguno de sus hijos asesinando a nadie.

La cara de Susan se quedó blanca y meneó la cabeza.

—No, Colin, yo tampoco.

Se puso de pie y dio por terminada la entrevista.

—Mírala, la verdad es que esa cheli se cree especial.

Susan no contestó, pero ver a Matty asesorar a una reclusa fue revelador. Observó que Rhianna recogía dinero o mercancías para Matty de cada una de las mujeres que venían en busca de consejos profesionales de aquella condenada por asesinato.

Susan veía la esperanza en la cara de aquellas mujeres cuando le consultaban, veía cómo se les iban en parte sus preocupaciones después de hablar con ella, y decidió que si Matty no se casaba con nadie pues bueno, mejor para ella.

Susan se acercó más a la mesa para oírla mejor.

Lo que Matty le decía a una joven prostituta negra tenía mucho sentido y eso la hizo ascender en la estimación de Susan. Mientras no pretendiera desplumar a alguien Susan estaba a favor de la libre empresa, y el sistema carcelario parecía ir de la mano con ella. Era asombroso lo que hacían algunas personas por un cigarrillo con filtro o una chocolatina Mars.

De repente, en la radio sonó a toda potencia Lionel Ritchie porque una de las chicas, al oír su canción favorita, subió el volumen a tope. Y se puso a bailar y a cantar como una loca hasta que la celadora bajó el volumen y una de las lesbianas más notorias le gritó:

—¡No, no lo bajas, joder, feto malayo!

Todas se rieron y la jovencita continuó cantando ella sola.

Susan, sonriendo aún, escuchó los consejos que daba Matty.

—Estás aquí por reyerta y amenazas con alteración del orden público, ¿verdad?

La chica asintió.

—Y lesiones graves —añadió.

—Bueno, pues entonces, dile a tu abogado que llegue a un acuerdo. Que diga que aceptarás lo de las lesiones si retiran los otros cargos y entonces te declararás culpable con circunstancias atenuantes. Que estabas drogada y no tenías control de ti misma. Ergo tendrás que estar un tiempo en la unidad pero saldrás en cosa de nada. Quiero decir, que de todos modos tienes derecho al recorte de la previa. De esa forma conseguirás una reducida además de un tiempo con un chollo en el programa de reciclaje.

La chica sonrió llena de esperanza.

—Gracias, Matty. Haré eso.

Susan la vio alejarse feliz. Sabía que para muchas lo peor de la cárcel era no saber lo que les iba a pasar y por consiguiente no poder hacerse a la idea. Cuando sabían lo que había podían con ello.

Susan disfrutaba de estar en el pabellón de provisionales mientras se iba resolviendo su supuesta demanda, y si había accedido a ello fue ante todo y solo

porque era una forma de estar más cerca de los niños una temporada.

Lo que de verdad quería era que la trasladasen más cerca de Londres si era posible. Era duro poder verlos solo de tanto en cuanto, cuando los servicios sociales encontraban tiempo para llevárselos al norte. También para los niños era un viaje tremendo, porque no podía decirse que Durham fuera la cárcel más accesible del país. Ni tampoco la más confortable.

Lo que realmente quería era ir a Cookham Wood o algún sitio con un módulo de máxima seguridad y sin tener que viajar demasiado. Un sitio en el que los niños pudieran correr un poco y tener un poco de alegría.

Estuvo toda la tarde observando a las mujeres que venían a ver a Matty para que las aconsejara. Susan la escuchaba y la mayoría de las cosas le parecía de lo más sensato. En un momento dado, una jovencita de pelo rubio largo y ojos separados se acercó y Rhianna se plantó delante de ella.

La chica le enseñó dos cigarrillos. Matty meneó la cabeza y puso cara seria.

—Que te den, so zorra, aquí no hay nada para ti.

La voz de Rhianna sonó con dureza. Una de las mujeres que estaban ante la mesa se puso de pie con aire amenazador y las funcionarias se acercaron temiéndose un tumulto que es como llamaban en la cárcel a las peleas.

—Escribe a tu novio y pídele consejo a él, cacho furcia. Él te ayudó a matar al crío, ¿no?

La chica dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Sigue escribiéndolo. El tío apuñaló a su hijito, lo quemó y lo torturó y todavía le escribe cartas de amor, ¿no es cierto, cariño?

Todas las mujeres se sintieron incómodas, al recordarles a sus hijos, todos al cuidado de parientes o del Estado. Niños a los que amaban y querían aquellas madres que sin embargo estaban encerradas en la prisión. De hecho, la mayoría de las mujeres estaban allí a causa de sus hijos, prostitutas, descuidadas, timadoras que a menudo se comportaban del único modo que sabían para poder alimentar y vestir a sus hijos como se esperaba de ellas. Tenían hombres que la única cosa que habían hecho era fecundarlas para luego marcharse en busca de la siguiente mujer y el siguiente hijo y el siguiente.

Cuando alguien como Caroline Hart aparecía por allí la odiaban con un odio vengativo porque había permitido que alguien destruyera lo que para las demás era lo más preciado de sus vidas. Podían patearse la cabeza las unas a las otras, pelearse y discutir, pero ninguna le haría daño a sus hijos. Era la ley no escrita.

Una funcionaria escoltó a la joven desde la sala común. Intentaban controlar la situación antes de que se les fuera de las manos. La verdad es que tendría que estar en aislamiento, pero no era así por algún motivo y por tanto tenían que mantener una vigilancia extra por si alguna de las mujeres decidía tomarse la ley por su mano. Cosa que ocurría con frecuencia en la prisión.

La salida de Caroline disipó la tensión y Matty se puso a guardar el material.

Rhianna le daría su parte más tarde, y Matty, que no fumaba más que un petardo de vez en cuando, los vendería a las otras mujeres. Rhianna también organizaba apuestas y manejaba una red de protección.

Susan lo observaba todo. Sabía que Rhianna la vigilaba a ella con tanto interés como ella vigilaba a Rhianna; las otras mujeres probablemente estuvieran preocupadas por si Susan decidía intentar sustituirla en el mando. Pero no era así. Tendría que hablar con ella del tema en algún momento para dejar las cosas claras.

Hasta entonces, había tenido que mostrarse dura, perfectamente capaz de cuidar de sí misma, y como si no le molestara ni lo más mínimo que una negra grandota, lunática y violenta quisiera enfrentarse a ella en algún momento del inmediato futuro.

Susan lio otro pitillo y se preguntó qué andarían haciendo sus hijos y sintió nostalgia de sus caritas, radiantes de gozo y felicidad cuando estaban a su lado. Apartó de la cabeza la idea deprimente de que solo podía verlos cuando lo decidía otra persona y decidió aceptar ese hecho una vez más. Un día, se prometió a sí misma, todo aquello acabaría. Acabaría de veras. Habría cumplido, habría pagado el precio por haber sido lo bastante estúpida como para permitir que Barry Dalston entrara en su vida.

Wendy sirvió café para Roselle y para ella. Roselle la miró conmovida por la evidente felicidad de la jovencita al ir a ver a su madre. Había cambiado mucho en los últimos dos años.

La noche que Roselle la había recogido después del crimen, la niña estaba en un estado terrible, temblequeando y tartamudeando de miedo. Como una gacela joven atrapada en el cepo de un cazador. Roselle se presentó como amiga de su madre y explicó que Susan le había pedido que se llevase a Wendy una temporada hasta que las cosas se calmasen.

Lo que Roselle encontró chocante, y muy triste, fue el hecho de que supiera exactamente sin que nadie se lo dijera por qué Susan había matado a su marido. Era evidente lo que le había sucedido a la muchacha. Roselle se preguntó cómo era posible que hubiera visto alguna vez algo en Barry. Cómo había podido engañarse a sí misma pensando que con ella se comportaba perfectamente. Wendy era sangre de su sangre y había abusado de ella como si no fuera nada, menos que una puta a sueldo. Roselle lo notó en el modo de andar de la chica, en las magulladuras por todo su cuerpo y en la sangre que siguió perdiendo durante una semana después de los hechos.

Aquella noche en su corazón se instaló el odio hacia Barry. Lo único que deseaba era haber visto a tiempo lo que Susan le hizo, haber estado allí con otro martillo para haber dado unos cuantos golpes de justicia con su mano.

Entendía también que Susan fuera reacia a contar lo que había sucedido en su casa aquella noche y en toda su vida de casada. Estaba protegiendo a su hija y a sí

misma. ¿Para qué tenía que saber nadie que un hombre con una enfermedad venérea diagnosticada solo unos días antes había cogido poco antes a su hija y la había violado? La niña tendría entonces que vivir el resto de su vida rodeada del conocimiento público de su drama. No se lo merecía, ella era la víctima inocente de todo aquello.

Roselle se sentía también responsable en parte de lo sucedido. Si no lo hubiera dejado tirado como había hecho... Tenía que haber sufrido. Pero ¿cómo pudo ser capaz de hacer sufrir tan terriblemente a su propia hija?

Tomó la taza de café que le daba la niña y se sonrieron mutuamente. Nunca habían comentado exactamente lo sucedido y Roselle nunca forzaría las cosas. Para la chica su casa se había convertido en un refugio frente a todos los que sabían qué había hecho su madre. Que la miraban como la hija de una mujer que había asesinado a su marido a sangre fría sin pensar ni un momento en los cuatro niños que dejaba sin padre y sin madre. La mujer que aparecía en la prensa sensacionalista como un ser despiadado que vivía feliz de las ganancias inmorales de su marido y favorecía su modo de vida.

A Barry lo habían pintado en cierto modo como un granuja *cockney* y encantador que se había vuelto adicto al alcohol y a las drogas y por lo tanto no era del todo responsable de sus actos. Como de costumbre, todo eran excusas para él porque era hombre. Los hombres podían ser violentos, estaba en su naturaleza, por eso había guerras. Pero no las mujeres. Cuando una mujer era violenta se la consideraba moralmente culpable. Susan era la mala porque todo lo que dijo en el juicio fue que si tuviera la oportunidad volvería a matarlo.

La prensa se había lanzado sobre esas declaraciones. Llevaba tanto tiempo privada de figuras asesinas a lo Myra Hindley que presentaron a Susan como un monstruo. Era vergonzosamente injusto, algo que Roselle no comprendía del todo. ¿Por qué no contaba Susan cómo había sido de verdad su vida? Que no era la puta de un gangster que tras una noche en la taberna donde su hermana tuvo una pelea con otra mujer se hubiera ido a casa borracha y hubiera decidido matar a su marido.

Por derecho ya tendría que haber salido y estar cuidando de sus hijos, la única cosa que había querido hacer en toda su vida.

Wendy cortó una pequeña rebanada de bizcocho de cerezas para cada una. Lo colocó con cuidado en una fuente y se lo pasó a Roselle con una servilletita de hilo. Roselle lo cogió intentando ocultar la sonrisa. Se daba cuenta de que la pobre Wendy pensaba que era una persona de lo más refinado. ¡Si supiera!

—¿Irás tú también a ver a la mama ahora que está cerca de casa? —preguntó la chica.

Roselle negó con la cabeza.

—No puedo. Para serte sincera, no puedo soportar que esté allí dentro.

Wendy asintió comprensiva y su cara era tan dolorosamente hermosa, y tan parecida a la de madre, que Roselle sintió un impulso abrumador de echarse a llorar.

Wendy había adoptado con entusiasmo la nueva moda de los ochenta y Roselle se lo consentía. Aunque ayudaba financieramente a los otros niños, no los veía gran cosa. Solo de vez en cuando, cuando iba a controlar en nombre de Susan para ver qué tal les iba *de verdad*.

Aunque muchos se preguntaban por aquella cercana amistad entre la propietaria de un club nocturno y una asesina, nadie la ponía en cuestión. Roselle sabía que su coche, su ropa y su voz cuidadosamente modulada le concedían todo el crédito que necesitaba. También mantenía un contacto cercano con Doreen y entre ambas hacían todo lo que podían.

A pesar de que una vez Susan le había pedido que se ocupara de todos sus hijos, Roselle se negó y como Susan era Susan lo comprendió y nunca más se lo volvió a pedir. Roselle sabía que estaba contenta de que Wendy pudiera recurrir a ella cuando la necesitara.

Wendy era la preocupación mayor de Susan y Roselle conocía el porqué en su fuero más interno. Pero al parecer la niña había superado el trauma, que la mayoría de la gente daba por hecho que se debía al acto violento de su madre. Había sido una conspiración de silencio. Todos los que estaban al tanto habían callado como tumbas y dejado que la naturaleza y los tribunales siguieran su curso.

—De verdad que tengo muchas ganas de verla, Roselle. La echo de menos. Algunas noches pienso en las pequeñas cosas que solía hacer para mí y para mis hermanos. Las veces que se quedaba sin comida para que nosotros comiéramos. La veces que se quedaba a nuestro lado cuando estábamos malos. Nos hacía reír cuando estábamos tristes. Me acuerdo de una vez, durante las vacaciones de verano y que estaba pelada como siempre y fuimos de pícnic todos juntos al patio de atrás. Fue muy gracioso, todos los vecinos se pensaban que estábamos locos. Como si fuéramos la familia real o algo así. Tomamos sándwiches de Marmite y pastelitos Mr. Kipling. Fue demasiado.

Wendy sonrió con los ojos húmedos al recordar aquel día. El calor, las moscas, los niños jugando al *cricket* en el callejón.

—Entonces llegó el papa y lo estropeó todo como siempre —movió la cabeza a los lados, recordando—. Aquel día le dio una buena paliza. Nos fuimos todos corriendo a casa de Doreen cuando empezó, como hacíamos siempre. Pero oíamos cómo la gritaba y la oíamos chocar contra los muebles cada vez que le soltaba una torta —se quedó callada de nuevo inmersa en sus pensamientos—. Confío en que el viernes me escuche —continuó—. Si no me escucha no sé qué vamos a hacer.

Roselle se encogió de hombros.

—Tu madre tiene sus razones para todo, y suelen ser buenas. No lo olvides nunca.

Wendy sonrió pero detrás de la sonrisa había una cara tan triste que Roselle sintió la necesidad de tomarla entre sus brazos.

—Eso nunca lo olvido —dijo Wendy—. Nunca podré olvidar lo que mi mama hizo por mí. Nunca. Y algún día se lo podré devolver.

Roselle dio un sorbo al café y asintió.

—Desde luego que sí, cariño. Seguro que lo harás.

Susan estaba llenando su tazón de agua caliente en el rellano de abajo cuando se le acercó Rhianna. Lo estaba esperando desde su llegada y le sorprendía que hubiera tardado tanto tiempo.

Tres días, de hecho, hasta que Rhianna le preguntó de qué iba exactamente.

Ahora que por fin sucedía no podía con los nervios. Pese a toda su fama, no era realmente dura. Solo fingía serlo para impedir que la usasen de recadera.

Ya en los primeros días en prisión se dio cuenta de que lo que le había sucedido a Barry las asustaba a todas. No querían que a ellas les pasase lo mismo, de modo que le concedían su respeto. Le rendían la pleitesía que creían que ella esperaba. Pero todo lo que ella quería en realidad era estar tranquila y cumplir su condena en paz. Confiaba en que una vez les hubiera explicado eso a las demás mujeres la dejarían tranquila.

Rhianna llevaba el pelo en trencitas, centenares de ellas. Unas minúsculas trencitas retorcidas que la hacían parecer más joven y más blanda de lo que en realidad era. También llenó una jarrita de agua hirviendo y Susan la miró inquieta.

—Entonces, ¿tú de qué vas, Dalston? ¿Tú qué quieres?

Susan la miró a los ojos confiando en que el temblor de sus manos y los rápidos latidos del corazón no traicionasen el miedo que tenía.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Yo lo único que quiero es esperar la apelación en paz. No quiero nada que tengas tú ni que te hayas trabajado antes. No tengo intención de quedarme con ningún negocio ni causarte ningún tipo de dificultad. Pero tampoco pienso aguantar mierdas. Caminaré a tu lado pero no dejaré que me hagan de menos o me utilicen, ni tú ni nadie. En resumen, solo quiero estar tranquila. ¿Vale?

Rhianna, que se medio esperaba algún tipo de pelea, se relajó también. Los brazos de Susan se veían grandes y con músculo y más que capaces de darle a cualquiera un buen estacazo. Solo pensar en lo que había hecho daba miedo a todas.

—¿Qué dices entonces?

Susan suspiró profundamente notando su miedo y saboreándolo a pesar de detestarlo.

—Lo que digo es que sigas con lo tuyo. Tú y yo podemos ser colegas o podemos ser enemigas. Lo que no quiero es tener parte en ninguna de tus movidas. En otras palabras, déjame en paz y yo te dejaré en paz. Así de fácil.

Rhianna seguía sin poder creerse su suerte.

—¿No quieres nada?

Susan meneó la cabeza.

—Solo un poco de paz, joder, si se puede en esta cueva.

Rhianna se rio complacida.

—Paz vas a tener, de eso no te preocupes. Y si te puedo servir de ayuda, házmelo saber. Cualquiera cosa que quieras te la conseguiré si se puede conseguir, ¿vale?

Le tendió una mano muy bien cuidada con unas largas uñas moradas y Susan se la estrechó.

—De primera, Rhianna. Necesito pitis —y sonrió.

—Los tendrás. La primera vez gratis, como una especie de regalo de bienvenida. Después siempre a su precio.

Entonces fue Susan la que se rio y las dos se relajaron.

—¿Te pasas por mi celda para un café, te apetece?

Susan se alegró de que le ofrecieran la mano de la amistad.

—¿Es una celda normal con cosas normales dentro?

Rhianna se echó a reír.

—Matty ya ha estado comiéndote el coco, ¿eh? —dijo—. Escucha, sigue mi consejo. Es mucho más astuta de lo que parece. No dejes que te engañe con el numerito de la muñequita de peluche, la tía es un cerebro con tacones altos. ¿Pillas lo que te quiero decir?

Susan sonrió.

—Eso ya lo había sospechado yo, pero sigue poniéndome de los nervios.

—¿Te apetece un poco de rollo del suave? Eso te lo puedo arreglar. Te quita las preocupaciones de la cabeza.

Susan negó en silencio. Luego dijo:

—Escucha, Rhianna, a mí el lesbianismo nunca me ha ido. En realidad ni siquiera me han entusiasmado nunca demasiado los hombres.

La negra se rio dejando ver unos dientes extraordinariamente blancos.

—Fuera yo tampoco toco a las titis, pero aquí dentro está bien. Un poco de compañía, unas risas. Un poco de sexo a lo suave. Te quita lo malo de los días, ¿sabes?

—Bueno, gracias por la oferta, pero si no te importa yo paso.

Rhianna y Susan se miraron la una a la otra directamente por primera vez.

—Tienes mala fama, ¿sabes? Nunca he oído decir a nadie que fueras agradable —observó Rhianna.

Susan notó la sorpresa en la voz de la otra mujer.

—Bueno, para serte sincera, podría decir lo mismo de ti. Así que, después de todo, puede que vaya a tomarme ese café.

Subieron a la celda de Rhianna, que como la de Susan estaba en la cuarta. Mientras subían las escaleras de metal de rellano en rellano todas las demás se dieron cuenta y vigilaron atentamente aquella cercanía. Las que habían tratado de apostar sobre el resultado de una posible pelea se decepcionaron, pero en realidad a todas les alegró ver que la primera confrontación se había resuelto con buen resultado.

Ya dentro de la celda, Susan se relajó por fin. Mientras Rhianna hacía el café miró

las fotos de Robert Redford y Spandau Ballet y suspiró. Aquello era más como debía ser, era real. La celda estaba llena de contrabando y desorden, más o menos como siempre había estado la suya, y en su interior sintió que por fin había encontrado un alma gemela.

En una radio pequeña sonaba Rocker's Revenge y *reggae* fácil de escuchar. Desde lo alto de las literas las miraba Steel Pulse y dispersos por todas partes había tarros de maquillaje y cremas baratas. Era como el cuarto de una jovencita, con olor a sudor, humo y jabón Lux.

A Susan le gustaba. Después de tres días de música clásica y pinturas de Monet era como si por fin hubiera vuelto a casa. Pero lo más importante era que se había quitado su mayor miedo de encima y podía finalmente relajarse adecuadamente y dedicarse a ir cumpliendo su condena. Después podría irse a casa de verdad, al fin podría irse a casa. Para entonces habría pagado las deudas de todos.

Y especialmente la suya.

Capítulo 22

June abrió la puerta con una gran sonrisa en la cara y un *whisky* doble en la mano.

—¿En qué puedo ayudarte, amor? —tenía la voz turbia por el alcohol pero rebosante de camaradería.

Colin le sonrió afable.

—He venido de parte de su hija Susan.

June se levantó el amplio pecho con el brazo y sonrió de nuevo.

—¿Eres de los periódicos?

En su voz resonaba la esperanza y a Colin le pareció triste que una madre estuviera dispuesta a explotar a su hija con tanta facilidad.

—En realidad soy su representante legal. Necesito hablar con usted. ¿Me permite usted entrar?

Mientras hablaba, una voz masculina rasposa llegó del interior del piso.

—Cierra esa puta puerta, June, ¿quieres? —gritó.

Colin aprovechó la oportunidad para cruzar el umbral.

El piso era un auténtico choque cultural. Por fuera era pura vivienda protegida: balcones sucios, basura por todas partes, olor a orina. Dentro era otra cosa: todo paredes blancas, mesas de cristal y muebles de cuero blanco. Una alfombra de nudo marrón oscuro y unas cortinas de terciopelo marrón chocolate completaban una decoración en la que no se había ahorrado nada en gastos pero que lo menos que se podía decir era que le iría bien una buena limpieza o por lo menos quitar el polvo.

En la sala Joey estaba sentado delante de una gran pantalla de televisión con vídeo. Colin sabía perfectamente de dónde había salido el dinero para amueblar así aquella casa.

June vio su expresión y se hinchó de orgullo.

—¿Precioso, verdad? Me encanta ver la cara de la gente cuando entran aquí dentro. Compramos la habitación del escaparate entera. O sea que simplemente entramos en la tienda y lo compramos todo, hasta los cuadros de la pared.

La voz sonaba llena de satisfacción.

—Una vez vi un cuarto justo así en Bergerac. En fin, ¿y qué quiere esta vez nuestra vaquita?

Colin notó la nota exasperada de su voz y se preguntó cómo una madre podía ser tan insensible, tan fría con su hija. Empezaba a entender que la educación de Susan había sido algo tan espantoso como fascinante.

—No se acuerda de mí, ¿verdad?

June meneó la cabeza.

—Vine a verla hace algún tiempo, a propósito de los niños.

La cara de June se desilusionó.

—¡Ahora me acuerdo de ti! Aquel imbécil zaparrastroso con deportivas.

Colin tuvo que sonreír ante la descripción.

—¿Para eso ha venido otra vez? ¿Para molestarme? Yo no quiero a ninguno de esos críos. Que se lo hubiera pensado mejor cuando destrozó a martillazos a su maridito.

—Pues yo creo, señora McNamara, que eso era exactamente en lo que pensaba, ¿no cree?

Joey apartó los ojos de la televisión el tiempo suficiente para bramar:

—¡Saca a ese gilipollas de aquí antes de que le suelte una buena hostia! Estoy cansado y harto de esa zorra y todo el coñazo que le ha organizado a la familia. La vergüenza y la humillación de ser parte de una cosa así es una herida profunda, socio. Profunda de cojones.

Colin se quedó mirando a aquel hombretón con su chándal de diseño y el pelo mal rizado.

—Su hija sufría palizas regulares, señor McNamara, abusaron cruelmente de ella y se vengó. En pocas palabras, esa es la verdad del asunto. Me parece que a ella le dieron mucho más de una buena hostia, ¿no cree?

Colin estaba asustado. Sabía que Joey McNamara era un matón violento igual que su yerno. Sabía también que Joey se había sacado un buen jornal vendiendo historias sobre los problemas de su hija. La había descrito como una mujer violenta que lo que quería era salirse siempre con la suya. Era evidente que en lo referente al dinero aquella pareja no tenía moral, escrúpulos ni afectos. Lo único que veían era el color de los billetes.

Joey se levantó y Colin pudo ver lo grande que era. El corazón se le aceleró.

—Se lo advierto, señor McNamara, soy un profesional de las leyes y si me levanta usted la mano no tendré más opción que llamar a la policía.

Joey miró a su mujer y June tiró del joven para sacarlo del cuarto.

—No le provoques, que tiene un genio muy corto, hijo. Todo eso de Susan nos ha pasado factura, te lo aseguro.

Notó las mentiras en la voz de June y las vio también en sus ojos. Sabía que les daba miedo la ley como les sucede siempre a las personas como ellos. No la policía, sino los abogados y letrados. Les daba miedo la gente de traje. Cuestión de clases. Las personas de traje eran propietarias de casas y pagaban impuestos. La gente como los McNamara ni podían entenderlos ni lo intentarían nunca.

Ya en la puerta de entrada Colin intentó de nuevo hablar con June.

—Escuche, Susan corre el peligro de perder a los niños. No tanto a los mayores sino a la pequeña, Rosie, porque los padres de acogida están tratando de conseguir la adopción. Puede que se la concedan.

June sonrió.

—Espero que sí, socio, y espero que eso le dé la oportunidad de una vida decente. Una oportunidad mejor de la que esa perra asesina le podrá dar nunca.

Colin la miró a los ojos.

—Lo dice en serio, ¿verdad que sí? Es incapaz de ver que el amor de una madre,

el auténtico amor de una madre es probablemente lo más importante que un niño puede tener en su vida. Significa mucho más que el dinero, más que cualquier otra cosa. He venido aquí hoy para apelar a su decencia, a su instinto maternal. Pero pierdo el tiempo, ¿verdad? Todo ese dinero que ganó a costa de su hija y ni siquiera se le ha ocurrido comprarles unos caramelos a sus nietos. La verdad es que me repugna usted. Pero sepa usted, señora McNamara, que a pesar de lo que haya hecho Susan, sus hijos la adoran. Cosa que sospecho que es más de lo que puede decir usted de las suyas, ¿no es cierto?

June abrió la puerta y lo echó literalmente a patadas de su casa. Una mujer que caminaba por la terraza se paró a mirarlos. June empezó a gritarle:

—¿Qué, ya has visto bastante, jodida? ¿Quieres una puta foto para tener un recuerdo?

Dio un portazo en la cara de Colin y por incómodo que se sintiera se alegró de que sus últimas palabras por lo menos hubieran dado en el blanco. Mientras se dirigía al coche oyó una voz que le llamaba.

—¡Eh, usted! —se volvió y vio a Debbie que se dirigía hacia él.

—Acabo de ver a mi madre echarle de casa. ¿Ha venido por algo de Susan?

Colin asintió.

—Yo soy su hermana Deborah. ¿Cómo está?

—No muy bien, para serle sincero —le contestó con un suspiro—. Por cierto, que a usted las fotos de los periódicos no le hacen justicia, ¿sabe?

Debbie sonrió.

—Nunca he salido bien en una foto, ni siquiera en las de la boda. Soy una de esas personas que parecen más gordas en vez de más delgadas, ¿sabe lo que le digo?

Colin sonrió y descubrió que le caía simpática.

—¿Cómo están los niños?

Colin se encogió de hombros.

—No demasiado bien. La echan terriblemente de menos.

—Bueno, es lógico —dijo Debbie con un suspiro—. O sea, quiero decir, que para ser justos la buena de Sue es una madre increíble. Y los niños eran todos muy buenos.

—Siguen siendo buenos niños. ¿Por qué no va a verlos y ve cómo están por sus propios ojos?

Debbie negó con la cabeza.

—Mi Jamesie no lo permitiría. Quiere que me mantenga al margen. Solo me lo preguntaba. Ya sabe, por curiosidad.

Se dio cuenta de que le mentía y se preguntó cómo se venían abajo las familias.

—¿Y ese Jamesie tiene que saber todo lo que usted hace? Estoy seguro de que los niños estarían contentas de verla. De ver a alguien que conocen. Sobre todo los más pequeños.

Vio la confusión que había en sus ojos y se dio cuenta de que le encantaría verlos.

—Bueno, ya sabe usted dónde están, ¿no? Nada le impide asomarse por allí si

anda por esa zona, ¿verdad?

Dejó la cuestión en el aire con la esperanza de que ella aprovechara la insinuación.

—¿Y entonces qué hace usted para Susan?

—Intento convencerla de que presente una apelación. Solicitó una pero al parecer ahora no quiere molestarse en seguir con el tema.

Debbie sonrió.

—Si conozco a mi hermana, lo único que quería era que la sacaran de Durham, socio. Usó eso para estar una temporada más cerca de los críos. Debe ser una tortura para ella, ellos eran toda su vida.

Colin creyó notar un tono de envidia en el fondo de su voz.

—¿Tiene usted hijos?

Debbie se encogió de hombros con indiferencia.

—Yo no, pero mi marido sí.

Colin notó el dolor en su voz y no supo qué decirle.

—Bueno, estos niños también están sin madre a su manera. Estoy seguro de que ver a su tía les vendría muy bien en estos momentos. Una cara familiar, alguien a quien conozcan. Piénselo.

Debbie no le contestó directamente.

—Dele muchos recuerdos a Sue, ¿quiere? Dígale que intentaré escribirle o algo, ¿vale?

Asintió y la miró alejarse sobre sus tacones altos que le hacían un daño evidente, con aquella minifalda pasada de moda que mostraba unas piernas gordas y cortas y el pelo cardado teñido de rubio. Colin se preguntó cómo sería aquella familia tan mal conjuntada en la que todos parecían ser unos extraños o andar a la greña. Pero las rivalidades familiares eran cosa corriente, según le habían dicho, y sobre todo en el East End. Había necesitado todo aquel tiempo para verlo de primera mano y la cosa le deprimió. Pero pasase lo que pasase en las familias, sin duda los niños tenían que seguir siendo la prioridad.

Al llegar a su coche soltó una maldición. En algún momento durante los últimos veinte minutos alguien se había llevado el retrovisor y la radio.

—¡Mierda!

Aquello era la puntilla de un día ya de por sí bastante horrible.

Susan estaba excitadísima. Era viernes e iba a ver a los niños, a los cuatro. Se había despertado a las cinco después de no haber dormido apenas. Era la segunda visita desde que estaba en Holloway y se moría de ganas de verlos de nuevo.

Matty se echó a reír cuando la vio arreglar la litera. Era algo que Susan había empezado a hacer recientemente porque le ahorraba las continuas molestias de Matty y cortaba por lo sano su permanente rezongar sobre la falta de orden en espacios

reducidos.

—¿Ves?, si la haces en cuanto te levantas ya la tienes hecha, ya has terminado con el asunto.

Susan se rio porque su buen humor incluía hasta a Matty, a la que seguía encontrando insoportable. Aquel constante orden le daban ganas de gritar la mayor parte del tiempo. Pero tenía que admitir que hacía la vida más fácil.

—Hoy tengo visita de mi abogada, a ti te gustaría Geraldine. Sabe realmente por dónde van las cosas, pero también es una persona estupenda. Lo que entre los abogados es bastante raro, permíteme que te lo diga. Por experiencia sé que la mayoría nos miran a los demás por encima del hombro —comentó Matty arrastrando la voz.

Susan asintió.

—Bueno, tú eres la experta en abogados —dijo—. Sobre todo en asesinarlos.

Se rio de su chiste pero luego pidió disculpas.

—Solo era una broma, Matty, sabes que no lo decía en serio.

Matty tenía los ojos llenos de lágrimas y le dijo con tristeza:

—Al contrario que tú, Susan, yo me arrepiento de lo que hice. Pero no tenía otra opción.

Susan suspiró y pasó su brazo carnosos por los hombros flacos de la otra mujer.

—Ya lo sé, cariño. Estamos en el mismo barco, así que si alguien comprende lo que hiciste soy yo.

Se sentía un poco culpable de estar siempre tomándole el pelo a Matty, aunque la verdad es que lo pedía a gritos. Tenía cabeza para las cosas legales, pero ahí se acababa todo. En todo lo demás era escandalosamente tonta. Aunque había muchas otras presas con buena labia, solía ser porque eran timadoras o ladronas. Era muy raro que esas tuvieran encima un marrón gordo, como llamaban a la perpetua.

Aunque a todos los efectos Matty saldría pronto con la condicional, actualmente estaba clasificada como una mujer que se había defendido y no como una que había matado. Había matado, sí, pero en defensa propia.

Lo mismo que su abogado quería que alegara ella.

Pero Susan, siendo Susan, no quería que nadie mirara demasiado de cerca su caso. Tenía unos niños que proteger. Y especialmente Wendy. Ya era bastante malo que su propio padre la hubiera violado para que eso saliera a la luz pública, algo que Susan Dalston no permitiría nunca. La niña hubiera tenido que vivir con ese estigma toda su vida y su madre prefería cumplir condena a permitir que una cosa así fuera del dominio general.

En la vida hay cosas que es mejor dejar pasar.

—¿Querrás arreglarme un poco hoy, Matty, ponerme un poco presentable para mis críos?

—Por supuesto que sí, Susan. Ya sé que te ríes de mí, pero, sé sincera, ¿no te encuentras mejor cuando sabes que estás más presentable?

Susan se pasó las manos por el pelo desgredado y sonrió.

—Solo si me pones tan fantástica como haces siempre. La última vez que lo vi el pequeño Barry me dijo que estaba realmente guapa. Dijo que estaba como una reina, y a juzgar por la asistente social probablemente se refería a una reina como si dijéramos de Stoke-on-Trent, tú ya me entiendes.

Matty se rio.

—Eres incorregible.

—Bueno, si tú lo dices. De todos modos suena bien.

—Vete a darte una ducha y luego te arreglo, aunque no sé por qué me molesto. En cuanto se han ido las visitas destrozas todo mi duro trabajo.

Susan batió las pestañas.

—Es porque la boqui esa grandota, la bollera, no deja de hablarme, por nada más.

Salió de la celda con un alegre «buenos días» y un «hola» para cuantas se fue encontrando camino de la ducha. Nada ni nadie podía bajarla de la nube en la que flotaba. Sus niños venían de visita y Susan Dalston era la mujer más feliz de Inglaterra.

El pequeño Barry corrió derecho a sus brazos. Le había llevado un dibujo de ella, vestida con el mono del uniforme de la prisión y una gran cara sonriente. La rodeaban todas sus hermanas y en el cielo brillaba la gran bola amarilla del sol. Su padre flotaba por el cielo como de costumbre y por una vez eso a Susan no le dolió. El niño tenía nueve años y era evidente que organizaba las cosas en su cabeza lo mejor que podía.

Había estado un año en preventiva y otro año lejos. Era un largo tiempo para una madre y aún más largo para sus hijos. Pero los niños resistían bien y Barry se había adaptado mejor que cualquiera de los otros. Rosie estaba sentada en el regazo de la asistente social y miraba insegura a su madre. El entorno tan controlado que tenían les hacía difícil comportarse con naturalidad. Wendy la tomó en brazos y se sentó al lado de su madre sin dejar de hablar a la pequeña para que estuviera cómoda.

Susan observó el perfil de Wendy, tan parecido al de su padre pero también al suyo, y se preguntó cómo demonios habían podido crear cuatro niños tan preciosos. Aunque Barry era guapo por fuera, por dentro estaba podrido hasta la médula. Rezó para que ninguno de sus hijos hubiera heredado eso de él.

—La abuela Kate te manda sus cariños pero no puede hacer el viaje, mami.

Susan asintió y se rio al ver a Alana perseguir al pequeño Barry por la sala. Era un modo de romper el hielo.

—¿Está mejor?

Wendy negó con la cabeza. El abundante pelo caoba le voló sobre la cara al hacerlo.

—Tiene mal el corazón, mama. Apenas puede moverse, pobrecita.

Tras la muerte de Barry, Kate había tenido un grave ataque de corazón. Susan se sentía culpable, a pesar de que su suegra había intentado conseguir la custodia de los niños y no se sentía agraviada.

Era la única que se había puesto abiertamente del lado de Susan por todo el bien que había hecho.

Susan estaba preocupada por Kate, y estaba preocupada por Ivy. A pesar de todos sus defectos, Ivy intentó apoyar a su nieta, pero June y Joey habían imposibilitado cualquier contacto. Era como si al ponerse de su parte Ivy los pusiera en mal lugar a los ojos del mundo. Como si pusiera en evidencia que se habían equivocado.

Aunque a muchas personas Joey y June le resultaban abominables, se guardaban mucho de decirlo. Por consiguiente, Ivy nunca hablaba de Susan, y eso le resultaba muy duro. Y para conseguir información y mandarle mensajes tenía que depender de Doreen.

Doreen había mentido a la policía la noche del crimen, les había dicho que Wendy no estaba en casa. Era la historia que todos habían contado para dejar fuera de los ojos policiales a la niña. Susan estaba eternamente agradecida a ella y a Kate por las mentiras que habían dicho para proteger a su hija.

Hasta los más pequeños juraron que no estaba allí en ese momento y acabaron creyéndolos.

Doreen le escribía semanalmente y siempre intentaba que Susan estuviera con un buen estado de ánimo, aunque nunca la visitaba. En cambio iba a ver a Kate, para asegurarse de que la anciana se encontraba bien cuidada. Kate estaba demasiado enferma hasta para ir al juicio, pero se mantenía en contacto por carta y eso era un consuelo para Susan. Se había preguntado a menudo cuánto habría sacado en limpio su suegra por su propia cuenta pensando en la noche en cuestión, pero era algo que nunca habían comentado y que tenía la sensación de que nunca comentarían.

Dio unas palmaditas en la gruesa piernecita de Rosie y la niña levantó los ojos y le sonrió. El corazón de Susan se reconfortó.

—Roselle te manda recuerdos, dice que te ha escrito. Y ese tío, Colin, parece simpático, mama. Ojalá quisieras escucharlo. A ver si te saca de aquí.

Susan agitó una mano desdeñosa.

—Ya hemos hablado de todo eso, amorcito, y no hay modo de que haga nada nuevo ahora. Ya se acabó, ¿vale? Lo dejamos así. Estoy muy bien y lo que pasó aquella noche está mejor olvidado. ¿Me estás escuchando?

Wendy asintió con tristeza.

—Me siento responsable de que estés aquí, mama. Los niños te necesitan...

Susan le cortó.

—Los niños están estupendamente y no pueden tenerme aquí dentro para siempre. Así que deja de preocuparte tanto. Yo soy la que tendría que estar preocupada y no lo estoy, ¿verdad?

Wendy no le contestó. Lo que hizo fue dejar a Rosie en el suelo, ponerse de pie y

mirar la sala. Susan la observó. Le preocupaba más ella que cualquiera de los otros. A Wendy se la veía muy delgada, incluso con aquel pecho ya bien desarrollado. Y a veces también se la veía como asustada.

La cara se le ponía en blanco y Susan sabía que pensaba en lo que había sucedido, se culpaba por ello una y otra y otra vez. Por muchas veces que dijera a su hija que no importaba nada, que se había acabado, sabía que Wendy nunca lo creería.

Por lo menos hasta que se hubiera acabado de verdad y Susan estuviera de vuelta en casa y otra vez en el seno de su familia.

Entonces Rosie alzó los brazos hacia Susan. Su carita de mejillas sonrosadas mostraba una sonrisa como la del gato de Cheshire. Susan la cogió en brazos y la apretó fuerte contra el pecho y se dijo una vez más que todo acabaría perfectamente. Escuchó a Alana y al pequeño Barry que le explicaban cómo era el hogar en el que vivían en Essex y sintió relajarse una parte del agobio que le oprimía el corazón.

Eran unos buenos niños, sabrían llevarlo.

Era algo que tenía que creer.

Pero la cara de Wendy seguía persiguiéndola incluso después de que ya les hubiera dado un beso de despedida a todos. E incluso el hecho de que Rosie se hubiera puesto a llorar a la hora de irse, lo que demostraba lo bien que se lo había pasado, no pudo aliviar la sensación que sentía en su pecho de que estaba sacrificando a todos sus niños en beneficio de una sola.

¿Pero qué otra cosa podía hacer?

—Lo que más odio de aquí son las noches, ¿a ti no te pasa, Sue?

Susan estaba tumbada en la litera al atardecer y mostró su acuerdo con un suspiro.

—Pero no puede durar para siempre, eso me digo. Es lo que tienes que decirte tú también, Matty. Si no nos volveremos todas locas. O sea, quiero decir, mira a esa Agnes, se está viendo venir un palo de doce años. Y eso sí que es un marrón y medio para cualquiera. Acabará en Durham como acabé yo, y para ella eso será un duro golpe, te lo digo yo.

Su compañera de habitación estaba callada, cosa nada habitual en ella.

—Venga, Matty. Desembucha, chica. ¿Qué te revuelve por dentro?

—Es que no soporto estar aquí, noche tras noche. ¡Qué desperdicio de vida! Cuando miras a tu alrededor y ves las Carolines, las asesinas y maltratadoras de niños, y piensas en ti misma, es algo que da rabia, ¿verdad? Quiero decir, ya sé que hicimos algo malo, pero era el último recurso. Mi marido disfrutaba haciéndome daño. Cuando me pegaba o me humillaba se reía. Me llevaba todo lo lejos que te puede llevar la resistencia humana, y a pesar de que en cierto sentido conseguí un buen resultado, todavía tengo la sensación de que fue demasiado.

Susan se sentó y buscó su lata de tabaco.

—Te echaron cuatro años, tía. Eso no está mal para un asesinato o un homicidio.

Matty se dejó caer desde su litera de arriba y se sentó en el suelo al lado de Susan.

—De todos modos es demasiado tiempo por él. No valía cuatro años, ¿sabes? Se

merecía lo que se llevó —su voz adquirió un tono duro—. ¡Dios, mira que lo odiaba!

Susan se lio un cigarrillo fino como una cerilla y lo encendió en un momento.

—Eso es lo más curioso, ¿sabes?, yo nunca odié a Barry. O por lo menos no de modo permanente. Lo odiaba a veces, no sé si me entiendes.

Matty abrió una caja pequeña guardada debajo de la litera.

—¿Te apetece un trago, Sue? —le mostró una botella de vodka sin abrir—. También tengo limonada. Siempre me sorprende que a todo el mundo le choque tanto que tengamos bebida aquí. Y después de todo, solo puede llegar de una manera, por medio de una funcionaria. La verdad es que es una suerte que sean tan complacientes. Bueno, algunas, quiero decir.

Susan se emocionó.

—Sí que tomaré un poco, colega, gracias.

Las dos se sirvieron una buena porción de vodka en sus tazones y le dieron un toque de limonada. Susan vació el suyo de un trago y chasqueó los labios con satisfacción.

—Justo lo que me recetó el médico, diría yo.

Matty se rio.

—Estás chiflada, ¿lo sabías?

—Eso me han dicho muchas veces, sobre todo mi querido esposo difunto.

Alzó el tazón y se echó a reír.

—Por nuestros difuntos esposos... Y por la única vez en su vida que nos dejaron un poco en paz.

Hasta Matty se rio con eso.

—¿Sabes qué me gustaría ahora? Me gustaría que estuviéramos en mi casita con mis niños y mis discos. Entonces nos tomaríamos unas cuantas copas, nos reiríamos un poco y después tú te irías a tu casa y por la mañana todos mis hijos estarían esperando a que les preparara algo para desayunar. Y luego los llevaría a la escuela y me reiría un rato con las vecinas y volvería a casa y la arreglaría. Eso es todo lo que quiero de la vida. No quiero que me toque la quiniela ni casarme con un astro del cine. A mí con eso me basta.

Matty notó cómo se le quebraba la voz, sintió la soledad de aquella mujer y se compadeció de ella.

—Eso sucederá algún día.

—Pero para entonces mis niños serán mucho mayores y ya no me necesitarán tanto, ¿sabes? Para entonces ya se valdrán más o menos por sí mismos. Hasta Rosie, porque habrá estado bajo custodia y estar bajo custodia significa cuidar de ti misma desde muy temprana edad. No tienes más que oír a las chicas de aquí. La mayoría de ellas han pasado por las manos del sistema en algún momento.

Matty llenó de nuevo las tazas y bebieron en silencio durante un rato, profundamente sumida cada una en sus propios pensamientos.

—¿Y qué pasa exactamente con tu apelación, Sue? Nunca hablas de eso como

hacen las demás.

Susan se lio un cigarrillo más y soltó un bufido desdeñoso.

—No hay nada que comentar, la verdad. No me la darán, pero por lo menos estaré una temporada más cerca de mis hijos.

—Pero seguro que si era un maltratador y todo eso, te puede valer. Estamos en 1985, Sue, no en la Edad Media. Ahora las mujeres están protegidas de la violencia.

—¿De verdad? —preguntó Susan con voz sarcástica—. Mucha ayuda nos dieron a ti y a mí. Un montón de protección, ¿eh? La bofia pasó por mi casa tantas veces que me tenían en la lista de felicitaciones de Navidad. Pero en realidad nunca jamás hicieron nada. Oh, bueno, se lo llevaban a pasar la noche, como por hacerle un favor. Y al día siguiente lo soltaban, bien sobrio, pero entonces Barry no necesitaba beber para ser un cabrón. No necesitaba nada más que su mente enferma. Quiero decir, que si todo es tan distinto, ¿qué hacemos tú y yo aquí? La semana pasada soltaron a un hombre que mató a su mujer porque le daba la lata, ¿verdad? El juez dijo que tanto quejarse debía de haber vuelto loco al marido. ¿Cuál es la diferencia? Se llevó una regañina y lo soltaron por el tiempo de preventiva. A nosotras nos sacaron la mierda a palos y seguimos pagando el precio de la vida que quitamos. No importa lo asquerosa que fuera esa vida. Mi Barry era un pedazo de mierda, pero al juez eso le dio lo mismo.

Matty se quedó callada unos segundos.

—Pero tú no hiciste gran cosa por ti, ¿verdad? Quiero decir, sé sincera, tu declaración fue como la declaración de un asesino en serie. «Volvería a hacerlo», dijiste. Eso no es lo que quiere oír el tribunal. Las leyes de este país están hechas por hombres y para hombres tienes que adecuarte al sistema, ser una buena mujercita. Un apersona que necesita protección. Y tú te presentas como si fueras una Ma Baker preparada para la batalla.

Susan notó el fastidio en la voz de Matty y le dijo seria:

—¿Como hiciste tú, quieres decir?

Matty, ya medio borracha, se rio.

—Exacto. Has dado justo en el clavo. Por eso apelé la sentencia inmediatamente. Geraldine, mi abogada, tiene detrás de ella a todos los grupos de mujeres, a todo el mundo. Saldré pronto de aquí y seré una heroína feminista —clavó un dedo en la cara de Susan—. Estoy escribiendo un libro sobre el tema y voy a sacarle dinero. Ya verás, soy de clase media, soy guapa y tengo estudios. Los jueces odian poner a la gente educada a la sombra. Porque todo es cuestión de clase, de veras. Pero para mi mundo, cometí un pecado mortal. No solo maté a un hombre, maté a uno que era abogado. Que formaba parte del sistema hiciera lo que hiciera. Pero pelearé contra todos ellos y acabaré ganando.

Susan estaba impresionada por el cerebro de Matty pero no muy segura de su actitud.

—Estás pedo.

Matty se rio otra vez con una risa áspera y fuerte que resonó por todo el pabellón e impulsó a la funcionaria a dar un golpe en la puerta.

—A ver si estáis tranquilas, vosotras dos.

Las dos se habían puesto a reír en voz baja, como dos colegialas. Matty sirvió otro par de buenos tragos.

—Lo maté, de acuerdo. Pero lo gracioso es que él no se lo esperaba, ¿sabes? —volvió a reírse—. ¡Tendrías que haberle visto la cara! Eso sí que fue un susto. No se lo esperaba en absoluto.

—Bueno, ya me lo supongo. La verdad es que nadie se espera que le den una puñalada en el corazón, ¿no crees? O sea, que eso no se hace entre la gente educada.

Las dos rompieron a reír. Esta vez los golpes en la puerta de la celda fueron aún más fuertes y la celadora de noche les gritó:

—¡Os he dicho que os estéis calladitas!

—Apuesto a que a las lesbianas les grita todo el tiempo, ¿tú no crees, muchacha?

Matty tuvo que meterse la esquina de la manta de Susan en la boca para impedir que se le escapara otra vez una carcajada.

—Venga, pon bebida y a ver si nos mamamos de verdad.

Susan ya tenía dificultades para hablar pero la perspectiva de acabar con una curda de muerte le pareció tan buena que estaba decidida a disfrutarla.

—Bueno, mejor no ponerse sensibleras, como Rhianna.

—No te preocupes que yo no —dijo Susan moviendo la cabeza.

Matty acercó su cara a la suya para explicarle sus sentimientos.

—Yo lo probé, ¿sabes? Lo de las lesbianas. Cuando estaba de preventiva. Pero eso no es para mí. Me gustan los hombres. Bueno, en realidad, quiero decir, si tengo que hacerlo prefiero los hombres.

Susan sonrió.

—Para mí es cosa de tomar y dejar, chica, joder. Barry nunca me hizo sentir nada en todos estos años. Ni siquiera cuando estaba realmente enamorada de él, al principio, digamos, nunca se preocupó por mí. Y ese tipo de Mad Max, el australiano... ¿cómo se llama?

—Mel Gibson.

—Eso, Mel Gibson. Con ese sí que me podría enrollar en una visita. Una visita con todo, quiero decir. El menú completo. Le daría lo que fuera, lo que él quisiera —se miró y sonrió amarga—. En fin, qué quieres, aquí no hay mucho que le pueda apetecer a nadie, ¿verdad?

—¿Pero tú nunca en la vida has disfrutado del sexo? ¿Ni siquiera tú sola?

A Susan le sorprendió la idea y así se lo dijo:

—¡Tranquila, chica! Estoy encantada de hablar claro, pero para mí eso es llevar las cosas demasiado lejos.

Matty estaba disfrutando de verdad ahora. Adoraba descolocar a los demás y sabía que esa conversación sobre masturbaciones era lo más chocante que podía

sacarle a Susan Dalston.

—¿Quieres decir que nunca te has hecho un dedo? ¿Un solitario? —frunció el ceño—. ¿Y cómo es esa otra cosa que la llaman las chicas de aquí?

Susan se incorporó y se puso muy derecha contra la litera.

—No lo sé, pero lo que sí sé seguro es que estás borracha. Borracha y asquerosa a la vez.

Matty soltó otra carcajada.

—¡Es que me muero! Como todas estas de aquí dentro, tanto soltar tacos y hablar mal y una cosa tan normal como la masturbación os da a todas vergüenza y os echáis para atrás. Una de las cosas más naturales del mundo. El mejor tranquilizante natural del mundo. Menuda panda, tanto hablar sin trabas de los periodos y de follar, como lo llamáis, y esto otro os da vergüenza.

Susan notó cómo la voz de la otra mujer se iba afilando y se quedó callada. Sabía cómo era la gente cuando estaba bebida. Cómo no iba a saberlo si había crecido entre ellos.

—Está bien, Matty, cálmate. Estate tranquila. Yo no hablo de eso ni del periodo, ni nunca he hablado. Supongo que es porque me criaron así.

Intentó que fueran en broma pero Matty no estaba dispuesta a eso.

—A las personas como tú no las crían ni las educan, os sacan adelante. Os sacan adelante para ser iguales que vuestros padres y antes que los padres de ellos. Así son las cosas. Se llama socialización.

Susan dio un trago a su bebida y suspiró.

—Bueno, se llame como se llame, es basura.

Matty asintió para mostrar su acuerdo.

—Todo es una basura, ¿no lo ves, Sue? Por eso es tan divertido.

Susan se rio al pensar que en realidad no lo encontraba nada divertido. Porque, en efecto, no tenía ni idea de dónde se suponía que estaba el chiste. Pero no lo confesó. Consideraba que todo el mundo tenía derecho a soltar presión de vez en cuando y era evidente que Matty tenía un poco más de presión que las demás.

A Susan le hacía sonreír que las chicas que estaban allí por trabajar al descuido o por falsificar firmas de cheques, por manejar talonarios o tarjetas de crédito robadas, se lamentaran de sus sentencias. Tenían seis meses y se comportaban como si se enfrentaran al corredor de la muerte. Se olvidaban de que ella y otras pocas tenían por delante condenas de verdad. En cárceles de verdad.

Muchas de ellas se marcharían de allí para ir a una prisión abierta, a trabajar en la granja o el jardín, y quemar sus pocos meses entre humo y bebida. Mientras a ella volverían a cambiarla de nuevo a un módulo de seguridad y tendría que volver a aclimatarse de nuevo.

—Venga, muchacha, riéte a gusto, eso sienta más que bien.

Matty se reía a grandes carcajadas otra vez.

—Todas esas pequeñas homilías tuyas... La verdad es que no sabes nada, Susan,

¿verdad? Realmente no sabes.

Otra vez se partió de risa, pero ahora no había ni sombra de humor. Era una risa tensa, forzada, que sonaba a hueco y a triste.

Susan llenó otra vez las tazas y bebieron un rato en silencio.

Sabía que los pensamientos de Matty se habían ido lejos, como los suyos, que probablemente estaría dando vueltas a aquel territorio que había recorrido tantas veces que si fuera de verdad estaría ya pelado. Un territorio que para Susan era siempre el mismo. Y supuso que para Matty también.

Todo síes y peros. Si esto hubiera sucedido de esta otra manera, si aquello otro hubiera pasado antes, simplemente, y así *ad infinitum*.

Susan también lo conocía bien, había estado allí muchas veces, pero había aprendido una cosa: nada cambiaba, absolutamente nada.

Barry seguiría estando muerto, los niños seguirían estando sin ella, y nada de ese territorio cambiaría por mucho que tú deseases que fuera distinto.

—Cuando lo maté, Susan, supe todo el tiempo que iba a hacerlo. Hacía siglos que sabía lo que iba a hacer.

Matty miró a Susan a la cara. Y con aquella media luz le pareció grotesca.

—Pero él no lo sabía. Víctor no lo sabía. Quiero decir, ¿cómo iba a saberlo? Yo no podía decírselo, ¿no crees? No podía estropear la sorpresa.

Volvió a reírse. Esta vez en voz baja, como un niño al que pillan con una caja de cerillas.

—Pero lo hice. Me dije a mí misma que lo haría y lo hice. Eso se llama pensamiento positivo. Me acuerdo que lo leí en el *Cosmpolitan*. Pensamiento positivo.

Susan se rio al ver a Matty intentar desesperadamente pronunciar esas dos palabras.

—Estoy pedo, como dirías tú.

Susan le quitó el tazón y la ayudó a subirse a la litera. Luego la tapó con la manta.

—Échate un sueñecito, socia. Yo recogeré todo esto. Duerme un poco.

Ordenó las cosas para que no quedaran pruebas en la revista de la mañana. Al abrir la caja que tenía debajo de la litera vio media botella de *whisky* y una china de droga. Puso el vodka dentro y volvió a quitarla de la vista.

Después, juntó el líquido de las dos tazas y se lo tragó. Disfrutó con la sensación del alcohol. Con el calor dentro del estómago.

—Este ha pegado bien, muchacha, te lo digo yo.

Matty giró la cabeza y la miró desde arriba.

—Me gustas, Sue, eres estupenda.

Susan le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—Tú tampoco estás demasiado mal, chica. Ahora a dormir con los angelitos. Que por la mañana te vas a sentir como una mierda de perro.

Matty se volvió a reír con una risa infantil.

—Tus niños son preciosos, Susan. Muy guapos. Hasta las boquis admiran sus fotos. Las he visto mirarlas.

Intentó reforzar sus palabras con un gesto de cabeza y Susan se sonrió para sus adentros.

—Yo tuve dos abortos de Víctor. Ya ves, Susan. ¿No es terrible?

Susan siguió de pie junto a la litera y cogió otra vez a Matty de la mano, se la llevó al pecho como si fuera una de sus niñas triste y preocupada por cualquier problemilla.

—A mí mi maridito me sacó unos cuantos a patadas. Así que ya sé cómo te sientes, cariño. De verdad.

Matty intentaba enfocar la vista en medio de la oscuridad.

—Oh, no fue Víctor, Susan, él los quería, fui yo. Yo no quería niños. O por lo menos niños suyos. Me temo que no soy de un tipo muy maternal. Él lloró después de cada aborto porque no se lo conté hasta después de haberme operado. Y entonces era demasiado tarde y él no podía hacer nada, ¿sabes? Pero Víctor nunca fue muy bueno haciendo nada. Ese era el problema, que me irritaba. Un hombre inteligente y culto y sin embargo en lo referente a las mujeres era más tonto que una bolsa de canicas.

Susan no supo qué decirle. Así que se limitó a estrecharle la mano e intentar consolarla.

—No te machaques con eso, socia. Todas hacemos cosas de las que nos arrepentimos.

Entonces la voz de Matty sonó más seria.

—Oh, yo no me arrepiento de nada. Pero de nada, de nada, Sue. En realidad, ¿de qué hay que arrepentirse? Libré al mundo de un botarate inútil que se llamaba Víctor Enderby.

—¿De un botarate inútil pero violento que se llamaba Víctor Enderby, quieres decir?

Matty negó con la cabeza en la oscuridad.

—No era violento, Sue, ¿estás de broma? Mi Víctor era el hombre más tranquilo y amable del mundo. Esa fue su condena. Pensé que podría manejarlo y demás, pero no pude, ya ves. Y al final me sacaba de quicio. Me aburría a muerte y hacía que acabara odiándolo. Tenía que librarme de él. Puedes entenderlo, ¿verdad?

Susan no le respondió. En vez de eso le subió las mantas hasta el cuello y la arropó.

—Duérmete, que por la mañana vas a tener la cabeza como un globo.

Pero Matty se había alejado, se había ido a un lugar completamente distinto y esta vez Susan no la envidió. De hecho decidió que no querría ser Matty Enderby ni por todo el dinero del mundo. También se preguntó qué demonios iba a decirle a la mañana siguiente.

La única esperanza era que Matty se olvidara de aquella conversación y no volviera a mencionarla nunca. Por su parte, pensaba quitarse de la cabeza todo cuanto

había oído. Hay cosas en la vida que es mejor que sigan dentro de la cabeza de una persona. Esto era algo que Susan creía desde hacía mucho tiempo y Matty la había hecho comprender aún mejor lo peligroso que puede ser hablar de más si tienes cosas que ocultar.

Y desde luego Matty tenía algo que ocultar.

Como de costumbre, Wendy se despertó con el canto de los pájaros. Estaba en su cama del centro de acogida Charlton para niños, en Great Wakering, Essex, y miró a su alrededor. La habitación parecía una habitación esterilizada. Paredes blancas y muebles de formica blanca.

Se incorporó, abrió la ventana junto a la cama y encendió un Benson & Hedges. Dio una profunda calada haciendo bajar el humo hasta los pulmones. Si su madre sabía que fumaba se volvería loca. Pero su madre no estaba allí, ¿o sí?

Wendy se rascó ociosa la pierna y lanzó un suspiro.

Si el señor Potter tenía el turno de noche asomaría la cabeza por la puerta en cualquier minuto y luego entraría a ver si había suerte y podía meterle mano. Pero bueno, esa mañana estaba preparada. Tenía una navajita escondida debajo de la almohada.

No pensaba hacerle daño, solo amenazarlo.

Al oír girar la manilla arrojó el cigarrillo por la ventana y miró a la puerta con el corazón batiéndole como un tambor. Deseando que siguiese cerrada.

Pero el señor Alfred Potter ya se le acercaba.

Era viejo, por lo menos para Wendy, andaba por los cuarenta y tantos y tenía un pelo rubio ralo y los dientes fatal. Algo que evidentemente no le molestaba porque no paraba de sonreír todo el tiempo.

Sobre todo a las niñas. A las mayores.

—Nos hemos levantado pronto y bien espabilados, ¿eh?

Wendy no le contestó mientras lo veía acercarse a la cama.

—Hemos estado fumando, ¿eh? —seguía sonriendo.

Cuando alargó la mano para tocarle el pelo como siempre, Wendy siguió sin decir nada, pero cuando se perdió camino de sus pechos sacó la navajita que tenía debajo de la almohada. Bajó de un salto de la cama y la blandió ante él.

—¡Venga, señor Potter, adelante!

Soltó las palabras siseando entre dientes y le encantó ver que el hombre se ponía lívido.

—¡Como vuelva a tocarme otra vez le corto el pescuezo! Me parezco a mi madre más de lo que la gente se piensa, ¿sabe? Soy tan mala como ella, ¿me oye? No aguanto una mierda de nadie, ¿vale?

El señor Potter se asustó, se asustó de veras, y se le notaba en la cara. Salió de la habitación sin decir palabra y Wendy se relajó.

Se obligó a relajarse.

¡Había ganado! No se podía creer que lo hubiera derrotado tan deprisa. Pero se había marchado y la había dejado allí sin decir palabra.

Se abrazó a sí misma de puro gozo. Se había tomado la justicia por su mano, había ganado, estaba segura de que sería así. Se acabó lo de despertarse a horas imposibles, quedarse en la cama preguntándose si iba a venir con aquellas manos siempre encima y aquel mal aliento.

Había tomado el control y se le había enfrentado. Había ganado la batalla y por consiguiente la guerra.

Encendió otro cigarrillo para celebrarlo.

Pero entonces se abrió la puerta de golpe y aparecieron la señora Reading con el señor Potter y otros dos cuidadores.

—Tiene una navaja. Me amenazó con ella.

El señor Potter, asistente social respetado y líder juvenil, sabía muy bien lo que hacía. La navaja apareció donde él dijo y nadie escuchó las explicaciones de aquella niña asustada tal y como él sabía que pasaría. Sonrió con tristeza a Wendy mientras llamaban a la policía y sonrió aún más al ver su susto y su miedo.

Wendy comprendió que no había ganado nada. Y las palabras siguientes de la señora Reading permanecerían en su cabeza toda la vida.

—La sangre llama a la sangre, señor Potter. Lo he visto una y mil veces. La sangre llama a la sangre.

Capítulo 23

Roselle no podía creerse lo que oía sobre Wendy. Aquello iba contra todo lo que sabía de la chica, y decidió de inmediato que allí tenía que haber alguna cosa más que nadie sabía para que la chica amenazara a uno de sus cuidadores con una navaja.

Roselle contuvo una sonrisa. Si pudieran ver algunas de las armas que había quitado a las jovencitas de su club... Incluso una vez había llegado a confiscar una pistola de una chiquita de Birmingham que se llamaba Angelina. Tenía aspecto de ángel y hablaba como un lobo de mar. Y desde luego estaba más que dispuesta a utilizar la pistola.

Pero Angelina era una zorrilla dura de pelar que sabía más de la vida de lo que muchos habrían imaginado. Y lo mismo le pasaba a Wendy en muchos aspectos. Roselle se preguntó cómo reaccionaría la pobre Sue ante la noticia. Encerrada como estaba, había muy poquita cosa que ella pudiera hacer para cambiar algo.

Al pensar en su amiga, Roselle sintió aquel malestar ya conocido en el vientre. La tenían encerrada por nada, en realidad, y tendría que haber sido Barry al que apartasen de sus hijos. Porque a él no le hubiera importado.

Iván entró en el piso en ese momento y Roselle le sonrió al verlo entrar en el salón.

—Has madrugado, Roselle. Solo venía para dejar algunas cosas para Joe. Hoy tiene que venir a casa, ¿verdad?

Roselle sonrió.

—Sí, y tú puedes entrar y salir de aquí siempre que te parezca, ya lo sabes.

En días ya idos se hubiera encontrado la puerta con cerrojo y hubiera comprendido que ella tenía compañía. Habían pasado muchos muchos meses desde la última vez que encontró la puerta cerrada, y eso le preocupaba.

—Eres una mujer joven, te mereces un poco de diversión. No dejes que los hijos de Barry se apoderen de tu vida. Era un inútil. Por Dios, desearía no haberle puesto nunca los ojos encima. Ya vi que habría problemas. Pero no tantos como acabó trayéndonos, te lo aseguro.

—Te prepararé un café. A mí también me vendrá bien.

Se fue a la cocina meneando el culo prieto al caminar e Iván deseó tener todavía algo con lo que sustentar una erección. Pero esos días habían pasado hacía tiempo y tenía que aceptarlo. Ahora ya no podía levantar más que una sonrisa, y eso dolía. Ahora ganaba dinero y esperaba la muerte y encontraba el disfrute en la comida, la bebida y las relaciones sociales.

Durante un tiempo Roselle le había devuelto la juventud. Y le había dado también un hijo, un chico estupendo y guapo con buena presencia y mejor cerebro. Pero ella le preocupaba. Se había encariñado con aquella cría como si fuera de su familia cuando desde luego no lo era ni podría serlo nunca.

Cuando Roselle volvió a su lado con el café le sonrió. Vio los ojos acuosos de un

anciano y eso la entristeció. Últimamente Iván estaba envejeciendo mucho y se preguntó qué demonios iba a hacer sin él.

Cuando ella se inclinó hacia adelante dejó ver por un instante la carne blanca del pecho y el moreno oscuro de un pezón. Iván se encogió de hombros.

—Ahora ya, Roselle, lo único que puedo hacer es mirar. Algo terrible para un hombre.

Ella le hizo una tierna caricia en la mejilla.

—Solo si ese hombre nunca disfrutó de nada en su vida. Tienes tus recuerdos y nos tienes a mí y a Joseph. ¿Qué más puedes querer de la vida?

—Puesto así, querida, suena hasta interesante. A ver, ¿cuáles son las últimas noticias de la chica?

Parte del encanto de Iván residía en la manera que tenía de dar siempre en el clavo. La veía preocupada y eso solo podía ser por una razón.

—Al parecer, Wendy amenazó a uno de los cuidadores con una navaja. La encontraron donde el hombre dijo que estaba y llamaron a la policía. Pero tiene que haber tenido una razón. Seguro que sí. Conozco a esa niña y esa conducta no es suya, Iván. Si tenía una navaja era para protegerse de algo o de alguien.

Iván asintió.

—Tal vez alguien estaba haciéndoselo pasar mal. En esos sitios eso es algo bastante corriente. ¿Puedes conseguir verla? —preguntó.

Roselle asintió.

—Llamaron a la policía pero el hombre, un tal Alfred Potter, no quiso presentar denuncia contra ella —aclaró—. Lo que me parece bien por su parte. Pero es que los asistentes sociales siempre son personas de gran corazón, ¿no? Quiero decir, que siempre estamos leyendo cosas de esos críos en la prensa. Y que solo cuando conoces a uno personalmente cambias de opinión.

Iván sonrió.

—De esos hogares para niños nos vienen las mejores camareras, no lo olvides. En esos sitios reciben una buena educación. ¡Que no es la educación que la gente se cree que reciben!

Roselle no se rio pero comprendió la verdad de sus palabras. Muchas de las chicas con las que había trabajado a lo largo de los años venían de centros de acogida, un término que le resultaba cada vez más extraño considerando qué les había pasado a la mayoría de ellas mientras se suponía que eran bien acogidas.

—Me pregunto si hay algún modo de averiguar algo sobre ese señor Potter.

Iván meneó su vieja cabeza arrugada y sonrió de nuevo.

—Averiguaré algo de él —dijo—. Tú tranquilízate y prepárate para el día. Todavía me quedan algunos contactos aquí y allá, sobre todo en las fuerzas de policía. Veremos qué puedo descubrir.

—Es tan extraño que lo amenazase, ¿sabes? ¿Por qué iba Wendy a amenazar a nadie?

Iván no respondió porque supo que Roselle ya estaba pensando lo mismo que él.

Wendy estaba cansada, cansada y enfadada.

En el cuarto de aislamiento, como lo llamaban, se esperaba de ella que reflexionara sobre lo que había hecho. Que recordara que el señor Potter había sido *bueno* con ella y se preguntase a sí misma por qué había actuado como lo había hecho.

Había dado vueltas a la idea de explicarles el porqué, pero sabía por las otras chicas que acusar a alguien de mala conducta sexual era una absoluta y completa pérdida de tiempo.

El hecho de que en el hogar hubiera chicos y chicas jóvenes significaba que se daba por hecho que eran sexualmente activos y conscientes. Y muchos lo eran, cosa triste pero cierta. Y muchos de ellos habían aprendido lo que sabían de personas como el señor Potter.

Era un predador. Intentaba convertirlos en amigos y confidentes y entonces todo empezaba. Un brazo por encima de un hombro que conseguía rozar un pecho. Los juegos y peleas fingidas que le permitían agarrar y rozar sus cuerpos pretendiendo que solo era una diversión inocente.

Ah, Wendy conocía todas aquellas cosas, se las sabía de memoria. Las chicas hablaban del tema entre ellas, hasta hacían bromas. Pero no era divertido, porque cuando las cosas llegaban demasiado lejos no había nadie que te escuchara y absolutamente nadie que te protegiera.

Bueno, Wendy se había protegido sola y estaba contenta de haberlo hecho. No era la primera vez y tenía la sensación de que no sería la última.

Se abrió la puerta y el corazón le dio un salto y se le puso en la garganta. Vio a la señorita Beacham con una bandeja de té y sándwiches. La joven le sonrió y Wendy le devolvió una sonrisa temblorosa. Nunca en su vida se había alegrado tanto de ver a alguien.

—Pensé traerte un poco de almuerzo. A ver cómo lo llevas.

La señorita Beacham era fea de cara, flaca de cuerpo pero tenía una voz muy bonita. Wendy hubiera podido escucharla durante horas.

—Gracias, señorita.

Tomó la bandeja que le ofrecían y la colocó en el alféizar de la ventana porque en el cuarto no había muebles de ninguna clase salvo una pequeña litera.

—¿Puedo traerte algo?

Wendy asintió.

—Un cigarrillo no me iría mal.

La señorita Beacham puso una de sus caras. Tenía unas expresiones faciales que decían más que todas las palabras del diccionario inglés juntas.

—Veré lo que puedo hacer, pero no prometo nada.

Aunque era muy antitabaco, conocía el valor de cualquier cosa familiar en aquel ambiente deprimente. Todo el mundo tenía algo que le aliviaba la tensión. Para la mayor parte de los chicos a su cargo, era un cigarrillo, incluso para los más pequeños, de siete y ocho años. Le molestaba, pero lo comprendía.

Ese era su secreto con los niños a los que tenía cariño: que trataba de entenderlos. Y de ayudarlos. Y los niños respondían al estímulo, porque al contrario que sus colegas ella no intentaba imponerles sus opiniones. Simplemente las expresaba y dejaba que ellos decidieran a su gusto.

—¿Cómo está el señor Potter?

La señorita Beacham tuvo uno de sus rapidísimos cambios de expresión y se encogió de hombros.

—Bien, según me dicen. Aunque ha sufrido un susto, naturalmente.

Palabras que dijo en tono frívolo y sin sentir las de verdad. No le gustaba el señor Potter y a él no le gustaba ella. Sabía que era porque no era una chica atractiva y él, como la mayoría de los hombres, solo valoraba a las mujeres que eran atractivas.

—¿Y qué me va a pasar?

Notó la soledad y el miedo en las palabras de Wendy y ahogó un deseo de cogerla entre sus brazos y consolarla.

—Unos pocos días aquí dentro y luego finges que has aprendido la lección y vuelves a la normalidad. Oh, y al señor Potter lo han cambiado al turno de día por alguna razón, así que tenemos alguna esperanza, ¿eh?

Wendy sonrió al oírla, con una gran sonrisa. La señorita Beacham le estaba diciendo que sabía qué pasaba, que comprendía. Para la niña aquello significó más que ninguna otra cosa. Por fin tenía una aliada, una verdadera aliada.

—Ahora cómete eso y conserva las fuerzas. Las necesitarás, querida.

Wendy asintió, más contenta ahora que sabía lo que iba a pasar con ella.

—Esta noche estoy de turno, así que igual puedo colarte un par de Bensons. Lo intentaré, ¿vale?

Wendy asintió una vez más y cuando la mujer se marchó apretó los brazos sobre el pecho encantada.

Por lo menos se había quitado de encima una preocupación. Potter ya no haría más turnos de noche. Por fin podría relajarse.

Susan estaba cansada pero exultante. Acababa de hacer su primera sesión de gimnasio y se había quedado muy sorprendida al descubrir que disfrutaba. En el bolsillo tenía una carta que también la había hecho feliz y no dejaba de tocarla solo para recordarse a sí misma que estaba allí de verdad.

Volvió a la celda, se sentó en la litera y sacó las dos hojas de papel para leerlas de nuevo.

Estaba asombrada de que Peter White lograra encontrar ánimos para mandarle

unas líneas. Había echado la carta al correo dos meses antes. En el sobre estaba escrito su nombre y nada más. Nada de número de interna. Peter se había limitado a enviarla a su nombre a la Prisión Real de Holloway. De ahí la habían mandado a Durham y ahora había regresado y la tenía en sus manos y la hacía muy feliz.

En realidad no era más que una nota amistosa en la que le preguntaba cómo estaba, cómo estaban los niños y le decía que había zarpado para Australia en el buque ACT 2. Le gustaban los barcos de transporte de carne, le decía. Y especialmente los nuevos. Se lo describía entero y terminaba con su dirección embarcado.

Quería que ella le contestase, le decía. Los dos confiaban en las cartas para mantenerse al corriente de las cosas del mundo exterior y así poder escribirse el uno al otro y ponerse al día con tanta frecuencia como pudieran.

Susan estrechó la carta contra su pecho y suspiró. Sería maravilloso escribirle, tener noticias suyas, saber de los países que visitaba. De las personas que conocía. Tal vez pudiera ver el mundo a través de sus ojos.

Él le había puesto un beso debajo de la firma y eso también le gustó mucho. Le escribiría después de comer. Le contaría lo poquito de ella que podía contar y luego le haría unas cuantas buenas preguntas para que así tuviera algo en que centrarse cuando le contestara.

La celadora Billings entró y le sonrió.

—Está aquí tu abogado, Dalston. Arréglate que tienes que verlo ahora.

Susan se sobresaltó.

—¿Y qué quiere?

La mujer se encogió de hombros.

—Tú sabrás, socia. Venga, mueve ese culo y ponte en marcha, que ya está en la sala de visitas.

Susan se adecentó lo mejor que pudo y siguió a la funcionaria por el pasillo. Ahora tenía miedo, estaba asustada. Sabía que aquella no era una visita normal, y tenía miedo de que le hubiera sucedido algo a uno de los niños. La mente se le disparó al tratar de pensar en todas las posibles situaciones malas que se le ocurrían. Que Rosie estuviera enferma y a punto de morir. Que Barry estuviera tirado en algún sitio con los huesos rotos. La lista era interminable. Y aunque se daba cuenta de que se torturaba inútilmente su cabeza no dejaba de dar vueltas sin parar.

Cada puerta parecía necesitar siglos para abrirse, y todos parecían ir entorpeciendo su avance. Cuando finalmente entró en la sala de visitas otra vez sudaba por todas partes. Colin estaba junto a la ventana y su figura delgada se dibujaba con la luz del sol exterior.

—¿Qué pasa, es uno de los niños?

Colin notó de inmediato la ansiedad en su voz.

—Es Wendy. Pero antes de que pierdas los nervios, está perfectamente. No le ha pasado nada malo en absoluto.

Susan notó que el cuerpo entero se le venía abajo. Sentada en una silla junto a la mesa suspiró con fuerza.

—¿Y entonces qué ha pasado? —tenía la cara tan blanca que parecía un cadáver. Hasta los labios habían perdido el color.

—Atacó a su cuidador con una navajita —Colin alzó la mano para que no hablase—. Antes de que empieces, escúchame, Susan. Está bien, no la han encerrado, el asistente social no la ha denunciado. La han castigado en el centro de acogida. Así que no es grave. Allí se enfrentan a este tipo de cosas todo el tiempo y las comprenden. A la niña lo que más le preocupa es que tú te enteres, y eso es muy natural.

Susan lo miraba como si de repente le hubieran salido una barba larga y orejas de duende.

—¿Que qué? ¿Que mi Wendy hizo qué?

Sonaba tan incrédula, se la veía tan atónita, que a Colin le entraron ganas de reírse.

—Escucha, Susan, la verdad es que suena mucho peor de lo que es. Créeme.

Susan meneaba la cabeza consternada.

—¿Y qué le hizo él a ella? ¿Por qué lo amenazó?

Colin se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir, cómo que no lo sabes? O sea, que la cría coge una navaja sin más y decide amenazar a uno de los asistentes ¿y tú me pides que yo crea eso? ¿Que mi Wendy se volvió loca sin más, me estás diciendo eso?

Se había puesto de pie y daba verdadero miedo. La funcionaria de guardia se acercó a ella y la hizo sentarse otra vez en la silla. Susan la apartó con el hombro como si fuera una mosca o un mosquito molestos.

—Cálmate, Dalston.

—¡Que me calme! ¡Estás majareta, tía! ¿Cómo voy a calmarme? ¡Mi niña está en peligro y ni siquiera puedo hablar con ella! ¿Está fatal? ¿Está bien? ¿Qué pasa?

Colin cerró los ojos fastidiado. Aquella mujer le causaba más problemas de los que le había causado nadie en toda su vida. No estaba dispuesta a colaborar para nada. De hecho parecía incluso como si no quisiera salir de allí. Como si quisiera seguir encerrada. Y encima de eso, esperaba que él se cuidara de todo como si fuera pariente suyo, lo que gracias a Dios no era.

—Escucha, Susan, ¿quieres calmarte?

La funcionaria revoloteaba por allí. A Susan le llegaba el olor de su desodorante, un olor denso y empalagoso que le revolvió el estómago.

—No puedo aguantar más. Te juro que ya no puedo aguantar más.

Colin fue junto a ella y le puso una mano cordial sobre el hombro.

—Te comprendo, Susan, te comprendo, de verdad. ¿Pero por qué no te ayudas tú a ti misma? Podrías estar en casa con tus hijos antes de lo que te crees.

Susan le apartó el brazo con los ojos bajos.

—Tú no lo entiendes, Colin.

—La verdad es que no, Susan —dijo encogiéndose de hombros—. En eso tienes razón. No te entiendo en absoluto.

Se quedó callada unos momentos. Oía el débil sonido de las risas y las conversaciones que venían de fuera de la ventana. Una suave brisa levantaba las cortinas al colarse entre los barrotes exteriores. Susan se quedó mirándolas y comprendió que estaba atrapada. Totalmente atrapada.

—¿Y cómo está todo entonces? ¿Es verdad que está bien?

Colin asintió. Pero estaba molesto por su resistencia a trabajar en su propio favor y en el de sus hijos. Eso no era natural, en absoluto. Era obvio que quería muchísimo a esos niños, así que ¿por qué no hacía lo posible por salir?

Matty estaba dos salas más allá de Susan, tomándose un café y hablando de su apelación como si fuera cosa hecha.

Y así era por lo que a ella respectaba.

Tenía a su abogada, Geraldine O'Hara, letrada distinguida, sentada enfrente de ella.

Geraldine era impresionante. Con treinta y nueve años tenía la altura y el cuerpo de una modelo. Llevaba la abundante melena de un rojo vibrante, un caoba auténtico con reflejos dorados. Unos ojos verdes maliciosos y unos labios carnosos. Se vestía con trajes que denotaban poder, negros, de faldas estrechas y hombreras anchas, y siempre llevaba labios y uñas de un rojo llamativo. Era una mujer de los ochenta hasta en el último detalle. *Sexy*, seria y triunfadora.

Era también una feminista muy conocida y una celebridad mediática. Sus colegas la apodaban «Odiahombres», porque siempre andaba persiguiendo asuntos de derechos de la mujer y luchando por lo que a sus amigos les parecían causas perdidas.

No tenía marido, novio ni amante.

No porque nadie la deseara. Los hombres la inundaban de ofrecimientos para cualquier cosa que deseara, desde una cena a irse a la cama.

Pero ella no quería saber nada. Solo le interesaba el trabajo, el trabajo y aún más trabajo. Los hombres, proclamaba, te apartan la mente de las cosas reales de la vida, de las cosas importantes. Nadie estuvo seguro nunca de si eso lo decía de verdad o era uno de sus chistes. Nunca se molestó en explicarlo.

Así era la personalidad de Geraldine O'Hara. Pero incluso con sus opiniones y sus dogmas feministas, le resultaba muy difícil que la mujer que tenía delante le gustara. Aunque nunca permitiría que eso enturbiase su juicio.

Matilda Enderby le había causado una mala impresión desde el primer día. Hasta estrecharle la mano le había hecho sentir un escalofrío. Y evitaba el contacto físico con Matty tanto cuanto podía.

Ahora Matty hablaba y Geraldine se forzaba por atender a lo que le decía.

—Víctor era un perverso de muchas formas, ¿sabes? Siempre quería sexo realmente perverso. Látigos, películas porno... Lo que le iba de verdad era el dolor.

—¿Infligirlo o sufrirlo? —dijo Geraldine con voz cortante.

Matty alargó la vista a un punto más allá de su cabeza y suspiró. Su bonita cara era aún más bonita en reposo. Finalmente, después de lo que pareció un siglo, le respondió.

—Bueno, las dos cosas, en realidad. Pero sobre todo infligirlo.

Geraldine se quedó mirando a la mujer que tenía delante y medio sonrió.

—Ni en la casa ni en su despacho se encontró nada. Al menos nada que le relacionara con esos hábitos sexuales. Tengo intención de visitar a la prostituta que solía ver —miró un momento la libreta—. Una tal Mariah Brewster. A ver qué tiene que decirnos del tema. Tengo entendido que en el último juicio no estaba muy colaboradora.

La cara de Matty era el vivo retrato de una mujer ofendida.

—Fue espantoso cuando descubrí lo de esa mujer, de verdad. ¿Puedes imaginarte cómo me hizo sentir saber que pagaba a una desconocida para tener sexo?

Geraldine se encogió de hombros.

—Por terrible que pueda haber sido, si las cosas estaban tan mal, seguro que también te resultaría un alivio.

Matty asintió.

—Desde luego que sí.

Geraldine dio un sorbo de café y encendió un cigarrillo. Luego le dio una calada profunda y sonrió.

—Tienes buen aspecto. ¿Lo estás llevando bien?

Matty sonrió con una de sus grandes sonrisas luminosas que la hacían parecer muy joven y muy vulnerable.

—Qué remedio, ¿no crees? No dejes de decirme a mí misma que pronto se acabará todo y podré seguir con mi vida de antes otra vez.

—¿Se te ocurre algún sitio donde pudiera guardar sus juguetes sexuales, los látigos, etc.? Porque tu piso y su oficina, incluso el garaje, estaban limpios y relucientes. Y a no ser que podamos dar con algo, no vamos a poder utilizar ese argumento. En tu cuerpo no hay marcas evidentes que podamos enseñar, ¿verdad?

Matty meneó la cabeza fuertemente y el espeso pelo se le paseó por la cara.

—Me temo que no. Yo cicatrizo muy bien.

—¿No te queda ninguna marca?

—Ya sabes que no. Pero seguro que el hecho de que contratara prostitutas dice mucho del tema.

Geraldine se puso de pie y se estiró. El traje negro de lana estaba immaculado. Ni siquiera un cabello suelto estropeaba su prestancia.

—No necesariamente. Quiero decir que según dice esa mujer, Brewster, era un,

entre comillas, hombre agradable.

Antes de que Matty pudiera contestar oyeron un estruendo impresionante que procedía de otra de las salas. Una voz de mujer soltaba obscenidades a todo volumen y Matty dio un salto en la silla.

—Parece Susan Dalston, mi compañera de celda.

Geraldine se quedó atónita.

—¿Estás en la celda con Susan Dalston, la mujer del martillo? —preguntó.

Matty asintió y fue junto a la puerta.

La celadora de guardia introdujo la cabeza y sonrió compungida.

—Tengo que cerrar aquí mientras me llevo a otra interna. Perdonen.

—¡Cabrones! ¡Malditos cabrones, malditos! Rosie... quiero a mi Rosie.

La voz de Susan sonaba anegada en lágrimas. Desde su sala pudieron oír cómo la reducían y su lenguaje les explicaba con toda exactitud lo que pensaba de las funcionarias concernidas.

—¡Te mataré, Colin! ¡Eres un puto mamón!

Geraldine se llevó instintivamente las manos a la cara.

—¿Pero qué es lo que pasa?

Matty se encogió de hombros y se quedó mirando la puerta como si fuera capaz de ver a través de ella en todo momento.

—No lo sé, Geraldine, la verdad es que no lo sé.

Colin estaba en estado de *shock*. Mientras contemplaba cómo tres robustas funcionarias arrastraban a Susan por el suelo se tocó el cuello y quedó sorprendido al no encontrar sangre. Aunque sí que notó los rasguños de los arañazos que le había dado.

—¡Rosie!

Era el grito, el grito constante que se repetía.

La arrastraban a la fuerza sacándola de la sala al pasillo. Alguien había dado la alarma y los gritos angustiosos de Susan quedaban ahogados por los timbres que resonaban y avisaban a todas las celadoras de que había un incidente de importancia. Una de ellas llamaba por radio a un médico para que sedara a la prisionera.

Colin se sintió agobiado por la culpa y el remordimiento. Había tenido que ir a hablar con ella y deprisa. Pero no había supuesto cómo iban a afectarle las noticias. Esperaba que se enfadase, pero no que intentara estrangularle con sus manos. Como mínimo, aquello había sido una buena experiencia para el proceso de aprendizaje.

Susan quedaba desaparecida bajo todavía más funcionarias que intentaban controlarla. La arrastraban por la camiseta que llevaba y dejaban a la vista el sostén viejo y los grandes pechos.

Y no dejaba de gritar y vociferar el nombre de su hija.

Por fin, tras lo que pareció un siglo, el médico la sedó aunque intentaba luchar

contra los efectos del Librium. Su única palabra sonaba ahora incoherente mientras se debatía por mantener los ojos abiertos.

Gracias a Dios alguien había apagado la alarma. El silencio era tan sorprendente como lo había sido el ruido.

La señorita Dobbin, la funcionaria de guardia, miró a Colin y le dijo sarcásticamente:

—Hemos hecho nuestra buena obra del día, ¿eh?

Miró a sus compañeras.

—Lo único que hizo fue decirle a Dalston con toda tranquilidad que su hija pequeña estaba lista para darla en adopción a los padres de acogida.

Meneó la cabeza de pelo rapado sin poder creérselo.

—¿Tiene alguna idea de cómo debe haberla hecho sentir, amigo?

Las otras mujeres lo miraron y se sintió como si fuera ciego de los bajos fondos. ¡Pero no había sido nada de eso, solo había tratado de contárselo con suavidad! Abrió la boca para decir algo y le cortaron inmediatamente.

—¡Saca el culo de aquí ya! Y más vale que nos llevemos a esta al pabellón de los locos, y rapidito. Lo más probable es que nos la devuelvan pronto y entonces empezaremos otra vez con lo mismo.

Después de llevarse a Susan, abrieron las puertas de las otras salas y todos los letrados que visitaban a sus clientes pudieron salir. Colin sabía que debían haber oído todo lo que se había dicho y se entretuvo con el portafolios tratando de postergar su salida.

Pero Geraldine lo vio. Intrigada, se demoró junto a la puerta hablando con Matty hasta que se la llevaron a su celda. Y cuando Colin salió de la sala de al lado lo estaba esperando. La reconoció al momento. Geraldine O'Hara no era alguien que necesitara de presentaciones.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Colin asintió con cara triste.

—Tienes el cuello enrojecido y te ha roto el cuello del jersey.

—En este momento ese es el menor de mis problemas.

Colin vio aquel par de ojos verdes que le hicieron pararse en seco sobre sus pasos. Intentó arreglarse a toda prisa porque se dio cuenta del aspecto desaliñado que tenía incluso cuando intentaba presentarse correctamente. Era una cosa que le pasaba desde niño. Era algo que sacaba de quicio a su madre y a todas las novias serias que tuvo.

—Venga, te invito a un té, te sentirás mejor, ¿de acuerdo?

En la cantina, donde Geraldine era bien conocida, aprendió otra lección. La abogada sonreía y hablaba con todos y no se olvidaba de preguntarles por sus hijos, maridos y familias. Se quedó impresionado. En general la gente de leyes tenía dificultades en las prisiones, especialmente cuando lo que pretendían era lograr la libertad de un asesino. Geraldine parecía tan a gusto en la cantina como si estuviera en un bar de vinos elegante. Volvió con el té a la mesa y le sonrió.

—Así que tú eres el abogado de Susan Dalston.

—Colin Jackson. Probablemente su exabogado. Me parece que acabo de ganarme la versión East End de la patada en el culo.

—No puedes culparla. Está claro que sufrió un *shock* y estalló. Nos pasa a todos. A mí también me tiró al suelo un cliente en Wandsworth hace tiempo.

Colin la miró.

—No me sorprende si fuiste allí con esa pinta.

—Fue un atracador a mano armada, hace unos años —le dijo con una sonrisa—. Tuve que contarle que su mujer se había muerto de un tumor cerebral mientras estaba en preventiva. Lo más raro fue que le declararon no culpable y cinco días después del juicio se ahorcó.

—A veces las tragedias vienen una detrás de otra.

Geraldine dio un sorbo de té y encendió un Rothman's.

—Así es como nos ganamos la vida. Hablando de otra cosa, ¿cómo es Susan Dalston en realidad?

—¿Qué quieres decir, cuando no está intentando estrangular a su letrado?

Geraldine sonrió mostrando sus dientes perfectos.

Colin lo pensó unos segundos antes de contestar y Geraldine notó la sinceridad de sus palabras cuando por fin lo hizo.

—Es una buena persona. No tendría que estar aquí. Tendría que estar con sus hijos. Los adora y ellos la adoran. Su marido estuvo años pegándole sin compasión. Hasta le hizo abortar más de una vez a patadas y le contagió un par de venéreas. Pero en el juicio no quisieron usar nada de todo eso porque ella no se lo permitió. Lo único que decía era: «Volvería a hacerlo si pudiera». Y naturalmente sus abogados no iban a hacerla subir al estrado de la acusación para que la destrozasen y la declarasen culpable con cadena perpetua. Yo creo que solo ha presentado la apelación para volver a Londres y estar más cerca de sus hijos. Antes estaba en Durham. Hoy tuve que contarle que los servicios sociales iban a conceder la adopción de su hija pequeña a los padres de acogida. Y no puede hacer nada. No tiene nadie más que pueda acoger a los niños, no tiene parientes interesados. Así que la administración ha decidido que la niña se quede con los Simpson.

Se rio con una risa hueca.

—Y ahí fue cuando trató de estrangularme.

—¿Así, como si tal cosa? —preguntó con voz dulce.

—Sí, Geraldine —le dijo sonriéndole otra vez—. Así como si tal cosa.

—Y para rematarlo —continuó—, anoche su hija mayor amenazó con una navaja a uno de los cuidadores del hogar infantil. Como puedes imaginar, eso también le cayó encima como un camión de diez toneladas sobre un Mini Cooper.

Geraldine meneó la cabeza y suspiró.

—Menuda historia. Hay gente que tiene una vida insoportablemente triste, ¿no es cierto?

—Al contrario que nuestra deliciosa Matty, por supuesto.

Geraldine abrió unos ojos como platos.

—¿La conoces?

—Solo de vista —dijo Colin sonriendo—. Estuve trabajando con Víctor cuando hacía las prácticas de fin de carrera. Un dinerito extra. Entonces ella era su secretaria, claro. No estaban casados.

Geraldine miró el reloj y se mordió el labio.

—Escucha, la verdad es que tengo muchísima prisa. ¿Hay posibilidades de que nos veamos después?

Colin alzó una ceja en un gesto burlón.

—Apostaría a que normalmente los hombres tienen la fantasía de que tú les digas esas palabras.

—¿Y por qué no las tienes tú? ¿Estoy perdiendo mi toque?

Colin sonrió. Ella le gustaba y pensó que él a ella también. Se pasó las manos por el pelo desarreglado y se rio.

—No tengo nada que hacer. Dime un sitio y una hora y te veo allí.

—¿Qué me dices del Zilli's en la calle Dean? Tengo que estar en el Soho temprano. Tengo una cita. ¿Sobre las siete y media?

Colin asintió.

—Entonces nos vemos allí.

—Puedes apostar a que sí —le dijo ella con una sonrisa. Él se quedó mirándola salir de la cantina y tuvo la sensación de que su vida acababa de dar un gran giro ascendente. Un celador se detuvo junto a su mesa.

—¡Menudo maricón! ¿Cómo es que un cachorrito como tú se toma una taza de té con un monumento con esas piernas, eh?

Colin miró al hombre y le dijo, impávido:

—Porque se lo supliqué, naturalmente.

Rhianna entró en la celda de Matty y dijo en voz alta:

—¿Es verdad lo de la pobre Sue?

—Sí, me temo que sí. ¿No son unos cabrones por hacerle eso?

—Eso es lo que hacen siempre, so estúpida —soltó Rhianna con un bufido—. Yo no he visto a mi hija desde que tenía tres años.

Su voz sonó triste, añorante.

—¿La dieron en adopción? —Matty parecía sinceramente interesada en el tema.

Rhianna negó con la cabeza.

—Quia, la verdad es que no. Se la dieron a mi madre. Mi madre, que solicitó la custodia. Y yo firmé los papeles, tal cual. Pero mi madre se mudó a los pocos días y desde entonces no he vuelto a ver a ninguna de las dos.

—Eso es horroroso.

Rhianna la imitó con malicia.

—Sí, ha sido una cosa horrorosa, señorita Enderby. Pero así es la vida, ¿no? Mi mamá pensaba que hacía lo que tenía que hacer. Supongo.

Encendió un canuto y dio una fuerte calada.

—¿Qué estás haciendo?

Matty separó los brazos para que Rhianna pudiera ver lo que tenía en el regazo.

—Estaba mirando las cosas de Sue, nada más. Mira, mira esta del pequeño Barry.

Le tendió la carta a Rhianna que se la arrancó de la mano con un bramido.

—¿Qué cojones te piensas que estás haciendo, tía? Estas son las cosas privadas y personales de Susan Dalston. No tienes ningún derecho a revisárselas.

Matty se puso de pie y se encogió de hombros.

—¿Y qué tiene de malo? Ella no lo sabe, ¿verdad?

Rhianna echaba humo.

—Es una regla no escrita, Matty —le apoyó una larga uña morada en la cara—. No se toca nada que no te hayan invitado a tocar, deberías saberlo.

Empezó a recoger las cosas.

Matty se sintió molesta.

—Oh, por Dios santo, Rhianna, ¿qué mal le puede hacer?

La negra se puso frente a ella y Matty quedó sorprendida al ver que tenía lágrimas en las mejillas. Sujetaba los dibujos y las cartas contra el pecho como si fueran más valiosos que el oro.

—No toques nada de todo esto, joder, ¿me oyes, tía? Como lo hagas te parto esa puta cara. Esto es todo lo que le queda a Susan de su vida de fuera. De su vida, Matty, la suya, no la de nadie más. Solo la suya. Es su mundo privado y puede entrar en él cuando quiera. Son sus recuerdos, es donde puede abrazar a sus hijos, hablar con ellos en su pensamiento. Es donde puede soñar con ellos despierta y quererlos sin que nadie más se meta por en medio. Y si tú no entiendes esto todavía, eres una puta zorra egoísta más grande de lo que me había pensado.

Matty se quedó callada. Escuchaba a la otra mujer con ojos tristes.

—No sabes nada de la vida, no sabes absolutamente nada de la gente y de lo que necesitan —dijo Rhianna furiosa—. Andas pavoneándote por aquí como si fueras alguien, como si todas estuviéramos por debajo de ti y tú supieras más que nosotras. Pero no lo eres, no eres mejor que ninguna de nosotras. Porque nosotras sabemos todas lo más básico para vivir juntas y compartir con las demás lo que las demás quieren compartir, no lo que cada una se crea que puede tener o cogerse porque sí. Así que, a ver, ¿de dónde ha salido todo este material?

Matty se sintió como si le hubieran dado una bofetada.

—Está bien, Rhianna, tómatelo con calma.

Estaba tan enfadada que Matty tuvo miedo por su seguridad.

—La verdad es que no sabes nada de nada, ¿verdad, Matty? Ni siquiera eres capaz de ver lo que has hecho, ¿verdad?

Rhianna le metió las cosas entre las manos y le dijo muy seria:

—Guarda todo eso y procura no ponerte delante de mi vista esta noche. Te lo digo en serio, Matty. No estoy de humor para aguantarte.

Susan apareció en una cama de hospital con los brazos sujetos con correas. Durante un rato no supo muy bien dónde estaba. Tenía la boca seca, irritada. Era como si la lengua fuera diez veces más grande de lo que le cabía en la boca, y los ojos eran un torrente. Comprendió que lloraba y que había estado llorando mientras dormía. Y entonces recordó y comprendió por qué la tenían allí atada.

Iban a regalar a su Rosie como si fuera un trozo de pastel o un jersey viejo. Habían decidido que estaría mucho mejor con los Simpson y es probable que fuera así. Pero eso no lo convertía en algo justo. Rosie era su hija, su hija pequeña. Rosie era la mimada de la casa. Ni siquiera Barry había podido resistirse.

Susan la había llevado en su vientre, la había alimentado y amado desde que llegó al mundo con su carita de melocotón y sus llantos agudos.

Por el rabillo del ojo Susan vio las cosas que llevaba en los bolsillos cuando la desnudaron. La carta de Peter estaba sobre el armarito de formica blanca y notó que volvía a clavársele el agujón de las lágrimas. Había sido un día delicioso. Tendría que haber sabido que no se le permitía tener días buenos ni cosas hermosas.

Toda su vida había ido tropezándose con una catástrofe o con otra. Y sin embargo siempre había creído firmemente que algún día le tocaría el premio gordo. Tendría lo que deseaba. Por una sola vez.

Apareció un rostro al lado de la cama. Era una mujer pequeña, de unos sesenta años, con los dientes en mal estado y un pelo greñado mal sujeto con una cinta.

—¿Te doy algo que te haga feliz, cariño? Algo que te ahuyente las tristezas.

Susan meneó la cabeza. La droga que podría animarla todavía no se había inventado. Después de hoy no creía que volviera a tener otro momento feliz jamás. No estaba segura de si deseaba la felicidad. Siempre se la quitaban tan deprisa que empezaba a tenerle miedo.

La felicidad era para otros, para la gente de las revistas o de la tele. No para los que eran como ella y sus hijos.

Entonces volvió a llorar, con un gemido solitario, hasta que finalmente le pusieron una inyección y pudo abrazar la inconsciencia.

Capítulo 24

Mariah Brewster vivía justo al lado de la calle Wardour. Geraldine se quedó sorprendida al verla porque se esperaba una prostituta normal. Y en vez de eso se encontró con una mujer de mediana edad de pelo bonito, buena figura y un vestido y un jersey de C&A de lo más recatados. Mariah la invitó a entrar como si viniera la reina de visita y Geraldine volvió a quedarse asombrada.

El piso era como el dormitorio de una jovencita, todo *chintz* y mesas cubiertas con adornos y bibelots. Sobre la mesita baja había preparado el té de las cinco que incluía sándwiches y bizcocho, una gran tetera y algunos bollitos.

—Por favor, siéntese, señorita O’Hara. Me alegro de que haya llegado temprano. No soporto tener que esperar y me llega un cliente en cosa de una hora, así que no quería tener que meterle prisa. Eso es siempre tan molesto, ¿no cree?

Geraldine estaba atónita pero la mujer le cayó bien al instante. Cinco minutos después tenía una rebanada de bizcocho Battenberg y una taza de té en precario equilibrio sobre las rodillas.

—Tiene usted un pelo precioso, querida, aunque supongo que se lo dirán todo el tiempo, ¿verdad? Mi hija mayor también tiene un pelo precioso. Está en la universidad estudiando Derecho, nada menos.

Geraldine sonrió.

Mariah dio unos sorbitos al té y se limpió muy cuidadosamente la boca pintada de color coral con una servilleta de hilo.

—¿Qué puedo hacer por usted entonces? La verdad es que no tengo nada que añadir a la última declaración que hice.

Geraldine asintió.

—Lo comprendo, pero tengo que investigar todas las vías. Lo único que quiero es que me hable con sus propias palabras de Víctor Enderby. ¿Cómo era? ¿Qué quería de usted?

Mariah apoyó la espalda en la silla y cerró los ojos.

—Víctor era un hombre agradable, muy educado y muy amable. Ojalá tuviera más como él —se sentó más derecha y sonrió—. ¿Quiere un bollito?

Geraldine negó con la cabeza.

—¿Alguna vez le pidió algo fuera de lo corriente? Me refiero a cuestiones sexuales.

Ante eso Mariah Brewster se rio con una risa cantarina que daba gusto oírlo.

—¿Víctor? ¡No! —levantó las manos—. Sexo vulgar y corriente y nada de besos, eso era lo que pedía. La verdad es que para él el sexo no era realmente algo muy importante.

Frunció las cejas tratando de explicarse.

—Era más bien como salir con alguien. Me traía vino, vino bueno, por cierto, no de esos baratos. Con él aprendí muchas cosas sobre el vino, era casi un maniático. Un

maniático del vino, quiero decir.

Se rio otra vez.

—Abría la botella de vino y charlábamos. La primera vez que vino fue hace más de diez años. Su madre todavía vivía, por supuesto. Una buena bruja. Lo llevaba de cabeza con todas sus enfermedades y sus críticas constantes. Creo que para él yo era como un refugio, alguien en quien podía confiar, con quien podía estar. Pasar una tarde agradable o una noche y no preocuparse de si era Víctor Enderby, abogado importante. Oh, aún más importante, Víctor Enderby hijo —sonrió—. Pasamos muchos buenos ratos Víctor y yo. Para él el sexo era una especie de premio añadido. Terminaba en un santiamén. Y sin complicaciones.

—¿No le ponía atarse? ¿El sadomaso? Aunque fuera de lo más suave, digamos que le sujetara los brazos sobre la cabeza, cosas de esas.

Mariah negó con la cabeza y se rio de nuevo.

—¡Víctor ni siquiera quería hacerlo con la luz encendida! Era incapaz de hablar de sexo. Yo tenía que llevar el mando todas las veces. Cuando sus dos horas estaban a punto de acabarse lo cogía de la mano y me lo llevaba a la cama. Así de fácil. Me pagaba en efectivo y metía los billetes en un sobre y lo dejaba sobre la cama. En resumen, que era un arreglo muy bueno. Como ya le dije, ojalá tuviera más como él.

Geraldine no lograba imaginarse de ninguna manera cómo alguien podría desear hombres así, desconocidos, personas que llegaban de la calle. Con enfermedades o cualquier cosa.

Fue como si Mariah le hubiese leído el pensamiento porque con sus maneras bondadosas le dijo, triste:

—Mire, querida, ya comprendo que mi modo de vida le pueda parecer extraño. Pero tiene que recordar que yo no soy usted. He criado a tres hijos, los he mandado a buenos colegios, y les he satisfecho todas las necesidades con este trabajo. Cuando murió mi marido no tenía ni un penique. Se había jugado y perdido todo lo que teníamos. La casa estaba hipotecada hasta el tejado, me quedé literalmente en la calle. Y esto me devolvió la independencia, de algún modo. Yo no lo hubiera escogido pero sirvió para satisfacer una necesidad. Mis hijos se creen que soy funcionaria, cariño —continuó—, que trabajo en cosas importantes del gobierno. ¿Y por qué iban a pensar otra cosa? Soy su madre, su mentora, y me voy a trabajar cada día como los demás. Estoy en casa cada noche cuando ellos llegan. Los quiero muchísimo. Qué sencillo, ¿verdad? Si hubiera tenido más clientes como Víctor, habría sido una mujer feliz, créame. Ya voy teniendo años y eso no es bueno en mi oficio. Pero me seguirá haciendo el avío mientras siga teniendo la oportunidad, y un día seré una abuelita que vive en un *bungalow* de Eastbourne y tendrá cierto respeto. Todos tenemos que vivir según nuestras propias posibilidades, querida, hacer lo que sabemos.

Geraldine se sentía desconcertada ante la sinceridad absoluta de la mujer que tenía delante.

—Yo no la juzgo.

Mariah sonrió.

—Pues claro que sí. Juzgar está en la naturaleza humana. Bueno, yo nunca juzgo a nadie, porque como dice la Biblia: «No juzguéis y no seréis juzgados». O algo así, más o menos. Me han pegado. Me han robado. Pero he sobrevivido gracias a los Víctor de este mundo. Los hombres auténticamente buenos, los que quieren un desahogo, no sexo. Cuando conoció a su esposa, estaba tan feliz, ¿sabe? Me alegré por él.

—¿Se lo dijo?

Mariah asintió.

—Oh, estaba loco de contento. Era más joven, muy atractiva y estaba convencido de que lo quería. Que se preocupaba de él. Vino aquí y me dijo que ya no podría venir más a verme porque eso no sería justo con ella. Matilda. Me dio un par de cientos como indemnización por finiquito, así lo llamó él. Era un hombre tan justo. Pero a los seis meses de la boda ya había vuelto. Estaba segura de que volvería, todo aquello sonaba demasiado bueno para ser cierto.

Geraldine no daba crédito a sus oídos.

—¿Y usted habló de esto antes, en su primera declaración?

Mariah se encogió de hombros.

—Bueno, es que antes... La verdad es que no quería verme envuelta. Ya puede imaginarse que es lo último que me hace falta. Pero después de leer lo que se andaba diciendo de él pensé que alguien tenía que poner las cosas en su sitio. Ella lo torturó desde el primer día. Lo ridiculizaba: su comportamiento sexual y su vida. El pobre hombre se convirtió en una sombra de lo que era. Ya sabe que era un abogado criminalista brillante. Se suponía que delante de un tribunal era fantástico. Pero con las mujeres era como un niño perdido. Todavía lo estoy viendo, aquella pobre cara... Estaba destrozado por lo que ella le hacía. No lograba comprender qué se había torcido. Porque además abortaba sus hijos —siguió Mariah—. Me lo dijo él mismo. Si lo que usted pretende es sacarla de allí, dígame de mi parte que es una perra mentirosa. Un hijo hubiera sido la culminación de todo lo que aquel hombre pedía a la vida. Y cuando ella hizo que se los quitasen, quedó roto. Ella se propuso destrozarlo y lo consiguió. Pero me sorprendería mucho que la hubiese pegado. Me niego a creer que fuera capaz de hacerlo.

—Todo esto que me dice lo dice en serio, ¿verdad?

Mariah se pasó una mano bien cuidada por el lustroso pelo.

—Desde luego. Lo conocía de hacía muchos años. Lo conocía perfectamente. Puede que sea una fulana, pero no soy una fulana corriente. Elijo yo y me he hecho con una pequeña clientela selecta. La mayoría son como Víctor. Profesionales que quieren que los mimen un poco, que los cuiden. Y nada más. Yo siempre le decía que se buscara una esposa, una vida, una familia. Que era todo lo que necesitaba. Y tengo que decirle algo: ojalá se hubiera casado conmigo. Si me lo hubiera propuesto hubiera pillado la oportunidad al vuelo. Era un hombre agradable, culto, inteligente.

Pero cuando se trataba de aquella zorrita, era como todos los hombres. Jodido desde la primera vez que le tocó las tetas.

—¿Estaba usted enamorada de él?

Pronunció las palabras lentamente, con voz tranquila, y Mariah soltó otra vez la carcajada.

—¡Después de quince años de hacer de puta no te enamoras de nadie, cariño! O no de verdad. Pero sí que puede gustarte alguien, respetarlo. Y hubiera quedado muy agradecida de tenerlo a él. Que me pagase las cuentas y tenerlo a su gusto. Solo a él, no a una serie de hombres, la mayoría desconocidos. Yo hubiera hecho lo que él quisiera y hubiera pasado todos los días de mi vida cuidándolo. ¿Entiende qué quiero decir?

Lo curioso para Geraldine es que sí que lo entendía. Probablemente mejor que la mayor parte de la gente.

—Gracias por dedicarme su tiempo, Mariah, se lo agradezco.

La mujer se encogió de hombros con tristeza.

—Siento mucho no poder decirle lo que quiere usted oír, cariño. Ojalá pudiera — y entonces sonrió con una sonrisa nostálgica—. A las prostitutas la gente nos mira por encima del hombro, pero ¿quiere que le diga una cosa? Por lo menos nosotras no pretendemos nada. Pedimos un dinero y entregamos lo que nos solicitan. Un servicio, si usted quiere. Las mujeres como ella le quitan a un hombre toda su vida y no le dan nada a cambio. Y esas son las auténticas putas porque yo creo que se metió en ese matrimonio a ver qué podía sacar, y claro, al contrario que mis colegas y yo no podía librarse de él al final del día. Yo puedo irme a mi casa, a mi casa de verdad, y olvidarme de todo esto. Pero ella no. Ella tenía que verle la cara por la mañana, al mediodía y por la noche. Ese era su problema. Yo creo que lo mató para librarse de él. Porque se había equivocado y eso la sacaba de quicio. Tenía una casa, dinero y prestigio, pero nada más. Porque como él la quería tanto sacaba mucho de ella. Yo lo sé y en el fondo de su corazón usted también.

Geraldine escuchaba a la mujer que tenía frente a ella y su instinto le dijo que lo que contaba era verdad. Su versión de la verdad, desde luego, y desde su punto de vista. Pero sonaba a verdadero.

Lo peor de todo era que se sentía inclinada a creer a Mariah Brewster.

Cuando se iba, la mujer le estrechó la mano y sonrió.

—Víctor era un buen hombre, señorita O'Hara, yo le conocía bien. Y si es necesario acudiré al tribunal y lo diré allí. Pero como soy prostituta no me considerarán un testigo fiable. Pero yo sé la verdad —se dio un golpe de pecho—. Aquí. Aquí sé la verdad.

Un hombre alto con edad de jubilado, pelo gris acero y dientes mal encajados subía las escaleras cuando Geraldine se marchaba. Llevaba una bolsa de Oddbins con botellas de vino y tenía movimientos ágiles. Notó el aroma a loción de lavanda y tabaco habano.

Se giró para verlo entrar en el pisito como si fuera el huésped de honor y oyó la risa cantarina de Mariah antes de que se cerrara la puerta.

Se le revolvió el estómago, pero su corazón la comprendió. Estaba más sorprendida que otra cosa. Le había gustado Mariah Brewster, le gustaba de verdad. Que es mucho más de lo que se puede decir de sus sentimientos hacia Matilda Enderby.

—¿Es que no puedes portarte bien por una vez para variar, Barry Dalston?

Las palabras de la señora Eappen sonaron cortantes. Estaba irritada y se notaba. Y dado el tipo de persona que era ese simple hecho la molestaba aún más. Le gustaba pensar de sí misma que siempre era una persona agradable, cariñosa.

Y el hecho de que con frecuencia sintiera el impulso de estrangular a muchos de los niños que tenía a su cargo la hacía sentirse un tanto sucia.

Sabía que en el fondo era una buena persona. Era simplemente que ese Barry Dalston, con mocos en la nariz, los pantalones caídos en ese cuerpo flaco y la camisa siempre mal abrochada por arriba, le fastidiaba la vida.

—Pero señorita, no me gustan los Simpson. Solo me gusta mi mama. Quiero a mi mama.

Otra vez lo tenía al borde de las lágrimas y eso la molestó todavía más.

—Los Simpson son unas personas estupendas que van a cuidar de tu hermanita. Han sido muy buenos permitiendo que Alana y tú vayáis a pasar la tarde con ellos y con Rosie en un parque de atracciones.

Intentó sonreír pero le salió una mueca.

—Así que, ¿por qué no estás agradecido de eso, Barry, eh?

Entonces el niño la miró con sus bonitos ojos azul claro y se encogió de hombros. Todo su cuerpo de nueve años parecía que se iba a quebrar. La miró con una mirada dura y le dijo muy serio:

—Yo quiero a mi mama. ¿Por qué no puedo ir a ver a mi mama en vez de eso?

La señora Eappen alzó los ojos al cielo como si se fuera a producir un acontecimiento milagroso que convirtiera a Barry Dalston en un niño bueno.

—Yo creo que los Simpson tendrían que irse a tomar por el culo y devolverme a mi hermana. No son sus dueños, es de mi mama.

La señora Eappen suspiró y apretó los dientes. Se arrodilló y cogió al niño por los brazos.

—Palabrotas, eso es lo que llevó a tu madre a la cárcel, no lo olvides, Barry, que te será muy útil toda la vida. La maldad de la gente empieza por las malas palabras y de decir malas palabras pasan a ser malos por dentro y hacer cosas malas. Como hizo tu madre. Así que vas a ir con los Simpson y ser un niño agradecido. Hay muchos niños a los que les encantaría pasar un día así fuera de aquí. Y sabrían ser agradecidos, eso te lo puedo asegurar.

El niño soltó la mano.

—Bueno, pues mándalos a ellos. Yo voy a ir a ver a mi mama.

—No puedes ir a ver a tu madre si no es en una visita programada. Te lo he explicado cincuenta veces al día, niño. Tu madre renunció al derecho a verte cuando se portó mal y la policía se la llevó. ¿Por lo menos entiendes esto?

Iba alzando la voz aunque intentaba con todas sus fuerzas controlarla y controlar su mal humor.

Barry seguía con la mirada fija en ella pero esta vez no contestó.

—¿Lo entiendes, Barry?

El niño sorbió con fuerza la nariz, se sorbió los mocos con un sonido fuerte y ruidoso que a la señora Eappen le revolvió el estómago y le hizo poner una mueca de asco.

—Tú vete al carajo. Quiero a mi mama.

Lo dijo con calma y convicción. La miraba con dureza y con todo su cuerpo como en alerta roja.

Entonces Alana entró en la habitación y se rio.

—¡Barry, deja de decir tacos! Si mama se entera te dará una torta.

Se acercó a él y lo arregló en pocos segundos. La señora Eappen los contempló con la desesperación escrita en su rostro apretado.

—Aprendió a decir tacos aquí, señorita —dijo Alana—. En casa no nos lo permitían en cuanto ya no éramos tan pequeños como para no saber lo que decíamos e incluso cuando lo éramos nos daban una buena zurra si los soltábamos.

—Como debe ser —la señora Eappen tenía todo su cuerpo rígido y envarado y contemplaba a los dos niños desde toda su altura como si acabasen de trepar por una alcantarilla y fueran a sentarse a comer a la mesa—. Bueno, Alana, estás preciosa. Cuida de Barry y procura que sea bueno con los Simpson. Son muy amables...

Alana la interrumpió con una media sonrisa.

—Ya lo sé, señora Eappen. Tenemos que estar muy agradecidísimos y lo estaremos, ¿vale? Muy muy agradecidos.

La señora Eappen sabía cuándo la habían vencido y se retiró a toda prisa. Esa noche le comentó a su marido que cómo se podía tomar en serio a una niña a la que habían bautizado con el nombre de la mujer de una maldita estrella del *rock*.

Pero Barry y Alana salieron a pasar el día fuera, jugaron con su hermana completamente ignorantes de que muy pronto Rose desaparecería de su órbita. Se convertiría en una Simpson, y nunca más sería una Dalston.

Nunca más sería la niña de los ojos de una casa llena de críos y de muebles tronados y una madre que había vivido permanentemente al borde del desastre. Donde a pesar de su padre, la falta de dinero y la falta de lujos, todos habían sido tan felices.

Geraldine entró en el Zilli's con una sonrisa que atrajo todas las miradas, desde la de Colin que estaba sentado en un rincón a la de cada uno de los camareros, camareras y clientes.

Colin quedó impresionado. Ella notó la agitación que había creado y se complació un poco en ella para entonces poder relajarse y disfrutar. Él se había preguntado toda la tarde cómo sería eso de ser tan atractiva. Tan deseada.

Cuando se duchó y se puso su única camisa y pantalón buenos, se preguntaba qué pensaría de él la gente al verlo sentado y comiendo con ella. Confió en que dieran por hecho que andaban juntos, pero comprendió que nadie lo pensaría en serio por loca que fuera su imaginación.

Geraldine sonrió sentada enfrente de él y él le devolvió la sonrisa. Al carajo el mundo. La tenía aquí y él estaba ahí y era lo único que importaba. Aunque todos pensasen que era su hermano pequeño o un cliente.

—Perdona el retraso.

—No importa. Me lo he pasado bien aquí sentado. He llegado pronto.

—Pensé que llegarías pronto. Tienes pinta de llegar pronto —sonrió Geraldine.

Colin no estaba seguro de si se reía de él.

Geraldine pidió una botella de vino bueno y se lo bebieron juntos charlando de cosas sin importancia.

—Necesitaba esto. ¿Pedimos la comida ya o nos tomamos otra copa antes y nos relajamos?

Colin se limitó a sonreír al ver que ella tomaba de nuevo el control. Pidió para los dos, tuvo al camarero ante la mesa en cosa de segundos y luego volvieron a estar solos sin ninguna clase de intrusiones. Creyó que había muerto y se había ido al cielo: era una mujer exquisita, incluso más de lo que se había pensado al principio.

—Bueno, entonces ¿qué me cuentas de Matilda Enderby?

Geraldine lo dijo en tono frívolo pero Colin comprendió que lo decía en serio y se quedó pensando unos momentos antes de contestar.

—Cuando trabajé allí Matilda solo era su secretaria, aunque ya había habladurías sobre ellos. Una de las mujeres del despacho volvió bastante tarde para terminar una declaración jurada y los pilló abrazados —sonrió—. Bueno, en realidad algo más que abrazados. Matilda lo había atado a la silla con las medias y estaba sentada sobre sus rodillas. El resto lo dejo a tu imaginación. Lo gracioso del caso es que después de eso la reputación de Víctor subió en la estimación de todo el mundo. Hasta entonces todos lo veían como un abogado brillante pero que dejaba mucho que desear como persona. Y la verdad es que ella consiguió que ganara en confianza, eso te lo aseguro.

Geraldine estuvo unos momentos sin contestarle, perdida en sus propios pensamientos.

Colin agitó una mano ante ella y le sonrió.

—¿Te acuerdas de mí? ¿De que estábamos hablando y cenando juntos?

Ella movió la cabeza y se echó a reír.

—Perdona, estaba a kilómetros de distancia —bebió un trago de vino—. ¿Tú qué pensabas de ella? Me imagino que la conociste, ¿hablaste con ella?

Colin se pasó las manos por el pelo y suspiró.

—Nunca me gustó mucho. Era mona, preciosa en realidad, y se vestía muy *sexy* pero en un estilo como de colegiala mojigata. Me parece que pasó por las manos de todos los hombres del despacho antes de acabar con el pobre Víctor. Quiero decir que fue como un accidente que todo el mundo esperaba. Se había pasado años cuidando de su madre, era tímido y retraído. Si lo hubieras visto en los juicios nunca hubieras creído que era aquel individuo insulso que conocías del trabajo, ¿sabes? Era algo muy extraño.

Geraldine asintió.

—Lo vi una o dos veces, era condenadamente bueno. Hacía trizas a un testigo en cosa de minutos. Y nunca alzaba la voz, ni una vez. Muy brillante. Ya sabes a lo que me refiero. Pero cuando se trataba de ella, lo tenía completamente embobado. Quiero decir, piénsalo. Aquella chica joven, muy joven y guapa... La tenía encima como un sarpullido. Daba risa, la verdad. Un hombre con más experiencia se la hubiera tirado y la hubiera dejado, como hacía mucha otra gente del bufete. Pero en realidad Víctor no formaba parte de esa camarilla. Todos le respetaban pero no era un hombre que hiciera sociedad con nadie o que anduviera metido entre los figurones. Era un gran letrado pero después del trabajo se iba derecho a casa. No coqueteaba, no hacía bromas con nadie, era de lo más reservado.

Colin hizo una pausa.

—Creo que eso Matty lo sabía y por eso puso los ojos en él. Por supuesto, después de la boda pretendió que ambos formaran parte de ese gran mundo. Teatro, cenas, todo el tema. Me imagino que el matrimonio no podía tener mucho éxito. Ella no le gustaba a nadie. Y sobre todo a las mujeres. Creo que la tenían bien calada y ella lo sabía. Ni siquiera Víctor era tan obtuso como para no haberlo supuesto. Pero claro, me imagino que estaba enamorado de ella.

Geraldine se quedó mirando al joven que tenía delante. Había puesto el dedo en la llaga, estaba segura. Al parecer con esa Matty o la querías o la aborrecías.

Y Víctor la había querido.

¿Fue eso su ruina?

Entonces llegó la comida y estuvieron unos minutos dedicados a ella.

—Odio decirte esto —le confesó Geraldine—, pero tengo la sensación de que en Matty hay más cosas de las que se ven. Tanto pobrecita de mí y cuánto he sufrido, y sin embargo no hay ni un atisbo de evidencia salvo una visita al médico la semana antes de la muerte. Según parece Matty le contó una historia de crueldad marital y de lo mal que tenía los nervios. Pero hasta el doctor me pareció escéptico. Nunca llegó al trabajo con marcas de golpes —continuó—. Nunca nadie le vio una marca. Pero

aunque todo eso suene muy poco plausible dijo que a Víctor le gustaba el sado y tú mismo lo descartaste con lo que dijiste antes. Así que estoy otra vez donde empecé, la verdad. Esa mujer no me gusta demasiado y eso me molesta, ¿sabes? Como profesional no tendría que ocuparme de si me gusta o me disgusta un cliente pero antes de Matty nunca me disgustó nadie que haya defendido. La verdad es que me trastorna. Me trastorna, sí.

—Ya sé a qué te refieres —asintió Colin—. Yo tengo la misma sensación con Susan. Solo que a mí me gusta más de la cuenta. Aunque hoy intentara estrangularme comprendo por qué perdió los estribos. Sé lo que siente por sus hijos y desde luego sé también lo que ellos sienten por ella. Supo sacar adelante a esa familia pasara lo que le pasase a ella. Barry Dalston era un mierda —continuó—. Le pegaba y la humillaba. He tenido acceso a su historial médico y mira, escucha esto: su primer hijo murió porque él le contagió una gonorrea la noche de bodas. No se sabe si que el niño naciera muerto fue a causa del susto de descubrir eso, pero desde luego estableció la pauta para todo su matrimonio. Ella daba y él cogía. Y al final le pegó más de cien martillazos. Le hizo desaparecer la cara, no quedó nada con lo que descubrir qué aspecto tenía, qué había experimentado antes de morir, nada. Entró en el cuarto mientras estaba inconsciente y lo mató. Luego telefoneó a la policía y se hizo un té. Todavía estaba llena de sangre, sesos y huesos cuando llegaron. Pero ¿por qué lo mató de esa manera? ¿Por qué lo desprovoyó de su identidad, por decirlo así? Fue como si quisiera hacerlo desaparecer por completo y que no quedase nada de él para nadie.

Se dio cuenta de que Geraldine miraba fijamente su deliciosa ensalada de hígado de pollo y suspiraba.

—Perdona. No me he dado cuenta —se disculpó.

Geraldine se había puesto sospechosamente blanca como el papel, y Colin se sintió fatal.

—Eso es justo lo que me intriga, ¿sabes? ¿Puede una persona aguantar tanto que cuando finalmente pierde los estribos los pierde con todos nosotros? ¿Con cada golpe, cada roce, cada herida? ¿Se trastornan de tal modo que la racionalidad se va a paseo y tienen que matar? Pero parece todo tan premeditado. ¿Es que entró en la habitación, lo vio allí tumbado y decidió hacerlo desaparecer de su mundo, sus hijos y su hogar? ¿Qué la hizo hacerlo? Él le había dado una paliza unos cinco días antes así que no podía argüir esa excusa. ¿Por qué no lo mató la noche que la atacó? ¿Por qué esperar? Esa noche había salido y estaba borracha, pero según su amiga Doreen se lo había pasado muy bien y había disfrutado. Y Susan también lo admite. Dice que volvió a casa y justo entonces decidió matarlo. Pero yo no la creo. No la creo —insistió Colin—. Había aguantado más de lo que nadie aguantaría y protegía a sus hijos. Jamás los hubiera dejado a no ser que no tuviera otro remedio. Adora a esos niños, son toda su vida. Así que, ¿cómo es que decidió así de repente que iba a hacer algo que la apartaría de ellos? Que los mandaría a un centro de acogida. Porque sabía

cómo era su familia. Basura de los bajos fondos, siempre corriendo detrás de unas pocas libras. No quería que sus hijos quedaran bajo su custodia aunque se lo ofreciesen. Es que no tiene sentido.

—¿Sería la bebida quizás? Pudo haberla puesto violenta.

Colin se pasó los dedos por el pelo ya revuelto hasta que se lo puso de punta y le dio aspecto de niño pequeño.

—No lo creo. No creo que fuera la bebida. No creo que fuera nada que podamos considerar racional.

—¿Entonces qué? ¿Por qué lo hizo?

—No lo sé —suspiró—. La verdad es que no lo sé. Pero Dios quiera que algún día lo descubra.

Geraldine estudió a su colega. Vio lo mucho que le torturaba aquella Susan Dalston, vio lo mucho que le gustaba aquella mujer, que la respetaba incluso. También notó su desaprobación, la sensación de que de algún modo había abandonado a sus hijos al colocarse en una situación en la que ya no podía estar presente para protegerlos.

Pensó que era un hombre dulce e idealista. Aunque un poco ingenuo.

—Tal vez Susan Dalston viera simplemente su oportunidad, la oportunidad de hacerlo desaparecer de sus vidas de una vez por todas —sugirió Geraldine—. Tal vez la bebida la impulsó a eso. La empujó a aprovechar aquella oportunidad antes de que se despertara y volviera a iniciarse todo aquel terrible ciclo. Tal vez, al verlo de aquel modo, borracho, inconsciente, vio su gran oportunidad. Y no pensó otra cosa, nada, solo en la ocasión de librarse de él.

Colin percibió lo que había tras sus palabras. Sabía realmente de lo que hablaba. Comprendía la necesidad que puede impulsar a alguien, la necesidad de hacer que alguien o algo desaparezca y nada más.

—Tal vez lo único que quería era que la dejara en paz.

Colin vio la expresión seria de su rostro y fue como si hubiera tenido un atisbo de la auténtica Geraldine O'Hara. La Geraldine que había bajo la ropa de firma y el pelo bien cuidado. Y lo que vio le resultó increíble. Vio a una chica asustada dentro de una mujer muy atractiva.

Geraldine se bebió el vino de dos tragos y luego, tras excusarse, se fue al servicio. Diez minutos después, cuando Colin ya estaba aterrado pensando que se había marchado sin decírselo, regresó.

Otra vez era la fría abogada feminista con piernas bonitas, cerebro privilegiado y envuelta en ese aire de no te atrevas a tocarme.

Se sintió aliviado y triste, ambas cosas a la vez.

Matty se despertó con la luz del sol y una extraña sensación de soledad. Era raro eso de echar de menos a alguien. Y especialmente a alguien como Susan Dalston. Pero Susan le intrigaba. Le resultaba difícil de entender que alguien pudiera ser tan poco egoísta. Que pensase constantemente en las otras personas, personillas que no

eran nada pero le exigían cosas. Les daba su tiempo, su atención y sus escasos dineros.

Hablaba constantemente de ellos como si fueran personas reales con opiniones y pensamientos y necesidades. Cuando en realidad lo único que tenían eran necesidades.

Los niños tienen necesidades y los padres, como tontos, satisfacen esas necesidades. Sin pensárselo dos veces, sin nada que no sea su propia necesidad de dar.

Eso a ella nunca le pasaría. No quería que nadie le sacara nada, y mucho menos las personas desagradecidas. Personas que durante siglos no podían alimentarse a sí mismas ni hacerse entender. La idea le produjo un escalofrío.

Salió de la celda, aburrída. Fue andando hasta la sala de recreo e intentó hacer un solitario pero siempre había alguien que intentaba entablar conversación así que se sirvió un café y se dirigió a la celda de Rhianna.

Rhianna estaba dentro con una jovencita que se llamaba Sarah. Era alta, de ojos castaños grandes y cara en forma de corazón. Parecía que tendría que estar en una apasionada película de Fellini llena de italianos peludos y con bigote.

Hasta que abrió la boca. Porque entonces se volvió una cockney completa y eso borraba cualquier idea romántica de la mente de cualquiera. De repente se convirtió en una furcia malhablada y su belleza pareció esfumarse.

—Qué hay, socia, ¿todo bien? —Sarah tenía un carácter despreocupado que era la envidia de su pabellón—. Parece que acabases de perder la virginidad en el turno de noche, chorba.

Se rio con una risa profunda y contagiosa. Hasta Matty tuvo que sonreír. Rhianna le hizo un gesto a la chica que se largó de la celda toda piernas, pelo y sonrisas.

—Es muy divertida, esta Sarah. Diga lo que diga, con ella nunca estoy de mal humor.

Matty asintió.

—Es su manera de ser. Hay personas así. Nunca ven la mierda en que se ha convertido su vida. Realmente es de envidiar.

Rhianna estaba callada. Cuando Matty estaba así era mejor seguirle la corriente.

—¿Estás bien?

Matty negó con la cabeza.

—Tengo el cabreo de la trena, como diría Sarah. Estoy jodida, cabreada y con ganas de pelea.

Rhianna se relajó. Aquello ya lo conocía. Era algo que sabía manejar.

—Yo llevo años sintiéndome así. Hay que saber llevarlo, esperar a que desaparezca solo. Si no, pégate un coloquio. O un tripi. Sal de tu cabeza. Y normalmente cuando bajas te has arreglado.

—¿Crees que Susan está bien? Quiero decir que me pareció demasiado ida. Nunca había oído nada así en toda mi vida. El dolor tremendo de su voz. Era algo que

te encogía el corazón de verdad.

Rhianna sacó un canuto de su lata de tabaco, lo encendió y exhaló el humo ruidosamente. Se lo pasó a Matty que le dio una calada profunda.

—¿Sabes qué pienso? Pues mira, Matilda Enderby, pienso que por primera vez en tu vida te has visto afectada por otra persona. Te preocupas de verdad por Susan Dalston y no sabes qué hacer con eso.

Se echó a reír y Matty se sentó en la litera sin contestarle, dejó vagar sus ojos por la celda. Allí todo era masculino: machos en la pared, machos en portadas de revistas, hasta olor a macho. Drogas, tabaco y sexo rancio.

Menos el sexo, que no era masculino aunque hubiera debido serlo.

—No me importa nada Susan Dalston, la verdad. Es solo que tengo que compartir celda con ella y que si se vuelve loca creo que tengo el derecho de saberlo —dijo Matty displicente.

Rhianna asintió todavía entre risas.

—Ya he preguntado por ella, así que deja de preocuparte. Está bien. Esta tarde volverá al pabellón. Susan quiere demasiado a sus hijos para estar incapacitada demasiado tiempo. No le va a dar a nadie la oportunidad de decir que no está bien de la cabeza. Así que deja de preocuparte, Matty.

Rhianna dijo la última frase lentamente como si pudiera ver lo que tenía dentro de la cabeza y supiera que estaba más preocupada de lo que decía.

En ese momento Sarah apareció de nuevo en la celda. Sus enormes ojos lanzaban destellos por culpa del LSD y se dejó caer derrumbada sobre la otra litera.

—Odio este sitio, joder.

Nadie le contestó. No había nada que añadir.

Susan escuchó al psiquiatra. Era un hombre mayor, con pelo castaño teñido y ojos grises acuosos. Sin embargo le gustó su voz. Tenía un deje escocés profundo que le trajo recuerdos difusos de tiempos más felices.

—¿Cómo se encuentra ahora, Susan? ¿Cómo cree que le va la vida?

Susan se quedó pensando intensamente un buen rato. ¿Cómo se encontraba?

—Igual que me encontraba en casa. Cuando estaba en lo mejor de todo. Y luego, justo cuando había terminado de lavarlo todo, daba un paso atrás contenta conmigo misma. Y entonces veía otro calcetín. Un calcetín sucio que se me había escapado de la lavadora no sé cómo. Y entonces comprendía que la vida me decía que siempre había algo o alguien que se te escapaba. O que te estropeaba tu rutina, tu vida, tu sensación de encontrarte bien.

El doctor McFadden se quedó mirando a la mujerona que tenía delante y sonrió.

Decidió que le caía bien, que era una filósofa a su manera. Una soñadora que nunca había tenido tiempo para realizar sus sueños.

Y sin embargo, como todo el mundo, no lo sabía.

—¿Alguna vez piensa en lo que hizo?

Susan suspiró con un prolongado suspiro de cansancio.

—¿Si pienso en eso, doctor? Si usted fuera yo, ¿pensaría en lo que había hecho?

El médico se mordió el labio y se quedó pensando un momento. Luego se encogió de hombros.

—La verdad es que depende, ¿no es cierto? Depende de si tienes la sensación de que lo que hiciste estuvo mal o no.

Susan sonrió.

—Es usted un viejo astuto de cojones. Tendré que ir con cuidado con usted, ¿eh?

—Viniendo de usted, Susan Dalston, tomaré eso como un cumplido.

Más tarde, en sus notas, escribió: «Llena de sentimiento de culpa, llena de amor por sus hijos con los que debería estar en su casa si hubiera justicia en el mundo».

Sabía que los de arriba lo odiaban, lo consideraban demasiado liberal, demasiado compasivo con las chicas con las que trataba. Pero eso era lo que te pasaba tras tantos años de escuchar penas y dolores de corazón.

Wendy se había despertado con aquel dolor ya familiar, una sensación punzante entre las piernas con la que le resultaba imposible hacer pis sin sentir ganas de llorar. Deseó estar de vuelta en su habitación y tener el frío alivio de su loción de zinc.

Aquello le sucedía periódicamente, era una herencia de su padre y de lo que le había hecho. Le había contagiado una enfermedad. Wendy se preguntaba a veces si sería un castigo de Dios. Su padre ya lo tenía cuando abusó de ella, así que Dios debía habérselo puesto a él adrede para que se lo pasase a Wendy.

Nunca pudo encontrar sentido a aquello.

Cerró los ojos y se perdió en sus sueños. Se imaginó que estaba en casa, con su madre y sus hermanos. Que su padre, milagrosamente, había muerto en un accidente de coche o en un incendio y que todos estaban felices, bien alimentados y calientes. Estaban sentados en la sala y comían patatas fritas con sabor a salsa de tomate, y bebían todos los batidos de vainilla que querían. Veían *Bonanza* en la televisión y la pequeña Rosie se iba sentando por turno en las rodillas de cada uno y le iban dando golosinas.

Alguna vez había sido así, cuando su padre estaba fuera con su otra mujer y en su otra vida. Entonces todos podían relajarse y ser felices como si su ausencia convirtiera sus vidas en algo más real. Todos tenían la sensación de que existían para alguna razón más que les abroncasen o se los quitasen de delante a empujones.

Su abuelita Kate iría de visita con paquetes de Rolos y Wagon Wheels y una bolsa de Jamboree para Barry que adoraba los platillos volantes que le crepitaban en la lengua con el picor de sus polvos efervescentes. La abuela les hablaba con su voz encantadora y sus palabras amables.

La pobre ahora se estaba muriendo y ni siquiera podía ir a visitarlos. Le había

afectado mucho imaginarse lo que había sucedido aquella noche. En su corazón estaba segura de lo que había hecho su hijo. Sabía que era capaz de hacerlo, y Wendy sabía que para la abuela eso era lo peor. «La sangre llama a la sangre»: esa frase daba vueltas y vueltas por su cabeza y trataba de alejarla. Se obligaba a pensar en otra cosa pero el dolor se hacía cada vez peor.

Wendy lloró.

Esta vez era peor que cualquiera de las otras. Lo tenía tan irritado y notaba las ampollas debajo del cuerpo cuando se movía. Como si le hubieran quemado allí con agua caliente o con lejía.

Se pasó la lengua seca por los labios. Lo que realmente necesitaba era un poco de hielo. El hielo se lo enfriaba, hacía alejarse el dolor. El hielo era bueno.

La señora Eappen entró furiosa en la habitación, toda laca en el pelo y rebeca abrochada.

—¿No piensas levantarte, niña? —la voz sonaba tan desaprobadora como de costumbre, como si esperase automáticamente algo malo y por consiguiente lo encontrase. Wendy aborrecía desilusionarla y hacía un esfuerzo consciente para portarse mal cuando podía. Tenía la sensación de que aquello alegraba el ánimo de aquella mujer.

—La verdad es que hoy no me encuentro bien.

La señora Eappen la miró con dureza. La vio paliducha, blanca y agotada. Y también parecía tener dolores.

—¿Te encuentras mal? ¿Necesitas al médico?

Ahora la preocupación aparecía en su voz y Wendy se encontraba lo bastante mal como para agradecerlo.

—No importa. Es solo el período.

La señora Eappen la miró con suspicacia.

—Tuviste el periodo no hace ni una semana —dijo, y se quedó mirando a la niña de la cama—. Traeré al doctor. Más vale prevenir que curar.

Las protestas de Wendy fueron lo que acabaron por decidirla. Cuanto más decía la niña que no le dolía nada, más convencida estaba la señora Eappen de que hacía falta un médico. En sus años de servicio ya había visto de todo: abortos caseros con agujas de tejer y palillos chinos, chicas que abortaban en sus camitas limpias sin pensar ni un momento en el peligro que habían pasado o en los trastornos que causaban a los demás.

El doctor llegó al fin y se encontró con una niña histérica que se negaba de plano a dejar que la examinasen. Finalmente, unos brazos con buena intención sujetaron a Wendy y unos rostros preocupados se quedaron mirando cómo se apartaban las sábanas de su cuerpo y quedaba al descubierto su terrible secreto.

Oyó que el doctor silbaba entre los labios y la señora Eappen exclamaba en voz baja:

—Dios del cielo, ¿qué le pasa a esta niña?

Wendy fue descubierta una mañana luminosa en que estaba en su momento más bajo. De pronto, se vio agobiada por personas que querían explicaciones de cuándo y con quién había tenido relaciones sexuales.

El cuándo era lo que de verdad querían saber.

Especialmente el señor Potter, al que se veía ofendido además de incómodo. Pero le notó cierto alivio en la cara y eso le dio rabia.

Siguió callada. No había aprendido muchas cosas en la vida, pero lo que había aprendido lo había aprendido sobre las rodillas de su abuela. Su abuela Kate, que olía a pan casero y a 4711.

—La gente solo sabe lo que tú les dices, nena. No olvides esto en la vida. Tus secretos cuéntaselos solo a personas que estés segura de que los guardarán como deben guardarlos. Que los guardarán como tiene que ser. Bien guardados. Secretos.

Ahora comprendía Wendy de qué iba eso de hacerse viejo. Significaba que sabías cosas que otras personas todavía no sabían. Significaba intentar advertirles de los peligros de una vida que para ti ya se acababa. Que iba desenrollándose gradualmente y vaciándose de todo lo que no fueran recuerdos y secretos.

Siguió tumbada en la cama sintiéndose súbitamente serena. No les diría nada. Que supusieran lo peor, que nunca llegarían ni a arañar la superficie.

Su padre se había ido y ella se alegraba. Nunca nada podría hacerle tanto daño como aquello otra vez. Ni siquiera eso que él le había contagiado le haría tanto daño como él le había hecho al contagiárselo.

Se quedó mirándolos a todos con sus grandes ojos muy abiertos. Pero no les dijo ni una palabra.

Sabía que la señora Eappen se pensaba que había estado follando delante de las narices de todos. Saber eso le proporcionaba una pequeña sensación de satisfacción rebelde.

Capítulo 25

Roselle estaba con un matón del Soho que se llamaba Danny. Nadie sabía su apellido ni nadie había tenido los arrestos para preguntárselo nunca.

Era grande, negro como el carbón y guapo, con la cabeza afeitada y grandes músculos. Las chicas lo adoraban y él las adoraba a ellas. Aunque solo una nochedita de vez en cuando. Era más difícil de pillar que la sífilis de un vicario, como decían las chicas.

Tampoco hablaba demasiado, lo que les parecía perfecto. Se pasaban toda la noche diciendo sandeces. Sandeces para hombres que soñaban una feminidad perfecta que estaba tan alejada de la vida real como la luna de la tierra.

Pero le seguían el juego y disfrutaban con él. Con su fuerza tranquila, su sonrisa encantadora y sobre todo aquel pene suyo que era como un bate de béisbol o de *cricket* dependiendo de con quien hablastes. Se reía de sus chistes, era comprensivo con su infelicidad y les regalaba unas pocas horas de sexo gratuito.

Roselle, sin embargo, lo conocía mejor que nadie. Hacía años que cada vez que necesitaba que le hicieran un trabajo lo llamaba a él. Y ahora lo tenía sentado en su coche, todo negrura amenazadora y sonrisas secretas y le iba poniendo al tanto de la situación.

—Cuando veamos al hombre que buscamos, me lo traes directamente al coche pero no dejes que la gente de la calle ni nadie más imagine que pasa algo, ¿vale?

Danny asintió. Es lo que hacía siempre. Era un maestro a la hora de llevarse a alguien.

—Y entonces tú y yo le meteremos el miedo en el cuerpo.

Ahí Danny sonrió con ganas imaginándose la escena.

—Si es un degenerado, ¿no tendría que darle lo suyo?

Roselle se rio suavemente.

—Oh, ya lo creo que es un degenerado, y que tienes que darle un susto. Pero vamos a ver cómo reacciona antes de empezar a apretarle. Hay veces que el miedo a una paliza es un castigo mucho peor. Ya veremos.

Danny se relajó. Le gustaba Roselle. Al contrario que la mayoría de las mujeres, pensaba como un hombre. Era una solitaria, igual que él, y entendía la mecánica del miedo.

Alfred Potter salió de su piso justo pasadas las ocho y media de la tarde. Trabajaba de voluntario en un club juvenil del barrio y ese día se le había hecho tarde. Había tenido una visita, una niña que se llamaba Leyla, tenía once años y estaba muy desarrollada para su edad. También tenía dificultades de aprendizaje. Su tipo de chica, en efecto. Los padres creían que era estupendo que Potter la ayudase con sus estudios y se ocupase de ella los días libres. Después de todo era un asistente social y sabía lo que

hacía. Podían fiarse de él.

Leyla, por su parte, era una niña tranquila y amigable. Su entendimiento del mundo era solo a base de sensaciones y pensamientos. Si le gustaba a la gente experimentaba una sensación de bienestar. Si se enfadaban, se echaba a llorar. Si se comportaba a su gusto el señor Potter le compraba un pastel y una Pepsi, cosas que en su casa nunca le daban.

El señor Potter y Leyla habían tenido una sesión más que larga esa tarde y a él se le había ido la noción del tiempo. Cuando salieron metió a la niña en un taxi y la despidió con la mano hasta que se perdió de vista.

Luego, contento de sí mismo y sintiéndose indestructible, se abrochó la chaqueta y echó a andar a paso rápido por la acera alisándose sus escasos cabellos.

Se fijó en que un negro parecía aproximarse hacia él. Sin expresión en la cara, nada. Hasta que no se vio agarrado con una llave compleja y oyó hablar al hombre no se le pasó por la cabeza el peligro evidente en el que estaba. Para entonces, ya estaba dentro de un coche de lo más lujoso.

La señora Henderson, su vecina, lo saludó con la mano y él le devolvió el saludo. Porque el negro le informó de que si no se comportaba con toda normalidad le arrancarían las gónadas y se las metería en el buzón.

Creó lo que aquel hombrón con el blanco de los ojos amarillentos y los dientes de una blancura increíble le decía. Por lo menos, razonó, no tenía razones para no creerle.

Ahora, la mujer, una mujer muy guapa y bien vestida, arrancó alejándose del bordillo mientras él seguía saludando con la mano a la señora Henderson. Salieron disparados a una buena velocidad aunque no tan deprisa como para atraer la atención, y le dijeron que mantuviera la boca cerrada hasta que ellos le hablaran.

Estaba aterrado. Qué sería exactamente lo que aquellas dos personas querían de él. Pero no los decepcionó. Empezó a llorar antes de que salieran de su calle y para cuando entraron en la autovía ya sollozaba. Si por lo menos le dijeran algo, le explicaran lo que había hecho.

Pero ninguno de los dos dijo una sola palabra y de ningún modo él pensaba correr el riesgo de incurrir en las iras del negro.

Roselle descubrió que estaba disfrutando de verdad.

—¿Otra noche en el pozo, eh? Vaya una perspectiva emocionante.

La voz de Matty se metía implacable en la cabeza de Susan. Era como si hubiera decidido seguir hablando hasta morir.

—Oye, Matty, ¿por qué no escuchas mi carta? A ver qué piensas.

Matty asintió. Dejó de ir arriba y abajo y se sentó en la litera de Susan.

—Adelante.

Susan se aclaró la garganta y empezó a leer.

—«Querido Peter...», se llama así.

—Bueno —dijo Matty con un suspiro—, pensé que ni siquiera tú escribieras mal eso.

Susan volvió a aclararse la garganta y siguió leyendo.

—«Querido Peter, fue muy bueno tener noticias tuyas. Me gustó mucho saber de ti. Espero que estés bien. Yo espero también como se puede esperar dadas las circunstancias. Los niños están todos bien. Creo que me echan de menos pero también yo los echo de menos a ellos. ¿Qué pasa contigo? ¿Cómo es Australia y el barco? ¿Cómo es vivir en un barco grande? ¿Qué haces en los días que tienes libre en el barco? ¿Hay alguna mujer en el barco, mujeres marineras quiero decir? Ja, ja. Por favor escíbeme otra vez pronto, porque fue muy agradable saber de alguien de mi otra vida. De los días más felices.

»Escribe pronto. Cariños de Susan Dalston».

Matty se tapó la cara con las manos y se echó para atrás en la litera. Susan le espetó molesta:

—¡Joder, no está tan mal! ¿O sí?

Matty se incorporó.

—Susan Dalston, es la peor carta que he oído en mi vida. Pareces una tarada.

Susan empezaba a enfadarse de verdad y se le notaba.

—Menos jodida tarada que tú. Tú eres la tarada. No entiendes nada de nada. Me parece que es una carta muy bonita. Se hacen preguntas y se contestan preguntas.

Matty se enjugó los ojos con la mano, un hábito de cuando estaba molesta.

—Si estás interesada en Peter, no envíes esa carta. Yo te escribiré una para que la mandes.

Susan movió la cabeza con vehemencia.

—Ah, no, ya lo creo que no. No es que a mí me guste él y que yo le guste. Solo somos colegas. Viejos colegas de la escuela. Él está encerrado en un barco y yo estoy encerrada aquí. Lo único que queremos es saber algo del otro colega y nada más. ¿Por qué todo tiene que girar en torno al sexo, a los ligues y a los tíos siempre?

Matty meneó la cabeza y sonrió.

—Porque eso es lo que hace que el mundo gire. Mujeres y hombres, hombres y mujeres. Todo trata de lo mismo.

Susan soltó un bufido desdeñoso y encendió un cigarrillo.

—Todos los hombres que he conocido en la vida han sido unos putos coñazos. Puedes guardarte toda esa palabrería para gente como tú. A mí me basta con un compañero. Lo último que necesito aquí encerrada es llenarme la cabeza de bobadas. Los romances son cosa de imbéciles, Matty. Imbéciles como tú y como Sarah y como las otras que se piensan que en cuanto salgan de aquí estarán estupendamente. Pues bueno —continuó—, escúchame a mí, voy a darte una buena lección. Ese deseo lo seguirás llevando dentro toda tu vida. Y si alguna vez te ligas otro maromo, no dejará de preguntarse nunca si irás a matarlo o qué. Cuanto antes te des cuenta de lo que

hiciste, del daño que causaste, mucho mejor estarás.

Matty se quedó mirándola de aquella manera suya. Una mirada dura sin el más mínimo tipo de sentimiento.

—Te equivocas, Susan. Somos todas víctimas y toda la gente decente nos verá como víctimas.

Susan meneó la cabeza despectivamente. Y luego, en un golpe de genio, le dijo algo que nunca debería haber dicho:

—Tú no eres una víctima, me lo confesaste la otra semana cuando bebimos el vodka. Ninguna de nosotras es realmente una víctima. Nos casamos con aquellos hombres y hasta cuando vimos cómo eran seguimos estando con ellos. Estamos atrapadas, pero nos atrapamos nosotras solas. Barry era mi padre, cariño. Yo me casé con mi padre, el hombre al que más odiaba del mundo. Yo era una víctima, claro que sí. Fui una víctima por intentar marcharme de mi casa, intentar poner cierta distancia entre mi padre y yo. Y nada más. No hay grandes planes ni grandes ideales. Al carajo con todo menos la verdad, y la verdad, como sabemos todas, duele de cojones.

Matty la miraba ahora con mirada dura. Daba hasta miedo. Susan comprendió que había ido demasiado lejos, pero ¡Jesús!, había veces que Matty la sacaba de quicio.

—¿Y qué dije entonces con el vodka?

Tenía la voz plana, los ojos vigilantes, y Susan se arrepintió de haberlo mencionado.

—No gran cosa. Pero yo adiviné la verdad del asunto, eso es todo. Pero no te preocupes, yo nunca cuento nada, ¿sabes?

Matty se puso de pie y a pesar de lo pequeña y bajita que era parecía realmente amenazadora. Susan se puso de pie también y las diferencias de peso y altura resultaron obvias para ambas.

—Escúchame, Matty, lo que tú hagas es tu rollo, ¿vale? No tiene nada que ver conmigo. Yo ya tengo bastante con aguantarme a mí misma, ver cómo cuido de los niños y tratar de escribir cartas. Si fuera a usar lo que tú dices no te hubiera contado nada de nada, ¿no crees?

Matty encontró razonable lo que la otra mujer le decía y se relajó.

—Cuando estoy borracha digo un montón de cosas necias, Sue. Pero eso no significa que sean verdad.

Susan negó con la cabeza. La tensión había abandonado la celda y Matty volvía a sonreír.

—Bueno, entiendo qué me quieres decir, socia. Para ser sincera, no me acuerdo de nada. Ahora échame una mano con la carta, ¿quieres? Me inclino ante la superioridad de tu vocabulario.

Había pasado la tormenta pero Susan comprendió que había navegado en contra del viento. Comprendió también que Matty Enderby era una persona peligrosa. Era mucho mejor tener a alguien como ella de amiga que de enemiga, tal como ya había descubierto su marido.

A Alfred Potter lo tenían de pie y sin ropa en medio de un bosque frío lejos de su hogar. Nunca en su vida se había sentido tan vulnerable.

—¡Jesús! ¡Eso sí que es una picha pequeña! ¿No estás de acuerdo, Dan?

El negro asintió en silencio.

—Es demasiado pequeña para una mujer de verdad, señor Potter. ¿Por eso es usted aficionado a las jovencitas?

La voz de Roselle sonaba fuerte en medio de la penumbra y Potter comprendió con exactitud lo que sucedía. Se quedó callado.

Danny lo agarró con una mano musculosa y lo sacudió.

—Contesta a la señora cuando te habla, tío. ¿Vale?

La verdad es que el señor Potter no sabía qué contestar así que movió la cabeza vigorosamente.

Roselle se rio bien fuerte.

—Así que me estás llamando mentirosa, ¿eh? Tú no eres una bestia, un trozo de mierda, un predador que anda a la caza de las niñas más vulnerables de nuestra sociedad. Niñas de acogida, niñas a las que se llevan de sus casas sin más razones que porque sus padres están jodidos. ¿Le parece que está bien hacer eso, eh?

El señor Potter tenía ganas de llorar, se sentía tan vulnerable, tan asustado y tan impotente. Desnudo, helado, estaba a la merced de unos extraños, dos personas que era evidente que lo sabían todo de él. Lo de sus ratos tranquilos con las niñas, como él llamaba a sus jueguitos.

—Nunca me atrevería a llamarla mentirosa, señora.

Se aborreció a sí mismo por el tono de súplica de su voz. Sácame de aquí, Dios mío, rogó, y nunca más me acercaré a una niña mientras viva.

Roselle sonrió.

—¿Cómo se siente uno así de expuesto, con unos desconocidos mirándote, desconocidos que pueden hacerte lo que les apetezca? Porque son más fuertes, más malos y más crueles que tú.

Seguía sin poder contestar. No había respuesta.

—¿Eso es lo que excita a las personas como tú, eh? ¿El miedo, la imposibilidad de defenderse de las niñas de las que abusas? Porque eso son abusos, ¿sabes? Abusos de la peor clase. Tú trabajas con niñas a plena conciencia, fingiendo que cuidas de ellas. Como aquella niñita de Gales, ¿cómo se llamaba, por cierto?

Fingió estar pensándolo, como si no le viniese el nombre a la cabeza.

—¿Cómo era, Karen? Ah, sí, Karen. Aquella niñita con trenzas. Todavía tienes fotos en tu piso. Hemos estado en tu piso, señor Potter. Aquí mi amigo y yo. Hemos revisado todas tus cosas. Hemos visto todos tus libros, y tus videos y demás basura. Ahora te conocemos mejor que nadie.

Le hablaba seria, con voz dura y expresión dura.

—Te fuiste de Gales, ¿verdad, señor Potter? Y de aquel sitio de Newcastle, y del

de Leeds. Siempre te marchas antes de que te echen, ¿verdad? Antes de que te pillen. Que quede la cosa entre nosotros, ¿verdad? Hay cantidad de gente como tú por el mundo. Bueno, pues yo estoy aquí para decirte que sabemos a lo que te dedicas y que te vigilamos —continuó Roselle—. Pero la gran equivocación que cometiste fue ir detrás de una amiguita mía, de mi buena amiga Wendy Dalston. Ya ves, al contrario que tú, Wendy nos tiene a nosotros de su parte. Así que, ¿en qué posición te encuentras entonces? No puedo dejar que te salgas con la tuya, ¿no crees? Tengo que asegurarme de que entiendes exactamente lo que has hecho. Asegurarme de que nunca volverás a hacer algo ni remotamente parecido. Y me temo que eso significa que vas a sufrir. Que vas a sufrir muchísimo.

Potter cayó de rodillas sobre la maleza. En las rodillas se le clavaron astillas y palos y en la piel se le incrustaba la tierra.

—¡Por favor, por favor, no me hagan daño! Se lo suplico. Por favor, estoy mal del corazón... —lloraba, lloraba de verdad.

Roselle disfrutaba.

—Ah, ¡qué placer oír suplicar a un hombre! A cualquier hombre. Bueno, suplica en otra parte, mamón. Te hemos descubierto.

Volvió andando lentamente al coche y lo dejó en manos de Danny. Lo que Danny hiciera era cosa suya, el trato siempre era el mismo. Él le aplicaba el castigo que considerase más adecuado al delito.

Tuvo la sensación de que iba a encontrarse con un castigo bastante rudo pero esa noche no había nada en su interior capaz de sentir lástima por Alfred Potter.

Colin estaba nervioso. Estaba sentado en la sala de visitas con la señorita Beacham, la asistente social de los niños, recordó con amargura el comportamiento de Susan durante su última visita y sonrió tímidamente a las otras mujeres que le saludaban con la cabeza como para tranquilizarle pensando que todo iría perfectamente.

La señorita Beacham le gustaba. Tenía algo especialmente agradable. Resultaba una influencia sosegadora para los niños que tenía a su cargo y eso le impresionaba. Lástima que fuera tan fea. Con su personalidad hubiera estado de lo más solicitada si Dios se hubiera molestado en darle una cara a juego con su carácter.

Comprendió según le pasaba esa idea por la cabeza que si se la contase a Geraldine O'Hara ella se la echaría abajo en un instante. Era fácil para las Geraldines de este mundo ser feministas. Nadie las juzgaba nunca por algo que no fuera su aspecto de modo que no tenían que pasar las angustias de los meros mortales como él y la señorita Beacham. Esa idea le hizo sonreír y la señorita Beacham, dando por hecho que le sonreía a ella, le devolvió la sonrisa.

—Me alegro de que nos hayan concedido la visita a la misma hora, Colin. Igual después podemos comer un bocado juntos y puedo contarte las últimas novedades de los niños.

Colin asintió. Otra cosa que le gustaba de ella era que comía como se debe comer. En cantidades enormes, y siempre comida de esa que se considera que es mala para el organismo. Por los niños de Susan sabía que los llevaba a menudo al Wimpy, y les invitaba a grandes batidos y a donuts y a enormes hamburguesas con patatas.

Todos ellos la adoraban, sobre todo la mayor.

A él lo de Wendy le había parecido una anomalía, a pesar de que todos los pequeños estaban presentes la noche en cuestión y todos declararon que no habían visto ni oído nada.

Pero ese dato le inquietaba porque ¿quién se suponía que se ocupaba de ellos en concreto? No podía imaginarse a Susan dejándolos al cuidado de Alana por más que todos lo dijeran. Incluida Susan. Obviamente, Rosie no podía enterarse de nada, pero hasta el pequeño Barry había dicho una vez «Papi se ha ido y estamos contentos».

Alana siempre decía que no sabía nada, no había visto nada ni había oído nada.

Pero, como estaba empezando a comprender, en todo eso había mucho más de lo que se veía a simple vista. La gente rara vez escuchaba a los niños o les pedía su opinión. Era como si los adultos creyeran automáticamente que no tenían opinión sobre nada que no fuera lo que los adultos querían que pensasen. Pero aquellos eran unos niños muy listos, de la calle, que no se les escapaba una por pequeña que fuera. Y cuanto más pensaba en el tema más sospechas tenía, aunque todavía no sabía realmente qué era lo que le hacía dudar de la historia de Susan.

Entonces llegó Susan, toda sonrisas y disculpas. Miró a Colin con timidez y se llevó la mano al cuello instintivamente.

—Hola, Colin, hola, señorita Beacham.

Volvió a estar tan simpática como siempre y Colin sintió que se relajaba.

—¿Cómo están los niños y cuándo podré verlos? —la crudeza del anhelo que sonaba en su voz era tremenda.

—¿Están todos bien?

La señorita Beacham tendió su ancha mano huesuda con una sonrisa.

—Hola, Susan, tienes buen aspecto, ¿has adelgazado?

Susan asintió feliz de que se le notara.

—Pues sí, es verdad. Es el rancho. De lo puta mierda que es —se frotó la barriga—. Hasta los michelines, el michelín, se me está asustando, os lo aseguro.

Las dos mujeres rompieron a reír y Colin se sintió un extraño en la conversación.

—Pues igual me vendría bien pasar una temporada aquí, me vendría bien perder un poco de peso —bromeó la señorita Beacham.

Se rieron otra vez las dos y el ambiente quedó plenamente relajado. A pesar suyo, Colin estaba impresionado. Se sentaron todos. Susan encendió un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa y que le había traído la señorita Beacham.

—Gracias, señorita Beacham, esto va a ser todo un festín. Estoy harta de fumar liados.

Colin estaba molesto consigo mismo. ¿Cómo no se le había ocurrido a él? La

señorita Beacham se aclaró la garganta y suspiró.

—Tengo que contarte una cosa, Susan. De Wendy. Así que ahora, antes de que empieces, te digo que está bien, está estupendamente.

Colin miraba desde la ventana con una sonrisita. Eso era exactamente lo que él había dicho antes del episodio del estrangulamiento. Decidió quedarse un ratito junto a la ventana por si acaso Susan volvía a perder los nervios. Hasta la funcionaria se había puesto ahora en alerta roja.

—Al parecer, Susan, Wendy ha cogido una enfermedad —la señorita Beacham la miraba directamente a los ojos—. Me temo mucho que se trata de una enfermedad venérea. Comprendo que ahora debes sentirte impotente, pero como tiene menos de dieciséis años hemos pensado que teníamos que informarte, a pesar de que esté bajo la tutela de los tribunales. ¿Puedes arrojaros alguna luz sobre el tema? —le preguntó—, ¿tienes alguna idea de cómo puede haberse contagiado? Porque ¿sabes?, la verdad es que en el hogar no está en una situación en la que pudiera hacer ninguna barrabasada. ¿Me comprendes?

La asistenta social lanzó un suspiro.

—¡Jesús, Sue! ¡Es lo más duro que he tenido que decirle a una madre!

Estaba al borde de las lágrimas y Susan le agarró la mano encima de la mesa, compadeciéndola.

—Ya lo sé, socia. Te comprendo, te lo digo de verdad.

Colin estaba asombrado. Asombrado y atónito. Si él hubiera dicho eso a Susan tendría que enfrentarse a una segunda acusación de asesinato. ¿Qué demonios pasaba con aquella mujer?

—Entonces, ¿dónde se contagió? —la voz de Susan sonó opaca y resignada.

—Tiene una cosa que se llama herpes. Es como un virus de viruela, lo creas o no. Tengo entendido que llegó aquí de los Estados Unidos.

Susan se encogió de hombros.

—Ella, cualquier cosa que venga de América. Las viejas enfermedades británicas de toda la vida no son bastante para la chavalería de hoy día, ¿eh?

Colin no podía creerse lo bien que se lo estaba tomando y anotó en su cabeza procurar traer siempre a la señorita Beacham con él en sus futuras visitas.

—¿Entonces pueden tratarla? ¿Es peligroso?

La asistenta social meneó la cabeza tristemente.

—Al parecer nadie sabe mucho de verdad sobre el tema. Pero están haciendo muchas investigaciones. Así que hay esperanzas de que pronto suceda algo, ¿sabes? Pero no es algo que mate, así que no te preocupes demasiado. Ahora está bien. Probablemente más preocupada de que tú te enteres que de otra cosa.

Susan asintió sin expresión en la cara.

—¿Podré verla pronto?

La señorita Beacham asintió.

—Por supuesto que sí, estarán aquí todos el viernes, como siempre.

—¿Y qué pasa con todo ese barullo de la adopción? Porque yo voy a oponerme, como Colin te dirá después de que haya hablado hoy con él.

Susan lo miró a él y puso una media sonrisa.

—Me niego a entregar mis hijos a nadie, aunque sean esos Simpson tan amables. Conseguiré que alguien se la quede, eso lo juro. Así que están avisados. Y confío en que esto no les pondrá a la defensiva, señorita Beacham.

—Oh, Susan, ojalá pudieras estar con ellos, hablan maravillas de ti, ya lo sabes. Y también sé que eras una madre maravillosa para esos niños.

Susan suspiró.

—Eres una buena persona, señorita Beacham. Todos los niños te quieren, y para mí eso ya lo dice todo. Si a los críos no les gusta una persona a mí siempre me parece que tienen un conocimiento instintivo que los demás no tenemos. Calan a la gente mucho más rápido.

Sonrió.

La señorita Beacham se levantó y le estrechó la mano de nuevo.

—Te esperaré fuera, Colin. Os dejo a los dos que habléis a solas.

Salió de la sala después de avisar a la celadora para que la escoltara fuera de la habitación.

Susan y Colin se miraron a los ojos.

—Si yo te hubiera contado eso, Susan, hubieras intentado asesinarme —le reprochó. Ella se echó a reír ante su tono ofendido.

—¿Todavía no te has enterado, Colin? Tú eres un hombre. Por supuesto que te mataría. Es la ley.

Lo dijo con expresión impasible y una media sonrisa. Contra todo pronóstico, Colin se echó a reír. Igual que Susan y la funcionaria de guardia. La sonrisa apenas si asomó en sus ojos y él supuso que ya estaba representando de nuevo el papel de la delincuente empedernida.

Pero las noticias que le habían traído de su hija debían de haberla destrozado por dentro. Se pasó toda la visita encendiendo un pitillo tras otro.

La señora Eappen no sabía muy bien cómo tratar a la mujer que tenía delante. Bien vestida, mejor calzada y exhalando un aroma a dinero, su modo de hablar no encajaba y eso era lo que despistaba por completo a la funcionaria.

Roselle le sonrió lo mejor que pudo luchando por estar amable.

—Tengo entendido que Wendy está enferma, pero estoy segura de que querrá verme.

La señora Eappen estaba desconcertada, y esa era una sensación que no le gustaba. De hecho, aquella visita era lo último que necesitaba ese día.

—Su madre y yo somos muy amigas, desde hace años. Si Susan estuviera aquí no tendría la menor duda en permitirme ver a la niña. Le pase lo que le pase.

La señora Eappen sabía que aquella mujer se llevaba a Wendy algunas noches y a veces los fines de semana. También sabía que había algo escurridizo en ella, aunque no lograba saber qué era exactamente.

—¿Querría usted hablar con mis representantes legales, los señores Eversham y Hope de Great Russell Street? Estoy segura de que encontrarán algún tipo de precedente. Al fin y al cabo yo estoy aquí a petición de la madre. Ya soy consciente de que los niños aquí están bajo tutela, pero de momento no sabía que usted se había convertido en única responsable.

Roselle iba de farol, pero jugaba con tal convicción que la señora Eappen no vio otra salida que dejarla ver a Wendy Dalston.

A Wendy se le iluminó la cara en cuanto Roselle apareció en su dormitorio. Se abrazaron y luego Roselle miró a la mujer ceñuda que tenía ante ella y le dijo alegremente:

—Un té sería maravilloso.

La señora Eappen salió del cuarto con cara de trueno y Roselle se sentó en la cama de Wendy y las dos se rieron.

—¡Qué bruja miserable! Jesús, tendrían que darme un Oscar por esta representación. Pero bueno, ¿cómo estás tú? El problema de siempre, ¿verdad?

Wendy asintió. Nunca decían la palabra si no era imprescindible, sino que daban vueltas a su alrededor conscientes ambas de la enormidad de lo que le había sucedido a la niña.

—Pero esta vez ha sido peor, Roselle. Sinceramente, duele tantísimo.

El dolor se descubría en sus palabras y en su rostro. Roselle la estrechó otra vez contra ella.

—He sabido lo del señor Potter, o como quiera que se llame, y la navaja. Eres toda una valiente, ¿sabes? Lástima que tu madre nunca tuviera tus agallas, ¿eh?

Se echó a reír y Wendy le respondió con sinceridad:

—Me parece que ella lo hizo una vez pero que mi padre se lo quitó de un golpe. Hoy me acordaba de él. Cuando estoy así no puedo evitarlo. Es como si volviera a estar en mi cuarto y notara su olor...

Volvió la vista hacia la ventana para ocultar las lágrimas y Roselle tragó saliva para bajar el nudo que se le formaba en la garganta.

—Bueno, traigo algunas buenas noticias para ti.

Wendy se quedó mirándola esperanzada.

—El señor Potter ya no está. Ha dejado de existir, ascendió por la cortina para encontrarse con su Creador, como diría John Cleese. Ahora es un exasistente social.

Wendy puso unos ojos como platos.

—¿Estás de broma?

Roselle negó con la cabeza.

—¿Te acuerdas de Danny, aquel negro grandote que te presenté aquella vez?

Wendy asintió.

—Bueno, pues tuvo unas palabritas con Alfred y le convenció de que dimitiera. Al parecer nuestro señor Potter ha tenido un accidente, un mal accidente, y de todos modos ya no podría trabajar. Qué detalle, ¿eh?

Wendy se mordió el labio y meneó la cabeza.

—¿De verdad?

—De verdad, lo juro por estas que son cruces —dijo Roselle moviendo enérgicamente la cabeza.

Wendy, muy sonriente, terminó el juego infantil:

—¡Cruz y raya!

La puerta se abrió de golpe y los otros niños entraron corriendo. Alana llevaba a Rosie al cuello. Venían riendo hasta que vieron a Roselle.

—Oh, hola, señorita.

Wendy se rio.

—Esta no es una señorita, es Roselle, Alana, ya lo sabes.

Barry le sonrió y Roselle lo vio tan parecido a su padre que sintió que el corazón se le alborotaba. Abrió el bolso y sacó unas golosinas.

Tumbaron a Rosie sobre la cama y todos saltaron sin pensárselo dos veces. Roselle cogió en brazos a Rosie, que estaba limpia y perfumada, y los contempló. Los vio como lo que eran: unos niños. Disfrutando de cuatro golosinas, de un banquete. Se sintió tan triste que le entraron ganas de llorar por ellos y por sus vidas estropeadas. Rosie decidió que le gustaba la visitante y le dio un beso con saliva y todos se echaron a reír.

En ese momento, la señora Jane Simpson entró en el cuarto y se presentó. Era una mujer bonita. Cogió a Rosie de sus brazos y Roselle vio en su rostro la necesidad que tenía de un hijo y tuvo que volver la cara.

—Ahora Rosie se va a su casa, niños —dijo Jane con voz alta y firme.

Barry, todo inocencia, la miró y le dijo:

—¿Entonces es que ha vuelto mi mama?

En su voz había esperanza, anhelo incluso, y a Roselle le entraron ganas de coger el bolso y salir corriendo. Huir de aquellos niños que no eran responsabilidad suya.

Jane Simpson suspiró.

—No, Barry, tu madre no ha vuelto a casa ni volverá en bastante tiempo.

Barry, siempre optimista, se encogió de hombros.

—Puede escaparse y venir y llevarnos con ella como en las películas del Oeste —su voz decía que estaba convencido de que era capaz de hacerlo, pensara lo que pensase la señora Simpson—. Puede encontrar una pistola, o un rifle... —Alana interrumpió su sueño.

—Está bien, Barry, me parece que ya lo hemos pillado.

Pero el crío no estaba dispuesto a callarse tan pronto. Exclamó en voz bien alta: «¡Bueno, pero puede!» con toda la convicción que logró reunir.

La señora Simpson salió de la habitación llevándose a Rosie que lloraba y

entonces todos se quedaron callados.

—Echo de menos a Rosie, a pesar de que lo único que hace es comer y cagar.

Esta vez Alana le dio un buen golpe a Barry en las piernas.

—Tú cállate ya. Como si no tuviéramos bastantes problemas sin que estés soltando tacos todo el tiempo y armando más follón.

Alana miró a Roselle y se encogió de hombros. Luego dijo:

—Me gustaría que alguien quisiera adoptarlo *a él*. Firmaría los malditos papeles yo misma.

Wendy y Roselle soltaron una buena carcajada.

—Y yo también —dijo Wendy con una voz aguda que fingía humor.

Barry puso cara de astuto, y con los ojos medio cerrados dijo muy serio:

—Me pregunto si Steve Austin necesitará un niño. Me gustaría mucho irme con él. Me volvería biónico y no comería nada más que chuches y Twixes.

Miró de cerca a Roselle.

—Cuando eres biónico no necesitas comer comida de verdad porque ya no eres humano.

Roselle asintió como si comprendiera de qué le hablaba.

—Entiendo.

—De todos modos tú no eres un humano, eres un niño —le dijo Alana sonriente.

Pero Barry estaba por encima de cualquier burla.

—Entonces, cuando mi mama vuelva a casa yo también volveré. Y le llevaré regalos y cosas para que se sienta feliz.

Roselle le alborotó el pelo.

—Estoy segura de que sí. Eres un niño muy bueno, Barry.

Le gustó la atención pero siguió aparentando disgusto para que todos se rieran otra vez. Más animado con su tema y con un público tan atento, gritó:

—¿Y entonces sabéis lo que haré? Iré y robaré a Rosie y la traeré para que mi mama la encuentre cuando vuelva a casa. Como una sorpresa extra.

Satisfecho de sí mismo, se marchó de la habitación. Sabía que dejar al público con ganas de más era parte del encanto de Barry Dalston.

—Este Barry está completamente chalado —dijo Alana con orgullo en la voz. Y miró a Roselle.

—Tiene una edad mental de once años y acaba de cumplir los nueve. De ahí saca toda esa imaginación.

Al notar aquel tono maternal Roselle estrechó a la niña contra ella. Fue un acto espontáneo pero la convirtió en una amiga para toda la vida. Alana le devolvió el abrazo y aquel poquito de atención la hizo empezar a llorar y aquel llanto hizo llorar a Wendy.

Alana estaba tan afectada que no podía ni hablar.

—Echo tanto de menos a mi mama, y ahora se nos llevan a Rosie y nadie sabe lo que ella quiere en realidad. Le dan lo que quieren ellos que le guste a ella. Lo que se

creen que le gustaría. Pero a ella le gustan las chocolatinas Mars, y no las Milky, y le gusta que hagas como que se te cae de cabeza y le gusta dormir conmigo y con Barry. ¡No es justo, no es justo, vaya! Nosotros no hemos hecho nada. Rosie solo tiene tres años y nos quiere a nosotros. ¿Cómo pueden llevársela a otro sitio?

Roselle abrazó con fuerza a las dos niñas con las lágrimas asomándosele a los ojos. Las tres mujeres siguieron muy juntas y lloraron al unísono y así se las encontró la señora Eappen al entrar. Porque finalmente había decidido hacer un poco de té para su visitante. Satisfecha al ver que sus primeras impresiones habían sido correctas, dejó allí la bandeja y se marchó del cuarto con una sonrisa de satisfacción.

Que esta vez esa terrible mujer se las arreglara por su cuenta. Ella era la causante. Pero para Roselle y las dos niñas tanto llorar había sido mano de santo. Había desencadenado las emociones y eso les trajo el alivio definitivo.

Alana fue a buscar a Barry y compartir con él el botín: un billete de cinco libras que le dio Roselle. Otra vez las dos solas Wendy miró la cara de Roselle y meneó la cabeza.

—Es todo tan triste, ¿verdad? Ninguno ha hecho nada y sin embargo ellos son los que sufren. Ojalá lo de aquella noche no hubiera sucedido nunca.

Roselle volvió a tomar a la niña entre sus brazos.

—A todos nos pasan cosas malas en la vida. Quiero decir, que nunca soñé que terminaría haciendo lo que hago. Pero tienes que apechugar con ello, ¿no crees, cariño? Igual que hacemos todos.

—¿Pero qué pasa con Rosie? Si la adoptan mi mama se volverá loca. No volverá a dormir una noche en paz mientras viva. Rosie era la mimada, la mimada de todos, hasta de mi papa. La adoraba. No estábamos celosas de cómo se ocupaba de ella, nos gustaba por ella —le explicó—. Hasta Alana, que antes de que llegara Rosie era su preferida. Se hizo a un lado encantada, porque Rosie es especial. Tendría que estar con mi mama, y si no hubiera sido por mí así estaría. Todo es por mi culpa, Roselle. Todo este desastre lo hice yo. No mi mama. Yo.

Roselle tomó a la niña por los hombros y la sacudió suavemente.

—Escúchame: lo que sucedió no fue por tu culpa. Era tu padre el equivocado, se equivocó al hacer lo que hizo. Tu madre hizo lo que hubiera hecho cualquier otra mujer. Cualquier otra mujer en el mundo si a su hija le hacían todo ese daño. Así que déjate de estupideces. Tu madre está orgullosa de haber hecho lo que hizo, protegerte de él en el futuro. Asegurarse de que nunca volviera a hacer una cosa como esa. Y créeme, conociendo a tu padre, hubiera vuelto a suceder otra vez, y otra y otra. Una vez que se salía con la suya la primera vez, se hubiera pensado que era un juego. Tu madre lo sabía y le puso remedio, igual que lo hará con cualquier cosa que suceda en el futuro.

Wendy se quedó mirando aquella cara severa que tenía delante y suspiró.

—No lo entiendes, Roselle, nadie lo entiende. Si no fuera por mí, mi mama no estaría en la cárcel. Ni los niños estarían aquí acogidos. Nada hubiera cambiado tan

drásticamente. Nunca lo hubiera matado, nunca. Le tenía demasiado miedo, ¿sabes? ¿Entiendes lo que te digo? Oh, puede que se hubiera divorciado de él. O que intentara quitárselo de encima. Pero no lo hubiera matado. Mi mamá es incapaz de matar a nadie.

Roselle meneó la cabeza consternada.

—Todos somos capaces de matar, cariño. Eso es lo que significa la marca de Caín de la Biblia. Todos somos capaces de matar. Todos podemos vernos empujados a ello.

Wendy suspiró con tristeza.

—Eso es lo que intento decirte, Roselle. Mi mamá no mató a mi papá, fui yo.

Las palabras, una vez dichas, electrificaron la habitación y las dos mujeres que la ocupaban.

—¿Que tú qué?

Wendy se pasó la lengua por los labios y dijo despacio y claro:

—Lo maté yo. No importa lo que diga quien sea, lo maté yo. Fui yo.

Roselle la estrechó con fuerza.

—Deja de echarte las culpas de todo. Tú no pudiste evitar lo que sucedió así que escúchame y escúchame bien. Tu madre está en la cárcel, lejos de todos vosotros, pero lo que la mantiene viva es saber que lo que hizo lo hizo para que todos vosotros estuvierais a salvo. Porque, ¿quién puede decir que no iría a por Alana en algún momento, en un futuro, eh? Así que ahora será mejor que intentes quitarte todas esas tonterías de la cabeza. Tu mamá ha presentado la apelación y yo voy a asegurarme de que la gane, diga lo que diga ella, ¿de acuerdo? A partir de hoy yo también estoy a bordo. Así que deja de preocuparte.

Wendy se apoyó contra ella y sintió que todo el cuerpo se le aflojaba.

—Te quiero, Roselle. Y mi mamá también.

—Y yo también te quiero, corazón.

Se volvieron a abrazar y después Roselle se puso de pie. Recogió el bolso del suelo y sacó un paquete de Benson & Hedges.

—Abre la ventana que tú y yo vamos a ponernos las botas, ¿vale?

Capítulo 26

Colin se quedó sorprendido al ver en su oficina a la mujer que acababa de admirar en la calle. Se dio cuenta de que estaba sonriendo a lo tonto, pero ella había mostrado sus piernas al salir del coche.

Callie, su secretaria compartida, lo miraba. Soltó un profundo suspiro y dijo con un fuerte acento de Birmingham:

—Ya puedes mirar a otra parte, Colin. Es de verdad, ¿verdad, querida? —y sonrió a Roselle—. ¿Le apetece un té?

Roselle asintió. Le gustó la chica aunque se daba cuenta de que en aquel preciso momento el joven probablemente deseara matar a su secretaria.

Cuando se cerró la puerta Colin intentó sin éxito cambiar una pila de papeles y carpetas de la silla que estaba al otro lado de su atestada mesa. Los papeles se fueron al suelo con un ruido silbante y Roselle se agachó y se lo recogió permitiéndole ver un atisbo de carne blanca y suave que lo hizo ruborizarse.

Roselle se incorporó de nuevo, lo miró y sonrió:

—Necesitas una novia fija, jovencito.

Se puso rojo como un pimiento y la invitó a sentarse en la silla como un caballero a la antigua.

—Bueno, señorita... ¿Qué puedo hacer por usted?

Roselle sonrió y sus labios ligeramente abiertos le resultaron tan lujuriosos que creyó desmayarse.

—Verá, señor Jackson, soy una buena amiga de Susan Dalston y he decidido que quiero ayudarla, le guste a ella o no.

Colin se quedó unos instantes desconcertado.

—¿A qué se refiere?

Roselle sonrió ligeramente. Estaba poniendo a prueba su paciencia y se le notaba.

—Quiero decir, señor Jackson, que quiero ayudar a que Susan Dalston salga de la cárcel. Tengo dinero para pagarle la mejor representación legal. Y estoy dispuesta a pagar lo que sea preciso para que vuelva a casa con sus hijos que es donde debe estar.

Colin la contempló desde el otro lado de la mesa. No estaba seguro de si lo estaba despidiendo.

—¿Y por qué ahora?

Roselle se encogió de hombros.

—¿Qué nos importa el cuándo, el cómo o por qué? Lo único que quiero es que usted me encuentre el mejor abogado que pueda. Yo cubriré la cuenta y además hablaré con Susan para que colabore. Que es lo que ha impedido que salga hasta ahora como estoy segura que usted comprende.

Colin supuso que aquella mujer sabía mucho más que él. También supuso que no iba a explicarle nada. Era como Susan, solo decía lo que consideraba relevante en el momento de hablar. Ambas eran mujeres difíciles. Era un hecho que tenía que

aceptar, pero no pudo evitar tratar de sonsacarle.

—¿Qué sabe usted?

Roselle se rio con ganas.

—Lo suficiente. Ahora voy a organizar una visita a Susan para hablar yo misma con ella. Usted encuéntreme a alguien a quien poner al mando del barco y que empiece a trabajar para sacarla.

—Probablemente la mejor que puede contratar es Geraldine O'Hara, pero no es barata.

Roselle asintió.

—Entonces esa es la persona que necesitamos. ¿Puede organizar una entrevista con los dos?

A Colin le gustó aquello de «los dos», le hizo sonreír.

—Lo intentaré.

Roselle se inclinó hacia delante en la silla y le dijo con voz ronca:

—¿Alguna vez le ha hablado alguien del poder de pensar en positivo?

Debbie miraba a Jamesie que se preparaba para salir. Estaba tan atractivo como siempre, un buen mozo de cara seria y con ropa cara.

—¿Entonces hoy no trabajas?

La ignoró como de costumbre y continuó vistiéndose. Ella se tragó una réplica airada.

—¿Vendrás a casa para comer?

Él se volvió desde el espejo del armario ropero y la miró de frente.

—¿Y a ti qué te importa?

Dentro de la cabeza de Debbie una voz le gritaba que no le permitiera tratarla así de mal. Pero sabía que si se la devolvía se pondría hecho un basilisco. Esa era la respuesta de Jamesie a cualquier cosa. Si le preguntaba a dónde iba, le pegaba, siempre lo hacía. Se pasaba la vida intentando mantener la paz con él.

Sabía que iba a ver a Carol. Aquella Carol que le había dado un hijo. Carol, la amiguita de pelo rubio y ojos azules y figurita recortada. Carol, que la miraba a la cara con una media sonrisa en los labios cuando se veían por el mercado. Los ojos de aquella chica le decían que era una mema, pero eso Debbie ya lo sabía. No necesitaba que una putilla de tacones altos se lo dijera. Tenía que vivir sabiéndolo cada día de su vida.

Había perdido cinco hijos. Los médicos decían que no podía gestarlos. Y ahora ya había engordado por culpa de los embarazos, la bebida y el descuido en la comida. Se pasó la mano por la cara. Era un gesto de cansancio y Jamesie se echó a reír.

—Eres una inútil, Debs, una gilipollas, ¿lo sabías?

Debbie le miró a la cara.

—Tendría que saberlo, Jamesie, me lo dices más que de sobra.

Vio que los ojos se le entrecerraban y se le endurecía la expresión.

—Nos ponemos un poquito farrucos, ¿eh? Te piensas que puedes decir lo que te

dé la gana, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza pasado ya el momento de la venganza.

—No soy una estrella, Jamesie. No soy nada.

Le clavó un dedo huesudo en el pecho y le dijo:

—En eso sí que tienes razón.

La apartó de un empujón y salió del dormitorio. Detestó verse siguiéndole y haciéndole las preguntas de rigor, pero no podía evitarlo.

—¿Vendrás a casa esta noche? ¿Te preparo un poco de cena de todos modos? ¿Te la dejo en el microondas?

Notaba el tono suplicante de su voz, oía la necesidad resonar en su cabeza, y se sintió fatal. Por permitir que le sucediera aquello.

Jamesie se giró al pie de las escaleras.

—Haz lo que te salga de los cojones.

Se enfundó una cazadora de cuero y Debbie intentó cepillarle los hombros. Le apartó la mano de un golpe como si fuera a contaminarlo.

—Por favor, hoy no vayas. Podemos salir o cualquier otra cosa.

Jamesie hizo un gesto desdeñoso. La verdad es que con aquellos ojos azules y aquel pelo negro y espeso era demasiado guapo. Incluso estando furioso con ella seguía teniendo el poder de hacer que lo desease.

—¿A dónde iba a querer ir contigo, eh? ¿Al puto bingo, te parece? No quiero que me vean contigo ni muerto en el campo de las malvas, Debbie. Seguro que eso ya te lo has imaginado tú.

La miraba concentrado, sorprendido por su resistencia, por cómo podía tratarla tan mal y sin embargo seguía viniendo a por más.

—Yo aquí vengo por los ladrillos y el cemento. Este chamizo es mío, así que quiero que te vayas. Bueno, pues venga, ahora ya lo he dicho.

Debbie sintió aquella angustia tan conocida en la boca del estómago. Aquel temblor interior como si estuviera ante un viaje peligroso.

Sabía que él disfrutaba con su malestar, como siempre.

—Eres un cabrón de mierda.

Él puso una gran sonrisa.

—Uno para ti.

Salió por la puerta como si no tuviera ninguna preocupación en este mundo.

—¿No seguirás escribiendo cartas, verdad?

Con la cabeza inclinada sobre la mesa de la celda, Susan asintió. Delante de ella tenía una pila de pitillos liados, una caja de cerillas y una taza de té.

—Pues sí. Tengo que intentar arreglar algo de lo de Rosie. Incluso estoy intentándolo con mi hermana Debbie, aunque no tengo muchas esperanzas. Ojalá la mama de Barry no estuviera tan enferma, pobrecita, entonces estaría todo arreglado.

Matty le acarició el pelo.

—¿Quieres que le hable de ti a Geraldine, a ver qué nos dice ella?

Susan levantó los ojos para mirarla.

—¿Lo harías? ¿De verdad?

Matty asintió, complacida.

—Naturalmente que sí. Creo que es intolerable lo que te están haciendo. Rhianna también ha pasado por eso, ¿sabes? Me lo contó ella. Yo no puedo imaginarme tener hijos, me parece que ya es bastante duro tener que preocuparte de ti misma.

Susan encendió otro pitillo y dio una profunda calada.

—Odio estos pitis. Me ponen todos los dedos amarillos. Esa abogada tuya se supone que es de la rehostia, ¿verdad? ¿Pero no trabaja solo con casos como el tuyo?

Matty suspiró.

—Tu caso es como el mío, Sue. A ti te pegaba, ¿no es cierto? Solo con que colaborases un poco en tu favor, podrías salir.

Susan se quedó mirándola largo rato.

—¿Todo lo que se dice en el juicio tiene luego que guardarse en las actas?

Matty se sentó en la litera.

—No necesariamente, ¿por qué?

Susan se encogió de hombros.

—Solo me lo preguntaba, nada más. O sea, quiero decir, ¿hay una posibilidad de que se mantenga en secreto?

Matty la miró a los ojos.

—Eso depende, ya te lo he dicho. A veces si un asesinato es especialmente cruento el juez puede determinar que algunos aspectos no se hagan públicos. Quizás en los asesinatos de niños y cosas así. Se considera que no debe hacerse público por el interés general.

Susan la escuchaba atentamente.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres mantener en secreto? —le preguntó Matty.

Susan no le contestó.

—Venga, Sue, a mí puedes decírmelo.

Lo dijo con voz grave, persuasiva.

—Nada. Solo me lo preguntaba, nada más.

Su compañera de celda se puso de pie claramente molesta.

—Si me dijeras qué es lo que pasa de verdad tal vez pudiera ayudarte, Sue. Sinceramente, creo que podría.

Parecía que Susan estaba a punto de decir algo cuando se abrió de par en par la puerta de la celda y apareció ante ellas la funcionaria Blackstock.

—¿Qué es esto, una reunión de madres? Vamos, Dalston, tienes una visita de verdad.

—¿Quién es?

La celadora la miró con cara de malas pulgas.

—Bueno, ¿a quién has mandado tú un pase de visitas?

El tono no admitía discusiones y Susan la siguió ilusionada. Sabía quién era y estaba asombrada. Después de tanto tiempo estaba nerviosa y emocionada ante la perspectiva.

Y confiaba en haber hecho lo correcto.

Geraldine y Roselle se echaron una mirada mutua y de ahí nació una amistad. Dos mujeres, parecidas en algunas cosas y sin embargo de mundos opuestos en el estilo de vida, se encontraron en un lujoso despacho de Holborn y ambas supieron instintivamente que iban a ser grandes amigas.

—Siéntese, traeré un poco de café. A no ser que prefiera algo más fuerte, desde luego.

Roselle sonrió.

—No me iría mal un buen *brandy*. Estoy a punto de hacer volar por los aires el mundo de mi mejor amiga. Y para hacer eso necesito algo potente.

Intrigada, Geraldine preparó una copa para cada una y una vez instalada miró a Roselle y alzó su copa.

—Pues vamos entonces, suéltelo. Antes de que cambie de parecer y me haga perder el tiempo —Roselle se rio con elegancia. Aquella mujer ya se la había ganado—. Solo la vi un momento por culpa de Colin Jackson. Así que ahora no me decepcione.

Geraldine miró cómo Roselle se atizaba el *brandy* de un trago.

—Lo necesitaba. Muy bien, la verdad. Esto es absolutamente confidencial, ¿verdad?

Geraldine asintió.

—Por supuesto.

—Lo crea o no, Barry Dalston era mi amante. Así fue como Susan y yo nos hicimos amigas, por extraño que le pueda sonar. Sé por Susan que Barry violó a su hija mayor, Wendy. Y que eso fue lo que llevó a Susan a asesinarlo. La chica se contagió de un herpes de su propio padre, ¿no es espantoso? Susan nunca dijo nada para que Wendy pudiera vivir sin que nadie supiera lo que le había pasado a manos de su propio padre.

Geraldine se quedó totalmente petrificada.

—Usted era su amante, era la amiga de su mujer que lo mató porque había violado a su hija, ¿lo he entendido bien? Creí que Wendy ni siquiera estaba allí aquella noche.

Roselle asintió.

—Eso es lo que cree todo el mundo. ¿Qué va a hacer con ello entonces?

—Servir otra copa para las dos, me parece.

Roselle sonrió.

—Hágalo y yo empezaré por el principio, ¿de acuerdo? Entonces entenderá mucho mejor la situación.

Geraldine meneó la cabeza tristemente.

—Eso espero, pero todo me suena como si lo de que yo lo entienda vaya a ser el último de nuestros problemas.

June estaba sentada en la sala de visitas con todo el aspecto de ser una madre despreocupada.

Susan le sonrió.

—Hola, mama. ¿Cómo estás?

June miró a su hija y suspiró. Encendió un cigarrillo para ocultar su incomodidad.

—Pensé que sería la última persona que querrías ver.

Susan siguió sonriendo y aquella sonrisa ponía a June más incómoda a cada momento.

—Tú eres mi madre.

June se encogió de hombros quitándole importancia.

—No necesito que me lo recuerdes, ¿sabes?

—¿Entonces por qué has venido?

Se encogió otra vez de hombros.

—Si he de serte sincera, ojalá no me hubiera molestado, joder. Supongo que solo quería ver con mis ojos cómo te encontrabas. Como ya has dicho, yo soy tu madre.

Susan resultaba extraña. Estaba mucho más delgada y tenía como una aureola alrededor que June nunca había visto antes.

—Bueno, es evidente que te gusta la vida de aquí dentro. Te sienta bien, si no te importa que te lo diga. Tienes una pinta estupenda.

Aquello era lo más próximo a lo que June podía llegar en cuanto a conductas maternas y Susan se lo agradeció.

—Tú estás estupenda, me gusta tu abrigo.

Aquel abrigo de cuero hasta los pies era el orgullo y la alegría de June.

—Bueno, habrás tenido que hacer un esfuerzo, ¿no?

Encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior.

—Debe de haberte costado unos cuantos billetes.

June la miró con rencor.

—Pues sí. Lo compré con el dinero que saqué de los periódicos, Sue, ahora ya lo sabes.

Susan cerró los ojos angustiada.

—No quiero discutir contigo, mama, lo que está hecho hecho está. Lo que quería era pedirte un favor.

June expulsó el aire por los labios de manera beligerante.

—Ya pensé que sería alguna cosa así. Bueno, pues si lo que quieres es que me

quede con tus cuatro putos críos, estás arreglada. No los quiero.

Susan cerró los ojos e hizo un esfuerzo para mantener la calma.

—No quiero eso, mama. No quiero tener a mi padre cerca de esos niños, y tú sabes por qué. ¿No es cierto? Quiero pedirte a ver si puedes hablar con Debbie para que se los quede ella una temporada.

June se rio con ganas.

—¿Estás de broma? ¿Con ese gilipollas irlandés de consorte que tiene? Él considera que tú haces de menos a la familia, muchacha. Opina que eres una mierda. La pobre Debbie tiene que aguantar toda clase de cosas por tu culpa.

—No, no es verdad, mama. Deja de exagerar todo el tiempo. Ha tenido mal rollo con él desde el primer día. Si hasta ha tenido un hijo con otra.

June sorbió por la nariz.

—Esa Carol es una furcia. Al parecer hasta su padre y su madre reniegan de ella. ¿No tendrían que haberla educado mejor ellos?

Susan meneó la cabeza sin poder creérselo.

—¿Sabes qué? La verdad es que me asombros, madre. Has tenido más hombres que una puta fulana de los muelles y todavía tienes la cara de sentarte ahí y despellejar a esa chica. Tu marido perseguía a tu propia hija y nunca moviste un dedo en el asunto, ¿o no? Estoy aquí por tu culpa y por la de él. Y me hablas de educar a los hijos después de lo que nos hiciste a mí y a Debs...

Como June hizo ademán de levantarse Susan la agarró con fuerza por la muñeca.

—Como intentes marcharte te machaco la cabeza. ¿Me has oído, madre?

June volvió a sentarse frente a su hija y sintió que el miedo la invadía.

—Cuando pienso en cómo era nuestra vida contigo y con él, ¡es que te estrangularía, joder! Barry era justo igual que tú y mi papa, un cabrón egoísta, siempre a lo suyo. Como sigues siendo tú. ¿Sabes lo que les has hecho a mis hijos, con lo de venderle ese montón de basura a los periódicos hablando de mí y de él? —le espetó—. Y encima, echándome la culpa de todo. Dando a entender que era una madre inadecuada. A pesar de que tú nunca hubieras podido salir y decir eso ¿eh?, porque eso no es verdad. Si tú nos hubieras querido a nosotras como yo quiero a mis hijos las dos hubiéramos estado más que bien, yo y Debs. Juré que yo haría las cosas de otro modo y las hice. Mis hijos tuvieron todo lo que tiene que tener un niño. Tenían ropa, los alimentaba bien y eran queridos, queridos de verdad. Y lo siguen siendo. Quería verte intentar dejar el pasado que llevamos detrás, intentar darle algún sentido, pero tendría que haberme dado cuenta de que era perder el tiempo —continuó—. Vamos, no jodas. Ahora podrás decirles a los vecinos que has ido a ver a tu hija la asesina. Tomarte unas cuantas copas en el *pub*, eso harás. ¡Bruja de dos caras, hipócrita!

June estaba blanca del susto. Miró a Susan a la cara y por primera vez desde hacía años sintió una chispa de afecto por su hija. Incluso de respeto.

—Bueno, pues si quieres que te haga un favor tienes una manera muy curiosa de

pedírmelo. Iré a buscar un poco de té para las dos, ¿eh?

Le alargó un paquete de cigarrillos por encima de la mesa.

—Fuma a tu gusto mientras esperas.

Susan la miró cruzar bamboleándose la sala de visitas, con el pelo immaculado y la ropa demasiado juvenil y demasiado ceñida.

Deseó haberle dicho lo que pensaba de ella mucho tiempo antes. Como mínimo eso la habría hecho sentirse mejor por dentro.

Mucho mejor.

Pasara lo que pasase hoy, por lo menos había visto a su madre. Por alguna razón, Susan seguía necesiéndola. Aunque del porqué de eso, no tenía ni idea.

Los Simpson tenían que venir a buscar a Rosie después de la visita a los otros niños. La señora Eappen les estaba dando unos sándwiches y una taza de té. Estaba preocupada por Wendy, la muchacha parecía verdaderamente enferma.

—Vamos, Wendy, come algo, cariño.

Wendy meneó la cabeza.

—La verdad es que no puedo comer nada —dijo.

Barry le cogió el sándwich del plato.

—Pues yo sí. Yo puedo comer lo que sea. Tengo un estómago de hierro.

Lo dijo lleno de orgullo y todos se echaron a reír.

Wendy apoyó la espalda en la silla y cerró los ojos. La pequeña Rosie se estaba quedando dormida en su regazo y podía oler el aroma del pelo recién lavado de la niña y su sudor infantil. Unos deditos gruesos como de estrella de mar se agarraban con fuerza a los tirantes de su sostén a través del jersey. Sin darse cuenta, abrazó a la niña con más fuerza y le besó en lo alto de la cabeza.

—¿No permitirán de verdad que la adopten, no es cierto?

La señora Eappen se encogió de hombros.

—No te lo puedo decir. Tu madre tiene todo el derecho a oponerse pero a no ser que se presente pronto otra familia me temo que la cosa será inevitable.

Wendy movió la cabeza con mirada ausente.

—No es justo. Es que no es justo.

La señora Eappen la tomó del brazo cariñosamente.

—Ya lo sé, querida.

Entonces apareció Colin en la sala de estar, la cara toda sonrisas.

—Hola a todos.

Los niños le sonrieron, excepto Wendy.

—Colin, si tuviera dieciséis años, ¿podrían darme la custodia de esta pandilla?

—Puede ser, depende. Necesitarías muchísima ayuda.

Wendy se encogió de hombros.

—Cualquiera necesitaría mucha ayuda con Barry a cuestas. Pero lo digo en serio,

¿hay alguna posibilidad?

Colin se encogió de hombros.

—Podría mirarlo para estos dos, pero lo de Rosie sería harina de otro costal.

A Wendy se le cambió la expresión. Era como si alguien hubiera apagado su luz interior.

—Pues Rosie es a la que de verdad quiero ver con nosotros. Ya sé que los Simpson son buenas personas, pero no pueden tener a mi madre encerrada para siempre y cuando vuelva a casa querrá tenernos a todos nosotros con ella. Y eso quiere decir que Rosie también. Seguro que tiene que haber alguien que pueda ayudarnos.

Miró a Colin y a la señora Eappen. Ninguno de los dos parecía poder darle una respuesta.

—Yo venía a hablar contigo realmente, Wendy. En algún momento. Cuando te sientas con ganas, por supuesto.

Colin sonrió a la chica como dándole ánimos pero ella no le sonrió.

—¿De qué? —otra vez tenía la cara sin ninguna expresión.

—Hay unas cuantas cosas que necesito preguntarte, solo cosas que quiero tener claras en mi cabeza.

La miró muy serio y ella bajó la vista. La señora Eappen notó la expresión asustada de la muchacha y se preguntó qué pasaría a veces exactamente dentro de aquella preciosa cabecita.

Después de eso, Wendy se quedó callada y el día pareció agotarse. La señora Eappen la miró atentamente. Aquella chica siempre estaba al límite. Pero eso era muy natural después de una tragedia semejante en la familia.

June echó a andar por el camino de entrada de Debbie y tiró la colilla del cigarrillo en la maceta que colgaba de la puerta de entrada. Sonrió. Debbie se creía de verdad que todavía estaba en el candelero incluso con un marido como el que tenía que se follaba todo lo que estuviera vivo de menos de sesenta y cinco. La pequeña Carol no podía retenerlo para ella sola aunque lo intentaba, según las habladurías que le llegaban a June. La verdad es que esa chica hacía mejor trabajo que su hija. Por lo menos lo veía con regularidad según contaban y eso era más de lo que Debbie podía decir.

La propia Debbie le abrió la puerta con la cara roja y magullada. La boca puso una expresión infantil bajando las comisuras de los labios de una forma que parecía fuera de lugar en unas facciones adultas.

—¡Oh, joder, pobrecita mía! No me extraña que tu maridito esté siempre por ahí si tiene un careto como ese esperándole cada noche.

Debbie rompió a llorar una vez más, y June la apartó a un lado, cruzó el vestíbulo y entró en la cocina. Antes de volver a hablar puso el agua a hervir sin dejar de observar hasta el último detalle de la casa.

—Esto está demasiado limpio, Debs. Se parece más un puto piso piloto que un hogar de verdad.

Abrió el armario y sacó dos tazones blancos.

—¿Es cierto que esa putilla barata está otra vez preñada de Jamesie? —mientras hablaba iba poniendo café y azúcar en los tazones—. Pues si lo está, esta vez tienes que ponerlo directamente de patitas en la calle. Es una vergüenza terrible para mí y para tu padre. Ya es bastante malo tener una hija presa por asesinato para que la otra se vea en boca de todos por ser una imbécil de los cojones. De todas todas prefiero la solución que dio Susan al problema.

Debbie se sentó ante la barra del desayuno que una vez había sido su alegría y su orgullo y desconectó el cerebro. Era la única forma de lidiar con su madre.

—Encerrada aquí en Rainham, entre esas putas estacas y con cantidad de chalados por vecinos. Nunca cruzas una palabra con esa gente.

—Los únicos con los que no hablamos somos nosotros, mama. Y eso desde que informaste a la señora Black, la de al lado, de que si tenías la oportunidad le echarías uno a su marido.

June se encogió de hombros.

—Bueno, pues claro que sí, está más que bien. ¡Pero ella! Si parece un culo bien azotado. Vosotros dos no tendríais que haberos ido nunca del East End. Por lo menos allí habrías podido tener amarrado a Jamesie. Con lo gilipollas que es.

Sirvió agua en los tazones y revolvió los dos vigorosamente.

—Hoy he visto a Susan —dijo.

Se quedó encantada con la expresión que apareció en la cara de su hija.

—¿Que has qué?

June echó un poco de leche en el café y lo derramó todo sobre la encimera. Por una vez Debbie no se enfadó.

—¿De verdad que fuiste a ver a Susan? ¿Cómo está? Es increíble que siga hablándonos a nosotros después de la última jugada con la prensa.

June hizo como que no la oía.

—Susan nos comprende, esa chica siempre ha tenido sesera. La cuestión es que quiere verte.

Encendió un pitillo y Debbie se levantó automáticamente para abrir la puerta de atrás. Jamesie no soportaba que la gente fumara dentro de su casa.

—¿Y por qué quiere verme a mí?

June sonrió enseñando unos grandes dientes amarillentos.

—Quiere que te quedes con la pequeña Rosie hasta que ella salga.

—¡Tiene que estar de broma!

Su madre meneó la cabeza mortalmente seria.

—Pues no. Resulta que se la van a dar en adopción a esa pareja, los Simpson. Y naturalmente Susan piensa que eso es una buena putada. Así que ha pensado en su familia porque necesita ayuda y apoyo.

Debbie oyó el tono de superioridad moral que June impostó en su voz y se dio cuenta de que June estaba todavía más desequilibrada de lo que pensaba.

—Es lo menos que podemos hacer por ella, ¿no crees? Quiero decir, que está allí encerrada, metida en ese agujero. Y para ser justos con Susan, siempre fue una buena madre.

Esto último lo dijo como a regañadientes. June miró a su hija con expresión escéptica.

—Incluso en los periódicos, aunque dijera cualquier otra cosa, siempre dije que Susan era una buena madre.

Debbie se puso de pie lentamente y con intención. Cuando habló, la voz era un gruñido profundo. Su madre había acabado por hacer rebosar el vaso. Cada comentario desagradable, cada palabra cruel se habían juntado en la cabeza de Debbie y lo profundo de su sentimiento brotó de golpe en cuatro palabras:

—Largo de aquí, mama.

June se puso pálida.

—¿Cómo dices?

Debbie la empujó hacia la puerta sin ningún miramiento.

—Ya me has oído. Lárgate de aquí, joder. Fuera.

June se sintió arrastrada por el estrecho pasillo. Apartó a su hija de ella y se revolvió hecha una fiera.

—¡No te atrevas a decirme que me largue, cretina de mierda!

Pero Debbie se estaba riendo de ella y June no sabía muy bien qué hacer.

—¿De qué coño te ríes, desgraciada?

Debbie se reía tanto que las lágrimas le corrían por la cara.

—Eres una puta mierda, madre, ¿lo sabías? La pobre Susan ha sufrido al saber que sus hijos se pasan la vida con unos extraños y a ti no te importó una mierda. Qué te ofreció, ¿eh? ¿Qué tuvo que ofrecerle a su propia madre para conseguir que le hiciera un favor? ¿Otra lucrativa historia para los periódicos? Venga, mama, me interesa mucho, cuéntamelo.

June rebotaba de rabia y resentimiento.

—¡Cállate, zorra! Te crees de verdad que eres mejor que yo, ¿eh? Tú, con tu puta casa adosada y tu puto césped bien recortadito. Con esas cortinas de terciopelo y el tresillo de dralón. Ah, te piensas que de verdad eres la rehostia, ¿verdad?

Tomó aliento y siguió gritando.

—Bueno, pues escúchame bien, señorita. Tú no tienes nada, ni hijos, ni marido, ni vida, ni siquiera un jodido perrito. Mi Susan tenía algo dentro de ella, por lo menos tenía eso. Por lo menos tuvo los huevos de librarse de aquel cabrón que la pegaba. ¿Y qué huevos has tenido tú, eh? Ella es otra cosa, tiene una familia con ella, y tú ni siquiera has tenido huevos para mandarle que se largue. Susan comprende por qué hice lo que hice. Sabe lo que vale un penique, claro que sí. No es como tú, ella ha tenido que usar uñas y dientes para conseguir cualquier cosa. Tú y ese marido tuyo

seguís juntos por culpa de esta casa y nada más. Bueno, pues déjame que te lo diga, una casa no es más que una puta casa. Si no eres feliz en ella no significa nada.

Abrió los brazos y señaló a su alrededor.

—¿Te piensas que limpiando y lavando todo el día vas a ser feliz? Pues no, yo te lo digo. Ya sé que yo soy una tonta del culo, he estado perfeccionándome años y años. Pero tú, ¿qué excusa tienes tú, eh? Eres una perra amargada, vengativa y miserable. Susan ha tenido los huevos de decirme lo que piensa de mí, y sin embargo sabe perfectamente que yo sigo siendo su madre haya hecho lo que haya hecho. Hasta yo me doy cuenta de eso ahora. Pues bueno, tú eres su hermana y podrías muy bien ocuparte de esa criatura. Que Dios sabe que tú no vas a tener nunca uno tuyo...

Las dos mujeres se quedaron calladas al darse cuenta de que habían ido demasiado lejos.

—Jesús, Debs, no quería decir todo esto.

—Sal de aquí, madre. Y esta vez no vuelvas.

June se cerró el largo abrigo de cuero como para protegerse y dijo con calma:

—No pienso volver, Debs. Pero antes de que me vaya, escúchame. Susan y tú sois hermanas y yo soy vuestra madre, te guste o no. Vete a verla. Intenta ayudarla. Dios sabe bien que ella lo hubiera hecho por ti y hasta tú sabes que eso es verdad. Si las cosas estuvieran del revés no hubieras tenido ni que pedirselo, ¿no crees? Odio decirte esto, pero mi Susan es mucho mejor que todos nosotros juntos. Hasta me hizo sentir vergüenza.

June salió de la casa. Debbie la miró en silencio caminar por el sendero hacia la verja. Cerró la puerta, fue hasta la cocina y empezó a arreglar lo que su madre había desordenado.

Al sacar la lejía de debajo del fregadero y echarla sobre la encimera el potente olor le hizo saltar las lágrimas. Se miró las manos y las vio todas rojas de tanta agua caliente y tanto detergente. La mirada se le fue hacia la cocina, contempló los armarios perfectamente arreglados y las baldosas del suelo inmaculadas y se preguntó qué demonios estaba haciendo allí.

Jamesie prefería pasar el tiempo con una furcia en un piso protegido de una sola habitación con manchas de humedad y de moho como parte de la decoración. Aunque tenía la sensación que lo que Jamesie realmente quería era tener a Carol y a su hijo en esta casa.

Quería que Debbie se marchase.

No había estado de verdad en ella desde que naciera su hijito.

¿A quién trataba de engañar pretendiendo que seguía teniendo un marido?

Carol preparó un sándwich y una taza de té para Jamesie. La cocina era pequeña pero bien provista de armarios. Aunque ella nunca se molestaba en guardar nada. El dormitorio estaba lleno de ropa para planchar y la sala de juguetes y peluches. En la

cocina parecía que hubiera caído una bomba. Se limitaba a barrerlo todo en un mismo montón y dejar sitio para ella.

Para Carol el problema de la limpieza era más bien averiguar hasta donde podía llegar la porquería. Nunca le vio sentido a esa pérdida de tiempo de limpiar cuando puedes estar pasándotelo bien.

Jamesie dio un mordisco a su sándwich de jamón y se rio al ver los esfuerzos del pequeño Jamie para construir una torre con tarugos. Mientras Carol se preparaba un sándwich, no dejaba de llamarla.

—Ven a verle, Cal. Mira cómo ha montado eso. Es un rapaz listísimo. Mira qué anchura de hombros. Va a ser un mocetón.

Los comentarios elogiosos eran permanentes y Carol gozaba con la seguridad de que Jamesie era suyo. Desde el momento en que había visto asomar la cara roja y arrugada de su hijo al nacer, sabía que era suyo. Se acarició el vientre. Ahora llevaba otro dentro de ella y sabía sin sombra de duda que eso sería la puntilla para la antigua mujer de Jamesie. La gorda de Debbie estaba lista para que la echaran sin más de aquel palacito que tanto le gustaba. A Carol eso no le molestaba. En realidad opinaba que Debbie se lo había buscado. Una mujer que anteponía cualquier cosa por delante de su marido, era una idiota.

Sentada en el sofá y contemplando a sus dos hombres jugar juntos sonrió con una larga sonrisa pausada como un gato que hubiera cazado una rata particularmente gorda.

Aunque no se diera cuenta, era exactamente lo que ella había hecho.

Wendy estaba sentada en su cuarto contemplando el sol que desaparecía detrás de una fila de casitas próximas. Veía el interior de los jardines y observaba a menudo a las familias que se relajaban en ellos. Los veía cuidando las plantas, leyendo libros en sillas de lona. Veía a los niños jugando en los estanques. Oía las risas y a veces las discusiones y reproches que le traía amablemente el viento del atardecer.

Envidiaba de aquellos niños la seguridad de sus casas, su bonita ropa y sus padres. Sobre todo les envidiaba sus padres.

Cuánto daría ella por tener los brazos de su madre rodeándola en ese momento, la voz de su madre diciéndole que todo acabaría bien.

Metió la cabeza entre los brazos y cerró los ojos.

Se quedó quieta, absolutamente quieta durante un momento. Luego fue hacia el buró y abrió un cajón. Dentro tenía un frasco de tabletas de paracetamol. Acarició suavemente el cristal.

Sentía un impulso desesperado de tomárselas una por una. De tragárselas todas. Si ella desaparecía, todo iría mucho mejor.

Porque ella era la causante de todo. Si no hubiera estado en casa aquella noche... Si se hubiera ido con cualquiera de los críos pequeños... Si por lo menos se hubiera

quitado de su camino, nada de aquello hubiera pasado. Rosie no estaría con los Simpson y los otros dos estarían durmiendo en sus camas.

Había causado muchos problemas con sus actos, había desbaratado las vidas de tantas personas que realmente sería mejor que desapareciera. Para ella lo justo y necesario sería quitarse la vida después de arruinar las de tantas otras personas.

Recordó lo que le había dicho Colin ese mismo día. Había notado que algo no iba bien e intentó sonsacarle por qué aquella noche estaba en casa de su abuela y los otros niños se habían quedado al cuidado de Alana. Al cuidado de una niña.

Wendy no le había contestado.

Su madre aguantaría lo que fuera antes de permitir que se supiese lo que le había sucedido a su hija.

Lo que había hecho su hija.

Wendy sabía que nunca podría contarlo aunque quisiera porque a su madre le destrozaría el corazón.

Abrió el frasco y sacó las tabletas. Luego, se sentó en la cama, se sirvió un vaso grande de zumo de naranja de la jarra que tenía en la mesita de noche. Apretó el frasco con fuerza y sintió que le brotaba el sudor de las palmas de las manos y se le escurría entre los dedos.

Lo único que tenía que hacer era tomarse aquellas pastillas y todo estaría mucho mejor.

Capítulo 27

—¿Que se ha qué? ¡Y no me ha dicho nada hasta ahora!

La voz de Susan sonaba a incredulidad. Cuando le explicaron lo del intento de suicidio de su hija creyó que el mundo se le venía encima.

La celadora jefe sintió una enorme compasión por la mujer que tenía delante que tuvo miedo de echarse a llorar ella también.

—Escúcheme, Susan, está perfectamente. Se lo digo de verdad. No la levantamos en mitad de la noche porque no nos pareció necesario preocuparla. Tomé esa decisión porque en ese momento me pareció que era la correcta.

Susan no le respondió; miraba el despacho a su alrededor como si fuera a materializarse ante sus ojos alguna milagrosa vía de escape.

—Mi niña, mi niñita estaba en cuidados intensivos *¿y no querían preocuparme?*

La señora Carling meneó la cabeza con cara triste.

—Usted no habría podido hacer nada, Susan. Y me pareció que era incorrecto meterle esa preocupación en la cabeza en mitad de la noche cuando usted no podía hacer nada.

Susan miró la cara de bondad de la mujer y musitó:

—Hubiera podido rezar, señorita, al menos podría haber hecho eso.

La señora Carling rodeó la mesa, cogió la taza de té caliente y la puso amablemente en las manos de Susan.

—Bébaselo. Iré a ver a la directora a preguntar si podemos concertarle una visita.

Sue se agarró con desánimo al pesado tazón blanco.

—No creo que me dejen salir, ¿verdad?

La cara con grandes arrugas de la señora Carling se le fue suavizando según hablaba.

—Bueno, Susan, pero podemos intentarlo. Al menos podemos intentarlo.

Wendy estaba cansada, muy muy cansada.

Tumbada allí en la cama de hospital, oyendo los ruidosos movimientos del pabellón, sentía que un sentimiento de absoluta desesperación la envolvía.

Ni siquiera había sabido matarse como se debe.

Una enfermera, una chica irlandesa guapa de ojos azules y un llamativo pelo rojo, asomó la cabeza por la puerta.

—¿Una tacita de té, cariñito? ¿O un vasito de agua quizás?

Wendy sonrió sin ganas, con una cara tan triste que la enfermera se desanimó solo de mirarla. Entró en la habitación y se sentó sobre la cama. Le sonrió con una amplia sonrisa profesional.

—Venga, cuéntame algo, estoy loca por hablar con alguien que sea más o menos de mi edad. Por Dios, mira que los ingleses son reticentes; y la hermana del pabellón

es una perra con hábito.

Ahora Wendy sí sonrió, con una sonrisa triste.

—¿Me mandarán otra vez al centro de acogida enseguida?

La enfermera se encogió de hombros.

—Seguramente, ¿cómo voy a saberlo? A mí no me dicen nada porque soy de prácticas.

Le apartó los largos cabellos oscuros de la frente.

—¡Pero mira qué pelo! Jesús, daría todo mi sueldo por tener un pelo así. Es maravilloso. Seguro que atrae a los tíos, ¿eh?

Se dio cuenta de que había dicho algo equivocado al ver la expresión de desprecio absoluto que se pintó en la cara de la niña. Wendy se apartó de ella y le dijo cortante:

—No quiero atraer a los tíos, gracias. Solo quiero que me dejen en paz.

—Déjate de bobadas, ¿quieres? Si todas estamos aquí por lo mismo. Muy pronto te sentirás de otra manera, créeme. ¿Eso es lo que te hizo... ya sabes?

Estaba interesada de verdad y Wendy vio a una jovencita como ella que intentaba encajarse en el mundo de los adultos y no sabía cómo hacerlo. Pero no le contestó y se quedaron las dos sentadas en silencio.

—Algún día todas tendremos experiencia, me imagino. No hay más remedio. Hay que aprender de todo.

La voz de la enfermera era ahora más suave porque intentaba con todas sus fuerzas resultarle cordial.

—Yo ya sé demasiado, y no quiero ese mundo. Ya no más.

En la voz de Wendy sonaba tal desolación que la joven enfermera se sintió profundamente triste.

—Ah, no dejes que nada vuelva a deprimirte. La vida es un gran regalo de Dios pero lo que hagas con ella es cosa tuya. Solo te dan una oportunidad, no es como probarse vestidos, según decía mi madre. Dentro de seis meses te estarás preguntando por qué coño estabas tan preocupada.

Wendy sonrió ante aquel tono jovial. Si ella pudiera ser como aquella personita con su uniforme almidonado y sus cómodos zapatos.

—Dentro de seis meses todos mis problemas seguirán estando aquí, y además habrán ido a peor, no a mejor. Créeme, lo sé muy bien.

Para entonces ya se habrían llevado a Rosie para siempre.

La pequeña Rosie, la alegría y el orgullo de todos.

—No puedes decir eso con toda seguridad. Las cosas cambian. Todo tiene que cambiar. Pues claro, así es como es la vida, ¿o no? Hacer que sucedan cosas y hacer que las cosas cambien.

Wendy miró la bonita cara pecosa de la enfermera y suspiró con fuerza.

—Creo que ahora sí que me tomaré una taza de té.

La enfermera saltó de la cama con una gran sonrisa.

—Por cierto, me llamo Orla. Orla O'Halloran.

Wendy le sonrió.

—Yo, Wendy Dalston —le dijo.

Orla se rio bien fuerte.

—Pues claro, yo ya sabía tu nombre, niña. Está escrito encima de la cama.

Salió alegremente de la habitación y Wendy volvió a tumbarse sobre las almohadas frías y se sintió medio apenada y medio contenta de que aquella chica tan expresiva se hubiera ido.

La gente feliz te agota, decidió.

Y se sintió agotada por dentro y sin fuerza como si ya hubiera vivido cien años.

Geraldine estaba en su despacho estudiando los archivos del caso de Susan Dalston. Era una lectura densa. Según iba leyendo las declaraciones de los testigos y los informes policiales se iba poniendo de mal humor. Veía con absoluta claridad que la policía había aceptado la historia de Susan sin ponerla en duda ni por un momento. Estaba llena de contradicciones, tenía lagunas suficientes como para que resultara prácticamente inadmisibile. Pero también sabía que los hombres que habían visitado la casa de la mujer en numerosas ocasiones, que sabían del trato que sufría a manos de la víctima, estaban dispuestos a obtener una condena fácil. Breve y buena. Barry había pegado a Susan cinco días antes y ella decidió matarlo tras pasar una noche en un *pub* del barrio donde «se lo había pasado muy bien», en cita literal. Si estaba de tan buen humor, ¿por qué decidió precisamente esa noche golpear la cabeza de su marido con el martillo hasta hacerlo desaparecer? Hasta no dejar nada más que huesos y sesos.

El informe del forense establecía que lo había golpeado cruel y repetidamente. Los primeros golpes ya lo habían matado, dictaminó con su ciencia. ¿Por qué entonces continuó con su ataque que estimaron que había durado por lo menos quince minutos?

Ahora que Geraldine sabía lo de la hija entendía mucho más el asunto que ellos, por supuesto. Pero al mismo tiempo seguía pareciéndole una exageración. Incluso sabiendo lo que le había hecho a Wendy, le parecía exagerado. Era como si Susan Dalston hubiera querido borrar hasta el último rasgo de Barry Dalston. Hubiera querido hacer desaparecer su cara.

Sacó los informes de los psiquiatras. Todos ellos determinaban que Susan estaba cuerda y en todas sus facultades durante los hechos. La propia Susan proclamaba que estaba perfectamente cuerda y consciente cuando lo hizo. De hecho, añadió: «Volvería a hacerlo si tuviera la oportunidad».

¿Por qué nunca había intentado justificar sus actos? La chica había sido violada por su propio padre. De hecho, le había contagiado un herpes y eso podía probarse fácilmente ante el tribunal. Que Susan no quisiera que la gente supiera de la violación era comprensible. Ninguna mujer querría que su hija tuviera que vivir con semejante

estigma. Pero la chica hubiera debido recibir tratamiento, no hay duda de que Susan tendría que haber pensado eso. Que Wendy necesitaba atención. Ayuda y consejo para asumir la violación y la conducta de su madre después de esa violación. Seguro que Susan Dalston no pensaba que la niña fuera a mejorar sola sin más. Porque el remate de todo era que el padre había contagiado a la hija una enfermedad que era para toda la vida. Susan Dalston, como madre de la chica, tenía que haberse dado cuenta de que en algún momento todo aquel trauma acabaría pasándole factura a Wendy de algún modo.

¿Creía de verdad que era mejor para la chica pretender que no había pasado nada? ¿Que podría asumirlo sin ayuda de su madre? ¿Que sus otros hijos podrían subsistir sin ella? Una mujer que según todo el mundo era una madre buena y dedicada que adoraba a sus hijos y que los había criado para ser buenas personas a pesar de que viviera con un hombre que la trataba como un perro.

Nada de eso encajaba.

Tenía que haber alguna otra cosa allí, una razón más profunda, y hasta que Geraldine descubriera cuál era esa razón sabía que Susan Dalston se pudriría en la cárcel.

Ante el tribunal todo se había presentado como si Barry Dalston, a pesar de ser un maltratador y un matón consagrado, se había emborrachado y mientras yacía inocentemente en la cama su mujer lo había asesinado a sangre fría.

Una mujer que era gorda, nada atractiva y con pinta de asesina. Con pinta de ser de las que matan a su marido por un capricho.

Y Susan Dalston había hecho todo cuanto estaba en sus manos para perpetuar semejante idea. Las fotos de los periódicos mostraban a una mujer de rostro endurecido que miraba con desprecio a la cámara. Ante el tribunal se había reído en voz alta mientras hablaban de la vida de su marido. De que era un granuja simpático. Un hombre básicamente decente arrastrado por su estilo de vida. Por su falta de estudios. Que volvía a casa con su familia y fue asesinado cruelmente por un monstruo.

Ni una sola vez había intentado Susan argumentar en defensa propia que Barry fuera algo distinto. Que la insultara sistemáticamente, que le hubiera golpeado el vientre hasta hacerla abortar y la hubiera torturado con sus puños y sus palabras. Un hombre que la había dejado prácticamente desprovista de todo, desde el afecto al dinero. Un hombre que se acostaba con todas y que incluso tenía una relación duradera con una exprostituta que acabó convirtiéndose milagrosamente en amiga y mentora de su esposa.

Roselle le había contado eso a Geraldine aunque también hubiera podido averiguarlo con los informes de la policía y las declaraciones de los testigos.

Hasta la familia de Susan la había traicionado por el dinero que les ofreció la prensa amarilla. ¿Qué clase de personas eran para convertir su desgracia en libras, chelines y peniques? La verdad es que eso lo decía todo sobre el modo de vivir y la

educación de Susan. Sus propios padres eran capaces de vender el alma de su hija por dinero.

Y ahora Geraldine se veía ante la poco envidiable tarea de intentar convencer a Susan Dalston de que se sincerara con ella. Y decidió que eso iba a ser una tarea verdaderamente difícil, en efecto. Decidió que iba a sacar a Susan a la calle.

Se había convertido en algo personal.

Era la cruzada de Geraldine O'Hara.

Barry, Alana y Rosie estaban los tres juntos en la habitación llena de luz que en el hogar infantil reservaban para los momentos tranquilos. Era una habitación que se utilizaba cuando había que darles malas noticias a los niños o había que calmarlos por lo que fuera. La señorita Beacham, que había renunciado a su día libre para estar con ellos, contemplaba a los Dalston con una compasión teñida de rabia.

Por lo que a ella concernía, Susan Dalston debería estar en su casa con sus hijos y ahí se acababa todo. Con frecuencia veía a niños maltratados por sus padres a los que enviaban allí y después devolvían a sus casas para que siguieran sufriendo exactamente el mismo trato. Pero estos otros ya no corrían peligro ninguno en su casa, solos con su madre. Solo que Susan estaba encerrada y no tenía posibilidades de cuidar de ellos y eso a ella le parecía mal. El sistema entero estaba mal.

Había veces que el poder del que disponía asustaba a la señorita Beacham. Le asustaba el poder de los servicios sociales. Se esperaba que allí se tomaran decisiones a diario sobre gente de verdad que vivía vidas de verdad.

Barry y Alana estaban cogidos de la mano. Hasta la pequeña Rosie notaba que algo iba mal y estaba callada y jugaba con unos pocos tacos de construcción con los que levantaba una torre de mala gana. La señorita Beacham sabía que los Simpson no habían querido traérsela hoy pero supuso que su presencia consolaría a los otros dos niños. Y tenía razón. Esos niños estaban unidos y eso era gracias a su madre.

No había rivalidades entre ellos como solía ser el caso con los niños bajo tutela. Tantos padres convertían a su hijo en un dios mientras otros niños tenían que pelear toda su vida para lograr la misma atención. Para ser aceptados. Veía aquello cada día de su vida laboral. Aquellos cuatro niños se adoraban, se regocijaban con los triunfos de los otros y se cuidaban entre ellos. Si a uno le iba bien los otros se sentían felices. No existía ese desprecio o trivialización del triunfo que es moneda corriente entre los niños en situación de acogida.

Abrió el bolso y sacó dos Twixes, las golosinas favoritas de Barry. El niño le sonrió para darle las gracias y los puso en la mesa delante de él.

—Guardaré el mío para Wendy, para cuando vuelva.

Alana abrió el suyo y le dio la mitad.

La señorita Beacham contempló aquella generosidad con lágrimas en los ojos. Vio cómo Barry cortaba un trocito del suyo y se lo metía a Rosie en la boca abierta

sin pensárselo dos veces. Era algo natural en él. Rosie era como la mascota de la familia Dalston. Era como si mientras ella estuviera a salvo y con ellos, todos fueran a estar perfectamente.

La señorita Beacham se puso de pie y dio una palmada que hizo saltar a los tres niños.

—Vamos, me parece que ya es hora de que nos vayamos todos al hospital, ¿no os parece?

Alana y Barry sonrieron.

—¿De verdad? La señora Eappen dijo que no podíamos ir.

—Ya sé lo que os dijo, pero yo creo que a vosotros os irá mucho mejor ver a vuestra hermana con vuestros propios ojos. Y tengo la sensación de que Wendy también estará mucho mejor si os ve.

Alana cogió en brazos a Rosie y salieron a toda prisa de la habitación. La señora Eappen vio que se metían todos en el coche de la señorita Beacham y corrió hacia ellos por el camino de gravilla de la residencia.

—¿Adónde van?

La señorita Beacham cerró la puerta, apartó un poco del coche a la airada señora Eappen y le dijo fuera del alcance de los oídos infantiles:

—Me los llevo al hospital, eso no les hará ningún daño.

La señora Eappen suspiró.

—Le he prohibido terminantemente que los llevara al hospital, señorita Beacham, lo sabe perfectamente.

La señorita Beacham sonrió con una sonrisa cansada y perezosa.

—Le gusta a usted prohibir cosas, ¿verdad, señora Eappen? Bueno, pues hoy me importa un bledo. Voy a llevar a esos niños a ver a su hermana y si a usted no le gusta, pues mierda para usted.

La cara de la señora Eappen era el vivo retrato de la perplejidad y la rabia. No podía ni hablar. La señorita Beacham volvió al coche, abrió la puerta del conductor y sonrió mirando hacia atrás.

—Por cierto, hoy es mi día libre. Así que no tengo que justificar nada. Y recuerde eso en el futuro.

La señora Eappen se quedó mirando cómo la mejor asistente social que había tenido nunca arrancaba haciendo patinar las ruedas sobre la gravilla del camino de entrada y se marchaba hacia el hospital del barrio. Echó una mirada alrededor para ver si alguien había oído su diálogo. Satisfecha de que no hubiera sido así, atravesó calmadamente las amplias puertas dobles del impoluto y deprimente centro de acogida infantil.

Susan iba esposada a la señorita Henning, una funcionaria de voz potente y campechana del pabellón A que siempre hacía las conducciones. Al entrar en el

Hospital General de Southend vio que la gente la miraba con descaro e hizo un esfuerzo consciente por ignorarlos. También ella miraría a cualquiera que viera esposado. No era nada personal, era la pura naturaleza humana.

Al tomar el ascensor para subir a la sala donde estaba su hija notó los martillazos de su corazón.

Una enfermerita irlandesa joven y guapa las estaba esperando a la salida del ascensor.

—¡Ah! Usted debe ser la madre de Wendy. No sabe que viene, pensamos que así le daríamos una gran sorpresa. Es una chica maravillosa.

Susan sonrió y la siguió ansiosa, cruzaron la puerta y continuaron por un largo pasillo hasta una habitación lateral. Las cortinas de la cama estaban cerradas para protegerla de las miradas curiosas. La cara de alegría que puso su hija cuando por fin vio a Susan valía más que todos los lingotes de oro del mundo.

—¡Mama! —y repitió la palabra una y otra vez. Y la iba diciendo más y más fuerte hasta que fue un puro grito de contento.

La funcionaria que iba esposada a Susan se vio arrastrada hacia la cama por la fuerza del abrazo de la muchacha.

—¡Oh, mami! ¿Pero qué ha pasado? ¿Cómo es que te han dejado verme?

Estrechaba con fuerza la mano de su madre por miedo a que se volviera a marchar.

—Me han dado un permiso por compasión. Oh, Wendy, prométeme que nunca volverás a hacer una cosa así. Casi me vuelvo loca de preocupación cuando me lo dijeron. ¿Me lo prometes, Wend? ¡Prométemelo!

Susan miró a su preciosa hija, tan joven y con toda una vida por delante y sintió que las lágrimas se le saltaban de nuevo.

—Si te pasara cualquier cosa yo me moriría, cariño. Me moriría por dentro. Siempre estoy pensando en ti. Me gusta pensar que tú estás libre, preparándote una vida propia. Por favor, no pienses nunca que hay algo tan malo como para matarte. Nada es así de malo. Nada.

La funcionaria se puso de pie con torpeza y abrió las esposas.

—Te doy diez minutos, Dalston. Te estaré vigilando desde fuera de la puerta.

Susan le sonrió agradecida.

—No me iré a ninguna parte. Ya es bastante poco lo que veo a mis hijos. Y no voy a ponerlo en peligro dándome el piro, se lo juro.

La mujer le creyó.

—Tienes cinco minutos en privado, ¿vale?

Tenía la voz quebrada por la emoción. Le gustaba Susan Dalston, sabía que era cabal.

Solas madre e hija se estrecharon de nuevo la una a la otra con un abrazo apretado que testimoniaba el amor mutuo que se tenían.

—¿Por qué lo hiciste, amorcito?

Wendy suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

—Tienes que contar la verdad, mama. Yo no puedo guardarla dentro más tiempo. Es que no puedo.

Susan oyó la derrota en la voz de su hija. El profundo dolor que ahora sentía parecía instalársele dentro de los huesos y convertirse en parte de ella.

—Te equivocas, amor. *Tienes* que guardarlo en secreto. De otro modo, todo esto no habrá servido de nada. Acuérdate de que tú no tuviste la culpa de nada. Fui yo la que decidió hacer lo que hice. Lo decidí yo. Así que si le cuentas a alguien lo que pasó, todo eso no servirá de nada. Y además, nadie iba a creerte. Es demasiado tarde.

—¿Pero qué pasa con Rosie y los Simpson? No podemos permitir que pase eso. Hasta he pensado en escaparme con ella. He pensado en todo lo que podía hacer pero nada funcionará. Por lo menos no para mucho tiempo. Y si se llevan a Rosie entonces la familia se romperá, sé que será así.

Susan rodeó con el brazo a la niña angustiada y la estrechó con fuerza.

—De eso deja que me preocupe yo. Todavía ando dándole vueltas. Créeme si te digo que lo acabaré arreglando. Te lo prometo, lo arreglaré todo.

—Pero si lo contases todo, mama... Yo no puedo guardármelo mucho más. Me come por dentro porque todo fue por mi culpa. Yo fui la causa y tú lo sabes perfectamente. Nunca tendrías que haberte metido por en medio. No tendría que haberte dejado hacer lo que hiciste. Pero estaba tan asustada que hice lo que me dijiste sin pensarlo. Y ahora sé que eso fue una equivocación. Tendría que haberme quedado allí aquella noche y aguantar el chaparrón.

Susan miró el rostro de su hija, un rostro joven y bonito que parecía que hubieran dibujado sobre él todas las cuitas del mundo.

—Escúchame, Wend, y escúchame bien. Yo arreglaré lo de Rosie, te lo juro. Ganaré la apelación de alguna manera. Muy pronto voy a ver a una nueva abogada que me consiguió Roselle. Haré todo lo que pueda para arreglarlo. Tú solo sigue guardando el secreto. Olvida lo demás. Ya sé que es duro, pero es lo mejor.

Besó dulcemente a su hija en la cara, con besitos muy sentidos.

—Déjame hacer esto por ti, corazoncito. Por favor, deja que cuide de ti de la única manera que sé.

Wendy se había puesto a llorar suavemente. Susan la apretó contra su pecho y le acarició el pelo y le susurró frases cariñosas al oído.

—Deja que mami arregle esto, cariñito. Si no toda mi vida habrá sido un fracaso. Una existencia sin sentido. Porque vosotros, niños, fuisteis lo mejor que me sucedió. Y tú fuiste la primera niña, mi corazoncito, ¿recuerdas?

Wendy asintió en silencio demasiado ahogada para hablar.

—Sigo pensando que tendría que decir la verdad —dijo por fin—. Algún día se descubrirá todo, mama.

Susan le acarició la cara y le sonrió.

—¿Y eso quién lo dice? Solo tú y yo sabemos lo que pasó realmente aquella

noche y yo lo negaré todo, lo digo en serio. Así que si alguna vez se te ocurre contar la verdad, recuerda eso. Y recuerda que te quiero tantísimo que daría mi vida por ti. Para que pudieras tener una oportunidad. Una pequeña oportunidad. Y tú harías lo mismo por tu hija, Wend, estoy segura. Así que déjame hacer esto por ti, ¿eh? Para eso son las madres.

Entonces se abrió la puerta y Susan se volvió a mirar y vio a todos sus otros hijos precipitarse en la habitación con la señorita Beacham. Los recibió a todos entre sus brazos.

Sabía que acababa de hacerle chantaje a su hija mayor para que mantuviera el silencio sobre lo de aquella noche, pero no podía hacer otra cosa. Cuando la pequeña Rosie le plantó un gran beso en la mejilla sintió que lo que había hecho por Wendy era lo correcto.

Los hijos te son dados y hay que protegerlos lo mejor posible. Así de simple.

Matty entró en la sala de visitas con su estilo habitual. Sin embargo, cualquiera que la mirara de cerca habría visto las finas arrugas en torno a sus ojos y a su boca en un mohín apretado. Echó una rápida mirada a la sala y sus ojos se fijaron en una mujer de pelo oscuro y compleción robusta que estaba sentada sola junto a la mesa de la vigilante.

Matty se dirigió a ella con una amplia sonrisa en el rostro.

—Hola, Ángela.

La mujer puso una sonrisa de satisfacción y encendió otro cigarrillo sin dejar de mirarla.

—Siempre has tenido mucho aplomo, ¿verdad? Siempre exhibiendo ese aire lánguido. Nada te perturba, ¿no es cierto?

Matty sonrió.

—¿Y por qué me iba a perturbar? Ahora, puesto que estás aquí, me tomaré un café solo y una chocolatina del *snack bar* de allí al fondo. Tengo la sensación de que no es exactamente una visita fraternal.

Ángela se puso de pie y se sacó un monedero del bolsillo.

—Lo has captado perfectamente. Tan astuta como siempre, ya lo veo.

Matty la miró ir hasta el *snack bar*. Ángela llevaba ropa barata y zapatos muy gastados. Se sonrió al ver cómo su hermana sacaba obedientemente lo que le había pedido. Puede que la cosa fuera más fácil de lo que se temía.

Cuando se instalaron en la mesa, Matty habló.

—No me lo digas, Ángela, se te ha acabado el dinero.

La otra mujer sonrió.

—Acertaste a la primera.

Matty se encogió de hombros.

—Bueno, pues no tengo nada, así que has hecho el viaje en balde. Todo se me ha

ido en honorarios.

Su hermana meneó la cabeza con expresión triste.

—Lástima. Pero resulta que tengo cita con tu letrada un poco más tarde. Estoy segura de que le interesará mucho lo que tengo que contarle. Y también están los periódicos, que pagan muy bien según tengo entendido.

Matty cogió el toro por los cuernos.

—¿Y qué tienes que contar, Ángela?

Clavó sus ojos en los verde oscuro de su hermana y sintió un pellizco de aprensión.

—Pues la historia de la familia, para empezar. Admito que nunca nadie sospechó de ti cuando lo pusieron todo en los papeles. Ni siquiera Madre supo sumar dos y dos. Pero claro, no podía hacerlo, ¿verdad? Le dejaste el cerebro dañado, ¿verdad?

Matty cerró los ojos un instante. Incluso intimidada no mostraba emoción alguna.

—Aquello fue un accidente y tú lo sabes, Ángela.

Sonrió.

—Un accidente casi fatal, ¿no es cierto? Pobre Madre. Se cayó desde dos pisos de altura al camino de cemento mientras limpiaba las ventanas. Por supuesto que tú y yo sabemos que nunca había limpiado una ventana en su vida. Pero eso son pequeños detalles, ¿verdad? La metimos en un asilo y nos dividimos el botín. Qué buenas hermanas éramos. Solo que ahora yo me he gastado todo el dinero y me parece que me gustaría tener un poco del tuyo. Verás, tengo entendido que volverás pronto a casa y no soporto pensar que haya algo que te lo impida, ¿y tú?

Matty dio un trago al café frío y suspiró.

—Fue un accidente y todo el mundo lo sabe.

—No, todo el mundo *lo pensó*, que es algo completamente distinto.

Por primera vez Matty pareció preocupada y Ángela se sintió triunfadora al ver que su hermana no sabía dónde meterse.

—Ahora te haces llamar Matty. Muy distinto de Tilda. Pero también entonces cambiaste de apellido, ¿no es cierto? La verdad es que cambiaste todo lo relacionado contigo. ¿No crees que la gente se podría preguntar por qué si yo les llamo la atención sobre el tema?

Matty se puso de pie para acabar con aquella tortura.

—Te mandaré otro pase de visita pronto. Déjame que lo piense y ya te contaré lo que voy a hacer.

Ángela sonrió. Sabía que tenía la victoria asegurada pero también sabía que no había que forzarla. Y especialmente con su hermana.

—¿Quieres saber cómo está Madre?

Matty la miró muy seria.

—¿Por qué demonios iba a querer saberlo?

Se alejó andando deprisa pero con calma. Ángela la observó con una sonrisa en la cara.

La vuelta de Susan al pabellón fue como la de una estrella del pop. Todas se apiñaban a su alrededor y le lanzaban preguntas. Hasta las funcionarias estaban contentas de que la hubieran dejado salir a ver a su hija.

Rhianna la sacó del tumulto y la condujo a su celda. Cerró la puerta, sacó una botella de coñac y la agitó por encima de la cabeza.

—Un poco de celebración, ¿eh? ¿Cómo está la niña?

Susan suspiró.

—Está muy bien. En realidad solo fue un medio intento. Bendita sea, no sabe nada de lo que significa suicidarse. Creo que verme a mí le ayudó más que cualquier otra cosa.

Rhianna la abrazó.

—Eres fantástica, Susan Dalston, ¿lo sabías? Todo el pabellón estaba pendiente de ti hoy. Fue como si eso nos hubiera pasado a todas, ¿sabes?

Susan aceptó el coñac que le ofrecía. Después de un buen trago, dijo con dulzura:

—Ya lo sé. Tengo suerte con las colegas. Y todavía más suerte con mis críos.

Rhianna puso una amplia sonrisa.

—Eso lo sabemos todas, Susan. Hoy hasta las boquis estaban preocupadas. Nos pegó un bajón a todas.

—¿Dónde está Matty? —Susan se dio cuenta de que no la había visto.

Rhianna meneó la cabeza con expresión preocupada.

—Volvió de una visita como un oso al que le pica el culo. No se sabe qué coño le pasó, pero ya conoces a Matty. Mejor no preguntar. Me alegro de no estar metida en la misma celda que ella, te lo aseguro.

Susan se encogió de hombros.

—Te acostumbras a ella enseguida.

Rhianna sirvió otra buena dosis para ambas.

—Uno puede acostumbrarse a cualquier cosa, o eso dicen. Ya lo creo, joder, yo estoy acostumbrada a estar encerrada. Pero claro, ¡he estado aquí tantas veces que hasta me mandan felicitaciones de Navidad!

Las dos soltaron una carcajada. Se estuvieron riendo hasta quedar agotadas y entonces Rhianna dijo muy seria:

—Tú te mereces estar en tu casa con tus hijos, Susan, tienes que procurar que te concedan esa apelación. Lo comprendes, ¿verdad?

Susan miró a la otra mujer a los ojos, unos ojos castaño oscuro llenos de afecto y preocupación por ella.

—Eres una joya, socia. ¿Ya lo sabes, no? Y tienes razón, tengo que salir. Pero la cuestión es cómo puedo conseguirlo, ¿sabes? Primero tengo que arreglar un montón de cosas. Tengo un montón de cosas que pensar primero.

Rhianna la miró con cara rara.

—¿Pero qué hay que pensar? Ellos te necesitan así que tú tienes que salir.

Susan se terminó la copa con un trago largo y ruidoso.

—Si todo fuera así de fácil, colega. Pero no lo es y ni a ti ni a nadie puedo contarle por qué es tan difícil.

Rhianna le llenó el vaso.

—Guárdate los detalles para ti, Susan, eso es todo lo que nos queda en este sitio. Que nuestros pensamientos sean privados.

En ese momento Matty asomó la cabeza por la puerta con una sonrisa tensa en la cara.

—He oído que todo va bien ahora, Sue.

Susan asintió, contenta de ver a su compañera de celda.

—¿No sobra un poquito de ese coñac? —inquirió Matty.

Rhianna le sirvió un vaso.

—¿Estás bien, Matty? Es que tienes pinta de que te hayan dado malas noticias. ¿Qué tal la visita?

Matty encogió sus hombros esbeltos y soltó una risa ligera.

—Es solo que me ha entrado el bajón de la cárcel, nada más.

Rhianna alzó su vaso bien alto.

—Brindo por eso, muchacha. El bajón de la cárcel... Y pillar un buen hombre algún día.

Matty metió la mano en el bolsillo del mono y le pasó a Susan un sobre de correo aéreo.

—Hablando de hombres buenos, hoy te ha llegado esto.

Al ver la caligrafía desordenada de Peter el corazón le dio un salto.

—Es genial, tía. Ha contestado a vuelta de correo.

Susan se guardó la carta en el bolsillo con sentida alegría al ver su escritura reflejada en la cara.

Ni Matty ni Rhianna volvieron a mencionar la carta. Era como si ambas supieran que Susan quería guardarla en su intimidad. Le asustaba ser feliz y ellas lo entendían.

Son las cosas que te hace la cárcel.

Capítulo 28

La carta de Peter la hizo reír. Susan la leyó y se escapó a un mundo de barcos frigoríficos, sol radiante y camaradería. Le contaba todo lo del chef del barco, un homosexual que se llamaba Bobby, y describía sus intentos de parecer macho cuando todo el mundo sabía que era gay. Le contaba todo lo de su alojamiento, un cuarto minúsculo que a Susan le sonó como a una celda, pero de más categoría. Le contaba lo encantado que se había quedado al tener noticias suyas que le trajeron recuerdos de ambos de niños y a ella también le recordaba las clases de la escuela. Los inviernos cubiertos de nieve y los largos veranos calurosos que le parecían al alcance de la mano con las descripciones que él le hacía de cosas sucedidas hacía más de veinte años.

Era justo lo que necesitaba, espíritu ligero y sin presiones. Eran amigos, colegas, personas que hacía mucho tiempo que se conocían y que tenían un montón de cosas que recuperar. No había ninguna insinuación de romance y a Susan eso le gustó. Las otras mujeres no paraban de tomarle el pelo con Peter pero ella sabía que él no quería otra cosa que tenerla como una buena amiga. Era un hombre guapo y amable. Demasiado bueno para gente como ella.

Pero le encantaba lo de tener un amigo, un corresponsal. Alguien al que conocía de antes de todo el problema. Antes del lío. Cuando no era más que la pura y simple Susan McNamara.

Guardó la carta en el armario y dejó que sus pensamientos se volviesen hacia Barry. Los recuerdos de Peter le habían traído a la mente los días en la escuela y ahora rememoraba la manera en que había considerado a Barry como la respuesta a todas sus oraciones. Cuando su roce la había iluminado y su voz era pura música para sus oídos.

Ante sus ojos se alzó una visión de Barry, sin rostro, y se le revolvieron las tripas. Notó que el desayuno se le subía a la boca. Apartó la imagen de su pensamiento y se obligó a pensar en su hija. A pensar en Wendy.

Sintió una capa de sudor cubrirle todo el cuerpo, el sudor enfermizo y el olor agrio del miedo. Si Wendy hablaba, entonces todo lo que había pensado se volvería patas arriba y su hija tendría que enfrentarse a las consecuencias. No podía permitir que eso llegara a pasar.

Geraldine echó una mirada a su piso. Al sonar el timbre alisó automáticamente un cojín blanco del sofá y se arregló el pelo. Ya en la puerta se miró en un espejo antiguo que tenía y se adecentó rápidamente. Luego abrió la puerta.

Colin Jackson estaba como siempre, como si acabara de salir de debajo de las sábanas de una cama en la que estaba durmiendo con ropa y todo. El pelo se le disparaba en todas direcciones y parecía que los vaqueros estaban destinados a

alguien que tuviera el doble de tamaño. Necesitaba un cinturón apretado para sujetárselos. Llevaba una camiseta de los Ramones y unas viejas botas marrones de montaña.

Al mirar la alfombra blanca Colin se preguntó si debería quitárselas. Una mirada al rostro de Geraldine le dio la respuesta. Las ocultó detrás de la puerta y se puso colorado al recordar que tenía un agujero en el dedo gordo del calcetín derecho.

—Me sientas bien, Colin —le dijo Geraldine con una sonrisa campechana—. Me recuerdas lo que es ser joven.

Colin sonrió dejando ver unos dientes blancos y regulares.

—Bueno, ya no soy tan joven. Tengo casi treinta.

La siguió hasta la sala, asombrado por el lujo de la vivienda. La decoración era como de revista.

Ella sonrió, satisfecha de su reacción. Sobre la mesa de roble había una botella de vino con dos grandes copas. También había sándwiches y pastelitos. Colin se instaló en el sofá de damasco azul oscuro con almohadones blancos para hacer contraste e inmediatamente se sintió fuera de lugar.

Geraldine no dio muestra alguna de que le pareciera un estudiante demasiado maduro al que le había tocado el premio gordo en el sorteo de hembras. En vez de eso, le sirvió un vaso de vino helado y se sentó junto a él.

—Ya puedes volver a poner la cabeza en marcha. Se supone que venimos a trabajar, ¿recuerdas?

Iba vestida con unos pantalones blancos de seda y camisa a juego. Se le adivinaba la sombra oscura de los pezones a través de la tela y Colin se preguntó cómo demonios iba a poder construir una frase coherente sin mencionar aquello.

—Bebe un poco y relájate, va a ser una sesión larga.

Él sonrió con lascivia. ¡Ya podía decirlo!

—Si tengo que ver a Susan la semana que viene hay que tener algo concreto que presentarle. Tengo algunas informaciones nuevas que me ha dado Roselle y que arrojan más luz sobre el caso pero también nos lo vuelve más difícil. Parece ser que Barry Dalston había violado a la hija mayor.

Colin asintió, su cabeza ya estaba funcionando a toda máquina y el aspecto de Geraldine pasó a tener una importancia secundaria.

—Ya lo sabía. Siempre tuve la sensación de que había algo que no se decía. Susan adora a sus hijos y nunca permitiría que se los quitasen tan alegremente.

Dio un trago al vino.

—Ese puto cabrón. El herpes viene de él, supongo.

Geraldine asintió.

—Eso se decía en el informe del forense. Y no se utilizó porque nadie lo consideró relevante. O al menos eso es lo que me han dicho. Nadie pareció pensar que era algo que lo presentaba como un mujeriego, como un hombre promiscuo y que evidentemente sabía que tenía la enfermedad cuando abusó de su hija. Roselle era su

amante desde hacía mucho tiempo. No me preguntes qué vio en él. Lo único que puedo intuir es que con ella fuera distinto. Tal vez pensara que podía cambiarlo, hay mujeres así de estúpidas andando por el mundo. Pero Roselle no es estúpida, o eso me parece a mí. Aunque en lo que concierne a los hombres puede no ser tan inteligente como el resto de nosotros.

Colin sonrió.

—Con lo del resto de nosotros te refieres a mujeres como tú, ¿correcto?

Geraldine se molestó y se le notó.

—Todavía no he conocido nunca a un hombre que merezca la pena que gaste mi tiempo en él. Créeme si te digo que muchos hombres han intentado hacer que los viera desde su propio punto de vista, pero siempre me libré de ellos. Desarrollé esa habilidad desde muy pequeña.

Colin lamentó oír aquello. Era una mujer de vibrante sexualidad, al borde de los cuarenta sin duda pero por lo que a él respectaba eso todavía era mejor. Pero sus palabras le hicieron pensar en su tía la solterona, alguien que odiaba de verdad a los hombres como nadie en el mundo.

—Eh, no somos todos tan malos, ¿sabes?

Geraldine le miró a los ojos.

—¿Ah no? Me alegro de oírlo. Pero volvamos a Susan Dalston.

Tomó el vaso de vino y con ese gesto terminó la conversación precedente. Él observó cómo sus labios perfectamente pintados acariciaban el borde de la copa y suspiró para sus adentros. ¿Por qué se ponía tan guapa si no lo hacía para atraer a los hombres, por Dios santo?

—Susan volvió a casa de una noche de juerga. Wendy se había quedado cuidando a los niños. Barry llevaba cinco días desaparecido, Roselle conoce incluso a la mujer con la que estuvo por si la necesitáramos. La verdad es que ha hecho sus deberes. De cualquier modo, abusó de Wendy en el suelo de la sala de estar. Susan volvió a casa, los niños estaban todos allí y mandó a Wendy a casa de su suegra. Una mujer muy amable pero muy enferma que estoy segura de que hará lo que sea para que Susan salga. Ninguna de las autoridades se enteró de que Wendy hubiera estado allí siquiera. Hasta Doreen, la vecina de Susan, mantuvo la misma versión. Al parecer todo el mundo aceptó el punto de vista de Susan sobre lo sucedido. Había hecho lo que había hecho para que su hija no tuviera que arrastrar el estigma de que la violara su propio padre.

Colin se quedó callado. Se puso de pie, se acercó a la ventana y miró al otro lado del Támesis.

—Menuda vista, ¿eh?

Geraldine no le contestó, sabía que no esperaba una respuesta. Intentaba ordenar todo aquello en la cabeza, y siguió callado unos momentos.

—Si Susan se ha guardado el secreto dentro tanto tiempo —dijo—, si se ha quedado en la cárcel sabiendo todo eso, nunca va a admitirlo en público. Te das

cuenta de eso, Geraldine, ¿no es cierto?

Geraldine dio un trago de vino y dejó que aquellas palabras se asentasen. No contestó nada. Colin se volvió de la ventana y se la quedó mirando.

—¿Por qué Roselle no me contó nada de esto a mí? ¿Por qué decidió contártelo a ti y no a mí?

Geraldine se encogió de hombros. Fue un acto muy femenino, lleno de gracia. Pero Colin no lo apreció. Estaba enfadado, herido y humillado.

—No podía fiarse de un vulgar hombre, ¿no es eso? Somos todos iguales, ¿verdad? Para las Geraldines y las Roselles de este mundo. Somos todos un saco de mierda, ¿no es eso?

Se la quedó mirando y ella le devolvió tranquilamente la mirada.

—Eso tendrías que preguntárselo a ella. Yo no sé por qué decidió contármelo a mí y no a ti. Quizás porque fuera más fácil contarle a otra mujer los asuntos íntimos y personales de una amiga. Quizás porque yo tengo un despacho mejor, más lujoso y más caro. La verdad es que no lo sé. Lo único que sé es que tenemos que ayudar a Susan Dalston de todas las formas posibles. Incluso aunque eso signifique sacarla por alguna otra vía.

Colin estaba desconcertado, no estaba seguro de haberla oído correctamente.

—¿De qué estás hablando?

Geraldine suspiró y volvió a llenar las copas.

—Lo que quiero decir, jovencito, es que tal vez tengamos que guardar el secreto de Susan y trabajar en otra vía para devolverla a su casa con sus hijos que es donde tiene que estar.

Colin la miró perplejo.

—¡No hablas en serio!

Geraldine se rio.

—Suenas justo igual que ese tenista americano loco. Escúchame, Colin. Si esa mujer lleva más de dos años guardando el secreto para proteger a su hija se merece que la ayudemos de todos los modos que podamos. Tengo a Matilda Enderby en mi lista de clientes, tengo a todas las organizaciones feministas apoyándola, así que prácticamente está fuera. Y sin embargo, sé aquí dentro —y se dio un golpe fuerte en el pecho—, que mató a su marido y que probablemente disfrutó al hacerlo. Sabes que bordeamos a diario una línea muy fina —continuó—. Nuestro trabajo incluye dar a los que son culpables la mejor representación legal que podamos. Sin que importe qué haya hecho el cliente. Hasta los pedófilos tienen garantizada la mejor representación legal posible. Así que no hay duda de que alguien como Susan Dalston tiene tanto derecho a que la ayuden como Matty Enderby o cualquier acusado de abusos infantiles. Todo el mundo considera que tengo una de las mejores cabezas legales de la profesión. Solo mi nombre le asegurará tener un juicio justo. Y tú sabes que eso es así. Soy hija de mi padre, de Terence O'Hara, el águila jurídica de su tiempo. Quiero ayudar a Susan Dalston y si tengo que hacerlo lo haré a cambio de

nada. Por una vez quiero ocuparme de alguien que sé que es una buena persona, que sé que no se merece estar encerrada, que tiene que salir libre. Eso me hará sentir que por una vez en toda mi vida mezquina y despreciable he hecho algo que marca una diferencia.

Colin se la quedó mirando como si nunca la hubiera visto antes. La simple fuerza de sus palabras fue suficiente para convencerlo de que tenía razón. Se sentó junto a ella y le sonrió con dulzura.

—No imaginaba que hubieras tenido una vida miserable.

Miró a su alrededor, aquel apartamento tan caro. Sus ojos se fijaron en las paredes y superficies desnudas, sin una foto, sin un recuerdo, sin nada. Estaba completamente desprovisto de cualquier cosa que dijera que Geraldine vivía allí. Era casi aséptico.

Vio en sus ojos soledad y dolor. Y sintió pena.

—¿Entonces estamos juntos en esto? —le preguntó ella con una vocecita apagada.

Él sonrió tristemente con una sonrisa de medio lado que le daba un aire muy guapo y muy joven.

—Eso parece, ¿no crees?

Debbie entró en la habitación del hospital. Llevaba con ella una bolsa de la compra llena de dulces y bebidas y sonrió nerviosa a su sobrina.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras?

Wendy se quedó tan asombrada de ver a su tía Debbie que rompió a llorar y reír al mismo tiempo.

—Por un momento pensé que era mi mama. Ven y siéntate, es estupendo verte, de verdad.

Eran las palabras adecuadas. Debbie entró y se sentó en una silla junto a la cama. Hacía dos años que no había visto a Wendy y el cambio de la niña era notable. Ya parecía casi una mujer con aquel pelo abundante que había heredado de su madre y el pecho grande que era también cosa de Susan.

—Has crecido, se te nota.

Wendy asintió. Su tía tenía un aspecto espantoso. A la tía Debbie, que siempre había sido el árbitro de la moda, se la veía vieja y cansada. No llevaba maquillaje y tenía el pelo grasiento. La ropa demasiado apretada pero anodina. Tenía una apariencia que a Wendy le entristeció. Aunque no supo por qué.

Debbie notó la valoración y sonrió.

—He hecho un largo viaje, mi amor. Bueno, ¿entonces cómo están los niños?

—Llegarán dentro de un minuto. Va a traerlos la señorita Beacham, la asistente social. Es un cielo, Debbie. Es para que veamos a Rosie todo lo que podemos antes de que se marche, supongo.

La desolación que notó en la voz de su sobrina le puso un nudo a Debbie en la

garganta.

—He tenido una carta encantadora de tu mami, mi amor. Me pedía que os echara un ojo a todos.

Wendy se incorporó y se sentó en la cama.

—Al parecer tengo que ver a un psiquiatra. Para explicarles por qué quise matarme. ¡Como si esta situación no lo explicara todo ya! Pero bueno, por lo menos podré volver al hogar pronto. Ojalá no lo hubiera hecho, Debbie, ojalá. Le causé tanta pena y tanto dolor a mi mama y tuvo que estar encerrada sin poder hacer nada, ¿sabes? Es que casi la mato de preocupación.

Debbie vio a una jovencita que era mitad niña y mitad mujer y le dolió darse cuenta de que ella no había intentado siquiera ni una vez ayudar a los niños desde que Susan se marchara.

—¿Cómo está el tío Jamesie?

La pregunta era una mera cuestión de cortesía y se notó.

Debbie sonrió.

—Igual que siempre, mi amor. No cambiará nunca mientras tenga un agujero en el culo.

La manera de decirlo las hizo reír a las dos, aunque ninguna de las dos supiera muy bien por qué se reían tan fuerte.

—¿Y cómo están la yaya y el abuelo?

—Igual. Esos siguen siendo un buen par de tontos del culo.

Se rieron otra vez a carcajadas y la señorita Beacham se quedó encantada al oír las risas cuando se acercaba por el pabellón con los niños.

Si Wendy era capaz de reírse así era que había pasado lo peor.

Barry y Alana entraron llevando a Rosie entre los dos. Estaba preciosa con un vestidito y zapatos amarillos y un gran sombrero a juego, que le habían comprado los amables Simpson. Echó a correr hacia la cama. Alargó los brazos regordetes y quiso inmediatamente sentarse en las rodillas de Debbie.

Debbie alzó a la preciosa niña y le sonrió. Rosie le sonrió a ella muy feliz y, señalando a la ventana, dijo en voz alta:

—Jardín. Perrito.

Se oía un perro ladrar a lo lejos y todos rieron con ella. A los tres años hablaba muy despacio pero había aprendido muchas palabras durante las últimas semanas.

Barry, que había descubierto los dulces, preguntó con mucha desenvoltura:

—¿Quieres que te guarde todo esto en el armario?

Ya había abierto la bolsa y estaba registrando el botín.

Alana sonrió nerviosa a su tía. Debbie le devolvió la sonrisa. La señorita Beacham siguió de pie mirando sin decir nada hasta que Wendy recordó sus buenas maneras y las presentó.

—Esta es la hermana de mi mama, la tía Debbie. Esta es la señorita Beacham, nuestra asistente social.

Las dos mujeres se saludaron con la cabeza.

Debbie se sintió tan fuera de lugar que se quedó callada. Se sentía culpable, con la culpa de saber que mientras ella había estado perdiendo el tiempo para tratar de sujetar a un hombre que era un inútil y nunca valdría para nada, aquellos cuatro niños, sangre de su propia sangre, habían estado intentando adaptarse no solo a la pérdida de su padre, sino también a la de su madre.

—¿No estamos estupendamente aquí, tía Debbie? Luego más tarde iremos a la orilla del mar. La señorita Beacham nos lo prometió.

La voz de Barry le dijo a todo el mundo, y en especial a la señorita Beacham, que él iba a ir pensaran lo que pensasen los demás.

—¿Por qué no se une a nosotros, Debbie? Estoy segura de que a los niños les gustará.

Alana no parecía estar tan segura, pero la pequeña Rosie se había encariñado con su tía y tenía una gran sonrisa en la cara como si comprendiera lo que decían.

Debbie no contestó, pero sonrió y eso equivalía a aceptar.

Después, mientras contemplaba a los niños jugar por allí juntos, disfrutando los unos de los otros, al ver el profundo afecto que se tenían entre ellos, Debbie sintió envidia de Susan y de lo que había conseguido contra todo pronóstico.

Había criado cuatro hermosos y encantadores niños que hubieran besado la tierra que pisaba. A pesar de que estuviera lejos de ellos, y que la hubieran tenido alejada de ellos desde hacía tanto tiempo. Aunque no fuera nada más, sin duda aquella visita había dado una nueva perspectiva a su propia vida.

—¿Te encuentras mal, Matty?

—Si me lo preguntas otra vez me vuelvo loca —le replicó.

Susan se encogió de hombros.

—Bueno, es que tienes muy mala cara, chica, como deprimida. Y me estás preocupando, nada más.

Matty se puso de pie. Empujó a Susan para sentarla en una silla y se puso a arreglarle el pelo. Mientras lo manipulaba con manos expertas para hacerle un moño bien hecho, le dijo con voz triste:

—A veces, Susan, el pasado se te presenta delante y ya no tienes ganas de luchar más contra él. No, lo diré mejor. No estás en posición para luchar contra él.

—¿De qué estás hablando, Matty?

—Lo que te he dicho. He llegado a lo que se llama una divisoria de aguas.

Susan se rio.

—Siempre me sales con unas cosas, Matty... Yo creía que una divisoria de aguas era el sitio donde se iba antes de que inventaran los retretes dentro de las casas.

Matty jugó un poco con su pelo y la hizo sentarse bien quieta.

—Una divisoria de aguas es cuando pasa algo y tienes que tomar una decisión.

Un hito, una decisión que afectará al resto de tu vida. A veces me pregunto lo que estoy haciendo aquí, ¿tú no? Andamos por este sitio como Pedro por su casa y sin embargo estamos cautivas. Hagamos lo que hagamos, pensemos lo que pensemos por dentro, estamos aquí cautivas y básicamente lo sabemos. Todos nuestros pensamientos giran en torno a salir de aquí, en volver al mundo. En tu caso, volver con tu familia es tu prioridad. Quiero decir, yo soy básicamente una persona muy egoísta. Siempre lo he sido y la cárcel no me ha cambiado. En todo caso, soy todavía más egoísta que nunca. Tú ahora estás aprendiendo que debieras haber sido más egoísta. Si lo hubieras sido ni siquiera estarías aquí. En último término hiciste lo mismo que yo, te protegiste. Pero aquí todo el mundo te cree, al revés que a mí.

—Déjalo ya, Matty. Te ha entrado el bajón de la cárcel, que hace siglos que lo tienes. Jesús, si está cantado que ganes la apelación. Hasta ha habido gente famosa diciendo que no tendrían que haberte encerrado nunca. ¿Y yo qué tengo, eh?, ya estoy viendo a las feministas de Wham! firmando una solicitud para que me suelten, ¿eh?

Susan se rio y continuó:

—Anímate. No permitas que este sitio te tire para abajo, porque entonces estás perdida. Yo tengo que levantarme el ánimo todos los días. Obligarme a enfrentarme al día a día. Las cartas de mis niños son las que me quitan el bajón. Tú tienes que hacer algo más con tu vida. Si alguien necesitó alguien en quien pensar alguna vez, esa persona eres tú. Eso te haría muchísimo bien.

Matty la rodeó y se quedó parada frente a ella. Le puso las manos en los hombros y le dijo muy seria.

—Susan, tú eres la única persona que alguna vez me ha importado algo. Te dije que hablaría con mi abogada de ti y no lo hice. No lo hice porque a fin de cuentas quería que ella trabajara para mí y solo para mí. Fíjate qué gran persona soy. Ni siquiera he querido ayudarte a ti cuando se presentó la ocasión. Yo no soy una persona noble ni buena ni ninguna de todas esas cosas que tú consideras que soy. Soy una sociópata, Susan. Lo sé muy bien y tengo que advertirte de ello. No bajes nunca la guardia conmigo y con la gente como yo. Somos destructores. Destruimos todo lo que tocamos porque queremos. No podemos evitarlo. Yo soy un Barry con vestido y una cara bonita y una figurita estilizada. Por favor, deja de pretender que soy otra cosa.

Susan miró aquella cara seria y suspiró con tristeza.

—No es verdad. En lo más profundo eres infeliz y te sientes perdida, igual que yo. Necesitas hablar con alguien, sacar de dentro toda esa pudrición que llevas. Yo no soy un matasanos, pero he intuido que tú no estabas bien, socia. Porque la gente que se vuelve como tú lo hace por alguna razón. Los padres forman a sus hijos. Los maridos y las mujeres dan forma mutuamente a sus vidas. Yo no pretendo tener un cerebro tan capaz como el tuyo, Matty. Tú eres inteligente, realmente brillante. Así que usa el cerebro contigo misma, para ayudarte, porque a fin de cuentas eso es lo que todos tenemos que hacer. Mirarnos en el espejo y vernos como somos de verdad.

Las dos mujeres se quedaron unos momentos calladas y luego Matty dijo muy seria:

—Pero si es justamente eso, Susan, yo me he estudiado a mí misma y sé lo que soy. Y eso es lo que intento explicarte. Yo ya me conozco por dentro de arriba abajo. Y lo que me deprime es justamente conocerme tan bien. El pasado vuelve en tu busca por muy inteligente que te pienses que has sido. El pasado es el futuro pero no te das cuenta de eso hasta que vuelve a asomar esa cara tan fea suya.

Susan meneó la cabeza y dijo con vehemencia:

—Estás equivocada, Matty, muy equivocada.

Sonrió con la sonrisita que ponía siempre que quería gustarle a la gente.

—¿Crees que lo estoy? ¿Estás totalmente segura de eso, Susan?

Geraldine se estiró. Estaba cansada pero se sentía mucho mejor que antes de pasarse la tarde entera hablando con Colin. Había abierto otra botella de vino y ahora sentía alrededor de los ojos esa tirantez que el vino blanco siempre le producía. No era muy bebedora.

Colin, sin embargo, podía trasegar vino a un ritmo asombroso. Mientras lo veía llenar y rellenar las copas se preparó para la resaca que tendría a la mañana siguiente.

El chico le gustaba. Era natural, sencillo y amable. Muy amable.

—¿Crees que Susan aceptará trabajar con nosotros? Es que verás, Geraldine, sé que aquí todo esto suena estupendo, pero estamos en un entorno falso. A fin de cuentas se trata de lo que quiere ella, no lo que queremos nosotros.

Geraldine tomó la copa de vino y se encogió de hombros.

—Me parece que después de lo que ha pasado con Wendy estará dispuesta a hacer lo que sea para salir.

Colin no estaba del todo convencido.

—Si podemos conseguir una vista a puerta cerrada podremos decir la verdad, y eso es algo más potente que cualquier otra cosa que pudiéramos soñar. Aparte de que la verdad es mucho más difícil de rebatir, ¿no es cierto?

—Lo único que podemos hacer es esperar y ver qué opina Susan de nuestro plan. De momento es todo lo que podemos hacer. Dejarlo en espera.

Colin se sentó junto a ella.

—Tienes cara de cansada.

—¡Estoy medio borracha! Nunca he sido una gran bebedora.

Él le sonrió.

—Así que no has salido demasiado a tu padre, ¿eh? Su reputación para trasegar *whisky* era legendaria. Casi tan legendaria como los casos que defendió y ganó.

Geraldine no le respondió.

—¿Lo echas de menos?

Ella se quedó unos instantes mirando la copa de vino.

—No, la verdad es que no. Realmente nunca me cayó bien.

Colin quedó asombrado ante aquellas palabras y se le notó en la cara.

—Otras personas sí que lo querían. Era el típico irlandés que ha triunfado. Un cerebro como un ordenador combinado con un encanto natural que hacía de él el irlandés favorito de todo el mundo. Pero, sabes, Colin, en casa, con su mujer y sus hijas, era un animal. Un animalote grande, borracho y gritón. Así que no, no lo echo de menos para nada.

—Nunca me di cuenta... —sus palabras sonaron débiles e inadecuadas.

—Nadie lo sabía. No íbamos a decirlo por radio a todo el país. Incluso después de su muerte seguimos manteniendo la comedia. Es lo que suele hacer la gente, ¿verdad? De hecho, cuando se murió estaba con una prostituta de diecisiete años. La tenía en su despacho de Holborn. Pero sus amigos hicieron piña, ya sabes cómo son los profesionales de la ley. Por eso apartaron también a Matty, porque su marido era uno de los nuestros, un jurista. A pesar de que no dejo de tener la inquietante sensación de que ella mató a Víctor Enderby a sangre fría.

Hizo una pausa.

—En la vida nada es exactamente lo que parece, ¿verdad? Tú creías como todo el mundo que mi padre era un santo, el campeón de los derrotados, el protector de los desfavorecidos. Bueno, pues le importaba un rábano cualquiera de sus clientes. Aunque sí que le importaba ganar. Para él eso lo era todo.

Colin se quedó callado. No había nada que decir y Geraldine sintió de pronto una gran lástima por él y lamentó haberse explayado tanto ante él.

Estaba borracha. No tendría que haberse emborrachado. Era peligroso, tenía que saberlo mejor que nadie.

Le puso una mano en el brazo y le sonrió.

—Perdóname, Colin, no tendría que haberte contado nada de esto.

Él le sonrió con una sonrisa cordial, y ella supo que sus secretos estaban a salvo con él.

—Supongo que algún día tenía que decirlo. Todos tenemos que decir estas cosas por lo menos una vez en la vida.

Geraldine asintió y le dio un poquito más de vino. Se inclinó hacia atrás, se recostó sobre los blandos almohadones y suspiró.

—Mi familia era espantosamente normal —le dijo Colin—. Una madre encantadora, un padre encantador y una hermana encantadora. Estuve viviendo en mi casa hasta hace solo dos años.

Esto último lo dijo como con vergüenza. Ella le puso una mano en el brazo y le dijo amable:

—Entonces has tenido mucha mucha suerte.

Él volvió a sonreír.

—Eso parece. No he tenido ningún secreto oculto como la mayoría de la gente. La verdad es que mi vida ha sido como un libro abierto. Un bonito adosado, bonitas

vacaciones, todo bonito. Pero mortalmente aburrido.

Geraldine se terminó el vino de un trago.

—No desprecies el aburrimiento, Colin. Hay personas que darían todo lo que tienen a cambio de una vida agradable, segura y aburrida, créeme.

Él la miró a los ojos y le dijo muy serio:

—Te creo, Geraldine, te creo.

Jamesie entró en casa con su habitual cara de malhumor. En la mesa de la cocina había un gran trozo de asado y un *trifle*. Venía hambriento después de un día de trabajo y miró la comida con buena cara.

Debbie le llenó hasta arriba el plato de rosbif y *Yorkshire pudding*, zanahorias y repollo, patatas asadas y en puré. Hasta le había preparado sus colinabos favoritos. Siempre venía a casa los domingos. Era el único día en que podía estar segura de verlo, era todo un ritual. Los domingos trabajaba horas extras. Para hacerse unos ahorros, explicaba él. Debbie sabía que el dinero era para Carol y el niño. Y ahora iría también para el nuevo crío que Carol esperaba con tanto orgullo.

Debbie le sonrió mientras se ocupaba de su propio plato.

—Te veo de lo más contenta —le gruñó él.

—La verdad es que lo estoy —le dijo sonriendo de nuevo—. Ayer fui a ver a los niños de Susan.

—¿De veras? Bueno, pues suerte que has tenido. No vas a volver a ir más.

Dio un mordisco a un trozo de carne y Debbie le vio los dientes desiguales y se preguntó cómo no se los había visto antes. Comía con la boca abierta como de costumbre.

—¿En serio?

Debbie sonó melancólica. Jamesie dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato y la miró directamente.

—Sí, en serio.

Ella siguió comiendo como si no le hubieran dicho nada.

—¿Me estás escuchando, Debbie? ¿Te enteras de lo que estoy diciendo, eh?

—Son unos niños estupendos, Jamesie. Y Sue fue una buena madre. Aunque antes no se lo reconocía. Siempre tuve la sensación de que era injusto que ella tuviera niños como si tal cosa y tú y yo nos quedáramos sin tener. A veces la odiaba.

Jamesie miraba a su mujer como si unos extraterrestres estuvieran a punto de llevársela de la habitación.

—¿Lo que es, una hijaputa asesina! Eso es lo que es. ¿Es que se te están friendo los sesos? No te acerques más a esos críos. Tú no puedes tener y se acabó.

—No, yo no pero tú sí, ¿verdad? He oído que Carol está esperando otra vez. ¿Estás seguro de que es tuyo? Porque esa ha dado más vueltas por ahí que un burro de noria. Hasta mi madre mira a esa Carol por encima del hombro. Y eso ya es decir.

Jamesie miró la cara de su mujer y no supo muy bien qué hacer al ver el cambio producido. Debbie la esposa, la mujercita agradecida de verlo había desaparecido. La que lo intentaba todo por agradarle. Y en su lugar estaba una mujer con una mirada dura como la piedra y una sonrisa a la altura.

—Estás pidiendo a gritos una buena torta, Debbie. Te lo aviso.

Debbie se echó a reír y siguió comiendo.

—Como vuelvas a pegarme otra vez te vas a enterar, Jamesie, puedes creerlo, colega.

Él echó la silla hacia atrás y el ruido al arrastrarse resonó en la pequeña cocina. Debbie se había plantado delante de él. Llevaba en la mano el machete de la carne.

—¡Adelante, gordo cabrón! Atrévete. Y entonces te llevarás algo de lo que se llevó Barry Dalston. Conozco mis derechos, socio. Puedo quedarme esta casa para mí sola y tú ya puedes silbar. No tienes ningún derecho sobre ella. Me he informado, muchacho. Ahora conozco mis derechos. Dile a ese chocho de la Carol que ni siquiera podrá poner un pie en el umbral, ni ella ni sus jodidos hijos. Ya estoy harta de ti y de tanta puta —le espetó—. Ya estoy harta de ti y de lo que tú quieres. Porque ¿qué pasa conmigo, eh? ¿Qué pasa conmigo, con tu esposa, eh? ¿Qué pasa con lo que quiero yo para variar?

Seguía con el cuchillo alzado por encima de la cabeza como dispuesta a descargarlo sobre él en cualquier momento.

—Baja ese cuchillo, Debbie, es un aviso.

Ella negó con la cabeza.

—Fuera de aquí, imbécil, vuélvete con esa cosa con la que te pasas todo el tiempo. Yo ya estoy harta. Por fin ya he tenido bastante. No seguiría contigo aunque te salieran diamantes de la polla y te tirases pedos perfumados. Así que lárgate.

Todo cuanto le había hecho a lo largo de los años estaba escrito en la cara de Debbie, sonaba en las palabras que decía.

Jamesie contempló su cena. Estaba muerto de hambre y sabía que todo lo que le prepararía Carol era un sándwich. De repente el confort del hogar le pareció algo muy atractivo.

Debbie rodeó lentamente la mesa.

—Fuera de aquí, Jamesie. Lárgate con ella. No quiero verte nunca más. No quiero tenerte más ni a ti ni a lo que representas en mi cocina. Esta es mi casa. Yo la limpié, la decoré y la cuidé para ti. Y ahora es mía.

Dio otro paso hacia él que retrocedió y, finalmente, se marchó de la casa.

Debbie echó el cerrojo a la puerta y lanzó un profundo suspiro.

Lo había hecho, lo había hecho de verdad.

Jamesie se había marchado.

Capítulo 29

Rhianna observó a Matty sentada sola, con la cara blanca y cansada, los ojos sin expresión. Tenía un aspecto terrible. Hasta el pelo carecía de vida.

Rhianna cruzó la espaciosa sala de recreo para hablar con ella. Al verla acercarse Matty le dijo en voz alta:

—Hoy no, Rhianna. No estoy de humor.

Rhianna se sentó junto a ella de todos modos.

En la sala de recreo el ruido era grande. Un televisor sonaba a toda potencia y una radio trataba de competir. Estaba puesto un programa de naturaleza, *Survival*. Unos osos polares se perseguían entre ellos alrededor de un pico de hielo intentando aparearse. Las mujeres gritaban comentarios obscenos y lascivos. En la radio sonaba música pop. Era un manicomio.

En el otro extremo de la sala otras mujeres jugaban a las cartas, tomaban café y fumaban. Una niebla densa flotaba en el aire y confería un aire sórdido al lugar. Aunque Matty siguió sin hacerle caso, Rhianna siguió allí sentada esperando a que la otra mujer le hablara.

Sarah se acercó a ellas con las pupilas dilatadas, la boca llevando el ritmo de una canción que nadie lograba distinguir.

—¿Qué me dices de un poco de priva, Rhianna? De fiado, o sea. Hasta que me toque la próxima paga.

Rhianna negó con la cabeza.

—Ni lo pienses. Estás demasiado ida, Sarah. Si no andas con cuidado te quedarás dormida y ahí se acabó todo. Liquidada.

Sarah suspiró.

—Pues a mí me suena muy bien.

Matty se pasó una mano por la cara. Se la veía enfadada.

—Para ti todo suena bien, zorra imbécil.

En la voz de Matty sonaba con fuerza una amenaza.

—¿De qué andas quejándote? Estás provisional por un delito insignificante. Saldrás del juicio con el tiempo cumplido, así que ¿por qué no nos dejas en paz y te guardas esos rollos idiotas de drogata para ti sola?

Se puso de pie y apartó a la chica de su lado con un empujón nada amable.

—Venga, largo de aquí antes de que me enfade. No eres más que una colegiala grandota y malcriada. Deja de lloriquear y no te me acerques. Si sabes lo que le conviene a esa puta cara que tienes.

El puñetazo voló tan fuerte como inesperado. Nadie habría considerado a Sarah con el valor suficiente para darlo.

Las mujeres se quedaron en silencio.

Sarah siguió allí de pie vacilante, con los puños apretados.

En la televisión, la voz de David Attenborough ensalzaba los méritos del casquete

polar y en la radio Sister Sledge cantaba *We Are Family*.

—¡Venga, vamos, tía dura! Devuélvemela.

Sarah estaba dispuesta a pelear. Matty miró aquellos ojos perdidos y la apartó otra vez de un empujón.

—Estás demasiado pasada para pegarte. ¿Es que no lo ves, zorra estúpida?

Esta vez Sarah le dio una bofetada, una bofetada que escoció.

La mejilla de Matty se puso encarnada. Cogió el grueso tazón blanco de café y golpeó la mejilla de la muchacha con tanta fuerza como pudo. La jarra se rompió con el golpe y la chica, bajo la mirada de todas incluidas las funcionarias, cayó primero de rodillas y después sobre el suelo duro. Entonces otra vez el manicomio.

Celadoras por todas partes. Rhianna arrodillada junto a la chica intentando ver los daños y Matty trasladada de la sala al módulo.

Era todo un pandemónium. Matty se limitó a sonreír con recato cuando la sacaban. La funcionaria de guardia se hubiera apostado un mes de sueldo a que Enderby nunca pasaría a la acción física. Acababa de demostrarle lo equivocada que podía estar.

Rhianna siguió junto a la chica inconsciente hasta que llegó el médico y luego volvió a su celda. Se sentó en la cama con la cabeza entre las manos y se preguntó cómo podía haber un sistema que encerrara a las Mattys de este mundo al lado de las Sarahs y de las chicas jóvenes.

Susan irrumpió en la celda.

—¿Es verdad que Matty le ha dado a la pobre Sarita?

Rhianna asintió.

—Es que no está bien, le pasó algo la semana pasada. Cuando tuvo visita —le explicó Susan.

Rhianna meneó la cabeza.

—No le busques excusas, Susan. Seguro que tenía que hacerle daño a alguien alguna vez. Las cosas aquí dentro son así.

Contempló la cara de su amiga.

—Si no eres así de la que llegas, acabas siéndolo cuando te vas. No lo olvides.

Susan salió y volvió a su celda.

Contempló aquel espacio reducido, los productos de peluquería y maquillaje de Matty. Vio los cepillos y los frascos y sintió que la invadía una terrible tristeza. ¿Sería también esa la siguiente fase de su vida? ¿Episodios violentos y personas desequilibradas? ¿Distintas compañeras de celda, caras diferentes?

Sintió que las paredes se le venían encima y deseó poder digerir el pánico que notaba dentro.

Matty acababa de joderse la apelación.

Si la ponían en aislamiento, estaba acabada.

Pero Susan se preguntó si en el fondo no sería eso lo que quería.

A Roselle le gustaba el club durante la semana. Estaba más tranquilo, calmado. Ni siquiera las bailarinas de strip molestaban gran cosa las noches de entre semana. Se limitaban a hacer sus movimientos, convencidas de saber que los hombres que las miraban no les exigían demasiado. Todo era muy relajado.

Fue hasta la pista de baile principal y vio que Denise estaba haciendo su número. Le gustaba Denise, una chica grandota con tetas que le llegaban a la cintura y unos muslos con los que hubiera podido cascar nueces. También les gustaba a todos los hombres; para algunos resultaba una chica a su alcance, que era básicamente lo que buscaban. Los hombres pagaban por mujeres que no podían tener a menos que fueran prostitutas. Y sabían que una mujer como ella les daría calabazas si le pedían una cita.

Pensar eso hizo sonreír a Roselle y Mary la Loca, una de las chicas más mayores, se rio con ella. Mary la Loca trabajaba las noches entre semana porque sabía que a su edad y con su aspecto no tenía ni la más remota posibilidad una vez llegado el fin de semana.

Mary estaba bebiendo el champaña de la casa. Bebía lo que fuera.

Entonces Roselle la miró como si no la hubiera visto nunca. Las arrugas alrededor de los ojos y de la boca, el duro destello de su mirada. La sonrisa profesional.

—¿Crees que es posible que me des un anticipo, Roselle?

Roselle meneó la cabeza.

—Ni la más mínima esperanza, Mary. Si te doy un anticipo te largarás corriendo a otro sitio hasta que les debas dinero a ellos y entonces volverás. Te tengo calada.

Mary no se desanimó con aquel lógico detalle. La verdad es que incluso se rio más fuerte.

—Es verdad, pero me muero por una copa.

Roselle pasó a su lado sin decirle nada pero al llegar a la barra le dijo al barman que le llevase un vodka doble con coca-cola a Mary la Loca.

No era tan dura como quería aparentar.

En el salón echó una mirada profesional a su alrededor. Todo en orden. Linette, una chica alta con pinta de española, masas de pelo rizado y grandes ojos de cierva, estaba en la recepción. Tenía unas caderas de acorazado y unas tetas pequeñas y duras. Permanecer detrás de un mostrador era su mejor esperanza. Solía hacerlo cuando se llenaba el local y todas las otras chicas estaban ocupadas. Linette también tenía un defecto en el habla bastante notorio.

El mándrax le hacía farfullar las palabras.

Roselle no le hizo caso y salió a respirar el aire frío de la noche.

Harry Allbright, el portero, le sonrió.

—Bonita noche.

Roselle asintió en silencio y no le contestó.

Harry era un regalo de Dios. No bebía ni fumaba y no tocaría a una fulana con una pértiga de gabarra. Las odiaba. Tenía una mujer encantadora, unos hijos

encantadores y una casa encantadora en Beacontree.

—Te veo nerviosa, muchacha. ¿Todo en orden?

El tono era brusco pero también preocupado.

Roselle le sonrió.

—Es solo que me encuentro un poco baja, nada más.

Harry agitó su cabeza leonina con resignación.

—Es lo que tienen los clubs nocturnos. Todo es tan jodidamente falso, los odio. Pero por lo menos me paga las facturas.

Roselle lo escuchaba de pie en silencio.

—Son todas unas fulanas, hasta la última. Deprimirían a cualquiera con esa vida que llevan. No tienen respeto, ¿sabes? No se respetan a sí mismas, no respetan a nadie.

Roselle volvió a entrar al calorcito del club. Sin querer, Harry la había deprimido más que nunca.

Joseph se había ido a esquiar con el colegio. Pensar eso le alegró. El chico tendría de todo, todo lo que ella fuera capaz de darle. Amor y dinero. Las cosas que ella nunca tuvo.

Entonces se acordó de Wendy y de los otros. Pero de Wendy en particular. Ya en su oficina miró una foto que guardaba en el cajón. Era de ella y de Barry. Estaba guapísimo, como un modelo masculino. Sus ojos sonreían y estaba feliz, realmente feliz.

Entonces abrió el bolso y sacó una foto de ella con Wendy que habían hecho en su piso. La niña se parecía muchísimo a él, eran casi idénticos. Sin embargo la niña que estaba empezando a querer como si fuera suya había sido cruelmente forzada por el hombre al que una vez amara. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de cómo era? Pero muy en el fondo sí que lo sabía. Aquella noche que Susan apareció por allí con su abrigo manta avejentado y oliendo a bebé y a embarazo y a falta de dinero. Roselle supo justo entonces con quién se había enredado. Toda su vida había conocido Barry Dalstons, hasta que llegó Iván. Con Barry había vuelto a las alcantarillas y aquello la asustó más que cualquier otra cosa. No tendría que haber permitido que sucediera de nuevo. Por el bien de Wendy y tal vez de otras como ella.

Toda aquella experiencia con Barry y su familia había hecho cambiar a Roselle. La había hecho pensar en ella misma y en su vida y decidir que tendría que hacer cambios importantes.

Empezando por el club.

Lo vendería algún día, cuando el pobre Iván hubiera exhalado el último suspiro y ella lo hubiera instalado en algún bonito cementerio judío. Dejaría allí con él sus experiencias y entonces organizaría otra vida, una vida respetable, tal vez pondría un bonito bar de vinos o un restaurante agradable.

Un sitio en el que pudiera relajarse y mirar a la clientela sin tener una sensación de asco y falta de esperanza. Donde las camareras estuvieran limpias por dentro y por

fuera. Donde el dinero se ganara legítimamente y se gastara en honesta diversión.

Había hecho falta que apareciera Susan Dalston para ver lo atractiva que era esa perspectiva. Susan y su pelea constante por mantener la cabeza por encima del agua, por mantener a sus hijos en el buen camino y sus caderas dentro de unos límites aceptables.

Roselle apoyó la cabeza sobre la mesa y lloró como nunca había llorado antes. Señor, ojalá su amiga comprendiera por qué había roto su confianza y le había contado la verdad a Geraldine. Rezó para que en su desesperación por ayudarla no hubiera traicionado la única amistad auténtica que había conocido en la vida.

June y Joey estaban sentados delante de su nuevo televisor gigante y veían *Los profesionales*. June estaba bebiendo más de lo habitual. Cuando Joey la vio servirse otro *whisky* doble en un vaso de cristal chato comentó:

—¿Te estás poniendo a tono, eh tú?

June lo miró con los ojos brillantes del alcohol.

—Lo necesito. Hoy he tenido otra carta de Susan.

Joey alzó los ojos al cielo.

—Ya estamos otra vez. ¿Qué ha hecho ahora?

June se encogió de hombros.

—No ha hecho nada. Susan nunca hizo nada, ¿no crees? No como nosotros. No como hicimos nosotros.

Joey cerró los ojos de fastidio.

—No empieces otra vez con eso, ¿quieres? Mató a Barry y fuera lo que fuese no se merecía una cosa así.

June meneó la cabeza.

—Claro que se lo merecía, Joey, y la chica tendría que haberlo hecho años antes. La trataba como una mierda. ¿Por qué seguimos pretendiendo una cosa si sabemos que es mentira? Ganamos dinero a costa de ella y ganamos dinero a costa de los niños y no les hemos dado ni un penique nunca. Ni siquiera un jodido caramelo.

Joey subió el volumen de la televisión y dijo con voz hastiada:

—Corta el rollo, June. Corta el rollo. Y Debbie. Otra que tal baila. ¿De dónde cojones sacamos a esas dos? Ese par de jodidas señoritingas quejicas.

June vació el vaso de un trago.

—Susan tenía razón cuando no quería tener a las niñas aquí contigo. También en eso tenía razón. Y eso no puedes negarlo. Vi de qué forma mirabas a Wendy. Y Susan también. Anduviste persiguiéndola la mitad de su puta vida. ¿Te acuerdas de aquella vez que te pillé en la cocina? Sabía que andabas detrás de ella y estaba celosa.

Él siguió mirando la pantalla. June meneó la cabeza con movimientos beodos.

—Tantos años odiándola por culpa tuya. Y sin embargo, ¿qué coño eras tú de verdad? Un degenerado, Joey. Un degenerado y nada más. Debbie ha ido a ver a los

niños y dice maravillas de ellos. Me mandó a la mierda y tenía toda la razón. Cuando se llega a nuestra edad lo único que te queda son los hijos y los nietos. Oigo lo que dicen todas las mujeres del bloque —continuó—. «Me llevo a los pequeños de mi hija al zoo o al museo». Dedicar a los nietos mucho más tiempo del que dedicaban a los hijos. Y es razonable, ¿no crees? Son el futuro, la próxima generación. Y tú y yo qué coño tenemos, ¿eh? Una puta tele gigante y una bonita chabola compradas con el dinero manchado de sangre de Susan.

Joey siguió mirando la pantalla. Parecía que estaba sordo, que las palabras de ella no le llegaban.

—Esta semana nuestra Debbie ha ido cada día a ese orfanato. Cada jodido día. Es como si ellos le hubieran prestado una nueva vida. Así que puede que vaya yo. Me dice que Rosie es una preciosidad y Barry *junior* un diamante. Alana y Wendy son auténticas bellezas. Wendy intentó matarse, Joey. Una niña como esa que intenta quitarse de en medio.

—Creí que te había dicho que te fueras al carajo. ¿Cómo sabes todo eso?

June se echó a reír.

—Pues claro que me dijo que me fuera al carajo, pero no lo decía de verdad, ¿sabes? No es más que un calentón. En las familias eso es normal. Volví a aparecer por allí como si nada hubiera pasado y estuvo muy bien. Le ha dado puerta a Jamesie.

Joey se volvió en su silla y bramó:

—No me interesa, June. Si quieres ponerte toda maternal, es cosa tuya, muchacha. Yo no quiero saberlo.

June volvió a llenarse el vaso y a trasegar el líquido ardiente.

—Por supuesto que no. Ese es el problema, que nunca quisiste.

Él la miró e hizo un gesto de desdén.

—En fin, colega, lo dejaste todo para un poco tarde, ¿no te parece? Esto de venir de mamita y de buena.

June miró fijo al vaso.

—Para demasiado tarde, Joey. Esa es la equivocación.

Entonces Joey miró a su mujer, la miró de verdad y suspiró. La vio vieja. Debajo del maquillaje y del peinado, era una vieja. Lo eran los dos.

—Sigues teniéndome a mí, June.

Ella lo miró a la cara y vio las arrugas del odio en torno a sus ojos porcinos, la crueldad de su boca, y suspiró hondamente.

—Eso es cierto, Joey. Anímame, ¿por qué no lo haces?

Él volvió a mirar *Los profesionales* y confió en que su Junie recuperara su torpe normalidad, y que lo hiciera pronto.

Esta otra le estaba tocando los cojones.

Susan dedicó a Colin una sonrisa de bienvenida. Miró a la mujer que venía con él y le

hizo un gesto cortés de cabeza. Geraldine no se esperaba que Susan tuviera aquel aspecto. Era una mujer distinta de la de las fotografías del sumario. Había desaparecido aquella gordura de sebo. Aunque la mujer que tenía delante nunca sería delgada, se la veía saludable y en forma y tenía una cintura propiamente dicha. Llevaba el pelo en un moño alto y un maquillaje discreto que le quitaba años de encima.

Geraldine le tendió una mano bien cuidada y sonrió.

—Geraldine O'Hara. Encantada de conocerla.

Susan esbozó una amplia sonrisa.

—¿Así que al final Matty habló con usted?

Estaba extraordinariamente satisfecha. Su amiga llevaba más de una semana en el módulo. Nadie sabía lo que pasaba con ella ni cómo estaba.

—¿Está bien? —preguntó Susan ansiosa.

Geraldine se encogió de hombros.

—Me temo que no quiere ver a nadie, ni siquiera a mí.

Susan frunció el ceño. Miró a Colin y a la celadora que se encogió de hombros, como diciendo: «¿Por qué me miras a mí?».

—Ya veo. Entonces, ¿cómo es que ha llegado aquí?

Susan tenía un mal presentimiento, la sensación de que la estaban metiendo en algo grande. No era una abogaducha como Colin, era una gran figura, alguien a quien todo el mundo escuchaba.

—Vino a verme Roselle...

A Susan le pareció que la sala se llenaba de aire húmedo. Levantó las manos.

—Yo no tengo dinero para usted, señora, así que vamos a acabar con esto ahora mismo, ¿vale?

—Susan, sabemos lo que pasó, lo sabemos todo.

Se le puso la cara blanca.

La voz de Geraldine sonaba grave.

—Lo único que queremos es ayudarla, nada más.

—No necesito tu ayuda, guapa. Gracias de todos modos. Estoy de puta madre con Colin.

Colin meneó consternado su cabeza de pelo tieso.

—¿Querrá por lo menos escucharnos?

Susan negó con la cabeza, vehemente.

—No hay nada que decir. Y ahora váyanse, por favor, y déjenme sola.

—Sabemos lo que Barry le hizo a Wendy. Lo sabemos absolutamente todo, Susan.

—Usted no sabe nada, señora. Y haga lo que haga yo voy a negarlo. ¿Es que no ven lo que está haciendo Wendy? ¿Lo que hace Roselle? Dicen lo que sea para sacarme. Aunque nada de eso sea verdad.

—¿Nada de qué es verdad, Susan?

—De lo que digan, cojones —se estaba asustando.

—Es probable que pueda conseguir un juicio a puerta cerrada. Nadie más tendrá que saber nada —dijo Geraldine rápidamente.

—Largo de aquí, pareja.

Susan miró a la funcionaria.

—Lléveme al pabellón. Aquí ya he terminado.

—Tal vez sería mejor que los escucharas, Dalston.

—¿Sí? ¡Y tal vez a ti te iría mejor cerrar esa puta boca y hacer tu trabajo!

—Están a punto de entregar a Rosie en adopción y repartir a los otros niños en centros de acogida diferentes. ¿Realmente es eso lo que quiere, Susan? ¿Es que no han tenido que aguantar bastante? Wendy intentó suicidarse por lo que había pasado. Necesita cuidados profesionales, mujer. Creía que usted quería lo mejor para ellos. ¿Cómo puede ser que no quiera esto?

La voz de Geraldine sonaba con fuerza en aquella sala tan pequeña. Parecía rebotar por las paredes y volver contra ellos. Susan vaciló durante una décima de segundo y Geraldine aprovechó la oportunidad.

—Puedo conseguir que la manden a casa rápidamente. Que vuelva con ellos. Soy una fuerza reconocida en mi profesión y estoy dispuesta a ayudarla por nada. Nada de nada. Ni un penique. Así que no me rechace tan tajantemente, señora mía, porque no se lo ofreceré dos veces.

La voz sonaba con tanta fuerza, con tanta seguridad, que Susan se dio cuenta de que si se negaba estaría renunciando a su única oportunidad de salir libre.

Geraldine miró a la funcionaria y le dijo con intención:

—Quisiera hablar con *mi cliente* a solas, por favor.

La celadora salió de la habitación sin mirar para atrás.

—Si no quiere que se sepa nada encontraremos otra manera de atacar, se lo prometo.

Susan miró a la mujer impecablemente vestida que tenía delante.

—¿Por qué tiene tantas ganas de hacer esto? ¿Por qué le importo yo?

—Susan, si pudiera comprender lo que le importa a un montón de gente... Por no hablar de sus hijos. Sabemos lo que Barry le hizo a su hija. A su propia hija. Sabemos que tuvo que eliminarlo por lo que hizo. Y estamos de su parte, ojalá se diera cuenta.

Susan miró a Colin buscando confirmación y Colin sonrió.

—Espabílese. No deje escapar esta oportunidad porque casi seguro que es la única que tendrá.

—¿Entonces qué otra cosa podríamos hacer?

Geraldine se relajó, no muy segura de por qué aquella mujer le hacía sentirse tan bien por dentro al permitirle que la ayudara. Tan justa.

—Los informes del hospital indican que Barry le contagió una enfermedad venérea y perdió usted un hijo. Que le hizo abortar otro hijo a patadas en la barriga. Que la atacaba constantemente. Si utilizamos esto podré sacarla y nadie tendrá que

saber la otra verdad. Hasta la madre de él está dispuesta a testificar sobre cómo era Barry realmente. Le prometo que podré sacarla en base al tiempo que lleva cumplido si consigo exponer los detalles de su vida pasada.

Susan sonrió.

—Kate no lo soportaba, bendita sea.

Se sentó en la mesa y se quedó mirando a Geraldine.

—¿Cree que estudiarán a fondo las pruebas forenses? Los fiscales, quiero decir.

Geraldine se sorprendió con la pregunta.

—Sacarán a colación el hecho de que usted le golpeó reiteradamente con un martillo, sí. Eso es todo lo que ellos tienen, en realidad, el modo en que se produjo el hecho. Pero yo puedo traer a un psiquiatra que diga que se trataba de un acto de venganza inducido por años de malos tratos. Que es lo que en realidad fue, ¿no es cierto?

Susan asintió como ausente.

—Pero las pruebas forenses... ¿Habrán guardado las cosas? ¿Las muestras y todo eso, sabe?

—¿Qué pasa con las pruebas forenses? Todo lo que se indica en el informe es que Barry fue golpeado reiteradamente con un martillo. Y eso ya lo sabemos. Lo que ahora necesitamos es alguna limitación importante de daños que convierta ese hecho en irrelevante. Tendría usted que presentarse como una mujer que durante el juicio estaba todavía bajo los efectos de la impresión. Que pensaba que se merecía que la encerrasen por quitar la vida a alguien. Aunque, para empezar, esa vida no mereciera la pena que nadie perdiera la cabeza por ella.

Susan la miró y sonrió.

—Me gusta usted, está muy bien.

Geraldine se rio.

—La verdad es que también me gusta usted a mí. Tenía la sensación de que sería así.

Colin las miró y se maravilló una vez más de aquella empatía instintiva que se producía entre mujeres.

—Entonces lo que me está diciendo es que vamos a decirles la verdad pero no toda la verdad, ¿es eso?

—Así resumido, sí.

—Pero las pruebas forenses... ¿Las estudiarán y tratarán de encontrar alguna cosa más?

—¿Como qué? —dijo Colin ya exasperado.

Susan se encogió de hombros.

—Yo no lo sé, los expertos son ustedes.

Geraldine la miró a la cara.

—¿Es que podrían encontrar algo más?

Susan no le contestó directamente. Dijo:

—¿Es verdad que hace esto gratis?

Geraldine se encogió de hombros.

—Roselle dice que ella pagará, pero ya veremos. Si pierdo, no les cobraré ni un penique, ¿qué le parece?

Susan la miró de arriba abajo, desde los zapatos a medida al corte de pelo de lujo y suspiró en su interior.

—Entonces, adelante, me ha convencido.

Algo que Geraldine O'Hara nunca había tenido que hacer antes. Por lo general, las personas le imploraban que se ocupara de sus casos; así es como se hacían las cosas en su mundo. Tú eras quien tenía la experiencia y por tanto cobrabas por ello. Y ahora tenía aquí a una asesina confesa que le hacía un favor a ella aceptando su sabiduría, sus conocimientos, su tiempo.

Geraldine se rio por dentro y por fuera.

—Apuntada.

Susan metió la cabeza entre las manos y pensó en Wendy y Rosie y Barry y Alana. En sus cuatro hijos, tan distintos y sin embargo tan parecidos. Tenía que volver junto a ellos y parecía que aquella mujer tan guapa con aquella sonrisa tan agradable podría arreglarlo.

Wendy necesitaba ayuda. Aquellas palabras ocupaban todo su cerebro. Lo que Wendy necesitaba, lo que todos ellos necesitaban, era a su madre. Era hora de que Susan Dalston se concediera a sí misma la vuelta a casa.

Matty estaba sentada en la celda de castigo del módulo. No tenía acceso a material de escritorio, libros ni radio. Pero no le importaba. Se sentaba en la litera un día tras otro sin moverse. La guardiana de noche abrió la puerta de la celda. Era una mujer delgada con facciones angulosas que tenía debilidad por las novelas de Danielle Steel. Matilda Enderby la preocupaba.

—¿Quieres que te traiga un café o algo?

Matty la miraba como si no supiera quién era.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. ¿Quieres un café o no?

—No, gracias. Estoy bien.

La otra mujer salió de la celda y la cerró. Por lo menos lo había intentado. Ahora podía volver a su otro mundo, lleno de mujeres *sexies* y de intrigas.

Matty se quedó mirando los grafitis de las paredes y sonrió. Algunos de ellos eran muy divertidos a su estilo guarro e ignorante.

Intentó concentrarse en ellos, pero todo lo que veía era a Víctor, al pobre Víctor de pie delante de ella y suplicándole que le dijera por qué era tan infeliz. Por qué era tan desagradable, tan mala con él. Pidiéndole que le explicara qué era lo que la hacía tan desgraciada. Aquella mirada de desconcierto en sus ojos mientras se pasaba las

manos por el pelo de pura agitación.

Palpó el cuchillo que llevaba bajo la servilleta. Sabía que estaba allí, que la esperaba, y eso le dio una buena sensación. Mientras él la seguía ella lo acariciaba, sabiendo que allí residía el poder de la vida o la muerte. Era una sensación tan reconfortante, oh, desde luego que había hecho bien los deberes. Una vez en medio del corazón. Una puñalada, el acto de una mujer desesperada. La había visto el médico, le había mostrado sus hematomas. Le había hablado de la crueldad de su marido. De sus malos humos.

Víctor pareció tan perplejo cuando lo apuñaló. Cayó de rodillas delante de ella, con tanto dolor en la cara, tanta palidez. Creyó que no se iba a morir nunca. Incluso cuando yacía ya en el suelo de baldosas bancas, con la sangre formando un charco a su alrededor, ella había pensado que igual sobrevivía. Había estado plantada delante de él durante diez minutos hasta asegurarse de que se había muerto.

No iba a correr ningún riesgo. Y luego por fin aquel espantoso borboteo. Eso había sido terrible. Se había preparado una copa, un *gin-tonic* cargado, y se lo bebió y luego cogió el teléfono y gritó y aulló por él.

La actuación de su vida.

Luego contó la historia a docenas de periodistas y se convirtió en la imagen de la mujer maltratada. Y ahora aparecía Ángela. Aquella zorra gorda dispuesta a pillarla. A hacer que perdiera el control, hacerla atacar a Sarah.

Matty tenía que pensar algo realmente bueno para Ángela, algo que ella no se esperase. Darle algún tratamiento especial, como había hecho con su madre.

Esa idea la hizo sonreír.

Tal vez un incendio... El fuego purifica. Y Ángela necesitaba purificarse. Siempre había tenido una mente sucia, una boca sucia.

Matty se levantó de la litera y golpeó la puerta de la celda. La celadora acudió corriendo. Aquella presa tenía aviso de suicidio.

—Ahora me tomaría ese café, por favor. De repente me encuentro mucho mejor.

La celadora le sonrió con una sonrisa amistosa.

—¿Crees que podrías comer algo?

Llevaba días sin comer y de repente estaba hambrienta.

—Creo que podría tomar unos bocados.

—¿Un sándwich quizás?

Matty se rio feliz.

—Se me ocurre un pollo a la barbacoa, pero un sándwich sería estupendo.

Capítulo 30

Roselle recogió a Wendy del centro de acogida. Cuando cruzaba la puerta doble sintió la tristeza que siempre sentía al ver a los niños pululando por allí. De todos los colores, de todas las religiones, y ninguno querido. Le partía el corazón. Todas aquellas cabecitas eran plenamente conscientes de que nadie los valoraba. Lo veías en sus caras, en su modo de andar, en sus actos. Adolescentes hoscos fumando cigarrillos; niños más pequeños sentados alrededor de la casa y los patios contemplando pasar el mundo. Sabiendo que era algo a lo que nunca lograrían unirse. O no de verdad, no del todo.

Ya habían sido marcados, ya se habían habituado a que ni los miraran salvo que hicieran algo para atraer la atención. Algo violento y sin sentido o autodestructivo.

Ese hubiera podido ser perfectamente el destino de los hijos de Sue, salvo porque pasara lo que pasase sabían perfectamente que su madre los adoraba.

Roselle se dirigió a las oficinas y llamó suavemente a la puerta.

Sonó la voz de la señora Eappen.

—Espere ahí —dijo despectiva.

Roselle sabía que podía ver quién era a través del cristal. Sabía también que la señora Eappen no estaba nada segura respecto a ella. A su coche, su ropa, su reloj caro. Sabía que eso perturbaba las ideas de la señora Eappen sobre el bien y el mal. Roselle se preguntó cómo esa mujer lograba ponerla siempre a la defensiva, acentuar su modo de hablar. Se encontraba diciendo cosas como «Jesús» y «socia», palabras que nunca utilizaba en otros casos. Ni siquiera era así como hablaba ella, por Dios santo.

La dejó cinco minutos esperando y por fin le lanzó una orden de una sola palabra.

—Entre.

Aquel despacho la transportó de nuevo a sus días escolares. Tenía la sensación de estar en peligro aunque sabía que eso era absurdo. Era una mujer adulta, no una niña. Pero las señoras Eappen de este mundo tenían a gala tratar a todo el mundo como si tuviera once años.

La directora la miró de aquella forma fría y crítica que tenía.

—¡Ah! Señorita Digby.

Subrayaba el «señorita» como si cualquier mujer de su edad que no tuviera un «señora» delante de su nombre fuera una fracasada irremediable.

—¿Qué puedo hacer por usted?

«Morirte», saltó en la mente de Roselle. Pero sabía cómo tenía que jugar a aquel juego.

—He venido para recoger a Wendy Dalston como siempre. He pensado que hoy la llevaré a tomar el té al Claridge's y luego quizás vayamos de compras a Regent Street. Sé que está deseando hacer eso.

Lo dijo con un acento fuertísimo. Lo hizo porque le gustaba especialmente ver

cómo la señora Eappen cerraba los ojos claramente incómoda.

—Desde luego. ¿Se da cuenta de que después de lo que pasó todavía está cansada y un tanto deprimida?

—Pues después de hoy ya no lo estará, eso se lo garantizo. También tengo un pase de visita con mi nombre y el de ella. Así que irá a ver a su madre y todo.

Roselle se había guardado lo mejor para el final y tuvo la satisfacción de ver cómo la otra mujer palidecía. Cuando la señora Eappen abrió la boca para hablar de nuevo Roselle salió del pequeño despacho abarrotado, con los dibujos de Winnie the Pooh en las paredes y los gráficos del progreso de los niños en rotulador rojo y negro.

La señora Eappen trataba a los niños a su cargo como objetos, en vez de como personas jóvenes, y ese era su error.

Wendy estaba sentada en la zona de recepción con cara de tristeza. Roselle se quedó un segundo mirándola. Sentada allí con sus vaqueros y su camiseta negra parecía una mujer adulta, a pesar de que no iba maquillada y llevaba su precioso pelo atado hacia atrás en una sencilla cola de caballo. Al ver a Roselle la cara se le iluminó con una sonrisa.

Cuando salían y se dirigían al coche, Debbie se bajó de un taxi. Hacía meses que no tenía tan buen aspecto. La expresión angustiada le había desaparecido de la cara y las pequeñas arrugas que tenía en torno a los ojos parecían ahora más bien de tanto reír. Tenía una expresión de gozo en la cara.

—Muy bien, mi amor. ¿O sea, que sales?

Wendy asintió y presentó a las dos mujeres. Roselle se dio cuenta de que era observada por un par de astutos ojos azules.

—He oído hablar mucho de ti, Roselle. Soy la hermana de Susan; como si no lo supieras.

Las palabras de Debbie le hicieron comprender a Roselle que hablaba más por suposiciones que por lo que realmente hubiera oído, pero eso no le molestó ni lo más mínimo.

—Me ha llevado bastante decidirme a venir a ver a los niños, pero al final ya estoy aquí.

Era lo más parecido a una disculpa por haberlos dejado solos tanto tiempo que Debbie lograría formular.

Roselle sonrió.

—¿A dónde vas a llevarlos?

—Allí a mi casa. He pensado que pasen el día en el jardín. El verano está casi acabando. Les daré una buena manduca, que holgazaneen lo que quieran por allí. Donde vivo es un sitio bonito. Tranquilo.

Roselle asintió.

—Yo tengo un pase de visita. Wendy y yo nos vamos a ver a su madre para decirle que tenemos una abogada nueva para ella. Eso si no la han convencido ya, claro.

Debbie asintió.

—Susan me habló de ella. Ayer tuve carta. Parece que está bien, si sirve de consuelo. Es como ver la luz al final del túnel, así me lo dijo.

Wendy estuvo callada durante el diálogo pero ninguna de las otras dos mujeres se dio cuenta. Estaban demasiado ocupadas evaluándose mutuamente.

—Bueno, que paséis un buen día.

Debbie sonrió.

—Claro que sí. He perdido un montón de tiempo con esos críos y quiero recuperarlo.

Roselle sonrió con tristeza.

—Son una pandilla estupenda, todo hay que decirlo.

Se separaron contentas. Roselle observó a la mujercita regordeta de piernas gruesas que prácticamente subía corriendo el camino de entrada a buscar a sus sobrinos. Wendy ya estaba instalada en el coche antes de que hablara.

—Mi mama no dejará que se sepa la verdad. Nunca.

Roselle la miró con ojos repentinamente cansados.

—Por una vez tu mama va a hacer lo que se le diga. Ahora, vamos allá y pasemos un buen día, ¿eh?

Arrancó el coche y salieron del edificio pero de algún modo el día había perdido su brillo. Wendy volvía a tener cara angustiada, deprimida.

Roselle hizo una gran concesión y puso Radio 1. Sabía que a la chica le gustaban las últimas canciones pop. Ojalá le levantasen el ánimo.

Matty salió del módulo de aislamiento y se encontró con un mar de rostros. Miró a su alrededor y vio a todas las chicas y mujeres a las que había ayudado, a las que había aconsejado, y se maravilló de su fidelidad. Que todavía estuvieran preocupadas por ella incluso después de lo que había hecho.

Sarah la miraba vacilante, con los ojos sombríos pero sin drogas que los enturbiasen.

Matty sonrió y saludó con la mano a la muchacha y vio claramente que se relajaba.

En el ambiente de una cárcel los agravios son fáciles de alimentar, de que crezcan hasta convertirse en episodios de violencia por una fruslería. Como no hay ninguna otra cosa en la que pensar, y sobre todo encerrada en el chabolo, los enfados eran cosa corriente. Las Mattys de este mundo hacían la vida difícil. Y todas tenían cuidado con ella y con otras como ella. Tenían la sensación de que hay personas que no necesitan una auténtica razón para ponerse violentas. Cualquier cosa las puede alterar.

Susan tenía la celda totalmente impoluta y aquello hizo sonreír a Matty.

—Me he pasado la puñetera mañana limpiando —dijo Susan con voz aguda.

Estaba nerviosa y por algún motivo eso deprimió todavía más a Matty. Miró a su alrededor como sabía que se esperaba de ella y sonrió de un modo seductor.

—Está como si no hubiera estado fuera.

Susan soltó un bufido:

—¡Eso no lo hubieras pensado hace un rato! Parecía que hubiera estallado una bomba aquí. Pero tú ya me conoces, socia, lo que ves es lo que sacas.

Rhianna apareció entonces y llenó aún más el reducido espacio.

—Estaba en el gimnasio, acabo de oír que habías vuelto.

Su rostro delgado miraba ansioso a Matty que vio allí amistad auténtica.

—¿Cómo está Sarah? —preguntó.

Rhianna se encogió de hombros.

—Se llevó lo suyo, como se esperaba. Dijo que te había provocado, que estaba sin control y que montó la pelea. Lo de siempre.

Matty asintió lentamente con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. Allí no te dicen nada, ¿sabes? Todavía no sé siquiera si van a imputarme o no.

Rhianna sonrió.

—Ni por asomo. La chica no es idiota. Ha hecho lo que tenía que hacer. No habrá represalias.

Matty se quedó un momento callada.

—Puede ser. Ya veremos.

Rhianna y Susan se miraron. Aquello no era lo que se esperaban.

—¿Estás bien, Matty? ¿Necesitas algo?

—Lo creáis o no, lo único que necesito es un poco de tranquilidad. Quiero escribir una carta.

Las otras dos sonrieron.

—¿A quién?

Matty las miró muy seria.

—A mi hermana.

—No sabía que tuvieras una hermana —dijo Rhianna con una voz agudizada por la incredulidad.

—Hay un montón de cosas que no sabéis de mí, señoras. Pero estoy segura de que si no me ando con cuidado cualquier día las descubriréis.

Matty soltó una carcajada y las otras dos se rieron con ella. Pero ambas sabían que fuera lo que fuese de lo que reían no debía ser nada mínimamente divertido. O no de verdad. Rhianna tiró de Susan suavemente para irse de la celda y dejar a Matty que escribiera su carta. Fueron a sentarse a la celda de Rhianna y se miraron la una a la otra.

—Está otra vez distinta, ¿verdad? —comentó Susan.

Rhianna asintió.

—Si me permites decirlo, esa mujer está más loca que la persona más loca que

haya estado loca. ¡Si prácticamente se puede sentir como le sale el rencor por los poros! ¿No te pone nerviosa, Sue? Yo lo estaría.

—No es que pueda hacer gran cosa, ¿no crees? Pero por cómo lo ha dicho, esa hermana debe de haberle hecho la Pascua apareciendo por aquí. Confiemos en que escribir la carta la tranquilice un poco. Ya tengo bastante con lo mío para tener que preocuparme de Matty.

Rhianna meneó la cabeza.

—Cuanto antes te den una fecha de apelación, mejor.

Susan se abrazó a sí misma con verdadero placer.

—Creo que ahora puedo tener una oportunidad de verdad con esa tía, la Geraldine. Me pregunto cómo reaccionará Matty cuando se entere de que también se ocupa de mi caso.

Rhianna no le contestó. Pero tuvo la sensación de que con el carácter de Matty, no era algo que fuera a gustarle.

—Vete con cuidado, Susan. Estate alerta. Cuando Matty está así es capaz de cualquier cosa.

Susan se encogió de hombros comprensiva.

—Estará bien en cuanto vuelva a coger la onda de las cosas. Y a Sarah le ha ahorrado un montón de líos, ¿a que sí? Tendiéndole la mano así. Matty lo superará a su tiempo. Como hacemos todas.

Rhianna no le contestó.

En la cabeza de Susan solo había pensamientos para Wendy y Roselle. Estaba a punto de ver a la amiga en la que no había posado los ojos desde hacía más de dos años. Estaba expectante ante la visita. Iba a ser algo fantástico.

—De todos modos, hoy tengo aquí a mi hija y a mi mejor colega, Roselle. No la he visto en carne y hueso desde hace tanto que estoy toda emocionada con la idea. Quiero poder echarle un buen vistazo, ver cómo le han sentado estos últimos años.

Rhianna se vio atrapada por el entusiasmo de Susan.

—¿Qué Roselle? Siempre estás hablando de ella, ya sé el nombre.

—Roselle Digby. Vive en el Soho.

Rhianna se quedó impresionada.

—¿No será la Roselle Digby que lleva el club de la calle Dean?

El tono de su voz ya lo decía todo y Susan se echó a reír.

—La misma. Nos conocemos hace ya unos cuantos años. Es una socia de puta madre. Ella se ofreció a pagar a esa Geraldine, aunque me ha dicho que llevará el caso gratis si hace falta.

—Apuesto a que sí. No te olvides que con eso ella conseguirá salir en la prensa y ganar prestigio —desde luego Rhianna estaba impresionada y se le notaba—. Tú tendrías que haber descubierto tu secreto hace mucho. Porque con ella a cargo de tu caso aquí te hubieran tratado como si fueras la Familia Real de visita.

Susan suspiró feliz.

—Puede que sí o puede que no. De todos modos, ahora se me junta todo, ¿a que sí?

Rhianna sonrió.

—Saldrás, Susan. Tengo un buen presentimiento.

—Y yo también, en realidad. Por fin me siento capaz de tener esperanzas, ¿sabes? Rhianna sabía exactamente qué quería decir y sintió un fugaz ataque de celos.

—Sé exactamente cómo te sientes. Lo sé bien, créeme.

Geraldine se quedó sorprendida al ver el cambio de Matty. Estaba más delgada, si eso era posible, tenía la cara roja como si viniera de correr, cosa rigurosamente imposible en aquel lugar.

—Hola, Matty. Tengo entendido que ya se ha aclarado todo.

Matty asintió.

—La chica montó una pelea. Eso pasa en estos sitios, Geraldine. Tuve que defenderme.

De eso Geraldine no estaba tan segura.

—Bueno, de todas formas ya tenemos fecha para la apelación. Dentro de cuatro semanas, el tres de noviembre. ¿Qué me dices?

Matty sonrió y su rostro adquirió una belleza desarmante a la luz del sol de la media tarde.

—Fantástico. No veo la hora de salir.

Su voz sonó como la de una niña pequeña. Geraldine tragó saliva para quitarse la sensación repulsiva que la invadía cada vez que hablaba con aquella cliente en particular.

—Estarás perfectamente, a juzgar por lo que adelanta la prensa que lo cubre. Y creo que actualmente el clima es el adecuado. La gente se interesa por las mujeres maltratadas. Es una cuestión política. Han presentado leyes y se aplican. Creo que ahora tienes una buena oportunidad de irte para casa.

Matty sonrió de nuevo.

—Bien. Porque este sitio está empezando a poder conmigo. Quiero dejar atrás a Víctor y a todo lo que me sucedió. Empezar una nueva vida.

—Será difícil dejarlo atrás cuando publiques tu libro, ¿no crees?

Geraldine no pudo resistirse a soltar la pulla y Matty volvió a encogerse de hombros. Y todavía con mayor languidez de la habitual.

—Si la gente quiere conocer mi historia, ¿por qué no voy a contársela? Otras mujeres pueden sentirse inspiradas para abandonar una situación doméstica como la mía antes de que sea demasiado tarde. Yo lo dejé para demasiado tarde y mira qué me pasó. Una historia que sirva de advertencia es justo lo que se necesita, ¿no te parece?

Geraldine sabía que no podía justificar nada, así que dejó pasar el tema. Pero se quedó en el aire flotando entre ellas y creó una atmósfera densa. Geraldine decidió

cambiar de tema.

—Ahora también voy a representar a Susan Dalston, ¿lo sabías?

Matty palideció y se quitó el pelo de la frente en un movimiento que Geraldine ya sabía que significaba que estaba enfadada.

—No. Nadie se molestó en iluminarme sobre tal hecho. Y quien menos, mi propia letrada.

—Vamos, Matty, cálmate. Tengo muchos clientes, ya lo sabes. Y siempre me ocupo de las mujeres con problemas. Que es exactamente lo que es Susan Dalston. Sus hijos la necesitan. Y ella los necesita. Si alguna vez hubo una mujer que no tendría que estar encerrada, esa es Susan Dalston. Lo digo porque se trata de un caso de abusos continuados de la peor especie. Lo sé y puedo demostrarlo. Sacarla a la calle para que vuelva a casa. Estoy deseando hacerlo. Me cayó bien desde el primer momento.

Matty no respondió.

Estaba escuchando los ruidos de fuera. Era la hora de visitas y se oían las charlas de maridos y novios, de hijos y madres. Desde que estaba presa ella solo había tenido una visita que no fuera de consulta legal y había sido una visita de la que hubiera prescindido perfectamente.

—Antes de que se me olvide, una mujer me llamó para preguntarme por ti. Ángela no sé qué. Pero luego no apareció. ¿Sabes de qué puede tratarse?

La expresión de Matty no cambió. Sabía que Geraldine había introducido ese tema deliberadamente para evaluar su reacción.

—Tal vez fuera una periodista. No conozco a ninguna Ángela así de pronto. Por qué, ¿parecía importante?

Había vuelto la expresión de inocencia. Geraldine se encogió de hombros.

—No. Es solo que me pareció raro, nada más. Pensé que igual era alguien que podía ayudarte.

—La única persona que puede ayudarme eres tú, Geraldine. Tú eres todo lo que tengo.

—Además de los grupos de mujeres y las feministas. No olvidemos eso.

Matty miró un punto por encima de su cabeza.

—Oh, ¿ellas qué saben en realidad? La importante eres tú, ¿no? Sin ti habrían dejado que me pudriera aquí dentro. No, todo esto es gracias a ti, Geraldine. Es algo que no se puede decir con palabras.

Tuvo la clara impresión de que Matty se reía de ella y comprendió que no podía hacer absolutamente nada para evitarlo. Todo el mundo tenía derecho a un juicio justo, sin que importaran los sentimientos personales de su defensor. En el fondo Geraldine sabía que la liberación de Matty podía ser el pistoletazo de salida para que un montón de mujeres fueran juzgadas con verdadera justicia por delitos que se habían visto forzadas a cometer. Las Susan Dalston y tantas otras como ella. Entonces, ¿cómo es que no sentía simpatía alguna por aquella mujer? ¿Por qué tenía

la impresión de que cometía un grave error al representarla? Todos los demás encontraban maravillosa a Matty, la clienta soñada, inteligente, ingeniosa, elocuente, muy atractiva.

Pero en su interior estaba segura de que Matilda Enderby era una perra asesina a sangre fría. Geraldine volvió a sentirse deprimida.

Matty siempre le producía ese efecto.

Susan vio a su hija y a su amiga esperándola sentadas en la deslucida sala de visitas y sonrió como el gato de Cheshire. Roselle la abrazó hasta que la funcionaria las obligó a separarse. Se sentaron ante la mesa, un tanto tambaleante, y Wendy fue a buscar cafés y una Coca-Cola. Así que tenían unos momentos para estar ellas dos a solas.

—Estás fantástica, Roselle, puñetera. Realmente estupenda. Y ni un día más vieja. La voz de Susan sonaba llena de admiración.

—Pues tú tampoco estás nada mal, chica. Has perdido la mitad de peso.

Susan suspiró.

—Esto es mejor que una clínica de adelgazamiento. Ojalá me hubieran encerrado hace años, nunca me hubiera puesto tan puñeteramente gorda.

Pero estaba encantada con el cumplido y se le notaba.

—Ahora solo peso sesenta y cinco kilos. Jesús, me siento como Twiggy.

Los finos rasgos de Susan podían apreciarse de nuevo y aunque nunca hubiera sido guapa sin duda era atractiva y eso dejó a Roselle absolutamente encantada.

—¿Cómo has encontrado a Wendy? —preguntó a su amiga con ansiedad.

—Mucho mejor. Creo que saber que tú puedes que vuelvas a casa ha sido una buena ayuda. Oh, he oído habladurías de que lo de la adopción lo aceleran —Roselle levantó la mano para callar a Susan antes de que empezara a hablar—. Geraldine se ocupará de eso, el hecho de que siempre fueras una madre extraordinaria forma parte del proceso para conseguir que salgas. Así que deja de preocuparte. Yo tengo la pasta que hace falta para retener eso en el juzgado hasta el año dos mil si hace falta.

Susan sintió que se relajaba.

—Eres una buena amiga, Roselle, no sé lo que habría hecho sin ti. Aunque solo sea eso, por lo menos Barry me dio unos cuantos hijos y también a ti y lo demás, aunque sea de un modo raro, ¿verdad?

Roselle la cogió de la mano y se la apretó.

—Y a mí me dio a ti y a través de ti a Wendy. Y ahora os quiero tanto a las dos que para mí sois algo más que familia. Excepto por mi Joe, por supuesto.

—Por supuesto. ¿Cómo está?

Roselle puso la directa para hablar de su hijo y de sus méritos y Susan la escuchaba embobada. Su copa se desbordaba. Ver a Roselle en carne y hueso lo compensaba todo, tanta era la fuerza de su amistad.

Algunas de las mujeres de la sala de visitas contemplaban incrédulas a Susan

Dalston y Roselle Digby. Susan no sabía lo conocida que era Roselle y ahora se daba cuenta de por qué su amiga no había querido visitarla antes. Despertaba una enorme curiosidad en todas. Una cara bien conocida a la que nunca le había caído ni siquiera una multa de aparcamiento. Con frecuencia la llamaban la mujer de Iván, a pesar de que entre ellos hacía ya años que no había nada.

Susan disfrutaba muchísimo con el revuelo que creaban.

—Demonios, si lo hubiera sabido te hubiera hecho venir a visitarme antes. En este sitio viene bien cualquier clase de ayuda que puedas obtener.

Una interna se detuvo junto a la mesa y saludó con un gesto a Susan y a Roselle. En ese momento Wendy llegó con el café y dijo encantada:

—En la barra todas están hablando de vosotras dos. Y dicen cosas buenas, por supuesto.

Roselle dio un sorbo al café y sonrió.

—¿Crees que se atreverían a decir otra cosa? —luego, cambiando bruscamente de tema, preguntó a Susan la cuestión más acuciante—: Entonces, ¿qué piensa de Geraldine O'Hara?

—Creo que es fantástica, Roselle. También se ocupa de Matty, mi compañera de celda.

—Así tendréis más cosas en común. Geraldine parece pensar que lo de sacarte de aquí es algo más que seguro.

—Sí, bueno, esperaré a ver. Pero hasta yo tengo un buen presentimiento. Aunque no me atrevo a emocionarme demasiado. Aquí dentro eso es fatal. Tienes que pensar que puede pasar lo peor. Cualquier cosa más allá o por encima de eso, es un premio.

Wendy escuchó atentamente a las dos.

—Diles la verdad, mama. Soltémosla de una vez por todas.

Susan miró a su hija y dijo muy rígida:

—Ya tendrán verdad suficiente, amorcito, les dará para una vida entera. Y no nos hace falta meterte a ti en nada de esto.

Wendy la miró a la cara.

—Sigues sin enterarte, ¿verdad, mami? Puede que yo necesite que se cuente la verdad para que la gente pueda entenderme un poco mejor. Y así pueda entenderme yo misma. Intentar encontrarle un poco de sentido a mi vida.

Susan contempló aquella preciosa cara tan preocupada y le dijo seria:

—No hay ningún sentido que encontrar, amorcito. Te viste metida en algo que tú no podías controlar. Lo sé porque yo me vi metida en lo mismo durante años. Tu padre utilizaba a la gente y a las cosas. Ahora lo veo. Estoy tumbada en esa litera cada noche y me pregunto cómo es que le dejé tener tanto poder sobre todas nosotras. Era una puñetera idiota. Tendría que haberme avivado años antes. Que se cociera en su propia salsa. Pero no lo hice nunca. Me senté a esperar. Y para qué, ¿eh? Para esto. Así que ahora, si se te ocurre abrir la boca es como si me lo echaras todo otra vez a la cara. Tenlo presente, amorcito.

Wendy se quedó mirándola un buen rato.

—Pero ahora no se trata de ti, mama. Hasta yo puedo verlo. Esto trata de la culpa, de quién hizo esto y quién hizo aquello. Bueno, pues yo tengo que asumir mi parte de esa culpa. Tengo que empezar a asumir la responsabilidad de lo que hice.

Roselle observaba a la madre y a su hija ya casi adulta y estaba asombrada de cómo reaccionaban mutuamente. Era como si fueran a pelearse.

—Tranquilas las dos.

La voz interrumpió el estudio que se hacían la una a la otra.

Susan se inclinó hacia delante en la silla y le dijo apretando los dientes:

—No se lo vas a decir a nadie, ¿me oyes? Si lo haces te llamaré mentirosa. Diré que lo dices solo para que yo pueda irme a casa y seguro que me creen, colega. Ya lo creo que sí.

Algo estaba pasando y Roselle no estaba segura de lo que era.

—¿Es que no tengo bastante con lo que apechugar con Rosie y los jodidos Simpson y los deberes de Barry y lo infeliz que es Alana sin que tú empieces ahora con esto? No me hace ninguna falta, Wend. La verdad es que no me hace falta nada de esto encima de todo lo demás.

La voz de Susan temblaba de emoción.

—Eso querría decir un nuevo juicio, toda clase de problemas, así que déjalo estar. Por favor, déjalo estar y luego, cuando vuelva a casa ya lo haré todo bien. Te lo prometo, cariño.

Wendy se levantó de la mesa y fue a la zona de recepción donde estaban los lavabos públicos.

Susan observó la expresión de Roselle y le dijo:

—Esto es entre ella y yo.

Roselle asintió con gesto amable.

—Sí, eso parece. Pero como dijo Geraldine, un juicio a puerta cerrada puede servirnos si a ti también te parece bien. Lo que Barry le hizo a la niña servirá para que te den una sentencia condicional sobre la marcha, y quieras o no quieras oírlo, Wendy necesita mucho ayudar para poder sentirse mejor consigo misma. ¿Es que no te das cuenta de eso, Susan? Esa niña está llena de culpas y remordimientos por lo que pasó. Necesita poner las cosas en orden dentro de ella. Para poder sentirse mejor.

Susan no le contestó. Estaba muy lejos de allí. Había vuelto a su casita y miraba una vez más el cuerpo muerto de su marido.

—Ya no es ninguna niña, Sue. Es una mujer. Barry se ocupó de eso. Y ahora está en tu mano hacerle saber que la respetas como a una adulta. Como alguien que es capaz de tomar sus propias decisiones. Fue a ella a la que le pasó, Sue. Le pasó a ella, no a ti. Tiene que poder ser capaz de arreglarlo por sí misma, si no es como si Barry ganase otra vez, ¿no crees? Como si siguiera controlándoos a todas.

Susan no le contestó.

Le pareció que no podía decir nada.

Volvió Wendy y sonrió cariñosamente a su madre.

—Te echo de menos, mama, y tengo que recuperarme. Pero si tú sigues protegiéndome no podré. Necesito que se sepa la verdad. Necesito que todo el mundo sepa lo que pasó.

—Nadie necesita saberlo, cariño.

Wendy miró directamente a la cara de su madre.

—Aquella noche me dijo que no era suya. Dijo que mi padre era el abuelo. Una vez te pregunté eso y no me contestaste. Necesito saberlo, mama. Necesito saber lo que soy y de dónde vengo. Por muy malo que sea. Nada puede ser peor que sentirme como me siento ahora. Cada día al levantarme, cada mañana que estoy allí tumbada intentando reunir fuerzas para enfrentarme a otro puto día llena de culpa y de odio.

Susan meneó la cabeza. Y cuando habló la voz parecía llegar arrastrada de las profundidades de su ser.

—Barry era tu padre, seguro. Desearía poder decirte otra cosa, créeme.

Wendy asintió.

—Lo pensaba, pero tenía que estar segura. Ya comprendes por qué, ¿verdad?

Susan asintió con tristeza.

—Por supuesto que lo comprendo, amorcito. Por eso quiero que todo se acabe. Para que no tengas que volver a pensar otra vez en lo mismo. Para que no tengas que enfrentarte a más consecuencias que saber lo que sucedió. E incluso eso acabará borrándose con el tiempo, te lo prometo. Yo lo arreglaré, te lo prometo, corazón.

Wendy suspiró con fuerza.

—Puedes intentarlo lo que quieras, pero nada cambiará la verdad, mama. Puedes disfrazarla, decorarla, pero la verdad sigue siendo la verdad digas lo que digas.

Miró fijo a Roselle.

—Yo maté a mi padre. No fue ella. Fui yo. Lo maté con la botella de coñac. Cuando ella llegó a casa ya estaba muerto. ¿No es así, mama?

Susan se quedó mirando la taza de café frío y no respondió.

No había nada más que decir.

Capítulo 31

Roselle, sentada en su piso, bebía una gran copa de coñac. Todavía estaba bajo un estado de *shock* profundo. ¿Cómo es que nunca lo había adivinado? ¿Por qué nunca había supuesto que había sido Wendy la que mató a Barry?

Pero claro, ¿por qué iba a haber pensado eso? ¿Por qué iba a pensarlo nadie? Wendy era una niña, una víctima.

Y ahora aquello las colocaba ante un dilema de proporciones olímpicas.

Si Wendy hacía saber la verdad, y al parecer eso era lo que quería, la muchacha podía quedar en una posición muchísimo peor de lo que se imaginaba. La encerrarían como estaba encerrada su madre, pero en su caso detenida indefinidamente a discreción de la Corona. Era demasiado joven para ir a juicio y demasiado joven para ir a la cárcel, de manera que la meterían en algún centro de seguridad en cualquier parte.

Detención indefinida.

Roselle fue hasta el dormitorio y se quedó mirando a la niña que dormía. Era como si admitir lo que había pasado le hubiera quitado de encima a Wendy el peso del mundo entero. Ahora se la veía visiblemente más relajada.

Hasta la señora Eappen había notado algo y había permitido que pasara la noche en el piso sin poner demasiadas dificultades. Por primera vez en lo que parecían ser años la señora Eappen no tenía Dalstons en su centro. Los otros tres pasaban la noche con su tía. Roselle había notado el alivio en su voz al contárselo y había sonreído comprensiva.

La vieja bruja andaría ahora hablando de todos ellos, porque era como si fueran el único tema de conversación que tenía aquellos días. Los hijos de la asesina.

¿Qué pasaría si descubría que quien de verdad había perpetrado el crimen era la hija? Se quedaría encantada.

Roselle dio otro sorbito a su coñac.

Pobre Susan, todo aquel tiempo inocente. Metida en la cárcel, teniendo que oír toda aquella mierda y sabiendo que no tendría que estar allí. ¿Sabía Wendy de verdad lo que su madre había hecho por ella? ¿Lo que había evitado que le sucediera a su hija? Roselle hubiera hecho lo mismo por su hijo, estaba segura. Pero no podía creer que Susan no le hubiera hecho nunca la menor insinuación al respecto.

Además, Susan era astuta. Sabía que una vez comunicado un secreto, el secreto perdía su misterio y hacía que fuera más fácil revelarlo de nuevo una vez y otra y otra.

Temían que pasara lo mismo con Wendy. Ahora que por fin alguien había soltado la verdad, ¿sentiría la necesidad de gritarlo a los cuatro vientos? Roselle volvió al salón y telefoneó a Iván.

—Necesito un número, lo antes posible.

Sonrió al teléfono y dijo educadamente:

—Naturalmente que sé la hora que es, Iván. ¡Pero esto es una emergencia, joder!

Cuando volvió a colgar se instaló en el sofá y encendió un cigarrillo. Aquella iba a ser una noche larga de narices.

Susan estaba tumbada en su litera. Muy agitada. Wendy lo había revelado todo. A pesar de que confiaba en Roselle, el hecho es que la historia ya había salido a la luz. Y una vez contada la verdad podía volverse una cosa terrorífica. Algunas veces podía hacer mucho más daño que las mentiras.

Eso lo había sabido toda su vida. Su padre y su madre se lo habían enseñado bien. Se puso un brazo sobre los ojos y suspiró.

Matty se bajó de su litera y se puso de rodillas junto a ella.

—Creía que ahora no me hablabas, Matty. Apenas si has dicho una palabra desde que volví de la visita.

Matty no le contestó de inmediato y Susan podía ver sus ojos brillantes e iluminados en la semipenumbra.

—¿No te basta con quitarme a mis amigas, también quieres llevarte a mi letrada? Eso es lo que he ganado por ser buena contigo, por ser tu amiga.

La voz de Matty sonaba tan baja y dulce que Susan se preguntó si la habría oído correctamente.

—Cuando pienso en lo que tengo que aguantar aquí dentro, compartiendo una celda con alguien a quien ni siquiera emplearía para limpiarme la casa. Y sin embargo se espera de mí que te ayude, que sea amable contigo. Así que te protejo bajo mis alas, intento ayudarte y resulta que eres justo igual que todas las demás. Alguien que te utiliza, una ignorante que te utiliza.

—¿Que tú qué? ¿De qué me estás hablando?

Era la última cosa que Susan Dalston necesitaba esa noche.

Matty sonrió.

—Oh, conozco bien tu juego —dijo—. Conozco a las personas como tú, Susan. Sois los aprovechados de este mundo. Yo te doy mi amistad y entonces tú, como todas las demás, abusas de ella. La utilizas para tus propios fines. Pero esta vez no te saldrás con la tuya. Esta vez cortaré el asunto de raíz. Te mataré antes de dejarte que me quites todo lo que tengo.

Susan no le contestó. Notaba que tenía algo frío apoyado en la garganta y supuso que era alguna clase de arma.

Pero ahora Matty parecía hablar para sí misma.

—Todo el tiempo... —dijo—. Tengo que hacerlo yo todo. Porque si no, nunca se hace nada, ¿verdad? Eres igual que Ángela, igual que mi madre, igual que Víctor. Sin mí ninguno sois nada de nada.

Susan la escuchaba. A lo lejos se oían las pisadas de una funcionaria que hacía la ronda de noche. Muy pronto se abriría la mirilla y un ojo miraría el interior

asegurándose de que todo estaba en orden.

Solo que no lo estaba aunque Susan no estaría en condiciones de decírselo.

—Víctor cometió el mismo error... Hablar de mí a la gente. Contarles cómo había cambiado. Pero yo no había cambiado, ni un ápice... Solo dejé de fingir. De fingir que todo era tan fantástico, que le quería. Que me importaba algo. ¿Puedes imaginarte lo difícil que era, Sue? —continuó—. ¿Fingir que me interesaba por un hombre alto, feo y aburrido? Un hombre cuya conversación era tan insulsa que me costaba trabajo mantenerme despierta. Y a veces bostezaba en sus narices. Bostezaba justo en sus narices y él fingía no darse cuenta. Y ahora tengo que ocuparme de ti. La mujer a la que convertí en mi amiga, o en lo más próximo a una amiga que he tenido nunca. Iba a hablarle a Geraldine en tu favor, pero tú te moviste a mis espaldas, ¿no es cierto? Te moviste a mis espaldas para quitármela. Ahora ya no le gusto por tu culpa. Hoy pude notarlo, noté que ya no le intereso. Que la ponía incómoda, sabes, porque ella se ve a sí misma en mí. Igual que os pasa a todas.

Se abrió la mirilla y alguien preguntó en voz baja:

—¿Todo bien por ahí?

Matty puso una sonrisa radiante.

—Estábamos charlando. No podemos dormir.

Se cerró la mirilla y los pesados pasos se alejaron.

Susan no podía respirar. Tenía miedo de hacer cualquier ruido por si Matty volvía a dispararse.

Pero la otra mujer seguía quieta, quieta y silenciosa. Después de un buen rato habló de nuevo con la misma voz pausada y cantarina.

—Y ahora Ángela ha vuelto a aparecer y yo aquí encerrada no puedo hacer nada. Quiere todo lo mío, como de costumbre. Todo lo que tengo. Siempre lo quiso. La gente me ve como un medio ideal para progresar en el mundo. Incluso de niña la gente me veía como alguien especial. Así que me ocuparé de Ángela, ya tengo planeado cómo ocuparme de ella. Lo que nos deja solo contigo, ¿no es cierto?

Susan estaba aterrada. Sabía que Matty era capaz de cualquier cosa.

—¿Pero qué vas a hacer?

Matty sonrió, una amplia sonrisa cordial que iluminó su bonita cara incluso con aquella luz tan tenue.

—Voy a matarte, por supuesto. ¿No es lo que hago siempre?

El timbre insistente del teléfono arrancó a Geraldine de su sueño. Descolgó el auricular y lanzó un susurro cansado. Al oír la voz de Roselle, bien despierta y excitada, se incorporó y se sentó en la cama.

—¿Cómo diablos has conseguido el teléfono de mi casa?

Roselle se rio educadamente.

—Te sorprenderías de lo que puedo conseguir cuando quiero. Voy a darte mi

dirección y será mejor que vengas a mi piso inmediatamente. Y antes de que digas nada, esto no puede esperar a mañana por la mañana y cuando sepas lo que es te alegrarás de que te haya llamado. Puedes creerme.

Diez minutos más tarde Geraldine cruzaba Londres. Estaba intrigada, estaba cansada y sobre todo estaba fastidiada.

Wendy salió de su cuarto. Se la veía tan adulta allí de pie a la luz del pasillo, y tan parecida a su padre, que Roselle no pudo articular palabra.

—¿Esa era la abogada? ¿La abogada de mi mamá?

Roselle asintió.

—Bien. ¿Puedo hacerme un café, por favor?

Roselle asintió otra vez.

Ahora aquella niña era una mujer en todos los sentidos de la palabra. ¿Alguna de ellas lograría controlarla? ¿Podrían impedirle hacer cualquier cosa que quisiera hacer?

De algún modo Roselle lo dudaba.

Jamesie entró en la casa por la gatera. Si forzaba el brazo para pasarlo y tiraba hacia arriba conseguiría quitar el cerrojo de la puerta de atrás. Era una cosa que nunca le había explicado a Debbie porque siempre había tenido la sensación de que era algo que algún día tendría que utilizar. Y como de costumbre, tenía razón.

Al cerrar la puerta sin hacer ruido sonrió para sus adentros. Aquello le daría a esa gorda algo por lo que gritarle. Al darse la vuelta vio a un niño plantado junto a la puerta de la cocina.

Jamesie movió la cabeza indignado. No se habría atrevido a...

Cruzó la cocina, demasiado enfadado para preocuparse por el ruido y encendió la luz.

—Hola, ¿tú vives aquí?

Barry se había olvidado de él, se había olvidado de quién era.

—¿Dónde está tu tía Debbie?

Una voz grave le contestó y el sonido de esa voz le cambió la cara.

—Está aquí dentro conmigo, tronco. Te oímos llegar por atrás. Hemos montado una fiesta de bienvenida para recibirte.

La voz de June sonaba tan estridente como siempre.

Jamesie cerró los ojos desesperado.

Al entrar en la sala creyó que se había equivocado de casa. La habitación parecía un basurero. O lo más parecido a un basurero que Debbie permitiría que estuviera. En realidad se veía un sitio animado. Allí estaban los tres críos, el pequeño Barry se había refugiado en el regazo de su tía.

—¿Qué te trae por aquí de vuelta? Carol te ha dado la patada, ¿no es eso? —preguntó June.

Jamesie no le contestó y Debbie soltó una carcajada.

—Me parece que ahí has dado en el clavo, madre. Bueno, Jamesie, me temo que se te ha acabado la suerte, colega. Este sitio está lleno hasta arriba y va a estarlo una buena temporada.

—Esta es mi casa, Debbie. Y yo digo quién entra o quién sale.

June le habló con voz grave.

—Bueno, creo que mi marido, su padre, tendrá una opinión muy distinta sobre el tema. Prefiero advertírtelo de entrada. A Joey lo tenemos más que enfadado por el trato que le has dispensado a su niña. Porque mi Debbie siempre ha sido su favorita. Y aunque le ha ido ocultando muchas cosas tuyas, ahora ya no.

Jamesie notó que los dedos helados del miedo se le aferraban a la garganta. Miró a su mujer y esta le devolvió la mirada con cara de inocencia.

—No se lo he contado todo a él, deja de preocuparte. Si se lo hubiera contado ya hubieras tenido noticias tuyas, ¿no te parece?

Jamesie giró sobre sus talones y salió de la casa. Todos sabían que nunca más volvería.

June miró a su hija y se echó a reír.

—Ya era hora de que tu padre nos sirviera de algo, ¿no? Aunque no sea más que para asustar a los cobardes, viejos y niños.

Todos se rieron. Incluso Rosie.

Alana, siempre alerta ante cualquier oportunidad, dijo en voz alta:

—¿No podríamos tomar un chocolate caliente para volver a estar todos cansados?

—Esta es igual que tú. No deja escapar ni una —dijo June con ternura.

Debbie sonrió.

—Confío en que esta tenga más sentido, madre. De verdad que lo espero.

June miró a su nieta y sintió una chispa de cariño.

—Lo hará. Es buena hija de su madre. Susan será un montón de cosas, pero no es idiota.

Debbie la miró muy seria.

—Pero sí que lo fue, mama, y ese es el problema. Lo fuimos las dos. Pero estos niños no. Yo les explicaré de qué tienen que tener cuidado en la vida para que no cometan nunca las mismas equivocaciones.

June tardó un ratito en contestar. Luego dijo dulcemente:

—Sí, mi amor. Es una buena idea.

A Susan le dolía todo. Llevaba más de una hora en la misma postura pero tenía demasiado miedo para moverse. Matty le apoyaba el filo sobre la garganta sin dejar de hablar.

Susan tenía la sensación de que si no conseguía estirarse un poco pronto se volvería loca.

—Geraldine me llegó por medio de Roselle, Matty. Te lo juro.

La otra negó con la cabeza.

—No me digas mentiras. Estuviste registrando mis cosas, lo comprobé. Y has estado leyendo mis cartas. Eres una cabrona y una falsa.

Susan movió levemente la cabeza.

—Yo nunca te haría eso, Matty, y tú sabes que no te lo haría.

Notó un chorrito de sudor que se le escurría de la frente a la almohada dura.

Matty se rio otra vez.

—Pero es que no serías capaz de resistirte, Susan. ¿Quién iba a poder? Yo te he registrado tus cosas cantidad de veces. Hasta Rhianna me lo impidió. Pero claro, ahora Rhianna te prefiere a ti, ¿no es cierto? Todas las mujeres te prefieren a ti. Y me pregunto por qué será.

Sonaba como desolada.

Susan se apresuró a tranquilizarla.

—No, no es verdad. Todas se burlan siempre de mí, y tú lo sabes.

Notó que la cuchilla se le deslizaba sobre la piel y tragó saliva.

—Me estás cortando, Matty. Lo noto, noto la sangre.

Y así era. Fluía cuello abajo mezclándose con el sudor. ¿Sería posible que su vida fuera a terminar en una celda de la cárcel de Holloway como una víctima más de Matty Enderby y sus fantasías psicóticas?

Geraldine escuchó lo que Roselle tenía que decirle y continuó callada. Cada vez que miraba a Wendy sentía el dolor y el horror de lo que la niña había hecho. Guardar aquel secreto tanto tiempo y luego sacarlo a la luz tenía que haber sido durísimo.

Violada por su padre y a continuación responsable de matarlo. Ver a su madre asumir la culpa. Y todo el tiempo destrozada por dentro, imposible sentirse normal, incapaz de volver a ser una niña.

Geraldine sabía cómo se sentía.

¿Acaso su padre no había sido igual? Excesivamente cariñoso con sus hijas. Tan cariñoso que la madre no las dejaba estar a solas con él en una habitación. Pero aun así no abandonaba a su marido ni la buena vida que ese marido le proporcionaba.

De modo que allí se quedaba y todas tenían que aprender a manejarlo según se iban haciendo mayores y sabían más cosas y dejaban de ver el mundo como un gran juego que su padre practicaba con ellas. Esos juegos terribles eran los únicos momentos en que les mostraba afecto.

O lo que le quedase, en todo caso.

Ahora una de las hijas estaba casada con un hombre muy parecido a él y a la otra le había quedado un odio hacia los hombres que a veces resultaba patológico. Y Geraldine sabía que eso nunca se le pasaría.

—¿Tú qué quieres hacer, Wendy?

Suspiró con fuerza con su bonita cara joven consumida de preocupación.

—¿Qué crees tú que tengo que hacer?

Geraldine dio un buen trago a su café y a su coñac y meneó la cabeza.

—La verdad es que no lo sé. Desde un punto de vista legal tu madre podría salir mañana. Pero eso ya lo sabes. Te cogerán a ti y te encerrarán en vez de a ella. Y tú y yo sabemos las dos que tu madre no ha pasado por todo el calvario que ha pasado para que ahora suceda eso. Yo creo que lo que deberías es contar la mitad de la verdad, explicar lo que tu padre te hizo. Creo que incluso tu madre aceptaría ahora ese arreglo, ¿no te parece? Pero la cuestión es si tú estás preparada para contárselo al mundo.

Wendy asintió con cara triste.

—Todo el tiempo que está allí encerrada lo sufro. Cada día, cada hora, cada minuto. He ido viendo cómo diezmaban a la familia. Acepté todo lo que la señora Eappen y los suyos querían echarme encima. Intenté cuidar de los otros pero dentro de mí lo que quería era tumbarme y morir. Ya no puedo aguantar mucho más. Cada acción amable me hacía sentir peor, cada palabra amable me hacía sentirme una estafadora, quiero contárselo a todo el mundo y acabar. Dejar de parecer tan buena porque he sido una persona horrible. Una persona horrible que asesinó a su padre con una botella vacía y luego dejó que su madre se llevara el castigo. Una madre de cuatro hijos que se quedaron sin ella necesiéndola más que ninguna otra cosa en el mundo porque esa madre es lo único que han tenido en la vida.

Dijo esas palabras de un modo sencillo y sin emoción. Porque era la verdad.

—Si hablas, se lo volverás a echar todo encima, Wendy. Y tú sabes que eso es verdad. Haz lo que dice Geraldine. Cuéntales lo que condujo al asesinato y deja fuera el resto —le rogó Roselle.

—La sentencia de mi madre fue por culpa de lo severo del ataque. Destrozó la cabeza del papa porque yo le había mordido y arañado, esa fue la única razón. Por las pruebas forenses. No hubo otra razón. Si hubiera telefonado a la poli en el mismo momento no hubiera sucedido ninguna de las otras cosas. Yo lo sé y vosotras dos también.

Geraldine empezaba a enfadarse y se le notaba.

—Escucha, Wendy, tu madre lo hizo para impedir que te encerraran a ti y yo me inclino a estar de acuerdo con lo que hizo. Creo que actuó por puro instinto, buscando lo mejor para ti como siempre había hecho. Así que ahora no puedes volver a echárselo encima, después de lo lejos que ha ido todo.

Wendy miraba al suelo. Movía el dedo gordo del pie por los nervios y aquello hizo recordar a Geraldine y a Roselle que todavía era una niña, por mucho que hubiera tenido que crecer.

Se quedaron todas calladas sumidas en sus pensamientos.

Finalmente, habló Roselle:

—Venga, mi amor. Solo lo suficiente para sacar a tu madre y que todo quede así.

Hazlo por Susan.

Susan notó que el acero se deslizaba más profundamente en su piel. Echó un puño para atrás y lo lanzó contra Matty con toda la fuerza que logró reunir para quitársela de encima. Lo que no era mucho decir en los reducidos límites de la celda.

Matty chocó con fuerza contra el ropero, haciendo que las puertas se abrieran y todo su contenido cayera al suelo. Servía de armario, tocador y estantería. Se le vino encima y desapareció bajo los libros, ropa y utensilios diversos.

Susan se levantó de la litera. Vio que Matty se levantaba al mismo tiempo, y oyó en el corredor los pasos de la celadora que acudía a ver qué pasaba.

Las peleas dentro de las celdas se permitían a veces si no era probable que las mujeres tuviesen cuchillos. Las funcionarias no estaban demasiado dispuestas a verse envueltas en disputas particulares. Pero si ocurría un incidente en el cual alguien sufriese heridas serias se montaba inmediatamente una investigación. Así que al oír el estruendo en la celda de Enderby acudieron más rápido de lo habitual.

Matty estaba de pie y oscilaba con fuerza de lado a lado. Lanzaba estocadas con una cuchilla. Se precipitó hacia Susan y le puso la hoja en la cara e intentó herirla con todas sus fuerzas.

—Te voy a matar, Dalston. Te rajaré la cara entera y miraré cómo te mueres. Igual que miré morir a Víctor.

Susan estaba aterrorizada. En la penumbra Matty tenía una cara enloquecida y se la veía perfectamente capaz de cumplir su amenaza.

Susan aferró a Matty por la garganta y medio la arrastró y la empujó contra las literas lanzándole patadas mientras el filo de la cuchilla se movía peligrosamente cerca de sus ojos y de su cuello. Echó la cabeza para atrás y le dio un cabezazo con todas sus fuerzas entre los gritos de la mujer.

Incluso cuando la nariz de Matty se quedó aplastada con el golpetazo, Susan notó que sus dedos la arañaban y que la cuchilla de su mano derecha le hacía un corte en la oreja y le daba todavía más fuerza y más adrenalina. Susan se dio cuenta de que Matty estaba ida, completamente ida.

Tenía los ojos rojos pero lo que ahora la hacía parecer igual que un demonio era la sangre que seguía afluyendo a ellos.

Gritó:

—Te mataré, Dalston, ya lo verás.

Matty volvió a blandir la cuchilla a la altura de la cara y el cuello de Susan. Pero ahora se reía a carcajadas.

—Estás muerta, Dalston —dijo.

Susan volvió a lanzarle un cabezazo. Y esta vez tuvo la satisfacción de ver a Matilda Enderby caer redonda al suelo.

Cuando se abrió la puerta de la celda Susan sintió una gran oleada de alivio. Pero

Matty se levantaba de nuevo. El filo de la cuchilla se le había clavado en una mano pero aún no sentía nada, ningún dolor. Se lanzó otra vez contra Susan enseñando los dientes como una fiera. Era una auténtica masa de sangre y energía.

Las celadoras vieron asombradas cómo Susan tomaba impulso con su puño carnosos y lo estampaba contra el rictus sonriente de la cara de Enderby.

Finalmente, tras lo que pareció un siglo, Matilda Enderby cayó fuera de combate. Y aun así todavía consiguió aguantarse sus buenos diez segundos de pie antes de derrumbarse en el suelo. Nadie se acercó a ella. El miedo era evidente en todos los rostros.

Susan miró a las funcionarias y les dijo resollando:

—Os habéis tomado vuestro tiempo, joder.

June ayudó a volver a meter a los niños en sus camas. El pequeño Barry estiró los brazos pidiendo un beso y June vaciló, luego sonrió, y lo abrazó para notar aquel cuerpecito robusto contra el suyo. Una sensación maravillosa.

—Te quiero, yaya.

A June se le llenaron los ojos de lágrimas. Por fin había comprendido el cariño de los niños. Quizás hubiera debido tener hijos varones. Siempre prefirió a los machos.

—Y yo te quiero a ti, hombrecito —las palabras le salieron instintivamente.

—Pero yo quiero más a mi mama.

June sonrió.

—Por supuesto que sí, socio —dijo—. Y ahora, a dormir.

Cuando salió de la habitación se encontró a Debbie fuera.

—Son encantadores, ¿verdad, mama?

June asintió pero no respondió nada. Estaba demasiado perpleja para decir algo.

—Si Susan sale todo esto se nos acabará, te das cuenta, ¿verdad?

Debbie suspiró cansada.

—Ya lo sé, mama. Pero aunque no vaya a tenerlos mucho tiempo por lo menos me conocerán. Sabrán que aquí tienen un segundo hogar cuando lo quieran.

June se la quedó mirando.

—¿Sabes una cosa, Debbie?

Dijo que no con la cabeza. Y preguntó:

—¿Qué es?

—Que eres una persona estupenda, la verdad.

Dijo aquello con gran asombro. Debbie se echó a reír pero June se dio cuenta al instante de que no le devolvía el cumplido.

Susan estaba sentada en su litera y temblaba. Con la puerta abierta de par en par hacía mucho frío. La celadora de noche, Lesley Gardiner, le llevó una taza de té caliente. Y

también le echó una manta sobre los hombros.

—Estás tiritando. Las enfermeras estarán aquí en un momento, todavía tienen que atender a Matty.

Susan asintió en silencio.

—¿Le pegaste muy fuerte?

Susan miró a la otra mujer a la cara y le dijo con aspereza:

—¡Pues claro que le pegué fuerte, joder! Me tenía puesto un cuchillo en la jeta, ¿sabes?

La funcionaria suspiró y volvió a empezar.

—¿Cuántas veces la golpeaste?

—Bueno, es gracioso, ¿sabes?, pero no las conté. Estaba demasiado ocupada intentando impedir que me matara. ¿Por qué?

La funcionaria alzó las cejas.

—Recuérdame que nunca te cabree, Susan Dalston.

—¿Es que está mal?

Gardiner sonrió con sonrisa triste.

—Digámoslo de este modo, estaba inconsciente y ninguna pudimos encontrarle el pulso. Así que diría que estaba bastante mal, ¿no te parece?

Susan tragó saliva para quitarse el miedo.

—Escucha, la tenía en el pescuezo, allí despotricando y disparatando con toda su carga de mala leche. Tiene la cabeza bastante mochales, eso ya lo sabes.

Gardiner tomó un sorbo de su té y compartieron un cigarrillo.

—Bueno, mi voto ya lo tienes. Pero después de que te echen un vistazo te tocará irte al hoyo. Por lo menos hasta que hagan una investigación como Dios manda.

Susan estaba aterrorizada. Aquello era lo último que necesitaba.

Roselle entró en el dormitorio y estrechó a Wendy a través de la ropa de cama.

—¿Ya estás bien?

Wendy asintió. Tenía la cara más tranquila, volvía a parecer una niña.

—Me encuentro mucho mejor solo de haberlo hablado. Me he pasado despierta tantas noches y tanto tiempo viéndolo a él. Y luego me veía pegarle con la botella. El ruido, Roselle, fue un ruido espantoso. Como un crujido. Cada vez que me acuerdo de eso, me pongo mala. Y luego pienso en la abuela Kate y en la cara que puso cuando se dio cuenta de lo que mi padre me había hecho. Aquel asco en cada movimiento de sus manos y de sus ojos. Me sentí fatal. Me hizo beber un poco de *whisky* y me bañó. Me frotó de la cabeza a los pies. Y luego llegaste tú, mucho más tarde, cuando ya me estaba durmiendo y me llevaste a tu casa contigo. Y estaba contentísima de ir. Para ella era terrible verme y que le recordara lo que había puesto en el mundo. Y luego mi mamá hizo lo que hizo —continuó—. Cuando me enteré, al principio me sentía tan agradecida, la verdad. Y quería escaparme de todo aquello.

Pero es imposible guardarse las cosas dentro para siempre, Roselle, no importa lo mucho que quiera guardarlas. No se puede guardar las cosas bajo llave.

Roselle le dio un beso en la frente.

—Me parece que tú sabes más de eso que yo, cariño. Yo estaré siempre de tu parte.

—Mi mama es incapaz de hacerle daño a nadie. Ni siquiera a mi papa. Pero es la número uno del mundo en hacerse daño a sí misma.

Susan estaba sentada a oscuras en su celda de aislamiento. Sabía que ahora iba a ser incapaz de dormir. Estaba demasiado nerviosa.

No tenía la menor intención de hacerle daño a Matty Enderby, ni la más mínima, pero sí que se lo había hecho.

Susan cerró los ojos y suspiró.

Todo era otra vez como cuando Barry, no sabía qué hacer ni qué pensar. Sería irónico si ahora finalmente que tenía la oportunidad de salir la empapelaban por asesinato u homicidio.

La vida era una auténtica zorra, ciertamente.

Pero sabía que Gardiner la creía; todas las boquis sabían perfectamente que Matty no estaba en sus cabales y además ya había ido a por Sarah.

La mente de Susan iba a toda velocidad.

Pero Sarah se había comido el marrón por aquello. Había pagado. ¿Qué iba a hacer ella?

Caminó arriba y abajo por la celda con la sensación de que las paredes se le iban viniendo encima. Si Matty moría cualquier esperanza de salir de aquel sitio habría desaparecido.

Susan se dejó caer al suelo y lloró muchas lágrimas amargas. Otra vez a la casilla número uno. Otra vez al mismo sitio donde empezara. En una celda, a solas, preguntándose qué demonios hacer.

Tenía la impresión de que en algún lugar Barry se reía de sus desdichas.

Matty abrió los ojos y vio un resplandor de luz blanca y sintió un dolor lacerante en la cabeza.

Un médico joven estaba inclinado sobre ella. Olía a loción de afeitarse y a tabaco.

—Por lo menos sigue estando con nosotros.

Tenía una voz profunda y sorprendente teniendo en cuenta su edad. Representaba unos veinte años.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Qué ha pasado?

El doctor no le contestó. En vez de eso, cogió su tableta y volvió a comprobar los

gráficos.

Matty cerró los ojos y volvió a sumirse en el sueño.

El joven doctor del pabellón psiquiátrico sacudió la cabeza desanimado. Aquella mujer ya había acabado con dos enfermeros y un celador, había destrozado la sala de tratamiento y a él le había mordido y arañado. Tenía que ser precisamente la noche que estaba solo de guardia cuando tuviera un ataque realmente violento. Habían hecho falta dos inyecciones enteras de Librium para calmarla lo bastante como para poder colocarle las correas de seguridad.

Deseó que hubiera permanecido inconsciente y que la mujer que la había dejado fuera de combate la primera vez trabajara en aquel pabellón.

Dios sabe qué hubieran podido hacer con ella.

Lo último que quería era ver a Matty Enderby levantada y circulando otra vez. Ya había hecho suficiente daño.

Capítulo 32

Todo el ala estaba en silencio. Del techo colgaban los adornos de Navidad que daban al triste edificio un aire festivo. Al fondo sonaba suavemente una radio. Estaba puesta la televisión. Las mujeres rondaban por allí bebiendo café y fumando, hablando en murmullos como con miedo de hacer ruido.

Rhianna, en espera de que la trasladaran después de dictada la sentencia, subió las escaleras hasta la cuarta y se detuvo a la entrada de la celda de Susan.

Notó el aroma del desodorante que utilizaba; miró el cepillo del pelo abandonado sin más sobre la ropa de cama; sonrió al ver las fotos de los niños en la pared. Todo estaba tan desordenado como de costumbre.

Echaría de menos a Susan, la extrañaría de verdad. Pero eso no le importaba. Lo que le gustaría era verla fuera, como todas. Todas las mujeres de allí, de las internas a las funcionarias. La única cosa que quedaba de Matty eran sus carteles. Al parecer no los quería en Broadmoor, al parecer allí tenía material suficiente para estar feliz.

Rhianna todavía tenía alguna noticia de ella ocasionalmente, cartas incoherentes llenas de amenazas veladas y promesas de amistad eterna. Esta vez Matty estaba realmente ida, había perdido toda capacidad de distinguir lo real de lo imaginario. Por aquellos días vivía a base de Depixol y sueños.

Al parecer, tenía paranoia. Cada vez que oía eso, a Rhianna le daba la risa. Todas estaban paranoicas, eso es lo que te hacía la cárcel.

Cerró la puerta de la celda y volvió a bajar lentamente las escaleras. Se dio cuenta de que llevaba los dedos cruzados y sonrió dejando ver sus dientes perfectos. Una celadora que pasaba por el corredor de debajo la miró desde allí y se encogió de hombros. Todavía no había noticias.

Pero no podía esperar. Después de todo, allí cada mujer tenía el tiempo en sus manos. Todo el tiempo del mundo. Y la mayoría de ellas llevaban esperando toda la vida.

June y Joey estaban en el *pub*. June había bebido más de lo debido a esas horas del día, pero estaba de buen humor.

A Joey se le veía viejo. June lo había visto con claridad por primera vez en muchos años, y lo observó en serio y se dio cuenta de que se le veía estropeado. Llevaba la vida escrita en todas las facciones y en el cuerpo, desde la barrigota cervecera a los carrillos colorados que cruzaba una red de capilares de tanta bebida y tanta puta.

Se sonrió para sus adentros. El pobre Joey ya no podía levantar su pinta en estos días, y no digamos cualquier otra cosa. Hacía poco había tenido un amago de infarto y eso también le pasó factura. Llevaba una semana sin beber y comiendo ensalada, como suena.

Sin embargo, ahora, había vuelto a la bebida aunque «con moderación». Lo miró trasegar una pinta de dos tragos y volvió a sonreír.

Por primera vez desde hacía años June se acordó de su Jimmy. Se le ablandaron los ojos. Tendría que haberlo cuidado mejor, tendría que haberlo conservado. Él había sido su única oportunidad de tener una buena vida. Notó un nudo en la garganta.

La gente seguía pensando que Joey lo había apiolado. La historia era ya parte del folclore local. Incluso los jóvenes que iban y venían le concedían ese crédito, le pagaban una copa, hablaban con él como un igual.

¡Si supieran!

Joey puso una de sus manazas sobre la de ella y le sonrió. Sus ojos, sin embargo, miraban a la nueva camarera, una rubita diminuta con tetas grandes y un ojo bizco. Aunque Joey no se había fijado en la bizquera, por supuesto. Joey nunca miraba a una mujer a la cara hasta habérsela llevado a la cama.

Sin embargo, aquello a June le gustó porque mostraba que había vida aún en el viejo perro. Por mucho que lo odiase, seguía preocupándose por él. Era una costumbre adquirida hacía tantos años que de algún modo nunca había sido capaz de quitarse de encima. Era como fumar. Sabes que al final te mata, pero ¡oh Dios mío, ese primer pitillo del día!

—Me gustaría que se dieran prisa, Joey. Estoy toda nerviosa y aprensiva.

Él se encogió de hombros.

—Deja de retorcerte las bragas. Lo sabremos pronto.

De repente, June se enfadó.

—¡Es nuestra hija, sangre de nuestra sangre!

Joey se tragó el *whisky* con la cerveza y se puso de pie. Quería echarle otra ojeada a las domingas de aquella pájara mientras tuviera ocasión. Porque salía a las dos en punto.

—Eso me dices siempre, Junie, eso me dices siempre.

Se fue tambaleándose hacia el bar, un hombretón grande con un traje demasiado pequeño para su osamenta, con bolsas debajo de los ojos y un gesto tristón en la boca.

June contempló su copa. Qué desperdicio de existencia la que llevaban ellos dos.

Era la tercera vez que durante la última hora Rosie arrastraba por la sala de Debbie el árbol de Navidad plateado que habían comprado en Woolworth's. A los otros niños aquello les daba muchísima risa, pero Debbie estaba perdiendo rápidamente la paciencia.

Rosie se plantó de pie con las manos en las caderas y gritó «¡Mala, Rosie!» tan fuerte como pudo.

Aquello hizo que los otros niños se rieran todavía más y hasta Debbie consiguió encontrar una sonrisa en su interior.

Una parte de ella deseaba que Susan volviera a casa con tanta fuerza que hasta

notaba el sabor. Pero otra parte, aquella antigua parte egoísta, estaba aterrada de las consecuencias que eso tendría. Aquellos niños habían logrado colarse en el mundo de sus afectos en unos pocos meses incluso en su propio cuerpo. Ahora mataría por ellos. Ellos le habían mostrado cómo hubiera podido ser su vida, que era lo que Jamesie estaba disfrutando. Comprendía ahora el gancho con que Carol lo sujetaba. Cada vez que miraba aquellas caritas comprendía de qué iba la vida.

Pero Susan los compartiría con ella, era lo bastante grande de espíritu para hacerlo. O sea, si es que salía.

El pequeño Barry cogió el arbolito y lo volvió a poner en la esquina de la sala. Alana iba recogiendo las bolas y los adornos que habían quedado dispersos por el suelo. Los ojos de Barry se demoraron en los regalos, todos envueltos aún con alegres colores en espera de las manitas que desgarraran el papel para revelar los tesoros ocultos en su interior.

—Esta es la mejor Navidad de todas, tía Debbie.

Barry no sabía lo de la apelación. Nadie había querido darles demasiadas esperanzas, y la que menos su madre.

Alana miró a su tía y sonrió forzosamente, la tensión de la espera se mostraba con intensidad en su carita en forma de corazón. Mucha gente pensaba que Debbie y Alana eran madre e hija. El parecido entre ellas era evidente para todos.

Debbie estrechó a la niña contra ella.

—Todo saldrá bien, mi amor.

Alana la miró muy seria.

—Eso ya lo he oído otras veces, tía Debbs. Yo y todos.

Ahora la cara se le había quedado sin expresión, como si hubiera gastado ya todas sus emociones y estuviera esperando a repostar.

—¿Hago un poco de té?

Debbie asintió.

La radio estaba en la cocina y sabía que era la hora de las noticias. Alana quería escucharlas por si acaso había sucedido algo. Debbie comprobó que el teléfono funcionase por enésima vez en el día. ¿Sonaría alguna vez para sacarlos de su angustia?

Cogió en brazos a Rosie y la abrazó, le besó el abundante pelo rizado y disfrutó con la sensación de su cuerpecito macizo.

Rosie le sonrió también y le devolvió el beso.

Para Debbie todo aquel amor incondicional era algo de lo más embriagador. No estaba nada segura de poder vivir sin él.

Wendy estaba sentada en los escalones del Old Bailey. Contemplaba el ir y venir de la gente, todos con sus propias vidas y sus lugares a los que acudir.

Roselle estaba de pie en la acera y fumaba con furia. Debía de ser el trigésimo

cigarrillo del día. Wendy la vio tirarlo al suelo y pisarlo e inmediatamente encender otro.

Deseó poder fumarse un cigarrillo ella también, pero le había prometido a su madre que lo dejaría y lo había hecho. Aunque hoy el ansia de nicotina era casi insoportable.

Tenía las posaderas insensibles del cemento de los peldaños. Se puso de pie y notó que la sangre volvía a correrle por las piernas y los pies. Le hormigueaban para recordarle que continuaba viva.

Miró hacia donde estaban las cámaras de la televisión y los reporteros tras un cordón de la policía y sonrió. Todavía nadie había adivinado quién era ella, Geraldine se había asegurado de ello. Durante un ratito más seguiría siendo una simple chica atractiva con un bonito traje de diseño, cortesía de Roselle. Todo era cortesía de Roselle. Zapatos, bolso, hasta el corte de pelo. Qué amiga tan maravillosa había sido para todos.

Pronto Wendy se convertiría en la chica violada por su propio padre. La razón por la que su madre le había machacado la cabeza hasta dejarlo irreconocible. Pronto estaría en todos los periódicos. Geraldine la había avisado de eso y todas estaban preparadas.

Por lo menos, creía que estaba preparada.

En cualquier caso, ahora ya estaba hecho.

Lo único que Wendy esperaba es que eso bastase para que su madre pudiera salir y volver a casa y ocuparse de su vida y de las vidas de sus hijos. Otra vez. Que volviera a su sitio, que nunca habría tenido que dejar. Había sacrificado a todos sus hijos por una sola. Wendy recordaría aquello toda su vida. No importa lo que dijera la señora Eappen o cualquiera de ellos.

Su madre valía más que cien señoras Eappen. Más que mil. Su madre era una heroína y para Wendy lo sería siempre, pasara lo que pasase hoy. Lo único que esperaba es que el resultado fuera el que todos deseaban. Porque de otro modo, Wendy Dalston no estaba segura de poder seguir viviendo en su propio pellejo. Ya había sido suficientemente duro hasta ahora.

No estaba segura exactamente de qué pasaría si mantuvieran a su madre encerrada, y había bastantes probabilidades de que así fuera, incluso a pesar de la opinión pública y los grupos de mujeres que esperaban todas allí fuera con sus pancartas y sus trajes de Monsoon.

En particular, los hombres parecían considerar la muerte de su padre algo más siniestro que un asesinato corriente. Y eso era a causa de la destrucción de su cabeza. Lo de golpear a alguien con un martillo más de cien veces parecía obra de maníacos.

Pero Geraldine había argumentado que fue porque Susan Dalston no estaba en sus cabales en aquel momento. Conmocionada por la violación de su hija había querido hacer desaparecer de la Tierra a su marido.

Los periódicos iban a hacer su agosto con la noticia. Desaparecería Barry

Dalston, el granuja simpático, y en su lugar aparecería el hombre tal como era: perdulario, violento, un degenerado que había destrozado la vida de su hija.

Geraldine se había ocupado de ello.

Había rascado cuanto había podido para sacar cosas sobre él y lo había convertido en un relato de lo más desagradable. Los tabloides creían morir e irse al cielo. Y ahora toda la prensa quería que su madre saliese.

Wendy confiaba en que lograsen lo que querían. Ahora necesitaba a su madre más de lo que nunca la había necesitado.

Susan estaba decepcionada con su celadora, una mujer mayor de pelo gris oscuro y dientes salidos. Era una de esas boquis que piensan que tienen que imponer por su cuenta una condena adicional a las prisioneras. Susan se había encontrado gente así muchas veces. Hacían cumplir las normas al pie de la letra y nunca permitían excepciones.

Susan fumó un cigarrillo y dio un sorbo de una taza de té tibio. Había intentado entablar conversación dos veces con aquella mujer y las dos veces la había ignorado. Se sentían las ondas de animosidad que emitía.

Se abrió el cerrojo de la puerta y Susan se puso de pie, expectante en su celda. Era otra funcionaria. A la fea le tocaba el descanso para cenar.

Susan se relajó.

Aquello podía seguir así todo el día e incluso el siguiente. Se había sabido en la apelación. Vio que la otra mujer se sentaba en la silla de madera y le sonreía.

Susan le devolvió la sonrisa.

Aquella boqui presumiría de sus horas con Susan Dalston durante años. Ella lo sabía, podía verlo en los ojos excitados de aquella mujer y en cómo hacía revolotear las manos.

Susan le sonrió de nuevo con una gran sonrisa cordial.

—¿Cómo están las cosas ahí fuera?

La funcionaria sonrió.

—Todo el mundo opina que te dejarán salir. Y eso espero, cariño, de verdad.

Susan se sintió extraordinariamente contenta con tan cordial respuesta.

—Bueno, ¡no será que no nos haya costado, joder!

Aunque ni a Roselle ni a ella les había costado un penique. Geraldine lo había hecho gratis, ni siquiera pidió la paga de oficio. Por lo que a ella respectaba, era un trabajo para las mujeres de todo el mundo. Para mujeres como Susan, que no tenían nadie que hablase en su nombre, nadie a quien le importase lo que pasaba en sus propios hogares.

Ahora, cuando volvía a pensar en Barry, era como si todo le hubiera sucedido a otra persona. A otra Susan Dalston. A alguien que conoció en otros tiempos.

No lo sentía como si le hubiera sucedido a ella personalmente.

A veces tenía problemas para recordar el aspecto que tenía y si lo hacía veía su cara cuando ambos eran jóvenes. Antes de los niños y de su disconformidad con la vida.

Había malgastado todos aquellos años en un hombre que solo la quería porque tenía un padre en el hampa. Un matón. ¿Por qué nunca llegó a darse cuenta entonces? ¿Por qué había pensado tan poco en sí misma como para ir aguantando todo aquello?

Meneó la cabeza ante lo traicionero de la vida. Saltaba sobre ti y te pegaba un mordisco en el culo y antes de que te enterases tenías cuatro críos, un ojo morado y una condena a prisión sobre tu cabeza.

Susan se sacó una carta del bolsillo y la leyó de nuevo: Peter le deseaba todo lo mejor. Hasta la madre de Peter le había escrito una posdata para desearle lo mejor.

Había gente buena en el mundo, solo que a ella le había llevado más tiempo que a la mayoría dar con ellos. Era extraño pero era verdad que su mejor amiga había sido para su marido el amor de su vida y que otra era una prostituta y ladrona convicta. Rhianna y ella estaban ahora más próximas que nunca. Después del incidente con Matty, Susan no estaba segura de qué hubiera podido hacer sin ella.

Sin embargo, ahora estaba otra vez haciendo lo que mejor sabía hacer.

Esperar.

Susan Dalston había estado esperando algo toda su vida pero hasta aquel mismo momento no sabía que era así. Siempre había esperado que pasase algo.

Algo que cambiara su vida por algo mejor.

Bueno, pues al parecer ese momento podía estar a punto de llegar si lograba aguantar justo un poquito más.

Doreen lamentaba ahora haberle pedido a Ivy que vinieran mientras esperaban el veredicto. La anciana la estaba sacando de quicio.

—Incluso de bebé, Susan era mi favorita.

Doreen se quedó mirando a Ivy como si le fascinaran todas sus palabras. Pero por dentro se preguntaba si al final la anciana no estaría ya un poco senil. Todo el mundo sabía lo que le había hecho a Susan cuando era niña. A pesar de que hubiera defendido ante todos la inocencia de su nieta desde el crimen.

Llegó la hora de las noticias y las dos mujeres se pusieron a escuchar en un tenso silencio si decían algo de la apelación de Susan.

Doreen echó un vistazo por la habitación, al árbol de Navidad y los regalos, y se preguntó si su querida amiga lograría compartirlos con ellos. Encendió un Benson & Hedge's y le dio una profunda calada.

La voz de Ivy la trajo de vuelta a la realidad.

—Quiero decir, que aunque ella lo matara no fue como si él fuera una persona de verdad, sabes. Como cualquier ciudadano. Vaya, tú, si desde el primer momento que lo vi ya lo aborrecí. Y se lo advertí a ella, maldecirás el día que te liaste con él, le

dije. Pero no me escuchó. Que andaba de amores.

Doreen miró a la otra mujer y le dijo con voz suave:

—Ivy, cariño.

—¿Qué?

—¡Cierra esa jodida boca!

Ivy frunció los labios y suspiró. Luego se sirvió más *whisky* y se puso a hablar otra vez.

Kate Dalston estaba sentada en la cama de la residencia. Le habían puesto un televisor en la habitación y ahora el programa era la típica telenovela insulsa de después de comer. Bajó el sonido con el mando a distancia y volvió a tumbarse sobre las almohadas. Las chicas de allí eran agradables. Cordiales, cariñosas y atentas.

A Kate le encantaba.

En aquellos momentos era casi una celebridad y lo sabía. Cuando Debbie llevó a los niños a verla casi había habido un motín para poder meter las narices y verlos. Tazas de té y galletas sirvieron de excusas para entrar en la habitación y poder echarle una miradita a los hijos de la asesina.

Pero a Kate no le preocupaban esas cosas.

Aquella noche terrible, cuando Wendy acudió a ella golpeada y ensangrentada y comprendió que su propio hijo, el hijo que había criado y alimentado, amado y adorado una vez, era el responsable, su salud acabó quebrándose. La revelación casi acaba con ella. Y había veces en que todavía le resultaba difícil creerlo.

Pero había escrito una declaración para que la leyeran ante el tribunal explicando con todo detalle cómo Barry trataba a su esposa y a sus hijos. Se había asegurado de que supieran quién era él y de dejarla a ella impoluta. Y sentir que así quedaba pagada su parte en la causa de todo aquel dolor.

Porque, después de todo, ella lo había alumbrado.

Había sido su hijo.

Y si alguien sabía la mierda que realmente era, era ella. Rezó porque su declaración sirviera para devolver aquella muchacha al hogar y a la familia que le correspondían.

Kate sintió que el dolor le cruzaba el pecho de nuevo e intentó regularizar la respiración. No le quedaba mucho tiempo y su esperanza era que bastase para volver a ver a Susan de nuevo en casa. Para tocar sus manos y su rostro, para decirle cuánto la quería y la admiraba por hacer lo que había hecho.

Tomarse la justicia por sus propias manos ajadas por el trabajo.

El deseo final de Kate era estrechar la mano de la joven que había asesinado a su propio hijo.

Buscó su rosario y empezó a recitar otro misterio de Nuestra Señora. La Virgen lo comprendería, ella también había sido madre. Comprendería las dificultades de la

maternidad, la necesidad constante de hijos.

Durante una décima de segundo Kate se vio de nuevo en Escocia con su marido y su hijo pequeño. Qué guapo había sido Barry, cómo se fijaba todo el mundo en sus ojos y en su pelo. Lo vio aquel primer día de escuela, con las piernecitas regordetas metidas en los calcetines azul marino a juego con el jersey.

¿Dónde había ido a parar aquel niño?

¿De dónde procedía el adulto?

El adulto cruel. El abusón. El maltratador de esposas. El violador. Se le saltaron las lágrimas y su sabor salado le recordó el hecho de que todavía estaba viva. Ella estaba viva y aquel niño estaba muerto.

Kate agarró más fuerte el rosario y las cuentas se le clavaron en la piel. Cerró los ojos mientras sus labios se movían en una oración permanente.

Era ya lo único que podía hacer.

Era casi la hora del té pero las mujeres estaban reacias a marcharse de la sala de recreo. En la cola para recibir el alimento, hacían el menor ruido posible.

Rhianna estaba sentada sola esperando que Sarah le trajera la comida como de costumbre.

La celadora Blackstock se sentó frente a ella.

—Nunca en la vida he estado tan preocupada por una interna.

Rhianna soltó una carcajada.

—Siempre hay una primera vez para todo, según he oído.

—Me gusta la buena de Susan. Como a todas.

—¿Y a quién no le va a gustar? Es una persona estupenda. Como muchas de nosotras, si te tomas la molestia de descubrirlo.

—He oído por radio patio que finalmente a Matty el juez le ha dictaminado enajenación mental permanente. Y tendrá que estar encerrada indefinidamente.

Rhianna se encogió de hombros.

—¡Pues vaya novedad! Cuéntame algo que no sepa ya.

La funcionaria barrió la sala con la mirada.

—Espérate, ahora dan las noticias.

Se puso de pie y dio un golpe en la mesa con la bandeja. La sala se quedó en silencio. La voz del locutor sonó bien fuerte en el espacio de la sala de recreo.

—Hoy, el tribunal de apelación otorgó la libertad a Susan Dalston...

La sala estalló. Todas las mujeres gritaban y se abrazaban. Funcionarias y presas se abrazaban y gritaban. El resto del noticiario quedó ahogado por el ruido.

Aquel pabellón fue el primero pero luego se le unió el resto de la prisión. Platos que golpeaban sobre las mesas, pies que pateaban los suelos. Ensofocador.

Rhianna y Blackstock se sonrieron mutuamente. Rhianna apretó los puños, dio un salto en el aire y gritó «¡Sí!» una vez y otra y otra.

En su despacho, la directora se permitió una sonrisa antes de apretar el intercomunicador y decir en un tono insulso:

—Déjenlas sueltas un rato. Que se desahoguen.

Alana gritaba, y Barry también. Rosie se les unió porque no sabía qué otra cosa hacer. Debbie, llorando y riendo a la vez, los estrechaba a todos contra ella.

Luego, abrió la fresquera y sacó un gran pastel escarchado de frambuesa.

Se acabó, su hermana volvía a casa.

Alana la abrazó fuerte.

—Gracias por todo, tía Debbie. Eres encantadora, te quiero.

Debbie la acogió una vez más entre sus brazos y le dijo con tristeza:

—Y yo te quiero a ti y a todos, cariñito. No lo olvides. Aquí siempre tendréis un hogar. Eso ya lo sabes, ¿verdad?

Alana asintió con los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

Barry vio su oportunidad y metió el dedo en el escarchado del pastel y se lo chupó todo lo deprisa que pudo. Eso rompió la tensión y entonces todos metieron las manos en el pastel para coger un poco. La cosa acabó en pelea y cuando Debbie vio cómo su preciosa cocina quedaba destrozada ante sus ojos se rio como una mujer que nunca se hubiera reído antes.

June vio la botella de champán y miró a Joey. Joey le guiñó un ojo.

—Lo organicé antes. Estaba seguro de que querías celebrarlo. El viejo Jonesey dice que es por cuenta de la casa. Qué detalle, ¿eh?

June alzó su vaso y lo sostuvo para brindar:

—Por mi chica, ¡por fin en casa!

Joey asintió con la cabeza y se bebió la copa de un trago. Eructó con estruendo y dijo:

—Puedes acabarte esta porquería. A mí me da gases.

Pero al decirlo la cogió de la mano y ella le sonrió. Después de tanta pelea, de tanto problema, de todos los disgustos que se habían causado mutuamente, al final, en los años del crepúsculo, eran una verdadera pareja.

Susan iba en un coche que se la llevaba a toda prisa de los juzgados de Old Bailey a un destino desconocido para todos salvo para Geraldine y Roselle. Y que era una casa en Essex que había encontrado Roselle por mediación de Iván. Estaba en medio de ninguna parte y tenía un alquiler muy caro. Allí Susan podría aclararse las ideas.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es que no me puedo creer que haya salido de verdad!

Wendy le apretaba con fuerza una mano y Roselle la otra. Geraldine iba delante

con Danny, el amigo de confianza de Roselle. Iba a encargarse de cuidar de ellas una temporada, hasta que los acuerdos con los periódicos estuvieran cerrados y se hubiera apaciguado la histeria en torno al juicio.

—Colin nos está esperando con champán y un buen solomillo, Sue. Esta noche lo celebraremos con una fiesta de verdad. Los niños estarán allí mañana a primera hora y entonces ya tendrás toda tu vida completa.

Susan miró a Geraldine.

—¿Cómo podré agradecerte todo esto? —le dijo.

Sonrió.

—¡Pasádotelo como nunca en tu puta vida de ahora en adelante!

Que Caroline soltara un taco les hizo reír a todas y eso sirvió para que se evaporara toda la tensión nerviosa.

Roselle iba en silencio, con el corazón henchido. Pero veía a Barry, al Barry que había amado. El hombre al que adoraba tanto a su Rosie que no había sido capaz de separarse de ella.

Lo vio en su piso, lo vio cambiándole los pañales a la pequeña, con una sonrisa en su bello rostro de rompecorazones.

Cerró los ojos y sintió el fluir de las lágrimas. Susan la tomó de la mano. Roselle la miró y comprendió que Susan estaba viendo lo mismo que ella veía. Que había adivinado lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—Ya lo sé, mi amor, ya lo sé. Pero ahora él ya no está y nosotras todavía estamos todas aquí.

La voz de Wendy llegó desde las profundidades de su ser.

—Amén.

Kate Dalston falleció cuatro días después, el día que al fin tuvo la mano de su nuera entre sus manos y le dijo lo mucho que la quería y la admiraba.

Murió en paz, sin ningún cargo sobre su conciencia.

Susan Dalston se había asegurado de eso.

Epílogo

—¿Quién lo hubiera pensado, eh? El cambio de siglo. Un nuevo milenio —dijo June con voz ronca.

Debbie se rio.

—A mi papa le hubiera encantado, ¡que se vaya a la mierda el siglo!

June se unió a sus risas.

—Espera a que llegue yo allá arriba, lo mataré por hacer que tenga que emborracharme sola esta noche.

Debbie pasó un brazo por los hombros de su madre.

—No estás tan sola, tienes a toda la panda.

—Tres meses más y hubiera podido ver acabar el siglo. Pero él siempre fue así. Nunca veía nada hasta el final.

Había rabia en su voz. A pesar de cuanto había sucedido a lo largo de los años, lo echaba de menos. Y aquellos días se la veía frágil, vieja. La mujer peleona y bebedora ya había desaparecido. Había acabado por admitir que ya no tenía bastantes energías para eso. Y al enfrentarse a la vejez y a la soledad, se refugió en sus hijas y en sus nietos, y adoraba cada momento que pasaba con ellos. Se complacía en el perdón que todos le habían otorgado a cuenta de sus vidas pasadas.

Ivy estaba sentada en una silla con los ojos sin expresión en su intento de comprender lo que sucedía a su alrededor. June le puso una mano en la pierna.

—¿Todo bien, muchacha?

Ivy le apartó la mano y exclamó quejumbrosa:

—¿Pero quién eres tú? ¿Qué estás haciendo en mi casa?

Debbie se inclinó sobre la silla y le dijo amable:

—Estamos todos en casa de Susan, yaya, ¿recuerdas?

Ivy miró aquel par de ojos amables y sonrió.

—¿Entonces ya la han dejado salir? Ya iba siendo hora, joder.

—Bruja senil... —dijo June con voz molesta.

Wendy entró en la sala con una gran fuente de comida.

—Coloca esto, Debs, y yo traeré el resto.

Debbie cogió la pesada fuente de sus manos y soltó un gruñido.

—Deja de cargar en tu estado.

Wendy sonrió.

—No seas tonta. Voy a tener un hijo, no estoy enferma.

Debbie soltó un bufido. Por aquellos días ya era una matrona cumplida. Todos le vacilaban con que era una segunda madre para los niños.

Seguía viviendo en su casa de Reinham, y seguía limpiándola sin parar. Pero era también una mujer mucho más feliz. La cercanía entre Debbie y Susan había ido creciendo con los años y ahora se veían constantemente y hablaban por teléfono por lo menos cinco veces al día. Vivían como pegadas la una a la otra.

La voz de Susan tronó desde la cocina.

—Déjala en paz, Debs.

Todos soltaron la carcajada.

Entonces apareció en la sala el marido de Wendy, David Hart, un hombre alto, guapo, tranquilo, que adoraba a su apasionada esposa.

—Está aquí Geraldine, acabo de verla llegar. Tendrías que ver el coche nuevo que trae, un Mercedes descapotable.

Su tono parecía implicar un «a su edad» y todos se rieron otra vez.

Geraldine tenía mejor aspecto a sus cincuenta y cuatro años que muchas otras mujeres a los veinticinco. Seguía sin tener un hombre, pero era feliz así, y trabajaba exclusivamente por la causa de las mujeres.

Susan irrumpió en la sala, toda grandes senos, sonrisas y reflejos en el pelo. Era una mujer diferente de la que se había casado con Barry Dalston. Ahora tenía un aspecto mejor que en toda su vida, y lo sabía.

Por fin era lo que había querido ser, una mujer segura con toda la familia rodeándola y sin problemas de verdad. Continuaba viviendo para sus hijos, vivía su vida en torno a ellos, y ellos la adoraban tanto como ella los adoraba.

—¿Habéis visto a Geraldine?

Geraldine entró tras ella en la habitación y sonrió a todo el mundo con dos botellas mágnam de champán en los brazos. Al fondo, sonaba Robbie Williams, y eso marcaba la pauta para todos.

Entonces apareció Alana con Barry a remolque.

—¿Qué tal, Ger? Estás estupenda —lo dijo como constatación de un hecho.

—Tú tampoco estás demasiado mal.

Barry la besó en los labios.

A los veinticuatro años era la viva imagen de su padre difunto. Pero gracias a Dios era lo contrario en personalidad e inteligencia. Trabajaba con ordenadores y ganaba sus veinticinco mil al año, algo que Susan explicaba a todos cuantos querían escucharla.

Pero algunas veces le dolía mirarlo.

Geraldine se puso a ayudar con la comida y cuando se abrió la puerta de nuevo y Doreen entró en la casa se produjo un nuevo tumulto.

—¡Jesús, Sue, es que es imposible coger un taxi! He tenido que pagar tarifa triple. Su sonora voz se oía hasta en el jardín trasero.

Seguía estando delgada, seguía con el pelo rubio teñido, y seguía llevando un pitillo colgado de la comisura de los labios. Aparte de unas cuantas arrugas más, parecía que no cambiaba nunca.

—Mi Michael me viene a buscar a las diez para irnos a su casa, como si yo quisiera ir allí esta noche con esa puñetera mujer suya.

Wendy le dio un beso de bienvenida.

—Es una mala burra, eso te lo concedo, tía Dor.

—Al parecer van a ir todos. No sé cómo ha podido ser eso. Me quedé asombrada cuando me invitaron así que no te digo los demás.

Se inclinó sobre la silla de Ivy.

—¿Estás bien, Ivy? —se lo preguntó con voz todavía más fuerte de lo habitual.

Ivy asintió feliz.

—¿Ha llegado ya mi Joey, querida?

Doreen negó con la cabeza.

—Confío en que no, cariño, esta noche queremos pasárnoslo bien.

Hasta June se rio de aquello.

En la cocina, Susan tomó a Wendy entre sus brazos.

—¿Seguro que te encuentras bien, amorcito? Te veo pálida.

Wendy se encogió de hombros.

—Estoy muy bien, mama. David se ocupa de mí.

—Es un buen hombre, ese chico. Espero que los otros salgan tan bien cuando llegue el momento.

Su voz sonaba llena de esperanza y Wendy se abrazó a ella otra vez.

—No soporto esa idea de que la historia se repita.

Wendy no le contestó. Lo que hizo fue cambiar de tema.

—Le han dado el ascenso. Ahora es jefe de inglés, fíjate. Iba a guardar la noticia para después, pero quiero que tú seas la primera en saberlo.

Susan agitó una mano en el aire.

—Eso estaba cantado. Se lo ha trabajado duro.

—Es un hombre bueno, mama, deja de preocuparte por nosotros.

—La que me preocupa es Rosie. Esa chica es demasiado atractiva.

Pero lo dijo con un gran orgullo.

Geraldine apareció en la cocina y miró a Wendy.

—Espero que a ese no se le ocurrirá llegar precisamente esta noche. Los hospitales están vacíos según dicen.

Wendy se dio unas palmaditas en el vientre.

—Que es mucho más de lo que podemos decir de los *pubs*.

Hacía ya días que se hacían celebraciones, se hablaba de cortes de electricidad y desastres informáticos olvidados ya con la excitación de formar una pequeñísima parte de la Historia.

En el salón, June pidió a voz en grito:

—¡Poned la tele! Vamos a ver a ese Angus Deayton despidiendo el año como siempre.

—Se llama *El Programa del Fin de Año*, abuela.

—Yo hace unos cuantos años que lo sigo, es encantador.

—Pues si se enterase no sabes lo que le animaría saberlo.

La voz de Rosie sonó plenamente divertida cuando irrumpió en la habitación.

Todos la miraron. Estaba deslumbrante.

Pelo largo rubio, ojos azul oscuro, parecía la mujer perfecta en la imagen de un ordenador. Estudiaba enfermería y había producido un buen montón de taquicardias. Alana, que era ya enfermera diplomada, la supervisaba. Las dos chicas se llevaban muy bien.

Pero el secreto de Rosie residía en que no era consciente en realidad de lo preciosa que era, y esa era la preocupación que Susan sentía por su hija pequeña. Pero Rosie tenía la cabeza muy bien amueblada y sabía manejar perfectamente su vida.

Alana sonrió al oír que June gritaba:

—De todos modos esta vez lo llamarán *El Programa del Fin del Milenio*.

Rosie y Alana soltaron un gemido.

June siempre tenía que tener la última palabra.

—Lo que tú digas, abuela.

—La BBC va a conectar con el resto del mundo. Lo veremos a la vez en todo el planeta.

June parecía contenta de tomar parte en algo tan grande. Susan le sustituyó la copa vacía por una llena.

—Se quedará dormida antes de que empiece y estará dormida cuando se acabe — predijo en tono cariñoso—. Ella y la vieja Ivy también.

—¿Has visto mi dentadura, Sue? —preguntó Ivy.

—¡La tienes en la boca, mi amor! —dijo Susan en voz muy alta.

—Barry, ayúdame a descargar el coche, ¿quieres?

Salió de la casa detrás de Geraldine. Roselle estaba aparcando en la calle. Venía con Danny, que ahora era su compañero permanente. De algún modo encajaban juntos, se tenían un mutuo respeto y un amor profundo que trascendía la edad y el color.

Roselle contempló la casa con su jardín, su amplio camino de entrada y de salida, sus ventanas iluminadas. Estaba muy lejos del recuerdo de los comienzos de Susan, pero si alguien se lo merecía, era ella. La había comprado con el dinero de su historia en la prensa y del libro sobre su vida.

Subieron andando el camino disfrutando de la mutua compañía. En la cocina hacía un calor asfixiante y Susan abrió la puerta del servicio.

Notó que un par de manos la sacaban al jardín y luego la agarraban por detrás. Unos labios fríos se le posaron en la nuca.

—Estás feliz, ¿eh Susan? Ahora ya los tienes otra vez alrededor.

Se volvió y se deslizó entre los brazos de Peter.

—Esta es la segunda noche más feliz de mi vida.

—Te la mereces, compañera.

La miró con mirada amorosa. Peter no conseguía creerse que de verdad fuera su esposa. Para él era un sueño hecho realidad. Cada vez que la miraba veía a la niña con la que había ido a la escuela, aquella niña que en aquel entonces apenas si sabía que él estuviera vivo.

Cuando le hacía el amor durante la noche lo hacía con una pasión feroz que se contraponía a su aspecto tranquilo durante el día. Y Susan le devolvía su amor. Nunca hubiera pensado que se podía sentir de ese modo. Que las caricias de alguien pudieran aportarte tanta felicidad, tanto placer. Con Barry todo era un simple dar, dar lo que él quería, y ella permitírselo. Lo apartó de su pensamiento. No iba a dejar que le arruinara la noche.

Ya le había arruinado bastante la vida.

Peter había sido un perfecto padre para sus hijos, y solo por eso ya lo amaba. Lo besó otra vez, apasionadamente.

—Tú nunca dejas escapar una oportunidad, ¿verdad, Susan?

La voz era ahora más grave, pero transmitía el mismo afecto hacia ella.

—¡Oh, Rhianna, lo conseguiste!

Y sonrió.

—No te habrías pensado que iba a dejar colgada a la banda precisamente esta noche, ¿verdad?

Rhianna aparecía y desaparecía de la vida de Susan. Ella era así. Pero Susan había intuido que esa noche aparecería por allí. Tenía que ser así, esa ocasión feliz tenía que tenerlos a todos reunidos.

—Colin y sus niños acaban de llegar. Pero su mujer no viene con ellos.

Susan frunció el ceño.

—¡Han vuelto a separarse! —exclamó—. Pero bueno, ¡Geraldine lo animará!

Oyó a las tres hijas de Colin que gritaban de contento y a June que les gritaba a ellas. Les encantaba ir allí aunque su madre consideraba que Susan y su familia eran de lo más vulgar. Al pensarlo, Susan sonrió.

Menuda bruja idiota era esa, pura respetabilidad de clase media, puro Blair, pura ropa de Mark's & Spencer y medicinas naturales.

El *feng shui* había acabado entrando en el *slang* de los versos *cockneys* haciendo juego con «jódeme» y una de las niñas de Colin se lo había apropiado. Así que Susan comprendió que también le echarían la culpa de eso. Sin embargo, sin ella, Colin continuaría siendo un don nadie, trabajando por cuatro perras. El juicio de Susan lo había dado a conocer y él le estaba agradecido. Todos habían estrechado sus lazos después de la apelación, habían permanecido juntos como buenos amigos.

—Esta noche saldrás en la tele, Sue —le dijo Colin con una sonrisa—. Van a repasar todas las grandes historias del siglo.

Susan alzó las cejas con fastidio.

—Pues yo no voy a ver esa mierda, tengo una puñetera fiesta.

Colin le dio un beso cariñoso. Susan olía a Chloë como de costumbre.

—Estas niñas tuyas son bien ruidosas.

Colin sonrió.

—Solo cuando vienen aquí, Sue. Es que tú influyes en la gente.

—Es que yo tengo la culpa de todo, ¿sabes?

Más tarde, cuando brindaban por el nuevo milenio Susan contempló a su alrededor a su familia y a sus amigos. Los vio tal y como eran antes, más jóvenes pero de algún modo con menos esperanza.

Vio a Ivy, sonriente y feliz y sin entender lo que sucedía a su alrededor, y se asombró una vez más de lo que los muchos años podían hacer con una persona. Ahora todo el mundo quería a Ivy y en la casa de los suyos todos la adoraban. Pero es que no la habían conocido en aquellos días.

Susan veía a sus amigos, felices todos a su manera, contentos de estar allí, contentos de estar con ella.

Ahora se llamaba Susan White. Era una persona nueva, una mujer nueva en más de un sentido. Cuando notó que Peter le apretaba la mano se sintió agradecida de que desde el primer beso que se habían dado, se sintió envuelta en el amor y en el respeto que había ansiado toda la vida. Eran sentimientos que se hacían más fuertes con los años. Nada de lo sucedido en el pasado podría cambiar lo que había recibido. Cuatro hijos felices, un nieto de camino y unos buenos amigos. ¿Qué más podía pedirle a este nuevo siglo? Ya había obtenido cuanto necesitaba, cuanto ansiaba cuando era niña.

Notó la mano de Peter en la suya, segura, y le sonrió feliz porque sabía que cuando finalmente se fueran a la cama él no la dejaría dormir durante horas. Fíjate tú, cómo iba a pensar en un modo mejor de estar.

Pensarlo ensanchó su sonrisa y al mirar se encontró con los ojos de Roselle. Roselle alzó su copa en un brindis privado, solo entre ellas dos, y Susan hizo otro tanto. Ambas habían sido víctimas de Barry, cada una a su manera, y con los años ese lazo se había hecho más fuerte. Joseph estaba en Nueva York con su esposa, y Roselle sabía que desde que enterró a Iván, cuando su hijo descubrió la verdad de sus orígenes, se había producido un distanciamiento. Bueno, él se lo perdía, aunque Susan sabía que Roselle no lo veía exactamente de ese modo. Y sintió el dolor de su amiga como si aquello le sucediera a ella.

Danny rodeó a Roselle con su brazo y Roselle sonrió feliz, y Susan pudo relajarse de nuevo y volver a disfrutar.

Geraldine, ya un tanto achispada, flirteaba con Colin sentada en el brazo del sillón de June. Susan miró a su madre y se le llenaron los ojos de alegría. Hacía mucho tiempo que sus hijas habían perdonado a June.

—¡Eh, escuchadme todos! ¡Ya os lo dije, os dije que se quedaría dormida y ahí la tenéis!



MARTINA COLE (Essex, Reino Unido, 1959) es una escritora británica, mujer de negocios y, ocasionalmente, presentadora de televisión.

Es uno de los grandes fenómenos literarios británicos de los últimos tiempos. Con más de diez millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, sus novelas han sido traducidas a más de treinta idiomas y algunas se han convertido en series televisivas de éxito.

Ha cosechado numerosos galardones entre los que cabe destacar el Premio al Mejor Libro Británico de Novela Negra por *The take*.

En España se han publicado: *El asesino de mujeres* (*The Ladykiller*, 1993); *Secretos de una asesina* (*Two Women*, 1999); *Más cerca* (*Close*, 2006); *El jefe* (*Faces*, 2007); *Chicas malas* (*Hard Girls*, 2009); y *Traición* (*The faithless*, 2011).